A woman with long blonde hair, seen from behind, wearing a red dress with a colorful floral pattern on the skirt. She is standing on a yellowish ground, looking up at a large white commercial airplane with four engines flying in a blue sky with light clouds. The airplane is flying from left to right. The title text is overlaid on the upper part of the image.


EL HOMBRE QUE YA NO SOY

SALVADOR NAVARRO

UN INTENTO DESESPERADO
POR DEJAR DE SER UNA MUJER MALDITA

NOVELA

algoida

A white circular logo for the publisher algoida.

EL HOMBRE
QUE YA NO SOY
SALVADOR NAVARRO

algaida

Índice

1. Aeropuerto
2. Lourdes
3. Tanatorio
4. Gafas
5. Nuria
6. Londres
7. Visa
8. Vacas
9. Agencia
10. Aomame
11. Garabatos
12. Naranjas
13. Guarra
14. Cuerpo
15. Golpes
16. Julio
17. Pitidos
18. Precipicio
19. Chungo
20. Berlín
21. Polen
22. Olvídate
23. Santiago
24. Patatas
25. Gabri
26. Sollozos
27. Milhojas
28. Heidegger
29. Orla

30. Futbito
31. Gentuza
32. Caja
33. La Rota
34. Fotos
35. Mínimo
36. Piso
37. Cristales
38. Sartén
39. Cazalla
40. Marina
41. Juegos
42. Chistes
43. Alcauciles
44. Cafetera
45. Farlopa
46. México
47. Vaqueros
48. Músico
49. Mil euros
50. Noruega
51. Bártulos
52. Cervezas
53. Angina
54. Cochinchina
55. Espinacas
56. Cajones
57. Aristóteles
58. Joaquín
59. Sexo
60. Sandalias
61. Sobre
62. U2
63. Claxon

64. Celeste
65. Lunar
66. Puentes
67. Vermú
68. Leucemia
69. Ronquidos
70. Almohada
71. Humildad
72. Pargo
73. Droga
74. Antagónicos
75. Lentejas
76. Abuelo
77. Burgos
78. Guisos
79. Desayuno
80. Renault
81. Arroz
82. Descalza
83. Agujas
84. Testigo
85. Ímpetu
86. Chiapas
87. Liebre
88. Cádiz
89. Dedos
90. Agujero
91. Kerouac
92. Emilia
93. Entrañas
94. Turandot
95. Naranjos
96. Pasmarote
97. Policía

98. Corriendo
99. Torpes
100. Lavadora
101. Tanga
102. Colo
103. Absorto
104. Bulla
105. Casablanca
106. Capitán
107. Thriller
108. Juzgados
109. Pintores
110. Huitxla
111. Grietas
112. Mango
113. Puertollano
114. Están aquí
115. Escrúpulos
116. Kant
117. Coherente
118. Armas
119. Chorizo
120. Negros
121. Guacamole
122. Aviso
123. Pucela
124. Leucemia
125. Chicharras
126. Jaramagos
127. Papas
128. Monstruo
129. Desnortado
130. Café sonoro
131. Navajazo

132. Macarena
133. Palmete
134. Clanes
135. Tocador
136. Trena
137. Comisaría
138. Alimañas
139. Fiera
140. Gominolas
141. Niño
142. Bangkok

Créditos

*A Bori, mi padre,
a quien le debo todo lo bueno que hay en mí*

1. AEROPUERTO

Encadenada a rutinas perversas que la empequeñecían, Elisa giró la cabeza al saberse identificada por una azafata menuda que movía la cabeza al ritmo de su iPod. Apoyó la frente en la ventana del autobús, ya en el traqueteo de entrada a los carriles del aeropuerto, sin prever que el azar le tuviera preparada una emboscada.

Esperó a que bajase el último de los pasajeros antes de descender y tomar el camino contrario del que llevaba a la terminal.

—*Sorry...* —Un agente de seguridad le señalaba la dirección correcta.

—Lo sé, lo sé.

Encendió el cigarro, molesta por la doble confusión que, una vez más, la llevaba a disculparse. Ni era extranjera ni estaba perdida. Solo quería fumar un rato a solas antes de entrar.

Hacía frío. Caía la noche.

El vestíbulo de llegadas estaba más lleno que otros jueves a esa hora. Había muchos jóvenes en chándal que le hacían pensar en la llegada de algún club que festejara cualquier tipo de trofeo. La sorprendió no ver en la pantalla el vuelo de La Coruña. Lo habrían cancelado en la temporada invernal, pensó. A esa hora aparecían como aterrizados los de Ámsterdam y Gran Canaria, lo que hacía especialmente sencillo el juego de distinguir la procedencia de los pasajeros que iban llegando. El acierto se pagaría barato en una casa de apuestas.

Buscó su lugar junto a la puerta, con suficiente visibilidad sobre el tablero informativo. Quedaban pocos minutos para que aterrizara el avión de Vueling procedente de Barcelona, uno de sus preferidos, mientras que el de Lisboa de la TAP, recién aterrizado, complicaba el juego. No le gustaba este pasaje,

demasiado inclasificable.

Un joven rubio, atlético pero desgarbado en los andares, como un nadador olímpico, salió despistado en busca de indicativos de taxi. Provenía de Ámsterdam, por las orejeras de lana colgadas al cuello y, sin duda, era la primera vez que volaba a Sevilla. Tenía la ventaja de levantar un palmo del centenar de personas que, en semicírculo, invadía el espacio destinado a la salida de pasajeros. Demasiado guapo y aventurero, pensó Elisa. Observando la primera fila de entre los que esperaban, cruzó la mirada con un hombre de mediana edad que tenía la mirada fija en ella, sin escrúpulos, lo que le hizo subir la cremallera de su chaqueta de lana y taparse, instintivamente, su mancha de nacimiento junto al ojo izquierdo.

Una mujer espigada, con camiseta ceñida roja y mangas largas, que se abría camino con su minúscula maleta de cuero y los ojos puestos en el infinito, le hizo comprender que había comenzado a desfilarse el vuelo de Barcelona. Un rumor comenzó a palpase entre la chavalería; en una de las aperturas de puerta habrían adivinado la llegada de sus ídolos. Sin embargo, apareció, de golpe, un hombre cercano a los cuarenta, vestido de chaqueta y con la corbata desanudada, caminaba a paso acelerado y se disculpaba al tiempo que apartaba a gente que estaba a otra cosa, sin saber que Elisa lo seguía atenta con la mirada. Oyó un grito apagado:

—¡Róber!

El tipo se giró hasta dar con una mujer mayor, minúscula, con el pelo desordenado. Por su reacción, al soltar la maleta y agarrarse a ella de forma casi violenta, Elisa comprendió que ese hombre no contaba con que nadie lo esperase. El abrazo no podía dejar indiferente a nadie, pero solo era Elisa quien observaba, emocionada, el perfil de ese hombre, que sollozaba sin consuelo. Tuvo que volverse para no inmiscuirse en esa escena familiar de congoja desbordada.

—Tranquila, madre, tranquila. —No la consolaba, ni en ese instante supremo, con el apelativo de «mamá».

Sus movimientos torpes junto a las puertas automáticas hacían que estas se abrieran y cerraran sin criterio, dejando pasar el frío invernal en cascadas que

ninguno de los dos sentía. Él apenas portaba una mínima maleta, lo que vendría a confirmar un viaje de negocios o había sido tan rápida su huida a Sevilla que cualquier preparación se antojaba irrelevante. El llanto de la madre se ahogaba en los hombros de su hijo, que le besaba la frente como un percutor revolucionado.

La etiqueta colgada del asa de su equipaje le permitía confirmar que venía de Barcelona, que volaba con Vueling y que su nombre era Roberto Relinque. Había un teléfono anotado, pero la emoción y el temor a ser descubierta hicieron que Elisa desistiera de ir más lejos. El hombre tomó a su madre con una mano enorme por la mejilla y la sacó del aeropuerto a pasos muy lentos. Elisa, postrada contra la pared, tomó el móvil e hizo una foto rápida a la pantalla de información para retener el instante exacto. El pasaje de Barcelona había quedado en un tercer plano. Oteó desde su rincón la sala de llegadas, reducida a la mitad con la salida del ídolo deportivo que a ella se le había escapado. Cruzó de nuevo la mirada con el tipo que la vigilaba desde el otro lado del corrillo y sintió que era momento de irse.

Tenía el móvil en la mano y tan pocas ganas de seguir allí como de volver a casa. Llamó a Lourdes, que le propuso, con tono serio, que fuera a picar algo a su restaurante.

2. LOURDES

Afortunadamente para Elisa, su amiga estaba sola en el *office* del restaurante. Había noches en que daba pereza conocer a tanta gente nueva, rufianes de los que Lourdes se quejaba, pero sin los que parecía no saber manejarse.

—¿Hoy no hay sesión de la ONU?

—Hoy no. He mandado a todo el mundo al carajo.

—¡Vaya! Pues gracias por darme audiencia.

Se dieron un pico y Lourdes se adentró en la barra para traerle una cerveza helada.

—¡Qué fresquita!

Mientras comenzaba a liarse un pitillo, Elisa le dijo que venía del aeropuerto.

—Estás majara.

Elisa le sacó la lengua.

—¿Y esa cara?

—La que tengo —respondió Lourdes.

—Joder, ni que hubieras visto un fantasma.

—Son cosas mías, nada que te vaya a quitar a ti el sueño —respondió, con un toque de reproche que Elisa no quiso entender.

Hurgando en la pequeña nevera, Elisa sacó un trozo de fuet, que comenzó a cortar.

—¿Tanta hambre hay?

—Apenas comí al mediodía.

Lourdes, con la boca cortada por una cicatriz mal cuidada, preveía su discurso.

—Tengo la despensa vacía y me revienta pensar en claudicar.

Le pasó unas cuantas rodajas de embutido a Lourdes.

—Ya sabes que yo siempre tengo faena para ti; sin embargo, pasas de todo y te gastas el dinero que no tienes en el autobús del aeropuerto.

—Tengo un bono mensual. Lo usaré hasta que se me acabe.

Cerró la nevera tras coger un par de trozos de queso.

—Sé que no es consuelo pensar que tus padres te recibirían con los brazos abiertos.

—Necesito tu moto para mañana —solicitó Elisa, sin escucharla.

—En el patio está.

—¿Tiene gasolina?

—Algo aguantará.

—Te la devuelvo por la noche.

Se colocó la chaqueta de nuevo. Lourdes la vio guapa, más fuerte cuanto más desarbolada por sus propias circunstancias; decidida.

—¿No quieres que te preparen una mesa? Hoy no tenemos ni media entrada.

—Vengo otro día con tiempo. —Volvió a besarla—. Necesito disfrutar de mi casa a solas el tiempo que me quede.

Dejó la cerveza sobre la mesa de su despacho.

—Y cuando quieras, Lourdes, me cuentas qué te pasa.

3. TANATORIO

Como temía, la casa estaba helada. Tomó un paquete de magdalenas, y el edredón del dormitorio. Programó la alarma a las siete de la mañana, encendió la tele, puso una reposición de *Aquí no hay quien viva* y apagó las luces. No haber dormido la siesta facilitaba el sueño, haberse puesto a leer le habría hecho reflexionar y no quería.

Despertó sin pereza. El amanecer le ofrecía dos alternativas y sabía que el porcentaje de acierto era escaso con la información de la que disponía. Recordó a su abuela y empezó por ir al tanatorio de San Jerónimo. El frío era intensísimo a esas horas de la mañana y ni siquiera los guantes de lana contenían el dolor en los dedos de las manos.

Apenas había nadie en la sala de entrada, aún no había asomado la luz del amanecer. Identificó con rapidez la pantalla y no encontró su apellido. Volvió a la moto.

El tanatorio de la SE-30 no quedaba lejos. Allí encontró más trasiego y comprobó, nada más llegar, que habían comenzado a desfilar por la capilla las primeras familias. Justo encima del puesto de información se encontraba una pantalla con el nombre de las distintas salas.

«Bartolomé Relinque Jiménez».

El cuerpo se le estremeció de satisfacción por haber sido tan eficaz.

Faltaban diez minutos para que bajaran el féretro a la pequeña iglesia del tanatorio, lo que Elisa aprovechó para sentarse en un banco apartado de los ascensores por donde bajaban los deudos. Excitada por su propia perspicacia, observó ansiosa los cortejos que se cruzaban. El ascensor, en una de sus

aperturas, dejó salir al hombre del aeropuerto, que sostenía a su madre.

En un gesto instintivo agachó la cabeza cuando Roberto se giró para comprobar, seguramente, qué familiares o amigos había en el gran vestíbulo de entrada que atravesaban. Con el sigilo imprescindible para no parecer perdida, Elisa se acercó a la capilla de hormigón y techos altos y se sentó en una de las bancadas finales; no tardó en comprender que Bartolomé, *Tolo*, como repetía el cura, no era el padre de Roberto, sino su hermano. Sin poder distinguir desde tan lejos, entendió que los sollozos venían de la madre.

Se le hizo una bola enorme en el estómago, pesada, espesa, pastosa, que le creó una desazón enorme al verse allí, a contracorriente, una mañana fría de invierno en el funeral de un joven arrancado a esa madre que gritaba su dolor como gata herida.

No había demasiada gente para despedir a alguien con edad tan temprana, lo que le hacía pensar en un tipo complejo, arisco, atormentado o asocial. Los gestos que observó, las palabras del sacerdote, la atmósfera en sí demostraban que había algo sucio en la vida de ese hombre muerto al que acompañaban en su último paseo hacia el cementerio. Los mayores abrazos iban a la señora, aunque los apretones eran sentidos cuando se le ofrecían a Roberto, que solo emitió un gemido ronco cuando lo abrazó un hombre delgado, alto, con poco pelo y mal vestido, que aparentaba diez años menos que él. El abrazo fue largo, casi tan emotivo como el que el día anterior hizo que ella estuviera allí a esas horas de la mañana siendo testigo de una ceremonia a la que no estaba invitada.

Era un hombre de abrazos imponentes.

Al salir encontró el coche fúnebre y, tras él, el caminar lento de apenas veinte personas. Buscó, con el casco de moto ya en la mano, al gran amigo de Roberto y no lo localizó en el séquito. Entró de nuevo en el recinto. Nada. Se asomó a la única zona donde daba el sol para comprobar si aún estaba por allí, fumando un cigarro y lamentándose por la pena de Roberto. Sin embargo, lo tenía al lado, justo arrancando una moto, abrigado como un esquimal. Era importante para ella no hacerse notar.

Arrancó a tiempo para no perderle la pista, lo siguió hasta la rotonda que llevaba a la SE-30. Al tener una moto más potente, temía perderlo en las grandes rectas de la circunvalación de la ciudad. Para su suerte, a la segunda salida el amigo de Roberto giró hacia la derecha y se adentró por entre los bloques del barrio obrero de San Diego.

Congelada, sin haber tenido tiempo de colocarse los guantes en esa persecución absurda, Elisa paró a unos cincuenta metros cuando comprobó que entraba en una cafetería. Contó hasta cien antes de entrar. El bullicio era enorme a esas horas de la mañana en que muchas familias se preparan para llevar a los niños al colegio y los currantes se toman el primer café. Miró a lo largo de la cafetería y se encontró con él al otro lado de la barra, con camisa blanca, pantalones negros y cara de haber pasado mucho frío. Pidió un café expreso, a sabiendas de que el bar pronto se vaciaría. No tardó en confirmar que se había fijado en ella y no necesitó más que dos miradas mantenidas para hacer que se tropezara con las baldas traseras de la barra.

—¿Me pones otro café?

—Marchando —confirmó, sonriendo, en un gesto descontrolado y ambivalente.

Jugó con el móvil, retuvo la hora y se dio un minuto para esperar una acción por su parte.

—¿Eres de aquí? —preguntó él, mientras se forzaba a limpiar una barra a la que había pasado la bayeta varias veces.

—Soy de Sevilla, pero vivo en San Bernardo.

—Ajá.

—Vengo del tanatorio en moto y he olvidado los guantes. He tenido que parar para tomarme algo caliente y esperar a que salga un poco más de sol.

—¿En el tanatorio?

—Sí, tú sabes, una tía muy mayor, hermana de mi madre, a la que hacía tiempo que no veía.

—Yo he estado esta mañana también en un funeral.

—¿También una tía? —preguntó Elisa en un gesto esquivo.

—No. De un chaval.

—¿Un niño pequeño?

—Más o menos. Un tipo con casi treinta años que no ha hecho más que dar

tumbos por la vida.

—¿Familiar tuyo?

—No. El hermano pequeño de mi mejor amigo.

—Vaya... Eso sí que es una putada.

El camarero no respondía ni apoyaba su información.

—¿Solo tenía ese hermano?

—Sí —le contestó sin mirarla, mientras organizaba vasos que quizá no existían.

—Qué jodido... ¿tiene al menos familia?

Entonces sí levantó la mirada.

—El Róber vive solo, pero es más fuerte de lo que él mismo se imagina.

Aceptó el chupito de anís que le puso para soportar el frío de retorno a casa.

—Podían haberte dado la mañana para estar con tu amigo.

—Hay gente de baja, no he querido abusar.

Elisa no quería terminarse el anís de un golpe.

—Róber sabe que no es necesario que yo esté allí.

—¿Trabaja aquí contigo? —La pregunta era forzada, pero Elisa necesitaba más información antes de dar el golpe definitivo con el vasito en la barra.

—¡Qué va! El Róber es un triunfador... Es el orgullo de la familia. Menos mal que su madre lo tiene, que si no, se hunde.

—¿A qué se dedica el famoso Róber?

—Es un ejecutivo de Recursos Humanos de Bankitel.

Elisa puso cara de no conocer.

—De una sociedad financiera internacional.

—Vaya. Se habrá venido aprisa y corriendo a Sevilla para enterrar a su hermano.

—Sí. Vino ayer. Pero vaya, que él vive aquí. Todo el día entre aviones, pero vive aquí.

El bar volvió a llenarse a base de desayunos consistentes. Elisa no quería salir de allí sin otra pista en la que apoyarse. Había, sin embargo, demasiada gente, demasiado ruido para captar la atención del camarero. El móvil olvidado

sería una buena excusa para volver; sin embargo, tenía demasiada información en su interior como para arriesgarse a perderlo. Se tocó las muñecas, los bolsillos, el pelo. Dio con sus gafas de sol. No tenía por qué olvidarlas, pero estaban bien a la vista y podría venir en un rato a buscarlas; hacía mucho tiempo que sabía que la gente no suele prestar atención a las verdades que uno quiera inventarse.

4. GAFAS

Fidel se revolvió apesadumbrado cuando vio el vacío del trozo de barra que ocupaba Elisa. Perdió el paso y se equivocó hasta tres veces en la entrega de las tostadas. Su jefe se contuvo, comprensivo con su situación.

—Fidel, carajo, ¡tómame un chupito de lo que sea!

Aprovechó la hora tonta de las doce para acompañar a la cocinera en su cigarro matutino.

—¡Qué frío hace, joder!

Ella se sonrió al ver su figura desarbolada.

—¿Dónde tienes la cabeza, Fidelito?

Fidel tenía la cabeza en el crematorio de donde, a esas alturas, una madre atormentada habría salido con un tarro de cenizas que no sabría dónde poner.

—Voy a echar de menos al capullo del Tolo.

—¿Echarlo de menos? —preguntó socarrona—. Ya era hora de que os dejara tranquilo ese desgraciado. Y que a la policía no le dé por investigar, que esa familia tiene el cielo ganado.

—Ese cabrón del Tolo...

A Fidel se le subió la media tostada a la garganta y salió corriendo a vomitar.

Aporrearon la puerta del baño.

—¡Niño!, tienes una amiga esperándote al fondo del bar.

Fidel se limpió a sabiendas de quién era esa mujer. Rodeó la barra y se fue a su lado. Le dio dos besos con naturalidad.

—Te fuiste sin despedirte.

—Demasiada tabarra te di para lo que tenías tú encima —le comentó Elisa, precipitada en sus palabras—. He vuelto porque me olvidé aquí las gafas de sol.

—Ah, ni idea. ¿Las tenía mi jefe?

—No, parece que le habrán gustado a alguien.

—Lo siento.

—Nada. No te preocupes. Yo y mis despistes.

—¿Una cerveza? Invita la casa...

—No, gracias. Voy con prisa. He quedado a comer con mi familia.

Fidel se quedó parado, sin saber de qué hilo tirar, pero deseoso de retenerla.

—Me quedé con la copla de lo de tu amigo Róber y me gustaría que le pasaras este teléfono. Es de mi amiga Elisa, abogada, y sé que le vendrá muy bien conocerla teniendo en cuenta a lo que se dedica.

Fidel tomó el teléfono y asintió.

—Por cierto, me llamo Concha. —Y con un par de besos, Elisa se despidió.

5. NURIA

Tras aparcar la moto en casa de Lourdes y dejar las llaves en su buzón, paseó hasta casa de su hermana Nuria.

—Ábreme, guapa —le pidió, tras llamar al telefonillo.

Los niños andaban con su padre comiendo a la salida del cole para dejar a Nuria el día libre para seguir con sus oposiciones.

—No sabía que hoy tocaba día de enclaustramiento.

—Anda, pasa...

Más pequeña y delgada que su hermana, Nuria la recibió con una oleada de besos ruidosos en la mejilla. Le gustaban esas visitas relámpago en que irrumpía en su casa como una exhalación para hacerla partícipe de esa vida donde nada seguía la ruta imaginable.

—¿Aún siguen sin hacerse pública las convocatorias?

—Todavía no, y es probable que no salga nada para este año. Quizá en Extremadura, quizá en Canarias...

—¿Te irías?

—Ya quisiera, Elisa. No sé. De momento lo único que tengo claro es que no puedo venirme abajo.

Las cortinas a medio echar impedían percibir el extraordinario día de invierno que estaba perdiéndose tras una mañana de nieblas.

—¿Cómo te ha ido la semana?

A Elisa la semana le había ido mal. Paralizada desde hacía un mes, había anulado las clases particulares de inglés por no encontrar el ánimo de enfrentarse a niños revoltosos que le hacían perder los nervios, había reducido al mínimo las traducciones, anulado compromisos que ya tenía.

—Ha ido tranquila, Nuria. Es una época mala, pero no me quejo.

Su hermana bajó el volumen de un aria de Puccini que entraba en su momento álgido. Hubo un gesto en ella que le recordó terriblemente a su padre.

—Tienes gestos de papá.

—Eso me dice mi marido.

—¿Qué es lo que te ve él de parecido?

—Lo brusca que soy haciendo las cosas. Dice que parezco un camionero.

—¡Qué simple es tu Quico, Nuria!

—Un simple y un buenazo, cóctel perfecto.

Pasta, una botella de Lambrusco y dos yogures mientras escuchaba a su hermana llevaron a Elisa a amodorrarse en el sofá para dejarla estudiar. Programó el móvil, sin que Nuria se diera cuenta, para poder escapar antes de la llegada de sus sobrinos.

6. LONDRES

El minúsculo apartamento de Elisa era territorio extraño; había cambiado tres veces de residencia en el último año, urgida por la necesidad de recortar el gasto sin perder la independencia. Usaba sus encantos para evitar fianzas inabordables a partir de nóminas falsas que le agenciaba su amiga Lourdes y dejaba siempre varios meses sin pagar, de forma que cuando las amenazas de los propietarios se volvían reales Elisa ya andaba montando cajas, cada vez más escasas, para trasladar su hogar a otros lares de una Sevilla que se había recorrido sin más criterio que el de seguir viviendo.

Había pasado dos días encerrada entre sesiones a oscuras de películas ya vistas y sándwiches de pavo que se habrían eternizado de no haber recibido una llamada de su madre para invitarla a una cena familiar.

—Tu hermano tiene que contarnos algo.

Entre la ducha y la cama dio vueltas, incansable hasta que llegó la hora de la cena, mientras imaginaba qué querría comunicarles Martín. Era tanta la distancia entre ambos que le costaba imaginar que su hermano hubiera solicitado su presencia en una casa que ya hacía tiempo que se había convertido en un reducto de relaciones unidireccionales e insolidarias. No supo ni quiso preguntar a la madre, tal vez por el morbo de evitar que le adelantara un instante de emoción de boca de su hermano mayor, el perverso Martín.

Con la casa medio a oscuras, Elisa fue la última en llegar. Sus sobrinos revoloteaban por el salón, con la pereza que ello le suponía. Desde que vio a

su hermano sospechó equivocadamente que todo era una pantomima de su madre para unirlos un rato.

—¿De qué te ríes?

Le dijo que de nada. Los trucos utilizados por su cuñado Quico para retener a clientes en su restaurante llenaron de inocencia parte de la cena y sirvieron para evitar roces indeseados entre hermanos o gestos desabridos del jefe de la tribu, siempre en guardia a base de preguntas trascendentes que cansaba responder.

—¿A cuántos alumnos tienes ya en nómina? —le preguntó con sarcasmo.

—Los necesarios para vivir con dignidad, papá.

No quería Elisa justificar una vida laboral escasa y abominada, menos con aquel que se indignaba desde su puesto de frustrado mentor y padre.

—¿Cómo vas renovando tu inglés después de tanto tiempo sin salir de Sevilla?

—Déjala en paz, papá —terció Martín—. ¿No ves que mi hermana no quiere entrar por ahí?

Traía Nuria la tarta cuando su madre hizo tintinear la copa con la cucharilla del postre. Los niños pararon los cinco segundos que tardaron en comprender de qué se trataba.

—Siéntate, Nuri, que tu hermano tiene algo que contarnos.

Martín, incómodo, dio un sorbo a las cuatro gotas de vino que pululaban en el fondo de su copa.

—El lunes empiezo a trabajar en Londres.

Sin poder reprimir un movimiento espasmódico que disimuló limpiándose la boca con la servilleta, Elisa se asomó a la mirada de su padre, orgulloso.

—Así, ¿de golpe? —preguntó Nuria con la tarta de galletas a medio partir.

—La vida no te da muchas oportunidades y quiero aprovechar.

A partir de ese momento, la noche fue un continuo brindis por un recorrido inesperado del hermano ejemplar, por mucho que Elisa quisiera ver en ello la evasión de una vida marcada por el desamor de una pedante que hizo de Martín un perpetuo sufridor de frustraciones inacabables, lo que convirtió sus

continuos proyectos de aprendizaje, de idiomas, métodos de programación o filosofía griega en lamentos por no haber ascendido más rápido, por las oportunidades irremisiblemente perdidas.

A Elisa se le fue la energía en intentos baldíos de encontrar la mirada esquiva de su hermano.

La desazón era tan grande como su impotencia para comunicarle una mínima señal de complicidad. Estaba en el tiempo de descuento y no encontraba la puerta por donde entrar hacia la complejísima fortaleza en que Martín había transformado su mundo interior. Era fácil asomarse para quien no quería más que contemplar la fachada, como hacía Nuria en largas cenas regulares en que los silencios los llenaban de gritos sus hijos. Pero era difícil penetrar para quien, como Elisa, sabía que allí había un lugar tan maldito como añorado, donde se escondía su infancia en algún rincón; rincones donde quedó atrapada su inocencia infinitos años atrás.

No. Martín defendió el castillo con sonrisas forzadas, enumerando los barrios de Londres donde querría vivir, argumentando razones en las que no creía, ensimismado en proyectos que tanto él como su hermana sabían que eran falsos.

—Me voy, hermano.

Como última muestra de afecto, la primera de la noche y de muchos meses atrás, Martín la tomó del brazo y la miró.

7. VISA

Los días se hicieron largos en la cuenta atrás de reestructuración que para Elisa suponía perder el contacto rutinario con su hermano. El ritmo biológico no lo marcaban la luz del día ni los horarios de comida, sino las alarmas del móvil que repicaban con precisión para anunciar la llegada de cada alumno que se acercaba a sus caóticas y musicales clases de inglés. Cuando su cuerpo se hizo a su ausencia, al menos una semana después de su llegada a Londres, Elisa volvió a tomar el autobús al aeropuerto.

La hora tardía y el día laborable eran circunstancias propicias. Tenía la maleta cargada con una muda y ropa de relleno de cualquier ciudad fría del norte. Se dejó la melena rubia bien suelta, con el chaquetón a mano para poder cambiar de imagen en apenas segundos.

Dos vuelos de Barcelona, uno de Bilbao y otro de Londres consiguieron convocar a decenas de personas en torno a la salida, atentas a tomar plaza entre los encargados de agencia y hoteles, inamovibles en su papel de carteles humanos. Por fin encontró a quien buscaba. Lo siguió con la mirada porque sus andares delataban que no habría quien lo esperase. Se ajustó el gorro y el chaquetón, se olió las solapas antes de enderezar la maleta y marcó con el ritmo de sus tacones la persecución del tipo de mediana edad que parecía deseoso por llegar a su destino.

La jugada salió perfecta desde el momento en que enfiló hacia la hilera de taxis. Al ser un vuelo de Iberia, como demostraba su etiqueta, solo podía venir de Bilbao, lo que complicaba algo la estrategia, ya que era un trayecto operado por un avión de pequeñas dimensiones. Le calculó cuarenta años.

—¡Perdona!

Él se giró y ese fue el único momento, por su mirada perdida, en que Elisa dudó.

—¿Vas para Sevilla?

—Sí.

—Perdona, vengo en tu vuelo desde Bilbao. ¿Podemos compartir taxi? Me está dando problemas la tarjeta y solo tengo diez euros sueltos para...

—¡Claro! No hay problema. —Al hombre se le abrió una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Adónde vas?

—Con que me deje en el centro es suficiente. Ya me busco yo allí la vida.

—Ni hablar. Tú señalas el camino al taxista y ya sigo yo para el hotel.

El acento le confirmó que era del norte.

—¡Mil gracias! Entre la tarjeta y el trabajo llevo un día de perros. —Y mostró su enormemente sutil y ensayadísima carita de puchero.

Pocas veces Elisa se había sentido tan deseada en las últimas semanas. Sin ni siquiera observarlo, sabía que su compañero de asiento no conseguía mantener la calma ni la quietud en las piernas, en movimientos continuos que se reflejaban en los cristales, en sombras que se cruzaban en el reposacabezas del conductor, en tragos de garganta casi audibles, de luchar contra su sonido seco de sube y baja.

—¿Cenaste?

—No. Pero ya se me pasó el hambre —mintió ella.

—Seguro que te viene bien una cerveza para bajar el estrés, y así me acompañas a cenar. No tengo ni idea de adónde ir.

Elisa le sonrió, sin responderle.

—¿En qué hotel estás?

—En el Plaza de Armas.

—¡Uf! —exageró ella—. Me cae en la otra punta de la ciudad. Perdóname.

—¿Y por tu barrio?

—Vaya... veo que eres insistente —sonrió.

—Pensaba comer un sándwich a solas en el hotel y prefiero mil veces tomármelo contigo. No conozco a nadie en la ciudad.

—Pues tendrás que invitarme a esa cerveza y acompañarme luego a casa. Te recuerdo que estoy aquí porque se me jodió la tarjeta —sentenció con carácter.

Elisa se incorporó para comentarle al taxista que cambiase de recorrido.

Unas cervezas, tapas mal comidas por los nervios y un falso dolor de espalda llevaron, tras un masaje corto, torpe y precipitado, hacia un sexo a oscuras, a petición de Elisa. Se preocupó de que acabara suficientemente sucio y sudado para forzarlo a una ducha necesaria antes de acompañarla en taxi. Ella fue la primera en entrar en el baño, tras obligarlo con una sonrisa a dejar que se aseara a solas. Cuando él entró, tuvo tiempo de sacar con calma la tarjeta con la que le observó pagar en la taberna y fotografió con el iPhone las dos caras, después de comprobar que podían leerse sin dificultad todos los dígitos. Tomó luego el DNI y realizó la misma operación. Le desagradaba pensar en su aliento, en tener que soportarlo en el trayecto en taxi y darle un beso de despedida. Cogió el abrigo y se fue.

8. VACAS

Al día siguiente se levantó ansiosa por volar.

Solía escaparse al campo con Nuria cuando su cuñado trabajaba en fin de semana. Ese que acababa de empezar fue Elisa quien la forzó, acaso reacción subconsciente a la asunción de la ausencia de su hermano.

—¿Quieres que le proponga a mamá que se quede con los niños? —le preguntó Nuria.

Su hermana sabía cuándo la quería para ella.

—Sí.

No había mejor respuesta que la que se daba con determinación, y esa era una de sus ásperas cualidades.

Unas compras en el Carrefour precedieron a un fin de semana que a Elisa se le planteaba como el paraíso. Paraíso era no dar explicaciones, bucear en novelas de Martín Gaité en compañía, observar con una cerveza la tranquilidad de Nuria mientras le preparaba guisos para congelar.

—No sé cómo tienes memoria para manejar tantos ingredientes al mismo tiempo.

Nuria conocía el lado herido de su hermana y no estaba dispuesta a establecer maniobras que no fueran otras que disfrutar de ella, justo de lo que ella quisiera compartir, sin asaltar ni un ápice el terreno que Elisa defendía sin mostrar sus armas. Sin más diagnóstico que su intuición, Nuria sabía que el mejor antídoto para los viajes al abismo de su hermana consistía en escucharla.

—No memorizo nada, Elisa. Aplico el sentido común y los años junto a la

tata removiendo sartenes en la cocina.

Los años, aliados al levante, habían eliminado los vallados en la zona norte de la finca, pero hacía tiempo que no recordaban un jabalí dentro ni se asustaban con ningún intruso. La carretera de Algeciras tenía socavones infranqueables para quien no conociera la zona.

—Tendremos que cambiar de compañía de gas —le explicaba a Elisa—, porque el hombre que ha venido toda la vida dice que se juega el tipo en cada llantazo. Pobre hombre, cualquier día le salta una bombona y la liamos.

Desde que tenía memoria, Elisa visitaba esa casa semiartesanal escondida entre los bosques que separaban Tarifa de Gibraltar cuando los padres de Quico recogían a los tres adolescentes los viernes a la salida del colegio, con las mochilas cargadas de nervios, alborozados por devorar fines de semana eternos entre vacas que se batían imperturbables con el monstruoso levante de aquellos tiempos dulces.

—Aún me parece ver a la madre de Quico gritándonos, buscándonos entre los bosques, tan cagueta como era... ¡cómo nos reíamos de esa mujer!

—Su hijo ha heredado ese puntito de ingenuidad.

—¿La echa de menos?

Claro que la echaba en falta, le respondía Nuria. Una mujer como aquella, viuda desde casi siempre, con un hijo único y una herencia imponente, encerrada en esa casa durante media vida.

—Si Quico viene aquí es por los niños o por mi insistencia, Elisa, pero a él se le revuelve todo, es incapaz de subir a las habitaciones de mi suegra.

Mientras jugaba con las brasas de la chimenea, Elisa asentía a todo aquello que le contaba su hermana sin necesidad de escucharlo. Podría ponerse unos tapones en los oídos y adivinaría con exactitud cada palabra que salía de sus labios, cada gesto, cada suspiro.

—Qué felices hemos sido aquí, Nuria.

Muy de mañana, el sábado, Elisa dejó una nota para decirle que se iba de paseo por el monte. Sin móvil, tomó ropa de abrigo para tratar de alcanzar las casas derruidas de la costa en las que jugaban de pequeños, algo que no

resultó difícil, porque las pistas iban apareciendo con la facilidad de esos recuerdos lejanos que nos persiguen tan de cerca.

Elisa bajó y subió como una cabra por entre los caminos de barro señalizados con pivotes verdes, cuyo cometido nunca supo entender. Las piedras de la playa seguían escondiendo restos de naufragio, latas de refresco escritas en árabe y zapatillas desgastadas en las punteras. Abrazaba los restos de ropa contra su pecho. Jugaba con los erizos secos, con palos que tiraba a lo lejos para tratar de clavarlos en la arena sucia de playa abandonada, mojaba los pies en el agua helada mientras su cabeza, desordenada, divagaba en terreno extraño.

Vio llegar unas canoas lejanas que le hicieron pensar en inmigrantes que no eran sino dos chavales que se acercaban, a paladas lentas, a la costa.

—¿De dónde venís?

—De Tarifa —comentó el más fornido—. Vamos camino de Algeciras.

Elisa sabía que no tenían prisa, que iban a aceptar su propuesta de dar un paseo por esa zona virgen de turismo, hogar de magrebíes fugitivos. El frío no era tan pronunciado como para no dejarse engatusar por una llamativa rubia madura que les lanzaba cantos de sirena. El chaval más joven, en cambio, decidió quedarse tomando un bocata guardado en papel de aluminio. Una construcción elíptica de piedra, encima de la colina más pronunciada, verde, a unos cien metros de altura, fue el lugar donde Elisa mandó callar al piragüista para bajarle las calzonas y comerle su excitación sin más explicaciones.

Volvieron a Sevilla antes de lo previsto por unas toses demasiado ruidosas de su sobrina. Elisa no quiso entrar en casa de sus padres y se despidió de su hermana con dos besos sentidos. Lanzó una llamada perdida a Lourdes, que le respondió con otras dos, sinónimo de vía libre para pasarse por su casa. Mientras compartían una cerveza, su amiga le conectó el iPhone a su ordenador y descargó las fotos de las dos últimas tarjetas de crédito.

—Y a este tan guapo, ¿también te lo tiraste?

—Estaba de miedo, Lourdes. Un bilbaíno más caliente que el palo de un churrero. Lo dejé metido en la ducha de su hotel, no tenía ganas de darle besitos en la puerta de mi casa.

—¡Qué burra eres!

9. AGENCIA

El primer lunes de febrero decidió comenzar por enésima vez. No tenía dinero para renovar su abono al aeropuerto y eso la ayudaba a protegerse. Aún no le habían llamado la atención por el impago del mes, pero se marcó como objetivo no perder su casa de nuevo. Se vistió con falda tras semanas sin hacerlo, rebuscó algo de maquillaje para dar vida a su palidez y se recogió el pelo en un moño. La agencia de traductores estaba lejos del barrio, pero no tanto como para no ir andando. Llevar bolso, ir arreglada y caminar por la avenida Luis Montoto a una hora temprana la conectó de nuevo al mundo.

—¡Elisa! ¿Qué tal, *amore*?

Dio dos besos a la recepcionista, comprobó los cambios bruscos de colores en la oficina y pidió que llamasen a Thomas.

—Está liadillo, niña. Ya sabes, principios de mes.

—Solo son diez minutos, cariño.

Thomas, definitivamente, no pudo atenderla.

El café en un bar impersonal frente a unos grandes almacenes fue desazonador. Tan arrepentida de haberlo intentado una vez más como asustada por verse definitivamente descolgada, trataba de encontrar un número de teléfono al que agarrarse.

Las razones para no confiarle todas sus miserias a nadie abundaban; había justificado sus últimos años a base de medias verdades con gente cercana que habría escuchado, tal vez no entendido, sus elecciones. Ya no valían más goteras inexistentes para cambiar de casa ni cabreos con compañías telefónicas para argumentar cada nuevo número de teléfono; los préstamos

para cursos en el extranjero se habían comido su credibilidad y el orgullo, único bagaje con el que aún creía contar, estaba a punto de entregarlo por una cama en casa de sus padres y comida caliente. Aprovechó que el único camarero del bar entró en la cocina para salir disimuladamente de la cafetería sin pagar. Corrió, una vez fuera, lo justo para cruzar un par de esquinas.

La tentaba tanto Londres como repulsión le provocaba pensarlo.

Fue caminando, como un borreguito, a buscar los mimos de su hermana Nuria.

—No te lo vas a creer, pero por primera vez en muchos años no tienen trabajo para mí esta semana en la agencia —le comentó, sin querer asumir ante ella que hacía meses que no pisaba sus oficinas.

—Joder, Elisa. ¡Con lo que tú has currado para esa empresa!

—Ya ves...

Un abrazo corto evitado por su carácter arisco la llevó a tumbarse en el sofá de su hermana mientras Nuria le preparaba un té de cereza y vainilla y se lo colocaba a Elisa entre los papeles de sus oposiciones.

—Te lo he dicho mil veces, Elisa, pero vuelvo a decírtelo. Quico podría hacerte un hueco en su restaurante, aunque sea para trabajar unas horas.

Elisa la oía de espaldas, agarrada a un cojín, con unas enormes ganas de desaparecer del mundo.

—Él tiene una plantilla ajustada desde hace muchos años, pero sabes que te adora y podría jugar con los horarios, mover a gente para el fin de semana...

—¡No sé cómo decirte que no quiero currar con el pamplinas de tu marido!
Nuria quedó en silencio.

—No he venido a que me perdones la vida ni a que me la soluciones, simplemente he querido comentarte una información, ¡punto!

Se agarró los tobillos con las manos y apoyó la cabeza en las rodillas; Nuria la observaba sin rechistar; temía un nuevo ataque explosivo de su hermana, que, esta vez, quizá la llevara a una ruptura más larga que otras veces.

—Me duele que me hables así.

Se levantó del sofá, tomó su abrigo, su carpeta llena de nada y cruzó la

mirada con un espejo que le devolvía sus frustraciones vestidas con traje de chaqueta. Aún se sabía deseable, no quería dejarse llevar por la tristeza que le provocaban las frases de su hermana.

—Muy rico el té.

Le dio dos besos y se marchó rápido, sin saber hacia dónde.

10. AOMAME

Convino en que su exclusiva misión en los días siguientes sería encerrarse hasta que el mundo exterior olvidara su existencia, como Aomame en la última novela de Murakami.

Acostumbrada a vivir sin nada, juntaría el dinero posible para hacer una compra decente y recluirse en casa. La única condición era mantener las clases de inglés para no infligirse castigos superiores a los que merecía. Reunió cuarenta y cuatro euros, que utilizó en la compra de naranjas para zumo, picos de pan, fiambres de pavo baratos y latas de conserva. Miraba la caducidad de los panes de molde como si se fuera a la guerra, alargaba el brazo hasta llegar al último y comparaba fechas para marcarse así el límite de su encierro. Preparó la casa a conciencia, con un lavado enérgico hasta de las cortinas. Ordenó la nevera pensando en semanas, y las cuentas le salían para tres. Terminaría la reclusión con al menos cuatro kilos menos. Una mujer depurada, limpia, estilizada. Buscó un cuaderno donde apuntar las reglas de vida de ese período que comenzaba.

¿Se podría ver la tele? No. ¿El móvil conectado? Solo cinco minutos al día, al amanecer, para evitar llamadas tediosas de no contarse nada en horas nocturnas en que una estaría necesitada de desahogo. ¿Internet? Nada que no tuviera que ver con el plan supremo de crear una nueva vida, aún borrosa e imprevisible. ¿Salir de casa? Prohibido. Era la regla primera y fundamental. No se podía salir. ¿Alcohol? No había negociación posible; tener esa vía de escape haría que fracasara ante cualquier pequeño obstáculo.

Tener el cuaderno abierto con esas pocas reglas básicas la incitó a escribir a todos aquellos que fueron algo en su vida, enviase o no esas misivas, porque tal vez el destino principal de esos escritos acabaría siendo ella misma.

Todo debía regenerarse para encontrar un sentido nuevo en ese derrapaje de huida del precipicio. Estuvo todo un día revolviendo estanterías y armarios, consciente de que aparecerían como fieras fotos de su marido, regalos de tiempos en que la vida se organizaba en rutinas que le hicieron pensar que la normalidad era posible.

¿Dónde estaría Julio?

Habría encontrado seguramente a la mujer a quien susurrarle sus proyectos de empresa, a quien le prepararía desayunos tropicales las mañanas de sábado, a quien trataría de enredar para llevarla a la ducha con reclamos de sexo mojado con agua ardiendo.

¿Tendría niños Julio?

Mientras cepillaba con rabia la alfombra marrón de nudos desordenados, pensaba en los posibles niños de Julio, en su impaciencia por tenerlos. Temía, sin duda, por lo que sería de ellos con un padre con tanta ansiedad por proyectarse en ellos mucho antes de haberlos tenido.

¿Se acordaría de ella, Julio?

Desnuda, frente al espejo, se miró con los ojos de él, se tocó con sus dedos, revivió su mirada lasciva, la presión excesiva contra ella que tanto le gustaba, su masculinidad indisimulada, los gritos obscenos. Pensaba en si él pensaría en ella, si alguna vez se habría corrido con ella en la cabeza en los brazos de otra mujer, Elisa encendió la ducha, puso el agua a la máxima temperatura y se masturbó con la fuerza con que alguna vez, seguro, habría soñado hacerlo Julio en esos años definitivos de desencuentro.

«Ya todo se acabó por siempre, princesa».

11. Garabatos

La casa estaba helada y húmeda cuando se acostó. Apuró hasta entonces para encender la calefacción y así controlar al máximo los gastos de electricidad, que debía tener al día para poder contratar suministros a su nombre en su eterna odisea entre apartamentos minúsculos de la ciudad. La humedad venía del panorama de cortinajes y sábanas tendidos por doquier. La ayudó a encontrar el sueño, difícil pese al agotamiento, recrearse en su muestra de fortaleza, prueba irrefutable de sus ansias de revivir. Adormecida, entendió que sus pasos futuros debían centrarse en potenciar su capacidad de reinventarse una vez más. Apareció la imagen de su hermana Nuria estudiando oposiciones; cerró los ojos de sueño pensando en cuánto la quería.

Sevilla era ruidosa por las mañanas, aunque sus sonidos no le hacían mal. Perezosa en la cama, oír los gritos entre vecinas, las aspiradoras pasando, los cláxones arrítmicos o el repartidor del butano era un sortilegio que la conectaba a un mundo que no tenía por qué ser el actual. Se preparó una zona despejada del diminuto salón para ejercitar las rutinas que practicaba cuando, pura fibra, estuvo federada en balonmano. Tras constatar que el sudor le bajaba por las axilas realizó la conexión diaria del móvil a la que se había dado derecho. Lo apagó cuando el agua de la ducha ya salía caliente y había pasado el tiempo preciso para considerar que no saltarían mensajes ni llamadas perdidas.

Desnuda y con babuchas, arrojó al suelo todos sus libros para ordenarlos entre leídos y no leídos; estos últimos por orden de prioridad, dispuesta a leer dos o tres semanales. Apartó a Sandor Marai para evitar viajes a la oscuridad,

recopiló todo lo posible de Benedetti para aprender del amor, apartó a su amado Saramago y le pidió disculpas, y rebuscó los clásicos ya leídos de Auster para acompañarlo de nuevo por los garitos de Brooklyn. Sin suficientes ingredientes, se cocinó una salsa de tomate con música de Culture Club y despreció el perturbador *gin-tonic* que su mente maquinaba.

La vida podía tener sentido.

Meditó sobre su maternidad. Tomó un lápiz y se tumbó en la alfombra marrón, siempre desnuda. Garabateó como lo haría la niña que había en ella. Pintó a su familia:

Agustín, su padre, con cabeza prismática, pocos pelos y la boca torcida; los pantalones no le llegaban a los tobillos; fumaba como una chimenea; con ojos muy separados de pupilas enanas, que miraban de reojo a su pequeña Rosa, enormemente gorda y sonriente, con dientes desordenados y una expresión casi de terror. Martín apoyaba su largo brazo en su madre y la tomaba a ella, Elisa, esbelta, casi bulímica, de pelos kilométricos, también por el cuello, la rodeaba con sus grandes manos de uñas sucias. Nuria, con más sonrisa que cabeza, dejaba caer unas lágrimas como virgen dolorosa de aureola galáctica.

Le resultaba complicado explicar el porqué del repudio hacia sus sobrinos. Cualquier psicólogo, pensaba, encontraría las respuestas en su padre, heredero consciente de la tradición más negra del machismo civilizado. Elisa, sin embargo, le aclararía al psicólogo que su útero seco de esperanzas era indiferente a las miserias del señor Agustín. La falta de instinto maternal tenía raíces más complejas, inconexas con una infancia desgraciada, porque fue feliz; ni con suciedades de sexo temprano, ya que siempre fue consciente de lo que hacía, de forma voluntaria, incluso con edades a las que cualquier niña habría llorado por una muñeca rota.

Elisa tenía tres semanas para descubrir por qué mató a sus hijos futuros antes de ni siquiera engendrarlos.

Los trazos de luz oblicuos calentaban buena parte del día una esquina del salón, donde ella se tumbaba a leer. Reía a carcajadas con Elvira Lindo. Por momentos descubría el verdadero significado de su existencia, en *flashes* de

fotones luminosos que irrumpían por la ventana principal, tan rápido como se iban, sin hacer fisuras en su coraza de mujer necesitada de estímulos.

A veces todo era fácil, momentos en que comprendía que no necesitaba más que sol y lectura para vivir. Se desentumecía haciendo abdominales, bebía zumo y volvía a sus libros, reordenados cada poco en función de sus emociones. El espacio pequeño del salón le permitía posturas perfectas para masturbarse alejada de pudores, con mucha luz azul de invierno. Colocaba cojines y abría las piernas, retorció la pelvis, se frotaba al tiempo que o bien leía o bien cerraba los ojos para recordar el mejor sexo.

El mejor sexo estaba en Julio, esa era la pena.

La verdadera libertad en ella vendría cuando el sexo fuese elegido, pensaba, y no asociado a un acto de amor dañino como aquel en que cabalgó durante años con su exmarido. Imaginar sus gruesas manos tomándola entera, como tenazas que capturasen mercancía, era suficiente para llegar al orgasmo cuando ya se había rozado todo el cuerpo con objetos traídos del baño.

Las tardes caían, heladas, con ella empapada en sudor y humedades, rodeada de novelas, cojines y mantas de colores, momento en que acechaba la soledad más cruel, la muerte del frío, la comprensión de su lugar en el laberinto.

12. NARANJAS

El fin de semana sufrió el primer arrebató de duda cuando comprobó, por cuarto día consecutivo, que no tenía mensajes ni llamadas perdidas en ese ritual de cinco minutos en que se asomaba a la ventana de su móvil. Las reglas las dejó a un lado, se vistió para dar un breve paseo de supervivencia, que la proveyó de motivos para continuar la lucha. Le horrorizaba pensar en encontrarse con nadie conocido, ni siquiera un vecino, o entrar a un bar, o enredar a un hombre bien vestido que la tentara a buscar un baño de hotel donde fotografiar sus tarjetas de crédito mientras él se limpiaba.

A la carrera subió las escaleras de vuelta lamentando no haber comprado grandes cantidades de verdura para hacerse un caldo espectacular donde sumergirse. Intuía que iba por el buen camino, la cabeza despejada era la mejor señal. Se concedía una semana para terminar de vaciarla de residuos, vertidos de otras épocas que atrofiaban pautas de comportamiento civilizadas que le mostraran por dónde tirar. No podía volver a Lourdes, confirmó en ese trayecto sanador de sus pasos por la casa. No era Lourdes en sí, sino lo que representaba de atajo estrecho hacia un dinero fácil que no necesitaba. Al menos no así, a borbotones y a costa de todo.

De hecho, no la llamaría para pedir el pago de las últimas tarjetas; utilizadas o no, esas imágenes de visas robadas la descomponían. Tomó el cuaderno, rebuscó el lápiz por la casa, se preparó el primer ron dulce en días, con mucho hielo, como premio inconsciente a su determinación, y comenzó a hacer cuentas. Si conseguía quince horas semanales de clases de inglés, reales, lo que implicaba comprometer al menos veinte para evitar las anulaciones que siempre llegaban, estaría hablando de seiscientos euros al mes, con los que tenía asegurada la casa, ese pequeño apartamento que testarudamente se

negaba a abandonar, y una manutención mínima. La agencia la había ignorado, sí. No estaba por la labor de rogarle a Thomas más trabajos de traducción porque, principalmente, eso iría contra su autoterapia limpiadora. Tenía que conseguir por sus propios medios documentos para traducir en su perfecto inglés, aun sin saber qué línea seguir en esos tiempos de crisis.

¡Internet!

Sin más dilación, junto a los seiscientos euros, dibujó la cara de su amigo Marcos, friki donde los hubiera, a quien le encomendaría en un pago a plazos la confección de una página web con sus servicios de traductora. Poco importaba que no llegasen clientes en semanas. Tenía todo el tiempo del mundo para posicionarse en la red a partir de comentarios, ofertas, mensajes intrusivos en otros portales similares. Se le ocurría que podía hacer un histórico de todos los trabajos entregados hasta entonces. Tomaría su agenda y recuperaría los nombres de las principales empresas para las que había trabajado desde hacía años, y se permitiría publicar ese enorme listado en su futura web. Colocaría una foto suya, la de sus mejores momentos, aquellos en los que tuvo el valor de decirle a su padre que su vida como abogada había llegado a su fin.

Elisa Sempere, licenciada en Filología Inglesa y Derecho.

Las naranjas exprimidas entraban como savia explosiva que evitaba baches o los suavizaba. La comida escaseaba, pero la lucidez creciente le permitía bajar a acopiarse, con el dinero que a cuentagotas entraba de sus escasas clases de inglés, de comida básica con la que mantener su encierro.

Todo fluía.

Decidió salir de su encierro en citas programadas con objetivos concretos, aunque no sería antes de una semana, para cumplir con el primero de ellos, completar su reto personal de terapia depurativa.

13. GUARRA

«Te llaman Guarra».

Ella lo sabía, pero le impactó oírlo de boca de su hermana como un chivatazo amable, doloroso. Si hay cosas que cambiaría en su vida sería su reacción a esa frase: «A mí me la suda como me llamen, porque además tienen razón». Eran demasiado pocos años en esa época de instituto; también para Elisa, pero sobre todo para su hermana.

No quiso enredarse en el desafío de proteger a una niña que la adoraba. Nuria tenía en Elisa el reflejo de mujer total al que ella sabía que jamás llegaría con su visión patiocorta de la existencia. Buena estudiante, hermosa y juerguista, arrebatadoramente buena conversadora con su boca de dientes perfectos; el reproche que le hacían en forma de insulto sus compañeras de clase no era otra cosa que ataques a lo que ellas querían ser.

Tumbada en su rincón soleado, sin embargo, Elisa era consciente de que su falta de complejos en el sexo no era óbice para asumir la hipersensibilidad de Nuria a las agresiones verbales hacia su hermana. Su vida, reflexionaba, era un compendio de oportunidades perdidas. Ocasiones, escasas, en las que ella siempre jugaba a número perdedor, por ningunear a quienes la defendían. Perder complicidades en su corto devenir por el mundo era estúpido, sobre todo cuando sus cualidades de líder le regalaban apoyos inmerecidos. Alimentaba su fama de calentona en esa época adolescente.

Descubría el sexo y lo quería todo. Sabía organizarse para sacar su carrera de Derecho, disfrutar los fines de semana en fiestas explosivas de botellón y mantener, vanidosa, la capitania del equipo de balonmano.

Todo rodaba. La Guarra se comía el mundo.

14. CUERPO

Justo a las dos semanas de su encierro, el móvil amaneció con tres llamadas perdidas de tres orígenes distintos, como si un encantamiento la hubiese puesto en boca de todos. Lourdes, Nuria y su madre se asomaban a ese teléfono apagado para interesarse por ella. El elemento más destabilizador era Lourdes, a quien mensajeó para comunicarle, con la sequedad justa para no entrar en contradicciones, que pasaría algún tiempo sin acudir a su casa:

Necesito reorganizar mi vida

No hacía falta ser adivina para comprender los sentimientos de esa chica hacia ella ni el juego de seducción al que Elisa se había entregado por obtener la primacía en los trueques propuestos desde su atalaya de mujer lianta de mundos opacos.

No. El dinero sucio tenía que desaparecer como condición inevitable para progresar. Pocas enseñanzas más claras en esos quince días de reflexión salvaje. La familia podía esperar.

El ejercicio diario estaba volviéndose tan violento que el cuerpo casi le retrocedió una década. Se tocaba los abdominales, desprovistos de la más mínima grasa, y los sentía masculinos, petados. Su genética, privilegiada, le daba otra pista, una que nunca dejó a pesar de los cantos de sirena de alucinógenos y farlopas a los que nunca se abandonó del todo, quizá porque tenía claro que en su cuerpo encontraba a su mejor cómplice y benefactor.

No eran edades para volver a federarse ni le apetecía matarse a entrenamientos diarios de dos horas cuando volviese al mundo real, pero sí

sabía que, si su cuerpo se dejase ir, ella perdería gran parte de sus argumentos para sobrevivir. Los ejercicios eran todo lo cañeros que memorizaba de los circuitos a los que el monitor de balonmano las sometía en el pabellón de los Padres Blancos, y descubría no sabía qué hormona que le facilitaba el despeje de su mente al meterse en la ducha tras los envites musculares. Su pasión por su cuerpo, era extraño, no se convertía en devoción por la calidad del cuerpo masculino. En sus mejores momentos pudo acostarse con quien quiso; acumulaba en su historial sexo con hombres de figura grecorromana y rostros simétricos de dioses, pero no era la belleza física un factor decisorio en su búsqueda del macho. Era una ventaja, siempre lo supo; tanto por lo que desconcertaba como por la posición de invulnerabilidad en la que se situaba.

A Elisa no se la conquistaba con posturas ni fachadas, lo que la bloqueaba al buscar, sin éxito, la clave que utilizaron aquellos que la hicieron empotrarse contra el mal de amores.

15. GOLPES

Cuando llevaba veinte días, ya amoldada con desgarró a su encierro, aporrearon su puerta una mañana.

Elisa dormitaba con el remordimiento propio de quien quiere levantarse pero no tiene ánimos porque no tiene nada importante que hacer. Los golpes la asustaron. Contundentes, cesaron tan bruscamente como llegaron. Con el corazón acelerado, respiró lento para recuperar el ritmo cardíaco. No se calzó por no hacer ruido, a pesar del frío suelo de mármol de su dormitorio. Con el máximo cuidado se asomó a la mirilla, pero no consiguió ver nada extraño. Atravesó el salón en diagonal para asomarse a la ventana, sin otear otra cosa que la acera de enfrente vacía. El día estaba nublado, debían de ser las once y era laborable, con las referencias temporales prácticamente borradas. Se quitó el albornoz para hacer una serie abdominal antes de desayunar, pero la concentración duró nada y sin ella no tenía fuerzas para machacarse una mañana más en ese espacio que marcaba la luz del día en su salón.

Con los agresivos golpes retumbándole en la cabeza, se enjabonó con nervio bajo la ducha caliente, con la puerta del baño abierta de par en par, asustada como una niña. Encendió el móvil y esperó los cinco minutos de rigor. Saltó el mensaje esperado de Lourdes:

Sabes dónde me tienes, canija

No esperaba de ella otra cosa que elegancia y puente abierto para una vuelta que no desechaba en el futuro. Revisó los mensajes del día anterior de su hermana, a quien escribió para evitar visitas producto de la inquietud.

Ando liadísima con mis clases, Nuriaa

Me paso por tu casa un día de estos

Desconectó el teléfono antes de que su hermana se colase por la rendija de su ventana. Era jueves y ese día tenía al menos dos clases por la tarde. Le apetecía prepararlas como en los tiempos en que enseñaba a Julio, con canciones trabajadas de Randy Crawford en que se deleitaban con letras dramáticas de rupturas. Se refugió el resto de la mañana en la búsqueda de temas nuevos hasta que consiguió borrar de su pecho esos porrazos sin sentido que la despertaron.

16. JULIO

El fin de semana se presentó lluvioso, lo que amenazó su capacidad de aguante. El último cuarto de botella de ron miel le dejó un gusto amargo de boca seca resacosa, por lo que vació el resto en el fregadero para mantener vigilada su trinchera. El ataque de soledad le hizo pensar en medios para integrar gente nueva en su vida, sin pasado común ni ideas preconcebidas, junto a las que volver a creer en ella misma como miembro del género humano. Su vida social estaba limitada a cuatro rutinas entre espacios poco proclives a la sorpresa. Debía desarrollar alguna actividad nueva que la reconciliase con el mundo, respirar sin necesidad de pensar a cada paso en ella misma; algo debía de existir, remunerado o no, que la involucrase en causas que la trascendieran. Algún club de lectura, un curso de cocina para gente estresada, sesiones de yoga con puestas en común, asociaciones que organizaran viajes a pueblos andaluces con comidas previamente elaboradas, grupos senderistas, amantes de la bicicleta, amigos de la República Dominicana o del oso panda en cautividad, frikis de la fotografía por quienes dejarse aconsejar...

Internet, de nuevo, sería la clave. Se introduciría en los buscadores sin que se notasen descaradamente sus ansias de hacer algo estúpido para conseguir recolocarse en el mundo. Sin embargo, las horas pasaron lentas frente a una pantalla que solo le ofrecía distracciones pasajeras y sexo fácil.

La noche fue un infinito apagar y encender de móvil, con el hilo de esperanza, quebradizo como nunca, atado a alguna parte oscura de sus miedos. Forzó el llanto sin saber usarlo como herramienta de relajación. Se abandonó a la

renuncia de ningún cambio, retomó como sueño los viajes en autobús al aeropuerto, las mudanzas trimestrales, el sexo impúdico con gente absurda, los hurtos en los mercados, las mentiras bien contadas.

Como siempre que caía en el abismo se masturbó de forma violenta pensando en las manos de Julio, en el cuerpo de Julio, en la saliva del exmarido odiado, en la brusquedad del maldito amor perdido para siempre. Durmió agotada y compungida.

17. PITIDOS

Despertó sin saber dónde estaba; se había removido por el colchón sin cesar, de forma que amaneció con los pies en la almohada. En un instante de lucidez, tras echarse agua fría en la cara, comprendió que había tocado fondo y no quedaba otro escalón que el del precipicio. Debían acabarse los encierros, el móvil apagado y la huida hacia ningún sitio. La conexión con la realidad se antojaba imprescindible para no enloquecer. Hizo una serie agresiva de abdominales, se duchó hasta agotar el termo y buscó la ropa con la que se sabía más deseada. No era posible estructurar los pasos inmediatos, solo era imprescindible salir. Tomó el abrigo y se echó colonia en la nuca.

Al abrir la puerta se encontró con un sobre a medio meter desde fuera; en su mente se reprodujeron los golpetazos del día anterior. Tomó el sobre y cerró al mismo tiempo, desde dentro.

Tumbada en la cama con el sobre en el pecho, respiró, consciente de que había una bomba en su interior. Jugó, como una niña, a abrirlo sin mirar, con los ojos perdidos en el techo desconchado. Tanteó una suerte de adhesivos que no quiso despegar. Levantó los brazos estirados hasta interferir en el paisaje de pintura blanca de grumos. Una falsa tarjeta de crédito con su foto pegada, su nombre recortado y tamaño de medio folio le provocó un ataque de terror.

El zumo de las últimas naranjas atravesó su garganta haciendo un ruido intenso.

Era un susto redentor, pensaba. Enviado por alguien inteligente que la quería, la advertía de un camino negro y espinoso. En ese transitar hacia un razonamiento positivo le atacaron milisegundos de convulsión al saberse

negando una realidad cristalina. Sin dar margen a la duda, tomó el abrigo y repitió la escena de salida.

Anduvo hacia el centro con el paso decidido de quien cree saber hacia dónde va. A no más de dos manzanas descubrió que no había tomado el móvil, motivo de desconcierto. Todo el mundo le parecía sospechoso, jugaba a evitar las miradas, aceleraba y reducía, cada bar le parecía peligroso. La imagen de su hermano se le vino a la mente y entendió como una posibilidad real de escape reunir el dinero suficiente para volar a Londres, algo que nunca haría, pero que estimulaba lo suficiente su imaginación.

Como animal herido, su cuerpo buscó, sin saberlo, el camino enredado de callejuelas desconocidas que la llevaban de vuelta a casa.

Tras echar persianas y asegurar el cierre de la puerta con varias vueltas, encendió el móvil. Como un torrente inesperado de consuelo llegaron pitidos y vibraciones a un teléfono desatado. Varias llamadas perdidas de Nuria, su madre, dos chavales de inglés, un mensaje de Lourdes y otro de un número desconocido que había llamado un par de veces.

De la insistencia de Lourdes, algo menos templada que en el mensaje anterior, no se preocupó. A la familia y a los niños podía llamarlos más tarde. El número desconocido, en cambio, le lanzaba un texto perturbador:

Tengo interés en hablar con Elisa

Rezaba de forma escueta.

Aceptó el riesgo de no recibir respuesta a esas horas ajetreadas de la mañana, pero quiso evitar la incertidumbre de un juego ambiguo de mensajes. Respondieron al tercer tono. Era un hombre.

—Sí. Perdona, soy Elisa Sempere. Tengo una llamada suya.

Con tono calmado, pronunciando lentamente, con evidencias de estar muy atareado, ruido de fondo y voz grave, ese hombre le explicó que le habían pasado su teléfono semanas atrás pero no había tenido tiempo hasta entonces de contactar con ella.

—¿Quién se lo pasó? —preguntó, aturdida.

Le dijo que Fidel, un nombre que Elisa removi6 como un torbellino por su

cabeza en busca de alguna conexión que no venía.

—¿Fidel?

Entonces el hombre dio la clave. Una amiga de Elisa le había insistido al tal Fidel en que la llamase. Se encontraron en un bar, un día de mucha niebla en que su amiga venía del tanatorio.

—¡Ah, sí! —gritó Elisa, excitada—. Algo me comentó mi amiga. —Sin atreverse a pronunciar un nombre inventado que había quedado en el olvido—. Una lianta.

Él preguntó el porqué del interés de su amiga en esa llamada.

—Nos tomamos un café y te cuento. Si te parece... ¿Cómo te llamas?

Roberto. Ese hombre se llamaba Roberto Relinque y aceptó un café tardío allí donde ella le propusiese.

18. PRECIPICIO

Relavó su ropa preferida para evitar malos olores y la secó apresuradamente con el calefactor. Su escasa memoria le impedía evocar con serenidad la conversación mantenida en ese café de San Diego donde atacó con preguntas falsamente ingenuas a su amigo. Buscaba la frase que utilizó para solicitar una llamada de Roberto e incluso le resultaba complicado desvelar el trabajo real que lo llevaba a viajar tanto; ni por asomo el nombre de la empresa. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Qué sentido tenía esa solicitud de llamada? Al menos, Elisa consiguió durante varias horas olvidarse de sí misma, asomada al ventanal soleado de su pequeño estudio.

La sorprendió su altura cuando se levantó de la mesa para besarla y ya ahí, con el simple tacto de la mano sobre su brazo, sintió la primera gota de sudor bajarle por la espalda recién duchada. Eran manos grandes, como las de Julio.

—¿Y bien? —preguntó él con una gran sonrisa.

Entonces se dio cuenta de que no tenía una estrategia preparada, ni un plan B, ni un plan C.

—Me alegra que te hayas decidido a llamarme.

Roberto se acarició el cabello en un gesto tímido, ella se alzó un centímetro para poder observarlo mejor.

—Si te soy sincero, ha sido mi amigo Fidel el culpable de que contactase contigo.

—¿Y eso? —preguntó, intentando no parecer demasiado ingenua.

—Porque se quedó prendado de tu amiga Concha.

¡Concha! Ese era el nombre que se había asignado esa mañana de niebla.

—No se llamaba Concha esa chica —anticipó ella, confusa.

—Pues él está convencido...

—Se llamaba Elisa, como yo.

Mirándola, esta vez sí, firme a los ojos, Roberto se dejó llevar por las frases que tenían que venir.

—De hecho, soy yo la mujer que habló con tu amigo Fidel. —Utilizó la palabra mujer, no chica, sabiendo que en ese minuto estaban jugándose los momentos clave del partido—. Fui yo quien le dio mi teléfono y le dije que llamasen a una amiga que era yo.

—¿Cómo?

—Viajaba contigo en el avión que venía de Barcelona el día en que te esperaba tu madre en el aeropuerto.

Frenó, en espera de una reacción en él. Por un instante le vino a la cabeza que pudiese ser gay, aunque en ese momento lo más importante era conseguir mantenerlo frente a ella, sin levantarse ni ofenderse. Ya no había marcha atrás.

—Había tenido muy mal día y, no sé, me dio por fijarme en ti durante el vuelo. Te vi con un semblante tan triste que comprendí que tal vez yo no era el centro del universo y mis problemas no dejaban de ser neurias de una mujer en crisis.

—Confieso que estoy alucinando.

—No quiero molestarte, Roberto. Tienes todo el derecho a levantarte y salir por piernas.

—¿Cómo diste con Fidel?

—Vi tu nombre en la etiqueta de la maleta, tienes un apellido fácil de recordar. Y por lo brutal que fue el abrazo con tu madre comprendí que alguien se os habría muerto.

—¿Me buscaste en el entierro?

—Estuve en el tanatorio y di con el nombre de tu hermano en la pantalla.

Roberto estaba tremendamente confundido.

—¿Cómo sabes que...?

—Asistí a la misa desde la última fila. Comprendí rápidamente que no se trataba de tu padre, como podría haber supuesto en un principio.

Elisa oyó la saliva de Roberto correr en una bajada y subida de nuez, vio el vello asomarse por encima de su polo y deseó enormemente acostarse con él.

—Fidel te dio el mayor abrazo, así que comprendí que era tu mejor amigo.

—Me asustas...

—Lo seguí en moto hasta el bar donde trabaja, entré y desayuné. Supe entablar la conversación justa como para llegar a ti.

—Le mentiste.

—Le mentí.

No era momento de excusarse.

Con palabras amables, varoniles y temblorosas, Roberto se largó sin un beso ni una promesa de llamada. Elisa se quedó clavada en la silla, con una tonelada de peso sobre los hombros. Pidió un segundo café, con un chorreón de Marie Brizard. La angustia, terrible palabra, se hacía con ella entera, la revoleaba, como un instrumento de tortura físico y tangible, y la sumía tan hondo que no sabía que se pudiera caer así de bajo. Utilizaba armas de efecto inmediato, como tratar de odiarlo, pero se rendía a la evidencia del comportamiento exquisito de ese hombre. Su único reproche fue largarse.

Sola como piedra en medio del desierto, Elisa luchaba por evitar dar un repaso melodramático a su vida que la bloquease aún más en el fondo del precipicio. Debía redimirse o viajar a la China y hacerse con una identidad nueva de mujer renacida.

Detestaba profundamente a la persona en la que se había convertido.

19. CHUNGO

—Hola.

Fidel levantó la cabeza del fregadero y su cara resplandeció.

—¡Concha...!

—¿Me pones una cervecita?

—Claro.

Poco acostumbrada a ir maquillada, se sentía como una princesa muerta, hermosa y muerta, en busca de un soplo de vida.

El bar estaba en la hora tonta previa a la avalancha del tapeo nocturno.

—¿Llamó Róber a tu amiga Elisa?

—Sí, Fidel —Supo reconocer, en una mueca incontrolable, el azoramiento por oírle pronunciar su nombre—. Por eso vengo a verte.

—¿Algo chungo?

El sonido de su «che» era suficiente para que Elisa catalogase su extracción social, en su mente clasificadora de experiencias mundanas.

—¿Cuándo podemos hablar con calma?

Fidel cruzó un guiño con un compañero de unos sesenta años.

—Puedo escaparme media hora, si es urgente.

—No es cuestión de vida o muerte. Puedo esperar a que salgas, si no tienes plan.

—No lo tengo —mintió.

—Dime una hora y un sitio.

Bloqueado, pensó dónde llevar a esa mujer pija con ínfulas de terrenal.

—¿En la Alfalfa a la una?

—Perfecto. ¿Qué te parece el Berlín?

—Me encanta.

Las tapas se le mezclaron entre las mesas durante toda la noche.

—¡Fidel, cojones, que no das pie con bola!

Afortunadamente, la clientela era incondicional y él todo lo solucionaba con una sonrisa. Tenía a su favor haber traído una muda para salir en un rato, aunque lamentó no tener su perfume ni la maquinilla para repasarse la barba. Llamar a Róber le tentaba, para obtener una pista, pero sería menos natural su reacción ante las historias de Concha, y Fidel sabía que su ingenuidad era un plus con mujeres de ese porte. Tomó más chupitos a escondidas de los habituales, henchido de vida.

—¡Fidelillo!

Róber apareció cuando ya volteaba las sillas sobre las mesas y miraba el reloj cada pocos minutos.

—¿Qué haces aquí, mamarracho? —preguntó, desbordado por la sorpresa.

En un gesto clásico en él, Róber subió los hombros como respuesta.

—Ni te imaginas lo que me ha pasado, chaval.

Al prever un avance de lo que tuviera que contarle Concha en un rato, Fidel se excusó.

—Voy como una moto, Róber. He quedado en diez minutos con unos colegas y tengo todo el bar por recoger y fregar. Nos vemos mañana, que libro por la tarde, y me cuentas.

—¿Qué colegas?

—Con Marcelo y Fernando, los de la banda, tú sabes, cada día ando más escaqueado de los ensayos. Al menos aparezco para tomarme una copa... — No quería pensar en suspicacias de Róber, aunque sabía que no lo creía.

Se metió en la barra, le puso un licor de hierbas con hielo, como a él le gustaba, y lo evitó para no darle margen a explicarse.

—¿Agobiado?

Róber negó con la cabeza y se bebió la copa en dos tragos.

20. BERLÍN

Como era de prever, el Berlín estaba lleno. Elisa no estaba aún allí. Fidel, en terreno extraño, buscó un hueco en la barra para pedir un Brugal con cola. Las manos heladas del viaje en moto le impedían mantener el vaso firme, por lo que salió en busca de un lugar donde apoyarlo, fumarse un cigarro y así, de paso, darse el gusto de verla llegar. Tardó tanto que se le pasaron cientos de ideas por la cabeza; no todas la disculpaban.

Ella se sentó a su lado en el escalón de un portal de Pérez Galdós. Sintió el contacto de su culo, de su brazo.

—Si te digo por qué he llegado tarde, me matas.

—¿Qué te ha pasado?

—Me quedé dormida viendo la tele, ya vestida y cenada. No estoy acostumbrada a quedar tan tarde.

Fidel rio y en su sonrisa vio Elisa a alguien a quien no debía dañar.

—¿Qué te pido?

—Lo mismo que bebas tú.

Elisa no quiso entrar al trapo hasta no encontrar un bar a oscuras donde poder verse frente a frente. Lo encontraron en la calle Murillo, un local de dos plantas pintado en oro a pistola atendido por camareros lentos al servir. No había prisa, en cualquier caso. Las dos copas del Berlín, con Fidel hablando de su historial laboral, abrieron camino a las palabras de Elisa, que no podía hacer otra cosa que confesar.

—Antes de nada, Fidel, he quedado contigo para pedirte disculpas.

La cara de él no preveía el chaparrón al que lo iba a someter.

—Te mentí —confesó ella, y se quedó en silencio, con la barbilla apoyada en los puños—. No llegué por casualidad esa mañana a tu bar. Verás... te seguí desde el tanatorio, y lo hice porque vi que el mayor abrazo de los que le dieron a Roberto fue el tuyo, porque tenía interés en conocerlo a él y no a ti. Volé el día anterior desde Barcelona con él, sin saber quién era, y lo vi muy afectado. Lo seguí hasta la salida del aeropuerto y se me desmontó el alma al verlo llorar agarrado a su madre. Me fijé en su apellido, colgado de una etiqueta en su maleta, y fui al día siguiente de tanatorio en tanatorio hasta dar con él. Luego vino tu abrazo y tu vuelta en moto al trabajo.

—¿Has quedado ya con él? —preguntó él, sin querer oír más.

—Sí. Un desastre. —Quería poner cara de puchero, pero no le salía, la salvaba la escasa luz—. Le conté exactamente lo mismo que a ti, me escuchó educadamente y se largó. No pude sentirme más ridícula.

—No sé para qué vienes a verme. No te conozco de nada. Ya está. Es una jugada que te salió mal. ¡No se acaba el mundo!

—Gracias —dijo, sinceramente compungida.

—Todos hemos jugado sucio por amor.

Elisa quedó en silencio, digiriendo la potencia de esa frase, intentando redimirse en ella.

—¿Qué amor podía haber, Fidel? Fue un capricho de una tía que está como un cencerro.

—Ya será menos...

—Me siento tan mal ahora aquí contigo...

—¿Alguien te hizo daño?

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Es igual, Fidel.

—Yo no te he pedido nada, Concha...

—Me llamo Elisa.

—No te he pedido nada, Elisa. —Fidel cerró y abrió los ojos, con un suspiro que ella no supo intuir—. Has venido dos veces al bar y he estado ahí. Tengo mucha tralla encima como para asustarme por una tontería como esta. Te fijaste en Róber, lo intentaste y salió mal. Hay que tenerlos muy bien puestos para hacer lo que hiciste. No hay maldad.

Elisa le acarició la mano como se toca a un niño bueno.

Con la tercera copa ya sabían los dos que iban a follar. Los roces se hacían norma mientras la conversación vagabundeaba por los lugares comunes de quienes no piensan verse más. Así lo percibía Fidel, una vez perdido el pie en el relato inicial de Elisa, del mismo modo que ella buscaba ante todo sentirse deseada para machacar las escenas recién vividas. Ya se besaron en el taxi y se comieron con agresividad en el pasillo que llevaba al apartamento de Elisa, que se lo pasó pensando en Róber, en su cara emotiva de sorpresa al escuchar su relato inverosímil de persecución por el aeropuerto. En la cama, de forma inesperada, fue Fidel quien llevó el mando; retenía y forzaba a que se miraran, evitaba las luces apagadas, disfrutaba de cada centímetro del cuerpo de Elisa.

—Eres una diosa, joder...

21. POLEN

La alarma del reloj de Fidel sonó bien temprano, pero su tintineo estridente no perturbó lo más mínimo el cuerpo de una Elisa que suspiraba por que se fuese cuanto antes de allí. Oyó el agua del grifo correr, que no la ducha, y esperó paciente a que él se fuera para siempre. El gusto a tabaco y alcohol en el aliento la impacientaban, por lo que nada más oír que la puerta se cerraba saltó de la cama para orinar a oscuras con el cepillo de dientes eléctrico rebrincando por su boca. Tiró de la cisterna y se acarició el sexo, dudando si ducharse aún de madrugada. Encendió la luz para mirarse y se encontró, en el centro del espejo, con el móvil de Fidel pintado en rojo, con un pintalabios y caligrafía infantil. Una sacudida de emoción extraña la atravesó de arriba abajo. La primera intención fue la de borrarlo de forma inmediata, pero apenas se había echado un puñado de agua desistió; aún tenía unas horas de sueño para pensárselo.

La mañana se le pasó tranquila a Fidel, sostenida en la placidez con la que se maneja la rutina los días en que uno se siente bien en su propio cuerpo. No se le iba la sonrisa de la cara, sabía por qué se sentía así y no quería sobrevalorar la sensación de triunfo que suponía haberse metido en la cama de aquella mujer que suspiraba por el inaccesible Roberto. A todo ello unía el saber de antemano qué iba a contarle su amigo, seguramente trastornado por esa historia medio esotérica de persecuciones de una rubia despampanante a partir de su hermano muerto. Entre tostadas y cervezas se le pasaron las horas, rápidas y luminosas. No quiso comer en el bar porque no quería hablar con nadie. Cuando llegó a su casa solo tuvo que abrir la nevera y prepararse un

sándwich sentado en la mesa camilla con su padre roncando, su madre adormilada y su hermanilla bailando con las amigas en su habitación. No podía controlar su excitación cada vez que fantasmaba con el sexo de Elisa, vanidoso del placer provocado en ella. Se duchó para terminar de quitarse el olor a bar, tras enviar un mensaje a Roberto.

Me paso por tu casa en media hora

Roberto le abrió con cara de recién despierto.

—Vaya siestorro, colega...

Su amigo se restregó los ojos y se apartó para dejarlo entrar. Fidel fue a la cocina, sacó los tarros de té, vació el culo de galletas que quedaba en la caja que pudo localizar y se sentó a esperar a que hirviera el agua.

—¿Te pongo tu café?

—Vale.

Se oía música de U2, bajita; las persianas estaban echadas por toda la casa y olía a maría.

—¿Muy fumado para hablar?

Con el silencio característico en él, Roberto se fue al salón, dio un poco de volumen a la música y se tiró en el sofá. De entre los botes del aparador, Fidel fue seleccionando por el olor, hasta dar con su polen preferido. En la estantería que separaba los libros de las hierbas, chocó con una imagen tierna que le costaba asimilar.

—¿Y esto? ¿De cuándo es?

—De estas navidades, del único día que lo vi.

—Cualquiera diría que te quiso en algún momento.

Tolo le daba un beso en la foto a un Róber dormido en el sofá, seguramente tomada con un móvil por su propio hermano.

—Dale la vuelta —le pidió Roberto a Fidel.

*Perdona, hermano
Tu fortaleza es mi sueño
No sé quererte
Si estás despierto*

—Un poeta...

—Que se me aparece por todos lados —terminó de componer Roberto.

Mientras bebía a pequeños sorbos el té aún caliente, se lio un pitillo bajo la mirada fija de un Roberto ausente. Sabía que tenían toda la tarde por delante y que podían pasarla en silencio. Con un deleite olvidado, fumó entero el pitillo en tanto oía *Under a blood red sky* de principio a fin y cruzaba miradas y sonrisas con su anfitrión, que tataraba de vez en cuando sin emitir el más mínimo sonido.

—¡Qué a gusto se está en tu casa, cabrón!

22. OLVÍDATE

Tras una nueva vuelta completa al CD, dos cabezadas de Róber y un pitillo más, Fidel propuso un rato de calle.

—Te invito a un chino.

—¿Con quién quedaste ayer, Fidel?

Estaba muy morado para mentirle, pero lo intentó.

—Con mis colegas del futbito, ya te dije. Una noche para olvidar.

—¿Y eso?

—Me encabroné con una tía que no me hizo ni puto caso.

—¿Te encabronaste?

—Me calenté, o me calentó. El caso es que cuando tenía dos copas me lancé y pasó de mí. Ni estuve pendiente de la conversación con mis colegas, ni disfruté del cubata, ni mierda pa' mí.

Róber tomó uno de los cojines que lo rodeaban y se lo tiró a la cabeza.

—Lo que se pierden algunas tías al pasar de ti...

—Déjame tu careto y tu capacidad para mantenerte en silencio y no se me escapa una.

—Te cambio mi careto por tu sonrisa, Fidel.

Con la primera cerveza del restaurante chino, Róber comenzó a hablar. Fidel no quería darle la oportunidad de preguntarle por Elisa, aunque se comiera por dentro deseando oírle hablar de ella.

—Te dije que vi a la tal Elisa...

—Sí. Me alegro de que por fin la llamas. ¿Qué cojones quería?

—Te lo cuento y flipas...

Fidel jugaba con los palillos en el arroz tres delicias para esquivar su mirada.

—Esa tía me vio en el avión en el que yo volvía a Sevilla para enterrar a Tolo. Me siguió, se fijó en mi nombre, que estaba colgado de una etiqueta de la maleta y me buscó por los tanatorios al día siguiente al verme llorar abrazado a mi madre, cuando vino por sorpresa a recogerme al aeropuerto.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Y se plantó en tu bar porque te siguió. Esta Elisa no es amiga de ninguna Concha, es la misma tipa que se presentó en tu bar.

Fidel se paralizó, sin necesidad de forzarlo; rememoraba la conversación de la noche anterior con Elisa, sus roces y los gritos de orgasmo entre sus brazos.

—Me estoy quedando de piedra, Róber...

—Y la tía coge y me lo cuenta... Si quería algo conmigo ya podría haberse inventado otra historia.

—Al menos fue sincera. ¡Fue valiente, la tipa!

—Esa tía jugó incluso contigo. A ver si te crees que me chupo el dedo a estas alturas, Fidel. Te sedujo a ti haciéndose pasar por su amiga para camelarte y que así me insistieras para que la llamara.

—Tal vez, sí. Todos hemos jugado alguna vez con artimañas parecidas para conseguir a alguien.

—Si hay algo con lo que no puedo, y menos en esta etapa de mi vida, es con la falta de honestidad.

Fidel, con la cabeza gacha, volvió al arroz.

Cerró el baño con pestillo y encendió el móvil. Buscó el teléfono de la Elisa que un día creyó amiga de una Concha inexistente y le escribió un mensaje sin demasiado pensar:

No le he dicho nada a Róber de nuestro encuentro

Me gustaría que quedara entre nosotros

Y le dio a enviar sin pensar mucho en las consecuencias. A Elisa el pitido del mensaje la cogió haciendo abdominales y, de un salto, se alargó hacia él; temía malas noticias. Leyó las dos frases sin saber interpretar su intención de

un primer golpe de vista. Por querer desconectar, lanzó por el suelo el móvil, que se deslizó bajo el sofá luchando entre las pelusas. Con las manos bien apretadas en la nuca, retomó las series desde el principio, mientras trataba de no pensar. La posibilidad de que Fidel estuviese enganchándose de ella existía, pero no estaba dispuesta a darle más mecha a esa candela.

Sudada y con la boca seca, abrió la nevera buscando qué cenar, pero no encontró más que latas de caballa en aceite y lonchas de queso a las que mejor no mirarles las fechas de caducidad. Para evitar ensuciarse tras la ducha, se agachó en busca del móvil, instante en que se golpeó con el reflejo de su cara en el cristal oscuro del ventanal, que marcaba todas sus arrugas sin piedad.

Duchada, cenada y tirada en el sofá, decidió responder al mensaje para evitar que la bola de nieve creciera más, tratando de quitarse de la cabeza las manos de Fidel agarrándole las nalgas mientras la penetraba, con los ojos pequeños asomados a los lados de su nariz torcida, buscando robarle la mirada:

Olvídate de mí

Róber le hablaba de la última visita a comisaría cuando Fidel sintió vibrar el móvil en sus vaqueros. No dudó acerca de que venía de Elisa, pero sabía igualmente que cuando su amigo entraba en terrenos tan delicados no podía caer en gestos de distracción.

—¿Qué pretenden con tantos rodeos, Róber? —Caminaban hacia ninguna parte atravesando los Jardines de Murillo.

—No sé, creo que tienen evidencias de algunas historias, pero temen darme pistas para no enredarme en venganzas paralelas. —Frenaba y avanzaba al ritmo de sus pensamientos—. Mi gran metedura de pata fue perder los papeles el primer día. Desde entonces piensan que soy un tipo desequilibrado y se andan con pies de plomo.

—Pero ¿cómo pretenden que actúe un tío cuando acaban de reventarle la cabeza a un hermano?

—Ellos están curados de espanto, Fidel.

—Pero tú no, ¡joder! Tú no... —Y le pasó el brazo por el hombro en ese paseo frío de noche invernal.

Con las manos en los bolsillos, a Róber lo aliviaba ese brazo alrededor y se le hacía al mismo tiempo un mundo pensar en el vuelo del día siguiente, el traje de chaqueta, la sonrisa blanca y las modificaciones en el *powerpoint*. No quería decirle a Fidel que no solo compraba su sonrisa, sino su vida entera de camarero resolutivo con turnos programados y clientes de barrio.

—Me da miedo caer en una depresión, ¿sabes? —Le hizo un gesto para que entrara en un bar de copas de Santa María la Blanca—. Ya sé lo que es eso y noto que estoy metiéndome día tras día en un agujero negro. Es algo que me aterra.

Fidel, despistado por la envergadura de su reflexión, creyó que lo mejor era dejarle hablar. Pidió su Brugal y el *gin-tonic* de Róber. Pagó.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que terminé con Miriam?

—Tres años o algo más.

—Cuatro van a ser dentro de poco.

—¿A cuento de qué sale su nombre ahora?

—Eso digo yo. Lo nuestro era insoportable, ¿verdad?

—No he visto una pareja más extraña.

Róber se sonrió al recordar la batalla por el DVD en su casa, en presencia de Fidel. Cómo ella arrancó el enchufe mientras se llevaba el aparato y le tiraba las llaves a la cabeza.

—¿Te acuerdas de cómo esquivé las llaves?

Fidel soltó una carcajada.

—¡Y tanto! Vaya reflejos, cabrón.

El alcohol reactivó la marihuana de media tarde. Le costó trabajo abrocharse los botones de los pantalones al salir del servicio, mareado como un quinceañero de botellón. Vio a Fidel atento al móvil, atendiendo a los mensajes:

—¿Quién te ha escrito, que se te ha quedado esa cara de pánfilo?

—La chica de ayer. La que me puso cardíaco para nada.

—¿Quiere guerra de nuevo?

—Más bien todo lo contrario. Le envié un mensaje aprovechando que me dio su número al principio de la noche, y ahora me ha respondido.

—¿Qué te dice?

—«Olvídate de mí».

—¡Hija de puta!

Róber se enfadó más por la reacción de Fidel que por el mensaje provocador de esa chica a la que desconocía, pero tenía el cuerpo tan descontrolado que no supo sino acariciarle el nacimiento de la nuca a su querido Fidel.

Preparar la maleta las noches con escasas horas antes de que sonara el despertador le provocaba un desasosiego que le impedía dormir cuando más lo necesitaba. Apenas una muda para el hotel en Santiago y vuelta al día siguiente. A pesar de llevar toda la tarde tirado, fumando y de paseo con Fidel, olvidó avisar a Emilia para invitarla una vez más a encontrarse a las nueve de la noche en la plaza de Cervantes. Sería lo primero que hiciese en cuanto sonase el despertador.

23. SANTIAGO

Tras el disfrute, al aterrizar, de un paisaje nevado de postal, Róber acudió a las oficinas de la plaza Roja para recoger a sus compañeros y llegar a tiempo para empezar el seminario a la hora acordada, más tardía de lo habitual gracias a que la empresa le había permitido dormir en Sevilla la noche anterior.

En esas largas jornadas no debía limitarse a explicar el despliegue de objetivos de la empresa, sino también a mantener la tensión, conjuntar al personal conformando grupos de trabajo, provocar con debates que sacaran el potencial de cada uno y elaborar un informe final para pasar al consejo directivo cada noche, antes de olvidar nombres, actitudes y proyecciones de empleados de por sí bien valorados. Así conoció a Emilia, una de los fichajes más atractivos para la compañía que, sin embargo, prefirió renunciar a entrar en el comité ejecutivo y quedarse en las oficinas de Coruña, haciendo caso omiso al maná prometido de una carrera meteórica.

—¿Qué tal mi sevillanito?

Aterido de frío por apurar el pitillo en el exterior del bar, Róber le ofreció su mejor sonrisa, directa del corazón.

—Ahora mismo en la gloria, no hay mejor momento en Santiago que cuando te encuentro.

—¡Seductoooooor! Que conmigo no tienes donde rascar...

Se dieron dos besos, muy largo el segundo; ella olió, desde su desafiante altura, su perfume de Guerlain, que tan rápido la transportaba a las formaciones compartidas en Madrid.

—¿Pulpo?

—Y navajas... invita el turista.

Róber tendía a repetir restaurante, Emilia siempre le cambiaba los planes y buscaba un hueco para llevarlo de paseo por calles desconocidas en ese laberinto museístico en piedra que conectaba las puertas de entrada a peregrinos.

—Este lo abrieron hace unas semanas.

Casi a la salida de la ciudad hacia Finisterre, se acoplaron en la barra de un bar luminoso, anaranjado, diseñado a base de vidrios irregulares que entretenían la vista sin distraerla cuando de conversar se trataba.

—Aún lamento no haber estado allí, Robertiño.

—No vuelvas a disculparte, no seas tonta. Sé que estabas conmigo.

Ella escondió los labios en un gesto de contrición, lo miró a hurtadillas e investigó sus ánimos a través de sus suspiros, los movimientos de sus dedos entretenidos con los cubiertos y los silencios característicos en él.

—¿Cómo anda la mamá?

—Ausente.

Róber sabía que tenía que facilitar el fluir de la conversación.

—Está ausente, siempre vuelve a lo mismo. Se culpa de no haber estado lo suficientemente cerca, le da vueltas a la última bronca que tuvieron. Imagina. A mí me da una pereza horrible estar con ella a solas, se me hace un mundo.

—Estos días de seminarios se te tienen que hacer infumables.

—Vivo de esto.

—Lo sé. Pero quizá deberías renegociar tus condiciones, asentarte un poco más en tu ciudad, irte a Madrid, como ya te ofrecieron... o montar tu propia consultoría.

—No tengo ánimos para pensar en nada de eso, Emilia. Ahora quiero dejarme llevar por la corriente, como un niño pequeño. Sé hacer bien mi trabajo, no me produce el desgaste de hace unos años y no arriesgo nada.

Emilia lo entendía, pero se revolvía al pensar en cómo había evolucionado desde que se conocieron.

—No quiero verte de bajón.

—No me verás.

El pulpo llegó tras las navajas.

—Hay otras razones —confesó él tras liquidar el plato—. Para no pedir nada a la empresa, me refiero.

Un movimiento hacia él, con las mandíbulas sobre los puños, los ojos claros fijos en su mirada, hizo innecesaria la pregunta.

—Honrubia tiene los días contados. —Roberto miró hacia derecha e izquierda; temía que lo escucharan.

Con la parsimonia propia de quien tiene ganas de saber, Emilia llenó las tazas de ribeiro, expectante ante las palabras por venir acerca del consejero delegado de la organización.

—Pocos días después de la muerte de Tolo recibí una llamada de la Policía Judicial. Yo estaba en Barcelona. Se ofrecieron a verme allí mismo, pero yo les aclaré que tenía un vuelo que coger esa misma tarde de vuelta a Sevilla. — Roberto cerraba los ojos intentando poner en orden los eventos—. Me pidieron el número de vuelo, que les di, y me propusieron, amabilísimos, cambiarme el vuelo al último de la noche para poder entrevistarme en una sala del mismo aeropuerto de El Prat. Salí de las oficinas de Villaroel una hora antes, con nervios, ansioso por saber qué podían haber descubierto acerca de mi hermano, aunque me mosqueaba que estuvieran centralizándolo desde Barcelona. A fin de cuentas, yo tenía a mi hermano por un delincuente menor; fichado y todo eso, pero inofensivo.

—No tenía nada que ver con él, ¿verdad?

—No. Casi lo habría preferido. Podría haber cerrado un episodio negro y, en cambio, se me abrieron dos frentes.

—El famoso Honrubia, tu padre espiritual —dijo ella con sorna para bajar la tensión.

—El famoso Honrubia... tú lo has dicho. Ni que decir tiene que todo lo que voy a contarte a partir de este momento es de la máxima confidencialidad.

—Me siento orgullosa de que cuentes conmigo, Roberto, y sabes que de mí no saldrá una palabra, pero quizá tengas gente más cercana en Sevilla que pueda ayudarte.

—No le he contado nada a nadie en Sevilla, ni se lo contaré. No quiero hacer que se preocupen aún más por mí.

—Entiendo.

—Honrubia vendió todas sus acciones de la sociedad una semana antes de

su hundimiento en Bolsa. —Emilia se reclinó hacia atrás, resopló y volvió a incorporarse hacia Roberto tras unos segundos de indignación en que renegó de los últimos años de bajada de salarios, condiciones espartanas y amenazas de despido—. Las acciones habían subido como la espuma en los últimos meses. Por supuesto, todo lo tenía bien amarrado, en sociedades espejo, interpuestas, con gestores impolutos y ninguna pista que llevara a dar con él. —Roberto dio el sorbo largo propio de quien va a escupir una verdad molesta—. Pero cometió el fallo de decírmelo a mí, por teléfono, con su línea telefónica pinchada por orden de un juez de Barcelona. Me había encomendado una tarea compleja en las oficinas de Madrid que nadie quiso hacer y, llevado por su vanidad, me confesó ese trueque de acciones cometido unos días antes.

—*¡Carallo!*

—En el despacho de los sótanos del aeropuerto de Barcelona me trataron con exquisitez porque sabían que no tenían nada contra mí, salvo la amenaza subyacente de implicarme en el expediente si no colaboraba, por no haber denunciado los hechos.

—¡Sí, claro! El otro delinque y matan al empleado que se cruzaba por allí.

—Yo no soy, ¡yo no era!, un simple empleado, Emilia; pero sí, a mí podían haberme hecho la vida imposible si no hubiera sido porque en la cinta de audio se oye con claridad mi reacción de reproche absoluto a su conducta, indignado por que me hiciera partícipe de su falta de ética.

—¿Eso te salva?

—Me salva de ser imputado, no de tener que declarar contra él.

—¿Honrubia lo sabe?

—En cuanto el juez instructor lo llame a declarar, lo sabrá.

Emilia no sabía qué decirle; le tomó las manos y se las acarició.

Fue Róber quien le pidió que subiera a su habitación. Se besaron, como siempre, a oscuras. El sexo entre ellos estaba tan desprovisto de condicionantes como un niño en la playa. Consciente de esa fortuna, Róber dilató los momentos con Emilia sin querer calcular futuros. Se enredaron al dormir, sabedores de que el amanecer traería una cama semivacía donde

Emilia sería solo olor a vida fresca.

Esperaban tableros repletos de tarjetas por ordenar, portavoces de cada grupo para exponer el trabajo del día anterior y conclusiones sacadas a partir de esa experiencia con la mejor de las sonrisas y la perspicacia suficiente como para trasladar los mensajes de la empresa sin pensar en sus tejemanejes sucios ni parecer demasiado intrusivo. Le pedirían su correo electrónico, le propondrían futuras tapas en Sevilla, resaltarían algunas de sus frases como aprendizaje para mantener. Tomaría un taxi al aeropuerto de Lavacolla con la satisfacción de haber superado de nuevo otra prueba más con dignidad. Recordaría los mohines de Emilia y sus palabras sucias al follar, y dejaría en suspenso esa imagen hasta una nueva cita, a las nueve de la noche, en la plaza de Cervantes. Impredicible cuándo.

No podía llamarse infeliz.

24. PATATAS

Se propuso dormir en casa de su madre cuando ya iba en el coche camino de casa. Tenía ropa para vestirse el día siguiente allí antes del trabajo, por lo que aprovecharía esa llegada imprevista para amordazar la elaboración de frases preparadas que ella pudiese trajinar si supiese de su llegada.

Pelaba patatas frente al televisor.

—Estoy preparándome un aliño para mañana, Roberto —le dio dos besos sin que su hijo la dejara levantarse del sofá.

No se esforzó en explicarle de dónde venía, porque ella estaba en una esfera de dolor carnal que no entendía de cuestiones mundanas.

—¿Cómo andas de dinero, madre?

Ella lo miró con una sonrisa inexpresiva sin responderle.

—Si te apetece podemos hacer la compra juntos cada semana, y con esa excusa nos vemos.

Paca se levantó trabajosamente, tomó el bol de patatas peladas y le dio un beso en la frente.

—Mi paseíto de cada mañana a la plaza me da la vida, hijo mío.

Roberto se tapó con las faldillas de la mesa y echó la cabeza hacia atrás. Un golpetazo de emoción le llegó al confirmar que nunca más vería a Tolo dando vueltas por allí con sus pitillos. Las preguntas sobre las conversaciones perdidas con su hermano lo asaltaban entonces como cuchillos, resquemores que le impedían sentenciar su grado de culpabilidad en el serial de torpezas encadenadas en que se convirtió la existencia de Tolo. Como si no hubieran pasado los años, su madre le colocó el vasito de anís con un hielo, que utilizaba en esos tiempos de estudiante de delgadez extrema en que ella no sabía qué truco utilizar para provocarle un mínimo apetito.

—Ya como bien, madre.

—Lo sé, mi niño. Sé que ya me comes bien.

25. GABRI

La semana pasó lenta a pesar de lo cargada que estuvo, tal vez porque su ritmo emocional no iba sincronizado con sus jornadas de trabajo. La liberación del fin de semana, a pesar de ello, se convirtió en todo lo contrario, por lo que implicaba de sofá y esfuerzos para conversar con nadie. Tras una mañana de sábado de lectura de prensa en la tableta, puesta de lavadoras y limpieza del polvo, se sorprendió con una llamada a su puerta justo cuando se disponía a salir a tomarse una cerveza por el centro. Lo tentó la idea de agazaparse hasta que quien fuera desistiese, pero la música alta de *Keane* y las luces encendidas del baño, visibles desde la entrada, lo llevaron a abrir.

—¿Qué pasa, Gabri?

Su sorpresa le impidió sostener una sonrisa, inimaginable de haber programado un encuentro con él. Gabri, con pantalones de pitillo, pendientes negros y el pelo rapado, esperó una señal de Roberto que no venía.

—¿Puedo pasar?

—¡Claro! —Se apartó, pero antes de que entrara cambió el paso—. Iba a salir a tomar algo, ¿por qué no te vienes a dar una vuelta?

Él encogió los hombros y se giró para seguirlo. Incómodo por el encuentro y torpe por no querer meterlo en casa, Roberto cerró y se dejó las llaves de casa dentro. No quiso darle importancia.

Gabri cargaba con su Ducati, a pie, siguiendo los pasos rápidos del hermano de Tolo, que parecía tener claro hacia dónde ir.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó, para frenarlo, a punto de arrancar la moto para volver al barrio.

Roberto se detuvo, con las manos en los bolsillos, para decirle que tirando.

—Cabreado con el mundo, ya puedes imaginar.

—El Tolo flipaba contigo, así que no le gustaría verte mal.

Le apetecía cualquier cosa menos un discurso previsible de amor de hermano. Tolo era un delincuente, pero Gabri además era malo, en toda la amplitud del término.

—¿Qué sabes de la pasma? ¿Han resuelto algo los maderos?

—Andan perdidos, macho. —Roberto intentaba, sin saber, adaptarse al lenguaje callejero de su hermano. No medía la importancia de retener el mínimo contacto con él—. No pierden mucho tiempo en interesarse por gente como...

—Por chusma como nosotros...

—No he dicho eso, Gabri.

—¿Pero tienen pistas o están perdidos?

—Si no las tienen, yo acabaré buscándolas, de eso no te quepa la menor duda. —Roberto, ofuscado, le dio un golpe torpe en el brazo que casi lo llevó a caerse con la moto.

—Quillo, ¡que acabo de dejarla níquel!

—Perdona. —Se sonrió.

—¿Me vas a llevar a Córdoba a pie o qué?

Róber se paró en seco. Su cuerpo trotaba hacia ningún lado porque no era capaz de afrontar el choque con el mundo de Tolo, pero este tenía que llegar, en forma de Gabri, de recuerdos, de comentarios de su madre, de rincones de la casa, de anécdotas, arrepentimientos y sofocos aparentemente olvidados.

—No me apetece verte, chaval.

—Yo arranco la moto y me quito de en medio rápido.

Temía el lado violento del que Tolo le hablaba.

—Si la pasma pregunta por mí, tú le dices que tu hermano...

—¡Eres gentuza!

Gabri le escupió en los pies, dio una patada a la moto para arrancarla y retador, con sus largas patas sosteniéndola en equilibrio, se colocó el casco y se marchó sin mirar atrás.

Como un relámpago, miró el móvil para buscar el teléfono de Gabri. Tecleaba su nombre a sabiendas de que no lo tenía y de que sería complicado encontrarlo. Sentía, en todo caso, los pulmones llenos.

¿Querría contarle algo?

Cuando se tiene perdido el rumbo resulta complejo jugar las cartas, y a Roberto la partida se le hacía dura porque no conocía las reglas del juego.

Al guardar el móvil recordó que no tenía las llaves de casa consigo. Solo tenía copia su madre, pero la idea de volver a verla en tan poco tiempo le hacía más atractiva la idea de gastarse el dinero en un cerrajero que no volver a esa caverna de dolor con olor a vieja. Atontado, con las manos en los bolsillos, paralizado entre la Puerta Osario y Luis de Morales, Roberto levantó la cabeza y se dio de bruces con una mujer de mediana edad que lo observaba desde un portal y que se revolvió para cambiar su centro de atención de forma tan brusca que resultaba difícil no extrañarse. Se sintió espiado sin estarlo, con la mente envenenada de aquella rubia que lo persiguió por los tanatorios de la ciudad.

26. SOLLOZOS

Alfredo, acostumbrado a vivir con pudor su homosexualidad desde adolescente, era aún más alto que su sobrino Roberto. Iba a nadar cinco veces por semana y se había convertido en referente para sus compañeros de cátedra de la Facultad de Filosofía. En él la madurez fue aportando calidad de vida, reconocimiento y serenidad en dosis inimaginables, nada comparado con su enardecida juventud de amores clandestinos. Este cóctel daba como resultado una pócima perfecta para pertenecer al privilegiado mundo de los que, con igual brío, se hacen respetar y son deseados como amigos, aun con la carga emocional que supone no defraudar, misión liviana cuando uno se siente bien en la propia piel.

Lo sorprendió la llamada a deshora de Roberto. Medio adormilado por una siesta corta en el sofá, se echó agua en la cara antes de abrirle.

—Pero ¿qué alegría es esta?

A Róber se le iluminó la cara, arrepentido de no acudir más en busca de su compañía.

—Anda, ¡pasa!

Con el apartamento impoluto tras el zafarrancho de limpieza de esa misma mañana, Alfredo observó cómo su sobrino, por inercia, se sentaba en su silla de siempre.

—¿Vienes a hacer los deberes?

Un cosquilleo de deleite lo arrojó de golpe a las añoradas tardes de estudio pasadas en esa mesa, con Alfredo frente a él corrigiendo exámenes.

—Cerré la puerta con las llaves dentro y no me apetece ir a casa de mi madre a por la copia.

—¿Está muy pejiquera mi cuñada?

—Me resulta asfixiante, Alfredo. Ayer estuve allí cenando y pensé que sería más fuerte.

—¿Quién más fuerte? ¿Ella o tú?

—Los dos, imagino.

Alfredo se sentó con el respaldo de su silla por delante, a escasos dos metros de Róber. Con la cabeza apoyada en los antebrazos, que tenía cruzados, dudó en dar consejos.

—La muerte de un hijo tan joven es desgarradora, Roberto.

No quería que se le acelerase el ritmo de la respiración; el instante requería sosiego.

—No hay que buscar culpables, Roberto. —Hacía años que había dejado de llamarlo Róber—. Estáis en ese proceso de martirizaros por lo que pudisteis haber hecho y no hicisteis. Pero ese es un juego perverso.

—Pienso en cómo le destrozaron la cabeza.

—Lo sé. Esa imagen ya siempre vivirá contigo. Hay pocos dolores más grandes que el que tú has vivido. Y los has vivido muy gordos, por desgracia. No hay vuelta de hoja, es así. Ahora toca pasar el duelo, asumir la pérdida, que poco a poco se te vaya quitando esa cara de tonto para ir de nuevo centrándote en ti, en tu madre, en tu vida, en tus proyectos...

—Estoy perdido, tío. —Comprendió que no podía seguir hablando porque se le quebraba la voz—. De pronto nada tiene sentido, no encuentro fuerzas para levantarme cada mañana, para ponerme el traje de chaqueta y la careta de hombre perfecto.

A su tío se le caía el alma al observar al niño hecho hombre con el que él había madurado como adulto. Veía a su hermano en él. Se levantó, apagó las luces. Cerró las persianas. Colocó, a tientas, su silla junto a la suya y lo abrazó.

No imaginaba que Roberto pudiera sollozar tan fuerte.

—¡No puedo más, tío! —Alfredo le acariciaba la nuca—. No puedo más...

27. MILHOJAS

Salieron a cenar tarde. Aunque había quedado con unos amigos llegados de Toledo, Alfredo sabía bien cuándo había que renunciar a compromisos solucionables. Decidió no ir a zonas de Sevilla donde pudieran distraerlos con conversaciones frugales que ese día no eran pertinentes.

—¿Conoces el Salvador Rojo?

—He oído hablar de él —contestó Roberto, ya en el taxi.

—Vamos a darnos un homenaje que nos va a sentar de maravilla.

Decorado en madera, con luces suaves, el restaurante se prestaba a una charla tranquila. Alfredo eligió el vino, evitó el contundente menú gastronómico y asesoró a su sobrino acerca de los platos imprescindibles:

—Las milhojas de *foie* y manzana, exquisitas.

Y sonrió al verlo catar el tinto.

—Llego a saber esto y te dejo a ti elegirlo.

Roberto se rio esperando que la sumiller se alejase.

—Muchas catas de compromiso con clientes en media España, pero no creas que controlo mucho. Simplemente me pongo serio y hago los movimientos muy lentos, como si entendiera.

—¿Y qué? ¿Rico?

—¡Y tanto! Los del Priorat tienen mucho cuerpo, son potentes. Muero por que llegue el *foie* con manzana.

Los dos, casi en el mismo instante, lamentaron no verse más.

—¿Dejaste de ir al gimnasio, Roberto?

—No. Si no hiciera deporte estaría encabronado todo el día. Es de las pocas actividades que me liberan.

—¿De qué tienes que liberarte tú?

A Roberto no le gustaba que le hablasen tan directo, salvo si era su tío.

—No sé. De haber sido quizá tan ambicioso. No haber dicho nunca que no a nada. No haber dado más importancia a mi vida personal.

—Eso es un fallo, si es así —sentenció Alfredo—. Aunque le digamos que sí a todo, que a veces es necesario en la vida profesional, no podemos dejar de atendernos a nosotros.

—Tú eres un experto, pero esa capacidad de llevarlo todo adelante no es contagiosa.

La llegada de las espectaculares milhojas concedió tiempo a Alfredo para reflexionar.

—Hay que esforzarse. Si en tu día a día en el trabajo dejas escapar esa parte de ti que eres tú mismo, mal vas.

—Tu trabajo es precioso, Alfredo. Estás rodeado de gente joven, eres una eminencia en la materia, disfrutas con lo que enseñas, tienes las tardes y los fines de semana libres, te haces querer...

—Eso no es gratuito, chaval.

—No he dicho que lo sea.

—No entres nunca en la perversión de considerarte un mártir, porque esa es una de las principales causas para entrar en depresión. Compadecerse de uno mismo.

—No me compadezco, sé que soy un afortunado.

—Pues no es eso lo que estoy oyendo. Lo que escucho de ti son lamentos.

—Tienes razón.

—¿En qué tengo razón?

—En que debo reorientar mi vida y no venirme abajo.

—No se gana nada buscando argumentos para demostrar nuestra infelicidad. Eso es de tontos, y tú no lo eres.

Hablaron durante las dos horas que duró la larga cena, que no apuraron más porque el personal solo los esperaba a ellos para echar el cierre.

—Vámonos de aquí, que esta gente querrá dormir.

Roberto se limpió con la servilleta mientras se levantaba; se arrepentía enormemente de no tener las agallas de decirle todo lo que lo quería.

28. HEIDEGGER

Como su sobrino le había dicho que no tenía que madrugar al día siguiente, Alfredo se vistió en su habitación sin hacer ruido, dejó el desayuno para el bar de abajo y le dio un beso en la frente sin saber si Roberto lo sentiría. La primera clase de la mañana era de sus preferidas. Revisó con un café caliente las líneas maestras del pensamiento de Heidegger y le acudió a la mente una frase suya que resumía el sinvivir de su sobrino:

«La angustia es la disposición fundamental que nos coloca ante la nada».

Pero ¿qué herramientas tenía él para combatirla? ¿Cuáles eran aquellas que él, como familiar y protector, podría aconsejarle para salir de esa maraña de desasosiegos que lo desestabilizaban de forma tan traumática?

Cierto era que la tragedia podía intuirse, pero era duro admitir que un hermano se te pudiera ir por el tobogán de las decisiones inexorables que impiden la redención. Pensar en su sobrino era hacerlo acerca de la relación entre el comportamiento humano en situaciones límite y su interpretación filosófica, lo que por un lado lo excitaba del mismo modo que le causaba dolor tener que aplicar sus conocimientos a analizar el porqué de las reacciones humanas ante la muerte violenta.

Todo se retorció y entremezclaba en su sobrino: el ambiente enrarecido de casa de una madre secuestrada desde siempre por una malentendida compasión; la escasa pulsión de vida de un Roberto falsamente obnubilado por la ambición profesional; los desgarros insoportables que le arrancaron de cuajo su amor de juventud, la vida entera; la incapacidad de amar de lleno desde entonces. Alfredo mezclaba estos ingredientes como un alquimista para interpretar el dolor en el hombre que hacía las veces, en su espíritu más íntimo, del hijo que nunca tuvo.

El café frío le hizo recordar que faltaban minutos para que comenzara la primera de sus clases sobre existencialismo. A media mañana recibió un mensaje de Roberto en el que este le agradecía la jornada del día anterior:

Tenemos que vernos más

Guardó su móvil sin querer responder con una frase hecha que no aprovechara todo el jugo que la ocasión le prestaba; lo que sí era cierto es que el pecho se le llenaba de emoción al saberse importante para quien había sido su ojo derecho desde hacía cuarenta años. Como era habitual en los días en que terminaba a las dos la última clase, Joaquín y Merce lo esperaban para tomar la primera cerveza en el O'Neills.

—¿Qué tal el arranque con Heidegger? —le preguntó Merce, siempre atenta a su día a día, con los morros manchados de espuma blanca de cerveza.

—Todos los años me resulta duro explicarlo porque es de los pocos filósofos que me confunden según mi estado de ánimo.

—¿A vueltas con tu sobrino muerto?

—Digamos que ahora tengo la mente puesta en el sobrino superviviente.

—Tu querido Roberto —sentenció, fuerte, Joaquín.

—Mi querido Roberto, tú lo has dicho.

Merce tenía tutoría a las cuatro de la tarde y Joaquín, como Alfredo intuía, quiso acompañarlo en el paseo hacia su casa. Las manos en los bolsillos, la mirada balanceándose entre el cielo y sus pies, con zapatos de punta, y los carraspeos que rompían el silencio eran el máximo lenguaje entre los dos.

—¿Puedo ayudarte? —interrogó Joaquín.

Ayuda, pensó, es algo que nunca había solicitado, al menos no desde hacía mucho tiempo.

—No, Joaquín. Gracias. Acompañándome en este paseo ya me haces suficiente bien. No necesito más.

Responder con frases tan genéricas era algo previsible para su eterno compañero Joaquín.

—Eres un referente para él y eso te inquieta.

—Me inquieta él en sí. No es fácil ir a reconocer el cadáver de un hermano

pequeño con la cabeza destrozada.

—¿Quién pudo hacerle esa salvajada?

—Cualquier descerebrado de esos con los que Bartolomé acabó juntándose. No por previsible, sin embargo, es menos doloroso para mi cuñada o para Roberto. Están en el momento de plantearse hasta qué punto no pudieron hacer más por él.

—Esa familia se desestructuró cuando murió tu hermano. Se fue demasiado joven, Alfredo.

—Roberto tenía quince años cuando perdió a su padre y mira dónde está. No creo que la explicación esté ahí, no lo creo.

Se pararon en el portal. Alfredo sacó las llaves del bolsillo consciente de que ese día más que nunca Joaquín se moría por subir con él.

—Tanto estudiar el alma humana, Joaquín, y de pronto te das cuenta de que no tienes respuestas a las preguntas más básicas.

Le dio un beso largo en la mejilla sin querer ver su ancianidad prematura y entró en casa.

29. ORLA

Llamó repetidamente al timbre consciente de la medio sordera de Paca. Tardó en abrir.

—¿Mi cuñada preferida?

—La única que tienes, mamarracho —le dijo ella a la vez que le daba un abrazo—. Y la alegría tan grande de esta visita, ¿a qué se debe?

—A que tengo ganas de cenar caliente hoy. Llevo dos días en casa a base de queso fresco y jamón cocido, y ya vale de dietas.

—Con sesenta años y aún presumiendo de tipito, anda que no. Venga, ¡pasa!

Por muchas canas que poblasen su cabeza, Paca siempre sería con Alfredo la mujer coqueta que lo trataba como a un joven seductor en un juego aceptado por los dos desde la base segura de las relaciones imposibles y el profundo respeto mutuo. Fases había habido muchas desde que perdieron su inicial nexo, pero la muerte de su hermano enlazó con el cuidado de sus hijos, y la relación con ella se hizo hermosa a partir del cariño controlado, la presencia no siempre física y los guiños de vitalidad que sabía ver cada uno en el otro.

—He traído un vino dulce de los que a ti te gustan.

—No sé, Alfredo. Mejor lo guardo en la despensa para otro momento, que no quiero ponerme emotiva y aguarate la noche.

—Puedes ponerte como tú quieras, que a mí no me aguarías nunca la noche.

—Lo sé.

Como ella sabía que a él le gustaba, se colocó el delantal y estableció todo un escaparate de verduras, quesos y chacinas sobre la encimera blanca de la cocina, para organizarle la cena.

—Qué triste es estar triste, ¿verdad?

—Sí, Paca. Y hay momentos en que no nos queda más remedio.

Movido por las ansias de arrojar luz a sus días futuros, Alfredo, sentado en un taburete y con una cerveza en las manos, buscó alguna frase en el positivismo de Kierkegaard que lo ayudase a explicar con palabras sencillas cómo debe enfocarse la existencia cuando la angustia machaca.

—Hoy he empezado una asignatura de las que más me gustan —comentó, a sabiendas del embeleso con que Paca solía escucharlo—. Se trata del existencialismo, una corriente de la filosofía que surgió en el siglo XIX.

—Existencialismo —murmuró Paca mientras cortaba en finas tiras unos calabacines.

—Hay un hombre, Kierkegaard, que construyó reflexiones poderosas para situaciones límite. Hay una que me gustaría compartir contigo esta noche.

Ella se frenó en sus quehaceres gastronómicos, se limpió las palmas de las manos en el delantal y enfrentó a Alfredo con una sonrisa serena.

—Él decía que la vida solo se puede comprender al mirar hacia atrás, pero que hay que vivirla mirando hacia delante.

Un silencio de ruidos externos inundó el espacio blanco de la cocina.

—¿A ese hombre le mataron algún hijo?

—No. No llegó a ser padre.

—Seguramente habrá sido una persona con muchos valores para que tú lo estudies.

—Sé que no hay mayor dolor que el que estás pasando.

—Lo sé llevar, Alfredo.

—No lo dudo. Eres fuerte.

Con la tabla de madera resonando a cada corte de tomate, Paca se concentró en no pensar en nada para no llorar.

Cuando terminaron de cenar, tras haber conseguido bordear con sensibilidad el centro de sus dolores, Paca le habló de Roberto.

—Esta tarde pasó por aquí a recoger las llaves de su casa, que se dejó dentro.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Alfredo de forma abierta, para no tener que explicarle que había dormido en su casa.

—Lo veo ido totalmente.

—¿Crees que puedo hacer algo por él?

—Tú siempre puedes hacer algo por él, Alfredo. Eres su referente en la vida, aunque no lo veas a diario. —Se levantó para recoger la mesa, él la siguió—. Es cerrado como yo para hablar de nada, pero podrías estar pendiente de él, invitarlo a esas óperas a las que ibais hace años, presentarle amigos profesores, llevarlo contigo a esas cenas en que arregláis el mundo...

—Lo haré.

Para huir de la densidad de esas frases, Alfredo tomó el móvil y simuló una llamada. Le hizo un gesto a Paca y se retiró saludando a un interlocutor inexistente para poder apagar la angustia que, como espuma de champán, le había subido de golpe hasta tomarle el cuello.

Anduvo el pasillo hasta situarse al fondo del salón, donde ella no oyese su conversación con nadie.

Paca solo miraba hacia el grifo cuando él regresó.

—Tengo algo que enseñarte —le confesó, como si no tuviera aún claro si era conveniente hacerlo.

—¿Qué es? —preguntó, aún atolondrado, Alfredo.

Ella terminó de secar el último plato antes de acercarse a la habitación de Tolo. Volvió con una caja de zapatos.

—Aquí hay información suficiente para destrozarme el corazón. No quiero que un día venga Roberto y se ponga a rebuscar. Quiero que te lo lleves y hagas lo que creas conveniente con todo lo que hay dentro. Si quieres ver los mensajes y las llamadas de móvil, su clave era 1234. Era simple hasta para eso.

Paca se acordó del piso que acababa de abandonar antes de volver a casa.

—No sé si en el apartamento ese que compartió con su amigo Gabri habrá más cosas —confesó—. Escucha los últimos mensajes.

—Tal vez se lo entregue a la policía. —Ella quedó quieta, pero un movimiento casi imperceptible de los hombros hacia arriba la delató—. ¿Por qué te da miedo que Roberto vea todo esto?

—Tú y yo sabemos que es de las personas a las que se les puede ir la cabeza y son capaces de destrozarse su vida para siempre por un ataque de furia.

Al llegar, ya tarde, a casa, Alfredo dejó la caja en la entrada, escondida bajo una mesa, para someterla a cuarentena. Encendió el ordenador y la ducha en el mismo minuto en que se desnudó. Apagó la luz para mirarse al espejo sin hacerse daño, aturdido aún por las preguntas de Paca, con la suave conmoción que le provocaban la solidez de sus principios y su nueva soledad. Abrió el álbum de fotos de su ordenador con la idea de buscar el último encuentro con Bartolomé. Hacía relativamente poco, por lo que no debía ser difícil encontrar alguna imagen, justo antes de las navidades, en una cena en la Alameda con antiguos alumnos de la Facultad. Cenaba con alguien y se le acercó, simpático y descarado como siempre, a darle un beso. Sabía que hubo fotos, pero no tenía la certeza de que estuvieran descargadas en el ordenador.

Con algo de frío por su desnudez, acabó encontrándolas cuando el vapor de la ducha ya anunciaba el agua caliente. El pelo rapado, la cara de su hermano, la mirada perdida más allá del fotógrafo provisional y uno de sus alumnos de entonces justo en medio. La imagen le trajo el recuerdo de un encuentro extraño. Uno de estos alumnos se había abrazado a su sobrino al verlo y el contraste entre las dos vidas divergentes le hizo reflexionar, ya entonces, acerca de los caminos tomados por ese sobrino siempre esquivo a sus abrazos.

Con miedo a constiparse, se metió en la ducha; sintió dolor en los fríos dedos del pie al recibir el agua caliente, al tiempo que trataba de descubrir quién era ese antiguo alumno que se abrazaba con familiaridad a Bartolomé. El ansia de descubrir le quitó el sueño y se lanzó a sacar de sus plásticos las orlas de los últimos diez años, pues la memoria no le alcanzaba para recordar la promoción con la que cenó aquella noche de invierno en la Alameda.

Distribuyó las orlas alrededor de la pantalla del ordenador y fue jugando a descartar caras, tratando de encontrar alguna muy característica que le diera una pista. Una chica de pelo rapado y orejas muy abiertas le dio la clave. Aun sin estar tan pelada, sus orejas la delataban en la esquina superior derecha de la orla del 98. Buscó su propia foto antes de continuar con las averiguaciones, y se vio especialmente blanco y arrugado. Trató de pensar cómo estaba por entonces con Federico.

En diagonal, en el otro extremo de la orla, aparecía el chaval que se abrazaba a su sobrino muerto.

Alejandro Collés Valbuena.

30. FUTBITO

El café de la mañana siguiente se lo tomó con Karl Jaspers y su aproximación a la psiquiatría, tema que quería abordar tras un primer ataque al positivismo introducido en la clase del día anterior. Quizá porque era el más complejo de explicar, quería empezar por ahí. Ponerlo en contraposición a Heidegger para desarrollar a uno a través de lo que representaba el otro, en esa continua lucha de Alfredo por introducir nuevas formas de interpretar la filosofía moderna.

Pensaba en los cuatro alumnos repetidores de ese año, especialmente en la madre hiperactiva de la primera bancada, cuyos apuntes del año pasado destrozaría con este distinto método de atacar a sus existencialistas preferidos. A esas horas le producía extraordinaria pereza pensar en ella acercándose a su mesa para reprocharle con buenas palabras esa dispersión en sus discursos. Había días en que le apetecía decirle que ese, el de la Filosofía, no era su mundo. Que ella tenía la mente estructurada con demasiadas puertas cerradas para poder adaptar su visión del mundo a la de aquellos que un día se lo replantearon todo sin apriorismos. Querría darse un paseo con ella para entender qué hacía allí escuchándolo con una ansiedad absurda por no dejar escapar una frase con anotaciones energéticas en sus folios desordenados.

A la Filosofía no podía uno acercarse con ansiedades.

Terminó con cinco minutos de retraso al saber que era la última clase, por no rehuir la discusión sobre el principio de no contradicción con uno de sus alumnos de primero y, tal vez en su subconsciente, por evitar cruzarse ese mediodía con Joaquín. No quería salir a tomar cerveza ni que nadie lo

acompañase a casa.

Se acercó al claustro para recuperar sus carpetas del 98. Recuperó la ficha de Alejandro Collés Valbuena. Sevillano del 75. Procedía del Instituto Herrera, vivía en Felipe II. Su colegio fue La Raza y nada mostraba una coincidencia con la infancia y adolescencia de su sobrino. Había un teléfono fijo, que anotó.

Ya en su despacho, llamó.

—Pregunto por Alejandro Collés... Sí, de la Facultad de Filosofía... Nada importante, por un tema de una bolsa de trabajo... En Huelva, ok... ¿Tendrían un móvil donde localizarlo...? Sí, claro, lo apunto... Muchas gracias.

No quiso darse el tiempo de pensar.

—¿Alejandro?

Alejandro no supo reconocer la voz de su antiguo profesor de Filosofía, pero sí intuyó que la llamada era especial, por lo que apartó el coche hacia el arcén y respondió con amabilidad.

—Sí, soy Alejandro. ¿Quién me llama?

Tardó unos diez segundos en reconocer a Alfredo, pero de forma encadenada vinieron imágenes que fluían con facilidad gracias al encuentro de antiguos alumnos de unos meses atrás.

—¿Qué tal? Es una sorpresa recibir una llamada suya.

Era sincero en su reacción, tanto como despistado en descifrar el objeto de su llamada.

—Sí. Vivo en Huelva desde hace años. Me casé, me vine aquí, me divorcié y sigo aquí.

No, no tenía niños. Era una pregunta que le dolía porque, entre otras cosas, eliminaba la justificación de su presencia en Huelva cuando el principal motivo para trasladarse allí fue su matrimonio.

—Ella era alumna suya también. Cristina Sánchez Toribio. No sé si la recordará.

Alfredo le dijo que no. Poco importaba si se acordaba de ella o no; a Alejandro en ese momento lo que le apetecía era saber de ese mundo anterior que venía en forma de llamada, que tal vez lo rescatara de un presente mediocre.

—¿Bartolomé Relinque? —La voz se le cambió—. Sí, claro. —No quiso

dudar en la respuesta—. Un cacho de pan. ¿Sobrino suyo? ¡Cierto! Me lo encontré en la cena de antiguos alumnos cuando lo saludó a usted. ¡Qué pequeño es el mundo...! No, no sé nada de él desde que me lo encontré por Sevilla ese día, quedamos en vernos... ¿Muerto? —Un agujón lo recorrió de arriba abajo—. ¿Que el Tolo está muerto?

Alejandro dejó de oír por unos instantes a Alfredo; había posado el móvil sobre su muslo tratando de tapar la voz que venía desde lejos para informarlo de lo que no quería escuchar.

—Perdone, Alfredo. Lo he perdido. No he escuchado nada de lo que me decía. Me he quedado muy afectado, lo siento. Me encuentro mal ahora mismo. ¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Cómo ha muerto? ¿Un accidente?

Alfredo no tuvo más remedio que contarle la brutalidad de su muerte y Alejandro quedó un buen rato a un lado de la avenida de Andalucía, con el motor arrancado y el aire de la climatización helándole los pies. Tomó un chaquetón, la cartera y se echó agua en la cara antes de tirar para Sevilla. Ya en carretera envió un SMS a su madre para adelantarle su llegada.

Prepárame mi cama, porfa

No conocía el bar donde lo había citado Alfredo, pero sentía cierta ansiedad por llegar lo antes posible. Su cabeza, siempre en alerta, se reconcomía al pensar en la mezcla de horror y adrenalina, no siempre negativa, que le provocaba la certeza de saber a Tolo por siempre desaparecido. Compartir con el profesor toda la verdad no era imaginable; necesitaría al menos tantearlo antes de abrir un poco la rendija de su pasado a quien hacía de la ética su línea de conducta. No podía olvidar esos apuntes sobre los principios de Kierkegaard que tanto le llamaban la atención por la subjetivización que hacían de los principios a la individualidad de cada uno: «Lo que uno tiene que hacer es dar cuenta de sí mismo».

Dar cuenta de sí mismo.

Si en ese momento estuviera yendo a Sevilla no a escuchar acerca de la terrible muerte de Tolo sino a enfrentarse a su pasado individual frente a un hombre al que admiraba, no sabría qué resumen habría hecho de esos años vividos desde que dejó la universidad, pero sí sabía que no sería un balance

plausible; no se le quitaba de la cabeza, en esos últimos meses de aislamiento, la idea de que siempre que hubo un cruce de caminos tomó la dirección equivocada.

Estacionó en el aparcamiento del Corte Inglés; no tenía paciencia para buscar más alternativa.

Mientras tomaba una cerveza, con el *foulard* característico y la chaqueta forrada, Alfredo le sonrió al acercarse. Un abrazo, incómodo por su parte, lo recibió. Fue a por una caña para él y, al verlo dirigirse al camarero de la barra, pensó que de mayor querría ser como él, imperturbable caballero de raza.

—Te va a sorprender lo que voy a contarte —afirmó Alfredo, mirándolo a los ojos, cuando las primeras frases de compromiso habían dejado paso a unas posiciones menos rígidas en sus sillones—. Me he tirado horas buscándote a partir de las fotos de la última vez que vi a mi sobrino Bartolomé, a... Tolo.

—¿Las de la cena?

—Sí.

—Pues de eso hace meses. —Alejandro se adelantó; no quería ser inoportuno con el comentario—. No debían de tener él y usted una relación muy estrecha si se veían tan poco.

—Llámame de tú, por favor.

—¿Tenía... tenías poco contacto con él?

—Mi relación más directa es con su madre, que quedó viuda de mi hermano hace muchos años. Trato de estar pendiente de ella porque es una mujer a la que aprecio mucho. Ella está en mi vida casi desde que tengo uso de razón y se puede decir que la he ayudado a criar a sus hijos desde bien pequeños.

—¿Cuántos hermanos tenía Tolo? —preguntó Alejandro, haciendo tiempo para calmar su agitación.

—Solo uno, Roberto. Un tío fuera de serie, unos cuantos años mayor que él. Mi hermano murió al poco de nacer Tolo y apenas lo disfrutó. Ya imaginas que, como filósofo, me he planteado muchas veces hasta qué punto ejerció influencia en él la falta de referencia paterna.

—¿Y a qué conclusión llegas?

—Que no todo es justificable por las circunstancias familiares. La sociedad estaría totalmente desestructurada si aceptáramos un grado de conductas admisibles en función de las circunstancias personales de cada uno. Bartolomé nació cojo de afectos en una época delicada, sí. Lo recuerdo llegando solo a casa con su mochila, con su madre encerrada en su habitación a oscuras, mirando al vacío de los azulejos blancos mientras yo le hacía a toda prisa de comer. Aun así, la vida le ofreció muchas oportunidades de reconciliarse con ella.

Los detalles en el relato de Alfredo le hacían comprender que no tenía más que un par de referencias de Tolo. Lo único que los unía era el miedo de una escena imprevista por estar, al menos él, en el lugar inadecuado un día de despiste.

El discurso y los silencios del profesor no eran sino una invitación a la confidencialidad, pero Alejandro no estaba por la labor de dar pistas sin saber cuánto podía conocer Alfredo de su propia vida.

—¿Qué puedes contarme de su muerte?

—Que fue violenta, que participaron al menos tres personas, que había una mujer y que hubo saña con él una vez muerto.

—¿Con qué lo golpearon?

—Un bate de béisbol, sin huellas. Usaron guantes.

Alejandro movió la cabeza con lentitud, imaginando el dolor.

—¿Cómo se sabe que hubo una mujer? —Necesitaba saber más.

—En la mano tenía apretados pelos largos arrancados, y tenía el brazo lleno de arañazos con rastros de pintura de uñas.

—Me impresiona todo lo que me cuentas. Mucho. Pero no sé si tienes la esperanza de que yo pueda contarte algo que realmente no sé.

—Quiero simplemente que me hables de él para poder conocer un poco más de mi sobrino. Sé que no era trigo limpio, pero quiero hacerlo por su madre y por su hermano.

—¿Tienes buena relación con su hermano?

—Sí. Es para mí como un hijo.

—Ya...

—Lo sé. Sé que opté por lo fácil, por el chaval inteligente, sensible y

brillante. Y sí, me martiriza no haber sabido apoyar más a Bartolomé, a Tolo, como tú dices. Pero la vida no tiene vuelta atrás.

—Solo sé que era un tío marginal. Yo era compañero de él en un equipo de futbito y compartí algunas cervezas.

—Alejandro... él nunca jugó en un equipo de futbito.

Se quedó perplejo, víctima de su propia mentira, aunque no tenía vuelta atrás su afirmación.

—Usted... tú no tenías apenas relación con él. Yo le digo que él estaba en mi equipo de futbito.

—¿En qué equipo, Alejandro? ¿En qué equipo iban a admitir a un tío con asma severa y una rodilla rota desde hace veinte años?

Alejandro, superado, enrojeció de inmediato y se tapó la cara con las palmas de las manos al notar que el calor subía como la espuma. Recordó la enorme dificultad para respirar de Tolo cuando lo soltaron en el descampado junto a la carretera de Su Eminencia y asumió que el relato cierto no podía ser el suyo.

—Lo siento —balbuceó lo suficientemente fuerte como para que Alfredo lo oyese.

Alfredo, aturdido por la reacción de Alejandro, prefirió no hacer sangre y admitir sus disculpas.

—¿Has tenido algo que ver con el asesinato de Tolo?

—Nooooo —sollozó.

—¿Por qué me mientes entonces?

—Deje que me tranquilice un momento, por favor —Alejandro tomaba aire como si ahora fuese él el asmático y no supiese llenar completamente sus pulmones.

Dándole toda la confianza, Alfredo, como un torero tras un pase magistral, se acercó a la barra por otras dos cervezas sin mirar hacia atrás para ver si Alejandro se alejaba a la carrera.

31. GENTUZA

—Antes de irme a vivir a Huelva pasé unos años muy duros en Sevilla por cuestiones que no vienen al caso.

Alfredo se recostó en el asiento para confirmarle que no tenía prisa por salir de allí.

—Un estudiante brillante de Filosofía en esta época, con todos mis respetos, no sirve para nada. —Al mirarlo de reojo, confirmó una sonrisa del profesor—. Yo no tenía más ganas de estudiar, preparar oposiciones ni meterme en ningún proyecto universitario. Quería volar, salir de casa, conocer mundo. ¡Empecé a conocer gente tan interesante! Todos mayores que yo, me metí en círculos *frikis* que iban entre lo masón y lo anarquista, empecé a escribir un ensayo sobre la inmigración en Europa, me junté con todo el submundo que poblaba la ciudad y vivía más de noche que de día.

—Allí no era difícil encontrar a Tolo, imagino.

Alejandro movió la mano en un gesto instintivo por encauzar su relato maldito.

—Me hice muy amigo de Hamed, un tipo encantador de Agadir que cruzó el Estrecho en patera. Una joya de tío. Culto, sensible, divertido. Aun teniendo clarísima mi heterosexualidad, creo que llegué a enamorarme de él.

Sabía que Alfredo estaba en ese momento absorto en su narración y fue el primer momento en que se sintió cómodo en esa fría tarde-noche sevillana.

—Era un buscavidas que demostraba mucha más valía que todo el personal con el que yo habría podido juntarme en todos los años de facultad. Vivía siempre al límite, pero nunca perdía el norte. De pronto, había encontrado a mi maestro.

—¿Conociste Agadir?

—Conocí todo Marruecos con apenas cuatro perras, pero sin él. Era un *sin papeles* que no quería jugarse su libertad cruzando de nuevo el Estrecho hacia el sur.

—Perdona, no quería interrumpirte.

Alejandro le sonrió, por vez primera.

—Estuve en casa de sus padres varias veces, cuando él ya había desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Desaparecido?

—Un día lo detuvieron y no volví a saber de él. Imagino que lo deportaron. Lo acusaron de tráfico de droga.

—¿Era cierto?

—Supongo que sí. Por entonces él fumaba como un cosaco, y yo con él. Manejaba mucha grifa, vendía a los amigos, pero no pensé que la cosa llegara a más. Yo empecé a ganarme unas pelas cuando a él lo pillaron. —Meneaba en vertical con la cabeza esa certidumbre—. Como puedes imaginar, me cagué vivo. No moví un dedo por buscarlo, pensaba que yo iba a ser el siguiente. Cuando quise reaccionar, ya era demasiado tarde para tener ninguna pista de él.

—Pero España es un país civilizado, hay unos trámites a seguir, juicios, pruebas, etc.

—Me río yo de la civilización, Alfredo. Cuando conoces lo más bajo como yo lo he conocido, te ríes de la civilización y de las leyes.

Esas frases rotundas potenciaban la fuerza del relato de Alejandro a ojos de Alfredo, engatusado e inquieto por querer y no querer oír más acerca de unos episodios que llevaban indefectiblemente a una realidad cercana que él nunca supo mirar con ojos abiertos.

—Por entonces volvió a aparecer Cristina, mi exmujer. Pasé de Hamed a ella como de una boya de salvación a otra, en mundos totalmente distintos. Ya habíamos sido inseparables en la universidad, pero un equívoco nos llevó a separarnos de manera radical. Estaba acostumbrado al dinero fácil de mercadear con todo tipo de droga, ¡en pequeñas cantidades! —casi gritó explicándose con los dedos pulgar e índice muy juntos—, por lo que seguía manteniendo relación con el grupo más cercano a Hamed.

—¡Qué jodido el dinero! ¿Verdad?

—El dinero, la droga, el dolor por haber perdido a Hamed, mi cobardía...

—Todos somos cobardes, Alejandro. Agradezco enormemente que...

—Afortunadamente, soy un tío listo. Aunque estudié la cuarta parte que Cristina saqué mis oposiciones y con mucha mejor nota que ella. Lo peor que nos pudo pasar.

—¿Y eso?

—Ella tuvo que irse a Almería y yo conseguí plaza en Sevilla.

—¿Volviste a las andadas?

—Yo estaba enganchado a la coca, Alfredo. —Al escucharse tan contundente, él mismo se emocionó por los años pasados en que trató de escapar del cuelgue de vivir de noche a base de no despreciar ninguna raya—. La gente que me rodeaba fue cambiando de forma imperceptible, como las nubes que cambian de forma en el cielo sin que te des cuenta, y cuando quise darme cuenta ya estaba rodeado de colgados y gentuza.

—Dicen que la cocaína es una droga de niños bien —terció Alfredo, intentando quitar hierro a su angustia y mostrar cierto conocimiento del mundo.

—¡Y un carajo!

Quiso pedir perdón, pero no lo hizo.

—Un día empezó a suministrarme el Tolo la coca.

Al decirlo se frenó y fijó los ojos en los de Alfredo para analizar la reacción que esa mancha de tinta provocaba en su alma blanca.

—¿A ese nivel estaba él?

—Lo siento...

—¿Él distribuía?

—Era un intermediario entre los que manejaban el cotarro y los camellos desgraciados que vendíamos nada más que por robar unos miligramos de cada paquetillo para metérselos en el baño del bar.

—Pero ya eras un profé hecho y derecho.

—Que necesitaba tomar antes de clase para aguantar a los chavales reírse del mundo.

—Vuelvo a repetirte que te agradezco todo lo que estás contándome.

—Hace años que no tomo.

—Me alegro...

—Al Tolo y a mí nos tuvieron dos días reventados a base de palos cuando

se perdieron unos trescientos gramos de cocaína —confesó, con la mirada en el suelo.

—No fue un accidente, entonces, ese día en que...

—Imagino que sí, que podía parecer que nos habíamos dado una hostia con una moto o algo así. Si eso es lo que contó, ole por él.

—¿Qué le contaste a tu mujer?

—Fue ella la que me contó a mí. Me cuidó durante una semana en el hospital y me dijo que era la última... Yo, ausente, trataba, y aún trato, de recordar qué paso con ese paquete perdido. Pero Cristina me dijo que era la última.

—¿Fue efectivo?

—Es justo el tiempo que llevo sin tomar nada. —Se agarró con los brazos—. Pero me abandonó como a un perro callejero.

Apuró su culo de cerveza mirando a Alfredo, sabiendo que en sus ojos había una mirada cruenta que él conocía y que le jodía desplegar.

—Gracias, Alejandro.

Ese gracias, sincero, de Alfredo provocó un ataque de llanto en Alejandro imposible de contener.

32. CAJA

Camino de casa, con la vacilación de no saber cómo habría sido la actuación perfecta, Alfredo repasó el número de teléfono de Alejandro y recordó esa descripción del enamoramiento asexual de Hamed, tratando de imaginar dónde estaría ese marroquí perverso de sensibilidad exquisita que embaucó a Alejandro.

Él, pleno de lucidez, afectos y recuerdos, habría dado su vida por esas comidas en Agadir con los padres de un amor imposible, por haber traficado con drogas en el hampa sevillana sin más expectativa que disfrutar de esos miligramos que los largos dedos de Alejandro definían con exactitud microscópica. Los tiros dados le decían que no en todo lo descrito por Alejandro había verdad y necesitaría desgajar cada explicación para dar con Bartolomé; aun así, las pistas eran numerosas, estaban frescas y le permitían escarbar.

En los bajos de la mesa de entrada estaba la caja que le entregó su cuñada, donde seguramente algunos de los hilos lanzados por su antiguo alumno encontrarían un clavo al que agarrarse. Había sobres que sus escrúpulos le impedían abrir, notas manuscritas excesivamente humanas como para enfrentarlas sin desasosiego, fotos luminosas en las que siempre aparecía con la boca abierta en esa risa característica en él, escandalosa, y un móvil.

Uno dos tres cuatro.

Introdujo la contraseña y se tumbó en el sofá con las manos libres, la casa en silencio y la única luz lejana del baño entreabierto. El mismo día de su muerte había cuatro llamadas de «La Rota». La primera la respondieron, las otras tres eran perdidas, prueba clara de que esa misteriosa mujer no tuvo que ver con el asesinato o al menos no estuvo allí, o bien buscaba una coartada

haciendo llamadas a un interlocutor ya muerto. No había más que marcar su número desde el teléfono de Bartolomé para provocar un salto de histeria en esa desconocida que fue algo en el mundo de su sobrino. Sus dedos temblaban mientras avanzaban por el menú del móvil a sabiendas de que, aunque no fuese en ese momento, acabaría llamando a La Rota.

Paca, en el momento de la entrega de la caja, le había hablado de una serie de mensajes sonoros que quería que escuchase, pero Alfredo se acogotaba solo de pensar en el terror que le provocaba contactar con esa mujer que bombardeó de llamadas a Bartolomé.

Se levantó del sofá, tomó la caja, se la colocó en el regazo y comenzó a vaciarla. Varios paquetes de polvo, pastillas y piedras de hachís confirmaban lo que no querría ninguna madre admitir ni él escuchar de boca de Alejandro, que su sobrino era un camello de tres al cuarto que se buscaba la vida mercadeando sin el más mínimo reparo para, al menos, ocultar el material en otro sitio que no fuera la casa de su madre. En el fondo del lote encontró unas fotos realizadas con una Polaroid en las que él mismo se retrataba follando con una chica anoréxica de expresión perdida.

Absorto, Alfredo reaccionó tarde y con desespero a esa visión tremenda de hombre roto.

Desde que perdió a Fede, su propósito de no caer en agujeros negros le había funcionado bien, no a partir de mostrarse insolidario o egoísta, especialmente con las desgracias que pudiesen atacar a su círculo más cercano, sino por la lucidez de confirmar que ya no había nada más terrible que pudiese ocurrirle en la vida.

El terror a la muerte solo aparecía dos segundos en cada levantarse diario, pero también había sabido construir un repelente de puro sentido práctico muy efectivo, que consistía en no desgastar energías luchando contra lo inevitable. El miedo a la vejez, al dolor o a la enfermedad debía crecer con los años, ya sesenta, y esa evidencia no tomaba forma en su existencia porque Alfredo enseñó a su corazón a valorar el gran regalo de la sabiduría, regalo que iba ofreciéndose a sí mismo, pausadamente y sin pretenderlo, al entrar en épocas sin retorno de arrugas, pelos en la almohada y manchas en las manos.

«Soy fuerte», se decía mirándose al espejo cuando lo negro entraba en su gran apartamento, abundante en luz y recuerdos. Y le guiñaba un ojo al niño que una vez se dijo esa misma frase al descubrir que su homosexualidad no le daba otra opción que la lucha.

«Soy fuerte».

33. LA ROTA

Roberto estaba dormido cuando sintió vibrar el teléfono en el suelo.

—¿Sí?

Al reconocer a su tío quiso disimular su voz de recién despierto. Se revolvió en el sofá y se levantó en dos tiempos, sin saber qué hora podría ser.

—No, no... escuchando música tranquilo en casa, acabo de llegar de viaje. No sabía por qué mentía.

—Un viaje relámpago a Barcelona, ya sabes la vida que llevo.

Acordaron verse para comer al día siguiente y eso, junto con la confirmación de que era, efectivamente, hora de dormir, le provocó una enorme satisfacción. Se tiró en diagonal sobre su cama sin quitarse la ropa, sin saber que en sus sueños esa noche aparecería de nuevo su tío Alfredo, lo llevaría de la mano al colegio y le daría un beso al despedirse.

Llegó diez minutos tarde a la cita con su tío, que ya lo esperaba con la caña en la mano, vestido impecable con un traje de chaqueta beis y una corbata azul eléctrico que resaltaba su tono bronceado. Se dieron dos besos largos, de sentirse y olerse.

—¿Tú te metes en cabinas de rayos uva?

—¡No tengo otra cosa que hacer, Roberto! —Se rio, exagerado—. Demasiado arrugado estoy ya como para querer ponerme como una pasa. Ya sabes, voy a todos lados andando y eso, en una ciudad como Sevilla, te impide estar blanco... como tú.

—Muy simpático, sí —protestó él, sin energías y con una sonrisa que resaltaba los grandes dientes blancos heredados de su padre.

—Cada vez que sonrías así veo a mi hermano.

—Eso dicen, que sonrío igual que él cuando era joven.

—No debes perder esa sonrisa, Roberto.

Se miraron con la expresión limpia de quienes se sienten a gusto.

Comieron pasta sin hablar de nada que los implicase, como en esas añoradas charlas en las que se escuchaban desde posturas opuestas acerca de la gestión de lo público en un tiempo en que todas las falsas costuras de esta iban abriéndose sin remedio.

—¿Cuánto te han bajado el sueldo en estos años?

—Unos trescientos euros al mes —respondió, con total transparencia, Alfredo.

—¡Qué putada!

—Sí. Una putada. Pero yo lo daría por bien empleado si a cambio se contratara a jóvenes en la universidad. En mi claustro tengo a chavales en prácticas que son la leche.

—Mala época para la juventud.

Los dos volvieron a cruzar sus pensamientos con Tolo.

—Uno de mis antiguos alumnos conocía a tu hermano.

Alfredo sacó a colación a Alejandro antes de lo previsto, pero sabía que esa losa debía compartirla antes que después con su sobrino.

—¿Ah, sí? Parece sorprendente.

Se hizo un silencio, estudiado por ambas partes.

—¿Es por eso por lo que querías verme?

Alfredo asintió.

—Soy todo oídos —afirmó Roberto tras pedir dos tazas de café.

—Verás. Fui a visitar a tu madre el otro día y, aunque hablamos poco de Bartolomé, se me vino a la mente la última vez que lo vi, por casualidad, en un restaurante de la Alameda. Estábamos en una de estas cenas que sabes que celebro anualmente con antiguos alumnos. Era gente de la promoción del 98. Todo esto fui atándolo más tarde, cuando quise acordarme del tipo que saludó a tu hermano. —Dio un sorbo a la copa de vino para frenar el relato y no hablar más de lo preciso—. El caso es que recordé que me habían enviado

fotos de esa cena; las encontré y localicé aquella en que salíamos los tres: mi exalumno, Bartolomé y yo. Al día siguiente di con su foto en la orla; después, con su nombre, su ficha, un teléfono... y acabé quedando con él.

—¿De qué lo conocía?

—Decía que de jugar al futbito en un equipo.

—Otro impresentable más —sentenció Roberto.

—Desmontarle con facilidad la mentira me sirvió para hacerlo hablar.

—No sé si estoy preparado.

—Nadie está preparado para admitir que un hermano estuvo viviendo del comercio con droga.

—Si solo fuera eso...

—¿Qué más grave puedes creer que haya?

—No quiero saberlo, tío. No ganamos nada. Que la policía investigue lo que quiera investigar. Nosotros no ganamos nada.

—Tu madre me dio una caja con pertenencias tuyas.

—¿Qué encontraste? —Roberto jugaba con el terrón de azúcar, ya marrón de tanto rozar la espuma del café.

—Había de todo. No tuvo ni la delicadeza de ocultar en otro sitio los paquetillos esos de droga y de pastillas. Hay papeles, sobres, fotos...

—¿Por qué no me dijo nada mi madre?

—Se asusta al pensar en cómo puedas reaccionar.

—Vaya por Dios. Y te lo da a ti, ¿para qué? ¿Complicarte a ti la vida ahora con sesenta años?

—Hay un móvil con llamadas. —Cortó, brusco, Alfredo—. Hay llamadas recibidas y perdidas el mismo día de su muerte.

—¿De quién?

—De una tal «Rota», ¿te dice algo?

—No. Nada.

—Voy a llamarla.

Roberto se separó de la mesa, dejó la servilleta sobre el mantel y se levantó, con aparente calma. Le hizo a su tío gestos para que no se preocupara y salió un rato a la calle.

Fueron cinco minutos eternos para Alfredo.

Roberto se sentó de nuevo. Ya habían retirado los cafés.

—¿Qué buscamos con llamar? —preguntó Roberto.

—Conocer la verdad.

—La verdad va a ser dolorosa, vamos a confirmar que Tolo era un delincuente, que se metió en negocios sucios sin escrúpulos tan solo por ponerse cada noche a tono con cualquier mierda de las que vendía...

—Eres implacable con él.

Esa frase lo destrozó por dentro.

34. FOTOS

Llegaron a casa de Alfredo en taxi, por la impaciencia de Roberto por acabar cuanto antes.

—Anda, ve haciéndote otro café mientras busco la maldita caja.

Ya en su habitación, Alfredo sacó clandestinamente las fotos más explosivas, todas las notas abiertas y rebajó un poco la cantidad de pastillas para tratar de amortiguar la impresión que pudiese producir en Roberto la constatación de la realidad de la vida anterior de su hermano.

En el último momento decidió dejar la caja apartada y acudir a la cocina tan solo con el móvil.

—Ahí lo tienes.

—Llama a la tipeja esa, ¿no?

—¿Qué le pregunto? Imagina la sorpresa que se va a llevar cuando reciba la llamada de un difunto.

—Dile que eres un familiar de Tolo, que quieres hablar con ella.

—¿Y si me cuelga?

—Entonces decidiremos, tío. No tengo capacidad para concentrarme en estratagemas.

A la Rota le sonó el teléfono mientras comía un bocata a toda prisa para no llegar tarde a su osteópata. Al ver la procedencia de la llamada, vomitó el trozo de pan con tortilla que tenía en la tráquea. Dudó con la idea de que se tratase de una trampa policial, aunque la memoria de Tolo tal vez mereciese arriesgar un mínimo a la espera de saber de qué se trataba.

—¿Sí?

—Perdone. La llamo desde el teléfono de Tolo. —A su tío le costó trabajo llamarlo por su diminutivo, pero sabía que era lo más apropiado en esas circunstancias—. Soy su tío.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Puede decirme con quién hablo? Verá, el mismo día en que murió mi sobrino tenía varias llamadas perdidas tuyas.

Ella no quiso montar un teatro poco creíble y convertir la muerte de Tolo en una sorpresa.

—Soy una amiga. Fue casualidad que lo llamase ese día.

—Pero un rato antes habías hablado con él. ¿Sabes si estaba en algún apuro?

—Mire, señor. Siento mucho lo de su sobrino, pero no tengo nada que comentarle. Ahora, si me permite, tengo prisa.

—No me cuelgue, yo solo querría que nos viésemos un rato.

—No vivo en Sevilla —inventó torpemente, para despistar.

—Es igual, yo me desplazo.

—No me ponga en esta situación. Voy a tener que colgarle. No me llame más, por favor.

—¿Sabe que la policía está investigando su muerte?

—Me parece lógico. Que investiguen lo que sea necesario. Yo no tengo nada que ver en todo este asunto.

—¿Prefieres que le dé tu número a la policía?

Ella colgó, dejó el bocadillo a un lado y entró en un nuevo ataque de ansiedad, habitual en las últimas semanas.

—Está claro que oculta algo —concluyó Alfredo, alterado por la tensión de la conversación, rota de cuajo—. Lo más oportuno es llamar a la policía y que ellos se ocupen.

Roberto, recién sentado en el sofá tras escuchar de pie, en tensión, no hacía caso a la propuesta de Alfredo.

—Debe de existir alguna manera de dar con ella a través de su teléfono.

—No nos corresponde hacer de detectives.

—Lo sé. No es mi objetivo —afirmó, para tranquilizarlo y tranquilizarse a

sí mismo—. Pero si queremos entender qué pasó con mi hermano, sería mucho más efectivo llegar a esa mujer de forma humana y no con una orden de detención. ¿Estaba muy nerviosa?

—Ya lo creo, más que yo. —Alfredo intentó esbozar una sonrisa, que le contagió a Roberto.

Colocó un plato de pastas en la mesa baja del salón y se sentó frente a su sobrino.

—Esto es lo maravilloso y lo terrible de la vida, chaval. ¿Quién iba a decirnos que íbamos a estar tú y yo, despistados, investigando la muerte de Bartolomé, sin saber si lanzarnos o frenarnos?

—Quizá si seguimos con esto nos reconciliemos un poco más con nosotros mismos, ¿no crees? Aunque suene muy cursi.

—Suena muy bien, Roberto. Salgamos de nuestra vida previsible y tratemos de buscar esa satisfacción personal de, al menos, intentarlo.

—¿No tienes una frase apropiada para este caso de uno de tus filósofos?

—Déjame pensar —dijo, tomando una pasta—. Ahora estoy con los existencialistas, me apasiona ese mundo. Hay uno que quizá esté maltratado por el hecho de haber vendido tanto... pero dice verdades como puños. Es Víctor Frankl. Dame treinta segundos, no quiero estropear la frase con dudas ni titubeos.

—Claro.

Roberto se extasiaba de felicidad al ver a su tío con los ojos cerrados y masticando su pasta de té. Todo era pretencioso y humilde al mismo tiempo en su tío Alfredo, y abominó en ese instante de la vida que le tocaría vivir sin él.

Alfredo abrió los ojos:

—En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ello plantea y cumplir las tareas que la vida asigna continuamente a cada individuo.

—Potente.

—Y claro.

Antes de proseguir con más pesquisas acerca del origen de ese número de teléfono, Roberto planteó, con la noche ya caída, analizar esa caja que días

atrás le entregó su madre a Alfredo.

—No sé si va a gustarte, Roberto. Es duro.

—Hemos tomado una decisión, tío. No es momento de venirse atrás.

Cerrando los ojos interiores, Alfredo lo metió todo de nuevo en la caja, sin reparar en consecuencias; actuaba de forma muy extraña en él, hombre vivido, y precavido, por tanto. Cada paquete de coca, cada foto, cada manuscrito entró de nuevo en esa urna de cartón.

Observó a Roberto mirar sosegadamente cada pieza de la colección como si tuviera toda una eternidad para hacerlo; olía, leía, reordenaba sobre la mesa.

Llegaron las fotos sexuales.

Al ver una foto concreta, Roberto tuvo que contener la respiración y practicar las enseñanzas que inculcaba en sus cursos a los ejecutivos acerca de la ansiedad; esas dos fases largas en que había que decir «re» al inspirar y llenar la barriga y «lax» cuando se expulsaba todo el aire. «Re», inspira, «lax», espira.

No tenía la menor duda, lo cual era más sano que la incertidumbre de jugar a adivinar si quien tenía la mirada perdida mientras su hermano se la follaba era otra que la chica rubia que lo persiguió por los tanatorios de Sevilla.

Sí. Esa mujer delgadísima con los párpados morados y superpasada de cualquier tipo de mierda era Elisa.

Un desasosiego inmenso lo invadió; difícil de disimular frente a su tío, que, como si lo presintiera, se había ido a la cocina a preparar la cena. La mezcla de horror por la imagen y por quienes eran, de perplejidad por no saber qué la llevó a buscarlo a él, de esperanza por saber que al menos tenía un teléfono al que llamar, se convertía en una amalgama imposible de digerir de un trago.

¿Y si fuera la Rota?

Tomó su móvil y, con dedos inquietos, buscó el teléfono de la tal Elisa. Empezaba por 643. Buscó el móvil de Tolo. Tenía una clave.

—¡Tío! ¿Cuál es la clave del teléfono de mi hermano?

—¡Uno dos tres cuatro! —le gritó desde la cocina.

No sin cierta dificultad dio con la agenda del móvil. Buscó el teléfono de la Rota. Empezaba por 677. ¡Pista falsa!

Tenía que cambiar de forma radical su discurso para no dejarse llevar por una sinceridad que, en ese punto preciso, no sabía si era buena consejera.

¿Qué podría pedirle su tío si supiese que esa mujer de la foto era accesible?

No quería más presión que la que él mismo pudiera darse. Era justo.

Le horrorizaban las fotos de Tolo; lo despistaban, retorcían los recuerdos en esas certidumbres olvidadas, si acaso adivinadas, de no asumir que su hermano se encontraba tirado por el mundo como un paria.

—¿Te has comido todas las pastas? ¡Con el pedazo de ensalada que estoy preparando!

—Pero si las has devorado tú con los nervios, tío.

Alfredo se rio y acompañó la carcajada desacompasada de Roberto.

—¿Para qué querías la clave del móvil?

—Tenía curiosidad por ver el último mensaje que cruzó Tolo conmigo.

—¿Y?

—No encontré nada. Me puse a mirar y me dio repelucos encontrarme con llamadas de mi madre. Lo he bloqueado y he vuelto a meterlo en la caja.

—¿Viste las fotos?

—Prefiero no hablar en un tiempo del contenido de este regalito... No soy de piedra.

—¿Vino blanco con la ensalada?

En ese momento solo quería escapar a su casa, tumbarse en la cama y poner bien alto *El muro*, de Pink Floyd.

—¡Claro! Uno de esos tuyos gallegos que guardas para tus cenas de postín. Bien fresquito.

35. MÍNIMO

A pesar de que era día para sentirse acompañado, Roberto prefirió dormir en casa, amanecer allí y aprovechar para trabajar placenteramente con la luz amplia de las mañanas en que podía sentir el palpito de la ciudad desde su terraza; pero fue llegar y arrepentirse. No era tarde para llamar a Fidel.

—No me jodas, ¿pero a qué hora está cerrando tu jefe?

Quedaron a medio camino, en el Mínimo de la calle Albaida. Llegó con el tiempo de pedirse su *gin-tonic* y el ron-cola de su amigo, que no tardó en llegar. Se colocaron donde siempre, para evitar la distracción de las pantallas de televisión y así centrarse en sus cuitas, como dos enamorados.

—Estás desaparecido, capullo, ¿qué tienes por ahí? ¿Un lío? —preguntó Roberto.

Fidel se sonrió.

—¡Qué egoísta eres, cabrón! —insistía—. En cuanto te pintan las cosas bien te quitas de en medio.

—Es lo suyo, ¿no? Tengo un buen maestro.

—¡Cabronazo!

Con una carcajada a boca llena, Fidel quiso cortar el interrogatorio.

—Rollitos, ya puedes imaginar. Nada importante. Serías el primero en saberlo.

Brindaron de corazón sin necesidad de hacerlo por nada.

—Llevo todo el día con mi tío preferido.

—El único que tienes, caballero.

—Pues ese mismo, el mejor del mundo.

—¿Y qué se cuenta el viejo?

Fidel envidiaba la relación de Roberto con su tío, en la que no había otros

intereses que el amor.

—Está tratando de recomponer un poco a la familia; ya sabes, después de lo de Tolo.

—Las cosas hay que sudarlas, Róber, no hay que pegarse latigazos por estar jodidos. Lo raro sería que no lo estuviéseris.

—No es ese el tema, Fidelillo... Él es perfectamente consciente de que tenemos que pasar el duelo.

Fidel repetía sus palabras, sin sonido; quería imitar la grandilocuencia con que a veces observaba hablar a su tío Alfredo.

—¡No hagas el capullo, Fidel!

—¿Y qué propone el catedrático? ¿Una terapia conjunta en algún balneario?

—Cambiemos de tema.

—Venga, ¡joder!, que estoy de broma... ¿Qué propone tu tío?

—Nadie ha dicho que haya propuesto nada, simplemente se preocupa por mi madre, que se está volviendo loca con su complejo de culpabilidad; imagínate, viviendo sola, y yo que aparezco poco. El mamarracho de mi hermano se le debe aparecer por todos lados.

—Tal vez debieras frenar un poco en tu trabajo estas semanas. Siempre has presumido de ser tu propio jefe y organizarte el curro a tu manera.

Roberto le cortó esa vía.

—Mi madre le ha dado a Alfredo una caja con cosas de Tolo.

—¿Qué cosas?

—De todo. Droga, más que nada. Y documentos, fotos, un móvil con llamadas de gente que no conocemos, del mismo día en que le reventaron la cabeza.

—Me cago en... ¿Y por qué no te las dio a ti? Se vería más lógico. Tu tío no deja de ser un hombre mayor.

—¡Tiene 59 años!

—¡Joder con las susceptibilidades, Róber!

—Mi madre temería mi reacción, supongo; pero si ha visto las fotos se habrá quedado aún más destrozada.

—¿Qué aparece en las fotos? —Fidel se incorporó hacia él.

—Mi hermano totalmente pasado de algo que entiendo que será heroína.

Hasta arriba, con la mirada perdida. Ese chaval bajó varias veces al infierno.

Acongojado por la explicación, Fidel prefirió dejarlo hablar.

—He tenido a mi lado toda mi puta vida a ese capullo de Tolo y lo dejé caer así de bajo, sin más.

—Tú no...

—Sí, ¡ya lo sé! Yo no tengo la culpa. Nadie tiene la culpa de las cosas que les ocurren a los demás. Así va el mundo. —Se atusó el cabello, asustado de sus propias certidumbres.

Fidel no se sentía preparado para ver a Roberto llorar.

—Mi tío dio con un amigo de Tolo al que le sacó muchísima información. Digamos que mi hermano no era un camello al uso, sino que distribuía entre los de media Andalucía. Ese hijo de puta amigo de mi hermano le contó a Alfredo que una vez los medio torturaron por haber perdido no sé cuántos paquetillos de cocaína.

—¿De dónde ha salido ese tipo?

—Es lo de menos, un antiguo alumno de la facultad, un encuentro fortuito entre los tres hace unos meses. Cenaban, apareció mi hermano y se saludaron a lo grande. Mi tío ha hecho por buscarlo y ha dado con él.

—Es valiente, don Alfredo.

Roberto asintió mientras reordenaba en su cabeza todo lo almacenado en las últimas horas y miraba de reojo a Fidel para ver a través de su reacción cómo de repulsivo era todo.

—Llamamos a la chica que intentó localizar a mi hermano por el móvil cuando ya estaba muerto. Llamó mi tío. Ella se puso muy nerviosa y acabó colgándole. ¡Otra flipada más!

Se giró por ver si sus gritos molestaban, pero en la barra solo había dos chicas que se reían a carcajadas agarrándose las solapas de los abrigos.

—¿Os merece la pena seguir por ahí, Róber? ¿No está el caso en manos de la policía?

—Buen interrogante. Es lo mismo que estamos planteándonos Alfredo y yo. Pero hemos decidido continuar. Por si hay una ínfima posibilidad de recuperar algo de mi hermano, algo limpio, algo sano. No sé cómo explicarte.

—Te explicas muy bien.

—Y ya tengo un hilo del que tirar, tal vez por eso he quedado hoy aquí

contigo.

—Dime en qué puedo ayudarte, pero te advierto que yo soy tela de cagueta.

—No tienes que hacer nada, pero necesito hablarlo contigo.

—A ver...

—La chica del tanatorio, la que me persiguió...

—Elisa.

—A esa loca se la está follando mi hermano en las fotos. Ella con diez kilos menos y los párpados amoratados, mientras sube al cielo de tanta heroína.

A Fidel se le derrumbó el suelo bajo los pies.

En una posición egoísta o simplemente borracho, Roberto no llegó a visualizar la angustia en el rostro de Fidel; más bien al contrario, continuó con una sarta de estrategias acerca de cómo abordar el ataque a esa mujer de forma sibilina para obtener toda la información necesaria acerca de la doble vida de Tolo.

—Si dices que en la foto aparece demacrada y en los huesos, todo parece indicar que se ha rehabilitado.

—¿Qué coño hacía siguiéndome, inventándose historias de coincidencias en un vuelo, metiéndote a ti por medio?

—No siempre funciona lo de piensa mal y acertarás.

—En este caso no tengo dudas. Menuda zorra.

—¿Nos vamos? Estoy reventado.

Apesadumbrado por el cariz que iba tomando la conversación, Fidel prefería simular un sueño enorme antes que admitir la posibilidad cierta de que Roberto se levantase a por otra copa.

—Venga, hombre, para un día que salgo entre semana...

—Estoy muerto, Róber. Y como siga hablando contigo voy a tener pesadillas.

—¿Vienes en moto?

—Sí.

—¿Me acercas?

—Claro.

En el viaje hasta dejarlo en casa, con la cara de Róber escondida tras su

espalda para resguardarse del frío, Fidel se preguntó por qué quería tanto a ese hombretón austero, sensible y correoso.

Con los dedos de los pies amoratados, Fidel se sentó en el borde de la bañera tratando de no despertar a sus padres con el chorro de agua ardiendo para recuperar la circulación de los tobillos para abajo.

Toda su cabeza pasaba por las caderas de Elisa, sus pequeños y redondos pechos, su risa irónica y la mirada clavada en él; imagen que se convertía en esqueleto de una película de zombis al visualizar las explicaciones de Róber acerca de unas fotos repulsivas; se resquebrajaba al pensar en cómo de hipócrita podría haber sido con él para llegar a su íntimo amigo con artimañas necesariamente premeditadas.

¿Debía avisarla?

Advertirla de las intenciones de Roberto era una enorme traición a su amistad, pero no hacerlo era permitir que el instinto vengativo de su amigo pudiera destrozarse la vida, todo hacía pensar que vida recuperada, de Elisa.

Con el baño lleno de vaho, los dedos de los pies resucitados y un cansancio que le impedía discernir, Fidel encendió una de las velas aromáticas, apagó las luces y se introdujo en la bañera, medio llena, para tratar de avanzar en sus prácticas de colocar la mente en blanco que tanto bien le hacían.

Sonaron tres toques secos en la puerta.

—Hijo, ¿estás bien?

—Sí, mamá.

36. PISO

Tener toda la mañana libre y nada concreto que hacer le supuso a Fidel un obstáculo. El cuerpo le pedía tomar el móvil y borrar el teléfono de Elisa. Había veces en que la mejor acción era no hacer nada y, lo quisiera o no, él no era el protagonista de esa historia. Sin embargo, se sabía incapaz de actuar así, aunque solo fuera por el miedo de que las cosas fueran a peor.

Debía, en cualquier caso, ser comedido. No podía ir a las bravas a casa de Elisa a contarle que su amigo había descubierto que era una mentirosa, antigua yonqui y manipuladora.

Tenía que quedar de nuevo con su amigo, serenos, y ver hasta qué punto no era todo un calentón de una noche de excitación ante la avalancha de informaciones descorazonadoras provenientes de una caja maldita escondida por un miserable delincuente. Él nunca fue fan de Tolo, porque era difícil serlo, pero el hecho de que la trágica realidad lo convirtiese en una víctima lo dejaba a él en una posición incómoda, porque era fácil demostrar las innumerables ocasiones en que aconsejó a Roberto que se apartara de él. Era complicado discernir si aconsejar de corazón era defecto o virtud.

Aunque le dio pereza encontrar a su madre desayunando en la cocina, al menos la situación facilitaba el no enredarse en pensamientos venenosos.

—Llegaste muy cansado anoche, ¿verdad?

—Sí, mamá. Josema apura cada vez más antes de cerrar el bar. Con que haya dos tirados apurando un cubata durante horas, aguanta. —Le dio un beso en la frente.

—Y se aprovecha, porque en estos tiempos no hay quien tenga el valor de quejarse.

Fidel asintió, tomó seis naranjas del frigorífico para un zumo y permitió

que su madre se levantase para cortarle el pan para las tostadas.

—¿Hoy no vas a clase?

—No, hijo. Hoy están con temas de matemáticas de los que no me entero y prefiero echar la mañana en casa.

—No veo tiempo mejor aprovechado que sus clases, señora. No vayas a empezar a rajarte, que nos tienes a todos emocionados con tus hazañas.

—No te rías de mí.

Fidel se acercó por detrás a ella, que vigilaba con una cuchara de madera que las tostadas no se quemasen. La abrazó como a un peluche.

—¡Que yo no me entere de que alguien se ríe de mi gorda!

—¡Fidel! —Lo golpeó sin fuerza con la madera en los antebrazos.

—A mi gorda empollona y estudiantil...

La señora carcajeaba con los apretones de su hijo.

—No conozco mujer más lista y más dispuesta que tú. La pena es que no lo vieran los ceporros de tus padres.

—Tan ceporros como los tuyos, que si te hubiesen empujado a estudiar no tendrías que estar aguantando en un bar a que se terminen dos borrachos un cubata.

Le dolía aceptar que tenía razón.

Tras pasar por el gimnasio, comprarse las proteínas correspondientes y llevar la moto al taller para cambiarle las gomas, se encontró con nada que hacer a las doce de la mañana, cuando resultaba difícil imaginar planes con nadie. Tenía que buscar algo que maquinara para no pensar en algo más grande aún que su conciencia, por lo que decidió, en un salto de rabia positiva, buscar un piso, sin saber si sería para alquilar, comprar o compartir. Un piso, independencia, madurez, libertad. Todo venía tan encadenado que le extrañaba haber aguantado tantos años sin planteárselo de forma definitiva.

Tomó un autobús para ir al centro a pasearse por sus calles preferidas entre Feria y la Alameda para observar carteles, buscar agencias, orientarse.

Había muchos más pisos en alquiler y venta de los que pudiese imaginar, lo que le supuso en un primer momento un bloqueo mental que tendía a hacerle recular. Empezó a llamar y a tomar citas para esa misma mañana. Hasta las

cuatro de la tarde no entraba a trabajar, por lo que tenía tiempo para entretenerse sin preocuparse de otra cosa. El primer piso que se le ofreció como asequible estaba en Hombre de Piedra. Era un bajo con techos altos de grandes vigas de madera, el baño estaba recién reformado y tenía un patio interior al que daba el único dormitorio que prometía tardes de siesta insuperables.

—Sí, soy el que llamó hace un rato.

—Son dos meses de fianza —interrumpió, desconfiado, un tipo que podía tener su edad, iba en chándal y no tenía muchas ganas de negociar—. La comunidad no va integrada en los 500 euros, y de momento son 50.

—¿De momento?

—En esta casa de locos suben la cuota cada dos por tres cuando a una de las viejas se le ocurre cambiar los azulejos del patio.

—Parece que no tuviera mucho interés en alquilarlo.

—Si no tuviera interés no me habría hecho en bici los tres kilómetros que hay de mi casa aquí.

—¿Puedo verlo? —Fidel sabía que no iba a tener paciencia para visitar muchos apartamentos, calculó sus cinco mil euros de ahorro como un colchón más que seguro y entendió que no había marcha atrás—. No hay un solo mueble —constató.

—Por ese precio no querrás un palacio. ¿De dónde vienes?

—Soy de aquí. —A Fidel le molestó que lo tuteara.

—¿Y qué te ha pasado con tu casero actual? ¿No le pagas?

—No tengo casero. Es mi primer piso.

—Joder, tío. Ya te vale. Tú estás muy crecidito para estar todavía chupando del bote. —El chaval de la agencia tal vez querría establecer un diálogo de complicidad, pero ni su sonrisa era natural ni encontraba en Fidel a quien le riera las gracias.

—Me lo quedo. ¿Cuándo podemos firmar?

—¡Vaya...! Veo que eres virgen en esto de los alquileres. Me la juego a que es el primero que ves.

—¿Cuándo quedamos para traerte el dinero y firmar?

—Ahora, si quieres.

—Voy a un cajero.

—Te acompaño, colega.

—Prefiero que me esperes aquí. No tardo nada.

A Fidel se le hacía un nudo en la garganta al pensar en decirles a sus padres que se iba de casa. Su carácter tranquilo, la inestabilidad laboral, el no haber asentado ninguna relación amorosa desde los lejanos tiempos de Mariola y su miedo a la soledad habían contribuido a edificar una vida sencilla en que se sentía cómodo, apocado en sus ambiciones, en un letargo prolongado que lo hacía extrañamente feliz.

Las horas en el bar se le hicieron largas. Consiguió buscarse los huecos precisos para compartir su decisión con la cocinera en los cigarritos de media tarde, de forma que ella supuso el primer tanteo al confesar su salida del nido familiar.

—¿Cuántos años tienes, mi niño?

—Treinta y dos. —Estuvo a punto de disminuirlos.

—Con treinta y dos yo ya tenía cuatro críos y ni me acordaba de cómo era la casa de mis padres en Medellín.

—Cada uno tiene la vida que tiene.

—Eres un hombre bueno, Fidel. Eso es lo que importa.

—No creo que se necesiten excusas.

—No se necesitan, pero seguro que las hay. Con maldad o sin ella, tus padres te han retenido junto a ellos por el propio interés. Seguro.

—Mis padres me adoran.

Carlota apagó con fuerza el cigarro en la tapa grasienta del cubo de la basura.

—Si tus padres te adorasen no habrían permitido que perdieras lo mejor de tu vida calentándoles la casa.

Fidel estaba, sin querer aparentarlo, molesto.

—Unos padres que quieren de verdad solo buscan la verdadera libertad del hijo. Siento decirte que así son los padres que quieren, los que ven la vida de sus hijos sin ver la suya propia.

37. CRISTALES

Su madre reaccionó perfecto. A su padre no lo cogió despierto y cuando comenzó a trasladar bolsones con su ropa en la moto, a media mañana, ya hacía tiempo que había salido de casa para su pequeño taller de bobinados eléctricos.

De sus dos cascos tomó el integral para prevenir posibles llantos repentinos que no tenía ganas de reprimir pensando en los besos de su madre, todo bien salpimentado con las recientes palabras de Carlota al hablarle de un egoísmo en sus progenitores que él no conseguía ver ni tampoco quitarse de la cabeza.

Era evidente que no podía haber reproches, pero era previsible que hubiese lamentos, que no llegaron. Todo se hizo tan natural que en esas idas y venidas en moto se planteaba por qué había hecho una montaña de esa emancipación tardía, trataba de entender si todos los mecanismos que coartaban su independencia no los habría inventado él y el egoísmo que quería ver la cocinera del bar no era sino sobrevaloración de su función de catalizador en una familia que había soportado bastante más dolor que la media.

Sí, ella mencionó a la hermana desaparecida; sí, le habló de las habitaciones vacías; sí, de sus años de silencio marital de camas separadas en que se hablaban a través de Fidel. Todo eso apareció, como era de prever, pero no más. Él, sin embargo, había abusado de la autocompasión.

Llamó a Roberto cuando el piso estuvo presentable, pero no supo trasladarle la noticia, sino una avanzadilla.

—Vente a tomar unas tapas a la Alameda.

Róber estaba en Valencia y él prefirió guardar las novedades para el cara a cara.

—¿Alguna novedad? —le preguntó a Roberto.

Su amigo le explicó que habían intentado localizar a la Rota, pero que esta ya no daba señales de vida, ni aunque la llamaran desde distintos teléfonos o números ocultos, por lo que retomaba la idea de dar con Elisa.

De nuevo Elisa.

Toda la operación puesta en marcha para evitar pensar en ese cruce de emociones se le vino abajo en cuanto colgó el teléfono y se tumbó en la colchoneta hinchable traída para dormir los primeros días. Buscaba la repulsión imaginando el cuerpo anoréxico de Elisa, con ojos de drogadicta irreverente follada por Tolo. La imaginaba con la boca llena de semen riendo, maldiciendo y haciéndole la peineta a él mismo, pero no conseguía mantener ese holograma falso en su mente sin que se le deshiciera como arenilla para dar paso a sus caderas y su mirada directa en las últimas noches que compartió con ella.

Surgía ahora su pesadumbre, o no, por haberle ocultado a Roberto desde un principio su enorme atracción por Elisa y las noches de puro sexo con esa mujer que temblaba entre sus brazos pese a que solo lo quería para acercarse a otro que no era sino su amigo. Llegaría el fin de semana y volvería a desearla al tomar el último chupito en el bar. No podría evitar enfrentarse de nuevo a Elisa, ni ya podía eludir la información brutal venida de otros tiempos.

Con la mirada en el techo de vigas de madera que ya era su nuevo hogar, Fidel se planteaba si seguir almacenando historias que contarle a Elisa en esos huecos, entre polvo y polvo, en que ella, exhausta, simulaba escucharlo con ternura.

Los siguientes días, con el cambio de turno, pasaron rápidos. Salir era peregrinar con el coche de su padre por polígonos industriales a la caza de mobiliario de segunda mano con el que adecentar la casa. Su disposición a sonreír era máxima, las compras las hacía con la ilusión de un adolescente y se dejaba aconsejar con ingenuidad acerca de las mezclas de colores.

Mientras compraba las copas en una cristalería al por mayor decidió atacar

a la cajera con sus falsas inseguridades, tras identificar un cruce de miradas entre estanterías de vidrio.

—Pero ¿para una vivienda de cuántas personas? —le preguntó ella.

—Apenas yo y quien acepte una cena conmigo.

Esa chica resultó un volcán con pocas ganas de complicarse y muchas de reír, aunque no con la fuerza suficiente como para hacerle olvidar que Elisa se haría presente antes que después.

A Fidel le gustaba agarrar en el sexo, no perderle la mirada a la mujer y difícilmente se dejaba acariciar. Interpretaba que era generosidad por dar más importancia al placer en ella, pero había instantes en que conseguía el efecto contrario y saltaban costurones interiores que sin el sexo se podían disimular.

—¿Cómo has tardado tanto en emanciparte? —le preguntó la de la cristalería la segunda noche, cuando se vestía para irse a dormir a casa.

—Ese es un tema prohibido.

—Si te sirve de consuelo, no me quita el sueño.

—Uno se siente incómodo cuando le preguntan cosas que no quiere explicar.

—Verás, Fidel, yo vengo de vuelta de muchas cosas como para asustarme ahora por nada. —Entró en el baño, se meneó la melena y se enjuagó la boca—. Si no quieres que una mujer te haga preguntas íntimas, no le hables de tus movidas personales.

—Yo no te he contado apenas nada de mí.

—Me has explicado con todo lujo de detalles la ilusión con la que vienes a este tu primer piso, con 32 años.

—Es la verdad.

—Entiende que no es lo habitual.

Se acercó, le dio un beso y lo dejó levantándose para una ducha.

38. SARTÉN

En su primer día de descanso, de cafés por la Alameda, resolvió llevar la iniciativa e investigar las circunstancias de la muerte de Tolo. No sabía cómo ni tenía claro si lo hacía por redimir la figura de Elisa o por serenar los suplicios de Roberto; y es que si bien encontraba cierta emoción al pensarlo, temía contribuir a agrandar sus obsesiones respecto de Elisa.

Tras terminar el café se encaminó a casa de Paca. Hacía semanas que tenía integrada la idea, poco menos que obligada, de echar una tarde a su lado, más conociendo la cantidad de días que su único hijo pasaba fuera de la ciudad y los años pasados en ese piso grande del centro, de meriendas interminables. Justo al llegar se la cruzó mientras salía con el carro de la compra, sin que ella, en su mundo, se diese cuenta; la asustó al ir a saludarla y se ofreció a acompañarla a la plaza.

—Quédate a comer en casa, Fidel.

Él aceptó sin remilgos.

La reacción de Paca cuando le habló de su apartamento fue entusiasta, sin apriorismos.

—Todo un hombretón, Fidel. ¡Qué me alegro de que las cosas te vayan tan bien!

—Ese pisillo es lo máximo que puedo permitirme con mi sueldo de camarero.

—¿Y qué más quieres? En plena Alameda, con libertad para entrar y salir, tu motillo en la puerta para ir al trabajo, tan digno como otro cualquiera.

—No era, quizá, mi sueño.

—En esta vida hay que disfrutar con lo que se tiene, Fidel. Compararse con los demás nada más que da para disgustos.

Se hizo el silencio, incómodo en Fidel, de comprender que Paca argumentaba con las frustraciones de Tolo en su cabeza.

—¿Heredarás el taller de tu padre? —Quiso cambiar el tercio.

—Ya mismo se jubilará, pero imagino que contratará a cualquier chaval para mantenerlo y tener así una distracción diaria para salir de casa.

—¿Cómo están ellos dos?

—Conviven, que no es poco.

Paca lo escuchaba con atención, con el jugueteo en las manos de un puñado de ciruelas.

—¿Y tú, no compras nada para tu nueva despensa?

Como en tiempos no muy lejanos, Fidel puso la mesa.

—¿Y ese pantallón de plasma? —preguntó, exagerado, Fidel.

—Un regalo de mi Bartolomé. Últimamente me trataba como a una reina.

Todo estaba donde siempre, el mantel olía a su infancia, mientras acallaba los malos pensamientos que le decían que esa mañana junto a Paca lo maltraía, al disfrutar del espejismo de un dulce pasado irreal. Puso música en la vieja radio de siempre, ayudó a freír las patatas y la convenció para compartir un mosto de su pequeña cava. Los ataques que asaltaban con imágenes de Tolo los combatía tarareando melodías robadas de la radio.

—¿Sigues con tu grupo de amigas? —le preguntó, ya en la mesa.

—¡Claro, Fidel! —respondió, sin ningún atisbo de duda—, aunque ya puedes imaginar que los males van quitando a algunas de en medio. Nos vamos adaptando y, a veces, organizamos cafelitos en casa de las que están pachuchas.

—Y tú con tu salud de hierro.

—Sí. Con lo pequeñilla que soy y más dura que una piedra.

Tolo rondaba entre los cubiertos, en la panera, escondido por las servilletas, metido en la sopa, de modo que los dos se movían con sigilo para que no apareciera por sorpresa.

—¿Cómo ves a Roberto? —se atrevió a preguntarle ella.

—Algo tocado, Paca. Lleva demasiadas cosas para adelante y no frena nunca para plantearse si esa es la vida que quiere.

—¿No lo ves feliz?

—Lo veo despistado. Sé que tiene momentos pletóricos, que es un tío apreciado por sus compañeros de trabajo, tiene muchas aficiones...

—Pero está solo —sentenció su madre.

—Se ha vuelto un ermitaño, el jodido. No dejes de estar cerca de él.

Paca, confusa por un comentario con un cierto halo de reproche, se levantó para acercarse a los filetes que tenía a fuego lento, tapados, en la hornilla.

—Él no sabe cuánto lo admiraba Tolo —soltó Paca.

Definitivamente, su hijo apareció al quitar la tapa de la sartén.

—¿Crees que tener un hermano tan perfecto fue un trauma para él? —Fidel hizo la pregunta prohibida.

—Tolo era débil. Hay gente que nace débil. Y mira que era gracioso, el condenado, y expresivo, y social... Pero era muy frágil. Se dejaba influir por cualquiera...

—¿Con quién andaba estos últimos tiempos?

Paca temía llegar a ese punto de concreción en el que remover escenas poco estimulantes.

—Con Gabriel, con quién si no... Un miserable que consiguió llevarlo a su terreno. No me explico cómo pudo irse a vivir con él, después de todas las traiciones... —Paró su relato, consciente de que Fidel no tenía por qué saber de alguien que no era sino alimaña que ennegrecía aún más su pesar—. Aunque tenía una amiga, ¡mucho más joven que él! Se pasaban horas en su habitación.

—¿Una amiga?

—Marina. Se llamaba Marina. —Al confirmarlo, Paca daba un repaso a las pintas de esa chica, barriobajera, retraída, hasta cierto punto autista, que paseaba como un alma en pena.

—¿No tenía ningún mote?

—No, que yo supiera. Era una chica muy tímida.

—El Tolo con una chica tímida... No lo veo.

—Mi hijo, con todos sus defectos, era una persona muy introvertida.

—Paca... que nos conocemos.

—No tengo necesidad de inventarme historias a estas alturas, Fidel, con mi niño muerto. No voy a decir que era un santo porque sabes bien los líos en los

que se metió, ¡en los que nos metió! Pero Bartolomé siempre fue un chaval con dificultad para relacionarse.

Fidel quiso cortar.

—¿No te dice nada el nombre de la Rota?

—¿La Rota? —Paca no reaccionó.

—Sí.

Enfiló los ojos para no darle oportunidad de desviar la mirada en un gesto instintivo de defensa de su hijo.

—No me dice nada, Fidel. ¿Quién es esa Rota? ¿Hay algo que sepas y no quieras contarme?

—No. No hay nada.

No dejó que ella se levantara a recoger la mesa. La tomó por el antebrazo y la sentó.

—De la mesa me ocupo yo. Tú te vas para el sofá, que vamos a ponernos a ver una de tus telenovelas para dormir la siesta.

Con los platos entre las manos, Fidel tuvo claro que tenía que salir de ahí esa tarde con los datos necesarios para localizar a esa tal Marina.

39. CAZALLA

Con el olor a hombre joven esparcido como un reguero por el pasillo de entrada, Paca quedó apoyada en la puerta con la certeza de que Fidel utilizaría de una manera o de otra la información sonsacada acerca de Marina. Sería él, y no su hijo, quien intentara desbrozar los últimos días de Bartolomé. Con la casa medio a oscuras de tarde primavera, tras mirarse en el espejo y aguantar el ataque de melancolía propio de quien dejaba atrás tiempos que no volverían, Paca tomó el teléfono para llamar a escondidas, a solas en su propia casa.

—¿Esteban?

Él aparentaba estar medio dormido.

—¿Qué andas haciendo?

Como cada tarde, Paca se sentó en la cama de su habitación a contarle el día a ese su ángel, que la reconfortaba con sus silencios de complicidad necesaria. Los martes y los viernes, Esteban tomaba el autobús en Cazalla para acompañarla durante gran parte del día antes de coger el último de vuelta hacia su pueblo.

—Ha estado aquí Fidel, el amigo de Roberto... Parece que va a moverse un poco para averiguar qué pasó en las últimas semanas con mi niño... Sí, estoy tranquila, Esteban. Emocionada, pero tranquila. De Roberto, como ya te dije, no podía esperar mucho.

Él la previno de crearse falsas esperanzas.

—¿Qué esperanzas quieres que tenga a estas alturas, amor mío?

40. MARINA

Fidel llegó con su moto a la calle que le había indicado Paca. El nombre de Marina, poco común, le hizo dar pronto con su casa.

—¿A quién buscas? —Le abrió a medias la puerta una mujer desaliñada, con delantal como uniforme y babuchas sobre unas medias rotas, la cara arrugada y el pelo rubio con raíces negras.

—A Marina.

—¿Policía?

—No. Un amigo.

—¿Un amigo? —Se rio a carcajadas—. ¿Usted sabe acaso qué edad tiene mi Marina?

Fidel se quedó en blanco; no había anticipado ese interrogatorio.

—¿Puedo verla?

—No. En esta casa estamos *jartitos* de recibir a gente extraña.

—No tengo nada que ocultar; si quiere, puede quedarse usted delante.

—Aquí no se queda nadie. *Asín* que ¡puerta!

A Fidel le pareció ver una sombra merodear por la espalda de la señora, que retenía la puerta a medio cerrar.

—Soy un gran amigo de Tolo —dijo en voz alta, para hacerse oír.

—¡Ni me nombre a ese desgraciado! Váyase.

—Trabajo en el bar Las Cumbres, en San Diego, no muy lejos de aquí.

—¡Que se largue!

La señora dio un portazo y, cuando Fidel miró hacia atrás, se encontró con un grupo de vecinos con pinta de pocos amigos que no le quitaban ojo. No mostró la mínima inquietud por fuera para no hacerles el juego y se encaminó con determinación hacia la moto, que encontró tirada, pisoteada y con el

espejo retrovisor roto. Con carcajadas exageradas de los mirones que lo seguían, todos hombres entre quince y veinte años, Fidel enderezó la moto y arrancó, con más rabia que impotencia. Se metió en la gasolinera de la Ronda para descartar que nadie lo persiguiera antes de tomar el camino hacia su casa.

Una llamada insistente le hizo encender la luz, apagar la tele sin sonido y desperezarse en el sofá. No llegó a tiempo. Era Elisa. Madrugaba al día siguiente y prefirió hacerse el remolón por dos razones: provocar el interés en Elisa, a quien siempre había seguido como perro faldero, y bajar la excitación de toda una jornada pensando en el monotema de Tolo, su muerte, sus fotos y el destrozo provocado alrededor.

Aun así, la curiosidad le podía, necesitaba saber hasta qué punto esa llamada era impulsiva o premeditada, si Roberto tenía o no que ver. Le envió un SMS a este para tantearlo:

Este mediodía comí con tu madre

Roberto recibió el mensaje cuando encendió el móvil, aún dentro del avión que lo traía de Valencia. Le sobrevino una sonrisa, sin querer dar paso al reproche propio, mientras imaginaba con cierta exactitud cada escena en casa de su madre: Fidel poniendo la mesa, algo de mosto para cocinar, la radio encendida, la siestecilla en el sofá.

Gracias, amigo

La respuesta concisa venía a confirmarle a Fidel la lealtad, resquebrajada de ese carácter seco impensable diez años atrás, de Róber.

No hago las cosas para que me las agradezcan, sino de corazón, petardo

41. JUEGOS

Al leer su contestación, ya en el aparcamiento del aeropuerto, Roberto prefirió no responder, pero estar distraído con el móvil le impidió cruzar su mirada con una Elisa que camufló la cabeza entre el escaso personal que esperaba en el vestíbulo de llegadas. Con el tiempo justo para soltar las cosas en casa, darse una ducha y mirar sus correos, Roberto tomó un taxi.

Antes de darse cuenta, Miriam hizo sonar el telefonillo.

Estaba cansado de mensajearse con ella para decirse nada, y un par de *gin-tonics*, junto con una cita fallida con una compañera de curso en su hotel de Valencia, lo animaron, en un instante de fragilidad, a proponerle unas tapas.

El novio actual servía de cortafuegos para no complicarse en historias que no conducirían a nada que no fuese destrozar un intenso pasado.

—¡Qué guapo estás! —piropeó ella sin dudarle, con los ojos muy fijos en algún lugar por encima de sus ojos, quizá en su frente arrugada y las entradas más marcadas.

—¿Y tú? Estás impresionante, Miriam. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¿El pelo? Llevo años con el mismo pelo. ¿No te gusta?

—Te hace mayor.

—¡Vaya! —respondió ella, separándose tras los dos besos—. Siempre tan sutil.

—Será que le gusta así al pijo de tu novio.

—¿El pijo de mi novio? —preguntó ella, sonriendo—. ¡Qué sabrás tú de cómo es o deja de ser mi novio!

—Tengo mis fuentes.

—Pues pásales mi teléfono a tus fuentes para que estén mejor informadas. Les preparo una sesión con Pablo y se les acaban las tonterías. Es un tío que

está en el mundo, con una familia humilde...

—Que juega al pádel, que tiene un Alfa Romeo.

—¡Pero bueno! Voy a cabrearme, Róber. Aún estás a tiempo de subir a tu casa.

—¿Y el pijo te folla bien?

Miriam, con los brazos en jarra, sintió el sudor bajarle por la espalda, sin saber hasta qué punto hablaba Roberto en serio.

—¡Estoy de broma! ¡Cambia de cara!

—Te estás pasando un montón y no merezco...

—Shhhhh... No te aceleres.

—¡Eres...!

—Estoy nervioso, Miriam. ¡Eso es todo! No sabía muy bien cómo iba a reaccionar, perdona. Te he visto así, tan de golpe, me han venido recuerdos. — La tomó por el brazo y la hizo caminar a su lado, sin saber aún hacia dónde—. Me han temblado las piernas al verte, lo creas o no.

—Róber...

—Me alegro de saber que todo está yéndote tan bien.

—¿Cómo estás tú?

—En plena forma, Miriam. En plena forma.

Anduvieron sin rumbo ni intención de acordarse de cenar, zigzagueando por calles recorridas mil veces, y hablaron de sus vidas laborales para pasar a las familiares y de allí a los recuerdos compartidos. Quizá la herida mal cerrada de una separación traumática no permitía hablar de lo que les interesaba o tal vez era el dolor presumible de reconocer los egoísmos propios lo que los hacía pasear mirándose los pies sin el valor suficiente para tantearse las miradas.

—¿Cómo está tu madre con lo de tu hermano?

—Es una forma, imagino, de preguntarme cómo estoy yo sin tener que hacerlo directamente.

—De ti ya sé por tus mensajes, Róber, no seas tonto.

—Mi madre está tocada, como todos los que estábamos cerca de él.

—¿No has pensado en llevártela un tiempo a casa?

—No.

—Te da miedo que se instale y no quiera salir, supongo.

—No recordaba con claridad hasta qué punto eres...

—¿Directa?

—Intrusiva, diría yo. No sé si tienes derecho, en la situación actual, a meterte así en mi intimidad.

—Ok, entiendo. Dejamos el tema. Perdona.

—Sé que te habrá impresionado lo de Tolo. Lo conociste bien, hicimos muchas excursiones juntos; él te adoraba, pero no puedes hacerte una idea de en lo que se había convertido.

—¿En qué?

—Había envejecido como una pasa, Miriam. Robaba a mi madre, nos engañaba a Alfredo y a mí con tal de conseguir dinero, perdió diez o quince kilos. Era un zombi.

—Pobre...

—Pobre, cobarde, egoísta, hijo de la gran puta, capullo, miserable.

—¡Róber!

—Es fácil decirte con un mensaje que todo va bien, Miriam. Pero el dolor está aquí. —Se golpeaba el pecho—. Muy dentro.

Miriam no sabía qué se decía en esos casos en que una persona con la que compartiste durante tantos años todo el futuro, de pronto se horrorizaba por la crudeza con que la vida lo bombardeaba, y no podía ofrecerle nada que no fuese confuso.

—Solo puedo decir que lo siento en el alma.

—Verte en el tanatorio fue impactante, ¿sabes? Recuperar el contacto ha sido una experiencia traumática. —Hablaba lento, meditaba cada palabra—. Me hace recordar cuánto te quise, me apabulla saber de tu día a día como si fueras alguien que no... Me resulta duro verte.

—Y a mí, Róber, no soy de piedra.

—¿Por qué nos vemos entonces?

—Porque nos queremos.

Roberto se paró en seco, a la altura del cruce del Muro de los Navarros, sin querer andar para adelante ni para atrás.

—Creo que es mejor que nos separemos aquí, Miriam. Que cortemos los

mensajes, que nos olvidemos el uno del otro.

—Como tú quieras. —Miriam bajó la cabeza.

—Si quieres volvemos a vernos aquí dentro de cuatro años. En este mismo sitio, a esta misma hora. —Miró el reloj.

—Tus juegos...

—Debo jugar para sobrevivir.

—Dramatizas.

—Tal vez.

A Miriam le apetecía ofrecerle un abrazo; a él, tomarla entera, destrozarle ese pelo de peluquería y bañarla a besos, volver a dibujar en folios las virtudes de cada uno, reorganizar las vacaciones de los próximos años, tener de nuevo una librería con las novelas entrelazadas, sentir sus labios comiéndole los dedos de los pies, reírse a carcajadas como entonces.

—¿Puedo darte un abrazo?

—No creo que sea buena idea —afirmó él, rompiéndola con la mirada.

—Lo entiendo.

Los dos se quedaron, esta vez, de frente, mirándose con todo el dolor con que uno mira cuando ama a la persona equivocada.

—Si me abrazas puedo derretirme aquí mismo y no habrá quien me reconstruya.

Ella sonrió, le dio dos besos largos en las mejillas, sintió su masculinidad de siempre y se fue sin mirar atrás.

«Mis juegos —pensó Roberto—. Mis putos juegos».

Con la cara tonta, disimulada por el frío, tras quedar voluntariamente en medio de ninguna parte, a Roberto lo tentó la idea de ir a dormir a casa de su madre o de tomar una copa con Fidel o poner a prueba sus innegables virtudes de seductor para no acabar solo esa noche en su cama.

Pudo, sin embargo, la pereza.

Tenía trabajo pendiente en casa para olvidar, como tantas otras veces, su vida aséptica de emociones y altibajos. La descarga eléctrica que había supuesto ese paseo con Miriam lo abofeteaba una y otra vez, en tanto su mente, desbocada, trataba de encontrar escenas que explicaran por qué llegaron a eso,

a pasear como dos desconocidos que no pueden cimentar nada porque no hay material conocido con que construir unas nuevas bases, por mucho que los asaltos adolescentes de querer volver a lo que fue atacaran con toda su artillería.

Cabizbajo, camino de casa, recordó el día en que recibió la noticia de su ascenso a jefe de recursos humanos de la sede regional, la llamada inmediata a Miriam, los días posteriores de viaje en coche hasta Niza, las promesas de amor en Fréjus, cuando de esos instantes solo podía recordar el dolor de barriga que le causaban sus carcajadas al escuchar a Miriam imitar a sus compañeros de trabajo. Ese maldito ascenso y las noches en que no podía respirar, en que no soportaba los abrazos, en que renegaba del sexo como liberación. Esa maldita noche en que le confesó con falsedad a Miriam que ya no se masturbaba pensando en ella en sus viajes de empresa.

¿Qué le hacía a un ser humano llegar a ser tan ruin? ¿Qué tipo de compasión pretendía encontrar si destruía lo más querido?

42. CHISTES

Durante los días siguientes Roberto se planteó aprovechar su próxima visita a Madrid para replantear su vida laboral. Sin dejar de atender sus obligaciones como *mánager*, sí quería aclarar sus funciones, aunque eso equivaliese a perder la parte alícuota en su nómina o en la prima de consecución de objetivos. Confirmar el nivel de racanería, de falta de ética, al que había llegado Honrubia por defender una vida supuestamente escogida lo martirizaba.

Cuando se le contrató, quedó claro que su principal misión era el seguimiento de la evolución profesional de los cuadros dirigentes de tres entidades financieras asociadas, lo que incluía también un cierto *coaching* o entrenamiento en función de las carencias de cada cual. Su empresa había dado pruebas más que evidentes de la confianza depositada en él y lo protegía evitando implicarlo, ni a él ni a sus informes, en ninguno de los expedientes que mensualmente llevaban a determinados ejecutivos al paro.

Aunque en apariencia sus funciones fueran de enlace entre la alta dirección y los cuadros medios, estas tenían más sentido cuando se veían desde la confidencialidad de la cúspide de la pirámide. Llevar esa losa no había supuesto, a sus ojos, ningún esfuerzo sobrehumano que le impidiese realizar su carrera profesional, pero la crisis iniciada en 2008 comenzó a sacar lo peor de él, no tanto como asalariado, sino como persona desestructurada en su capacidad de equilibrar sus emociones. Todo su talante lo dejaba de puertas de su empresa para adentro, y la parte emocional, tan apaciguada en sus tiempos más brillantes, comenzó a verse dañada cuando los expedientes iban saliendo y no había amigos ni compañeros, sino una cuenta de resultados. Su efectividad lo sacó de las rutas en coche e hizo que comenzara a vivir entre

aeropuertos, y las rutinas deportivas, culturales o las cervezas en la Alfalfa o la Alameda con los amigos comenzaron a hacerse inexistentes.

Mientras tomaba un chupito helado de licor de hierbas en casa, con los pies en el sofá, pasaba revista a los nombres olvidados en los años pasados a base de convertir los paseos en llamadas, estos en mensajes de móvil y la fiabilidad otrora impecable de sus encuentros o felicitaciones de cumpleaños en una quimera. Jugeteaba con el móvil en la mano y veía que todas las últimas llamadas tenían que ver con compañeros de empresa, salvo Fidel o su pequeña familia, y que sus coqueteos se reducían, por desesperación o despecho, a Miriam.

No tenía ningún reproche que hacer, salvo a sí mismo, enclaustrado en la paranoia de no bajar los brazos, no dar nunca un no, poner la ambición al servicio de una empresa que siempre pedía más. Consultaba la agenda, con el estómago vacío y el alcohol fácil del chupito, para encontrar el momento de decir que las cosas tenían que cambiar, aun con el miedo a pensar que entonces sería otro quien encargaría un informe para decir que el brillante ejecutivo sevillano de sonrisa firme ya no tenía cabida entre ellos.

Pasó dos días en las oficinas de Nervión, durante los que tanteó a sus compañeros acerca del ambiente en la firma; lanzó ciertos globos sonda muy sutiles para entender la percepción que de sus responsabilidades podía tenerse allí, en el lugar donde él se había curtido como profesional y que ahora no servía más que para archivar sus documentos personales y tener una mesa donde refugiarse entre viaje y viaje. Esos días, concentrado en redefinir su trayectoria de ejecutivo liberal, sirvieron para dejar de lado, algo en lo que era experto, temas más delicados que tocaban su flanco más íntimo. Pero esa jugada de largo recorrido se sostenía en bases poco estables que se tambaleaban ante una llamada o mensaje de su tío, su madre o Fidel. Tenía tan claro que no pasarían cuatro años antes de saber de Miriam como que pasaría tiempo antes de volver a tener noticias suyas. La iniciativa, en ese campo, le correspondía a ella.

La llamada llegó, de Fidel, y no tuvo más remedio que afrontar el ambiguo placer que suponía quedar con él cuando no tenía ganas de afrontar retos

personales. Lo invitaba a unas cervezas en su nueva casa. Una compra de quesos, un paseo para desconectar desde Nervión a la Alameda y una llamada a su madre, por si hubiera temas que se le hubiesen escapado en los últimos días, precedieron su llegada a la casa de Hombre de Piedra.

—¿Cómo está el amo de casa? —preguntó desde la calle, al verlo organizar el salón desde la ventana.

Con su sonrisa de hoyuelos infantiles, Fidel se acercó a las rejas y le entregó la mano a su querido Roberto.

Pasadas las calenturas mentales de sus primeras noches a solas, Fidel le confesó a su amigo que no entendía cómo había podido aguantar tanto tiempo en su casa paterna.

—He tomado la decisión de no contárselo a nadie más, porque parece que estuviese hablando de haber sido virgen hasta los treinta y dos.

—¿Treinta y dos tienes ya? —preguntó Roberto, especializado en dar giros a cuestiones sobre las que no quería ahondar.

—¡Y tanto!

—¿Y qué? ¿Qué me dices de la libertad de traerte aquí a cada chavala que te ligan sin necesidad de enamorarte de ella?

—Joder, para eso tampoco hace falta tener un apartamento.

—Basta con que lo tenga ella, ¿no?

Fidel se rio; sabía por dónde iban los tiros de Roberto.

—Ahora el juego del sexo es más fácil, Fidelito, quieras reconocerlo o no.

—Si tengo que medirlo en polvos por semana, debo darte la razón. Estoy que no paro. La única pereza es que se me queden en casa a dormir.

—¿Se te quedan?

No le quiso decir que Elisa sí se había quedado, justo la noche anterior.

—Hubo alguna que se hizo la remolona hasta el amanecer.

Miriam salió a relucir a la segunda cerveza, algo que tranquilizó a Fidel en tanto que implicaba dejar a un lado las miserias de Tolo. Tal vez la clave para que Fidel fuese un elemento imprescindible lo daba el que todo el mundo adoptaba a su amigo como un peluche con quien se sentían casi más cómodos

que con él. Los viernes, tras semanas agotadoras, no tenían sentido para Miriam si no quedaba para cenar con Fidel. Su toque adolescente al contar sus aventuras, su pasión con cada nuevo curro, siempre precario, hacían de salsa que permitía engrasar los mecanismos que nunca funcionaron del todo sincronizados entre Miriam y él, siempre obsesionado por encontrar juegos que hiciesen de esa relación un modelo de historia pasional.

—La he dejado marchar y le he pedido que no nos veamos hasta dentro de cuatro años.

—Qué novelero eres, Róber. ¡Qué ganas de complicarte la vida!

—No puedo soportar que esté ahí preguntándome cómo me van las cosas, que me cuente lo pluscuamperfecto que es su novio... Dentro de poco me invitaría a su boda y querría que yo fuese con ella al parque a pasear a sus hijos.

—¿Y por qué no?

—¡Porque me vuelve loco!

—A ti no te vuelve loco nada ni nadie, Róber.

Dolido, bloqueado, dejó la cerveza sobre una de las cajas sin abrir de Ikea.

—Tuviste mil oportunidades de decirle que morías por ella y nunca lo hiciste.

—Ya vale...

—Cuéntale esas tragedias a otros que no te conozcan, tío, pero no a mí.

—Nadie ha hablado de tragedias.

—Pues lo disimulas bien, colega. A tu alrededor, desde hace años, todo tiene un tono dramático, cuesta horrores sacarte una sonrisa... Y eso cansa.

—¿Así me ves?

—Así te ve todo el mundo, Róber. Quizá en el trabajo no, quizá dejas toda tu energía para esos cursos de saber dirigir al personal.

—No tienes por qué aguantar mis tragedias entonces, nadie te obliga...

—¿Ya empiezas de nuevo?

—No entiendo a cuento de qué vienen estos sermones en estos momentos; acabaré por no contarte nada.

—¿Qué momentos, Róber? Siempre tienes momentos para evitar hablar de ti, plantearte una juerga, contar un chiste. ¡Un chiste, joder, un chiste!

—¿Qué cojones de chiste quieres que te cuente?

—El que sea, Róber. ¡El que sea! No te tomes tan en serio.

Sentía la misma falta de aire que en los tiempos en que tuvo que medicarse y no quería volver a pasar por ahí.

—Tendría que irme de Sevilla y empezar de cero.

—Quizá.

—Dejar este trabajo de mierda que me hace reír las gracias de mis jefes, volver a tener iniciativa. Abandonar la puta hipoteca, vender el piso, vivir con la mitad...

—¿Por qué no, Róber?

—Son calentones de cuatro cervezas, mañana volveré a ser el cobarde de siempre.

Fidel, mientras daba un sorbo largo hasta terminar su botellín, pensó si era bueno cerrar los ojos y decirle lo que llevaba tiempo guardado.

—Hace tiempo que quiero decirte algo, Róber.

—No me asustes...

—Asústate, cabrón, asústate porque es algo que me propuse no hacer en mi puta vida.

Roberto se pasó la mano por el pelo, angustiado. Fidel, arrepentido, sabía que ya había saltado del trampolín.

—Mi vida no tendría sentido sin ti. —Quiso adoptar un tono neutro, pero no supo—. Sí. Eso es lo único que quiero decirte.

—¿Es una declaración de amor?

Apesadumbrado por su falta de ternura, Fidel bajó la cabeza y protestó.

—Ahora no es tiempo de chistes, capullo.

—Es precioso lo que me dices, Fidel.

—Pues dicho está. —Y levantó la mirada hacia él.

Roberto no supo, bloqueado, darle un abrazo.

—Menos mal —murmuró Fidel, nervioso y excitado—, menos mal que no me gustan los tíos.

43. ALCAUCILES

Con la sensación equivocada de haber estropeado un relato acerca del reencuentro con Miriam, Fidel se tomó un par de yogures para bajar la cerveza. Con tantas ganas como dudas por apostar acerca del futuro de Roberto, se planteó por qué había sucumbido a su propia debilidad para lanzar una frase de amor que seguramente no debía salir para no perder, al hacerlo, su verdadero significado. Sabía, por el contrario, que no podía haber malinterpretaciones por parte de Roberto.

Que estuviesen tan unidos por su hermana, desaparecida hacía tanto que ya costaba recordar su voz, sus risas, su olor, no era algo de lo que arrepentirse. En cambio, la historia se repetía y esa necesidad insana de estar a su lado, de compartirlo todo desde la distancia de dos mundos inconexos, le hacía sentir a esas horas de la noche, comiendo yogures a oscuras, que había resbalado, había mostrado una fragilidad impropia en él y había destapado secretos bien conocidos por un Roberto incapaz de abrazarlo, de agradecerle, de tocarle la mejilla, de decirle que se sentía orgulloso de su amistad, de sus ganas contagiosas de vivir, de haberse decidido por fin a independizarse.

Pero no le dijo nada y él tiró los yogures a la basura mientras pensaba si no había dado demasiados pasos equivocados en su vida.

La mañana, lluviosa, se le pasó lenta en el Cumbres. Menos desayunos, más rápidos, peor humor en la clientela.

Buscaba romper el tremendismo con Roberto a partir de propuestas inocuas de fines de semana en la costa de Cádiz, tanteaba a sus padres con llamadas camufladas de un interés inexistente, tiraba de agenda para quedar con colegas

del barrio a quienes contar su nueva vida, pero evitaba a toda costa dar el salto al móvil de Elisa. Quería y no quería verla, porque su obcecación sexual por ella tenía mucho de lucha larvada contra él mismo, una batalla imposible de ganar porque la medalla que buscaba no era sino su capacidad para vencer en algún terreno a Roberto, saciar su hambre nunca reconocida de ser una persona de éxito, centro de alguna historia especial, narrable, perversa. Estar con ella significaba, por otro lado, tensión, ya que mientras no se produjera un chasquido que aún no había sentido, Elisa no estaba ahí por él, no follaba mirándolo de lleno a los ojos ni tenía proyecto ninguno en el que integrarlo.

Su madre se asomó al bar a media mañana, con el carro de la compra, para mostrarle los alcauciles y la carne picada con los que iba a preparar el almuerzo. Sentada en la barra, con los pies colgándole lejos del suelo, la sonrisa melodramática algo forzada y la mirada atenta, le comentó algo esperado desde tiempo atrás.

—Tu padre está pensando en traspasarte el negocio.

Fidel, riéndose sin maldad, no quiso entrar al trapo. Le rellenó el catavino de manzanilla.

—Está cansado de pasar tantas horas de pie, de madrugar por las mañanas. A ver quién lo aguanta ahora en casa.

—Mamá, no me montéis el numerito... Sabéis bien los dos que yo no voy a heredar ningún negocio. Que papá lo ponga en traspaso o negocie con alguien del gremio, se saque sus euros y los disfrutéis.

—La ilusión de su vida es que la empresa se mantenga.

—Con todos los respetos, mamá, yo no voy a pasarme el resto de mi vida bobinando motores por cuatro perras.

La señora, con la mirada esquiva, dio un sorbo a la copa fría.

—Ser camarero es un trabajo tan digno como otro cualquiera. Aquí soy feliz, tengo mi sueldo a final de mes y me siento una persona valorada.

—Tu padre se ha pasado toda la vida levantándose a las seis de la mañana para mantener en pie el taller.

—¿Crees que no lo sé?

—Parece que no lo valoras.

—¡Es su vida, mamá! Yo le tengo repeluco a ese agujero en el que me metisteis con quince años.

—Nadie te metió en ningún sitio.

—No me tires de la lengua, madre...

—Somos una familia humilde, Fidel.

—¡Y tanto! No habéis querido ser otra cosa toda vuestra puñetera vida. A mí me habría bastado un empujoncillo para estudiar lo mínimo, para saber ahora algo más que poner cafés y barnizar rotores de cobre.

—Hay que ser consecuente con lo que uno ha ido decidiendo en la vida, hijo.

—Sí. Lo soy. Y como lo soy no quiero el taller de mi padre. Punto.

Josema, su encargado, intentando mostrarse ausente de la discusión familiar, se le acercó por detrás para indicarle que había una chica que lo buscaba. Fidel, incómodo, miró al fondo del local. Una niña de unos quince años, con un pequeño bolso rosa fucsia entre las manos, apoyada en la barra, lo miraba.

—¿Sí?

—Soy Marina, la novia del Tolo.

Un golpetazo de ternura lo removió por dentro y lo desconectó de cualquier argumento adecuado con el que enlazar con ella.

—Hola, Marina. Yo soy Fidel.

—¿Qué querías?

—Hablar contigo. ¿Cuándo podemos vernos?

—Ya estamos viéndonos, ¿no?

—Ahora estoy currando, de aquí a un rato esto estará hasta arriba de peña. Podemos tomarnos luego un café, si quieres.

—Vale.

—¿Tienes móvil?

La niña, con los labios pintados y una pequeña bizquera, removió entre las cosas de su bolso para dar con un Nokia medio reventado.

—Dime tu teléfono y te doy una perdida.

Fidel fue recitándole su número mientras la observaba componer con torpeza su nombre en el móvil.

—Esa de allí es mi madre, que ha venido a visitarme para decirme lo que va a hacerme de comer. —En ese momento, Fidel quería aparentar otra imagen distinta de la suya, sin saber cómo respiraba esa cría.

—¿Vives con tus padres?

—¡No, hombre, no! Simplemente hay días que se pasa por aquí para camelarme...

44. CAFETERA

Durmió la siesta en el sofá, con el móvil apoyado en el regazo en espera de la llamada de Marina.

Se encontraron en el quiosco, frente al parque de Miraflores. Él la invitó a entrar, pero ella, esquivando, le preguntó qué quería.

—Venga, chiquilla. Nos sentamos aquí fuera al sol y te cuento.

Le confirmó que tenía quince años, que llevaba desde los trece teniendo relaciones sexuales con el hermano de Roberto y que contaba los días para dejar el instituto. Y todo lo soltaba de carrerilla, con la espalda rígida, imperturbable ante los gestos forzosamente relajados de Fidel, en una pose retadora de no solo no avergonzarse de nada sino de justo lo contrario, aparecer como una Juana de Arco defensora de las causas de Tolo.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó él, por calmar el juego.

—¿Y tú quién eres? A mí nunca me habló de ningún Fidel.

—Soy amigo de su hermano.

—¿Del pijo riquísimo que se cree el centro del mundo? ¿De ese? ¿Y te manda a ti para qué? ¿No tiene él los huevos de venir a preguntarme qué pasó?

—Veo que Tolo no te contó nada bueno de su hermano.

Marina, con la mano derecha en la barbilla, giró la cabeza hacia el parque.

—¿No te contó las veces que intentó ofrecerle un trabajo?

El silencio de ella era agresivo.

—¿Ni las veces que fue a rescatarlo a comisaría?

—¿Ni a ti te contó que le mandaba al carajo cuando le pedía ayuda?

—¿Qué ayuda? ¿Cincuenta euros para cocaína?

—¿Qué sabrás tú de droga!

—¿Qué tengo que saber? ¿Qué sabes tú con quince años de droga? ¿Hay

que hacer una tesis?

—¿Qué coño quieres, hijo de puta?

—No te he hablado mal, Marina.

—Vete a chuparla.

Alejada, manteniendo la pata de la mesa con la pierna izquierda estirada, Marina no podía disimular su barriga acelerada que la respiración hacía subir y bajar a trompicones.

—Su hermano y yo queremos demostrarle a la policía que hubo alguien que asesinó a Tolo. Y que se haga justicia.

—Pues la lleváis clara.

—¿Por qué?

—Os estáis metiendo en un agujero.

—¿Tienes miedo?

—No me comas la cabeza, tío. Para trabajar en un bar parece que tienes poco mundo. ¿O es que te crees que yo te voy a dar un nombre y apellido para que vayas a la policía? ¡Eso quisiera yo! Que le reventaran la cabeza, igual que a mi Tolo, al Cafetera y compañía.

—¿El Cafetera?

—Déjame en paz.

La respiración acelerada parecía bascular de la niña a Fidel, excitado por haber encontrado un hilo del que tirar y asustado como el que más. Trataba de concentrarse en una cría de mallas rosas, que lo trataba como enemigo y lo bordeaba con su cuerpo exultante de hormonas, para idear si sería oportuno compartir toda esa información con Roberto o seguir, durante algún tiempo, buscando pistas que lo llevaran, más que al asesino de Tolo, a entender si había alguna luz en la vida de ese bala perdida que permitiese tranquilizar de alguna manera la desazón en la familia.

—¿Te has quedado pillado? —preguntó ella, queriendo forzar más desprecio del que era capaz.

—¿Qué es lo que más te gustaba del Tolo?

—Tú eres maricón, ¿no?

—Un tío que se preocupa por un amigo ¿tiene que ser maricón?

—Tú no eras su amigo —insistió ella.

—Me gustaría saber qué es lo que veías en él que te llevaba a quererlo

tanto.

Marina, inquieta cuanto más profundizaba en esa vía Fidel, movía la cabeza hacia todos lados en busca de algún argumento que la sacase de esa red circular con la que iba rodeándola con eficacia ese hombre que apareció por su casa unos días antes.

—¿A quién le importa ya por qué yo lo quería?

—A mí.

—¿Tienes mujer?

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—¿Y nunca has tenido novia?

—Claro que sí. Novias a las que he querido muchísimo.

—¿Y qué pasó?

—Algunas me dejaron, a otras las dejé yo.

—¿Por qué?

—Las cosas se estropean.

—Eres tela de raro.

—Yo no me veo raro, Marina.

—No me llames Marina...

—¿Por qué?

—Me hablas como si me conocieras de toda la vida y no sabes nada.

—Has venido voluntariamente aquí. Fuiste tú la que apareció en el bar. No te he forzado a nada.

—Quien apareció en mi casa fuiste tú.

—Intenté hablar contigo. Eso es todo.

—Ya estás hablando.

—Verás... —Evitó llamarla por su nombre y se acercó a ella; apoyó los codos sobre los muslos—. Si sigues a la defensiva, creo que no tiene sentido que sigamos hablando.

—¿Qué buscas?

—Demostrarle a la familia que Tolo era un buen tío.

—¿Para qué?

—Para que no se pasen toda la vida pensando que era un criminal.

—Él no mató a nadie. Dile al pijo de su hermano que si tiene huevos que sea él el que venga a preguntarme cómo era el Tolo. Y que no mande más a un recadero para sacarme cosas. ¿Cuánto te paga por esto?

Fidel, agotado, se recostó en la silla del bar.

—Yo prefiero a la gente fuerte como el Tolo, aunque no tenga donde caerse muerto. Un tío de verdad que sabe cuidar de una mujer.

—Una mujer de quince años.

—Una mujer con todas las letras. —Gesticuló ella con fuerza, echando sus pequeñas tetas hacia delante.

—¿Quién es el Cafetera?

Marina le contó, entre ataques y mosqueos, que el Cafetera era un amigo de Tolo, a pesar de que no se conocían de mucho tiempo atrás.

—Un desgraciado que no sabía que el Tolo nunca le habría fallado. Pero a ese tío se le fue la pinza con la merca.

—¿También vendía? —preguntó Fidel dando por supuestas informaciones que ella no le había pasado.

—Vendían los dos, sí. Pero el Tolo siempre se lo ganaba mejor porque tenía buen cartel. No dejaba nunca a nadie tirado y su gente lo quería mucho. Era el preferido de la jefa, a pesar de todo...

—¿A pesar de todo?

—Todo el mundo sabía que el padre del Cafetera era el mismo que el de la jefa.

A Fidel se le acumulaban las preguntas mientras sentía que en cualquier momento la niñata dejaría de responder y desaparecería para siempre.

—¿El mismo padre?

—Al desgraciado del Cafetera lo encontraron en medio del campo cuando no levantaba un palmo del suelo.

—¿Y cómo se sabe entonces quién es su padre? ¿Cómo se llamaba la jefa?

La niña lo miró, arrepentida de ir tan rápido, tratando de ajustar hasta dónde podía llegar. Él solo quería oír el nombre de la Rota.

—Estábamos hablando del Tolo.

Fidel se frenó y lanzó un largo suspiro, tratando de no bloquearla. Volvió a

Tolo.

—¿Tenía buenos amigos?

—En este mundo no existe la gente buena, no sé si merece la pena que te lo explique. Cuando se mete el dinero por medio no te puedes fiar de nadie.

—¿Intentaste sacarlo de toda esa movida?

Marina se revolvió, se levantó, incómoda, y colocó los brazos en jarra.

—Yo no tenía que intentar nada. Yo lo quería y punto. Él me tenía para lo que quisiera.

Fidel miró el reloj sabiendo que esa chica iba a largarse, tal vez para siempre.

45. FARLOPA

Con Marina ya alejándose entre los árboles del parque de Miraflores, Fidel decidió olvidar. Se acercó en moto al local para echar el rato punteando el bajo. Encontró un ambiente caldeado de humo, pasteles para celebrar el cumpleaños de Fernando y pocas ganas de tocar por parte de la peña.

—¡Anda, el Fidelito!

Como en tantas ocasiones, dedicaron más tiempo a proyectar giras imposibles que a afinar los últimos temas compuestos. Por cómo entró Marcelo en el baño supo que iba a meterse farlopa. Sin forzar la situación, fue a su encuentro. Allí estaba Marcelo, apoyado en el lavabo.

—¿Cómo van las cosas, Fidel? ¿Cuándo vas a componernos un tema surrealista de esos tuyos?

—Tengo varias cosas grabadas, Marcelo.

—¿Y por qué no te las traes, cojones?

Vio cómo se preparaba una rayita en el tope de aluminio del soporte del papel higiénico.

—¿Quieres?

Fidel le indicó que no con una sonrisa.

—¿Cuánto te cuesta esa raya?

—Esto viene a salir por unos diez pavos. Me las preparo delgadillas y así tengo para dos o tres días.

—Se te va medio sueldo ahí, Marcelo.

Este sabía que no había señal de reproche en Fidel.

—Sí. Medio sueldo de cajero de Cajasol echado a perder por esta puta mierda. ¡Menudo capullo! ¿verdad? —Y tras decirlo esnifó en dos tiradas la pequeña línea de cocaína, y se chupó la punta del índice tras pasarlo por los

restos del polvo blanco—. Tengo rachas, no te creas, en que no consumo nada.

—¿A quién le compras el material?

—A un colega.

—¿Nunca te han dado un susto?

Marcelo se rio a carcajada limpia, sin intención de salir de los servicios de ese local, alquilado por una cantidad ínfima al padre de Fernando.

—No, Fidel. Eso pasa en las películas. Yo llamo a mi coleguita y él se acerca a donde yo esté. Siempre le pago en mano. Nunca tengo problemas.

—El Tolo se dedicaba a eso.

—Lo sé. Aunque según tengo entendido él estaba incluso un poquillo más arriba. Vaya, que no se cruzaba con tipos como yo, tristes currantes que se ponen hasta arriba de coca entre semana. Él distribuía a los pequeños camellos.

—Al tuyo, quizá.

—Pues no lo sé.

Se hizo un silencio y Fidel, conocedor de los efectos de la cocaína, quiso retenerlo allí para hacerlo hablar, algo sencillo cuando esta atravesaba la garganta.

—¿Mucha presión en el banco?

—Sí, Fidel. Ni imaginas. Ahora que nos ha cogido la Caixa parece que se prepara un plan fuerte de despidos.

—¿A ti te tocará?

—No creo. Les saldría caro. Además, soy aún joven y muy efectivo.

—¿Te metes coca en el curro?

—A veces...

—Me resulta duro.

—Tal vez lo sea. Sí... —Marcelo, incómodo con la charla, quería cambiar de derroteros—. ¿De qué van esos temas que tienes grabados?

—Son idas de pelota de las mías, como bien puedes imaginar.

—Me gusta cómo te comes la cabeza. Eres un tío peculiar.

—¿Eso me lo tomo a bien?

—Seguro.

Marcelo le dio un achuchón, sin permitirle retenerlo en ese lavabo para tratar de llegar al Cafetera.

46. MÉXICO

Llegó a casa agotado. Ya en la cama, mientras programaba la alarma en el móvil, comprobó que tenía varios mensajes de Marcelo.

Está aquí tu chica
Acaba de aterrizar desde México

Con el teléfono sobre el pecho, Fidel no quiso pensar, sino sentir, evitar el razonamiento infantil de que había venido a salvarlo. ¿Por qué no lo había avisado? Quizá, pensó, ya no tenía el móvil; tal vez había aparecido por casa de sus padres.

Había estado en el local de ensayo, en su búsqueda, y él temblaba de pensar que Mariola estuviese cerca, temeroso ya de imaginar que de nuevo se iría otra burrada de años a cualquier lugar del mundo.

Pídele su móvil

Le escribió a Marcelo el mensaje más contenido que supo redactar, pensando en el sol de los ojos de Mariola, sus dientes blancos, el huequillo asimétrico de su mejilla y su piel pecosa. Su olor. Era capaz de reconocer su olor en una experiencia mágica que provocaba que su nariz recuperase la proporción exacta de cada aroma imperceptible de su casa para elaborar como un alquimista la pócima perfecta.

Con el teléfono aún apoyado sobre el pecho y la cabeza erguida sobre una almohada doblada tres veces, miraba sin cesar la pantalla esperando el mensaje de Marcelo con el teléfono de Mariola. Podría vestirse y correr hacia allá; debería hacerlo, aunque no encontrase más que el relato de su ausencia y

tuviese que esperar días, horas interminables hasta volver a verla. Comenzó a escribir a Roberto para contarle, buscó en la agenda nombres a los que llamar para evitar la tentación de telefonar a Marcelo y pedirle una información que no sabía si le haría bien; imaginaba que habría venido para volver en apenas unos días a alguna de sus cooperativas agrícolas del sur de México. Saltó de la cama y se vistió. Se miró largo rato en el espejo y dedujo cómo de diferente estaba su cara, cuánto pelo habría perdido en sus entradas, cómo de cambiada estaría su risa, cómo de doblada su nariz.

El móvil no emitía respuesta, pero él insistió:

Voy para el local

En moto no había más que cinco minutos desde la Alameda. Encontró la puerta chapada y ninguna luz atravesaba el ventanuco del baño. Llamó a Marcelo, que le dijo estar en el Central. No preguntó con quién. Tomó la moto y se plantó allí como si la vida le fuese en ello.

Desde la calle pudo divisarla en el interior.

Agazapado durante un rato tras un naranjo, tomó el tiempo para respirar tranquilo, se separó la camiseta de las axilas para evitar mancharla de sudor y trató de recordar el último día, en Tarifa, tumbados en el *camping* de Valdevaqueros, contando estrellas. Entró y comprobó que el milagro era real: Mariola olía así.

No supieron hablar delante de nadie y cuando estuvieron a solas, corriendo por las calles de la Alameda, no sabían hacer otra cosa que reír. Sin poder contener su excitación sexual, Fidel trató de no tocarla como si de una figura de porcelana se tratase.

—Dime que no te irás más.

Mariola se reía sin decir nada, le tapaba los labios con su dedo lleno de anillos de metal y cuero.

—Hoy no es día de preguntas, petardo.

Petardo; ese apelativo robado que le retorció el estómago de emoción. No quiso contarle que venía a Sevilla al entierro de su querida abuela, que no sabía lo que quería hacer, que deseaba volver a tenerlo en su cuerpo, reír su

risa, tocarlo hasta la extenuación y oírlo hablar.

—Me pasé por casa de tus padres...

—Llevo poco tiempo fuera.

—Eso me contaron.

—Solo.

—También me lo dijeron.

—¿Qué más te dijeron?

—Que estás trabajando en un bar por el barrio, que sigues con tu banda de música, que te echan en falta.

—¿Mis padres dicen que me echan en falta?

—Lo dicen.

Fidel se lanzó en los brazos de Mariola, que le acarició el pelo durante un tiempo eterno, irreplicable.

Hicieron el amor con torpeza.

En varios momentos infinitesimales, no coincidentes, ambos se arrepintieron de estar comiéndose de forma tan salvaje, sin sanar heridas ni haberse mirado a los ojos lo suficiente. Las únicas luces eran las que se colaban en diagonal desde Hombre de Piedra; el silencio no era perfecto. Las paredes, desnudas, daban un aspecto irreal al encuentro y Fidel lo comprobaba con pausas de respiración acelerada en que arremetía con su mirada hacia ella para confirmar que todo era como parecía.

—No se te ocurra decirme cosas cariñosas —le suplicó, por fin, cuando sentía que iba a correrse y temía no poder alargar más el momento.

—No pensaba hacerlo.

Mariola sabía dónde tocarlo, cómo acelerarlo, contenerlo, frenarlo, llevarlo al cielo, mecanismos que en esos instantes funcionaban y la ponían a cien al darle a entender con sutileza que no había habido mujeres potentes como para poder haber cambiado su enorme capacidad para convertirlo en un juguete feliz puramente sexual, carne viva, todo suyo.

—Me perviertes.

—Lo sé.

—Me vuelves loco.

—Y tú a mí.

—No me digas cosas cariñosas —insistió, con gestos de ruego invisibles para ella.

—Hablo de sexo.

—Eres mala.

—Lo sé.

Como entonces, ella se tumbó bajo Fidel mientras este se iba, con el culo apoyado en su ombligo y se sostenía en los brazos, que temblaban locos; acompañaba sus aullidos escandalosos que tanto había echado en falta desde el otro lado del charco.

—¿Te lo has pasado bien?

—¡En grande!

Hicieron el amor tres veces antes de que la alarma de Fidel sonara, con Mariola despierta por el cambio horario y él reventado de tanto esfuerzo físico y emocional.

—Me espera una buena.

Se ducharon juntos sin atreverse a explicarse nada. Fidel vio que ella se vestía. No supo si proponerle que se quedase a dormir o llevarla a su casa, o si era mejor darle un beso de despedida sin preguntar. Mientras se afeitaba, razonaba que la tercera opción era la menos inteligente, pero tal vez prefería protegerse con esa pose de ingenuidad. A la luz traicionera del baño le vio la edad, con el pico de agitación que suponía haber perdido ese viaje implacable del tiempo en su rostro, en cada día de los últimos años. Se limpió agresivamente con una toalla tratando de imaginar cómo vería ella en él el paso del tiempo, si con la misma turbación con que él lo hacía.

—¿Te acerco a algún lado?

—No, Fidel. —Le dio un beso dulce en la mejilla mientras se ponía su apretada chaqueta negra de cuero—. Me voy a dar un paseo por el centro.

—A estas horas no hay nada abierto.

—¿No voy a encontrar un quiosco para comprar el periódico y un bar para desayunar?

—Eso sí.

—Pues eso. —Se acercó a la puerta, la entreabrió—. Luego nos vemos.

—Ajá.

Luego, ¿cuándo? Jugaban al papel del más fuerte, sin querer utilizar todas las armas al no saber en qué campo se movía el otro.

47. VAQUEROS

Mariola encontró *El País* en la plaza de San Lorenzo y se acercó a la del Duque a tomar un café. Quería hacer tiempo hasta que abriese El Corte Inglés. Respondió al mensaje de buenos días de su madre con un beso, se colocó frente a un ventanal y se reconoció tremendamente feliz. La única misión que se había propuesto en ese día era no dañar a Fidel y tenía por seguro que iba a cumplirla.

A través de la lectura de la prensa comprobaba lo diferentes que eran las preocupaciones cotidianas a este lado de la frontera entre el desarrollo y la miseria, pero le agradaba reconocer lo fácil que era reinstalarse en la realidad de su país sin tener que hacer demasiadas conjeturas. El tiempo que empleó, tras el desayuno en probar y oler cremas en la planta baja de los grandes almacenes no era sino una excusa incontrolable por no subir los cuatro pisos hasta el *Territorio Vaquero*, donde pasó más de cinco años reorganizando pantalones, atendiendo a clientes a la salida del probador y apuntándose comisiones para cuadrar las cuentas a fin de mes. Sería una sorpresa encontrar a quienquiera que fuese en esos metros cuadrados que un día fueron suyos. Tomó la escalera mecánica más alejada para otear, desde los pasillos de los trajes de chaqueta, el panorama. Allí estaba Concha. A pesar del sigilo, esta la vio con el tiempo suficiente para mojarle la mejilla de lágrimas al besarla.

—Mariola... —gemía.

Emocionada y torpe, la abrazó como no se suele hacer.

—¡Qué mala suerte! Mira que venir a comprarme unos vaqueros y coincidir contigo... —bromeó.

—Qué tonta eres. —No la soltaba, con los brazos estirados y los puños apretados en los antebrazos de Mariola—. ¿Te parece bonito aparecer por

aquí sin avisar?

—Pues me ha resultado muy bonito, sí, Conchita. Y porque no te ves la cara de cromo que tienes con toda la pintura corrida.

Concha hizo el gesto de pasar de todo en esos momentos.

—¿Cómo va tu vida?

—Todo bien, ¡qué puedo decirte! Mi Raúl ya está en la universidad, la niña dejó de estudiar. Y mi marido, en paro, como media España.

—¿Las cosas van bien entre vosotros? —le preguntó, a sabiendas de que no siempre fue así.

—Las cosas van como van. Unos días mejor y otros peor, pero ya quedaron atrás los gritos y el chuleo de aquella época, Mariola. —Quiso limpiarse la cara—. ¿Me ves muy mayor?

—Te veo lindísima, como siempre. Te sienta muy bien el pelo corto.

—Estaba cansada de andar con esa esfera de laca y pelo de peluquería. El ambiente aquí es cada vez más retrógrado.

Paralizada, por momentos Mariola veía cuál habría sido su presente.

—Te has traído el acento de México, por lo que veo.

—Todo lo bueno se pega, Concha. He sido muy feliz allí.

—Eso suena a que has vuelto para siempre, ¿no?

—Suena a que no he comprado billete de vuelta.

—¡Ah! —Concha saltó, literalmente, de alegría—. No imaginas lo feliz que me haces.

—No sé qué voy a hacer con mi vida, pero me da un poco igual ahora mismo. Tengo dinero para vivir unos meses sin problemas, y lo que más me unía allí ya desapareció.

—¿Un novio?

—No, Concha. —Se rio, azorada—. Algo más complicado que todo eso. Ya te contaré.

—Estás guapísima.

—Los años pasan para todos, Concha.

—¿Sabe Fidel que estás aquí?

—Sí. Ayer lo vi.

—¿Y qué?

—Dormí con él.

Concha, mirándola a los ojos, quedó pensativa.

—Tenía unas ganas locas de verlo.

—Ten cuidado con él, Mariola. Ese hombre es una joya y te lo puedes cargar.

Quedaron en verse esa noche, a la salida de Concha, que ese día hacía turno doble.

Impresionada por la actitud de ella cuando apareció el nombre de Fidel, tuvo la tentación de desaparecer en huida hacia algún lugar del mundo antes de instalarse definitivamente en Sevilla, tal como había ideado en esas últimas noches húmedas, calurosas, plenas de desasosiego en que se habían convertido desde que tomó la decisión irrevocable de volver a cambiar de vida. A pesar de que los años debían marcarle una sensibilidad especial para no hacerla caer en posturas extremas, Mariola se conocía y asumía que su forma de entender las relaciones causaba estropicios por no ser comúnmente admitido que es posible, y deseable en su caso, romper cada cierto tiempo con los futuros presentidos.

La comida preparada, un puchero a petición suya; la tele a todo volumen; el sol radiante rebotando en los azulejos de la cocina; un olor terrible a infancia y silencios. La casa de sus padres era lo de siempre.

—Tu hermano dice que no se te ocurra hacer planes para el fin de semana —le gritó su madre desde el baño.

—¿Le has comentado que puedo acercarme yo a Madrid?

—Él quiere bajar.

Mariola, en ese juego suyo de desbordar las emociones, no había querido ponerse al teléfono cuando su hermano la llamó tras enterarse de su aparición en Sevilla. Quería verlo de lleno, sin preámbulos que rompieran sortilegios.

—Me he pasado esta mañana por El Corte Inglés.

—¿Y?

—Estaba allí Concha. Se ha emocionado mucho.

—Tanto como tú, supongo.

—Quizá no tanto como yo, mamá. Haber vivido tanto tiempo fuera me hace tener una capacidad gigante —abrió los brazos frente a la mesa de cocina,

donde su madre le partía queso— para distinguir cada detalle de los que he añorado estando tan lejos.

—Tensas demasiado la cuerda —susurró su madre.

—¿Qué? —preguntó Mariola.

—Que no todo el mundo es tan fuerte como tú, hija. No todos estamos preparados para romper así con todo, para ponernos a prueba porque sí, sin contar con los demás.

—Hemos hablado mil veces de eso.

—Y mil veces que hablemos no nos pondremos de acuerdo, hija.

Le colocó una loncha de queso en la boca.

—Coge el tarro de picos de la despensa.

—Yo os adoro, mamá. Siempre habéis sabido dónde encontrarme... Pero hoy, por ejemplo, mientras subía las escaleras de El Corte Inglés, me he dado cuenta de lo bien que hice al dejarlo todo para buscarme la vida.

La madre la miraba sin opinar, picoteando de la *pringá* que terminaba de mezclar en una pequeña fuente.

—Nosotros también te adoramos, Mariola. Lo sabes. No es ningún reproche todo lo que te digo. Simplemente no somos tan fuertes para seguir tus decisiones de mujer independiente.

—¿Sabes cuánto he aprendido dando clases a niños que no tienen qué comer a diario? —Se le venía a los ojos la primera mirada de Huguito, tras ser abandonado en la frontera de Guatemala.

—Aquí también hay niños que no tienen nada caliente que echarse a la barriga.

—Pero yo elegí cuidar a mis mexicanitos de aldeas perdidas y no me arrepiento.

—¿Tu ONG te pedirá que vuelvas?

—No van a presionarme, mamá. Ahora me toca a mí de nuevo decidir mi vida en plena libertad.

48. MÚSICO

Llamó a Concha para decirle que moría de ganas por volver a ver a Fidel.

—No dejo de pensar en él.

A pesar de las explicaciones de Marcelo, tuvo que buscar por Google para dar con la dirección exacta del bar. El azar quiso que lo viese salir, de lejos, tomar la moto, ponerse el casco y dirigirse justo hacia la dirección por la que ella llegaba. Con los brazos levantados lo paró.

—¿No tienes dos cascos?

Fidel, embelesado, le contestó que no y le ofreció el suyo.

—¿Adónde llevo a mi mexicana preferida?

—¿A cuántas conoces? —preguntó ella, sonriendo.

—Más de una y más de dos.

—¿Y eso?

—Ya ves. El mundo no se para porque el sol se vaya un rato.

—¡Claro que no!

Cuando Fidel enfiló por la avenida de Pinto Montano, ya supo Mariola hacia dónde la llevaba.

—¿Qué vas a preguntarme esta vez?

—Aún no lo sé. —Se rio fuerte, con el viento deformándole la boca al hacerlo—. Pero algo tendré que preguntarte allí, ¿no? Es la tradición.

El parque estaba tranquilo y la glorieta de Bécquer quedó vacía cuando un grupo de alemanes terminó de hacerse fotos. Agarrada a la cintura de Fidel, Mariola había asumido que debía llevar la iniciativa si no quería emborronar este nuevo comienzo con preguntas comprometidas que ella misma no sabría

responder. Con el casco ya fuera, le preguntó por la banda.

—Ya ves que se fue Chema, el ideólogo del grupo —comentó, con ironía y entre risas, Fidel.

—¿Llegasteis a editar algo?

—Sí. Un mini CD con cuatro temas. Pero nunca llegamos a distribuirlo. Están todos vendidos, eso sí. La familia, los amigos; tú sabes...

—¿No habrá ninguno para mí?

—¿Lo dudas?

—No.

Se sentaron frente a Bécquer, aún azorados, con rencores olvidados que se entremezclaban y una fuerte dosis de ternura infantil, tras una noche de sexo sin escrúpulos.

—Veo que sigues currando de camarero.

—Soy músico, Mariola —interrumpió, con decisión—. Solo que la música que hago es tan poco comercial que siempre seré músico y camarero.

Mariola sonrió con su razonamiento.

—O músico y otra cosa...

—O músico y otra cosa. Sí. Aunque me gusta el trabajo que hago. Me permite tener contacto con la gente, estoy activo y, al mismo tiempo, puedo pensar, idear, maquinar.

—¿Qué cosas maquinas?

—Proyectos, letras de canciones, analizo mis relaciones personales, pienso sobre las últimas novelas que he leído, reflexiono sobre la crisis que estamos pasando. Me siento libre detrás de esa barra y no tengo grandes aspiraciones materiales. Gano más de lo que necesito y no necesito aparentar nada.

—Me gusta oírte hablar.

—Sí. Eso me decías por entonces, y yo siempre supe que era verdad, que te gustaba cómo hablaba, cómo follaba y mi forma de reír.

Mariola reía y asentía, validando sus afirmaciones.

—Y tu forma sana de ver el mundo, Fidel.

—Cierto... —Él no tenía ninguna intención de hacerse víctima de nada y hablaba con el corazón.

—¿Qué te preocupa en esta época de tus relaciones personales?

—¿Antes de que llegaras tú?

—Sí.

—Estoy tratando de averiguar qué pasó con el hermano de Róber.

—¿Qué le pasó? ¿En qué sentido?

—Le reventaron la cabeza con un bate de béisbol.

—¿A Tolo? —Mariola se incorporó, impresionada.

—Sí. Ocurrió hace poco más de un mes. —A Fidel le reconfortó la reacción de Mariola—. Ya por tu época era un prenda, pero la cosa fue yendo a peor. Estaba metido en ambientes de trapicheo de droga. Algo debes de saber, lo digo por tu experiencia mexicana, de la mierda que se mueve por ese mundo.

Mariola sabía de muchas miserias, sí, pero no quería interrumpir.

—Todo se quedaría en nada si no fuese por lo afectado que veo a mi amigo.

Fidel le habló de la caja aparecida en casa de Paca, de las llamadas al móvil, de la existencia de una niñata que era su novia, con veinte años menos, de la pasividad de la policía...

—Incluso existen unas fotos muy comprometidas de él follando con una tía que luego ha aparecido en la vida de Róber. —Tal como lo relataba, acelerado por el encadenamiento de noticias, fue dándose cuenta de su equivocación—. Un personaje, el Tolo.

—Y esa mujer, ¿qué busca? Debe andarse con cuidado, Roberto.

—Nada que ver, Mariola. Son las cosas del azar de una ciudad pequeña; ahora es una mujer hecha y derecha, recuperada de esas historias... Coincidió con él en un viaje de negocios el día que Róber volvía para enterrar a su hermano. —La cara de Mariola era pura excitación, lo que provocaba aún más arrepentimiento en él—. Se quedó impactada por un abrazo con Paca, su madre, en la zona de llegadas. La chica se recorrió los tanatorios de Sevilla al día siguiente para dar con él.

—Una mujer necrófila...

—O hipersensible, vete tú a saber... En todo caso, la historia no ha ido a más entre ellos.

—¿Cómo tenéis la seguridad de que se trata de la misma mujer que la que aparece con Tolo?

—El cambio es brutal, hay como diez o quince kilos de diferencia. Pero su cara es inconfundible, como una actriz de Hollywood de blanco y negro, con

una mancha de nacimiento que la delata junto al ojo izquierdo.

—¿Le ha contado Róber a ella lo de las fotos con su hermano?

—No. Ni va a contárselo. Esta historia solo la conocemos él y yo, y su tío Alfredo, que es quien tiene la caja de zapatos con todo el material.

—Qué hombre más interesante —interrumpió Mariola, no solo por quitar hierro al relato—. ¿Sigue dando clases?

—Sí. Le quedan aún varios años para jubilarse.

—Me gustaría saludarlo, Fidel. Tomarme un café con él y contarle mi experiencia mexicana. ¿Podríamos sacarle una cita?

—¡Y tanto! Es un hombre muy accesible y más sabiendo que se lo pide una antigua alumna suya, y más aún si se lo pide su sobrino preferido.

—El único que le queda.

—Sí, desgraciadamente ya no tiene otro para elegir.

Mariola propuso un paseo hasta el centro, consciente de que se aproximaban curvas peligrosas, pues, por mucho que la corrección de Fidel evitase las preguntas, ella misma se enfrentaba a la necesidad de sincerarse para ser coherente con su compromiso de respeto hacia él. Tendría que empezar por manifestar, con la más absoluta sinceridad, que estaba perdida.

—Soy la mujer más feliz del mundo, Fidel. Pero no sé qué camino tomar de los muchos que se me presentan.

Caminaban por la Judería y Fidel observaba a los paseantes mientras se preguntaba por qué no practicaba más ese placer del perderse por las calles de Sevilla.

—¿No hay nada que te una ya a México? —El *nada* de Fidel lo tradujo Mariola por un *nadie*.

—Hay personas que me unirán de por vida a ese país, pero encontré el momento justo para poder salir sin provocar demasiadas heridas. —Sí, sabía que no podía decirse lo mismo del viaje de ida.

—Déjate guiar por tu instinto. Suele funcionar.

—¿Por qué dices eso?

—Eres feliz, ¿no? Eso quiere decir que tu aventura mexicana funcionó bien, que tomaste la buena decisión en ese momento.

—Podría ser igual de feliz si hubiera seguido en Sevilla. Tal vez no sea cuestión de qué es lo que hice o dejé de hacer, sino de cómo he crecido como persona.

—Disfruta de tu ciudad un tiempo, no te presiones...

—Es mi intención, Fidel. Quiero comprobar cómo me adapto de nuevo a esta ciudad en crisis.

—No me has hablado de México.

—Pensaba hacerlo más tarde, con calma. Un día que nos demos entero para poder compartir contigo todas las emociones que me supuso estar allí.

—¡Qué novelera eres!

—Lo soy. —Se reía con esas carcajadas sonoras de entonces—. Me gusta mucho adornar mis historias, ya lo sabes... Eres una de las personas en las que siempre pensé cuando vivía situaciones... —No sabía cómo adjetivarlas sin volver a parecer novelera—. Situaciones límite.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para que me cuentes. —Ella asintió, caminando a su lado, tentada de tomarle la mano—. ¿Sigues escribiendo tu diario?

—Sigo con mi diario. —Moría por hablarle de Huguito, pero sabía que las informaciones debía darlas en tiempos pausados—. Ya voy por el tercer tomo.

—Miedo me das.

Cuando Mariola se duchó, tras otra noche de sexo con Fidel, se planteó que todo estaba complicándose más aceleradamente de lo previsto. Recordaba su ducha de madera de Huixtla, los horarios tempranos para tomar el carro que la llevaba al poblado, las risas al preparar desayunos de tortillas en el campamento. Echaba en falta el calor pegajoso de la sierra de Chiapas en verano, los abrazos de Kevin en los baños del servicio médico, las hogueras de los viernes y los cantos mayas que celebraban la elaboración del pan.

Ahora dejaba por segundo día a Fidel, esta vez dormido, y se planteaba si su amor era tan fuerte como para volver a deshacer el paso que la llevó a rechazar su relación con él sin decirle nunca por qué. Tenía que encontrar una forma de comprender qué sentía por Fidel sin establecer compromisos, algo que parecía posible vista su actitud abierta a estar con ella sin más.

Fidel estaba ahí, era un hecho. Se querían, se morían por tocarse y tenían integrada cada uno la vida futura del otro. Al ser consciente de lo importante que era Roberto para él, se dio cuenta de que podría demostrarle su verdadero amor haciendo lo imposible por encontrar una explicación detallada de la muerte del hermano. Así, de paso, ganaría un cierto reconocimiento, hasta entonces nunca pleno, del Roberto intelectual, ídolo, hermano y amigo imperturbable de un Fidel que daría la vida por él, algo que no tenía tan claro que hiciese por ella de ser necesario.

49. MIL EUROS

Fidel oyó la puerta cerrarse y aprovechó para girarse en la cama, quitarse las sábanas de encima, montarse en la almohada de Mariola y olerla con fruición.

¿Por qué la vida no podía ser así de sencilla? Sin más.

Sabía, en cambio, que todo lo que estaba viviendo no era sino la cumbre de un espejismo real, que todo se complicaría de forma más o menos precipitada. Él, sentía, debía ser él mismo. Presionar a Mariola era provocar conflictos, y el conflicto en ella era la huida, más o menos elegante, de él; de sus propios sentimientos. Ya no podría dormir hasta que sonase la alarma del móvil, lo cual no le desagradaba del todo, ya que le permitía disfrutar en un silencio total de lo vivido y por vivir.

¡Cómo disfrutaba de su soledad!

Haber ganado ese espacio en que ahora se movía desnudo era motivo de enorme satisfacción. A su favor tenía todo el trabajo emocional enormemente currado durante esos últimos años para no caer en el autoconsuelo tras la pérdida, por dos veces, de la que parecía la vida marcada. A pesar del silencio, era difícil reflexionar con transparencia al cruzarse con la mirada clavada de Mariola mientras entraba en ella con toda la fuerza animal de la que era capaz.

Abrió la reja del bar; era el primero en llegar. Se propuso hacerlo más a menudo cuando comprobó el estado en que se encontraba la sala principal. Su primera reacción fue de mala conciencia al pensar en lo que se encontraba cada mañana su compañera, pero luego acertó a concluir que él nunca dejaba ese desorden cuando le tocaba cuadrar la caja y echar el cierre en el turno de

noche. Encendió la máquina de café y esperó a que tomara temperatura para servirse el primero. Tomó una torta de aceite del estante, se sentó a una mesa ya fregada con ginebra barata, disfrutó del café mientras pensaba en lo afortunado que era, sin querer malgastar el tiempo pensando en el porqué. La mañana de trabajo comenzó con un beso sentido de Carlota en las mejillas, prueba de que dos personas podían coincidir de lleno en un período de satisfacción personal descontrolada.

—¡Guapa!

—Guapo tú, mi niño. Que no sé lo que te pasa, pero me vuelven loca esos ojillos tuyos de felicidad.

Fidel la ayudó a sacar los botes de salsas de las neveras y distribuirlos por la enorme encimera que ella ordenaba con esmero antes de preparar los platos fríos con que rellenar los expositores durante la mañana. El primer cliente tardó en llegar, pero pronto el bar se colapsó de desayunos. En plena vorágine de tostadas, tarrinas de manteca y sobres de sacarina, se encontró de frente a Elisa, con sus gafas de sol puestas, el pelo desordenado y el intento de una sonrisa.

—Hola, Fidel.

—Hola, Elisa. —Se limpió las manos en el mandil—. Qué alegría verte por aquí.

—Necesito ayuda.

Fidel, incómodo, miró hacia los lados para confirmar que esa frase rotunda se había oído en dos metros a la redonda.

—En un rato se calma esto y me cuentas. ¿Qué te pongo mientras?

Ella asintió.

—Ponme un té verde.

Con el local bajo control, poco después de las once, Fidel le hizo un guiño a Elisa para darse un respiro fuera, en el único rincón donde la luz del sol calentaba.

—¿Qué le pasa a mi rubia?

—Necesito ayuda.

—Eso ya me lo has dicho, Elisa. Pero ¿qué te pasa? ¿Qué tipo de ayuda?

¿Qué puedo hacer?

—Necesito mil euros.

—¿Para pagar el apartamento?

—Para sobrevivir, Fidel —explicó ella, impaciente—. Me han dado ya un par de sustos y tengo que adelantar ese dinero para que me dejen tranquila.

El tono de Elisa lo inquietaba, pero sobre todo el origen de esos sustos, que no sabía si estaba interesado en conocer.

—¿Quién se atreve a asustarte?

—¿Tienes mil euros para dejarme?

—Veamos, Elisa. No gano ni mil euros al mes currando como un condenado en este bar, así que merezco al menos saber qué te está pasando.

—Estoy harta de que me perdonen la vida —dijo, más impaciente aún, haciendo el gesto de irse.

—Yo no te he perdonado la vida. Estoy aquí trabajando y tú has venido a pedirme ayuda. No descontroles.

—¡Estoy asustada, joder! —gritó con una fuerza imprevista—. ¡Estoy acojonada! Deja de mirarme con esa cara de pánfilo, Fidel. ¡Necesito ayuda! ¡Punto!

Al comprobar la agresividad en sus gestos, Fidel consideró oportuno calmar el juego. Tenía al menos una hora de pausa que podía gestionar con su jefe sin necesidad de complicarse en el trabajo.

—Dame un minuto.

Se acercó con Elisa a un gran descampado cercano.

—Tengo la tarde libre, así que podemos quedar con tranquilidad para tomar un café y así me cuentas, ¿ok?

—Estoy harta de contar mi vida —respondió ella sin mirarlo.

—Tú decides, Elisa. Si quieres que te ayude, necesito saber qué te pasa.

—¿Dónde puedo irme sin un duro? —se preguntaba a ella misma en voz alta—. ¿Dónde puedo meterme sin que nadie me moleste?

—¿Quién te molesta?

—Podría esconderme en tu casa unos días... Tendría que llegar de noche, sin que nadie me viera. Tú irías trayéndome comida y ropa...

—¿Te persigue la policía?

Elisa lo miró, esta vez a los ojos, y comenzó a reírse a carcajadas.

50. NORUEGA

Tras pedirle cinco euros para poder regresar a casa, Elisa volvió andando hacia el centro. Se aseguró varias veces de tener el móvil encendido, al máximo volumen, para no perder la llamada que Fidel había prometido hacerle a la salida del trabajo, a eso de las cinco de la tarde. Acortó para llegar a casa de Nuria con tiempo para comer algo y dormir. Sabía que los nervios podían traicionarla frente a Fidel, quien en esas circunstancias era su única tabla de salvación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su hermana al abrirle la puerta.

—Vengo a estar un rato contigo, tengo luego una entrevista importante de trabajo. No iba a tener tiempo para comer.

—No quiero que estés aquí cuando lleguen los niños.

—Me acostaré un rato en tu habitación.

—¡No!

—Nuria, perdona. No te pongas así conmigo, por favor. Estoy atravesando una mala racha.

—¿De qué es el trabajo?

—¿Qué trabajo?

—El de la entrevista.

—¿La entrevista...? —Hacía días que no se sostenía en sus mentiras—. De traductora, ¿de qué va a ser!

—¿Dónde?

—Una academia por Nervión.

—¿Qué academia?

Elisa, acosada por las preguntas de su hermana, fue directa a la cocina. Tomó un trozo de queso y una lata de cerveza. Se apoyó en el quicio de la

puerta.

—Qué triste llegar a esta situación, Nuria.

—¿Qué academia?

Tomó su jersey, la lata y el queso y se fue dando un portazo. Oyó los gritos contradictorios de repulsa y súplica de su hermana desde la escalera.

Tras inspeccionar los alrededores del apartamento de Lourdes y no decidirse a llamar al portal, comió como una turista mochilera en uno de los bancos de madera de la Puerta de Jerez, con un sol enorme que calentaba perfecto. Algo le hacía pensar que Fidel, en su lógica posición de agarrotamiento, tendería a acercarse a ella antes que después.

Con los ojos cerrados, tumbada, dejando entrar la luz del sol a través de los capilares rojos de los párpados, se adormecía con trozos de queso aún sin terminar sobre un papel de aluminio apoyado sobre su estómago mientras imaginaba a Fidel pidiéndole un sorbo de cerveza. Lo sentía acariciándole los mechones de pelo que le revoloteaban por la frente, meneados por una brisa exquisita con la que olvidó su falta de valor para volver a casa; brisa cortada por un viento frío interior que anunciaba la muerte. Podía resistir un tiempo limitado hasta creer otra vez en las promesas de Lourdes, con lo que ello supondría de renuncia. La derrota definitiva. La tentación era volver, en su desesperación, al punto de inicio de su complicidad con ella, retomar las risas en la oficina del restaurante viéndola imitar con sus gestos exagerados las peticiones de cada cual en ese teatro consentido de vanidades compradas con el envés del juego asumido de chantajes.

Suspiraba por ese sorbo de cerveza que le ofrecería a Fidel, príncipe prudente que vendría a rescatarla en su Vespa de músico insobornable.

Alguien le rozó el pie con suavidad.

—¿Elisa?

Una mujer de mediana edad, gorda, de papada gorda, pelirroja de pocos pelos y cejas muy juntas, le sonreía.

—¿Sí? —respondió ella, casi dormida.

—¿Te encuentras bien?

Tras pasársele el mareo provocado por el calor y la rápida incorporación,

Elisa insistió en confirmar su buen estado; que esa mujer supiera su nombre la había alarmado. Era una antigua compañera de las Irlandesas que había envejecido aún más que ella y que había llevado una vida seguramente mucho más previsible que la suya.

—Almudena Fuentes, nos sentábamos al fondo de clase en octavo de EGB el año en que te vino la regla en plena clase de dibujo técnico, ¿no recuerdas?

Era como si a Elisa le hablasen de la prehistoria, de otra persona que no era ella aunque viese claramente a esa jovencita azorada limpiándose con un pañuelo de Almu, la líder del grupo por entonces.

—No me reconoces, ¿verdad? Estoy hecha un hipopótamo. Ya ves, un problema de tiroides mal tratado que me ha convertido en un monstruo.

Elisa, superada por la escena, no decía nada, con la boca medio abierta y el regazo lleno de migas de queso.

—Tú, en cambio, estás delgadísima, mi niña. Pareces una guiri más aquí tirada. ¿Sigues viviendo en Sevilla?

—Sí, Almu, sí. ¿Y tú?

—Recién llegada. Llevo un par de meses. Estoy haciéndome de nuevo a la ciudad después de media vida en Noruega.

—¿Y eso?

—Mi madre era noruega, ¿no recuerdas?

Elisa flotaba. Elisa solo recordaba instantes precisos, con una claridad brutal, cuando Almudena le ponía por delante informaciones encriptadas por el tiempo. Veía las meriendas en la gran casa de la calle Tomás de Ybarra, las banderolas de esquina a esquina del salón, las fotos de la nieve, de cabañas de madera, de fiordos, y los gritos familiares de alegría cantados en lengua bárbara.

—¿Cómo está ella?

—Murió este invierno. Una enfermedad muy cabrona. Era lo único que me unía a ese país después de divorciarme. Mis hermanos están todos aquí.

Se comprobó el traje con los restos de comida a través de los ojos de Almudena, y se puso de pie, se sacudió la ropa y pidió disculpas sin hacerlo.

—Me escapé al centro para dar un paseo y me quedé dormida aquí.

De golpe había una luz extraña que se abría para rescatarla.

—¿Dónde vives?

—En nuestra casa de Tomás de Ybarra. Estábamos a punto de venderla y me la he quedado yo.

—¿Estás sola?

—Sí.

El cielo, esta vez sí, se abrió de par en par para Elisa.

—Verás, Almudena. Tengo que contarte una historia.

51. BÁRTULOS

Impresionada por su capacidad de deformar una vida irreal, Elisa consiguió emocionar a Almudena con historias inventadas a partir de hitos de su pasado retorcidos a su gusto, espolvoreándolas de mala suerte, amores no correspondidos y mucho esfuerzo.

—Dejé a mi pareja hace un par de semanas porque no soportaba ya más maltratos —afirmó, para concluir con el que se convirtió en su objetivo—. Ahora ando de casa de mis padres a la de mi hermana, y me encuentro incómoda en todos sitios.

—Alquílate algo, escápate, Elisa.

—No estoy para muchas escapadas, Almu —confesó, con verdades fingidas—. En mi empresa apenas reciben ya encargos. El maldito traductor de Google está acabando con unos profesionales a los que antes se rifaban.

—Mi casa es enorme, Elisa —le ofreció, mientras chuperreteaba los restos de un gran helado tras el que se ocultaba—. A mí me apetecería mucho que te vinieses una temporada. Pensarás que soy una peliculera, pero encontrarnos así tantísimo tiempo después estando las dos más perdidas que el barco del arroz es una gozada.

Elisa meneaba la cabeza suavemente intentando encontrar unas lágrimas que no salían.

—No, Almu. La vida no se construye así. —Reflexionaba en voz alta con los argumentos contrarios a los que asaltaban a su antigua compañera de colegio, le ponía la respuesta en bandeja, ideaba ya cómo acercarse a su apartamento, sin mayor riesgo, a recoger su ropa.

—La vida es esto, Elisa. La vida merece la pena porque nos pasan cosas así.

—¿Eres un ángel caído del cielo?

—¡Un angelote gordo! —gritó, riéndose y marcando su propia silueta con los brazos abiertos—. Un angelote de Rubens con casi cuarenta años.

Elisa miró a Almudena, la acompañó en sus risas y confirmó en su papada, sus grandes labios y el pelo rojizo que sí, que había salido de un cuadro de Rubens.

No hizo falta compartir muchas horas con ella para comprobar que era una persona económicamente más que solvente, aunque era pronto para saber de dónde había obtenido el dinero para llevar esa vida tras sus años en Noruega. Para evitar pasar por su propio apartamento, la convenció del miedo que le provocaba su pareja inexistente.

—Tengo todas mis cosas en un piso pequeño en el que en cualquier momento puede aparecer él. Vivíamos en una casa en Espartinas y teníamos este pisillo para cuando nos quedábamos de fiesta por Sevilla.

—¿Quieres que me acerque yo a por tus cosas? —se ofreció Almudena, solícita.

—¿Sería mucho pedirte?

—De momento, no. —Se rio con su vozarrón nórdico—. Mientras no me pidas cosas así todos los días, no hay problema.

Le ofreció la que era habitación de su hermano pequeño, la más austera, para evitarle dormir entre recuerdos de una familia disgregada hacía tiempo.

Con Almudena en el taxi camino de sus cosas, Elisa se tumbó en la que sería su cama por un tiempo indeterminado y se planteó que poco a poco tendría que ir abriéndose a ella para confesarle cuál era su vida real, por qué no debía salir mucho de allí ni dar pistas, dónde estaban los orígenes de sus miedos y de su espantoso presente. El teléfono empezó a sonar como loco, pero la mezcla de pereza y miedo la dejó clavada en la cama, justo hasta que comprendió que podía ser Almudena pidiendo ayuda para seleccionar todos los bártulos.

La llamada perdida, en cambio, era de Fidel.

El inocente, asustadizo y entrañable Fidel al que ya, de pronto, no necesitaba, ni deseaba. Ni, lo que hacía que se sintiera peor todavía, tampoco

le preocupaba ya. Ese ataque de asunción de su propia maldad le hizo comprender, como un escalofrío, que nunca podría redimirse de su miserable existencia.

Volvió a sonar y lo cogió.

—¿Fidel?

Lo tranquilizó diciéndole, con cierta suficiencia, que ya había encontrado quien le prestase el dinero.

—Estoy más tranquila.

No, no le apetecía verlo y así se lo decía, a pesar de la insistencia en él, sin saber qué parte de esa tozudez era forzada por la imagen de desamparo que había retenido de ella unas horas antes. Elisa no podía adivinar que no aceptar esa cita suponía para él una liberación con la que centrar, sin distracciones, sus pensamientos en Mariola.

—Guapa, sabes dónde me tienes. Me alegras la mañana cada vez que apareces en la barra del bar.

52. CERVEZAS

Fidel colgó con la incertidumbre de imaginar quién le habría echado el cable de dejarle mil euros a una persona de rumbo tan impredecible y se le vino a la mente Roberto. ¿Hasta qué punto no era ella capaz de haber vuelto a recurrir a él con historias piadosas para camelarlo? A fin de cuentas, él seguro que buscaba la excusa para conectar con ella desde que la maldita foto con Tolo la delató. Dejó el teléfono sobre la mesa de la cocina, se calentó un tazón de leche y rebuscó una magdalena para merendar, tratando de no pensar ni tan siquiera en Mariola.

Cuando sonó el timbre se le vino ella a la cabeza. Se acicaló de prisa y corriendo, comprendió que era imposible disimular las cuadrículas del cojín en su media cara dormida. La punzada al mirarse al espejo, en cualquier caso, era de felicidad.

Pero no era Mariola.

—¡Róber!

—¿El señor no tiene teléfono? —preguntó, sonriéndole al tiempo que entraba.

—Joder, pues ni idea de dónde puede estar. ¡Qué alegría que vengas a visitarme a mi casita! ¿Qué hora es? —Andaba perdido pensando en tener llamadas sin responder de Mariola—. Me he quedado totalmente frito.

—Ponte un jersey, venga, y te invito a un tapeo por tu barrio.

Entró hasta la cocina para servirse una cerveza, encantado de poder visitar a su querido Fidel sin previo aviso.

—Mira, Fidelillo. Ahí tienes el móvil.

Se apresuró para tomarlo, comprobó que las únicas dos llamadas perdidas eran de Roberto, y se sentó en un taburete para observar a su amigo terminarse la cerveza.

—Tenías sed, jodido.

—Vengo andando desde casa, antes me fui a correr y apenas he bebido.

—¿Vuelta a la vida sana?

—Nunca he dejado de entrenar.

—Es difícil tener rutinas con la vida que tú llevas, Willy Fog.

Roberto podía explicarle que trataba de reservar siempre hoteles con gimnasio, que se conocía las mejores rutas de *footing* de las grandes capitales que visitaba o cuáles eran las rutinas de abdominales que hacía cada mañana al levantarse, pero estaba fatigado de oírse a sí mismo su estúpida vida ideal.

—Estoy cansado de viajar.

—Si yo tuviera tu preparación de másteres y licenciaturas, te sustituía durante unos meses encantado.

—Al final todo se reduce a cosas sencillas, Fidel. Las tareas que yo hago con el personal acaban resumiéndose en A, B y C.

Fidel lo miraba embelesado casi sin escuchar, intentando extraer de la vorágine de los últimos días si le había hablado de la aparición de Mariola.

—Bueno, ponte algo de abrigo y vámonos a la calle, que imagino que tendrás ganas de hablarme de tu amiguita la mexicana.

Con el objetivo improvisado, aunque firme, de no aplicar ninguna emoción al relato, Fidel entremezcló el picoteo de la ensalada de pollo y naranja del Lumbreras con las últimas horas vividas con Mariola. Eso sí, sin evitar un solo detalle del sexo, el número de polvos y las descripciones detalladas de su cuerpo, algo que era norma en sus conversaciones íntimas con su amigo, poco dado, sin embargo, a corresponderle con confidencias similares.

—Está mayor. Se la ve mujer, mujer, mujer... Tanto, que casi me asusta. Pero está supercomible, la cabrona.

—¿Cómo te ha visto ella a ti? ¿Te piropea como antes?

—Siempre. Me derrite con sus palabras. —Hizo una pausa, consciente de haber dado el primer síntoma de debilidad—. Me vuelve loco en la cama.

Por lo mucho que lo conocía, sabía que el ritmo de cervezas de Roberto se confirmaba en sus ojillos desnivelados, que sus defensas estaban bajas y no le apetecía otra cosa que escucharlo. Intuía, además, que si daba un giro en redondo hacia la aparición de Elisa, incluso sin dar detalles de los últimos encuentros tenidos con ella, él se dejaría embaucar por ese nuevo relato, aunque creía que no era el momento de despistarlo ni crearle ansiedades innecesarias, sobre todo al ver que el asunto de Mariola no lo indignaba, que las preguntas directas y los consejos paternales no llegaban, que el pasado parecía haber borrado realmente sus prejuicios hacia ella.

—Te escucho hablar y me emociono, Fidelillo.

Fidel no supo sino dar un trago largo a su cerveza.

—Me siento tan reconfortado sabiéndote a mi lado que se me olvida la mierda de vida que a veces pienso que tengo.

Al oírlo, Fidel tuvo que soltar el vaso porque notaba que no controlaba el pulso con su emoción.

53. ANGINA

Roberto se despertó con algo de frío en el sofá tras el suave portazo de Fidel al irse al trabajo. Ese día no había prisas por levantarse porque tenía su propia libertad de horario como única consigna. La nevera repleta, el trastero ordenado y el baño impoluto, lleno de champús y colonias, le provocaron la sensación primaria, reconfortante, de que Fidel controlaba su vida, de que era una persona estable, algo que no siempre tuvo claro cuando su futuro lo marcaban sus inseguridades, en esa época en que su dependencia respecto de él lo atosigaba en mayor medida que la satisfacción que provocaba en Roberto sentir tan cerca a una persona incondicional. Sensación de que no había ni habría personas como él por quien proyectar un afecto tan puro, sin potenciales intereses oscuros que lo hicieran mínimamente desconfiar de quien se le ofrecía como amigo real, imperfecto, humano, cercano, imprescindible.

Tras conectar la radio de la cocina a bajo volumen, sin mover el dial de su cadena de *rock*, se preparó un desayuno copioso que dejó a medio recoger para mostrarle a Fidel que había tenido la confianza de utilizar su nueva casa como propia. Caminó hasta la Plaza Nueva sin prisas, con el placer desconocido de disfrutar del centro de la ciudad una mañana laborable, tomó allí el tranvía y siguió andando hasta las oficinas de Eduardo Dato.

Le hicieron, nada más entrar, el gesto insonoro de las grandes visitas, con indicaciones hacia el despacho desocupado del antiguo gerente.

—¿Quién es? —preguntó a Horacio en la máquina de café.

—El Honrubia.

—¡Joder! —exclamó Roberto mientras aceptaba el capuchino que le ofrecía su compañero—. ¡Qué raro que no me dijeran nada ayer en Barcelona!

La semana siguiente tenía solo un punto de luz, la visita a Santiago.

Reencontrarse con Emilia en la plaza Quintana, charlar paseando bajo una lluvia fina y acostarse con ella, sin necesidad de compartir con nadie el número de veces ni las posturas ni los susurros en ese juego admitido de no ir más allá. Ella le preguntaría por sus dos frentes abiertos, él la tranquilizaría con la ausencia de noticias.

Miraba encima de su mesa los expedientes en papel que debería repasar con más frecuencia para evitar los colapsos explicativos en los que a veces incurría ante preguntas de arribistas encorbatados que no veían en los cursos de *coaching* o *management*, sino ocasiones para hacerse ver.

Roberto era consciente de que su mayor enemigo era la pereza de su falta de motivación, y el principal freno, su poca inversión en reciclaje. Con el gran jefe a diez metros, encerrado en una sala, la oportunidad se presentaba inmejorable para solicitar un cambio radical de puesto, aun a riesgo de que eso implicara instalarse en Madrid o Barcelona, tema tabú para él cuando su vida estaba sometida a determinados anclajes sentimentales que ya no existían. Los miedos, a esas alturas, se equilibraban con sus ansias de encontrar al Roberto que había ido diluyéndose en otro que pasaba demasiado tiempo remoloneando en la cama cada mañana en busca de alegrías inconsistentes. En el caso de que su madre no remontara en su duelo por Tolo, podría compartir temporadas con ella, aunque fuese alquilándole un piso cercano al suyo para no coartarle su, a veces, perversa intimidad de hombre asalvajado.

Oyó gritos en el interior del despacho ocupado por Honrubia, lo que lo tentó a entrar, pero no quiso entrometerse en temas internos de la organización de Sevilla, de la que no formaba parte y con la que su única relación era su gran mesa descargada de artificios donde podía mantener su ritmo de trabajo cuando sus viajes se lo permitían. Vio abrirse la puerta y salir a Mercedes, la responsable de Recursos Humanos de España, lo que le reveló que la cita era traumática para la entidad. Ella se acercó a saludarlo.

—Hola, Roberto. —Se dieron dos besos—. ¿Te acercas un momento a ver a Honrubia?

—Claro.

A Roberto se le descompuso el estómago. Hacía meses, desde que dejaron a su cargo toda la organización formativa a nivel nacional y las confianzas entre ambos se volvieron inexistentes, que no hablaba cara a cara con el

consejero delegado de la compañía. No haber recibido aún noticias del juzgado de Barcelona lo tranquilizaba desde el momento en que le aseguraron que Honrubia no estaría al tanto de las investigaciones sobre sus tejemanejes bursátiles mientras no fuese imputado por el juez.

Confianza perdida, hartazgo o desinterés, ya no era el ojo derecho que un día fue de ese personaje sin escrúpulos. Entró con Mercedes, pero Jorge Honrubia le pidió con cierta rudeza que los dejara a solas. Tenía un par de tazas de café sin terminar. Impecable como siempre en su vestimenta, su imagen había cambiado tal vez por alguna operación quirúrgica o algún tratamiento que a él se le escapaba.

—Roberto. —Le estrechó la mano y lo invitó a sentarse—. Una de las razones de mi visita a Sevilla era reunirme contigo. Hemos estado a punto de llamarte esta mañana al ver que no llegabas.

—Hoy tengo un horario más reducido, llegué bien tarde ayer de Barcelona.

—Lo sé. Ayer tuve una charla sobre ti con Cabré.

—Estuve un rato con él yo también, tras la comida. Lo vi un poco angustiado.

—Angustiados estamos todos, Roberto. El chiringuito se nos puede venir abajo como no empezamos a tomar medidas.

Roberto sabía que en un par de semanas se presentaban las cuentas de la entidad y que por vez primera en muchos años iban a arrojar pérdidas, con el consiguiente pánico a un nuevo desplome en Bolsa.

—Voy a serte franco, Roberto. He querido quitar a Mercedes de pasar el mal trago de asistir a este momento, pero tengo que entregarte la carta de despido.

Sintió algo similar a aquello que debía de ser el principio de una angina de pecho. A Roberto le pareció que se le retorcían las tripas y le oprimían el estómago.

—Año tras año tu rendimiento ha ido bajando. La puntuación que se te da en las encuestas, algo totalmente confidencial y de lo que no haremos uso salvo si no llegamos a un acuerdo amistoso, desciende radicalmente en los últimos meses. Hablan de falta de concentración, de poca agilidad a la hora de orientar en los casos prácticos que planteas, incluso de cierto aire de suficiencia por tu parte.

—¿Quién gestiona esas encuestas? Imagino que debería haber estado informado de que se hacían. —La respiración no le llegaba para construir una frase más larga.

—Esos detalles podrá explicártelos Mercedes. Ya no es la gran defensora tuya de otros tiempos. Los últimos fichajes por los que tú has apostado no han dado ni de lejos la talla, y si tus dos principales objetivos, formación y promoción interna, no los cumples con suficiencia, estamos perdidos.

—Entiendo que he podido bajar el rendimiento, pero sabes que yo sería muy útil en los servicios jurídicos...

—La empresa no puede aumentar la estructura, sino rebajarla.

—Estaremos de acuerdo en que merezco una segunda oportunidad, aunque sea por mis años en primera línea.

Se hizo un silencio pleno de aristas en que los dos supieron que subyacía una amenaza de Roberto a las confianzas pasadas de Honrubia, pero ni uno ni otro sabía medir las consecuencias que sacar ese tema al aire supondría.

—La decisión es firme. Mercedes te espera en la sala de reuniones con toda la documentación. Tu cuenta electrónica ya está cerrada; el móvil y tus contraseñas, bloqueados. Tendrías acceso a información estrictamente confidencial. Debes entenderlo.

Roberto, en estado de *shock*, siguió a Honrubia, que se levantó, se ajustó la chaqueta y lo acompañó a la puerta. Rechazó su mano cuando este quiso estrechársela y salió hacia la sala de reuniones dudando de su capacidad para evitar un colapso cardíaco. Mercedes, compañera durante los seis primeros meses del período de formación en Madrid, lo esperaba con las gafas puestas y un semblante funerario.

—Lo he intentado todo, Róber —dijo, circunspecta, una vez que se aseguró de que Roberto había cerrado la puerta de la sala.

—No voy a firmar nada hoy, Mercedes.

—La empresa no va a ser rúcana contigo. —Roberto se rio sin hacer ruido, mirándola a los ojos—. Y tal vez salgas mejor parado que otros como yo si este barco se hunde.

—Ya se ha encargado Honrubia de decirme que tú has sido una de las que ha cavado mi tumba, no me vengas ahora con discursos ensayados. —Azorada por tantos años de trabajo en común y esperas en aeropuertos, Mercedes

prefirió no enfrentarse—. Dame una copia de todos los papeles que queréis que firme, y mi abogado se pondrá en contacto con vosotros.

—Cuanto antes, Róber.

—No me llames Róber.

En la puerta lo esperaba un empleado de seguridad, que lo siguió hasta su sitio.

—Disculpe, no puede llevarse el ordenador ni documentación. Solo objetos personales.

Roberto se colocó con los brazos en jarra, pensando que no era posible tanto desprecio por parte de una empresa para la que, mal que bien, había trabajado los últimos dieciséis años de su vida. Sus compañeros lo observaban, ninguno se atrevía a acercarse. No quiso alargar la escena. No tomó nada de su mesa y se colocó la chaqueta. El seguridad aún tenía algo que pedirle:

—Debe entregarnos el móvil de empresa.

Con nervios, Roberto lo sacó del bolsillo de la chaqueta y lo tiró con fuerza sobre la mesa. Aceleró los pasos hasta la salida porque no podía respirar.

54. COCHINCHINA

Las dos horas siguientes transcurrieron como una suerte de ceguera alocada mientras deshacía kilómetros por las calles de Sevilla.

El sentimiento, conforme la cólera iba dejando paso al análisis personal, era de una derrota justa e higiénica, pese al juego sucio. En definitiva, ese no era ya su sitio, tenía dinero para sobrevivir durante años, así que no cabía otra que refundarse en un Roberto nuevo que recuperase las ganas de hacer cosas. Las imágenes del despido lo abochornaban tanto que casi tenía que hacer gestos físicos cada vez que aparecían, un giro de cara, un levantar la mano matando moscas, para hacerlas desaparecer.

No podía renacer pensando en lo negro. Su vida había dado un giro brusco que había que digerir, pensaba él, a base de coraje. Lo primero era comunicar la noticia a su entorno, con la crudeza necesaria para terminar de liberar esa carga. A su madre, en todo caso, debía colocarla al final de la lista para evitar caídas de ánimo frente a ella que afectaran aún más a su menguado espíritu. Era, sin dudarlo, su tío Alfredo el elegido como primer confidente. Debía verlo esa misma tarde para que los argumentos propios no deformaran su relato.

Haber llamado para prevenirlo habría sido lógico, pero Roberto se plantó en casa de Alfredo sin avisarlo. Llamó al telefonillo:

—Hola, tío, soy Roberto.

—¡Qué alegría! Sube... —Sonó el timbre de la apertura de la puerta.

—Prefiero que bajes tú, si no te supone mucho engorro... No tengo prisa.

El abrazo al encontrarse en el portal fue lo suficientemente demostrativo de

su perdición. Alfredo lo sostuvo como a un niño cogido en falta, al que meneó el cabello, besó en el cuello y secó las lágrimas con delicadeza, compartiéndolas incluso.

—Me han despedido —pudo, al fin, soltar entre sollozos.

Impresionado, su tío no decía nada, tan solo lo achuchaba susurrándole calma.

—¿Nos damos un paseo?

Alfredo quería, por encima de todo, escuchar. Todo lo que pudiese contarle su sobrino era terapia inmediata. Escupir sus vergüenzas, el miedo al futuro, la soledad presentida, sus debilidades para construir nuevos proyectos, el odio a sus anteriores jefes, la incompreensión de la escena del móvil del trabajo, su rabia por no haber podido despedirse de sus compañeros, la liberación que suponía no dar más cursos a ejecutivos trepas, no volar más entre semana a hoteles impersonales; escupir todo eso iba dando paso a respuestas que Roberto mismo comenzaba a elaborar sin necesidad de que Alfredo le diera ni siquiera el pie para plantearlas.

—Piensa en grande, Roberto. Situaciones así son oportunidades para pensar en grande.

—Es gracioso —le explicaba, aún con voz temblorosa—, pero esta misma mañana tenía pensado ofrecirme para dar el salto a Madrid, algo a lo que siempre me había resistido por mantener los lazos con la familia.

—A mí me jodería tenerte lejos, pero te habría venido bien. Eres una persona extraordinaria, Roberto, y has ido apagándote en los últimos años de forma inexplicable.

—No sé cómo puedes decir inexplicable, tío.

—Sí, la vida no te ha tratado bien. Llevaste con una entereza de envidiar la enfermedad de Clara, el desengaño de Miriam... Pero ya toca dejar atrás el tiempo de la autocompasión, amigo mío.

Roberto aguantaba el tirón, porque no había otra verdad que la que expresaba su tío.

—Esperabas más de mí, ¿verdad?

—Yo no esperaba ni espero nada de ti, Roberto. Tú no puedes imaginarte cuánto te quiero y el valor que le doy a tu felicidad, por eso me preocupa que te recrees en esa parte negra que todos tenemos.

—Estoy convirtiéndome en un necrófilo de esos de los que tú me hablabas, ¿no?

Alfredo sonrió al pensar en la enorme memoria de su sobrino, al recordar esa época suya universitaria en que le hablaba de las personas necrófilas de Erich Fromm para explicarle los comportamientos de determinados amigos de entonces.

—Sí. Tienes riesgo de volverte una persona así, de esos que viven eternamente con una nube negra encima de ellos por mucho sol que haga. Y la pena es que tú eres suficientemente inteligente como para no tener esa nube dándote la sombra a diario.

—Ahora me toca empezar de cero —se quejó en voz alta, tratando de cortar las reflexiones ácidas de Alfredo—. Ponerme en la cola del paro por primera vez en mi vida con cuarenta y tantos años.

—¿Y qué? Te pones, buscas tu sitio y te regeneras desde dentro. La vida que has tenido hasta ahora debe servirte para hacerte fuerte y darle importancia a lo que realmente la tiene.

—Es fácil decirlo...

—Con tu currículum sabes que en menos de un año estarás hasta arriba de trabajo. Aquí, en Sevilla, o en la Cochinchina. ¿Quién dijo miedo?

—Eso digo yo. —Pasó la mano por encima de su espalda—. ¡Quién dijo miedo!

55. ESPINACAS

Se plantaron en casa de Paca casi por inercia. No estaban lejos, había hambre y Alfredo entendió que le vendría bien dejarlo en casa de su cuñada para que no pasara la noche a solas. El piso a oscuras, la ropa negra junto al frío del salón y las ojeras de su madre le hicieron a Roberto olvidar por un rato su horrible jornada. Se acordó, a esas alturas, de que no había probado bocado en todo el día.

—¿Qué me tramáis al venir los dos a estas horas?

En el cruce de miradas, Alfredo confirmó que Roberto no iba a cargar a su madre con otra pesadumbre más.

—Fuimos a dar un paseo, madre, y cuando nos dimos cuenta estábamos cerca de casa.

—Imagino que querréis cenar —lanzó, en un comentario inimaginablemente duro en ella—. Tengo poca cosa en la nevera.

—Anda, cógete algo de abrigo y nos tomamos unas tapas en el bar de abajo —se interpuso, rotundo, su cuñado.

—No me hagáis salir.

—Pues claro que te hacemos salir. Esta casa huele a cerrado. Anda, Roberto, abre un poco las ventanas, que se ventile, que la señora está envenenándose con tanto encierro.

—Son días, Alfredo. Son días... —susurraba, mientras su hijo, sin darle opción, le colocaba uno de los abrigos colgados en la entrada.

Una luz blanca desagradable los recibió en el bar que para siempre relacionaría Roberto con los cafés y el *ABC* de su padre, como si lo viese en

la esquina del fondo, jugando a suponer que apareciera desde el baño para pedirles una ración de espinacas con garbanzos.

—¿Seguirán teniendo espinacas?

—Pregúntalo, hijo. Yo hace años que no piso este sitio.

Alfredo acondicionó una mesa y trajo las bebidas, tenso.

—¿Sabes que estuvo Fidelito en casa?

—Claro, madre. Ya me comentaste. ¡Como en los viejos tiempos!

—Ese niño es un sol, Roberto. No lo dejes nunca de lado.

Roberto le cogió la mano, helada.

—No tengo intención de hacerlo —categórico—. Es mi gran amigo, mi único gran amigo. Tú lo sabes.

Paca se giró hacia Alfredo, ya sentado tras acercar un gran plato de espinacas con pan frito.

—¿Qué averiguaste?

Cogido a traición mientras le daba un sorbo a la cerveza, puso cara de no entender.

—La cajita. ¿La abriste? ¿Encendiste su móvil? —Paca hablaba medio en clave al no asegurarle su memoria hasta qué punto su hijo sabía de esa caja de zapatos.

—Sí, Paca. La abrí. Vi las llamadas. Ahí está, en casa. Dejaré que pase un tiempo antes de lanzarme.

—Yo tomé unos papeles que eran para mí.

—¿Leíste los papeles?

—Sí —afirmó, mirando de soslayo a Roberto, atento a sus confesiones.

—¿Todos?

—Leí todo. Vi todo, Alfredo.

—Es duro, Paca...

—Había unos poemas muy infantiles que hablaban de su madre. Cada vez que se llevaba algo de casa para empeñarlo me escribía una pequeña poesía: la del televisor de la cocina, la de la radio del baño, la de la freidora aceitosa, la del secador de mamá, la del anillo de boda...

—¿Poesías de arrepentimiento? —preguntó, ensimismado, su hijo.

—Poesías de un niño, Roberto, de un niño cogido en falta.

—Guárdalas durante un tiempo, Paca —aconsejó Alfredo—. Guárdalas y

las recuperas dentro de unas semanas, déjalas reposar.

—Necesito saber qué pasó, Alfredo.

—Claro.

—Sería un delincuente o un drogadicto mi Bartolomé, pero yo necesito saber quién lo mató.

Las espinacas se enfriaban.

—Sé que la policía no va a investigar nada por su historial, ¿sabes? Pero yo quiero saber quién le destrozó la cabeza y por qué. Y quiero que encierren a ese maldito asesino antes de que me muera.

56. CAJONES

La cama de Tolo olía a Tolo. Su madre vino a taparlo a oscuras y le dio un beso en la frente, seguramente pensando en su otro hijo.

—¿A qué hora te preparo el desayuno?

—Mañana trabajo aquí en Sevilla, madre —le susurró Roberto con el edredón por encima de la barbilla—. No tengo hora para despertarme.

—¿Cuándo me llamarás mamá?

El silencio se hizo espeso en plena oscuridad. Ninguno abrió la boca y aguantaron el pulso hasta que Paca admitió la derrota, tras haber buscado una disculpa a su historial de madre parcial.

—¿Sabías lo de la caja?

—Sí, madre —volvió a insistir, con dolor, en un apelativo ganado a pulso—. Me lo comentó Alfredo.

—¿Piensas que me estoy volviendo loca?

—Sabes que no.

Con otro beso lo dejó allí, inmóvil, en una habitación cautiva de un pasado del que le costaba desprenderse. En la penumbra intentó reconstruir el cuarto de su hermano mientras pensaba en la foto de Tolo con la rubia del aeropuerto, sin confirmar su sospecha de que esa imagen estuviera captada allí, en ese mismo espacio donde intentaba conciliar el sueño, tal vez con su madre cerca, quizá testigo involuntario de escenas violentas, sexuales o de mercadeo de drogas que él no quería imaginar. La oscuridad le traía ráfagas de su parte negra que combatía con movimientos reflejos de sus piernas, con cambios de postura o jugando a respirar lento, aunque la terapia fuese difícil de aplicar en la noche, traicionera y demoledora desde hacía demasiado tiempo con él. La parálisis, en todo caso, no era una opción. Un abogado se imponía, urgente,

para saldar cuentas con la empresa y salir lo mejor parado posible de esa embestida del destino. Sería, también, ocasión de plantearse una hipoteca más baja para aliviar una mochila demasiado pesada para el cuarentañero de futuro incierto que solo ambicionaba una vida ligera.

Lo despertó una llamada de Alfredo a las diez de la mañana, tras una noche espantosa de sudores fraguados en pesadillas imposibles de recordar.

—Vente a mi clase de Teoría de la Ética —le propuso—. Vamos a leer unos textos de Aristóteles que te van a maravillar.

A Roberto, perdido en el edredón de la cama de Tolo, le pareció una idea luminosa.

—¿Me da tiempo a ducharme?

—Sí, pero date prisa. Empieza a las once en punto, y soy de los que se cabrean con los que llegan tarde.

— ¡A sus órdenes!

Paca, con su delantal, sacaba brillo al brillo en el salón, con todas las ventanas abiertas y el ruido inconfundible de día de trabajo que se colaba desde la calle.

—Te caliento la leche ahora mismo, hijo mío.

Roberto se acercó, con los pelos revueltos, y le dio un beso.

—Gracias, madre. Voy duchándome.

No quiso pedirle ropa de su hermano porque tenía que aparentar que volvía al trabajo con un traje adecuado, pero trasteó entre los cajones para robar ropa interior, perfectamente ordenada en los cajones, como si Tolo fuese a volver al día siguiente. Con el ruido de fondo de su madre en la cocina, abrió con movimientos clandestinos todos los armarios por ver si encontraba algún documento, algún sobre, algo de droga, una confesión o un poema para él. En dos minutos comprendió que ese campo de minas había sido rastreado con celo por Paca, que bien se había ocupado de colocar cada objeto en su sitio como si de un santuario se tratase. Sin embargo, al abrir las cajoneras del mueble principal, se topó con un amasijo de papeles desordenados, manchados y llenos de anotaciones, que no se atrevió a tocar.

—¿Cómo le va a Fidel en su nueva casa? —le preguntó desde la cocina,

mientras iba surtiendo un plato de tostadas.

—¡Está encantado! —Fue cerrando los cajones con cuidado y se acercó con rapidez a la cocina—, como si tuviera dieciocho años. Cada día que voy tiene un mueble nuevo. Todo impecable, ya sabes cómo es él.

—Un día le haré una visita y le prepararé algo de comer.

Roberto dio un sorbo a su colacao, consciente de que los dos pensaban que hacía años que no solo no iba su madre a hacerle de comer a Roberto, sino ni tan siquiera a visitarlo.

—Al Fidel lo veo aún como un crío, Roberto —concluyó, para excusarse.

—¿Sabes que ha aparecido aquí Mariola después de tantos años?

—¿Mariola? —preguntó Paca.

—Su novia de siempre.

—¿La que se fue a México?

—Esa misma.

—¿Y qué quiere ahora? ¿Volver a hacerle la vida imposible?

—Esa mujer se ha llevado casi diez años escolarizando a niños en la selva de Chiapas, trabajando de sol a sol en una cooperativa.

—No le quito méritos, pero no puede venir y pretender que todo siga como antes. Ahora le apetece volver a su vida anterior y por eso busca a Fidel. ¿Por eso se ha independizado él?

—No, madre. Ella ha llegado por sorpresa cuando Fidel ya se había ido a la Alameda. —De golpe, un asalto de duda le vino al pensar si no era todo una jugada premeditada que Fidel evitó confesarle por temor a sus recelos.

—Me huele mal lo de esa niña.

—No creo que vuelvan, madre. —Le dolía cada vez que, instintivamente, pronunciaba la palabra madre—. Fidel está muy escarmentado.

—Los hombres nunca escarmientan con mujeres así —sentenció, con la convicción de quien sabe lo que dice por experiencia.

Roberto miró el reloj y salió corriendo para no llegar tarde a la clase de Alfredo.

—Me voy. Tengo reunión de trabajo a las once.

Le dio dos achuchones.

—Igual que a Fidel, a ti también puedo ir a hacerte de comer cuando quieras, Roberto.

—Lo sé... madre.

57. ARISTÓTELES

Impresionado por el aula magna de la facultad, Roberto se colocó en las últimas bancadas. Hasta que su tío no se percató de su presencia, no se apoyó contra el respaldo. En cuanto comenzó a hablar, Alfredo notó vibraciones positivas en el ambiente, un cierto halo de complicidad ganada con el tiempo. Después de revisar en cinco minutos todo lo tratado hasta ese día, comenzó a exponer con rotundidad.

—Como bien sabéis, la Ética en Aristóteles está inserta dentro del amplio espectro de la Política. La Ética como búsqueda de la felicidad del individuo; la Política como búsqueda de la felicidad del conjunto social. Si es así, entonces, ¿por qué la Ética como subordinada de la Política? Pues porque Aristóteles concluye que es más importante la felicidad de la sociedad que la de Menganito o Zutanito por separado. Centrándonos en el discurso que este hace sobre el logro de la felicidad, lo que se plantea Aristóteles es cómo definirla. ¿Qué es la felicidad?

Roberto lo escuchaba con los ojos cerrados. ¿Qué es la felicidad?

—La felicidad es una actividad racional regida por la virtud, que lleva al hombre a buscar el justo término medio entre los extremos de cada una de nuestras cualidades. Entre el temerario y el cobarde está el valiente. Y allí, en la valentía del ser humano, está la felicidad auténtica. Para Aristóteles, la fuente de la felicidad del hombre está en su habilidad para pensar; en vivir de acuerdo con su naturaleza, que no es otra que la razón.

Con la voz sonora de Alfredo retumbando en el aula casi hueca de estudiantes, abrió los ojos cuando se hizo el silencio para comprobar cómo su tío, pausado en sus movimientos, se levantaba de la mesa para, con un libro, colocarse de pie frente al alumnado. La felicidad era eso, ahí y en ese

momento, pensó Roberto, y sintió un cosquilleo placentero en alguna parte de su cerebro, descansado a esas horas de la mañana de pensamientos inútiles.

—Este texto que voy a leeros —moduló con su voz grave— pertenece al décimo libro de la *Ética a Nicómaco*. Os pido que lo escuchéis con atención, porque en este párrafo se encuentra gran parte del pensamiento último de Aristóteles. —Con el libro abierto entre las manos, buscó entre los alumnos la mirada de su sobrino—. «Si, pues, la mente es divina respecto del hombre, también la vida según ella será divina respecto de la vida humana. Pero no hemos de seguir los consejos de algunos que dicen que, siendo hombres, debemos pensar solo humanamente y, siendo mortales, ocuparnos solo de las cosas mortales, sino que debemos, en la medida de lo posible, immortalizarnos y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros; pues, aun cuando esta parte sea pequeña en volumen, sobrepasa a todas las otras en poder y dignidad».

Roberto buceaba, en la calidez del caudal de las palabras de Alfredo, en la belleza de unos textos elaborados miles de años atrás y encontraba la sintonía perfecta con esa búsqueda de lo trascendente como única forma de llegar a entender la vida.

—«... lo que es propio de cada uno por naturaleza es lo mejor y lo más agradable para cada uno. Así, para el hombre, lo será la vida conforme a la mente, si, en verdad, un hombre es primariamente su mente. Y esta vida será también la más feliz».

Sentado, con los brazos posados en círculo sobre el tablero de madera de su pupitre prestado, Roberto esperó a que la clase se desalojara de estudiantes ávidos de consultar a Alfredo para, entonces, acercársele y agradecerle la invitación.

—Aprovecha para venir siempre que quieras, Roberto. Me hace feliz, ¡en toda la concepción aristotélica del término!, tenerte aquí cerca, escuchando lo que tantos años llevo compartiendo con mis alumnos.

—Yo me creía falsamente humano —razonó, contagiado por la calma que le transmitía su tío— dando mis cursos de gestión de personal a ejecutivos, que no son sino puro entrenamiento para aumentar el rendimiento de gente sin

escrúpulos que se dedica a encontrar los recovecos para vender productos financieros complejos pensados para el máximo beneficio de mi empresa.

—De lo que fue tu empresa, Roberto.

—Cierto.

Siguió a Alfredo hasta su despacho, austero como él, lleno de libros, al estilo de su casa, sin fotos ni objetos personales que le dieran calidez.

—Está despojado de todo —admitió, como si hubiese leído sus pensamientos—. Este es un espacio sagrado para mí en el que no quiero distracciones. Hay temarios realmente complejos que me exigen una máxima concentración antes de salir al ruedo.

Al observar las paredes, en silencio, Roberto entendió que nunca tendría la capacidad inmensa de introspección que Alfredo poseía, por mucho que presumiera de llevarse bien con la soledad.

—Hablé con la Rota —afirmó Alfredo, rotundo, cortando el silencio del pequeño despacho con olor a madera.

Roberto tuvo que reordenar datos durante varios segundos antes de entender la frase.

—La chica del teléfono...

—La de las últimas llamadas a Bartolomé, sí. A fuerza de intentarlo desde distintos teléfonos, y jugando con distintas voces, conseguí sacarle una cita.

—¿Has llegado a verla en persona?

—Sí.

Por la expresión de Alfredo, Roberto entendió que era momento de guardar silencio y concentrar su mente en ese recinto sagrado de la cavilación.

—Quedamos en la Plaza de España, en el banco dedicado a Valladolid, y me hizo esperar media hora. Yo estaba tranquilo, porque sabía que iba a aparecer. Reconoció, más tarde, que estuvo espiándome desde todos los rincones posibles para asegurarse de que iba solo.

—¿Con qué frase te la camelaste para que quedara contigo?

—Le dije que Tolo había dejado un poema para ella.

—¡Cabrón!

Los dos, narrador excitado y oyente expectante, se rieron con histerismo.

—Yo... —Alfredo trataba, a duras penas, de calmar su risa—, yo imité durante un buen rato la letra de tu hermano. Luego me leí todas las notas que

había ido dejando escritas durante años, me empapé de su fragilidad, su ingenuidad, sus montañas rusas emocionales y, sobre todo, de expresiones muy tuyas...

—¿Como cuáles?

—La reina de mi corazón, el bombardeo de adrenalina, la brutalidad de mis mentiras, los chutes de contradicciones, las papilas de mi alma... ¡Un poeta!

—¿Esas cosas escribía Tolo?

—No era una persona atormentada, Roberto. Tras leerme cada papel puedo decirte que tenía un interior mucho más rutilante del que yo pudiera imaginar.

—No lo demostraba.

—Quizá no le dimos el espacio para que compartiera con nosotros ese mundo tan peculiar en el que se movía.

Roberto volvió a acordarse de la Rota.

—¿Qué poema difunto le escribió Tolo a la Rota? —preguntó, irónico.

—Uno ambiguo, porque yo no podía adivinar qué relación tenía con ella, pero lleno de guiños a lo que podría suponer para él... «Tu rotura es mi degüello, tus palabras me hacen grande, tú me cuidas, insistente y excesiva, me sublevas».

—Tu rotura es mi degüello. —Roberto no podía parar de reír—. ¡Qué poca vergüenza tiene usted, don Alfredo!

Ya fuera del despacho, en el O'Neills y con dos cervezas por medio, Alfredo le contó cómo era la Rota.

—Unos cuarenta años, menuda, de grandes caderas y poco pecho, con cara infantil y una herida en el labio que no te deja ver otra cosa ni concentrarte en sus palabras cuando la miras.

—¿De ahí lo de la Rota?

—Imagino que sí.

Según el relato de Alfredo, ella se resistió a hablar nada de sí misma hasta no haber recibido de sus manos el señuelo con el que había sido llevada hasta allí.

—Solo se abrió a decirme que eligió la bancada de Valladolid porque su

padre nació en esa ciudad. Tan solo con el tono de la frase al decírmelo entendí que esa mujer había tenido una vida complicada. Luego le pasé el poema, en un papel cuadriculado rasgado de un cuaderno, como todos los de la caja de zapatos.

—¿Se emocionó?

—Mucho... —Alfredo recordó la fragilidad de su llanto a trompicones—. Pero todo para nada. Siempre estuvo a la defensiva. Yo tuve una relación extraña con él —le dije— porque quizá él no estaba cómodo teniendo un tío homosexual, a lo que ella me respondió con un reproche que confirmó que Bartolomé tenía un puñado de amigos gais con los que no existía ningún conflicto.

—Y es verdad, tío. Tolo no era un neonazi ni nada parecido, por mucho que estuviera metido en ambientes chungos.

—Lo sé, pero tenía que forzarme a abrirme en canal para que ella me diera pistas. Intenté hablarle de Paca, de ti... Pero rechazó cualquier explicación con gestos bruscos. Lo único por lo que se interesó en detalle fue por mi trabajo en la universidad, pero tras ese interrogatorio me preguntó con palabras secas qué quería de ella... Le dije que necesitaba saber quién mató a mi sobrino, a lo que me respondió que ella no, tajante, y que no tenía forma de ayudarme.

—¿Le preguntaste acerca de sus llamadas?

—No me dio opción. Se puso de pie, se guardó el poema de Bartolomé en el bolsillo trasero de sus vaqueros y se largó por la torre sur de la plaza, sin mirar atrás.

De la Rota no sacó ni su nombre. No se quedó con su dirección, ocupación o una cita próxima en la que volver a verse.

—Preferí jugar la baza de la confianza. No pedirle nada era una forma de decirle que mis puertas quedaban abiertas para lo que necesitase.

—Ya... —asintió su sobrino, con desencanto.

—Estoy seguro de que esa mujer volverá a mí, Roberto. La gente no está acostumbrada a recibir sin ofrecer nada a cambio. —Un silencio reflexivo, ya camino de despedirse en la Puerta Jerez, hizo que se pararan a un metro escaso.

—¿Piensas que tenían un lío?

—No —afirmó rotundo Alfredo—. Esa mujer ejercía de madre o hermana mayor sobre Bartolomé. Nunca de amante.

—¿Por qué estás tan seguro?

—He vivido mucho, Roberto. Una amante habría reaccionado diferente ante ese poema de adolescente.

58. JOAQUÍN

Alfredo retrocedió sobre sus pasos al comprobar que había olvidado en su despacho los apuntes para la clase del día siguiente. Volver le supuso encontrarse con Joaquín, sospechoso paseante del pasillo de su departamento.

—Venía a buscarte, Alfredo.

—Me pillas por casualidad, Joaquín. Acabo de comer con mi sobrino y ya iba para casa.

—Te acompaño.

Incómodo esa tarde por la compañía de Joaquín, ávido por reflexionar acerca de la charla con Roberto, se lanzó a interrogarlo, cuando un hueco en su monólogo mundano de inquinas universitarias lo permitió:

—¿Cómo se puede localizar a alguien en función de la ciudad de nacimiento de su padre?

—No te entiendo, Alfredo.

—Si yo quiero localizar a una mujer que vive en Sevilla de la que lo único que sé es que su padre es de Valladolid, ¿hay formas de averiguarlo? Seguro que algún *friki* ha inventado un programa para eso.

—Si está inventado, yo tengo el alumno que lo conoce. Es el más *friki* de entre los *frikis*.

Alfredo esperaba el interrogatorio acerca de esa misteriosa mujer a la que buscaba, pero no se produjo, muestra del respeto que Joaquín le profesaba. Ya en casa le propuso subir.

—Tengo un té de Hammam impresionante si se toma con miel.

A Joaquín, eterno aspirante a ese tipo de placeres con Alfredo, se le iluminó la cara.

Le dejó elegir la música, que rebuscó hasta dar con un disco de la primera época de Abba, su *Ring Ring* de los comienzos.

—¡Qué recuerdos! —gritó Alfredo desde la cocina.

Mil novecientos setenta y tres, ese era el año del lanzamiento de ese elepé, justo en los tiempos en que estudiaba en Heidelberg para sacarse el doctorado. Esas canciones lo llevaban al frío, lo gris y la felicidad absoluta de los que se creen inmortales.

—Ese disco lo compré en un viaje a Hamburgo —le explicó a Joaquín, ya sentado en el sofá, aún incorporado por no atreverse a instalarse cómodo en casa de su venerado Alfredo.

—Tus añorados estudios en Heidelberg.

Sí, Joaquín recordaba sus relatos, de la misma forma que él no almacenaba recuerdos de Joaquín, de no escucharlo.

—¿Tú acabaste tus estudios en Sevilla? —preguntó, forzosamente interesado.

—Yo hice mi último año en el Colegio Español de la Sorbona.

—Cierto —recordó que lo sabía.

—Con gusto me habría quedado allí.

Alfredo, con la tetera ya colocada sobre la mesa, entendió que era momento de sentarse y regalarle a Joaquín un cierto sosiego, aderezado por la luz filtrada de sombras que se asomaba por las ventanas.

—Mi error fue volver a las faldas de mamá, haberme visto superado por lo vivido en París, sentir por entonces que yo no estaba a la altura de mis compañeros de facultad.

—¿A la altura?

—Yo he sido un *voyeur* toda mi vida, Alfredo. El teatro del mundo pasa descarnado a mi lado y no hago nada por saltar al escenario.

—¿Te enamoraste allí?

—Perdidamente.

Sorprendido por descubrir esa parte de él, veinte años después de compartir cervezas al salir de clase, Alfredo sirvió el té con emoción.

—¿De un francés? —Era la primera vez que verbalizaba la homosexualidad en él.

—De un español, Alfredo. De un granadino que daba clases de español en

la universidad de Nanterre. Yo necesitaba ganar algo más de dinero para mantenerme allí e incluso para enviar algo a casa, y me presenté a unas pruebas para profesor asociado. No superé la primera entrevista, pero conocí a Tomás.

—¿El amor fue recíproco?

—No lo sé. Nunca hubo sexo, pero sí paseos por las Tullerías, cogidos de la mano cuando encontrábamos un hueco donde no nos veía nadie, en las capillas de madera de Saint-Eustache, o en los jardines de Luxemburgo cuando caía la tarde. Él me necesitaba, pero nunca llegamos a otra cosa que no fuera un beso.

—¿Por qué?

—No soy un tipo agraciado, Alfredo. No creas que de joven era muy diferente de lo que ves ahora. Gordito, con poco pelo y esta nariz torcida. Tomás era un ángel, una belleza clásica.

—¿Qué fue de él?

—Sigue en París. En estos tiempos ya nos escribimos por correo electrónico.

—¡Qué hermoso! —Alfredo envidiaba, de corazón, ese lazo aún no roto que él no supo mantener vivo con Federico—. Es hermoso, y maduro, mantener con vida una relación aunque el amor no funcione.

—Sí. Lo es.

A Alfredo, desordenado en su cabeza por la mezcla de emociones de los últimos días, lo asaltó la enorme emoción de haber sido un Tomás de años maduros para un Joaquín siempre a su lado. La luz de la tarde casi había desaparecido y se sentó junto a él, esquivo en su rincón del sofá. Le tomó la mano y le dio un beso en la frente.

—Siento la torpeza de no haber sabido encontrar a tu Tomás hasta este día.

Tal vez atribulado por la actitud inesperada de Alfredo, Joaquín no aceptó la invitación a cenar con la manida excusa de preparar sus clases. Prometió no olvidar la investigación acerca de las mujeres de Sevilla con padres vallisoletanos. Esquivó un beso en la puerta.

Alfredo encendió luces y volvió a dar volumen al *Ring Ring* de Abba, sacó

cosas de la nevera para obligarse a cenar y no caer demasiado pronto en la penumbra de la noche.

Sonó el móvil. Una voz de mujer al otro lado le hizo pensar en una victoria demasiado fácil. No, no era la Rota.

—¿Mariola? No caigo ahora.

—Usted me dio clases en los noventa, y luego coincidimos varias veces en casa de su sobrino Roberto. Yo era la novia de su amigo Fidel.

Oyó a Alfredo lanzar una exclamación lenta de reordenamiento de datos en su cabeza, intentando ponerle cara y situación; en esos segundos, se preguntaba si esa mujer era buena, mala o regular, de dónde salía y por qué lo llamaba a él.

—Verá, le he pedido su teléfono a Fidel porque llevo un montón de tiempo viviendo fuera de Sevilla y me apetece tomarme algo con usted y charlar.

Alfredo le pidió, aún despistado, que lo tutease.

—No sé si recuerda que le pedí consejo para irme a vivir a Chiapas.

Ahora sí. En ese instante cayó en quién era esa mujercilla, pecosa de cara redonda con un hoyuelo en una de las mejillas, que parecía querer comerse el mundo una década atrás. Le preguntó por su experiencia allí.

—Si tiene un hueco, prefiero contárselo en persona. Me apetece mucho compartir con usted... contigo esa experiencia, Alfredo.

Quedaron en verse para comer al día siguiente en La Bulla, por el Arenal. Insistió en invitar él.

59. SEXO

Excitada por la cita, despistada por la falta de memoria en él, Mariola deseó descolgar el teléfono y contarle todo a Fidel, aunque algo la desazonaba de su último encuentro, culpable de una revolución interior en él que no quería provocar.

Lo extraño, o no tanto, era que todas las opciones que le pasaban por la cabeza tenían línea directa con Fidel, a pesar de las horas muertas que pasó en su cabaña de madera soñando con reencontrar a su prima Bely, a la que aún no había hecho por ver; u organizar una barrilada con los compañeros de su promoción, con los que mantenía cierto contacto; o escaparse a Grazalema a ver a su querido Víctor y pasar con él un día entero cuidando de sus becerrillos. En cambio, aparecía Alfredo, se dejaba ver el Tolo muerto, los días de senderismo con Roberto y Miriam, la casa de los padres de Fidel, las noches estrelladas junto a él en Tarifa y se preguntaba si no era su llegada una consecuencia no asumida de querer recuperar un amor que lo era todo.

¿Qué habría ocurrido si Marcelo, a diez mil kilómetros, no le hubiese confirmado la soltería de Fidel? El entierro de su abuela se convertía, muy a su pesar, en excusa inteligente para volver al útero de su juventud, al recuerdo certero de un hombre bueno que no podía malearse. Todo era justificable con argumentos sinceros de buena voluntad. Querer charlar con Alfredo acerca de su experiencia mexicana era de todo punto real, incluso necesario, por mucho que se acusase de que todo era una íntima maquinación para enraizar nuevos hilos con su antiguo amor.

—¡Mamá! —gritó ya desde la puerta de casa—. Me largo un rato.

Sus pasos se dirigían como autómata, ella lo sabía, hacia la Pila del Pato. Era muy probable que Fidel no estuviera allí; casi lo prefería, tanto como que

alguno de la cuadrilla de *locomúsicos* sí hubiese ido al local de ensayo a echar unas risas, tocar un poco la guitarra y fumarse unos porros. Efectivamente, Marcelo se encontraba en el estudio y la recibió como si se hubiera ido otros diez años.

—¡Guapísima, morenaza!

Vestida con un traje de seda artesanal, que se le pegaba al cuerpo como un guante, le quitó la cerveza de la mano y le dio un beso en la frente tras pegarle un sorbo al botellín.

—Está caliente —protestó, con cara de asco.

—Caliente pones tú al más pintado, Mariola. Que vaya cómo vienes de desabrigadita de México.

—Calla, provocador.

—¿Vienes buscando a tu amorcito?

—No tengo amorcitos, Marcelo... Soy una desabrigadita sin amor.

—No es por joderte, pero no creo que venga hoy.

—¿Y eso?

—No suele pasarse por aquí entre semana, dice que lo enredamos y que se le pasan larguísimas las horas en el trabajo con la resaca de hachís.

Mariola hizo el gesto de entenderlo y le pidió una calada a Marcelo, que volvió a recostarse en la pared, con las piernas extendidas en el suelo, a escuchar a Fernando de nuevo tocar una melodía casi finiquitada.

Le gustaba ese silencio de preguntas, confirmar que se alargaba el ensayo sin necesidad de decirse nada, tan solo roces de dedos en entregas de pitillos exquisitos para quien llevaba tiempo sin probar el polen marroquí. Marcelo tenía mucha barriga como para indagar con él posturas sexuales, y le parecía demasiado útil como amigo como para tirárselo, pero abstraída de todo junto a él en esa tarde sin tiempo ni espacio le apetecía acercarse a él, rozarse, acariciarse, morrearse sin explicaciones, porque sí.

—No me preguntas nada... —medio protestó ella, bien fumada.

—Ya me contarás lo que te apetezca. No me gusta que me pregunten por mis mamoneos interiores, así que yo tampoco pregunto por los de los otros.

Mariola se rio al ver al mismo Marcelo, auténtico, de siempre, ajeno a diez años de pura desconexión.

—Veo muy bien a Fidel —lanzó.

—Fidel es nuestro ídolo, Mariola.

—Ah, ¿sí? ¿Hasta ese punto?

—Él es de ley, mexicanita. El Fidelorro es de ley.

No sabía si quería oír tanto acerca de su nobleza; suponía una carga pesada que la inmovilizaba en sus acercamientos, en su toma de decisiones sobre sí misma y su posible futuro en Sevilla.

—Háblame de sus últimos años.

Marcelo, pétreo en su posición desde que llegó ella, se giró, teatral. Mariola insistió.

—Me dices que no te gusta que te pregunten por tus mamoneos interiores, pero no por los de los demás.

—Eres una cabrona mexicanota.

—¿Cuánto tiempo me echó de menos?

—Años.

—¿Cuántos años?

—Menos de los que tú quisieras.

—¿Cuántos habría querido yo?

—Infinitos. Las mujeres queréis secuestrar el amor de vuestros primeros novios de por vida, estéis o no con ellos.

—¿Lo dices por experiencia propia?

—Mis mamoneos interiores, no —dijo, sin mirarla, golpeándose con los dedos en el pecho y llenándose de ceniza la camisa.

—¿Cómo te gustaría que me comportase con él?

—Con amor, chula, con amor. La vida debe ser solo amor.

Más lo oía y más quería abrazarlo.

—Y recuerda, Mariolona... el Fidel es nuestro ídolo.

Sonó a amenaza sin tapujos. De nuevo el silencio, ya sin ensayos ni punteos.

Marcelo se ofreció a acompañarla a casa, pero ella le mintió con una cita que no existía. La ciudad, fresca, le ofrecía su noche para patearla, cientos de garitos donde apoyar codos en barra y desconocidos futuros para charlar de las miserias de Chiapas por las que nadie le preguntaba. Intentó el Sopa de

Ganso, con gente demasiado joven; la plaza del Salvador, abarrotada, y el Alhucemas, vacío a esas horas tempranas. Con la tensión por los pies por culpa de los pitillos, anduvo con calma hasta la Alameda, temerosa, eso sí, de acercarse al territorio de Fidel. Apostaba a ganadora, se imaginaba cruzándose en el Habanilla o el Corto Maltés con antiguas amistades o amantes de una noche, por lo que entró en el primer bar que encontró para hacer un pis, adecentarse frente a un espejo y tomar una tónica que la centrara.

—¿Mariola?

Un hombre de unos cincuenta años, acompañado de una jovencilla, la interrogaba.

—Sí. ¿Quién eres?

—Un tío que ha debido de envejecer muy mal.

La voz le decía algo, pero no situaba ese físico entre sus recuerdos. Habría preferido que le hablase mientras cerraba los ojos para ayudarse de su embriaguez pitillera y encontrar un atajo al pasado que él representaba.

—Caños de Meca.

—Ajá.

La chavalilla miraba tras la barriga de su padre la escena del desastroso reencuentro.

—Un accidente de moto.

—¿Tete?

—El mismo.

—Lo siento, no te he reconocido. Deja que me sitúe. Yo te daba por casado...

—Con la madre de esta hermosura —la interrumpió y tomó a su niña con manos bruscas por la barbilla—. Pero esa mujer ya es historia.

—¿Sigues con tus clases de surf?

—A la vista está que no. —Se levantó la camisa para mostrar un vientre prominente y descuidado—. Ahora me busco la vida aquí, con trabajillos de hostelería.

—Tu niña es una preciosidad.

—Lo es. —La invitó a sentarse en la barra—. No me rechazarás una cerveza rápida...

—Claro que no. Vengo un poco pedo, si te soy sincera.

—¿De dónde vienes pedo a estas horas?

—De reencontrarme con amigos. Llevaba tiempo sin venir a Sevilla.

—¿Y eso?

—He estado diez años trabajando en México. Sin venir un solo día.

—Pareces decirlo con orgullo, como si hubiera sido una prueba de «a ver cuánto me llevo sin respirar».

—¿Suena así? —Ya tenía la cerveza delante, que tomó con ansia.

—Así suena. ¿Te fuiste porque encontraste un amor?

—No. Me fui y dejé un amor aquí.

—¿Qué te puede llevar a dejar un amor para ir tan lejos?

—Tenía que encontrar mi lugar en el mundo.

A ella misma, incluso con la carga de hachís, le pareció forzada esa frase.

—¿Y lo encontraste?

—Durante algún tiempo sí.

Notó que ese hombre no tenía prisa y le tranquilizaba ver a su hija absorta en ese diálogo áspero de mutuo reconocimiento.

—Tú eras una *rara avis* que estudiaba Filosofía, creo recordar.

—Recuerdas bien.

—Mejor que tú a mí, por lo que veo.

Mariola, aturdida por el alcohol y los pitillos, bajó la cabeza, consciente de su cara roja de despiste. Por momentos no sabía en qué ciudad estaba ni con quién hablaba.

—¿Qué hiciste esos diez años en México?

—Dar clases en un poblado, en Chiapas.

—¿Siguiendo al comandante Marcos? ¿Una idealista en este mundo de mierda?

—Siguiendo mis impulsos.

—Es algo digno de reconocer... Valentía, solidaridad, humildad.

—Tal vez buscaba demostrarme que podía serlo.

—¿Ser qué?

—Valiente, solidaria, humilde...

—¿No lo eres?

—No como yo quisiera. Me encantaría que la gente se rindiera ante mí solo con decir que he estado diez años cuidando a gente desdentada, analfabeta y

sucia; necesitaría oír que el mundo me agradece los servicios prestados.

—La gente no se maravilla por cosas así.

—Lo sé.

—Ni tú deberías andar buscando reconocimiento fuera.

—Lo sé bien. —Adelantó el vaso—. ¿Tienes prisa?

—La que tenga mi hija.

Entonces se acordó Mariola de Huguito, de qué hora sería ahora en la costa guatemalteca del Pacífico, de la salud de su abuela artrítica de castellano inentendible y de los años que le aguardaban sin verlo.

La niña, absorta, hizo ver con un movimiento imperceptible que podían seguir por ese camino de confesiones impúdicas. Tal vez ella sí reconocía esos diez años de Mariola en Chiapas.

Con una cantidad insoportable de cervezas encima, Mariola supo decir «no», sin causar demasiados estragos, a la propuesta de ir a dormir a casa de ese hombre. No quería, eso sí, dormir en casa de sus padres. Su necesidad de contacto humano era irreprimible y ejerció toda su contención para no verse de bruces en la puerta de la casa de Fidel.

Eran las dos de la madrugada cuando pidió una nueva tónica en el Corto Maltés. Al jugar con el móvil descubrió un par de llamadas perdidas de Fidel, lo que le produjo una sensación de plenitud momentánea pero explosiva. Ya hacía más de dos horas desde la última y no sabía descifrar hasta qué punto él ansiaría o no una llamada de respuesta, al menos un mensaje, una señal. Su única ley era no provocar daño, pero le resultaba imposible discernir dónde estaban las claves del dolor en el ídolo de la banda de *rock*.

Los años, pensaba apoyada en la barra de ese garito, no conseguían descifrar las claves, la propia y la del ser amado. Decirle que venía a por él, a la cara, a voz en grito y sin rodeos sería a todas luces lo más recomendable, a pesar de que implicase una turbación completa en el otro a la que no creía tener derecho, porque sabía que era una mujer en búsqueda constante de un objetivo inaccesible, viscoso y transparente que la hacía indagar por rincones desconocidos, que la perdían en caminos en los que no siempre quería sentirse acompañada.

Su complejidad no se diluía en la simpleza de Fidel, su vanidad en su nobleza, sus ansias de vivir en la veneración de la rutina en él. Tenía que ser más sutil, mostrarle su amor sin palabras, rebuscar formas de hacerlo feliz sin excusas. Debía encontrar una forma de serle irremplazable sin serlo.

El sexo vino fácil cuando se propuso no hablar, bajar el listón y bajarse el escote. Disfrutó al hacer el amor sin escrúpulos, gritó cuanto quiso y se marchó antes de amanecer, para estar duchada y dormida en la cama cuando su madre la llamase para el desayuno.

60. SANDALIAS

El día comenzó luminoso nada más relacionar la claridad de la mañana con el inminente encuentro con el tío de Roberto. Sabía que a su madre la hacía feliz el mínimo detalle y ella la colmó de piropos durante el desayuno; le contó lo que era un día típico en la aldea de Huixtla.

—Allí todo es puro pique, mamá. Un desayuno de estos para ellos sería insulso, tendrían que tener mucha hambre para comérselo.

—Habrás visto crecer a muchos de esos niños durante diez años, ¿verdad?

Mientras intentaba quitarse la imagen de Huguito de la cabeza, Mariola asentía dando bocados a la tostada, con cierta avidez por tratar de eliminar los restos de borrachera del día anterior.

—Son jóvenes sin futuro. Están muy cerca de Guatemala y todo su interés lo tienen puesto en organizar la entrada a México a gente desesperada y sacarles plata para orientarlos en su ruta hacia los Estados Unidos. Todo el dinero que se mueve allí es con ese objetivo, mover gente como borregos hacia la trampa americana.

—¿Cómo aguantaste tanto allí viendo que no servía de nada tanto esfuerzo en educarlos?

—Es suficiente uno, mamá. Sentir que has ayudado solo a uno a alcanzar la universidad de San Cristóbal de las Casas, a hacerse fuerte y luchar por sacar a la familia de la pobreza. Uno de mis niños tiene ahora una empresita con cuatro empleados, en un local de nada, de veinte metros cuadrados en Huixtla, donde programan todas las webs de los comercios de la zona. Yo me acercaba allí cada semana y me invitaban a un vaso de *pooté*, encorbatados, engominados, felices.

—¿Los echas de menos?

—Soy una burra, mamá, y me forcé hace muchos años ya por mutilar toda emoción de ese tipo. Si fuera pensando en lo que dejo atrás no avanzaría.

—Eres burra, sí.

Al ver a su madre compungida le dio un achuchón.

—Mañana al mediodía te enseño a preparar las tortillas de maíz, verás qué ricas, ¡con guacamole y arrachera!

Se hizo la remolona para asegurarse de que Alfredo estuviese allí cuando ella llegara.

—¡Guapísima!

Alfredo, con una copa de vermú en la mesa, se levantó al reconocerla, liberado ya del apuro de no ponerle cara desde su llamada del día anterior. No quiso advertir a Roberto, ni mucho menos a Fidel, hasta no averiguar sus motivos para quedar con él.

—Alfredo, ¡qué alegría verte después de tantos años!

—Me alegra muchísimo recibir estas llamadas sorpresa de antiguos alumnos, a un medio viejo como yo que cuenta los días para jubilarse.

—Había un hombre en mi comunidad que me recordaba en todo a ti, por la calma con la que hablaba, por su humildad y por lo potente de sus razonamientos.

—¿Tu comunidad?

—Una comunidad indígena de Chiapas en donde he estado trabajando los últimos años, cerca del Pacífico.

Alfredo empezaba a atar cabos.

—Cierto, me lo dijiste por teléfono. Anda —se retiró para cederle el paso hacia su mesa—, pasa, que estamos aquí como dos pasmarotes. ¿Una cerveza?

—¿Una cerveza...? Prefiero agua, Alfredo. Ayer bebí más de la cuenta. Esto del reencuentro con los amigos después de tanto tiempo tiene esas cosas.

—Claro... —Alfredo llamó al camarero con la complicidad de quien lleva años sentándose en esa mesa—. ¿Cuánto tiempo por allí...? —No recordaba su nombre.

—Mariola. Me llamo Mariola. —Se rio e hizo que a Alfredo se le subieran los colores.

Relajada y respirando hondo, se desabrochó las sandalias y colocó los pies desnudos sobre la silla, se agarró las piernas y apoyó el mentón sobre las rodillas.

—A esta edad uno va perdiendo recursos, pero sí, sé que estuviste saliendo con Fidel y empiezo a recordar toda esta historia de México. ¡Admirable!, por cierto...

—He estado diez años allí, sin venir en ninguna ocasión hasta aquí.

—¿Y eso? Está bien optar por sacrificar parte de tu vida por los demás, pero tampoco hay que cortar del todo los lazos, ¿pienso yo!

—Lo hice adrede, sí. No me faltaban ganas de venir en muchas ocasiones. Quería ponerme a prueba, venir aquí con el físico cambiado, haber conseguido amortiguar todas las dependencias familiares, emocionales... Como una depuración a lo bestia.

—¿Persiguiendo qué?

—Tal vez encontrarme a mí misma.

Alfredo hizo gestos de no quedar convencido por esa respuesta.

—No sé, seré muy novelera, Alfredo, pero me negaba a vivir la vida que estaba destinada para mí, quería sentirme útil, comprendí desde muy chica que la existencia es jodida... Quería ayudar, ese era mi lema.

—Y esa experiencia, ¿ha colmado tus anhelos?

—Durante mucho tiempo, sí.

—¿Viniste por agotamiento?

—Vine porque me desencanté. No veía evolución allí, los chavales volvían a caer siempre en lo mismo, me sentí traicionada demasiadas veces... Y me cansé.

—¿Traicionada por quién?

—Por el ser humano en sí mismo. Hace años empecé a comprender que somos demasiado iguales aquí o allí, que vamos a lo nuestro, que no se respeta nada.

Algo, no sabía concretar el qué en plena dinámica conversadora, hacía pensar a Alfredo que esa chica ocultaba pistas que se antojaban básicas en todo aquel relato.

—¿Buscabas reconocimiento al irte a Chiapas?

Trajeron el agua y la apertura de la botella por el camarero mantuvo el

ambiente tenso con la pregunta lanzada al aire.

—¿Quién no busca sentirse reconocido?

—¿Eso es un sí?

—¡Y tanto que es un sí!

Alfredo dejó sobrevolar desnuda esa exclamación en el aire; sabía que al tomar el vaso de vermú sin prisas y fijar su mirada sonriente en ella, Mariola tenía que saltar de algún modo, delatarse ante él. Los años eran un grado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, defensiva.

—¿Cuánto hace que llegaste de México?

—Hace tres días.

—Tras diez años sin venir...

—Sí.

—Es un honor que, tras tanto tiempo, te acuerdes de mí y quieras dedicarme todo un mediodía.

Mariola sintió la frase como un puñal, a pesar de la amabilidad, como si de pronto se hubiera convertido en una cobaya de una de sus tesis sobre ética.

—Tengo un gran recuerdo de usted.

—¿Ahora me llamas de usted?

Incómoda, Mariola se movió en la silla metálica, que chirrió acentuando su contrariedad.

—¿Por qué está... estás tan agresivo conmigo?

—No estoy siendo agresivo, Mariola. —Trató de pensar con calma, y para ello aprovechó un sorbo, casi el último, de vermú—. Entiendo que puede haber varias razones por las que puedas venir a verme; fundamentalmente dos: el concepto que tengas de mí como intelectual, con todo lo que pueda conllevar de aporte, o bien mi relación con Fidel, tu exnovio. —Mariola le mantenía la mirada, rígida, para no delatarse—. Lo que tengo claro es que yo no estoy emocionalmente unido a ti, ni quieres ligar conmigo, ni pegarte una comilona, ni te interesa tras diez años saber qué es de mi vida personal, mi salud o mis clases... Supongamos que es la primera razón, de índole intelectual. Analizar en conjunto el porqué de tu último período vital, encontrar el sentido a unos largos años de entrega a una causa altruista...

—Cobraba mil euros.

—Poco importa. Altruista en cualquier caso, ir a la otra punta del mundo,

en medio de la selva, a echar un cable a gente sin recursos... Si por eso vienes a mí, para analizar conmigo los motivos últimos de tu conducta, las dudas que te acarrean y el sentido de estas iniciativas, en ese caso necesito de alguna manera interrogarte para entender.

—Pero tu tono es agresivo —protestó, incapaz de mostrarse relajada.

—Porque existe la posibilidad de que estés ocultándome el verdadero motivo de este encuentro provocado por ti.

—Me termino esta botellita de agua y me voy.

—Mariola, una persona como tú nunca puede resultarme indiferente. — Alfredo se incorporó y se acercó a menos de un metro de ella—. Representas la mala conciencia de gente como yo que nunca ha tenido las agallas de dar una parte de su vida por los demás. Eres admirable. Pero precisamente por tu gran capacidad de entendimiento te reto de esta forma. Quiero saber qué te mueve a buscarme tras diez años, recién aterrizada de México.

—No sé si me apetece tener que someterme a este tipo de terapias tan forzadas, Alfredo. Tal vez no acudí a ti en el mejor momento. Agradezco el encuentro y la charla, pero prefiero terminar aquí nuestra conversación.

—Como quieras —respondió él.

Mariola se levantó, se colocó con parsimonia las sandalias como prueba de fuerza y le dio dos besos a Alfredo, que los recibió con la desazón de quien aún no deja de sorprenderse por los recovecos del alma humana.

61. SOBRE

Ya en casa, absorto en la lectura de Jonathan Franzen sobre el sofá, oyó el telefonillo del portal. Pensando que podía ser Roberto, se apresuró a abrir sin preguntar siquiera. Sacó una bandeja pequeña, la colocó en la mesa de la cocina y preparó un par de platos de café. Quedaban algunas pastas en la despensa, de las que probó una para cerciorarse de que no estuviesen pasadas. Colocó el tarro de azúcar, un bote de zumo y servilletas. Echó a medias las persianas del salón, colocó la *Quinta sinfonía* de Mahler y la lanzó a escaso volumen. Frente al espejo se echó agua en la cabeza para disimular los malos pelos que le dejaban los cojines del sofá.

No subía nadie. Se cambió de camiseta, una menos arrugada que la de andar por casa, y se acercó a la puerta. Abrió. No se oía nada a esas horas de la tarde. Pensó en una llamada equivocada, pero al cerrar sintió que la puerta rozaba con algo, un gran sobre blanco. Se agachó a tomarlo y leyó, con grandes letras mayúsculas, su nombre, a secas: ALFREDO.

Su corazón se le aceleró y, al llegar al sofá para abrir el sobre, comprobó que las manos le sudaban. Se sentó, respiró ruidosamente para oírse inhalar y exhalar. No tuvo paciencia para abrir el sobre, pegado con papel celo. Lo primero que cayó sobre la mesa fue una foto del aula magna de la facultad. Estaba tomada desde el fondo de la clase. Se la acercó para comprobar que era él quien impartía la clase. Observó la ropa. Era la suya del día anterior, sin lugar a dudas. Pensó, ya más relajado, que quizá la hubiera hecho su sobrino. Miró con más atención. Roberto aparecía entre los alumnos, delante del fotógrafo, a escasas dos filas. Distinguía su pelo y su espalda. La relajación volvió a convertirse en agarrotamiento, se tumbó sobre la espalda y vació el sobre. Un papel con olor a cola de pegar contenía un mensaje claro,

escrito con recortes de letras de colores de revistas del corazón:

ALéJAtE DE La ROta
SABemOs DÓNDe EstÁS

El terror era una experiencia desconocida para él hasta entonces y, siendo consciente de ello, se dispuso a disfrutarla. Estaba claro que era un objetivo vulnerable para quien quisiese hacerle daño, y la foto venía a confirmarlo con tozudez.

La aparición de su sobrino, desenfocado y partido por la mitad, demostraría que ese fotógrafo no sabía lo suficiente al haber obviado esa información esencial en su biografía para amenazarlo, aun con ella tan a mano. Apagó las luces del salón para calmar la avalancha de pensamientos que atravesaban su cabeza. Tenía capacidad de influencia suficiente como para hablar con el rector y obtener las cintas de vídeo que seguramente existían en el aula, algo que a esas horas de la tarde no podría asegurar. Por otro lado estaba Roberto, a quien debería preguntar qué había retenido de entre las personas que lo rodeaban el día anterior en clase. ¿Habría oído algún sonido extraño de cámara de fotos, algún revuelo en la zona donde se sentaba? Cuanto más tardase en preguntarle, más se difuminaría su memoria.

Era evidente, en cualquier caso, que esa mujer no volvería a llamarlo ni a acudir a ninguna de sus citas. Lo dejaba bien claro en ese mensaje: «Apártate de mí».

Acudir a la policía sería lo más recomendable; tenía que guardar el sobre íntegro, no sabía hasta qué punto se podrían analizar huellas dactilares, y lo acompañaría, en su denuncia, del número de móvil de esa mujer. Si, junto con Roberto, tenían dudas de la efectividad de la denuncia en lo concerniente a su sobrino Bartolomé, por el indefendible currículum de su sobrino, ahora estaban hablando de coacciones a una persona honorable cercana a su jubilación. No podía, en ningún caso, precipitarse. Tomó el móvil y se lo puso sobre el pecho hasta serenarse para hacer la primera llamada.

62. U2

Cuando oyó su teléfono sonar, Roberto estaba a punto de concretar una cita por internet con una compañera de estudios a la que reencontró por Facebook. No respondió. Cuando sonó por segunda vez elaboró una disculpa rápida para no perder el hilo con esa chica.

—¿Tío?

—Roberto, tengo que hablar contigo.

—Estoy liado. Te llamo en un rato.

—No quiero asustarte, pero estoy hablando de algo gordo.

—Pues consigues asustarme. —Dudó unos segundos—. ¿Nos vemos ahora?

—Sí.

—¿Dónde?

—Cojo un taxi y me voy para tu casa... Mejor no, no quiero dar pistas. Vente tú a la mía.

—¿Pistas a quién?

—Cuanto antes llegues, antes te lo explico.

Con las manos aún sobre la mesa del teclado, Roberto tardó un par de minutos en reaccionar. Solo le venía a la mente esa caja de zapatos maldita que expulsaba mierda. Ofreció su móvil como garantía de su sano interés y se despidió de la chica del Facebook; se dio una ducha, se vistió y tomó un taxi a toda prisa.

Su tío le abrió con sigilo, la casa estaba a oscuras y dentro hacía frío.

—Hola, guapetón. —Alfredo le dio dos besos.

—Me acojonas. ¿Qué pasa?

Lo invitó a sentarse en el sofá.

—Mira lo que me ha llegado esta tarde a casa. Ábrelo.

Tras olerlo y moverlo para comprobar su peso, Roberto fue sacando la foto y el mensaje.

—No lo manosees mucho, tal vez la policía sepa sacar algo de ahí.

Se sentó frente a su sobrino y le suplicó, sin decírselo, una pista para saber qué hacer o no.

—Dijiste que volvería a ti, y ha vuelto.

—No te entiendo, Roberto.

—Cuando el otro día me contaste que se fue sin quedar en nada contigo, me dijiste que volvería a ti porque la gente no está acostumbrada a que la traten como tú lo hiciste, ofreciendo sin pedir nada a cambio. —Alfredo asentía levemente con el mentón—. Pues ya ves, tío, la de impresentables que hay por el mundo para contradecir tus teorías sobre la naturaleza humana.

—Venir... Venir, ha venido, la cabrona.

Y empezó a reír, con una risa histérica y contagiosa, que le hizo a Roberto acompañar sus carcajadas despistadas de quien no está acostumbrado a sentir la zozobra de la amenaza real.

Roberto se fue con la promesa de Alfredo de no mover nada. Lo convenció de que la iniciativa tenía que llevarla él, como familiar directo de Tolo, aprovechando el tiempo libre que le habían regalado esos días; así protegería a un Alfredo que ya no era sino una carta marcada en ese juego. Pese al alivio de confirmar que el misterioso fotógrafo no había reparado en él, a Roberto le corroía no traer a la mente imágenes de ese pupitre trasero desde el que alguien maquinaba un desafío mayor contra su tío.

Tenía que acudir a la chica del tanatorio.

Tenía, además, el tiempo para hacerlo de forma sutil, estructurar cara a Elisa toda una historia de sentimientos, una transición lógica en la que reconociera el impacto de sus palabras sin haber sabido reaccionar en aquel momento por la ceguera que le provocaba el dolor de pensar en la muerte reciente de su hermano. Si a través de Elisa no llegaba a la Rota, seguro que podría llegar a algún otro lugar cercano que le diera claves que condujesen al

entramado maléfico que acabó con la cabeza reventada de su hermano.

Recordaba, por otro lado, a Fidel y la especial debilidad que mostraba por esa chica. Lo mantendría al margen mientras fuera posible, ahora que andaba distraído con Mariola, con sus discursos y el sexo fuerte que ella traía de serie. Su única duda era si tendría su teléfono registrado en el móvil profesional que le requisaron.

Fue llegar a casa y comprobar que no, que tenía bien grabada a «Elisa tanatorio» en su listado personal. Tomó una cerveza de la nevera, colocó a U2 en el aparato de música, se sentó en el sofá de cuero y llamó.

63. CLAXON

—Dígame.

Su voz, de niña bien, despistaba a quien no la conociese; incluso, a veces, a ella misma.

—Sí —afirmó, atemorizada ante el silencio—. ¿Quién eres?

No entendió la explicación enrevesada de encuentro tras un equívoco. Pensaba en algún estafado, en un lío de juventud, antes de situar al olvidado Roberto Relinque, otra tentación oculta más diluida en el pasado.

—Es raro, yo tenía tu teléfono. —Roberto le explicó que ese número era del trabajo y que ya no trabajaba para esa compañía—. Ya. Espero que vaya todo bien.

Roberto, falsamente compungido, la invitaba a comer para disculparse por su actitud cerrada del primer encuentro. Bajando el tono de voz, Elisa aceptó, aún temerosa de que la vieran por las calles de la ciudad.

—¿Podrías recogerme en mi casa para irnos a comer por algún pueblo del Aljarafe?

No hizo falta negociar mucho para fijar la cita al día siguiente. Almudena, que leía un dominical de prensa extraviado tumbada en el sofá, se interesó por la llamada.

—Un antiguo rollo, un chico extraño. Se ve que no le van bien las cosas y necesitará un hombro en el que llorar.

—Tal vez te venga bien. ¿Tiene pelás ese hombre?

—Me da a mí que sí, pero hace tiempo que no sé nada de él.

—¿Es viejo? —continuó Almudena con el interrogatorio.

—Debe de tener mi edad. Algo más de cuarenta, supongo...

—¿No será ningún crápula de tu edad golfa?

—Todas mis edades han sido golfas, Almu.

Con la noche ya caída, a Elisa se le quitó el apetito y no acompañó a Almudena en la rutina de cenar frente al telediario.

Aeropuerto. Llegada de Barcelona. Un abrazo de madre. Un llanto de hombre. Una etiqueta con un apellido fácil de recordar. La vida se presentaba a veces tan explosiva que a Elisa le daba vértigo pensar qué habría sido de ella si se lo hubiera currado más en vez de dedicar tanto tiempo a verlas venir.

Almudena la despertó de una postura imposible para acompañarla a la cama. Sabiéndose observada, Elisa aguantó unos cinco minutos interminables a que apagase la luz y le dejase dormir su felicidad. Quería pensar a solas el traje, el pelo, el maquillaje, las sonrisas, las mentiras y verdades y los gestos necesarios para conseguir de Roberto una segunda cita. Ese debía ser el objetivo, se planteaba, una vez con el cuarto a oscuras: una segunda cita. No podía haber sexo, que tampoco era obsesivo en ella pensando en él. Si él lo quisiera, se lo daría en pequeñas gotas salvajes, sin premuras. Roberto Relinque debía conocer de ella su vida imaginada, no otra; obviaría acontecimientos vergonzantes, borrados hace tantos años que sería como si nunca hubieran existido.

Soñó con ese claxon que la llamaba desde la calle, una bajada de trajes largos color pastel y tacones altos por unas escaleras diez veces más anchas que las de Tomás de Ybarra, para llegar a una gran finca de fuentes, farolas y carruajes de caballos, donde un chófer les aparcaría el coche y les indicaría el lugar donde, con una copa de champán, los recibirían con la expectación que merecían.

64. CELESTE

Se levantó cuando ya no había nadie en casa. La temperatura de la habitación era perfecta, el silencio también. Remoloneó feliz entre las sábanas con un solo pensamiento en la cabeza: Roberto Relinque. Cerró los ojos, tomó la almohada y lo sintió cercano, descubriendo su cuerpo con caricias, susurrándole al oído preguntas acerca de su pasado prohibido a sabiendas de que ella no iba a contestarlas. En un medio dormir donde se cruzaba su certidumbre de no tener sexo con el deseo de esos susurros, Elisa fue excitándose en una espiral de placer primario en la que no cabalgaba desde hacía milenios hasta llegar a sentir que el puro roce con la ropa de la cama la electrizaba.

Tomó el móvil para ir al lavabo. No había mensajes ni llamadas que la desdijeran de sus proyectos inmediatos. La ducha la aprovechó para bajar a la tierra y autoafirmó la dificultad de encontrar a alguien con la suficiente valía como para saber quererla; lo puso todo en duda como protección para no caer de nuevo al precipicio; saboreó esa casa, las certezas de los últimos días y la compañía de Almu, su ángel redentor.

Una decena de combinaciones de ropa sobre la cama no bastaba para decidirse, no había pistas del tipo de mujer que pudiera llamar la atención de Roberto Relinque, y su amigo Fidel, por lo que podía entender, no era buen modelo en el que proyectarlo. A través de lo poco que pudo deducir de sus conversaciones de cama con Fidel, el Relinque era más serio, tenía más dinero, un espíritu más solitario, con un toque clásico aunque fumase porros y oyese a U2; un hombre de pasado doloroso, concluía, a cuestas.

¿Qué tipo de mujer casaba con todo esto?

Sin duda, una que escuchara, reposada, que supiera darle el espacio para

abrazar sus soledades sin imponerse; o quizá necesitara una con carácter, que no le permitiese arrebatos de negritud; o podría ser que todos los antecedentes de Roberto estuviesen plagados de mujeres que lo hiciesen reír, que la risa fuera su perdición, el comerse el mundo a carcajadas.

Ella sabía que podía ser cada una de esas mujeres, serlo de verdad, porque Elisa había recorrido tantas etapas, inimaginables para Relinque, tantas que sabría interpretar cualquier papel con soltura, sin sentirse forzada, y en todas estaría ella, rotunda, divina, creíble. Sin embargo, mientras se probaba unos vaqueros con una camisa roja ceñida, recordó el día en que lo enfrentó, el fracaso que supuso su intento de llegar a él a través de la plena sinceridad y transparencia. Volvía a la escena de entonces, frente al espejo, y le contaba de corazón su búsqueda por los tanatorios; creía haber sentido una llama al observar el abrazo de esa madre y sus sollozos. Y él la rechazó, la despachó indignado, molesto. ¿Qué ropa llevaba ese día? ¿Cómo se maquilló? ¿Qué palabras utilizó? Así y todo volvió a ella para decirle «quiero tomarme una cerveza contigo, quiero disculparme». Sí. La muerte de su hermano lo deformó todo; su presencia y su discurso, en cambio, le habían impactado y cuando el tiempo fue dejando atrás el duelo apareció ella, su imagen serena, que le decía: he recorrido media ciudad por llegar a ti.

Una falda ajustada azul, de su época ejecutiva, que aún le quedaba entallada y una camisa celeste, amplia, transparente, para evitar manchas de sudor, fueron la elección. Volvió a ducharse antes de vestirse. Desayunó algo ligero, se maquilló y esperó, sentada en el sofá, con la ropa planchada a un lado y los pies en alto, a que Roberto Relinque diera alguna señal. Cuando lo hizo tuvo apenas cinco minutos para vestirse. Se miró en el espejo y se besó.

65. LUNAR

Roberto, informal de vaqueros, camiseta, gafas de pasta negra y agua de colonia infantil, le sonrió desde el coche. Azorada como una niña pequeña fuera de lugar, Elisa le lanzó un beso desde el portal con la mano abierta y corrió para no seguir interrumpiendo el tráfico.

Sentirse verdaderamente inocente era una forma de prostituirse.

Justo al descender, en un instante imposible de calcular, al introducir la cabeza en el coche cruzó la mirada con una Almudena que, refugiada en la cafetería contigua a su edificio, vigilaba el momento del encuentro con el Relinque. Una punzada de terror sacudió a Elisa.

Roberto se le acercó para darle dos besos en la mejilla. Ella reaccionó extraña.

—¿Estás bien? —preguntó, cohibido, Roberto.

Elisa exhaló el aire retenido y se adelantó para responder a sus besos; olió su perfume de Nenuco, acelerador de emociones en ese momento.

—Perdona, al entrar en el coche he visto a alguien conocido en ese bar y me he sorprendido.

—¿Quieres bajar? Doy una vuelta y te recojo en un rato.

—¡No, no! Para nada. Simplemente no me cuadraba ver a esa persona ahí. Es todo. —Forzó la sonrisa y se lamentó de tan mal comienzo—. ¿Adónde me llevas de tapeo?

—Más que un tapeo —dijo Roberto, arrancando—, había pensado en una mesa con mantel. ¿Tienes hambre?

—¡Claro! —Elisa veía esa proposición como una oportunidad para compartir algo más que un rato aprisa y corriendo en una barra de bar—. Pero te advierto que soy de poco comer.

—Sí, se nota que te cuidas bien.

El Salvador Rojo estaba casi solitario. Un grupo de tres ejecutivos con caras de cierta tensión ocupaba la esquina opuesta a la mesa que Roberto había elegido.

Su familia acomodada y los años casada con Julio le daban a Elisa habilidades más que suficientes para saber comportarse con naturalidad en restaurantes selectos como era ese con el que, ella pensaba, Roberto Relinque querría impresionarla para ablandar sus posibles defensas.

—¿Lo conocías? —preguntó él.

—Me suena lo de Salvador Rojo, pero lo habría puesto por la zona de la universidad —dijo ella, a sabiendas del lugar exacto donde se encontraba el antiguo local.

—Claro —confirmó Roberto, vergonzosamente atraído por el recorrido de Elisa—. El anterior lo tenían en la calle San Fernando. Más clásico que este, pero tal vez con más encanto —dijo, utilizando la información proporcionada por su tío, no porque él hubiese conocido el antiguo local.

—Eres un pijo —se atrevió a lanzar ella, para romper el hielo del encorsetamiento en que estaba viéndose atrapada.

—Tal vez, sí. Un poco. No puedo ir de *hippy* si te traigo a estos sitios.

—A mí me gusta todo, siempre que esté en buena compañía.

Ella lo miraba a los ojos casi sin pestañear. Los ojos de él, en cambio, jugaban con los bordados de la servilleta. Pidieron una copa de champán antes de elegir el menú, que Roberto sugirió que fuera el gastronómico de la casa.

—Ponen una milhojas de manzana y *foie* impresionante.

—Me han hablado de ella —mintió Elisa, presa del desconcierto que le suponía la timidez en él.

—Te plantearás qué hacemos aquí los dos.

—Conocernos un poco, tantearnos; eso es lo que hacemos, ¿no? —respondió ella, que se había sentido fuerte hasta entonces.

—Me refiero a mi llamada, no creo que contases con que te volviese a llamar.

—Yo me muevo por impulsos, Roberto. No me arrepiento de haberme

acercado a ti como lo hice, porque fui honesta. Quizá metí la pata o fui muy intrusiva. Pero así soy yo. Entendí que no te hizo gracia mi forma de llegar a ti y comencé a olvidarte. No me gusta molestar ni quiero amargarme por historias que no tienen sentido. Lo que no puede ser, no puede ser.

—¿Siempre eres tan... directa hablando?

—Trato de ser transparente, Roberto. Y consecuente.

—Arriesgas mucho siendo así. Podías haberte encontrado con un hombre casado y con cuatro churumbeles, o con un tío homosexual, o con el descuartizador de Boston.

—Si me planteara la vida así no saldría de casa. Jugué mis cartas, Roberto. No me chupo el dedo. Por tu amigo el del bar —no quiso referirse a Fidel por su nombre por no dar pistas de su relación con él— supe que no estabas casado, y me habló maravillas de ti.

—Mi querido Fidel... —susurró en voz baja Roberto lo suficientemente alto como para que ella lo oyera—. Tal vez no sea una información veraz si viene de un amigo fiel.

—Ya te digo que me muevo por impulsos.

Les llevaron el vino, lo que provocó paradas teatrales en la escena que volvían a situarlos en sus posiciones, equivocadas las dos respecto a las intenciones opuestas. Atribulado por la soltura de Elisa, su capacidad de seducción y su franqueza, Roberto olvidó por momentos cualquier objetivo que no fuese el de conocerla mejor.

—¿Sevillana?

—Sí. De Bami. Toda mi vida entre médicos y universitarios.

—Mi padre era médico —terció Roberto.

Elisa, con ganas de contar su historia inventada y emulsionada con una pizca de realidad, supo contenerse para adivinar por qué Roberto hablaba en pasado de su padre.

—Murió cuando yo era un chaval. Cayó redondo en el trabajo de un infarto, con tan mala suerte que lo hizo en el baño del hospital, en una guardia nocturna y nadie se percató de ello hasta unas horas después. Así de jodida se presenta la vida a veces, rodeado de especialistas que podrían haberlo salvado...

—Sería joven.

—Mucho. No sé cómo se las apañaron para que yo me encontrara ya con su

cadáver en casa esa mañana de sábado, tras traerlo sus compañeros del hospital, sin que mi madre estuviera allí. A veces pienso que me inventé esa imagen, no tengo testigos en los que apoyarme.

Roberto dejó que el aliento empañara su copa de tinto y se refugió en un sorbo para plantearse cómo podía estar llegando tan lejos en sus confesiones.

—Un padre muerto...

—Pensarás que la muerte me rodea. —El vino ayudó a que la mirara directo a los ojos—. La muerte te trajo a mí.

—Me trajo un abrazo, Roberto. A ti me trajo la vida, verte hecho todo un hombretón achuchado por tu madre. No puedes imaginar la impresión que me causó esa imagen.

—¿De dónde venías?

—Ya te digo, iba en tu mismo vuelo, desde Barcelona. —Por momentos dudó de su certidumbre acerca del origen del viaje de Roberto, pero se tranquilizó al ver que no se inmutaba.

—¿Sueles viajar?

—Cada vez menos.

—¿Y eso? —preguntó Roberto, realmente interesado.

—Soy traductora, trabajo para varias compañías aquí en Sevilla y me desplazo con sus consejeros cuando hay congresos, reuniones de negocio o visitas, ya puedes imaginar... Cada vez van cortando más los presupuestos y a mí se me complica la vida.

—¿Eres filóloga?

—Y abogada. ¡Soy todo un partido!

Los dos se rieron. Jugaban con los cubiertos para no deshacer la milhojas. No podía imaginar, él, ese currículo en aquella mujer que un día se presentó de bruces en su camino.

—Lo de la abogacía era un sueño de mi padre, y yo fui tan idiota que dediqué cinco años a ofrecerle ese regalo. Luego me puse a estudiar lo que yo quería. ¡Adoro Londres! —Elisa recordaba con una sonrisa sus primeras rayas de cocaína subida en el tejado de la casa de su novio irlandés, en Hillbury—. Me impactó tanto esa ciudad que mi único objetivo era hacerme bilingüe para acabar viviendo allí.

—La vida da muchas vueltas, vendrás a decirme ahora...

—Sí. —Se rio, disfrutando realmente de la velada, olvidando por completo su papel allí—. Podríamos decirlo así, la vida lo complica todo. *Life is unpredictable!* —gritó bajito con un impecable acento británico.

Movió su copa hacia él y lo forzó a un brindis espontáneo; observó su mirada, supo que lo tenía engatusado.

—Me casé muy enamorada —continuó, imparable—. Julio, se llamaba. Un tío espectacular, honesto, generoso, culto y con un cuerpazo. Un hombre en condiciones. Ocurrió porque tenía que ocurrir, tras tener concedida una plaza como profesora en prácticas en Newcastle a la que acabé renunciando.

—¿Qué pasó? —preguntó Roberto, dando por supuesta su muerte.

—Le fallé y no me lo perdonó.

—¿Cuernos?

Elisa no negó ni afirmó porque le resultaba aún imposible asumir que fuese la cocaína la que consiguió expulsarla de esa maravillosa vida de mujer plena junto a Julio.

—No fueron cuernos con otro hombre. —Hizo un gesto brusco con la mano—. Ni con otra mujer, ¡vaya!, que podía haber sido... Pero no fue. Fueron otras cosas que quizá algún día tenga el valor de contarte.

Se disculpó para ir al baño, consciente de estar cercana a un posible punto de implosión.

La comida giró hacia los esquemas de frivolidad que imponía el continuo transitar de platos, averiguaciones acerca de sus ingredientes y risas, en tanto comentaban los sabores en un consciente juego mutuo de seducción. Como método ingenuo para evitar el taladrado de su mirada, Roberto concentraba los ojos en un lunar ovalado caoba junto a su ojo izquierdo, que la hacía irrepetible, que irrumpía en su piel fina, que él daba por bien cuidada. Elisa forzaba el hablar de nada, coqueteaba con gestos como si fuera gimnasia de mantenimiento para conseguir conectar con la parte de Roberto que obedecía a esos impulsos irracionales de personas en proceso de acercamiento. No tardó en saber que estaba excitado, que le apetecía tocarla, dormir una siesta con ella y desnudarla poco a poco hasta devorarla como un vampiro. Más claro lo tenía y más fuerza acumulaba para que no ocurriera así.

—Tienes unos ojos preciosos.

—Gracias —respondió él, azorado.

—Pero no miran donde deben. Está bien que se refugien en mi lunar, pero mis ojos no comen.

—Estoy demasiado bebido como para mantenerte la mirada.

—Tal vez, si la mantuvieras, yo buscaría un lunar en tu cara.

Roberto propuso una copa, Elisa se la aceptó con la única condición de que la acompañase luego a su casa.

—Tengo trabajo pendiente —mintió ella—. Me he comprometido con un amigo escritor a tenerle terminada su antología de relatos para una editorial independiente estadounidense. Los líos en los que me meto... —Se sentía en la gloria hablando de su vida imaginada.

—Me encanta leer, ¿podrías pasarme algún relato de tu amigo?

—Tendrás que preguntárselo a él, es una persona muy reservada que tiene claro que no quiere publicar nada en España. —Le gustaba enredarse con sus propias mentiras.

Sentados en la barra del Alhucemas, Roberto comprendió que, aunque las cosas se retorciesen, el ritmo de la vida acababa siempre dando oportunidades inesperadas que te hacían volver a creer en el ser humano. Mientras esperaba a que volviera del servicio y veía caer las burbujas de la tónica en su copa, no dejaba de sentir, que no pensar, en la gran fortaleza del azar cosquilleándole la cabeza; ese vuelo, esa sorpresa de Paca esperándolo, esa etiqueta con su apellido bien escrito con sus letras mayúsculas de arquitecto frustrado.

—¿A qué te dedicas exactamente tú?

—Trabajo para Recursos Humanos de una multinacional financiera.

—Casa mal eso de humano y financiero —provocó ella.

—Lo sé, por eso estamos tan bien pagados, para que los tiburones que contratamos no sean demasiado voraces.

—¿Cómo los domesticas?

—Soy *coach*. Recorro toda España dando formaciones a altos directivos para que sepan manejar situaciones de estrés, que integren la lucha por los objetivos imposibles de la empresa con una vida familiar sencilla, que valoren

en su justo término las promociones internas, el reconocimiento no remunerado y mil parafernalias estudiadísimas para tener a su plantilla contenta y en tensión. —Roberto no quería pensar que hablaba del pasado y lo hacía en presente—. A eso me dedico yo.

—No te veo orgulloso de tu trabajo.

—¿Qué asalariado se siente orgulloso de su trabajo?

—Seguro que muchos.

—Yo no estoy entre ellos.

Roberto le acarició las caderas al despedirla en el coche.

—Me ha encantado la comida, Roberto. Espero que algún día se repita.

Forzó los dos besos en la cara, se atusó antes de salir del coche y, sonriéndole, cerró el portal. Subió a la casa excitada, con mil ideas rondándole una cabeza masajeadada por el alcohol. Abrió con sigilo para no llamar la atención de Almudena. Todo estaba en penumbra, se quitó los tacones al entrar y fue a la cocina a beber toda el agua posible, al tiempo que apareció su compañera de piso.

—¿Qué tal tu cita, Elisa?

Sorprendida con la botella de agua de la nevera a medio consumir, hizo el gesto de responderle enseguida.

—Tranquila. Estoy en el salón. Ahora me cuentas.

La penumbra le trajo la imagen de Almudena escondida en el fondo del bar escudriñando su encuentro con Roberto. Ese interés en saber de él la descolocaba. Tomó un yogur para evitar pasar directamente por el baño para cepillarse los dientes y así no dar la impresión de querer evitarla.

—¿Qué tal tú, Almu? —Almu se encogió de hombros para hacerle ver que su mañana no había dado para mucho.

—Yo me lo he pasado en grande con este hombre. Me ha llevado a cenar a un restaurante chulísimo y luego nos hemos ido a tomar una copa a un bar por el centro.

—¿Dónde te llevó a cenar?

—Al Salvador Rojo.

—Tiene dinero, el pretendiente...

Con la boca llena de yogur, Elisa se rio.

—¡Pretendiente! Qué cosas dices...

—Es una suerte que, de golpe, un tío así de maravilloso venga a buscarte.

—¿Quién te dice que sea maravilloso?

—Lo vi, por casualidad, llegar a casa con su cochazo. —Elisa comprendió, por esta frase, que Almudena era una mujer lista—. Tiene buena planta, el tío.

—No está mal.

Elisa, rebañando el yogur, quiso terminar la charla ahí.

—¿Y qué? —insistió Almudena.

Elisa le hizo ver con un gesto que iba a cepillarse los dientes y le respondió con otra pregunta:

—¿Qué de qué?

Almudena, enredada entre cojines, hizo ver que no le bastaba como respuesta.

—¡Se ve que se ha acordado de mí! —gritó desde el baño.

—¡Me dijiste que debían de irle mal las cosas!

Elisa se asomó, con la boca llena de pasta de dientes y movimientos compulsivos de cepillado, enarcando las cejas como muestra de sorpresa.

—¡Ayer, cuando le colgaste, me dijiste que debían de irle mal las cosas!

Con la ventaja de los segundos que aún le quedaban para terminar con los dientes, Elisa elaboró la respuesta no sin sentir cierta angustia ante el interrogatorio certero de Almudena.

—¡Fue el tono apagado de su voz!

Fue acercándose hasta la mesa camilla y comprobó que Almudena comenzaba a fabricarse una raya de coca en una de las fuentes de plata colocada a la inversa.

—¿Y esto?

—Muero por un tirito hoy, Elisa. Estoy de bajona.

—No sabía que...

—No sabes muchas cosas de mí.

—Las que tú has querido contarme, Almu... Estoy aquí para...

—Hablabamos de ese chico.

Con la mirada hipnotizada tras la elaboración de la raya, Elisa cerró los ojos para evitar la tentación de pedir.

—¿Quieres que te haga una?

—¡No! —respondió con agresividad.

—No tienes por qué decírmelo así, Elisa.

—Perdona, Almu. No quiero tomar nada de droga, perdona...

—Veo que tú también tienes muchas cosas que contarme.

—Ahora quiero solo echarme un rato. Estoy mareada.

Se acercó a darle un abrazo, con el corazón acelerado, pensando dónde podría esconder ese material y suspirando porque no lo sacara más a la luz delante de ella. Tumbada en la cama, sin poder dormir, solo veía esa línea blanca que tapaba todos los instantes del mediodía con Roberto Relinque.

66. PUENTES

La despertó el móvil, que rebuscó a oscuras. No conocía el número, pero respondió pensando en Roberto.

—¿Sí? ¿Lourdes...? No me apetece hablar contigo, lo siento. Voy a colgar... Estoy cansada de amenazas, ¡déjame rehacer mi vida...! ¿Y qué consigues asustándome? Yo no voy a declarar nada contra ti. ¡No soy tonta! Sabes que no estoy limpia, ¿cómo piensas que pueda ir yo a la policía...? No sé lo que puedas saber o no de mí... Y si soy una muerta de hambre, ¿qué?

Lourdes insistió en verla, con tono melodramático; Elisa respondió con un no tajante que la llevó a un ataque de taquicardia en cuanto colgó. El silencio se presentó tan bruscamente que distinguió movimientos al otro lado de la puerta de su dormitorio. Saltó de la cama y vio que Almudena recuperaba su asiento en el sofá.

—¿Me espías?

—No seas tonta, Elisa. Estaba preocupada por tus gritos.

Con mil frustraciones acumuladas, Elisa se encerró en su habitación y admitió que esa casa se había convertido en otro territorio enemigo más. El cuerpo le pedía hacer de nuevo sus dos maletas y huir. Podía llamar a Roberto Relinque y pedirle refugio, pero bien sabía que eso era romper de cuajo el inicio de una relación que, con la fragilidad de los primeros momentos, se presentaba prometedora. Estaba Fidel y su casa recién estrenada, aunque era jugar demasiado sucio con alguien que se había comportado con ella de forma transparente, madura, sensata. Siempre que Almudena no entrara en su habitación ni la presionara en ningún sentido, Elisa decidió que se quedaría allí y recuperaría la respiración, el pulso y el norte.

Durmió a trompicones, releyó pasajes de *La reina de las nieves* y buscó argumentos para rebatir los chantajes emocionales de Lourdes. Conforme fue adentrándose la noche y la charla telefónica tomaba perspectiva, Elisa empezó a componer un relato acerca de esa mujer que no le cuadraba. No entendía la necesidad en ella de verla cuando ya el tiempo de las amenazas había pasado, sabedora Lourdes de que la había perdido como portadora de visas y mercader de encargos prohibidos.

Si había celos emocionales, estos debieron aplacarse en los primeros días; si había miedo a que la delatara, ya había dado suficientes pruebas de que no quería complicarle la vida a ella ni complicársela a sí misma. ¿Qué le hacía, de golpe, tener ese interés en verla? El rechazo a su invitación iba convirtiéndose en curiosidad por saber qué podía haber en ella que interesase tanto a una Lourdes siempre despegada de su *troupe*. Esa mujer necesitaba alguna clave que estaba en ella, seguro, aunque todas esas elucubraciones no eran sino una narración construida a partir de emociones, que consiguieron que Elisa fuera durmiéndose definitivamente con la satisfacción de sentirse necesaria.

El dulzor de levantarse pensando en ese beso no dado en el coche de Roberto Relinque duró un buen rato en su despertar casi nocturno, al sentir que el amanecer iba recubriendo su cama desde los pies, lento, y asociar el disfrute de la visión de ese rotundo movimiento imperceptible de luz mortecina a un instante de felicidad apabullantemente precedero.

El día, traicionero, fue golpeándola con verdades conocidas de las que no podía esconderse más: no tenía dinero para vivir con dignidad. Había conseguido atravesar un desierto de carencias manejando sus pocos recursos, se había administrado como hormiga un préstamo de los de no devolver arrancado a su madre con falso repudio y supo mantener, en su nueva casa, la de Almudena, varios alumnos de inglés; aun así, apenas juntaba para contribuir mínimamente a llenar la nevera del piso compartido. Ya no tenía sentido ir más al aeropuerto si no era por conseguir sacar una cena copiosa con un guiri despistado, una noche de sexo con algún ejecutivo o varios billetes de la cartera de cualquiera de ellos dos, algo que ya la quemaba por dentro, más aún

cuando sabía que ya no había la complicidad de una jefa de estraperlo con quien desahogarse, a quien entregar visas a cambio de recompensas y de quien obtener rayas de coca como contraprestación por dejarse magrear bajo un pretendido afecto real en esas transacciones no pactadas.

Ahora se presentaba alguien a buscarla. De golpe, aparecía una persona que se interesaba realmente por ella, que llevaba la iniciativa y se moría por sus huesos. Se decía que no era justa, pero nunca lo había sido, y tenía que admitir, ya en la ducha, que Fidel sí había estado loco por ella desde aquella mañana fría en que se presentó en el bar, congelada de su viaje en moto. Fidel era pureza, inocencia y hombría; sin embargo, ella no lo había escogido, por lo que se convertía en alguien no válido a sus ojos vanidosos de querer elegir y no ser elegida, como tal vez siempre lo fue en el pasado, desde la época londinense en que su risa contagiosa siempre encontraba una mirada embelesada dispuesta a estar ahí.

Los puentes con Almudena, no sabía por qué, se fracturaban de forma precipitada por, quizá, una amistad mal entendida que no sabía hacer frente al primer obstáculo, el de la libertad individual de cada una para introducir gente nueva en sus vidas. Habituada a vivir al límite, Elisa tenía la capacidad de entender lo peor del ser humano, porque era seguro que ella había pasado cerca de la frontera de cualquier perversión, y precisamente por eso huía con terror de las complicaciones que pudieran tocar su frágil rumbo.

Romper puentes la obligaba a rehacer otros y cada vez quedaban menos, casi solo uno, múltiple, la familia. Le convenía, si de alguna forma quería mantener en el tiempo lo que parecía ser una conquista, entrar en la esfera estándar de vida previsible que guiaba los pasos de Roberto Relinque. Al menos en las formas debía resucitar su estampa burguesa, bien hablada, femenina, de mujer *escandalizable* que él, quizá, tuviese como modelo para, una vez en sus redes, demostrarle que ella era mucho más que lo que él pudiese imaginar; Elisa sabía lo que era viajar a lo más profundo, terrorífico y fascinante del alma humana.

67. VERMÚ

Supo encontrar la buena hora para presentarse en la gran casa familiar, con los platos en la mesa, la tele con las noticias y el primer aperitivo en el despacho de su padre. Entró en la cocina, antes de que nadie pudiese verla, para dar un achuchón sentido a su madre, su única cómplice real en otros tiempos, demasiado débil para ser útil en ese engañoso refugio.

—Anda, ve a darle un beso a tu padre.

Elisa, sabiéndose fuerte, se apoyó con calma en la encimera.

—Ponme algo tan fuerte como lo que él esté bebiéndose.

—No está bebiendo nada, hija. Anda, acércate y dale un beso.

A pesar de todo, abrió la nevera y se extrañó de no ver los vasitos de vermú fríos. Tomó la botella de Martini y se sirvió en un vaso grande, con un par de hielos. Se dirigió pausadamente hacia la biblioteca, olfateando como un perrillo todos los recuerdos mezclados con el vapor que salía de la cocina.

—Hola, papá. —No quiso entrar al grito de «¡padre!».

Este levantó la cabeza del crucigrama del *ABC*, bajó sus gafas y emitió un sonido que debía de interpretarse como un saludo.

—¿Te apetece un vermú?

—No, gracias. No me apetece.

—¿Te estás cuidando o qué? Casi me da un colapso al no ver tus vasitos ordenados en el frigorífico.

Agustín volvió a colocarse las gafas mientras recibía un beso de labios fríos y mojados en la frente. Elisa se sintió con fuerzas para sentarse enfrente, sin prisas, aguantando el tiempo necesario hasta que su padre le dirigiera de nuevo la mirada.

—¿Qué quieres? —protestó él.

—Que me mires.

Él volvió a levantar la mirada, a bajarse las gafas, a refunfuñar.

—No quiero nada, papá. He venido a visitaros, a comer con vosotros, si me invitáis.

—¿De nuevo tirada en la calle?

—No. Siento no darte esa buena noticia. —Agustín protestó con otro ruido —. Comparto una casa, me busco la vida y no soy infeliz del todo.

—¿A qué le llamas buscarse la vida?

—A traducir textos, a dar clases de inglés... Aún no me he prostituido.

—De ti no me sorprendería nada.

—¿Por qué tanto odio, papá?

—¿Odio? Yo no odio a nadie. Odio las vidas malgastadas y la falta de voluntad.

—Falta de voluntad, vida malgastada... Eres tela de duro, ¿lo sabes?

—Lo hago por tu bien.

Elisa se contuvo antes de decir una barbaridad.

—¿Mi bien? Tú, católico, apostólico, romano, ¿te has planteado alguna vez qué es hacer el bien?

El padre volvió a refugiarse en sus gafas y su crucigrama.

—Yo soy un caso perdido para ti desde hace tiempo, papá. Te incomoda hasta que te dé un beso. Estás deseando que me vaya para limpiarte la frente.

—¡No digas tonterías!

—Me he equivocado mil veces en la vida, sí. He sufrido horrores. Me dejó el hombre al que más quería, perdí un trabajo perfecto por una depresión de caballo, no pude tener ningún niño y he ido dando tumbos por ahí. He estado enganchada a no sé cuánta mierda, he dormido muchas noches en la calle, me han dado palizas tíos impresentables, ¡tan impresentables como yo, sí...! ¡Pero soy tu hija!

—Cada uno se busca su destino.

—Ya... Cuando en tus clases de religión te enseñaron la palabra *compasión*, ¿tú estabas dormido? ¿Y *comprensión*? ¿Y *paternal*?

—Yo te he dado mil oportunidades.

—¡Pues no fueron suficientes, papá! —Elisa podía aún contener el llanto—
¡A la vista está que no fueron suficientes!

Elisa vio asomarse a su madre a la biblioteca y paró; no quería que ella presenciara el espectáculo. Contuvo el aliento deseando que su padre no abriese la boca hasta que ella se hubiera ido. Oyeron sus pasos alejarse.

—Eres un cabrón, papá. Yo no soy una buena persona, pero tú eres peor que yo. Tú solo me habrías querido si hubiera llevado una vida normal. Normal a tu manera, claro. Si te hubiera dado nietos, si hubiera sido una esposa obediente, de segundo plano, una profesional eficiente, abogada, por supuesto.

—Estoy muriéndome, Elisa —afirmó Agustín sin levantar la cabeza del periódico.

—¿Qué dices?

—Tengo la mitad del aparato digestivo invadido por un tumor maligno.

Su hija dio un sorbo a lo que quedaba de vermú. Los años vividos la forzaban a una parálisis que no le permitía huir, ni abrazar, ni preguntar. Él siguió haciendo su crucigrama como si nada, densificando aún más la atmósfera con su inacción, con los minutos alargándose en un desfile de imágenes enjuiciadoras de lo malo, de lo bueno, de lo racial, en la cabeza de Elisa, desordenadas, atiborradas de resentimiento, pena y frustración.

—Estás cagado, supongo.

Agustín no contestaba, como si ella no estuviese allí, testarudo incorregible.

—Lo siento mucho, papá.

—Gracias.

—Siento todo ahora mismo, ¿sabes? Siento no haberte hecho la vida más fácil y siento que hayas sido tan duro conmigo y que ya no tenga arreglo nada de todo esto.

Recordaba cómo se abalanzaba sobre él y se encaramaba a su cuello cuando, tras oír el tintineo de las llaves, lo recibía en la puerta de casa cuando era una niña. Y su olor, olor a hombre; sus grietas en el cuello, la piel rojiza de mal afeitado. Y ese paseo en sus brazos hasta la cocina para preguntar qué había de comer.

68. LEUCEMIA

Había crema de calabacines con picatostes y dorada de segundo. Ayudó a su madre a organizar los platos, sin atreverse a hablar de lo que ya era un secreto a voces.

—¿Puede tomar un poco de vino blanco?

—Le sienta mal, Elisa.

Comieron sin hablar nada, con las noticias a volumen inaudible en la inmensa tele del salón. De golpe, pensó en la herencia y se martirizó quitando espinas a la dorada con la destreza con que intentaba quitarse ese pensamiento de la cabeza. «Soy mala», se decía, y se flagelaba para intentar extirparse su mirada egoísta sobre el mundo. Se le venían preguntas incómodas a la cabeza acerca del tratamiento, posibles operaciones, efectos secundarios, tiempo de vida restante, dolores, depresiones, planes para morir mejor, y todas las desechara por la fragilidad que proyectaba Rosa, madre previsible, dependiente, conservadora, sin iniciativa.

—Estoy empezando una relación con alguien que os encantaría —dijo, por romper el muro de incomunicación con una nota de color.

—¿Por qué no iba a gustarnos, cariño? —preguntó, en su estilo, Rosa.

—Es de buena familia, tiene un buen trabajo, estudios de empresariales, la cabeza bien amueblada...

—¿De Sevilla? —preguntó Agustín mirando a la tele.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Roberto.

—De apellido quiero decir.

—Relinque, Roberto Relinque.

El padre dejó la cuchara, se limpió con la servilleta y la miró a los ojos.

—Esa familia proviene de Vejer. ¿Se llama Paca, su madre?

—No lo sé, papá. Aún no me ha presentado a la familia.

—¿Es viuda, la madre?

—Sí. Sí... —Elisa pensaba en la escena del tanatorio—. Sí, la madre es viuda. —Temía haber hablado más de la cuenta y que una relación cercana de su padre con la familia diera con todo al traste—. Estamos apenas conociéndonos.

—Esa familia es una delicia, Elisa —prosiguió él, de nuevo con la cuchara en su interminable crema de calabacines.

—¿De qué los conoces?

—Estudié con el hermano de su padre, Alfredo, un catedrático de Filosofía que fue rector de la Universidad hace años. Un tío magnífico. Incluso creo saber quién es ese Roberto... Es el mayor de dos hermanos, ¿no?

—Sí. Bueno... El hermano pequeño murió hace poco de un accidente. —No quería dar más pistas Elisa, ni tenía mucha más información, aunque la reacción del padre sonaba a una bendición que casi la cohibía.

—Pobre chaval. Va de una tragedia en otra.

—¿Qué tragedias?

Rosa miró a Agustín para pedirle prudencia.

—Ya te contará él lo que no te haya contado.

—Venga, papá... —pidió ella con gestos infantiles.

—Ese chaval siempre ha sido el ojo derecho de Alfredo. Ese hombre es maricón y no podía tener niños, así que imagina. Un niño excelente, excelente... Me alegras el día al decirme que haya podido fijarse en ti.

—¡Agustín! —protestó Rosa.

—Pero ¿de qué tragedias me hablabas?

—La vida, Elisa. La vida... No es hoy un día muy apropiado para hablar de males, pero ese chaval se llevó diez años cuidando a su novia, ¡una niña preciosa!, de una leucemia muy agresiva que estuvo torturándola sin piedad.

—¿Qué me dices? —Leucemia, maldita palabra; le traía indefectiblemente a Elisa la cara de Lourdes. Su único llanto entre tantos años de perversión, cuando una noche se derrumbó en el baño del restaurante, por la impotencia incurable de no poder salvar a su hermanillo de las garras de la muerte.

Leucemia de nuevo, que arrastraba su guadaña por todos lados. Imaginaba esa escena, imposible de presenciar, de Roberto sosteniendo a una princesa hermosa con la cara pálida de quien va yéndose poco a poco...

—Es un tío fuerte, ese chico. ¡Qué pequeño es el mundo, Rosa! —Parecía que Agustín hubiese encontrado por minutos nuevas ganas de vivir—. El sobrino de don Alfredo con Elisa...

—Estamos empezando, papá.

—Cuida de esa relación, Elisa. Ese hombre es de hierro y, si lo enamoras, nunca va a dejar de cuidar de ti.

69. RONQUIDOS

Elisa se quedó dormida en el sofá mientras oía el movimiento lejano de platos en la cocina, el sonido tenue de la serie de sobremesa y los ronquidos arrítmicos de su padre. Su rancio padre al que se le iba la vida. En un duermevela constante de querer y no querer levantarse, aprovechaba el ruidillo de la tele para recolocarse por el sofá sin que se oyese los ruidos de sus muelles, mirar al techo, observar los motivos alcachofados de la tela vieja de tapicería que la retrotraían a donde siempre, acercarse para olerlo, introducir las manos por entre las rendijas para buscar monedas, como entonces, y sacar y meter las piernas del brasero.

Su padre, enfermo terminal, veía ahora la luz en su hija porque se había fijado en el sobrino perfecto de un catedrático de renombre y ella, cuando menos, debía sentirse aliviada, agradecida por esa oportunidad que le regalaba la vida para limpiar su imagen de hija desagradecida, terca, de mujer fallida, de esperpento de proyecto paterno. Le espantaba, en parte, lo que había escuchado acerca de Roberto ante la posibilidad de enredar su vida con la de un tipo amargado, capado inexorablemente para amar sin miedo, desequilibrado para jugar con los afectos con naturalidad. A esas alturas de la película le costaba imaginarse preparada para llevar el peso de una relación, a ella, paradigma de la explosividad, y al mismo tiempo reguero de pólvora mojada necesitada de siglos para secarse.

La alegría de que la hubiera buscado no se la quitaba nadie; el extraño placer de obtener el reconocimiento de su padre, ¡por una vez!, tampoco. Tenía que disfrutar el momento, apurar el trago fresco sin pensar en cuánto pudiese durar el manantial. Los ronquidos de su padre la martilleaban como un reloj irregular que no le permitía sino divagar acerca del futuro, sin saber siquiera

dónde dormir esa noche; y es que había algo indefinible que la asustaba en Almudena, como si la magia con la que se había envuelto esa casa se hubiese ido y se descorriese el velo que ocultaba las razones por las que, ella también, era una mujer repudiada por la sociedad, sola, sin proyectos. No volver a dormir esa noche a su habitación sería agresivo y no existían razones objetivas para forzar tanto su relación con ella. Se dejaría llevar, la engañaría con sutilezas de nuevos cuadros colgados y fotos enmarcadas, en tanto no se aclarasen el devenir inmediato de su familia, su relación con Roberto o su propia estabilidad emocional.

Cuando los ronquidos de su padre dejaron paso a sus quejidos, Elisa se incorporó. Rebuscó el móvil entre los pliegues del sofá y se encontró con un mensaje corto de Fidel:

Rubia, ¿cómo te trata la vida?

70. ALMOHADA

Tan indeciso como decidido por llamar a Mariola, Fidel retomó el móvil suspirando por una señal de Elisa que lo liberase. Tener sexo con ella sería la mejor terapia e incluso imaginaba la posibilidad de que alguna vez Elisa se quedase a desayunar, charlasen, se besasen sin pasión o ella le manifestara algún tipo de afecto que le confirmase que Mariola era una etapa vencida.

Que Mariola no estaba jugando sucio lo asumía como un axioma, porque sabía ponerse en su piel de mujer señalada como traidora con que cargaría por mucho tiempo, ya que hiciese lo que hiciese estaría mal considerado en todo lo referente a él, víctima incontestable de un abandono brutal.

Era tarde para insistirle a Roberto en busca de una cerveza, tras dos llamadas perdidas que seguramente serían producto de una semana repleta de viajes que lo llevarían a tener la cabeza en otro sitio y no en las rutinas de un Fidel que recurriría una y otra vez al monotema de la mexicana recuperada. Rebuscó entre algunas maletas que quedaban sin deshacer para encontrar unas zapatillas de deporte con las que correr por el paseo junto al río y así disminuir la inquietud que suponía asomarse al móvil cada cinco minutos.

Ya de vuelta, trotando por el esfuerzo que había supuesto hacer varios kilómetros tras meses sin correr, adelantó a un Roberto que andaba a paso lento camino de su casa.

—¡Quillo! —gritó, dándose la vuelta, frente a él.

Encerrado en sus pensamientos, con las manos metidas en los bolsillos, Roberto continuaba andando, con la cabeza gacha, sin haberse percatado de la presencia de Fidel.

—¡Róber!

—¡Hombre, Fidelito! —Levantó la mirada, sorprendido—. Para tu casa iba...

—Te dejo la puerta abierta —dijo él sin dejar de saltar—. Voy duchándome y nos vamos por ahí de tapas.

Al tener a Roberto allí, fue menos duro comprobar, tras llegar a casa sudando y dejar las llaves en el recibidor, que no había mensajes ni llamadas perdidas. Los ánimos subieron con la ducha. Hambriento, Roberto arrasaba con los restos de chacinas envueltos en papel de aluminio que iba encontrándose en el frigorífico de Fidel.

—¡Coge una cerveza, que te vas a engollipar!

—Llevo todo el día tirado en el sofá —confesó Roberto— y no me he levantado ni para ir a comer, además de que no sé qué me habría preparado, con mi nevera vacía. Da gusto cómo tienes organizada la...

—¿Hoy no has trabajado?

—No —respondió, seco.

—Qué suerte esos horarios tuyos, que te puedes agenciar días de descanso entre semana por la cara.

—Me han despedido, Fidel —lanzó, rápido, para evitar tartamudeos. Y se abrió una cerveza con la naturalidad supuesta de quien mantiene una conversación trivial.

—Estás de coña, supongo.

—No. Tal como te lo estoy contando. —Dio un sorbo largo a la cerveza, de casi medio botellín—. Vino el gran jefe desde Barcelona, la directora de Recursos Humanos y esperaron a que llegase a mi mesa. Las encuestas vienen a decir que cada vez están menos contentos contigo, la empresa necesita otro tipo de dinámica, bla bla bla, bla bla bla...

—¿No te dieron posibilidad de colocarte en otro departamento?

—No.

—¿Lo propusiste tú, al menos?

—Sí.

Con el pelo aún mojado, Fidel se llevó las manos a la cabeza tratando de encontrar las palabras.

—¿Cuántos años...?

—Dieciséis.

—¿Vas a denunciarlos? ¿Vas a hacer algo?

—Buscarme un abogado y arreglar los papeles para solicitar el paro. Es todo lo que puedo hacer.

—Me visto y salimos a dar un paseo.

Olvidado de Mariola, Elisa y sus angustias incontrolables, Fidel se colocó los vaqueros, camiseta y jersey a oscuras, se echó algo de perfume en el cuello y rebuscó por los bajos del sofá sus zapatos. Roberto lo esperaba en la puerta, sonriente, tal vez forzando no agregar más desazón a la escena. Anduvieron por el paseo junto al río sin hablar, dándose empujones hombro con hombro, sin saber qué decirse o sabiendo que decirse algo no era necesario.

—Aún no lo he hablado con mi madre, no quiero preocuparla aún más.

—Lo entiendo.

—Tan solo lo sabe mi tío Alfredo.

—¿Qué te dice él?

—Que seguro que me viene bien.

Fidel se sonrió.

—¡Qué personaje, tu tío!

Se hacía tarde para cenar, eligieron una abacería en la calle Pureza y se sentaron al fondo, en una mesa baja de madera y taburetes.

—Si te digo la verdad, no sé si es más fuerte la frustración o la liberación. Verás, Fidel, aunque pueda parecerte de mal perdedor, sé que me han hecho un favor. —Su amigo hizo gestos de entenderlo—. He sido una hormiguita todos estos años y tengo dinero para mantenerme con dignidad, incluso sin paro, durante un par de años.

—Hijo de puta, igualito que yo...

—Fui metiendo en una cuenta aparte todas las primas por objetivos que han ido dándome desde que entré en la empresa, y por el dinero que tengo acumulado no lo debí de hacer tan mal.

—Ellos mismos son los primeros en saberlo, por eso no entiendo que te...

Roberto lo hizo callar con un movimiento vertical de las manos hacia abajo.

—El otro día estuve en una de las clases de mi tío Alfredo en la facultad. Me sentí en la gloria, ¡levitando!

—¡Qué fuerte eres, Roberto, qué cabrón! Admiro tu capacidad para sobreponerte a todo.

—No siempre has pensado así de mí.

—¿Por qué dices eso?

—Hay épocas en que me has dicho que los marrones vividos me han ido haciendo una persona más gris.

—Cualquier persona que hubiese pasado por lo que tú habrías descarrilado. Así que, si te dije eso, lo retiro.

—Ahora, sin embargo, quiero concentrarme en algo muy distinto.

Fidel abrió los ojos muy grandes, dispuesto a escuchar cualquier cosa de labios de su querido Roberto, consciente en cierta forma de que estaba presenciando una escena impactante más, candidata a alimentar el arsenal de sus recuerdos futuros.

—Voy a honrar la memoria de mi hermano.

Fidel preguntó cómo, con un movimiento enfadado de cejas.

—El otro día depositaron un sobre en casa de Alfredo, con letras recortadas de revistas de la portada del Lecturas, amenazándolo, y con una foto de él dando clases tomada el día anterior. Dio la puta casualidad de que yo estaba asistiendo a esa clase, de que quien hizo la foto estaba dos metros tras de mí y de que yo aparezco, de espaldas y de refilón, en ella.

—Joder. ¿Viste al fotógrafo?

—No. Pero voy a llegar hasta el final. He decidido que en esta vida tengo poco que perder, pero mucho que ganar si voy convirtiéndome en un tío auténtico.

—Tú ya eres una persona auténtica, Roberto.

—No, Fidel. Me he llevado demasiado tiempo dejándome engatusar por una vida facilona y sin retos. Ahora voy a ponerme las pilas.

Comieron chicharrones de Cádiz, una tabla de quesos y boquerones en vinagre con un tinto de Jumilla, sin volver al centro del huracán que suponía hablar de Tolo o del mensaje amenazante hacia su tío, porque Roberto supo desviar la conversación hacia territorios de añoranza que le recordaban toda su trayectoria hasta llegar al punto de haber sido premiado varios años como

mejor comunicador de la empresa o haber recibido encargos críticos de reestructuración del Consejo de Dirección.

—Llevo días perezoso, pensando en fichar un bufete de abogados y rehuendo hacerlo. No sé qué puedo ganar a estas alturas frente a ellos. ¿Que me reincorporen? Sería la peor de las pesadillas, es como si me hubieran expulsado de una torre de marfil que ahora, desde fuera, comprendo que era una prisión para mí.

—Tal vez ganes una indemnización espectacular.

—Sé que me van a pagar bien, Fidel. Así me lo hizo saber Mercedes, la jefa de personal de la empresa, y no tengo por qué desconfiar de ella. Me quiere.

—¿Quién quiere a quién en los negocios?

—Ella me quiere —sentenció Roberto.

Fidel se levantó a por un café para evitar una escapada de Roberto y así, al traérselo, bien cargado y sin azúcar, aprovechar la interrupción en la conversación y volver a la futura nueva vida ideada por su amigo.

—¿Tienes claro que esa carta amenazante a tu tío tenga algo que ver con la muerte de Tolo?

—Al cien por cien.

—¿Por qué?

—Prefiero no hablar de los detalles contigo, Fidel. Eres un tío muy emocional, me aprecias un montón y eres capaz de complicarte la vida si te enterases de determinadas cosas.

—Déjate de chorradas y cuéntame. Imagina que te dan un susto, que te pasa algo, siempre será mejor saber que tienes en mí a un tío que conoce tus pasos.

Roberto levantó el brazo para pedir dos orujos de hierba, traqueteó con los dedos en la mesa de madera siguiendo el ritmo de las bulerías, que en tono muy bajo ambientaban el local, y carraspeó:

—¿Te acuerdas de la caja que mi madre encontró en la habitación de Tolo?

—Sí, y de los poemas, y de la droga, y del móvil...

—Y de las últimas llamadas perdidas, seguramente con mi hermano ya muerto...

—Sí, de una tipa con un mote.

—La Rota.

—Eso.

—Mi tío consiguió, a base de insistir, de utilizar números ocultos y mucha persuasión, quedar con ella. La engatusó mintiéndole acerca de un poema póstumo de Tolo que supuestamente le decía lo mucho que la quería... Digamos que la cita terminó sin resultados, que ella no ha vuelto a responder a sus mensajes y que pocos días después le llega a Alfredo una amenaza en toda regla: o me dejas o te la buscas.

—¿Quién puede ser ella?

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo.

—¿No es más fácil acudir a la policía? Se supone que se dedican a eso, ¿no?

—Si mi hermano hubiera estado limpio ya hace tiempo que habría insistido en ir a comisaría, Fidel.

La noche se presentaba larga, Fidel decidió no mirar más la hora, sino dejarse llevar por el ritmo que quisiera marcar Roberto, no pensar en la previsible jornada resacosa y agotadora del día siguiente, tomarse los orujos que hiciera falta y escuchar.

—Su padre es de Valladolid.

—¿El padre de quién?

—De la Rota.

De golpe se le vino a la cabeza la imagen de Marina, la presunta última novia de Tolo, niñata, valentona, visceral chica de barrio.

—¿Qué edad tiene esa Rota?

—Unos cuarenta años, me dijo mi tío.

—¡Ah! —exclamó, Fidel, con alivio.

—¿Y eso? ¿Hay algo que me esté perdiendo?

—Nada, nada. Se me pasan cosas por la cabeza muy equivocadas, Róber.

Roberto pareció no dar importancia a las dudas de Fidel, ensimismado en sus reflexiones sobre cómo llegar a esa mujer soberbia que se permitía amenazar a la persona más generosa que él hubiese conocido nunca.

A Fidel le apeteció proponerle una copa en el Paseo Colón, preocupado por su estado de bloqueo; una parálisis en cuya composición no sabía identificar el

porcentaje de miedo, el de tristeza o desesperanza por volver a sentir las puñaladas de su mala suerte. Con el segundo cubata de ron se traicionó a sí mismo y le preguntó por Elisa, tema que quería evitar para no traerle a la memoria a Roberto la imagen amarga de su foto desnuda, esquelética y borracha, follando con Tolo.

—Esa es otra de mis vías de acercamiento al pasado de mi hermano —contestó él, aparentemente menos bebido que Fidel, quien tomó la frase como una agresión gratuita a su intimidad más vulnerable—. Ayer quedé con ella.

La palidez de Fidel la protegían las luces rojas del bar; el sonido de su nuez seca, que bajaba hacia el cruce de sus clavículas, la música de Pastora; su rabia, las copas de ron, que lo desproveían de armas con que defenderse.

—Apenas tardó dos segundos en reconocer mi voz por teléfono, y quedamos al día siguiente para comer, ¡en el Salvador Rojo! ¿Lo conoces? —Fidel negó con la cabeza—. Un sitio caro, esnob, donde se come como los dioses. Tenía que impresionarla para evitar una espantada, ¡ya conoces mis técnicas! Si la retenía dos horas con una comida opípara podía encontrar argumentos suficientes para engatusarla.

Ese era el momento, y Fidel lo sabía, para confesar sus noches de sexo con Elisa, su enganche a sus caderas, a su mirada perdida, a una vida salvaje que él quería conocer. Tenía confianza con Roberto como para narrar con detalle cada cita, cada polvo, la forma de sus tetas, sus gritos al correrse; incluso confianza para mentirle exagerando su cuelgue por ella. Pero no lo hizo. El alcohol y la curiosidad por saber hasta dónde había llegado Roberto con Elisa le hicieron traicionar sus sólidos argumentos para sincerarse. Roberto se regodeaba, por primera vez en la noche, sorbiendo con una sonrisa, en silencio, su *whisky* con soda.

—¿Te la tiraste?

—¿Qué? —preguntó haciendo que no había oído—. ¡Ah! No, no... aún no. De buena gana me habría metido en su casa, pero iba en coche, tendría que haber aparcado, ella no me propuso nada... En fin, creo que está emocionándose un poco conmigo y no querrá estropearlo todo follando en una primera cita.

—¿Nos vamos? —Fidel dejó la copa sobre la barra y comprobó que eran las tres de la mañana.

—¿Agobiado con la hora? —preguntó, esta vez sí, trastabillado por el alcohol, Roberto, incapaz de relacionar la reacción de huida de Fidel con el relato de sus tonteos con Elisa.

—Tengo apenas tres horas para dormir.

Roberto lo abrazó por los hombros al salir, pero Fidel se le escapó en cuanto vio un taxi dirección a Torneo.

—¡Nos llamamos!

Una vez en la cama, Fidel revisó todos los mensajes desde que unas semanas antes Elisa se le apareciese en el Cumbres. Sí, no lo seguía a él, y todo lo que empieza con una derrota está destinado al fracaso. Otra vez Roberto, otra pasada de largo para demostrarle que estaba siempre un escalón por encima. Los ánimos no le llegaban para idear argumentos con que frenar esa pulsión de su amigo por utilizar a Elisa para alcanzar las claves de la muerte de su hermano, ni siquiera aunque en sus planes estuviera disfrutar de ella en la cama. Se rozaba con la almohada pensando en ella, en esa primera noche en que se creyó ganador al conseguir trajinársela con disimulada insistencia. Con la luz apagada se frotaba entre las sábanas apretando el colchón como si fuera ella, oyendo sus gritos, esquivando los requiebros que intentaban distraerlo en su torpe maniobra por destronarla de su pedestal a base de magnificar sus idas sin despedirse, los rechazos de sus besos, viendo en Elisa una guarra interesada, enferma, psicópata y retorcida, necrófila de tanatorios, puta aspirante a hombres bien pagados, impermeable a los intentos de caricias de un camarero de barrio. La veía reírse de él, abrazar a Roberto y mofarse de él, dejarse penetrar por su amigo y burlarse de él. Se agarraba a Roberto, que se giraba y se convertía en Tolo, animoso, malhablado, de mirada perdida, dientes rotos e incapaz de disimular su punto de locura. La espalda fría al comprobar su delgadez, esqueleto infame de mil vidas vividas, al espiar su cuerpo tocado por otro, al escuchar sus gritos exagerados provocados por otro que le agarraba las caderas. Elisa se giraba y tenía cara de Mariola; Mariola se reía con las carcajadas de Elisa, le torpedeaba los tímpanos en esa noche abarrotada de alcohol en que el único sonido era el del silencio de la soledad de su cama.

71. HUMILDAD

Llegó al trabajo el último, con la ciudad aún a oscuras, pero a tiempo de no tener que dar explicaciones. Pidió ocuparse del centro de la barra para ir preparándose cafés expresos que lo recondujesen a la realidad. Dudaba, como tras un mal sueño, de qué era realidad y qué mentira. Era excesiva la información como para ser toda ella cierta. El despido de Roberto, las amenazas a Alfredo, el inicio de romance de su amigo con Elisa. Se acercó al almanaque compartido de la cocina para contar los palitos de días de permiso acumulados con idea de escapar un tiempo, aunque tuviese que aguantar el agosto sevillano allí encerrado a base de aire acondicionado y mediodías desiertos. Su jefe tardó lo suficiente como para que la construcción imaginaria de unos días en Canarias quedase anclada en los intentos inconclusos de escapatoria a que todos los humanos nos agarramos en momentos de despiste.

A media mañana apareció su padre para volver a disertar del taller de bobinado, con un café por delante, haciéndose ver para recordarle que ese negocio que era su vida lo tenía en su mano. Él, en cambio, probó a hablarle de sí mismo, algo inhabitual, con intención de comprobar hasta qué punto su padre estaba al tanto de su hijo.

—¿Habéis vuelto a ver a Mariola, papá?

—No. —Se movió incómodo, apurando el café—. Vino ese primer día preguntando por ti.

Hizo Fidel silencio esperando a que le preguntase cómo iban las cosas entre los dos, pero no salía nada de su boca.

—Parece que no hubieran pasado los años por ella, ¿verdad?

—Sí. Esa niña es muy guapa.

—Han sido años muy duros allí en Chiapas, viene curtida.

Nada. Silencio.

—Bueno, ya sabes dónde estamos, Fidel.

Puso un euro en la barra, que su hijo le retiró, tomó la chaqueta y se fue rumiando un adiós inaudible.

Fidel envió un mensaje a Marcelo con la esperanza de que hubiese alguien por la tarde en el local de ensayo. Fue al colocarse el casco de la moto cuando sintió el móvil vibrar con la confirmación de que estarían allí tocando.

Sin demasiado interés en hablar de sí mismo, le pidió un pitillo a Fernando y se sentó en su parte preferida del suelo para escuchar cómo sonaban los últimos intentos de encontrar el par de canciones que faltaban para componer el segundo CD del grupo. El canuto lo ayudó a concentrarse en los acordes del bajo de Marcelo, atento este a sus gesticulaciones de aprobación o indiferencia.

—Tienes cara de mal follado —le soltó Marcelo tras pedirle una calada y sentarse junto a él.

—Tú lo has dicho.

—¿La mexicana?

—La mexicana, la sevillana... Y su puta madre.

—Vaya tela, Fidelito. Asusta cuando te pones tan negro.

—No estoy mal, Marcelo. Simplemente hay días... en que la vida cansa.

—¿Puedo echarte un cable?

—Ya me lo ha echado Fernando invitándome al porro. —Mirando el extremo incandescente del pitillo con la máxima concentración.

—¿Cuándo vas a componernos un tema, cabronazo? Sabes que no terminamos de encontrar nada que nos conmueva y no hacemos más que darle vueltas y vueltas. Con ese careto que traes tú hoy y la grifa del Fer, seguro que sacas algo impresionante, como en tus mejores tiempos.

—Trae.

Marcelo le alargó la guitarra y Fidel se levantó a enchufarla. Sentado en la tarima, frente a él, punteó durante un rato antes de empezar a tocar melodías, pero todas lo retraían a su pasado. Tras unos cinco minutos de acople, pidió a Javi y Fernando que lo acompañasen. No lograron crear nada nuevo, pero

echaron una buena media hora encadenando sus mejores composiciones de los primeros años. Lamentándose de no ser más constante, disfrutando de su capacidad para manejarse con una guitarra entre las manos, se comprometió a volver en los próximos días con un par de propuestas contundentes.

—Déjame esta patata de guitarra de repuesto que tienes por ahí, Marcelo. Tendría que ir a casa de mis viejos a buscar mi joya y no me apetece pasarme por allí.

—Llévate la mía, Fidelito, que te veo cara de estar tomándote este reto en serio y no quiero que te salga un churro.

—¿Otro petardo? —le preguntó Fernando, acercándosele.

—Claro.

Fernando se sentó a su lado y se dispuso con calma a prepararse el porro.

—Si me quedo sopa aquí, llevadme a mi casa.

—Aún tenemos los colchones —le recordó Marcelo que limpiaba su bajo y organizaba el equipo en su estuche.

—¿Qué tal te va en el bar? —preguntó, inesperadamente, el siempre ausente Fernando.

—No va mal. Las cosas no están para quejarse, Fer, visto cómo está el panorama.

—¿Te gusta el trato con la peña?

—Me gusta.

—Ese es un barrio obrero, ¿no?

—Sí. Es un barrio humilde con mucha gente en paro estos años. Hay quien se lleva toda la mañana apurando un vasito de cazalla pegado a la barra.

Embobado con su pitillo, Fernando seguía sus palabras asintiendo con la cabeza.

—Me pareces un tío coherente, ¿sabes? —le confesó a Fidel, con naturalidad—. Yo sé que tú no conoces casi nada de mí. Llegué el último aquí, estoy todo el día emporrado y soy arisco. Pero sé lo que me digo.

—¿Qué te hace pensar que soy coherente?

—Tu forma de pensar es humilde, tu vida es humilde y transmites lo mismo...

—¿Humildad?

—Exacto.

- Es bonito lo que me dices.
- Lo sé.
- Si fueras una tía te daba un beso.
- Dámelo en la cara.

Fidel se incorporó y le dio un beso largo en la mejilla.

Marcelo lo transportó en su propia moto a Hombre de Piedra, con las dificultades de cargar con la guitarra en bandolera. Le quitó los zapatos y lo dejó vestido encima de la cama. Lo tapó con un edredón que encontró bien doblado a los pies del sofá del salón. Le tomó una cerveza fría de la nevera y se marchó, dando un portazo desde fuera.

Fidel era consciente, a la manera que le dejaba el hachís, de todo. Un todo que se magnificaba en positivo tras una tarde de las de antes, en ese período que lo traía forzosamente a Mariola, pero a otra, a aquella con la que jugaba a vivir con naturalidad, sin reglas, cuando las cosas se compartían sin maniobras asociadas porque creían que el mundo giraba así de redondo como ellos lo sentían. Tardes eternas de ensayo, noches infinitas de caricias en bancos de la Alfalfa, agendas llenas de citas, risas estratosféricas sin el mínimo resto de pelusa. La humildad cantada por Fernando se le subía tan arriba que perdía su propio sentido.

Sentirse un hombre bueno era una forma efectiva de ser feliz.

72. PARGO

La mañana siguiente, libre en el calendario, llamó a Paca para pedirle que lo acompañase al mercado e invitarla, esta vez él, a comer a casa. Paca reaccionó con un tono más alegre que la última vez, lo que lo llevó a ducharse contento, vestirse con los colores a los que incitaba la luz que entraba por el ventanal y embadurnarse de las cremas que nunca utilizaba. La recogió en la capilla del Puente de Triana.

—Estás helado —le dijo, potente, tras besarlo.

—He salido con menos ropa de lo recomendable, Paca. Vi el día tan bonito que me creí que hacía diez grados más.

—Venga, vámonos para dentro. Me han dicho que hay unos puestos donde ponen unos vinitos de naranja muy ricos para entrar en calor.

Paca aceptó comer con él, siempre que fuese en su propia casa para así tener todos sus avíos para preparar la comida.

—¡Qué ilusión le hace a esta vieja que la llames para estos paseos!

—Eres mi vieja favorita —le dijo riendo, a sabiendas de la carga que llevaba esa frase sincera.

Se hicieron con un pargo enorme, unos pimientos rojos para el horno y dos piezas de pan artesano que les quemaban en las manos. Fue Paca quien propuso no comprar más para poder llegar hasta casa atravesando por el centro.

—¡Cómo echo de menos mis paseos por estas calles, Fidel!

La cocina rectangular, amplia, la lámpara de telas de cuadros impoluta, los botes grandes de especias y el olor a café; la vida parecía girar en redondo

cada mediodía que compartía en esa casa desde su infancia, cuando su hermana Clara lo traía de la mano para comer con su espigado Roberto.

—Me sorprende esa fuerza tuya para tenerlo todo como siempre.

—¿A qué te refieres, Fidel? —preguntó ella, sin mirarlo, mientras abría el pargo con un cuchillo—. A que siempre he visto esta lámpara impecable, con la suciedad que debe de coger una tela blanca en una cocina, o esos botes llenos de condimentos de colores...

—Soy muy cuidadosa, eso es todo. Tengo mis rutinas y lo hago sin darme cuenta. Me ayuda a pensar. En vez de tirarme a la bartola o ponerme a pasear. Quizá es que a las mujeres se nos ha educado así, a reflexionar sobre nuestras vidas agarradas a un trapo o una fregona. Es como un lavado de cerebro desde que somos pequeñas, aunque ya los tiempos cambian, pero es como si nos programaran para no poder ver nada en desorden, nada sucio... cosas que los hombres no veis.

—¿Y en qué piensas mientras limpias?

—Cada cual piensa en sus miserias, Fidel. Y en sus proyectos. Desde que una mujer se hace madre, esos pensamientos los copan los hijos, cómo los tratará la vida, cómo echarles un cable sin ser muy coñazo, cómo darles cariño sin agobiarlos.

—Una madraza, vaya...

—Es la naturaleza humana, Fidel. —Colocó los pimientos en una bandeja, los espolvoreó de sal y los introdujo en el horno sin otro acompañamiento—. A mí me tocaron dos hombrecillos muy diferentes.

En una bandeja grande iba colocando Fidel los cuadrados de patatas que Paca le había encargado cortar con un tamaño preciso. El vasito de vino blanco lo animaba a encontrar más respuestas en Paca, aunque el miedo a que sus reflexiones compartidas en voz alta la llevasen a un terreno inundado de melancolía lo hizo frenar, terminar de organizar la mesa, tirar la piel de las patatas y sentarse en el taburete a observarla cocinar.

—Yo estaré de por vida orgullosa de mi Bartolomé —confesó, sin mediar pregunta—. Porque pienso que luchó desde pequeño contra su propia naturaleza.

Las palabras precisas de esa señora embaucaban casi tanto como el vino.

—Tú eres un hombre fuerte, Fidel. Mi hijo Roberto también. Demasiado

fuerte, quizá. Yo misma soy una vieja dura, valiente, cabezona... Pero hay gente que nace débil. —Miró de reojo a Fidel, con las manos llenas de escamas de pescado, como si buscara por primera vez su aprobación—. Habrá mucha gente que haya pensado que mi hijo era un drogadicto, un delincuente, un medio criminal. Yo no voy a discutir con nadie, porque a nadie le interesa, ni explicar cómo yo veo a mi Tolo. —Luchaba por no emocionarse para no desperdiciar un argumentario seguramente preparado en muchas sesiones de limpieza de botes de especias de su cocina—. Yo solo sé que él nació con menos recursos que mi Roberto para salir hacia adelante, y estar menos preparado, al final, lo llevó por caminos indeseables.

—¿Y cómo hiciste tú para hacerle ver todo eso?

—No supe, Fidel. Está claro que no supe. Soy una madre fracasada, al menos una medio madre fracasada. La otra medio madre tiene a un hijo triunfador que no para de trabajar y traer dinero a casa, del que me siento orgullosísima, pero de otra manera.

Fidel comprendió que Roberto aún no la había puesto al tanto de su despido, algo que confirmaba todo ese mar de fondo que salía de entre las escamas del pargo.

—Lo acompañé a varios centros de ayuda al drogodependiente, Fidel. Pero, vaya. ¡Ya lo sabes! Qué te voy yo a contar, si tú has sido uno más de la familia desde siempre.

—Y aun así te culpabilizas...

— No es tanto una cuestión de culpa, sino una sensación de derrota. Llegó un momento en que no pude con la situación, en que tuve que llamar a la policía y permitir que entraran en casa y se llevaran a mi Tolo, Fidel.

Paca se limpiaba las manos en su delantal, sus manos gruesas de madre dolorosa curtida en mil intentos de sacar adelante a solas una casa desde que un día le trajeron a su marido con el corazón fundido.

—¿Has visto por qué no he querido echarle cebolla al pescado? —Fidel, con los platos entre manos, se rio—. Porque no quería que me vieses llorar.

El tema de Mariola lo trató de puntillas y agradeció la actitud comprensiva de Paca a su tacañería narradora de mediodía.

—El tiempo lo pone todo en su sitio, Paca, y nuestra historia ya no es recuperable por ninguno de los dos.

Con la mirada a veces perdida en el fondo de la sopa de verduras, la madre de Roberto ahondaba en su derrame de sinceridad de un rato antes, con el corazón demasiado atizado como para poder concentrarse en el relato de Fidel. Recordaba a esa chica morena de cara redonda, descarada, encantadora, servicial, que alejó a su querido Fidel de la órbita de ese comedor durante muchos años, algo lógico cuando el amor aparece. Supo de su marcha inesperada, del duelo en él. Ahora lo tenía frente a ella, comiendo con deleite su pescado, alegre de vino lo suficiente como para abrirse; pero su cabeza estaba centrada en Bartolomé, el secuestrador de su moral, empedernido repecho para sentir en libertad.

—¿Qué te dice Roberto? —se atrevió a preguntar ella, para situarse.

—¿De qué?

—De la tal Mariola. ¿Qué te dice?

—Róber no me dice nada, simplemente me escucha. Es tan respetuoso que a veces parece que no se preocupe por nada que no sea él, aunque tú y yo sepamos que eso es solo fachada. Imagino que le preocupa verme caer de nuevo en sus redes. De hecho, ya nos hemos acostado unas cuantas veces desde que vino; eso de que yo tenga casa ahora...

—¡Fidel!

—¡Paca! —La imitó con sus mismos grandes ojos abiertos—. Es solo sexo. Y cariño. Ya sabes. Yo no tengo ningún compromiso ahora con nadie, soy libre, me puedo permitir hacer con mi cuerpo lo que quiera.

—Eso no lo dudo, niño. Pero tú eres una persona sensible, mucho. Esa mujer tal vez lo malentienda todo y empiece a montarse pájaros en la cabeza.

—Que se los monte. Si quiere volver a conquistarme, que lo haga. Mi actitud, en ningún caso, por el momento, va a ser activa. No voy a luchar por ella, pero mi puerta siempre la tendrá abierta. No voy a dejar de ser quien soy por mucho que en el pasado haya podido sufrir.

Sin quererlo, había entrado de lleno en un tema tabú en sus charlas con Paca.

—Me gustaría pensar que eres tan fuerte como me intentas explicar.

—No sé si lo soy. Seguramente no. Pero los hechos son los que son.

Mariola fue la primera chica con la que tuve sexo. Mi primer beso, la primera caricia, el primer paseo agarrados de la mano. Eso marca. Pero vaya, que en estos diez años he tenido más sexo del que puedas imaginar. —Paca hizo un gesto simpático de cubrir su enrojecimiento con la servilleta—. Me he quedado pillado de varias mujeres, otras se han pillado por mí, he tenido relaciones... Soy un tío mucho menos fácil, Paca.

—Pase lo que pase, no dejes nunca de ser auténtico. Ni de venir de vez en cuando a hacerme compañía. —Hizo por levantarse para recoger la mesa, pero Fidel, raudo, no lo permitió—. ¿Rico el pargo?

—Una pasada, Paca.

Con los platos en las manos, Fidel se acercó a darle un beso en la frente. Puso la radio de la cocina a bajo volumen, cambió la emisora a una cadena musical, se colocó el inmenso delantal de la anfitriona y esperó a que saliese agua caliente para limpiarlo todo. Sabía que, cuando llegase al salón, ella estaría dormida.

Con un fregado rápido del suelo dio por concluida su labor. Dejó la cafetera puesta, se aseguró de la siesta de Paca y paseó por las habitaciones de la casa. La habitación de Roberto era la de un estudiante universitario que estuviese a punto de volver. Las estanterías marcadas por etiquetas que señalaban los distintos cursos, los diplomas por sus másteres, las medallas deportivas. Todo un compendio de demostraciones palpables de su valor que había regalado al día a día de su madre, para que cada vez que ella se sentase en esa cama recordase todas las alegrías que le dio como hijo. Se tumbó sobre su cama, emulando su media vida allí, a través de los encuadres que los giros de la cabeza en su almohada permitían. De no haber sido por la hora que era, lo habría llamado para decirle que estaba en su cuarto, que había comido con su madre, que había, de nuevo, jugado a ser él.

Para evitar caer rendido, se forzó a levantarse. Se adentró en la habitación de Tolo, trinchera opuesta en todo, defensora del otro lado del pasillo. Las reliquias eran diferentes. Los pósteres, los objetos, los zapatos, las fotos desordenadas de gestos obscenos y risas desencajadas, los poemarios ordenados como capilla de santos... Provocando un silencio total, evitando

incluso respirar, Fidel comprobó que Paca seguía durmiendo. Se sentó en un pequeño escritorio, abrió cajones ruidosos repletos de papeles, diarios y tarjetas de visita, facturas, recortes de periódico, pañuelos, cargadores de móviles, preservativos y un puñado de rescoldos de sus años en el infierno. Acongojado por el descubrimiento, sin atreverse a tocar nada, cerró evitando todo ruido, volvió a la cocina y se tomó el café, de pie, con el corazón acelerado.

Llamaron al timbre.

Paca, despierta por la llamada, hacía por levantarse del sofá. Él le hizo gestos para que no se moviera, acudió a la puerta y se asomó a la mirilla. Era la policía. Con la vista puesta en la indefensa Paca, levantó los hombros en silencio en señal de no saber qué hacer. Sonó de nuevo el timbre, acompañado de un aporreo de puerta. Ella, preocupada por la falta de reacción de Fidel, comenzó a levantarse con la dificultad propia de su edad y de su peso. Él se apresuró a abrir.

Un par de policías nacionales jóvenes, en torno a la treintena, uniformados, con las gorras ocultas entre el antebrazo izquierdo y el costado, lo saludaron con cierta marcialidad. Una chica con ropa informal, semblante serio y una coleta de caballo como remate de un pelo muy estirado cerraba el cortejo.

—¿Vive aquí Francisca Jiménez Girón?

—Sí, ¿qué ocurre? —Fidel estaba dispuesto a no dejarlos entrar en el caso de que no llevaran una orden de registro, pero estaba a expensas de lo que decidiese Paca, que se acercaba lentamente, temiendo lo peor.

—Soy yo. ¿En qué podemos ayudarlos?

Los policías cruzaron las miradas. El que aparentaba mayor edad preguntó:

—¿Es usted la madre de Roberto Relinque Jiménez?

—Sí, soy su madre. —Se tocó el pecho, esperando lo peor—. ¿Qué ha pasado?

—Su hijo ha fallecido esta mañana.

El policía hizo una pausa, profesional, para comprobar con su silencio cómo de sorprendente era ese mensaje. Hubo unos largos segundos de falta de reacción. Paca se agarró a la puerta y Fidel, mareado, se apoyó en el mueble

de la entrada. Fue entonces cuando vino el discurso oficial:

—Unos vecinos de la avenida de la Buhaira avisaron a la policía a las once y diez de la mañana. Cuando la policía llegó, había una ambulancia y estaban tratando de hacer maniobras de resucitación, pero el cuerpo cayó de una altura de quince metros, los que corresponden a su vivienda habitual, y murió prácticamente en el acto. El juez ha ordenado el levantamiento del cadáver, al que se le realizará una autopsia en las próximas horas.

La mujer de la cola de caballo se había permitido entrar y sostenía a Paca con dificultad. Pidió ayuda de uno de los policías, que formalmente pidió permiso para entrar y trasladarla al sofá, que separaron de la mesa del salón. El otro oficial se acercó a Fidel, un pelele en estado de *shock*.

—¿Es usted familiar de Roberto Relinque?

Fidel negó con la cabeza.

—¿Tiene trato directo con la familia? ¿Podría hacerle unas preguntas?

Superado por la situación, dio su consentimiento, le pidió que lo siguiera a la habitación de Roberto y que cerrase la puerta. Se sentó en el borde de la cama. El oficial lo hizo frente a él.

—¿Puede darme su nombre y apellidos?

—Fidel Rosa Chaves.

—¿Relación con el difunto?

—Es mi mejor amigo, nos conocemos desde hace veinte años. Fue novio de mi hermana desde que yo tengo uso de razón.

—¿Ya no mantienen esa relación?

—Mi hermana murió de leucemia en 1998. ¡En sus brazos!

Ahí es donde vino el desgarró. Fidel arrancó la almohada a la cama, metió la cara en ella y comenzó a sollozar. El segundo oficial abrió la puerta y volvió a cerrarla a petición del primero, intervalo suficiente para poder oír los gritos desgarrados de Paca desde el salón, atendida por la psicóloga de la policía. Esperaron pacientes el tiempo necesario para que Fidel se calmase un poco.

—Podemos imaginar lo que está pasando, pero es necesario que nos responda a un par de preguntas más.

Dejando escapar la cabeza de la almohada, Fidel, niño malherido en carne viva, asintió.

—¿Tenía alguna razón de peso para suicidarse?

—No —consiguió balbucir—. Róber era muy fuerte.

La lucidez era difícil de encontrar para Fidel, incapaz de discernir cómo de oportuno era dar determinada información.

—A Roberto lo despidieron del trabajo la semana pasada, pero él estaba animado, con muchos proyectos. Era una persona brillante con un puesto directivo en una empresa financiera.

—Tendremos que acudir a su domicilio para comprobar que no hay señales de forcejeo ni violencia en el interior. ¿Quiere usted acompañarnos?

—Háblenlo con Alfredo Riquelme, su tío... Él sabrá ocuparse de todo.

El segundo oficial anotaba.

—Su hermano Bartolomé murió hace unos dos meses. Imaginen cómo está la madre ahora mismo. Son, ¡eran!, sus dos únicos hijos.

—¿De qué murió su hermano?

—Le abrieron la cabeza con un bate de béisbol.

El primer oficial se acercó a Fidel:

—¿Quién lo mató?

—El Bartolomé no tenía buenas compañías. Era la oveja negra de la familia. Nada que ver con Róber... Con Roberto Relinque.

Se hizo un silencio espeso.

—Hagan lo que tengan que hacer. Les anoto mi móvil para lo que necesiten. Pero déjenos llorar.

El policía se levantó de la silla y le hizo un gesto al segundo, de retirada. Este último, conmovido por el irreprimible llanto de Fidel, se le acercó y le colocó la mano en el hombro unos segundos:

—Lo siento.

73. DROGA

La noche fue cayendo en casa de Paca. Los únicos ruidos que rompían el silencio eran los lamentos de la señora y los pasos entre pasillos de la psicóloga. Fidel supo que le habían dado algo muy fuerte para dormir, que más tarde lo taparon con el edredón sin uso de la cama de Roberto, que vibró su móvil varias veces, que cayó de la mesilla del dormitorio al suelo y que amaneció lentamente un nuevo tiempo en que el dolor estaría presente para siempre.

Las fuerzas para levantarse le vinieron de imaginar la imagen desconsolada de Paca en el sofá del comedor. La casa estaba helada. Acudió al salón, vacío. Se asomó a la habitación de ella, la cama estaba sin deshacer. Se echó agua en la cabeza sin mirarse al espejo. De puntillas, evitando el frío suelo, volvió a la habitación de Roberto para calzarse. Recompuso el móvil, con su batería y las tapas por debajo de la cama, y se lanzó a la calle.

Esperó a que el teléfono se encendiese para averiguar qué hora era. Las ocho y media de la mañana. Andaba sin saber destino, más pendiente de las pistas que fueron llegando en cuanto el móvil, ya a la altura de la Puerta Osario, cogió cobertura. La mayoría de las llamadas provenía de Alfredo, aunque había no pocas de números desconocidos. Lo primero que marcó fue el número de la madre de Roberto. Todas las posibilidades estaban abiertas. No respondía. Lo intentó con Alfredo.

—Sí. Fidel. Por fin. ¿Cómo está? Acabo de enterarme por mi cuñada de que has debido de dormir en su casa. Sí. Ella está aquí, en casa, conmigo.

A Alfredo se le desbordaba la emoción hablando con Fidel, huérfano de nuevo de un referente imprescindible.

—Vente a casa, Fidel. Estamos esperando a que nos llamen en cuanto

acaben la autopsia para organizarnos con el tanatorio.

Con preguntas aparentemente incoherentes, Fidel iba tratando de poner pie en tierra.

—No lo sé. Debió de tener una crisis aguda de ansiedad, de nervios, por muy extraño que nos parezca. Venga, Fidel... Vente para acá, queremos tenerte cerca.

Alfredo colgó. No quiso sacar el tema del despido de Roberto porque no sabía hasta qué punto Paca estaba al tanto y no quería darle argumentos fáciles que la martirizasen aún más. Cada dos pasos que daba, cada objeto que tomaba necesitaba de una pausa, un respiro: «Alfredo, resiste». Llegaría el momento en que tendría que hundirse hasta los avernos, pero aún no podía visitar la parte más oscura ni era posible imaginar un futuro sin su sobrino ni cuantificar el amargor que le suponía saberse para siempre desvalido. Después de que la hubieran recogido la noche anterior y la hubiera metido en el taxi con ayuda de la psicóloga, Paca dormía en su habitación, sedada, abatida por la noticia, sollozando cada instante de lucidez en que abría los ojos. Sabiéndola despierta, se acercó a su lado, le tomó la mano derecha y le susurró:

—Viene para acá Fidel. Te lo dejaste durmiendo en casa.

—Pobre Fidel. —Lloró Paca—. ¿Cómo está él?

—Está muy entero, Paca. Él será para ti como tu niño, va a estar siempre pendiente de ti.

No había consuelo.

Había algo, en cambio, que hacía hervir la sangre de Alfredo, que lo mantenía alerta, que le impedía cerrar los ojos ni claudicar: la certidumbre absoluta de que su sobrino no se había tirado desde el balcón de su casa. Esa mañana y los días siguientes eran período de duelo, pero él no iba a ceder en su búsqueda del autor de ese escrito ni en la persecución de la Rota, irremisiblemente mezclada en ese insoportable tormento.

Fidel llamó a la puerta con los nudillos. Se desmoronó y depositó todo su cuerpo en los brazos de Alfredo.

—Ven, Fidel. Siéntate aquí, tumbate si quieres en el sofá. Te preparo un té.

Obediente, con movimientos lentos aún consecuencia de los tranquilizantes

de la noche anterior, Fidel se tumbó con los pies en alto. Alfredo le quitó los zapatos, se sentó en la mesa baja frente a él y lo miró, sin saber qué decirle.

—Tú tampoco crees que se haya suicidado, ¿verdad? —afirmó, buscando su complicidad, Fidel.

Sin ofrecerle una sola prueba de duda, Alfredo negó con la cabeza.

—No.

—Tú sabes que siempre vas a tenerme a tu lado. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé, Fidel. Sé que siempre te tendré a mi lado.

A las dos de la tarde ya sabía Alfredo que tenían una sala reservada del tanatorio de San Jerónimo. La número tres. Se sentía perdido en cuanto a quién llamar, cómo organizar el traslado, el pago de la ceremonia, los posibles anuncios en los periódicos. Si las circunstancias provocaban que la gente se enterase tarde, que estuviese él a solas con el féretro de su sobrino, poco importaba en ese instante. Le apetecía, eso sí, llamar a Joaquín por tener a alguien cercano en esos momentos terribles en que a él le tocaba, con sesenta años, tirar del carro de la responsabilidad.

Joaquín reaccionó solícito, impactado por la noticia. Trajo su coche para acercarlos al tanatorio. A la espera de su llegada, Alfredo llamó al número del instituto forense que la policía le había anotado. Respondió una chica joven que dijo no poder informarle por teléfono sin una previa identificación. Él se ofreció a darle los datos necesarios, pero la joven, respetuosa, empática y dulce, lo convenció de que mejor sería pasar por allí durante la tarde. Alfredo lo entendió.

En el tanatorio dio instrucciones precisas para evitar el responso y llevar el cuerpo directamente a sepultarlo, algo que consiguió acelerar a base de insistir. La investigación policial impedía la incineración. Siguieron al coche fúnebre en el de Joaquín.

La espera en la glorieta del cementerio se hizo eterna. Joaquín lo llevó a tomar una cerveza a la cafetería del otro lado de la avenida, para relajar el cuerpo. La burocracia la resolvió a golpe de tarjeta de crédito y asistió, junto con su amigo, al instante funesto de ver colocar el cemento sobre un nicho aún sin placas. Recibió, en ese tiempo, una llamada de Fidel.

—Tranquilo, Fidel. Vamos camino del Anatómico Forense para que nos expliquen los resultados de la autopsia.

Preguntó cuándo era el entierro.

—Ya ha sido.

Aturdido, se interesó por saber quién había ido a despedirlo.

—Nadie, Fidel. He suspendido toda ceremonia. No avisamos a nadie. Es mejor así.

Prometió llamarlo en cuanto tuviese noticias.

El instante de mayor conmoción ocurrió justo al ver la foto del cadáver.

—Se lo agradezco. Sí, es él. Es mi sobrino.

No podía pasar sin asegurar que fuese Roberto la persona a quien realizaron la autopsia, a pesar de integrar que ya para lo que le quedaba de vida quedaría esa imagen inexpresiva, pálida, corrosiva en su retina.

—Debo informarlo, al igual que ya hemos hecho con la policía, de que su sobrino cayó desde un cuarto piso estando ya inconsciente.

—¿Inconsciente?

—Exacto. La autopsia es clara en estos casos. Su cuerpo no hizo nada por evitar la caída, los músculos no se tensaron de forma natural ante el impacto.

—¿Como si estuviese dormido?

—O como si estuviese drogado, dopado, anestesiado. Las pruebas de sangre nos lo dirán en pocas horas, pero tenemos la total seguridad de que encontraremos alguna sustancia en su cuerpo que explique ese estado.

—Eso implica que alguien lo arrojó al vacío.

—Sí. Salvo que se hubiera quedado dormido en el borde de la ventana o en la barra del balcón.

Alfredo, con todo el cuerpo en tensión, se apoyó en el respaldo de su silla en el despacho del forense de guardia. Joaquín le acarició con delicadeza los hombros.

—Siento mucho lo que ha pasado.

—Gracias.

—El informe oficial pasa al expediente policial. Cuando este se cierre le harán llegar una copia. En todo caso, está al tanto de todo lo que se conoce

hasta ahora.

—¿Cuándo tendrán los análisis de sangre? —preguntó, con voz baja, Joaquín.

—Se han pedido con urgencia. Entiendo que antes de las ocho de la tarde.

—¿A qué número podemos llamar para conocer los resultados? —inquirió Alfredo.

El médico tomó una tarjeta de visita, tachó varios teléfonos y dejó visible un número de móvil.

—Pueden llamarme aquí hasta las ocho de la tarde. Doctor Cifuentes.

Joaquín lo dejó en la puerta de su casa antes de las siete.

—Gracias, Joaquín. Voy a intentar dormir media hora antes de llamar al forense. Luego te cuento.

—¿Quieres que suba?

—No hace falta. Pero tranquilo, porque voy a necesitar de ti mucho en estos días.

—Cuando tú me digas y donde tú me digas, Alfredo.

Cerró la puerta y se despidió por la ventanilla. Joaquín volvió a repetirle:

—Lo siento en el alma.

El piso estaba a oscuras, con un ambiente enrarecido. Fidel seguía tumbado en el sofá; Paca, en el baño. Aporreó la puerta con golpes secos.

—¿Estás bien?

—Sí. Alfredo. Estoy bien.

Colocó la alarma del móvil a las ocho menos diez y se tumbó en la cama pequeña de la habitación de invitados. Imaginar la estructura de su despacho de la universidad le servía como terapia para dejar la mente en blanco; y así poder concentrarse en su única necesidad en ese minuto preciso: descansar.

74. ANTAGÓNICOS

Cuando sonó la alarma, Alfredo no sabía dónde se encontraba. Tardó en reconocer su propio cuarto de invitados. La amargura de comprender la realidad que le estaba tocando vivir lo superaba todo; aun así, tuvo fuerzas para sacar la tarjeta de su cartera y llamar al doctor Cifuentes.

—Sí. Tenemos los resultados. Le confirmo lo que le había dicho. Su sobrino había ingerido un éter líquido, similar al cloroformo, en la hora inmediatamente anterior a su muerte. Podemos concluir con rotundidad que alguien lo empujó al vacío.

—Gracias —murmuró Alfredo y colgó.

El dolor era helador. Quiso encontrar consuelo en sus sabios de siempre, pero Séneca lo hundía más al decirle «muy sentida es la muerte cuando el padre queda vivo». Él tenía el dolor del padre y ni siquiera el aliento de haber tenido un hijo. Tras el último despiste, para evitar depender de su madre, Roberto dejó en algún tarro de la entrada llaves de su casa. En silencio, tratando de no despertar a nadie, Alfredo abrió los cajones de la cómoda del recibidor e hizo acopio de todas las llaves que pudo encontrar. Tomó su cartera, una chaqueta y bajó a la calle.

En diez minutos el taxi lo depositó en el portal de la Buhaira. Calculó dónde se encontraba el balcón de su sobrino e intentó descubrir alguna mancha o golpe en el acerado que le confirmase que la pesadilla era real. No halló nada. La casa estaba en silencio, impoluta. Se acercó al fregadero de la cocina buscando un vaso, una jeringuilla o un bote de algún líquido sospechoso, pero todo estaba en perfecto orden. En su habitación, austera, la cama estaba deshecha, apenas se había utilizado un lado, lo que confirmaría que había dormido solo. Las puertas de cristal que daban al balcón, bien encajadas por

dentro. Decidió no tocar nada, habían sido cuidadosos en no dejar pistas.

Sentado en el sofá, con la noche ya cerrada, luchó contra el dolor que lo arrasaba por dentro, cada minuto de vida compartida revoloteaba ausente. Las clases de inglés en sus rodillas; los ciento cuatro pueblos de Sevilla en mañanas de domingo inundadas de preguntas ingeniosas de niño curioso; los nervios de su primer viaje en avión, junto a Fede, a Palma; la risa histérica del relato de sus primeros besos; las carreras tropicadas tras el accidente en moto; el abrazo desbordado por su padre muerto, con la cabeza desaparecida del mundo en su barriga; los torneos de yudo de los jueves; su intermediación en las disputas con Tolo; las dudas compartidas acerca de si Derecho o Económicas; la primera borrachera escondido de las broncas de Paca; el falso anuncio de embarazo de su novia; el certero anuncio de leucemia de su novia, umbral del hombre que se rompió; la muerte de ella; el sinsentido; el ascenso meteórico de él, combatiente del duelo por otra vida posible; Roberto; fuerte, sereno y leal; Quijote distinguido de escudero fiel, de escudero deudor del amor total del caballero por la princesa muerta.

Ahora quedaba Fidel. Ahora quedaba Fidel.

Como era previsible, la policía no tardó en ponerse en contacto con él. Fue al día siguiente, a primera hora de la mañana. Lo informaban de los resultados de la autopsia, que él dijo conocer, y solicitaban su acuerdo para analizar el interior del piso de Roberto, a lo que él accedió en una cita fría en los bajos del edificio.

Fidel, tras solicitar una semana de descanso en el trabajo, que no tuvo problemas en obtener, había dormido ya en su casa de la Alameda. A Paca, en cambio, le pidió que se quedara con él el tiempo que considerase necesario.

—Eres un sol, Alfredo.

No quiso ocultar información a la policía que pudiese complicarle la existencia ni disminuir su credibilidad, por lo que al abrirles la puerta les aclaró que había estado allí el día antes.

—No toqué nada, todo está tal como me lo encontré.

Como era de prever, los uniformados se centraron en puntos clave, las cristaleras del balcón, los picaportes de las ventanas, cerradas, y los objetos

de la cocina, especialmente la vajilla sucia que encontraron en el lavaplatos. Duró media hora el revuelo, tras la que el oficial de mayor graduación le solicitó una entrevista.

—Claro.

Le preguntaron por problemas personales recientes y Alfredo habló con total transparencia tanto de su cercano despido como de la muerte de su hermano.

—¿Problemas sentimentales?

—Nada que yo sepa, y presumo de estar enterado de su mundo personal, hacíamos mucha vida juntos.

—¿Sabe usted si tenía deudas pendientes, impagos o alguna dificultad económica?

—Ningún problema. Podía permitirse estar varios años sin trabajar, incluso sin cobrar el paro. Era una persona prudente y ahorradora.

—Al parecer no era el mismo caso que el de Bartolomé Relinque Jiménez. —El policía sacó de una carpeta una ficha que debía de corresponder a su historial delictivo—. Un hombre que murió de forma violenta hace justo hoy dos meses.

—Sí. Nada que ver.

—¿Qué saben de su muerte?

—¿Qué saben ustedes? —Los labios de Alfredo temblaron de indignación—. Nosotros solo sabemos que nos llamaron un día de comisaría para decirnos que una banda urbana le había reventado la cabeza. Cuando solicitamos más información, nos dijeron que era una persona perseguida por la justicia y que no iban a perder mucho tiempo en darnos explicaciones. Aun así insistimos una semana más tarde. Se nos dijo que la investigación proseguiría. Nosotros seguimos sin noticias.

Los policías se miraron entre sí, sin más.

—¿Qué relación tenía Roberto con Bartolomé?

—La propia de un hermano mayor responsable que sufría con su forma de vida, sus amistades y sus miserias.

—¿Tenían amigos comunes a quienes podamos dirigirnos?

—No. Eran mundos antagónicos.

El oficial dejó de anotar y quedó con la mirada fija en Alfredo, en

reflexión.

—¿Qué cree usted que ha pasado? ¿Hay algo que no me haya contado?

—No tengo explicación, agente —contestó sin pensarlo dos veces, aun teniendo el sobre amenazante de letras de colores en su cabeza.

—¿Puede darme los datos de la empresa en la que trabajaba?

—Claro que sí. Aún debe de tener en su despacho tarjetas de visita. Hasta hace una semana estaba trabajando allí.

75. LENTEJAS

En cuanto el mando policial hubo abandonado la casa de Roberto, Alfredo cerró persianas, rehízo la cama y echó todos los cerrojos de la puerta desde fuera. Comió algo en La Monumental, donde solía almorzar con su sobrino las veces en que llegaba pronto de algunos de sus viajes de trabajo. El ruido era ensordecedor; las risas, excesivas; el colorido, agresivo; la vitalidad, venenosa, como si nada hubiese pasado en las últimas horas ni el mundo hubiera dado un vuelco brutal e irreversible. Cuando pidió el té verde final, comprobó que tenía un mensaje de Fidel:

Alfredo, tenemos que hablar

Lo llamó.

—¿Cómo estás? —preguntó Fidel—. Lamento haber sido tan inmaduro —confesó, a tropezones, buscando las palabras correctas— como para no haberte acompañado en todo este calvario.

Alfredo, tapando el micrófono del jaleo reinante en el restaurante, le dijo que lo comprendía.

—Creo que debemos vernos —pidió Fidel—. Quiero que sepas que me tienes a tu lado.

Quedaron por la noche en un bar tranquilo de la Alameda, El Abuelo, donde charlar a solas y escupir todo su dolor sin ser molestados.

El teléfono de Fidel no dejaba de vibrar y de acumular mensajes y llamadas perdidas que no quería mirar. Intuía que entre ellas estarían las de Mariola, que habría nuevas llamadas de sus padres, a los que avisó con un escueto SMS

de la muerte de Roberto, de los compañeros de trabajo, de Marcelo y de la banda de música. La única tentación que le hacía contornear el móvil era saber si la información habría llegado a Elisa, conocer su reacción de sorpresa, indiferencia o sobresalto. Algo le decía que sería a él a quien le tocaría darle la noticia, y quería hacerlo en persona.

Aporrearon la puerta mientras paseaba por la casa, en calzoncillos. Continuó su caminar hasta la cocina para picar algo de la nevera como si no fuese con él. Insistieron. Preocupado, se colocó unos vaqueros y la camiseta de dormir, y se acercó a la puerta, descalzo para no delatarse. Se asomó a la mirilla y no vio a nadie. Esperó un rato, apoyado de espaldas sobre ella, hasta que volvieron a aporrear. Se giró rápido y consiguió ver a Mariola a un palmo. Abrió.

—Fidel, por favor, ¿cómo puedes rehuirme así? Estoy muy preocupada.

Se le abalanzó en un abrazo, le dio besos por el cuello y las mejillas, y lo agarró con ambas manos por la cabeza; apoyó su frente en la de él, estatua impasible de expresión nula.

—Anda, pasa.

Mariola llevaba un par de bolsas de plástico.

—He hecho una compra con cuatro cosas básicas, porque imaginé que estarías encerrado como un ermitaño. ¿Me dejas abrir las ventanas?

Sin hacer esfuerzos por agradecer nada, Fidel se tumbó en el salón. En una ceremonia parsimoniosa de oxigenación, Mariola fue abriendo ventanas, sacudiendo cojines, recogiendo restos del naufragio del pelele en que la muerte de Roberto había convertido esos días a Fidel. Desde su sofá, Fidel escuchó sus movimientos en la cocina, el abrir y cerrar de cajoneras, el crujir de las bolsas de plástico.

—Es hora de comer ya, Fidelito. ¿Has desayunado algo? —le preguntó desde el pasillo.

—No tengo hambre —murmuró él.

—He traído naranjas. Te voy a hacer un jugo. —Traía palabras del otro lado del Atlántico, lo que le hizo a Fidel sacar una sonrisa apagada—. Te tomas eso y no te doy más la tabarra en un rato. ¿Ok?

—Ok.

En otros tiempos habría dado la vida por escuchar el exprimidor desde la

cocina en manos de Mariola, pero hay sueños que tardan tanto en hacerse realidad que, cuando llegan, no provocan otra emoción que el saber que esa otra persona que eras tú habría sucumbido de felicidad. Se incorporó lo preciso para tomarse medio vaso, cogió un cojín, lo apretó contra el pecho y se dejó caer de nuevo en el sofá. Mariola acercó la mesa baja hasta colocar las rodillas descubiertas a la altura de sus manos, que tomó con dulzura y comenzó a acariciar en silencio. No había nada mejor que el silencio en esas ocasiones. Todo lo que se pudiese decir se daba por dicho, la conversación era más apropiada a través de caricias, miradas y gestos. Con el único sonido de los muelles del sofá o el tragar de sus salivas, Mariola y Fidel estuvieron más de una hora, más de dos, cogidos de la mano, en tanto se intercalaban momentos en que él quedaba dormido por su agotamiento con otros en que no podía reprimir las lágrimas de luto, espesas y lentas, que le caían por la amplia nariz torcida hasta el suelo, si no conseguían antes frenarlas los dedos de uñas rojas de Mariola.

—Gracias —balbució Fidel.

Mariola le tapó la boca, le cerró los ojos y lo dejó durmiendo. Fue cerrando las ventanas, las persianas y contraventanas para dejar pasar la mínima luz. En la cocina distribuyó toda la compra de la mañana para prepararle unas lentejas para el día siguiente. Pensó que el hierro le vendría bien a una persona de ánimos por los suelos. No encontró olla exprés, por lo que pensó que tardarían mucho en reblandecerse. Las colocó en una cacerola con mucha agua a fuego lento antes de pensar en otra cosa, de discernir si toda la emoción que había sentido en ese rato intenso de manos agarradas quería decir lo que ella no quería ver, que toda su vida no había sido sino un transgredir reglas para llegar a la única verdad, su enorme amor por ese hombre bueno. Sintió un móvil vibrar por encima de la encimera. Aparecía el nombre de Alfredo, el profesor a quien había dejado la otra tarde con la palabra en la boca por no querer admitir sus verdades o intuiciones. Sería una buena ocasión para tomar el teléfono y decirle que era ella quien estaba cuidando de Fidel, pero evitó ese ataque de vanidad venenosa, tomó el móvil en las manos para evitar ruidos que pudiesen despistar a Fidel y continuó pelando cebollas cuando la llamada concluyó. El móvil volvió a vibrar, impaciente. Mariola lo envolvió en un paño de cocina y terminó de preparar

los avíos del guiso, absorta en su papel desubicado de ni amiga ni amante ni hermana que ella misma había bordado. Buscó pan rallado, que no encontró, para empanar unos filetes, que decidió no freír. Cortó ajos y les echó mucho limón, a la espera de una ocasión para prepararlos. Los metió en la nevera, de donde sacó una cerveza que se tomó sentada en la encimera. Se hacía de noche. Empezó a preparar el guiso. Un timbre, que ella no supo si era el de la propia casa, al haber ido cerrando puertas, comenzó a sonar. Se acercó para evitar que Fidel se despertase. Volvió a sonar. Abrió, con cuidado, la puerta.

—Hola, Alfredo.

—Hombre, Mariola. ¿Qué tal? —preguntó, descolocado por su presencia—. ¿Está Fidel en casa?

—Sí. Está durmiendo.

—Vaya. Es que había quedado a cenar aquí al lado, en El Abuelo, con él. Lo he estado llamando y no me responde.

—Pase, pase... Está en el salón. Yo estaba haciéndole algo de comer para la semana.

—Si me permites... —Alfredo se retiró la boina y se excusó por no saber cómo llegar al salón—. Verás, he dado por casualidad con la casa a partir de un par de explicaciones que me dio Fidel, aunque he tenido que llamar a más de un portal.

Mariola se acercó a la cocina para sacar el móvil de Fidel del trapo, apagar el fuego, tomar su bolso y despedirse.

—Os dejo. Voy con prisa. —Sabía que era una mentira perdonable en esas circunstancias—. Le dices a Fidel que me llame cuando pueda.

—Claro que sí. Gracias.

Alfredo consideró imprescindible ese agradecimiento de cercanía.

76. ABUELO

Aun con la cerveza delante, en el restaurante, Fidel tenía cara de estar dormido.

—Ha estado muy cariñosa esta tarde la mexicana.

—Es lo que corresponde en estos casos, Fidel. Y tú te lo mereces todo.

Miró a Alfredo, con los ojos enrojecidos, a punto de desbordarse. Entendió el profesor que no era momento de hurgar en el fuerte sentimiento que los unía.

—Esta mañana ha estado la policía en casa de Roberto. —Fidel lo miraba atento, con ojos infantiles, los codos apoyados en la mesa y una servilleta del bar que hacía las veces de pañuelo—. Los he acompañado en todo momento. Verás, la casa está impecable, el mínimo desorden que puede haber en una casa habitada, nada forzado, nada roto...

—¿Por qué? ¿Qué sospecha la policía? ¿Que alguien entró a empujarlo?

—A tu amigo lo arrojaron sedado, dormido.

Fidel, en un impulso instintivo, se levantó de la silla hasta casi tirar la mesa.

—¡Hijos de puta!

—¡Calma! Calma...

—¿Quién podía querer hacerle daño?! ¡Dime, Alfredo!

Hizo gestos a Fidel para que se calmase, aunque fuese mientras terminaba de explicarle.

—Estuve hablando con el médico que le hizo la autopsia, y antes de hacerle los análisis de sangre ya me confesó que el cuerpo de mi sobrino cayó redondo, sin hacer esfuerzos por agarrarse a nada ni la tensión propia del pánico. Al menos consuela saber que no sintió nada, porque murió al instante.

Impactado, Fidel se rascaba el cabello; sudaba sin saber qué decir.

—Luego se ha corroborado que había una especie de cloroformo en la sangre. Bien. A lo que voy. Yo no he sido del todo sincero con la policía y no sé decirte por qué. Quiero que me ayudes tú.

—¿Qué es lo que no les has dicho?

—Les he contado lo del despido, eso es de cajón, y es lo primero que van a averiguar...

—Yo también se lo dije.

—¿Qué más les contaste, Fidel?

—Nada más, que yo recuerde.

—¿No les hablaste de la Rota? —Fidel negó, firme, con la cabeza—. Imagino que Roberto te hablaría del sobre amenazante que me llegó a casa...

Fidel asintió con la cabeza.

—No dije nada de eso, Alfredo. Estaba hecho un flan cuando hablé con ellos y ni me acordé.

—Ok, ok... Verás. Ellos están muy mosqueados con el tema de Bartolomé, de Tolo. Dos muertes tan recientes de dos hermanos escaman, con toda lógica. Pero el historial del pequeño no es como para ir haciendo amigos ni obtener favores...

—Aun así, tienen que coger a esos cabrones ¡ya!

—Tienen que cogerlos. No hay nadie más interesado que nosotros, pero por eso quiero que me ayudes a razonar qué pasos tenemos que dar. Si me convences de que lo mejor es soltárselo todo a la policía y esperar, lo hacemos.

—Deberíamos darles al menos el teléfono de la loca esa, de la Rota...

—Un número de móvil se cambia en un santiamén. De hecho, no creo que mantenga el mismo después de haberme visto.

—¿Qué propones entonces?

—Propongo, de momento, tiempo para pensar. Quería tu complicidad para saber que los dos mantenemos el mismo nivel de información y que vamos con el mismo mensaje a la policía.

—Cuenta conmigo, Alfredo.

—Por la memoria de él, creo que debemos esforzarnos al máximo por entender qué ha pasado en estos días y conseguir que pague su pena quien haya cometido esa brutalidad.

Con la mirada perdida, Fidel asintió y asumió que había aún algo que el tío de Alfredo no sabía y a él le comía por dentro, la reciente cita que tuvo Roberto con Elisa.

—Es cierto, Alfredo. Tenemos que meditar.

La camarera, una señora de rasgos indonesios con las raíces blancas en un pelo teñido de negro, al verlos por fin más calmados, se acercó a preguntarles, apurada, con qué querían empezar la cena.

—¡Qué buena casa has encontrado, Fidel!

—Ni te la he enseñado, Alfredo. —Picoteaba con ansia un aliño de patatas colocado como aperitivo—. Voy a necesitar que vengas mucho.

—También yo necesitaré verte, ya lo sabes.

—Me gustaría asistir a una de tus clases de filosofía.

—Cuando quieras, Fidel. Es entrada libre.

—Róber estaba tan orgulloso de ti... Me contó lo feliz que se sintió viéndote en esa aula gigantesca dando tu clase magistral —exageraba con frases que Roberto nunca le había dicho, para aliviar el corazón de Alfredo—. No puedes imaginar cómo hablaba de su tío Alfredo.

—No sigas por ahí, Fidel. —Se le secaba la garganta tan solo de pensar en la imagen aún reciente del cemento y la espátula en la tapia del cementerio.

—El mejor homenaje es luchar por encontrar a ese cabronazo que se atrevió a quitárnoslo de nuestro lado.

—Hay que actuar con cabeza, Fidel. Estamos dentro de una pesadilla ahora mismo y tenemos que salir de ella, ver un poco de luz antes de hacer ninguna tontería. Roberto no nos lo perdonaría.

Fidel le propuso a Alfredo que durmiera en su casa, pero este lo convenció de la necesidad de ir recuperando los ritmos y espacios normales para dejar de ir vagabundeando como zombis por la ciudad.

La noche de Fidel fue una eterna lucha por llorar y no llorar, un azote de recuerdos envenenados de terror a un futuro incierto y un frío regocijo de cercanía con la muerte. Cada pequeño ruido era una esperanza de ver aparecer a Mariola, única luz en ese paisaje implacable, negro, retorcido. La charla con Alfredo, sin embargo, se colaba por cualquier rendija de esa madrugada

pastosa. Su petición de complicidad servía como acicate inesperado aun sin terminar de entender las razones últimas para no entregar todas las claves a la policía.

Había dos acontecimientos tan cercanos, el despido inesperado de Roberto y su sorpresivo encuentro con Elisa, que no sabía discernir cómo de relacionados podían estar con su muerte. En lo que daba la razón a Alfredo era en la necesidad de reposo. El odio a alguien inconcreto era tan profundo, el desasosiego con el mundo, tan incontrolable, que cualquier paso mal dado podría arruinarlo todo. Sabía que no podría ver a Elisa y aguantar dos minutos sin cogerla por el cuello y gritarle con amenazas para que escupiera por qué apareció un día en el bar preguntando por Roberto. «¿Qué buscaba esa zorra?», se decía mientras recordaba de nuevo sus caderas, su mirada perdida, sus gritos de orgasmo que no eran sino gritos de muerte.

77. BURGOS

Lo despertó la luz cegadora que consiguió colarse entre los tableros de madera de las contraventanas del salón. No era trascendente saber la hora, ni comer, ni investigar posibles llamadas en el móvil. La muerte enseña rápido, a horcajadas, sin miramientos, a cómo posicionarse en un mundo distinto del de los vivos, mientras va dejando marcado el tiempo suficiente, a quien le ve las garras, para olvidar que hubo un momento en que creyó que todo tenía sentido. Se despertó mojado, algo que hacía años que no experimentaba, sin recordar quién había sido la mujer que se le entregó en ese amanecer de pesadillas en que cayó agotado por el sueño. Un síntoma más de su cuerpo desacompañado.

Debía de ser un día de andar. Había que tomar decisiones así, binarias, facilonas, carentes de interpretación. Tocaba andar, sin importar hacia dónde ni el ritmo. Andar. Se duchó para limpiarse del sexo no disfrutado y huyó de su imagen en el espejo; se introdujo en sus vaqueros y prefirió no abrigarse pensando que caminar sería suficiente para calentarse. Dudó en tomar su móvil, pero lo agarró.

Se alejó de los grandes espacios abiertos que le ofrecía el río para adentrarse por las calles estrechas del otro lado de la Alameda y tomó siempre la dirección más extraña para buscar con qué sorprenderse; escenarios desconocidos saboreados como un turista más, sin más prisa que la de no querer parar; llenó sus pulmones de casas viejas, blasones sobre portales, escaparates de tiendas *frikis* y conversaciones espiadas de media mañana.

Paró a tomar una cerveza en la plaza de San Marcos, tratando de atinar con la mesa exterior más alejada geoméricamente de ninguna otra que estuviese ocupada. A sus espaldas se abrían calles empedradas abiertas a muros

arbolados y espadañas que lo tentaban a continuar la ruta tras la pausa. Ya sentados, se dejó sumergir en una conversación anodina acerca de dientes de ajo, sonidos de alarmas de móvil, productos de limpieza y desengaños de Cayetana Martínez de Irujo de tres mujeres habituales en tertulias mañaneras de hablar de todo sin decirse nada, que le mostraban, como momias secas, que una vida desprovista de emociones era posible al otro lado del espejo.

—¿Otra?

Fidel volvió en sí.

—Perdón.

—¿Otra caña?

—Vale... Sí, claro.

Unos brazos de delgadez extrema y una sonrisa de dientes de porcelana blanca retiraron su vaso, el plato de aceitunas liquidado y dos servilletas hechas canicas de papel. Con la certidumbre de querer conocer algo más de ella, aprendiz experto de conversaciones de barra, Fidel encontró la frase justa cuando llegó la segunda.

—¿Cuánto tiempo lleváis abiertos?

—Puf. No sé. —La chica, de unos treinta años, colocó los brazos en jarra dispuesta a una pausa generosa—. Yo llevo poco tiempo aquí, pero el bar no debe de tener más de dos o tres años. Ahora te lo pregunto.

—Eres del norte, ¿no?

—Ajá. A ver si averiguas de dónde.

—Tus eses te delatan.

—¿De dónde vengo?

—De Burgos.

—Hostias, joder. ¡Pues que soy de Burgos!

—Lo dije al azar.

—Eso merece una tercera caña... luego.

—¿Tan poco tiempo en el trabajo y ya invitando?

—¿Quién ha dicho que te invite nadie?

Fidel se rio sin apreciar que llevaba tiempo sin hacerlo.

—¿Y esa risa tan triste?

Él negó con la cabeza y se refugió en su cerveza. La chica, prudente, tomó el paño de su mandil y limpió la mesa que acababan de abandonar las vecinas

de Fidel; le sonreía en los espacios en que Fidel le permitía conectar con sus ojos.

La exposición a sus miradas aceleró la llegada de esa tercera cerveza.

—¿Qué vino a hacer una burgalesa a Sevilla?

—Huir del frío.

—Incorrecto —afirmó Fidel con los músculos faciales ya sí más relajados

—. No cuela como argumento.

—Es lo máximo que puedo contarle de mí a un cliente.

—Eso ya tiene más sentido.

—Son los clientes quienes cuentan sus vidas a los camareros.

—Este cliente está en desventaja, con tres cervezas mañaneras y sin haber probado bocado. —Oteando alrededor, Fidel comprendió que ella era la única encargada del pequeño local a esas horas tontas en que no hay desayunos ni ha llegado el momento de las tapas—. Me llamo Fidel.

—Lucía.

—¿No tienes un jefe vigilándote?

—Viene a las dos.

Asintiendo en silencio, con la mente en blanco de tantos colores cruzados, Fidel no tenía capacidad para seguir sin derrumbarse.

—Hay buen rollo con él y plena confianza.

—¿Con quién? —preguntó, perdido, Fidel.

—¡Con mi jefe! Es quien me sacó de Burgos, nos conocemos desde siempre de nuestros veraneos en El Palmar... —Frenándose en sus explicaciones, Lucía miró el reloj, por primera vez incómoda—. Vaya tabarra que estoy dándote.

—Perdona —se lamentó Fidel—. No me encuentro del todo bien, discúlpame.

Se removi6 en la silla buscando su cartera.

—Son tres euros. A la tercera te invito yo.

—Gracias, Lucía.

Fidel comprobó su pequeñez al levantarse y darle dos besos.

—Nos vemos pronto.

Caminando por la acera del convento de Santa Paula, Fidel no pudo detener las lágrimas, impotente por no haber sabido mantener la serenidad suficiente para decirle a la burgalesa que necesitaba conversaciones espontáneas como esas en su futuro inmediato, salir del círculo de una vida estancada que acababa de vaciarse del principal manantial de agua limpia.

Volvió, con dificultad, a las manos en los bolsillos, el paso lento y el respirar pausado cuando alcanzó la calle Levías. Podría acercarse al barrio de Elisa, paseárselo, sin necesidad de llamar a su puerta ni espiar sus pasos, pero la rabia le hacía ir en sentido contrario, aletargar sus iniciativas, ponerlas al servicio de las que pudiera promover Alfredo, más sereno, experimentado y racional. Sonó el móvil con el teléfono de la casa de sus padres, a quienes debía demasiadas llamadas perdidas.

—Sí...

Lo invitaban a almorzar.

—Otro día, mamá. Otro día.

Le preguntaba cómo podían ayudarlo.

—Esto es un proceso duro, mamá. Tú lo sabes bien.

Ella nunca volvió a ser la misma desde que enterró a su hija.

—Perdona que te cuelgue, mamá, pero tengo miedo de ponerme de nuevo a llorar. Necesito estar solo. Un beso, mamá. Un beso muy grande...

Desechó acercarse al local de ensayo, pasarse por el bar, visitar a Mariola o llamar a Alfredo. Comió un sándwich en un bar de la calle San Fernando y volvió por la avenida para rodearse de gente anónima que lo hiciesen sentir menos frágil. Tenía que sudar la angustia, aprender a gestionarla, hacerse fuerte, construir bases sólidas sustentadas en el orgullo de hombre maltratado por pérdidas irreparables demasiado tempranas; debía encontrar motivaciones que le permitiesen no despertar cada mañana temiendo a la desesperanza, aunque los argumentos los basara en un homenaje a su hermana y Roberto, y su vida esos días se la prestara a ellos dos.

Cuando el remoloneo del sofá lo invitaba a picar algo en la nevera, antes de adentrarse de nuevo en una noche tormentosa, sonó el teléfono. Era Elisa.

—Hola, Fidel, ¿cómo estás? ¿Es muy tarde para llamarte?

Él le contestó que no con voz ronca, de llevar casi todo el día sin hablar.

—Perdona, solo era para charlar contigo un rato.

Fidel dijo que estaba a punto de irse a dormir.

—¿A qué hora libras mañana? ¿Tendrías un hueco para un café o una cerveza?

Él dijo que tenía libre la mañana.

—¿Dónde nos vemos...? ¿Café Piola? Ok. Allí te veo a las diez. Seré puntual. Un beso.

78. GUIOS

Elisa podía entender esa desgana en un hombre ya habituado a soportar sus desprecios más allá del sexo, pero era el único que podría llevarla a un Roberto varios días ilocalizable, con el teléfono apagado y sin la mínima delicadeza de responder a sus mensajes.

Repasaba una y otra vez las palabras al despedirse en el coche, por intentar descifrar un gesto en él de desencanto, pero no encontraba sino la imagen de un hombre ilusionado. El mayor dolor no era perder a Roberto en sí, que también, sino la frustración de no haber superado esa prueba de fuego que suponía retener a una persona que ya la había rechazado una vez.

¿Qué había de maldito en ella?

La única postura admisible era la sinceridad, abrirle el corazón a Fidel, aun con pocos argumentos para justificar su cuelgue por Roberto, esa atracción necrófila por el desvalido hombre derrumbado en brazos de su madre. El riesgo de que Fidel la delatara estaba ahí, por mucho que ella creyese que bajo esa capa de chico de barrio simplón había un tipo íntegro. Almudena llamó a la puerta de su habitación con los nudillos y abrió.

—¿Te apetece una copa en el Alhucemas?

—No me apetece, Almu. —Le respondió con desgana, sentada sobre la almohada de la cama, con la espalda apoyada en el cabecero—. Por cierto, apúntame la próxima compra la semana que viene. Ya mismo estamos a fin de mes y comienzan a pagarme las clases.

—¿Puedo preguntarte qué te pasa? Hoy tampoco has cenado.

—Nada. No me pasa nada.

—¿Y el chico del coche del otro día?

—Sin señales de vida. Ya las dará si quiere. Tiene mi móvil.

—Llámallo.

—No dejo de hacerlo, desde un número oculto para no delatarme. Pero siempre está apagado.

—Envíale un mensaje.

—Todo eso lo he hecho, Almu. Gracias. De verdad. Cuando no hay interés, no hay que buscar más.

Almudena se permitió entrar, encender una pequeña luz sobre el único aparador de la habitación y sentarse en el borde de la cama.

—¿Cómo lo conociste?

—Deja... Es una historia muy enrevesada y no me apetece hablar de él.

—Te vendrá bien hacerlo.

—No. De verdad. No me apetece nada.

—Yo tengo contactos, podría ayudarte a localizarlo, no sé...

—No es un fugitivo, Almu, es simplemente un tipo que no se muere de ganas de verme.

Almudena se levantó, consciente de la cerrazón de Elisa a abrir su corazón.

—Tómame al menos algo de postre antes de acostarte.

—Lo haré. Prometido. Unos yogurcitos de esos de chocolate blanco que tú me traes...

Elisa saltó de la cama cuando oyó la puerta de la calle cerrarse, se preparó un vino con casera blanca y empezó a sacar de la nevera todo lo que encontró para preparar un guiso casero para el día siguiente, a sabiendas de la fiesta que hacía su compañera de piso a esos platos calientes que no acostumbraba a comer.

Mientras cocinaba, animada por el alcohol, hizo propósitos de acudir al día siguiente a casa para tomar el aperitivo de nuevo con su padre, interesarse por la evolución de su salud y así luchar por mantener las aguas calmas en los meses duros que quedaban por venir, en que la degradación física interferiría en su necesidad de no terminar mal con él. De pronto, recordó la ilusión con la que integró una posible relación con el sobrino del catedrático y dudó si no atrasar el aperitivo a días posteriores en que supiese qué destino le deparaba con Roberto. Saber algo más de él fue lo que la llevó a llamar cerca de la

medianoche a Fidel, con la esperanza de que su fidelidad de amigo ganase a su vanidad de amante.

79. DESAYUNO

Se despertó cansada, con cierta resaca, inhabituada a dejarse controlar los ritmos por alarmas de móvil. Su propósito, estudiado durante la noche en decenas de cambios de postura, era transmitir frescor, intrascendencia y buen rollo a Fidel, por lo que eligió ropa que la rejuvenecía, maquillaje sutil que realizaba sus ojos claros, coleta de puntas rizadas y colonia infantil robada del neceser de Almudena. Tenía diecisiete euros en el monedero, por lo que no descartó hacer un esfuerzo en comprarle algún detalle a Fidel, amante de una música rítmica, en inglés, guitarrera, que siempre tenía de fondo mientras follaban, porque si una imagen tenía de él era su ron con cola y los ojos pequeñillos abiertos como platos en sus orgasmos.

Quiso llegar antes de las diez para coger sitio, pillar la luz al bar, repasarse con rímel en el espejo, tomar un té, tranquilizar sus nervios en la espera y atesorar, con argumentos, el control del espacio.

Fidel, coherente con su saber estar, llegó a la hora en punto. Al darle los dos besos, Elisa supo que algo marchaba mal, lo que desmontó de raíz su biblioteca de frases preparadas para la ocasión.

—¡Qué delgado estás!

Él sonrió, sin responder con excusas ni devolver comentarios; cerrado, expectante, parco.

—¿Estás enfadado conmigo?

Fidel la miró sin decir nada.

—¿Has desayunado? —preguntó Elisa.

—No...

—¿Café y tostada con tomate, jamón y aceite? —Fidel asintió—. Va a sentarte de maravilla.

Ya en la barra, indefensa más ante su semblante que por su actitud, Elisa pidió su desayuno, con deseos de escapar de allí.

—Ahora mismo se lo acerco.

—Gracias. Si puedes ponerme un cortado con unas gotitas de Bailey's...

—Claro. Siéntese, que no tardo nada.

A Elisa solo se le pasaba una posibilidad por la cabeza: el daño infligido por su incapacidad de tener con él otra relación que no fuese sexual se había vuelto insoportable para Fidel.

—¿Te pasa algo que yo no sepa?

—No sé si me chuleas o estás en la inopia —respondió, ácido, Fidel.

—Estoy en la inopia, está claro.

—¿Cuándo fue tu comida por todo lo alto con Roberto?

—Fue él quien me llamó.

—¿Cuándo fue?

—No sé, hace poco. ¡Qué más da!

—¿No habéis vuelto a veros?

—¡¡¡No!!!

El grito sonó hueco en todo el bar. No podía entender ese juego perverso de celos entre dos amigos por ella ni las facciones constreñidas hasta ese punto.

—A Roberto lo asesinaron hace dos días, lo drogaron y lo arrojaron por el balcón de su casa. Roberto ya no existe, es historia.

A Elisa se le clavaron mil cuchillos eléctricos.

—Tu cara parece confirmar que te coge de sorpresa, Elisa.

Apesadumbrada en su silla de madera, ella ya no escuchaba a Fidel.

—Yo maldigo el día en que apareciste y confío en que no haya la más mínima relación entre tu aparición y su muerte, porque por mínima relación que existiese yo te buscaría hasta matarte.

Fidel se acercó a la barra, arrojó un billete de diez euros y se alejó sin mirar atrás.

80. RENAULT

A tormentado por su propia reacción, improvisada, desgarrada e injusta, berreando contra su fatalidad, Fidel atravesó la Alameda evitando recluirse en su casa para descartar cualquier posibilidad de visita de Elisa, arrojó su teléfono móvil, con mensajes sin responder a Mariola, a su madre y a Marcelo, a un contenedor metálico cuya rueda giró con violencia para asegurar que caía bien hondo al pozo de los desechos y así evitar que ella llegase a él por ningún medio con explicaciones congruentes que lo convenciesen de hasta qué punto había sido un canalla.

Tenía una información utilísima: Elisa era inocente.

Trotó con paso cansino, entre viandantes pausados en su cotidianidad, mirando hacia atrás para asegurarse de no tenerla tras de sí. Tomó un taxi para llegar a la facultad de Filosofía y buscar en los tableros el nombre de Alfredo Relinque. Acababa de comenzar, hacía diez minutos, su clase de Historia de la Ética del cuarto curso de la facultad. Entró. Se posicionó no muy lejos y evitó mirar directamente a un catedrático de Filosofía que acababa de perder el pie de sus explicaciones.

—En el civismo hay que distinguir dos dimensiones —declamaba, a sus alumnos, Alfredo—. Por un lado, las normas asumidas del comportamiento; por otro, la base moral de esas formas de actuar. De la misma forma que la ciudadanía tiene dos similares: el conjunto de las personas que pertenecen a una sociedad determinada y, por otro lado, la condición propia de cada una de sus personas, como sujetos políticos y de derecho. Y si los problemas de civismo tienen que ver con problemas de convivencia, también cabe preguntarse por los elementos que impiden dentro de las relaciones sociales esa convivencia fluida. Nuestra querida Victoria Camps encuentra tres razones

para esas actitudes incívicas: la falta de bienes asequibles para todos, la avaricia que privilegia el bienestar individual y el egoísmo personal del ciudadano.

Fidel, colapsado por la solemnidad del recinto, el tono de voz de Alfredo y la profundidad de sus razonamientos, tradujo su sudor en desconcierto.

Alfredo esperó a que se desalojase la sala para darle un abrazo.

—Qué emoción verte aquí, Fidel.

—Emoción la mía, Alfredo. Todo esto es impactante. Me siento como un elefante en una cacharrería.

—Nunca es tarde para retomar los estudios.

—Yo apenas tengo el graduado escolar.

—No tienes que explicarme qué tienes y no tienes, te conozco perfectamente. Y hay unos cursos de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años que te liquidarías sin problemas. —Se quedaron los dos mirándose, Fidel sin saber para dónde tirar, Alfredo pensando en qué proponerle—. Tengo una tutoría ahora, Fidel. Hay posibilidades de que no aparezca nadie, pero debo estar en mi despacho.

—Ya me iba...

—Ni hablar. Vente, que te enseñe dónde paso mis horas más felices.

Arturo, el chaval que esperaba en su puerta, se avino a charlar con él de Kierkegaard e incorporó a Fidel a la conversación con naturalidad, tal vez imaginando que fuese profesor de alguna otra cátedra.

—Leer a Kierkegaard es tela de duro, Alfredo. —A Fidel le gustaba la humildad con que el catedrático Relinque se hacía nombrar de tú por sus alumnos—. Yo vengo con la poca vergüenza de decirte si tendrías algunos apuntes del pensamiento de este hombre sin tener que leerme *Temor y Temblor*, lo he empezado ya tres veces.

—No hay mejor forma de acercarse a su pensamiento que leyéndolo, Arturo. Te propongo una cosa. Voy a volver a Kierkegaard en las dos próximas clases y tengo intención de organizarlo en cinco grupos de trabajo para analizar sus diferentes períodos. Cuando terminen esas clases vienes y me dices si sigues teniendo esas dudas.

—Trato hecho.

Arturo le dio la mano y saludó también a Fidel, que le tendió la suya.

—Es Fidel, como un hijo para mí.

Fidel se sonrojó e hinchó los pulmones.

Ya con el despacho vacío, Alfredo cambió a un semblante algo más serio y planteó:

—Efectivamente, el número de la Rota ya no corresponde al de ningún usuario. —Se incorporó en su silla y apoyó los codos en su escritorio de tapa de cuero verde—. Pero tengo dos pistas para poder llegar a ella. Hace poco tiempo estuve con un compañero de andanzas de Bartolomé, un antiguo alumno mío que vive en Huelva, Alejandro. Es un hombre que ya ha rehecho su vida y que me contó situaciones truculentas que pasó con mi sobrino, pero hace años de todo eso y me apena hacerlo retroceder a su pasado.

—Podrías preguntarle por la Rota. Le dices que es una situación de vida o muerte, que han asesinado al hermano de Tolo.

—Se hunde si le cuento todo eso, Fidel. Quedó impresionadísimo con lo que hicieron con Bartolomé. Si le digo lo que ha pasado con Roberto, desaparece.

—¿Cuál es la segunda pista?

—De lo poco que me contó la Rota, una de las cosas fue que su padre era de Valladolid y que vino a Sevilla a trabajar en la Renault, en una fábrica que hay en San Jerónimo de cajas de cambio. Al parecer, trasladaron a varios operarios de una fábrica a otra.

—Sé dónde está, ¿quieres que me acerque a preguntar?

—Imagino que habría muchos de su generación que hicieron ese viaje desde Valladolid.

—Déjame pensar...

—Claro que sí, no te agobies. Ya veré yo con qué excusa llamo al chico de Huelva para preguntarle por la Rota.

No sabía por qué, pero Fidel no quería mencionar a Elisa, aun menos ahora que su reacción había sido fulminante ante el descubrimiento de la muerte de Roberto. Ni la mejor actriz habría sabido interpretarlo con igual realismo.

Elisa era una pista falsa de la que sí podría obtener información del pasado de Tolo, porque había una prueba que lo demostraba, si bien quedaba claro que no estaba al tanto de los planes para asesinar a Roberto.

—¿En qué piensas? —lo interrogó Alfredo.

—En que estamos obsesionados por tirar de una parte del hilo, que es la Rota...

—¿Cuál sería el otro hilo para ti?

—Roberto mismo. ¿Quién podía temerlo? ¿Quién podría odiarlo?

—Lo conocemos muy bien como para que se nos escape nada, pero es cierto.

—Lo único peligroso de Roberto era su hermano. Quizá alguien pensara que sabía más de lo que sabía. ¿Tú has visto las cajoneras de su habitación?

—No abrí nada cuando estuve en su casa.

—No me refiero a Roberto, sino a Tolo. A su cuarto en casa de Paca, está lleno de recibos bancarios, de papeles firmados...

—Solo tengo la caja de zapatos que me dio su madre.

—Quizá Paca te dio todo lo que no la avergonzaba, con la excusa de pasarte el móvil y que investigases las llamadas.

—Con ella podemos hablar claro, Fidel. Plantarnos allí y abrir las cajoneras que haga falta.

—Hay que hacerlo, Alfredo; con tacto y sin urgencias, pero hay que hacerlo. No creo que tenga muchos remilgos después de todo lo que está sufriendo.

Tumbado sobre el respaldo de su enorme silla de trabajo, Alfredo se planteó el porqué de ese ocultismo por parte de Paca, si es que realmente había algo que esconder.

—Por cierto, borra mi número de móvil —comentó Fidel con actitud de no querer darle importancia—. Lo he tirado a la basura.

—¿Y eso?

—Cosas mías, Alfredo. Un arrebató.

—¿Hay algo que yo no sepa?

—Nada, historias de faldas tontas que ahora no quiero que me distraigan.

—¿Es la mexicana?

Fidel, tras dudar décimas de segundo, afirmó que sí con la cabeza, a

sabiendas de que comenzaba a no ser sincero con Alfredo, lo que agrandaba aún más su desasosiego.

En el paseo de vuelta a casa hubo un instante en que aceleró el ritmo pensando en cómo recuperar el teléfono de la basura, pero pronto se le pasó la ansiedad de sentirse ilocalizable. Quien tuviese que dar con él lo haría si realmente le merecía la pena.

Ya en la Alameda, a la vista del gentío de mediodía, rastreó como un sabueso el bar más solitario en el que picar algo antes de encerrarse de nuevo. En un par de días debía volver al trabajo, por lo que no podía permitirse el lujo de seguir en esa caída libre. Unas espinacas con garbanzos y un vaso de agua fue todo lo que se permitió almorzar antes de llegar a casa y encontrar una nota bajo la puerta de entrada.

¿Dónde te metes, Fidel?

Lllámame

Mariola

Aunque quisiera hacerlo, que no era el caso, no tendría forma de comunicar con ella. Habría sido más inteligente responder a sus mensajes suplicando un período de silencio que no transmitir la inquietud con su falta de respuestas.

Creía que la mejor forma de ordenar su cabeza era cerrar ventanas al ruido de la calle y dejar entrar la luz justa para tumbarse en el sofá. La conversación con Alfredo le había abierto nuevos interrogantes a pesar de sus reticencias a seguir su línea, persistente, de descubrir quién era la Rota, pero lo cierto era que no sería complicado hacerse con el listado de los antiguos asalariados de Renault, para lo que quizá bastaría echar unas cuantas horas de investigación por internet. Si había algo que llamaba su atención era el pasado compartido de ese hombre de Huelva con Tolo. Ahí sí podía comenzar a tirar de un hilo que le aclarase en qué tipo de monstruo, o no, se había convertido, quién podría haberle tenido tanto odio como para reventarle la cabeza e incluso haber llevado ese rencor hacia su hermano.

Pausando sus sensaciones para filtrar el centro de su desazón, aparecía Paca. No dejaba de dar vueltas a los papeles amontonados de la habitación de

Tolo y esa gran pantalla de plasma regalada por un hijo que todos suponían holgazán y egoísta. La pérdida del móvil era la excusa perfecta para almorzar al día siguiente en su casa y así charlar con ella abiertamente de todo aquello que lo inquietaba.

Se quedó dormido con la imagen de Roberto fumando pitillos en su salón.

81. ARROZ

Le despertó la música a todo volumen del piso de estudiantes de arriba, algo que agradeció, así evitaba levantarse en medio de la noche, compañera cruel de su insomnio implacable de terrores victoriosos. Saltó del sofá, se echó agua en la cara y salió a la calle sin saber adónde ir. Estaba hambriento, despejado y lúcido. Pensó en que el falso suicidio de Roberto podía haber llegado a la prensa y llegó justo a tiempo al quiosco de San Lorenzo, cuando ataban los periódicos que no se habían vendido.

—¿Podría comprarle el *Diario de Sevilla* de hoy?

Con mala cara, el vendedor deshizo el nudo y le entregó un ejemplar arrugado con la portada rota. Entró Fidel en El Sardinero, pidió una cerveza y rebuscó con ansia la página de sucesos. No había nada, algo que no supo si era o no positivo. Devoró un par de filetes de mero empanado, una tapa de solomillo al *whisky* y un flan casero, casi sin masticar. Martirizado con la idea de no estar localizable, se mudó de ropa para ir a correr antes de que la pesadez de estómago le hiciese cambiar de idea y se lanzó hacia el paseo del río para quemar su inactividad. Ya en casa, previa ducha, se hizo un té verde con un chorreón de miel, y miró de reajo la olla de lentejas a medio preparar por Mariola que no tenía intención de probar. Encendió la tele y se trajo una manta de la habitación para preparar la trinchera donde hacer frente a la noche.

Por momentos creyó que lo peor ya había quedado atrás.

Fue la primera noche que supo descansar de forma prolongada, lo que le permitió levantarse a buena hora y desayunar bien. Tras comprar la prensa y

confirmar la ausencia de la muerte de Roberto, se dirigió a una tienda de telefonía cercana a la Campana para hacerse con un móvil similar al arrojado a la basura.

—¿Me dice su número?

—¿Qué número?

—El del móvil que ha perdido.

—¡Ah, no! Yo quiero un número nuevo. No quiero volver a tener el que tenía.

La chica, de *piercing* en la lengua y labios rojos, tardó una eternidad en hacerle el contrato, tiempo que aprovechó Fidel para arriesgarse a comprar el *smartphone* con conexión a internet que siempre había rechazado por esnob.

—Eso cambia el contrato, porque necesita una tarifa de datos.

—Pues cámbielo —dijo en un tono que no le gustó oír de su boca.

Daba satisfacción encontrarse con una agenda de contactos vacía, un empezar de cero que tenía mucho que ver con su situación.

A riesgo de parecer pesado, volvió a la facultad de Filosofía para dejar, en el despacho vacío de Alfredo, una nota con su nuevo número. Eligió al azar una de las aulas del recinto universitario para colarse al principio de una clase, que resultó ser de Antropología Filosófica, con escasos alumnos, jovencísimos, inagotables tomadores de apuntes, mientras él disfrutaba del acento cadencioso de una profesora embarazada sorprendida por su presencia. Con una capacidad enorme de disfrute, planteó que en su nueva vida tenía que haber una componente de estudios que conectara con su anhelo de ser alguien de quien Roberto pudiese sentirse orgulloso. Sintió el chispazo lúcido de entender que su futuro podría construirse sobre la memoria de un amigo al que reivindicar; que Roberto siguiera vivo en él.

Conocedor de sus gustos, Fidel compró ciruelas en el mercado de la Puerta de la Carne antes de llegar a casa de Paca. Por momentos dudó de si ya habría vuelto o seguiría en casa de Alfredo.

—¿Qué tal, Fidel? —le preguntó, con la mirada baja, nada más abrirle la puerta.

—¿Me invita la señora a comer?

—Algo sacaré de la despensa, hijo.

La siguió, más empequeñecida que nunca, hasta la cocina. La luz apagada, la mesa central despejada, ninguna señal de vida en el centro irradiador de energía que conformaba ese espacio de azulejos blancos.

—¿Te preparo un arroz, Paca?

—¿Y qué vas a echarle? —preguntó, sin rechazar la oferta.

—Déjame a mí, que seguro que encontramos cosas ricas por aquí.

De la nevera sacó pimientos, tomates y un trozo de chorizo; de la despensa, un bote de judías, y, de entre los tarros de cristal, olió los caldos hasta dar con uno de pollo. Con todos los ingredientes organizados, se encontró una copa de vermú junto a la hornilla, con Paca sentada y una sonrisa congelada en el rostro.

—Anda, verás qué rico. Es el que se tomaba Roberto cuando venía a comer a casa.

Esa copa representaba un dulce tormento por el que tenía que pasar, como otros más.

—Paca, yo no tendría problemas en venirme aquí unos días...

—No seas tonto.

Su semblante, sin embargo, decía lo contrario; al menos eso intuía.

—Lo digo por ti y por mí, no creas. La casa se me viene encima estos días.

—Ya mismo estás trabajando, Fidel. Ya mismo van calmándose las cosas...

—Claro que sí.

El rostro de ella era el de la absoluta falta de esperanza, madre de dos hijos muertos, sin más objetivo a partir de entonces que aguardar su propio final con dignidad, sin nada a lo que asirse.

—Me tienes a mí, Paca. Te quiero como a una madre...

—¡No digas tonterías! —exclamó, molesta.

El vermú se volvía ricino en cada sorbo hasta terminarlo; el aroma del caldo de pollo le daba fatiga; el silencio frío de la casa le inspiraba pavor. La ayudó a levantarse, con el peso de la tristeza que le suponía a la vieja no saber controlar su mal humor con él, y la sentó en la mesa del salón. Encendió la gran tele de plasma, en esos momentos que antes disfrutaba como un crío cuando traía los platos e iba corriendo de un lado a otro para no perderse nada en la tele ni de las charlas madre-hijos en la cocina, como un hermano

pequeño infiltrado envidioso de un ambiente afectivo sincero, radiante, como el que durante tantos años hubo allí.

Le cortó unos quesos para amenizar la espera del arroz, que removía agresivamente tratando de acelerar su cocción. La normalidad que concedió el ruido del magacín de prensa rosa previo al telediario le recordó el objetivo primero de la visita: recuperar la documentación de las cajoneras del cuarto de Tolo. Incapaz de aguantar hasta la siesta, se asomó al salón para asegurarse de que Paca estaba ausente, en su silla, para adentrarse hasta la habitación de su hijo pequeño. Calculó el ancho de los bolsillos de sus vaqueros para ver hasta qué punto podría esconder papeles. Con la respiración cortada, el filtro activado para distinguir sonidos diferentes a los del televisor, Fidel abrió el primer cajón del aparador. Vacío. Aun con la seguridad de que ese era el que pocos días antes había encontrado repleto de documentos, abrió con menos precaución el resto, hasta confirmar que allí no solo no había nada, sino que hacía poco que lo habían limpiado a conciencia. Introdujo la nariz para ratificar que, efectivamente, era así, pues olía a limpiador de madera.

—¡Fidel!

Los reflejos le hicieron saltar sin ruido hacia el baño que enfrentaba ese lado del pasillo, tirar de la cisterna y gritar:

—¡Voy!

—¡El arroz está pegándose!

Corrió a la cocina, apagó el fuego, sacó la paellera y removió para despegar la parte baja del arroz, quemada, sin mezclar, para evitar arrojarlo todo a la basura.

—Se me ha quemado un poco, pero es que no paro de ir al baño, Paca. Llevo dos días con el estómago revuelto.

—Encima de la nevera tengo sal de frutas, te vendrá bien —le aconsejó Paca con una mirada demasiado distinta a la de quince minutos antes, lo que confirmaba a ojos de Fidel que su preocupación por él era falsa, que por encima de todo estaba su hijo Tolo y que él no era más que un intruso sin espacio en esa casa que, desde ya, abominaba la sangre fresca.

Con el telediario dando los deportes, los platos por fregar le dieron la excusa para moverse de la mesa, dejar la cocina recogida, dar un beso en la frente de una Paca aparentemente dormida y huir. Huida era la palabra tras la

angustia que supuso descubrir que se acababa de romper una vía que prometía conducirlo a algún final.

82. DESCALZA

Era una hora perfecta para fumarse un porro con Marcelo en el local de ensayo. No estaba él, pero decidió quedarse cuando vio que le abría la puerta Fernando, un chaval que no lo interrogaría por mucho que supiese de su situación actual.

—Hola, Fernando.

Se dieron un abrazo forzado, aunque sincero, como siempre. Él empezó a tocar y Fidel se sentó a escucharlo. Pasaron los minutos, cruzaron sonrisas, Fidel le arqueó las cejas en algunas notas, le levantó el pulgar en otras e incluso se permitió dormitar un poco con la complicidad de los acordes templados de Fernando.

Lo despertaron las manazas de Marcelo en la cabeza.

—¿Cómo está el tío más grande?

Fidel le sonrió, adormilado.

—¿Has venido buscando amigos o hachís?

Él levantó los dedos en forma de V.

—Lo quieres todo, cabrón. —Se sentó junto a él, sacó un papel y comenzó a quemar una piedra—. Venga, Fernando, déjate de nanas para niñas y sorpréndenos, que se nos queda dormido el máquina este.

Fidel volvió a cerrar los ojos.

—¿No duermes por las noches?

—Poco a poco...

—Pues, si te cuesta, no te dejes amodorrar así de día, Fidelillo. Que luego por las noches vienen los fantasmas.

—Es un poco *gore* toda esta situación que estoy viviendo.

—Lo sé, Fidel. —Marcelo se frenó en la preparación del porro—. Sé lo

que es ver que nada tiene sentido.

—¿Y eso?

—No vamos a hablar de muerte ahora, como tú comprenderás. Vamos a ventilarnos este pitillo escuchando a Fernando. En estas situaciones lo mejor es la compañía y el silencio.

—Cierto.

La primera gran calada, a pleno pulmón, le provocó de nuevo pensar en el origen del pedrusco.

—¿A quién le compras eso?

Con sorna, Marcelo movió la cabeza en círculo hasta fijar su mirada en él, a un palmo.

—¿Otra vez con el interrogatorio acerca del narcotráfico a pequeña escala? ¿Estás haciendo una tesis? Al niño que ni se le ocurra buscar material, que para eso tiene su local de ensayo. —Consiguió sacarle una sonrisa a Fidel—. Si ya no vienes a tocar, que al menos vengas a fumártelo, cabrón.

A pesar de las dudas, no podía ocultar sus reflexiones.

—Dime, ¿es un tío el que te vende?

—Sí.

—¿Siempre el mismo?

—Casi siempre.

Deslizándose hacia abajo, Fidel, con el cuello casi en el suelo, no daba pistas.

—No conviene cambiar mucho de camello si no quieres buscarte líos. Hay un punto de complicidad que hay que mantener.

—Lo llamas y viene, supongo.

—Sí. No soy de los que se va a Las Vegas a comprar mierda.

—Si yo te lo pidiera, ¿me acompañarías?

—Ni muerto, Fidel.

Dando caladas, sin decir ni sí ni no, Fidel movía los pies al ritmo de la percusión que, entonces, tocaba Fernando de espaldas a ellos.

—¿Quieres contarme algo?

—Nada, Marcelo. Paranoias mías.

Marcelo le retiró el porro.

—Deja de dar esas caladas, no tengo ganas de llevarte de nuevo a rastras a

tu casa.

No hizo Fidel por recuperar el pitillo.

—La policía nos ha confirmado que a Róber lo tiraron por el balcón.

—¿Qué tontería me cuentas?

—El cuerpo cayó como un colchón, hasta arriba de cloroformo.

—¿Eso te ha dicho la pasma?

—Lo ha dicho el Instituto Anatómico Forense. Su tío Alfredo tiene el documento. Al parecer, no hay dudas de que alguien lo arrojó al vacío.

Ensimismado en sus pensamientos, Marcelo no supo qué argumentar.

—Ellos dos habían empezado a investigar las últimas llamadas perdidas del móvil del capullo del Tolo, por lo que ahí debe de estar el origen de esta especie de *vendetta*.

—Joder, Fidel. —Marcelo alargó los brazos para agarrarse por detrás del cuello de su amigo y traerle la cabeza a su costado—. Joder con la puta mierda de vida de ese niño impresentable.

—Tengo que encontrar de dónde vino esa orden para cargarse a Róber. —Emocionado, en los brazos de Marcelo, confirmaba su incapacidad para verter más lágrimas—. Lo haré con cuidado, porque soy muy cagueta, pero ahora mismo es el único sentido que le veo a todo esto.

—Siento discrepar, capullo, pero esto hay que contárselo a la policía, por mucho que a mí me toque los cojones.

Fidel se escabulló de entre sus brazos, le robó su pitillo aún encendido y se tumbó directamente en el suelo de cemento.

—La policía no va a hacer nada por la familia de un delincuente, Marcelo.

—Róber era un tío ejemplar. No hay que investigar mucho para averiguarlo.

—Estamos cerca de saber quién fue, no queremos estropearlo todo. Y Tolo tiene que tener un nombre entre esos pintas que te traen estos pedruscos cada dos días.

—Ya me encargo de preguntar yo. ¿Qué es lo que necesitas saber?

Con una calada larga y todo el humo en su cuerpo, Fidel escupió el nombre maldito.

—Necesitamos saber dónde vive la Rota, quién es, cómo se llama, su teléfono, todo lo que podamos saber de ella.

—¿La Rota?

—Tiene un labio roto, unos cuarenta años y un padre de Valladolid.

La confidencialidad siempre ayuda, tener amigos incondicionales aún más, y encontrar en Marcelo a alguien dispuesto a meterse en líos le dejó a Fidel un regusto dulce de redención.

Con la cabeza flotando por el hachís, en el paseo hacia casa llegaron varias llamadas de un número desconocido que no quiso responder en su estado.

Paró, realmente mareado, cerca de la calle San Luis, con la suficiente lucidez como para recordar que no muchos días atrás había tomado varias cervezas mañaneras en la plaza de San Marcos en la que desembocaba esa calle. Se le hizo un mundo llegar hasta allí, buscó la misma mesa y cayó en la silla como una señora mayor en el asiento de un taxi.

—Caballero.

Decepcionado por escuchar una voz masculina, Fidel levantó la cabeza para pedir un café y algo dulce para comer. Más le valía que ella no apareciese para no dar una imagen que no se correspondía con él.

Tras liquidar el café y degustar tres tipos de pasteles de crema, Lucía llegó con una carpeta entre los brazos.

—Hombre, el señor de las cervezas.

Fidel se rio.

—¿Vienes de estudiar?

—Sí.

—¿Qué?

—Termino periodismo.

Conteniendo el cierre involuntario de los ojos, Fidel no supo traer a su cabeza el nombre de la chica.

—¿Vienes a echarle un cable a tu jefe?

—Solo si lo necesita. Vivimos aquí cerca. Me vengo, repaso un poco mis apuntes y me meto en la barra si vemos que la cosa se desborda.

—Hoy no tiene pinta de desbordarse.

—Tú vienes a horas en que no se desborda nada, Fidel.

—Recuerdas mi nombre.

—Vaya, vaya...

—Lo tengo en la punta de la lengua, veo una tilde por algún lado.

—En la i hay una tilde.

—¿Y empieza por...?

—Por l de Lucía.

—No siempre estoy tan torpe.

—Ni tan colocado...

—Ni tan colocado. Todo tiene su explicación.

—Seguro que sí.

—¿Te apetece ver tus apuntes aquí en mi mesa?

—Claro que no. Entro, doy señales de vida a mi jefe y me siento un rato contigo.

La tarde, completa, latía señales de plenitud en la derrota. Los objetos, los árboles, los coches, las macetas de las ventanas de la plaza con sus geranios comenzaban a tomar forma; las personas, vida; el caparazón inmaterial permitía ya pasar algunos sonidos y la ciudad olía a ciudad.

—Me pregunta mi jefe que quién eres —confesó Lucía, sonriendo, al sentarse junto a Fidel—. Cree que soy un mal bicho.

—¿Lo dices en serio?

—Para nada.

Vio que traía una tetera, una taza y un par de galletas.

—La merienda del mal bicho —narró Fidel.

—¡No veía el momento!

—¿No eres tú muy mayorcita para andar estudiando?

Ella lo miró con cara de asesinarlo, con media galleta en una boca sonriente.

—Hoy estuve en una clase de Filosofía —le comentó Fidel, sin permitirle responder—, ¡Antropología de la Filosofía!, en la universidad.

—Suena impactante.

—¡Fue impactante!

—Yo tengo claro que no voy a pasarme toda la vida de camarera —afirmó, contundente, antes de darle un sorbo al té.

—Yo soy camarero —sentenció, Fidel, regocijándose—, y pretendo serlo toda mi vida.

Lucía se quedó con la taza en la mano, los ojos bien abiertos y parálisis facial.

—Me gusta mi trabajo.

—Claro, Fidel.

—No soy una persona ambiciosa, tal vez respecto a mi libertad para desarrollarme como persona, ¿sabes? Puedo sonar un poco pedante, como quien no quiere reconocer un currículum de plastilina.

—Suenas sincero. Pero al decirlo así también puede sonar a que los demás no queremos desarrollarnos como personas por no querer ser camareros.

—Ahí me la has devuelto bien.

Se hizo un silencio agradable.

—Fue una clase magistral sobre el civismo, la del otro día... —Lucía lo observaba sin intención de interrumpirlo—. Preciosos los razonamientos para clasificar las razones por las que somos incívicos.

—¿Y cuáles son? —preguntó, relajada, Lucía.

—Pues que no hay pan para todo el mundo, o el hecho de que la sociedad, por otro lado, dé tanta importancia al bienestar individual o, deja que recuerde... —Se masajeó la frente, arrugada por el esfuerzo de pensar—, o el egoísmo propio de cada persona, esto último es de libro.

—Joder, ¡qué memoria!

—Simple pero certero.

—Debiste de ser un buen estudiante.

—No tuve constancia.

—Ni complicidad de tu familia, seguro.

—¡Venga! —exclamó él, teatrero—, ¡vamos a construir las tres razones de la falta de educación en gente competente! Podría ser otro argumento para una clase magistral de Filosofía.

—¿Qué es lo que te ha pasado últimamente? —cortó ella en seco—. Me refiero a estos últimos días. No soy cartomántica... —Se tropezaba con su propia risa— y te he visto solo un par de veces, pero atravesas alguna crisis brutal.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Fidel para ponerla a prueba y comprobar, al mismo tiempo, cómo se le veía desde fuera.

—Tienes la cara desencajada. Además, te veo demasiado fácil, como sin

defensas, cuando realmente debes de ser un tipo tímido, reservado... ¿Voy por mal camino?

—No vas del todo mal.

—Psicología barata de bar. No llega a Antropología de la Filosofía, pero sí a Antropología del cliente de bar español del siglo .

—Gracias por no haberme mandado a la mierda.

—¿Qué has fumado para tener las pupilas así? —Evitaba sus halagos.

—Un hachís de calidad de mis colegas del local de ensayo, una panda con la que me muevo desde hace años; componemos temas, damos conciertitos, nos autoeditamos algún CD. ¿En qué playa me dijiste el otro día que veraneabas?

—En El Palmar.

—Eso es. En El Palmar. Pues allí tocábamos todos los veranos. Cada año en un garito diferente, porque la policía iba cerrándolos sin piedad.

—¿Qué me vas a contar a mí! He trabajado en casi todos.

—¿Y a ti qué te pasó en Burgos?

—¿Tuvo que pasarme algo?

—Venirte aquí, sin razones de amoríos, ni enfermedades, ni problemas económicos... Algo te habrá hecho huir.

—No soporto el frío. Esa es toda mi tragedia. —Se reía a boca llena—. ¡Es verdad! No todo en esta vida es un drama. Yo me he venido a Sevilla porque quería sol, calor y vida en la calle. Tenía un amigo del alma y me lancé.

—Admiro a la gente valiente. —Sí, no se le podía venir otra imagen que la de Mariola.

Su amigo del alma, de Lucía, era su jefe del bar; la convenció para bajar a Sevilla cuando el descenso de ventas en un concesionario de Ford la dejó de un día para otro en la cola del paro con una indemnización que no quiso malgastar.

—Este Nacho me da la vida, y a mí me gusta juntarme con gente así, huyo de los nubes negras.

—¿Los nubes negras? —preguntó, entretenido por el relato de sus últimos años, Fidel.

—Sí, hombre. Estos que van todo el día por la vida con sus penas a

cuestas, los que se creen que el mundo está conjurado contra ellos.

—Me encantan tus eses. No se te escapa ninguna.

—A mí me encanta vuestra forma de coméros las. —Enfatizó el sonido de cada sílaba para dar gusto a Fidel.

—Imagino que no seréis pareja o sois una pareja muy liberal...

—Nacho es gay.

—Ajá.

—¿No conoces a nadie gay?

—No. Bueno... no se me viene nadie a la cabeza. —A Alfredo lo tenía clasificado en otras esferas.

—Eso no dice mucho de ti, ¿en qué mundo has vivido tú?

Mirándola fijamente a los ojos, Fidel no respondió, extasiado por la magia, tal vez irreal, que suponía encontrar a esa mujer en sus circunstancias.

—¿En qué bar trabajas?

—Por San Diego.

Lucía puso cara de sonarle a chino.

—Un bar de barrio, donde curramos con pantalones negros y camisa blanca.

—¿Con un contrato fijo?

—Sí, señora.

—¿Qué horario tienes?

—Una semana de mañana, otra de tarde.

—Te he visto de mañana y de tarde esta semana.

—Eres rápida de reflejos.

—Estoy en el mundo... no como tú. —Quiso provocarlo.

—Esta semana estoy de permiso.

—Está muy bien eso de pedir una semana de permiso para vagabundear por tu ciudad.

—Como un animal herido —confesó Fidel, que sentía que las lágrimas le brotaban sin posible retención.

Lucía, abrazada a las rodillas, con los pies colocados sobre la silla, permaneció en silencio, dándole la oportunidad de explicarle, sin prisas, su llanto.

—Perdona, los porros me dejan especialmente sensible.

—Es hermoso ver a un hombre llorar.

—Eres terrible.

—¿Una cuestión de amor?

Fidel negó con la cabeza, volviendo a recuperar la imagen de Roberto y desesperado de pensar en no poder compartir de nuevo, nunca jamás, una cerveza con él por esas calles de Sevilla.

—¿Alguna muerte, Fidel?

Fidel comenzó a llorar de forma brusca, imparable, infantil, confirmando que sus lágrimas aún no se habían secado. Los dos supieron que ese no era momento de hablar más.

83. AGUJAS

Con la promesa de verse pronto y la comprensión en ella de su necesidad de dormir su tristeza a solas, Lucía se convirtió en el segundo número de su nueva agenda, tras el de Marcelo. Ya en casa, el móvil sonó con fuerza, aunque Fidel tardó en reconocer la melodía del nuevo teléfono. Era Alfredo.

—Fidel, tenemos que vernos mañana sin falta.

Excitado, le preguntó por qué.

—He vuelto a recibir otro sobre anónimo amenazante. Acabo de llevarlo a la policía.

Alfredo entendió el silencio despistado al otro lado de la línea, pero el miedo en él había sido más fuerte que su compromiso de dar los pasos juntos.

—He estado llamándote toda la mañana, pero no te he localizado.

Un «lo siento» frágil fue toda la respuesta de Fidel, que quiso acercarse esa misma noche a verlo.

—Estoy agotado, niño. Mañana tengo clase a primera hora y prefiero no volver a sumergirme en toda esta historia, no podría dormir. ¿Comemos mañana?

Con el temor a su propia fragilidad de sentirse vigilado, Alfredo se tumbó en la cama sin saber manejar sus propias angustias. La policía le hizo sentir ridículo cuando tuvo que reconocer que no era la primera misiva intimidatoria, por mucho que él excusara la anterior como un posible juego macabro de un alumno enrabiado que él mismo veía imposible. Les pasó el móvil de la Rota e hizo un escueto relato en comisaría de todo lo sucedido en los últimos meses desde la llamada angustiada de Paca en la que le gritaba la muerte de su

Bartolomé. De la misma forma que valoró el respeto con que lo trataron en comisaría, sintió la poca importancia con que los dos oficiales de policía recibieron toda la información. Ya no estaba en sus manos dar más pasos ni le apetecía complicarse la vida ante profesionales del chantaje. Toda su valentía se diluía como un azucarillo en agua caliente y la defensa de su dignidad se reducía, en esos instantes de derrota, a no defraudar la confianza de Fidel.

Fue, esa, la noche del duelo. La real, pesada, impávida, despiadada y traicionera noche de bajada a los infiernos. La indignación ante los informes que señalaban la muerte de su sobrino como un asesinato le enchufó una energía que sirvió como antídoto ante la avalancha de la muerte, pero bastó ese mensaje de desprecio escrito por una persona sin escrúpulos para comprender la brutalidad implícita al género humano cuando la ética lo abandona.

Decenios de vida universitaria analizando las líneas maestras del comportamiento del hombre para asumir, de sopetón, que no entendía nada. Agitar el árbol de la búsqueda de la justicia lo atizó con un bombardeo de agujas envenenadas que no inoculaban sino pavor. Casi dormido, traía a la mente a los dos policías mirándose entre ellos, y suspiró por que no se introdujeran en sus sueños como dos cómplices más en la cadena del terror.

Tras un desayuno contundente que compensó su ayuno forzado del día anterior, Alfredo se sobresaltó al oír pasos precipitados al otro lado de la escalera. Se colocó frente a la puerta y esperó la introducción de un nuevo sobre desafiante que no llegó.

Antes de salir estuvo asomado a la mirilla. Aceleró el paso hasta dar con los huesos en la calle, giró rápidamente hasta llegar a Manuel Siurot, donde un tráfico cargado le sirvió como pasajera protección emocional.

Las clases pasaron lentas; las preguntas de sus alumnos escasearon; las horas de pausa las evitó leyendo el periódico en el café de la facultad; el tiempo transcurría sin ningún sentido hacia ninguna parte.

Propuso con un mensaje un sitio a Fidel para almorzar, para evitar su olvido:

Fidel, en Egaña a las 14 h

84. TESTIGO

A Fidel el SMS le llegó mientras iba en moto a Las Cumbres para aclarar que al día siguiente retomaría el trabajo, dar su móvil para estar localizado y recibir los abrazos de su colombiana favorita.

—No puedes imaginar cuánto he llorado en esta cocina.

Reencontrar su vida de siempre le confirmó que volver a la rutina lo ayudaría a rehacer los trozos esparcidos por doquier. A pesar del buen concepto que tenía de su jefe, fue todo un espaldarazo emocional descubrir que no tenía intención de descontarle ninguno de sus días de vacaciones por esas jornadas ausente.

—Cuando te sientas con fuerzas, Fidel, tienes que pegarte una escapada a cualquier lugar del mundo para luego ponernos los dientes largos a los provincianitos que nunca viajamos.

Roberto y Lucía, el ying y el yang, revolotearon toda la mañana en su cabeza, aunque fue ella quien ganó la partida en el despertar de esa jornada que amaneció primaveral. Una mujer que equilibraba las tensiones que le provocaban otras dos, para colocarlas en un segundo plano, inofensivo y controlable.

Llegó con tiempo a los Jardines de Murillo, aparcó cerca de la esquina con San Fernando, paseó hacia la Plaza de España y disfrutó, con todos los dolores y cosquillas mezclados, de su último día de permiso. Sentado en unos bancos de madera frente al bar España, vio a Alfredo llegar con sus carpetas, embargado por la enorme ternura de imaginárselo para siempre sin su niño Roberto.

—¡Fidel!

Se levantó como un resorte y le dio un abrazo irreconocible en él, poco

hecho al contacto físico.

—Alfredo, ¿cómo estás? Me tienes muy preocupado.

—Nada, nada... siéntate. ¿Una cerveza?

—Claro.

Él mismo se acercó a la barra a por ella. Los primeros minutos fueron un tanteo irreflexivo para calibrar, desde el cariño, cómo iba la hecatombe en el otro para poder posicionarse cada uno en su muralla.

—Empiezo a poder dormir casi del tirón, Alfredo.

—Ahora parece que soy yo quien empieza a perder el sueño.

—Vendrán muchas noches negras, tenemos que afrontarlo.

—Contra eso no podemos luchar. Pero tú, cuéntame, ¿cuándo vuelves al trabajo?

—Mañana mismo. Vengo ahora de allí. Están tratándome con mucho respeto, Alfredo.

—Honor a quien honor merece —sentenció Alfredo.

Fidel sonrió su agradecimiento.

—Mi principal pesadilla ahora mismo es la jubilación, Fidel. Pensar que un día no tendré esta actividad que me hace sentirme útil, estos paseos cargados con libros o mis noches preparando la temática del día siguiente, los congresos organizados por la universidad, mis viajes para dar conferencias...

—Tú tienes un mundo exterior muy amplio, Alfredo.

—No dejo de estar solo.

—Solos estamos todos, Alfredo.

—Tienes razón. —Tomó lo que le quedaba de cerveza y brindó con él—. Perdona por la tabarra.

Fidel se levantó a por otra, le dio un beso en la frente y Alfredo sintió una emoción indescriptible que lo descontroló el tiempo justo de espera de Fidel en la barra del Egaña.

—¿Qué decía ese maldito mensaje?

Alfredo abrió su carpeta azul de gomillas y plantó sobre la mesa un papel medio arrugado con olor a pegamento Imedio.

*El viejo será el siguiente
Es más fácil de lo que imaginas*

—¡Hijos de la gran puta!

—Estoy bien, Fidel. —Alfredo quiso calmar la indignación.

—¿Quién puede ser tan cabrón? Ni siquiera respetan tu duelo.

—Lo averiguará la policía, no me cabe duda.

—¿Les contaste todo?

—Todo lo que sé, Fidel. Les hablé de las llamadas perdidas de la Rota, mi encuentro con ella, la muerte de Tolo, el despido de Roberto, su posible asesinato.

—¿Posible? ¿Tienes dudas?

—No, no tengo dudas. Ellos son los primeros que saben que cayó de su balcón drogado e inconsciente.

—¿Les entregaste el móvil de Tolo?

—No.

—No sería mala cosa que investigaran a partir de ahí.

—Sería sacar toda la mierda, y su madre aún está viva como para provocarle más dolor.

—¿Tú crees que a Paca ya se le puede hacer algún daño a estas alturas?

—No lo sé —contestó Alfredo, agotado.

—Ayer fui a comer con ella.

—¿Cómo la viste?

—Mal.

—Pobre... —lamentó Alfredo.

—Aproveché un momento en que estaba medio dormida para acercarme a la habitación de Tolo. Abrí los cajones... ¡Y no había nada!

—Habrá limpiado.

—¿Justo ahora?

—No sé qué pretendes decirme...

—Que Paca protege la memoria de su hijo pequeño. Y, pienso, la caja de zapatos que te dio, con sus cosas... estaba muy bien seleccionada. Para que tú vieras lo que ella quería que viésemos. Sus poemas y su móvil.

—Si fuera así, no habría dejado las bolsitas de cocaína dentro.

—Lo del trapicheo de drogas lo conocíamos todos y sería una forma de darle credibilidad a esa caja de recuerdos...

—Me asusta verte pensar así.

—A mí también, pero creo que hasta la última foto de ese paquete que te entregó tiene sentido. —Fidel traía a la mente la imagen de Tolo follando a una escuálida Elisa de mirada ausente—. Paca conocía mucho más de lo que podamos imaginar y ahora quiere morirse.

Con los brazos caídos sobre las piernas cruzadas, Alfredo lo miraba sin saber qué responder.

—¿Le has enseñado ese mensaje?

—No —contestó en un susurro.

—No lo hagas, Alfredo.

—Ok. —Alfredo comprendió, en ese momento, que él le entregaba el testigo a Fidel.

85. ÍMPETU

Tras acercarse a Alfredo en moto a su casa, Fidel se paró en un semáforo para enviarle un mensaje a Lucía:

¿Un café?

Y siguió camino de la Alameda.

Atolondrado por la impresión que él mismo le había causado a Alfredo, consciente de que el viejo había arrojado la toalla, se sentía responsable de no abandonar la búsqueda de la verdad. Buscó un posible mensaje de respuesta de Lucía en cada semáforo. Aparcó en Santa Clara, con idea de tomar una ducha para bajar las cervezas y ponerse ropa nueva; respondiese o no Lucía, se acercaría a tomar un té al bar de la plaza San Marcos para encontrarse, por vez primera, sobrio frente a ella. Fue al abrir la puerta de entrada a su edificio cuando se encontró con Mariola sentada en la escalera, adormilada en una postura incómoda.

—¡Mariola!

—Hombre... el desaparecido. —Se incorporó, despacio, y se acercó a darle un beso—. ¿Por qué no respondes a mis mensajes?

Fidel aceptó el beso, buscó con nervios la llave entre un manojito y la invitó a pasar.

—He perdido el móvil.

Ella aprovechó que él se acercaba a la cocina para hacerle una llamada y comprobar que no lo delataba ninguna melodía. Le pidió su número nuevo, que grabó sobre el anterior.

—¿Te molesto? —No quería sentarse sin tener su consentimiento.

—Sabes que no. Pero he quedado para tomar café en un rato.

—Ok.

—¿Te apetece algo?

—Sí. Que te sientes un rato aquí conmigo.

Fidel no quería que se acercase a la cocina y viese sus lentes aún sin tocar. Incómodo, se sentó en el reposabrazos del sofá, mientras Mariola se descalzaba y colocaba los pies sobre el asiento.

—Me han dicho hoy que mañana vuelves al curro.

—Así es.

No sabía exactamente por qué, pero a Fidel no le salían las palabras ni le apetecía sincerarse con ella. No había otra forma de saber que él volvía al trabajo que haberse acercado al bar, pero no quería dar pie a interrogatorios.

—¿Quieres que me vaya? —insistió ella.

—Ya te he dicho que no.

—No me lo pones fácil, cariño. —Los dos supieron del salto emocional que suponía utilizar ese apelativo, enclaustrado durante más de diez años—. Estoy en una situación incómoda, quiero ayudarte y no sé cómo.

—No hay ayuda que se me pueda dar, Mariola. Agradezco tu interés, sé que lo haces de corazón, pero este trago lo tengo que pasar yo solo.

—Sé lo que suponía Róber para ti.

—Déjalo estar, Mariola.

—Él no quiso seguir, pero...

—Róber no se suicidó.

Mariola no entendió la frase.

—A Róber lo tiraron por el balcón, drogado, como un saco de papas. —Perpleja, ella se agarró a un cojín—. Así lo dice el informe policial.

—¿Por qué no me dijiste nada el otro día?

—Estoy asimilando esta pesadilla, Mariola. Entiende que no quiera hablar. Hay demasiado dolor y no tengo capacidad para absorberlo. Estoy saturado, noqueado, jodido, perdido...

—¿La policía está investigando?

—¡Sí! —exclamó, agresivo.

Fidel volvió a mirar el móvil en busca de una respuesta de Lucía.

—Tiene que ver con los mamoneos de su hermano, imagino...

—No sabemos, Mariola. —A pocos segundos de su confesión, Fidel ya se arrepentía de haberse sincerado con ella.

—Tú lo conocías bien como para saber si podía haber otros motivos.

—¡Qué motivos va a haber!

Tras colocar los pies desnudos en la alfombra del salón, Mariola lanzó un ofrecimiento sincero:

—Fidel, yo he vivido situaciones límite en México que no podrías imaginar, en ambientes de narcotraficantes donde las pistolas se utilizan como juguetes. No hay nada que me asuste, ¿entiendes? Así que quiero que me digas cómo puedo ayudarte de forma concreta. ¿Qué sabía Róber de Tolo? ¿Por qué se han ensañado con él? ¿Quién pudo...?

—Necesito dar con esa tipa a la que llaman la Rota.

—Perfecto. Empezamos a entendernos.

Mariola volvió a tomarse las piernas por los tobillos y a subir los pies al sofá.

—Cuéntame lo que sepas de ella, que yo la encontraré.

Con una suerte de anestesia extraña de interpretar, Fidel fue narrándole, de nuevo y con detalle, todo lo que sabía del encuentro de Alfredo con la Rota: los mensajes amenazantes, las llamadas perdidas en el móvil de Tolo, el labio cortado, su padre de Valladolid, su supuesta edad y la emoción con la que, según le contó Alfredo, escuchó el poema que este le había hecho creer que había compuesto Tolo para ella.

—Según Alfredo, su relación con ella no era de amante, sino que la Rota ejercía cierto papel maternal en Tolo.

Ya suelto, Fidel volvió a hablarle, como aquel día en la Glorieta de Bécquer, de la caja de zapatos, de las fotos sexuales de Tolo con Elisa, de los papeles desaparecidos del cajón de su habitación y de la tele de plasma.

—Pasó de robarle el microondas o el equipo de música a la madre, para hacerse con mierda en la calle, a comprarle regalos de nuevo rico.

Las posibles estrategias para llegar a la Rota obnubilaron cualquier otro posible interés inmediato de Mariola, incluida la querencia por pasar otra hora como aquella, tan cercana, en que su corazón se llenaba viendo el perfil a

oscuras de Fidel tumbado a su lado, cogidos de la mano. Si se trataba de una camella, Sevilla era pequeña como para no llegar a ella. No había mucho que arriesgar y sí mucho que ganar. Le dio un par de besos a Fidel, sorprendido por su ímpetu, y dejó la casa sin llegar a comprobar que su guiso de lentejas seguía virgen como el primer día.

86. CHIAPAS

Pasó por su casa a cambiarse de ropa para no dar mucho el cante en sus paseos por las Tres Mil. Tras más de diez años sin acompañar a su hermano en moto para hacerse con hachís sin intermediarios, Mariola no tenía idea de a qué puerta llamar, pero sabía dónde localizar Las Vegas. Se embutió en unos vaqueros, introdujo quince euros en sus calcetines y se abrigó con una chaqueta raída de lona verde. Las prisas, fundamentadas en el miedo a acobardarse, la llevaron a tomar un taxi hasta la avenida de la Paz y allí seguir la ruta a pie. Atravesó en diagonal el Polígono Sur olfateando su objetivo entre los portales machacados, los bloques con tuberías reventadas y las calles desérticas. Necesitaba preguntar a algún chaval antes de adentrarse en alguno de esos edificios a medio destruir, algo que no resultó difícil, en cuanto dejó las Letanías camino de Martínez Montañés un *cani* veinteañero con una moto sin escape se colocó a su altura.

—¿Adónde vas, guapa? ¿Tú sabes que eso es territorio comanche? —Le indicó, con la mano temblorosa llena de pulseras de cuero y postillas en los codos, en dirección a Su Eminencia.

—Hace tiempo que no vengo, pero nunca me ha pasado nada.

—No serás de la pasma, ¿no?

—Tú has visto muchas películas, chaval —respondió ella, aguantando los nervios.

—Si quieres material yo te digo dónde. Pero no te metas ahí.

—Quiero material, sí. Pero no para un porro, sino algo más consistente.

—Vaya la colega, joder, si pareces una mosquita muerta.

—Vengo de México y tengo que reubicarme en Sevilla.

—Ostias, ¡de México! Esto es un parvulario al lado de lo que hay por allí,

¿no, tía?

—Sí. En comparación, esto es un juego de niños.

El joven fue reorientándola con maniobras de la moto, dando piruetas de macho cabrío, con la testosterona por las nubes cuando conseguía encauzar el camino de Mariola hacia el apartamento del Tiro de Línea donde acabó por presentarla a sus colegas.

—La piba esta viene de México.

El tipo que entreabrió la puerta y la miró de arriba abajo tendría 30 años y dos colmillos menos, lo que lo hacía aún más mayor.

—Quillo, Charly. Esta tipa quiere hablar contigo.

El cambio de tono en su mentor le hizo comprobar que el tal Charly le provocaba al chaval más miedo que respeto.

—¿Qué quieres? —le preguntó, mirándola a los ojos sin pestañear.

—Llevo diez años fuera de Sevilla y quiero retomar contactos.

—Contactos, ¿de qué? —La puerta seguía sin abrirse, con jaleo dentro.

—¿De qué va a ser? —contraatacó ella, con poco que perder—. Si no es aquí me iré a otro lado.

El cambio de tono en ella le gustó a Charly, que abrió la puerta. Haciendo por no impresionarse por el espectáculo dantesco de un apartamento con los tabiques rotos, propio de un panorama bélico, Mariola lo siguió hasta una habitación, tras la única puerta visible.

—Tiene dos huevos, la colega, ¿verdad, Charly?

—Regístrala.

—¡Claro!

Mariola le dio un manotazo en cuanto hizo el primer intento de tocarle los bolsillos de los pantalones.

—Para registrarme me basto yo.

Se quitó la chaqueta y se la arrojó al Charly, se vació los bolsillos de los vaqueros, hasta dejarlos por fuera, y la camiseta, ceñida, la ajustó aún más tirando de ella desde atrás, para que no cupiese duda. Con una calma que no tenía, se giró sobre los pies para demostrarles que no podía ocultar nada.

—¿Y si tienes un micro? —insistió, excitado, Charly.

—¡Eso! —apoyó el *cani* motociclista.

—Pero ¿qué os creéis, que esto es *Corrupción en Miami*?

El Charly soltó una carcajada horrible de dientes negros destrozados, el otro lo siguió, exagerado, hasta que el jefe se calló.

—O no sabes dónde te metes o tienes más huevos que el hijo de puta de mi padre. ¿A quién buscas?

—La Rota.

—¿Perdona?

—Llevo diez años fuera de Sevilla y necesito hablar con la Rota.

La cara de despiste de los dos la desanimó.

—¿Nos hablas en clave, morena?

—Si no sabéis quién es la Rota es que sois unos traficantes de pacotilla.

Los dos se miraron para confirmarse en un gesto que no eran los únicos despistados.

—¿Tenéis para apuntar? —Llevar la iniciativa estaba dándole réditos a Mariola—. Si os enteráis de por dónde anda, pasadle mi móvil, soy la prima del Tolo.

—No vamos a apuntar nada ni a aguantar más tonterías.

—Ustedes sabréis, pero más os convendría llevaros bien con ella.

A Mariola la desorientó que tamaño esfuerzo quedara baldío. Tomó la chaqueta del suelo y se largó, sin mirar atrás, para no mostrar su desconcierto. Ya cerca de la avenida de la Paz volvió a sentir a su lado el rugido sin escape de la moto del *cani*.

—Lo he flipado, tía.

Mariola se rio con suficiencia.

—Me ve aquí el Charly y me mata, pero yo tenía que buscarte para decirte que lo has dejado con la boca a la altura del suelo, *quilla*.

—¿Qué quieres?

—Me llamo Isma.

Mariola se paró en seco, con los brazos en jarra, frente al chaval.

—¿Qué quieres, Isma?

—Echarte un cable para encontrar a esa tipa. Y ponerme a tu servicio. —Le hizo un saludo militar desde su Vespino reventado.

—En esta ciudad, ¿quién coño parte la pana?

—Te lo digo si me pasas tu móvil.

—Anda, saca el tuyo y apunta.

El Isma se apresuró a sacar su Nokia antes de que Mariola se arrepintiese.

—¿Tu nombre? —preguntó mientras buscaba cómo anotar el número.

—Chiapas.

—¿Chiapas? —El chaval se paró, mirándola embelesado de nuevo—. ¿Qué nombre es ese?

—Chiapas. La Chiapas. Llámame como quieras. —Miró alrededor para asegurarse de que no fuese una encerrona—. Bueno, a ver, ¿dónde tengo que ir y por quién tengo que preguntar?

—El que parte la pana está en Valdezorras. El Cafetera.

—El Cafetera... —Mariola reanudó el camino hacia una zona menos desprotegida que la explanada de las Letanías donde se encontraban.

—¿No quieres mi móvil?

—Hazme una llamada perdida. Ahora voy con prisa.

87. LIEBRE

El ataque de nervios llegó en el autobús de vuelta, al calibrar con suficiente distancia el polvorín en el que se había metido, excitación que tenía aristas positivas al valorar su osadía directamente proporcional a su amor por Fidel. ¿Qué otra base podría tener esa actuación suicida?

Ir a Valdezorras con la tarde a punto de caer no era imaginable ni sensato, aunque tampoco retrasar más allá del día siguiente su asalto al territorio del Cafetera para llegar a Fidel con el trofeo de la localización exacta de la Rota. Se alegró de no tener que saludar a nadie al entrar en casa. Sin hambre, con el bloqueo mental que le provocaba la fragilidad de Fidel, sin la certeza de saber cómo reordenar su mundo, con el miedo a usar juegos perversos para recuperar el amor desperdiciado, Mariola cayó rendida, con la puerta cerrada y sin cenar.

El desayuno fue una búsqueda en el móvil de mensajes que no vinieron.

—Mariola, ¿me acompañas al centro esta mañana?

—No, mamá, tengo cosas que hacer.

Buscó en internet cómo llegar a Valdezorras, escribió una nota en la que explicaba sus intenciones inmediatas con caligrafía trémula que colocó bajo la almohada, buscó ropa cómoda en previsión de tener que correr. Ya en la calle, cuando hacía el repaso de las claves de su contundente victoria frente al Charly en Las Vegas, compuso el nombre de Isma en la llamada perdida del día anterior ante la posibilidad de fracasar en su intento de comunicarse con el gurú del narcotráfico sevillano.

Tomó el 16 en la avenida de Miraflores, puso la cara en el cristal del

último asiento y se armó de valor, con las no muy lejanas *balaceras* de Huixtla en la retina.

Se caminó toda la cuadrícula del barrio sin llegar a sentir el peligro del día anterior en ningún momento. Al ser horario escolar, resultaba difícil ver jóvenes paseándose por sus calles, por lo que decidió investigar en una cafetería que encontró en la calle Liebre. Un camarero mayor, con palillo de dientes en la boca, camisa blanca con manchas de boli azul y vientre enorme, le preguntó con brusquedad qué quería desayunar y le colocó el plato del café a la altura del pecho.

—Un cortado, por favor.

—¿Tostá?

—No, gracias. Ya desayuné al salir de casa —explicó, tanteando una conversación que la guiara.

El bar, un espacio sombrío que hacía las veces de club social de jubilados, se antojaba poco propicio a confidencias.

—¿Cuánta gente vive aquí?

—Aquí, ¿dónde? —contestó, seco, el camarero del palillo en la boca.

—En Valdezorras.

—¿Es usted de Hacienda?

—¿Tengo yo pinta de ser de Hacienda?

—¡Antonio! —gritó a un viejo que veía la tele, sin sonido, del local—. ¿Cuánta gente vive en el barrio?

El anciano se levantó con calma, tras dar un sorbo al culo de su café en vaso de cristal. Una vez en la barra, preguntó al camarero, sin dejar de mirar a Mariola.

—¿Qué me dices?

—¡Que cuánta gente vive en Valdezorras!

—¡Dos mil! —gritó el viejo girándose hacia Mariola—. ¿Está buscando un local?

—¡No! —le gritó con una sonrisa Mariola, consciente de su sordera—. ¡Estoy aquí de paso!

—Nadie viene a Valdezorras de paso —sentenció él, con el camarero ya fuera de onda.

Le gesticuló para que lo acompañase a su mesa.

—Anda, coge tu café, que veo que no tienes prisa.

Maravillada por su ímpetu, Mariola tomó su café aún caliente y lo siguió.

—¿Qué te trae aquí?

Mariola tenía que construir una historia creíble que le facilitara el acceso al Cafetera.

—Vengo buscando a un viejo amigo de mis padres —insinuó un leve acento mexicano, por si tuviera que utilizarlo.

—¿Quiénes son tus padres?

—No son de aquí, no puede conocerlos.

—¿Y a quién buscan?

—Al padre del Cafetera.

El viejo se calló, sin dar más pistas que su silencio, remarcable en una persona charlatana.

—El Cafetera no tiene padres, niña.

—¿Murieron?

—¿De dónde son tus padres? ¿De dónde sales tú?

—Mis padres son mexicanos, Antonio. —Estuvo perspicaz Mariola a la hora de recuperar el grito del camarero de minutos antes—. Yo llevo ya un tiempo trabajando en España, en Málaga.

—Lo siento, señorita. Los padres del Cafetera están muertos y bien muertos.

—Se llevarán un disgusto mis padres.

—Usted sabe que está mintiéndome.

—¿Perdón?

—Usted busca al Cafetera y no sabe qué historia inventarse.

Atolondrada por la mirada penetrante del viejo, Mariola no tenía otra salida que rendirse.

—El Cafetera llegó aquí como aparecen los perros callejeros que no tienen donde caerse muertos. —Daba vértigo oír frases tan rotundas acerca de nadie—. ¡Vete de aquí lo antes que puedas!

—No estoy buscando drogas ni soy policía, simplemente necesito que el Cafetera me pase alguna información.

—¡Vete de aquí!

El viejo se levantó, dejó unas monedas sobre la barra, se alejó a paso lento

calle Liebre abajo.

Nunca uno sabe con certeza qué esperan como reacción aquellos que rompen las conversaciones con gritos, pero Mariola creía intuir que ese hombre pretendía que lo siguiese por las calles de Valdezorras. Si así fuese, le daría alguna pista, por lo que decidió terminar con calma el café contando hasta cien. Se asomó a la puerta. La calle estaba desierta y no había rastro de nadie. Anduvo con calma por hacerse ver y atravesó el poblado de un extremo al otro. Pensó en esperar al mediodía, imaginando un mayor movimiento que le permitiera elegir un cómplice a través del cual llegar a un personaje que era conocido, y temido, incluso por los viejos.

—¿A quién buscas?

Un hombre de mediana edad se le acercó, comenzó a hablar con ella al tiempo que disimulaba estar haciéndolo, al ritmo de sus pasos.

—Al Cafetera.

—Eso me han dicho.

—Y ya te han explicado que no soy de la pasma.

—Eso será o será...

—Es cuestión de creerme, cierto —admitió Mariola.

—Sígueme a cierta distancia y no me hables.

—Ok.

Un sendero sin asfaltar los llevó a un conglomerado de casas ruinosas que en su momento debieron de ser granjas, por los techos de uralita, el olor a pasto y la suciedad dispersa por paredes y suelos. Entró en un espacio oscuro tras los pasos del hombre, ya sentado encima de un bebedero de gallinas destrozado.

—¿Qué necesitas saber del Cafetera?

A Mariola la tranquilizó confirmar que aquello no era la boca del lobo.

—En verdad no necesito para nada al Cafetera.

—Te escucho.

—Necesito a alguien que se mueva por los submundos en que se mueve ese hombre para encontrar a una mujer.

—¿Qué mujer?

—La Rota.

—¿La Rota?

Por un instante ínfimo Mariola creyó haber dado con la clave.

—¿Una tipa?

—Sí.

—¿También mercadea?

—Creo que sí.

—¿Qué te ha hecho? ¿Eres su amante?

Mariola negó con la cabeza.

—Necesito saber qué te ha hecho para ayudarte.

—¿Quién eres?

—Soy el hijo de Antonio.

Mariola le esbozó una sonrisa enorme que él respondió con otra aún mayor.

—Si mi padre me pide que me tire a un pozo, me tiro, incluso si es para encontrarme con el Cafetera.

—Dale las gracias.

—¿Qué te ha hecho esa mujer?

—No sé si me ha hecho algo, pero necesito hablar con ella urgentemente.

—Dame un móvil.

—Me llamo Mariola —le pasó su número de teléfono.

—Antonio, como el viejo. Antonio el Liebre.

Anotó su móvil y prometió llamarla esa misma tarde.

—Y lárgate ya. Sigue por aquí hasta la carretera de Brenes, a la izquierda te encontrarás el restaurante Venta Vargas. Allí para el autobús.

No se dejó dar un beso, volvió a sonreírle y se marchó por donde había llegado.

Una vez en el autobús supo, con certeza, que al caer la noche ya tendría localizada a la Rota. No le apetecía, sin embargo, ver a Fidel; no, al menos, sin la tarea terminada, excitada de pensar en guiar a su amor al encuentro de la verdad que lo liberaría de quedar atrapado en la miseria de no saber qué había pasado, qué podría haber hecho y recorrer así los visillos de un posible mundo oculto en Roberto que, en caso contrario, lo perseguiría por siempre.

Prefirió plantear una comida por el centro no lejana al local de ensayo y allí echar un rato de evasión junto a Marcelo. La soledad de las cervezas en un

bar de barrio la alejó del mundo, como por ensalmo, para centrar todos sus sentidos en Antonio, el hijo fiel capaz de jugárselo todo por un capricho paternal.

Las sensaciones de esos días eran las que pudiera sentir un fantasma que se sabe transparente, que no pisa suelo, que no pertenece a ningún lugar porque no existe. Podía desaparecer de Sevilla, que, no, la ciudad no retendría de ella ni siquiera su aroma.

88. CÁDIZ

Tras un par de ensaladillas, bien abundantes de mayonesa, Mariola se acercó al local de ensayo, donde encontró la puerta cerrada y un silencio extraño en el interior. Un café le permitió combatir el sueño apoyada en una mesa de la cafetería de enfrente. La despertó el sonido del móvil cuando apenas podía mantener abiertos los párpados. Era un número desconocido.

—¿Sí...? Soy yo... ¡Ah, claro...! No, no tengo para anotar, un momento.

Se acercó, como si la vida le fuera en ello, a la barra del bar.

—¿Puedes dejarme un boli y un papel? Es un tema urgente.

Antonio el Liebre le pasó una dirección cercana a la Puerta de la Carne, al tiempo que le recomendaba extremar las precauciones.

—¿Podrías acompañarme? —preguntó, sin querer pensarlo.

Él le dijo que no, con calma; volvió a pedirle cuidado y colgó.

El corazón no podía batirle más fuerte a Mariola, se arrinconó en el interior del bar para que no la viera nadie que llegase al estudio de Marcelo y se concentró en pensar qué hacer, a base de dibujitos en el papel de cuadros regalado por el camarero. Tentada de volver a llamar a Antonio para pedirle más explicaciones, prefirió hacer acopio de arrojo, aunque le asaltaran las dudas acerca de quién viviría o traficaría allí, en una avenida de Cádiz que no parecía territorio proclive a los trapos sucios. Pensó que se trataría de la dirección de la Rota, pero bien podía ser también la del Cafetera o de alguien que pudiese llevarla a alguno de los dos. Todo ello obligaba a plantear una estrategia abierta a cualquier posibilidad. Forzaría su acento mexicano, llegaría con cara de despiste, con algún papelito de recomendación y se haría la tonta.

La tarde lucía preciosa cuando se adentró en los jardines de Murillo, con la luz vaga del sol de primavera poniéndose tan horizontal que solo alumbraba los áticos de Menéndez Pelayo. Esa zona de Sevilla le traía el olor a churros de la casa de su abuela cuando esta la despertaba los sábados por la mañana, antes de que la recogiesen de vuelta, con un chocolate espeso y los calentitos subidos con cesta y cuerda desde el quiosco al que daba el balcón de esa casa enorme en que los dejaban cada viernes por la noche sus padres para que no fueran obstáculo en sus cenas semanales. Haber vivido ese barrio tan de pequeña le hacía ahora verlo menos grande: la fuente de la plaza, las farolas junto al restaurante Nuria, la altura de los edificios de ladrillo visto.

Nada había en la atmósfera del portal que la hiciese temer por su vida, por más que sus miedos trajeran imágenes de Roberto cayendo desde un balcón. No tardó en abrirse la puerta al primer toque de telefonillo. Subió despacio, con la mente en blanco, para no forzar el aliento. Sonar el timbre y abrirse la puerta fue un mismo instante. Una mujer de mediana edad, gorda pero de formas proporcionadas, labios rojos, seguramente operados, la saludó.

—¿Quién eres?

—Teresa —respondió Mariola.

—¿Y qué deseas, Teresa? —preguntó, algo entonada y sin abandonar la sonrisa, la mujer de labios inflados.

—Acabo de aterrizar de México —forzó de nuevo su acento—. Y me dieron esta dirección.

—Pues te has confundido, bonita. La embajada de México está en Madrid. Impasible, Mariola permaneció de pie.

—¿Quién es? —gritó, desde el interior, otra mujer.

—¡Una mexicanita, Lourdes! Que si le han dado tu dirección...

Se oyeron unos pasos. La puerta se abrió del todo y apareció Lourdes, con su labio leporino mal operado, los pelos rizados desteñidos y su sonrisa ácida de siempre.

—Y si vienes desde México, ¿no traes maleta? —preguntó la gorda.

—La tengo en la taquilla de la estación.

—Tú no eres mexicana —sentenció Lourdes, apartando con un brazo a su compañera de piso y quedando frente a frente con Mariola.

—No he dicho que lo fuera. Digo que vengo de allí.

—¿Quién te dio mi dirección?

—Alguien que te conocía, cuando supo que yo vendría para acá.

—¿Por quién te dijo que preguntases?

Mariola comprendió el significado de la Rota al ver su boca, estigma que manchaba el óvalo perfecto de su cara y sus ojos rasgados, pero la gorda la ayudó con un grito a entender por quién preguntar.

—Me dijo que preguntase por Lourdes.

—Anda, pasa. Perdona que la casa esté así, hoy es día de visitas.

Ya estaba allí, la Rota estaba localizada y las sospechas acerca de ella eran mínimas. Todo el tiempo que aguantase, sin embargo, era una fuente de riesgos innecesarios para transmitir un relato coherente.

—¿En qué parte de México estuviste? —Lourdes parecía paciente como para no seguir indagando acerca de quién podría haber conducido a esa chica hasta ella.

—En Huixtla, un pueblo de Chiapas, cerca del Pacífico.

—¡Qué bonito nombre!

—Tan bonito como pobre es el lugar.

—¿Eres sevillana?

Mariola comprendía en cada pregunta la claridad mental de la Rota, a la que debía contrarrestar con su capacidad de manejarse en situaciones extremas.

—Sí. Me fui de aquí hace quince años.

—¿Por qué no vuelves con tu familia?

—Mi familia ya no está aquí.

—¿Por qué me mientes? —preguntó la Rota, que, a solas con ella al fondo del sofá, rozaba con los pies el bajo de su sillón y sonreía en cada pregunta.

—No tengo por qué mentirte, Lourdes. Mi padre murió y mi madre se fue a Madrid...

—De aquí no vas a salir hasta que no me cuentes quién es el hijo de puta que te ha enviado a mi casa.

Se levantó, le comentó algo a la gorda de los labios rojos y esta se le acercó para registrarla.

—Si no quieres problemas, dame el móvil.

—¡No voy a daros nada! —gritó Mariola a la par que se levantaba del asiento.

—¡Tú te sientas! —La mujerona la empujó contra el sillón, sin esperar recibir una patada en la mandíbula del calibre de la que le propinó Mariola.

La duda de los dos jóvenes emporrados del otro lado del salón al ver la escena los hizo llegar tarde, y Mariola consiguió escaparse mientras oía los gritos de la Rota amenazándola de muerte desde el rellano. Corrió todo lo que supo hasta llegar a los caños de Carmona, donde, sin mirar atrás, tomó un taxi y pidió que la llevaran al aeropuerto. El motivo principal para sobrevivir era proteger su promesa de estudios universitarios para Huguito. Cuando los distintos cruces le permitieron confirmar que estaba a salvo, cambió el rumbo al taxista para pedirle que se dirigiera a la Alameda.

—Señora, usted está volviéndome loco.

—No se preocupe, le pagaré la carrera como si me hubiese llevado al aeropuerto —dijo ella, aliviada por haber sabido darle un nuevo regate a la desgracia.

Aún temerosa por dejarse ver, con el pulso acelerado, se acercó directamente al apartamento de Fidel y aporreó su puerta.

89. DEDOS

Fidel oyó desde la ducha que llamaban insistentemente desde la calle. Con el salón a oscuras, apagó raudo la luz del baño y se quedó quieto para evitar un cambio de planes que pudiese estropearle el único territorio de alegría que veía en su horizonte marcado por páramos de tristeza. Temía que, quien fuese, llamase al móvil y este lo delatase con su melodía desde el salón. Así fue. Encendió la luz, se colocó aprisa los vaqueros y abrió la puerta a una Mariola con la cara desencajada.

—Me coges en mal momento, niña.

Ella entró sin escucharlo, se sentó en el sofá y le espetó sin mirarlo.

—Vengo de casa de la Rota.

A pocos minutos de su cita con Lucía, Fidel entendía la excepcionalidad de la situación. Tomó el móvil y, antes de lanzar un mensaje de anulación de su primera cita, interrogó a Mariola.

—¿Cómo has dado con ella?

—Esa tía ha querido secuestrarme, Fidel. —Ella misma notó que se le descomponía la expresión al darle forma al relato.

Inamovible e inexpresivo, Fidel tomó el teléfono y envió unas disculpas a Lucía con promesa de una inmediata aclaración.

—Perdona, Mariola. Tenía una cita importante ahora y la estoy anulando.

Se sentó frente a ella, que mantenía la mirada perdida, las dudas.

—Cuéntame cómo llegaste a ella.

—Ni siquiera me das las gracias.

Él la tomó de las manos, ella las apartó.

—Tienes razón, Mariola. Eres una mujer valiente.

—Me basta con que me agradezcas que haya intentado ayudarte.

—Te lo agradezco, guapísima. Claro que sí. Simplemente estoy en estado de *shock*.

—Demasiados estados de *shock*, imagino.

—¿Cómo diste con ella?

—¿Habías quedado aquí, en tu casa? —Parecía no escuchar a Fidel.

—No.

—Vete si tienes la cita, Fidel. Ya tendremos tiempo de hablar.

—¿Te han agredido?

—Vete, por favor.

—¡Mariola!

—Déjame unos minutos aquí y en un rato tiro para mi casa. Cierro la puerta desde fuera.

—Ya te he dicho que he anulado la cita, Mariola. Venga, cálmate. Te preparo una cerveza y me cuentas.

—Apaga la luz, por favor.

Fidel apagó la luz del salón y, ya en la cocina, cortó algo de queso y pan para acompañar las cervezas, sin saber qué decir, cómo actuar, temeroso de quedarse sin saber nada de la Rota.

—Me planté en las Tres Mil ayer al mediodía y no tardé en encontrar un *cani* montado en una moto para comenzar el periplo por el submundo. De allí a Valdezorras y de ahí a un piso por la Puerta de la Carne.

—¿El de la Rota?

—Lourdes, se llama.

—¿Cómo es?

—Una tipa inteligente. Tiene su corte de aduladores en su casa; no sé, demasiado confiada la veo yo para moverse en los círculos del narco.

—¿Físicamente? —Fidel tenía el pie izquierdo de Mariola entre las manos, y le daba besos cada vez que la interrumpía con una pregunta.

—Unos cuarenta años. Habría sido guapa de no tener un labio roto, mal operado. Toda la atención se te va a su boca, mientras ella te degüella con la mirada.

—¿Qué excusa utilizaste para llegar?

—Que un amigo suyo de México me había pasado su dirección.

—¿Te creyó?

—Me hizo creer que sí, hasta que me metió en la casa. Allí le dijo a la matona de turno que me quitase el móvil, que de allí no saldría hasta que no le aclarase quién me enviaba.

—Joder.

—Lo que no saben es que yo me llevé años en un centro de defensa personal, en Chiapas, y que le puedo abrir la cabeza al más pintado de una patada.

—¿Qué me dices! —Fidel, excitado, intentaba adivinar su expresión en la oscuridad.

—Aún tiene que tener la cabeza dolorida y un par de dientes menos.

—¿La Rota?

—Me temo que no, que la patada se la di a su amante. Tienen pinta de ser bolleras.

—¿Y eso?

—Por cómo me miraban... Me sentía carne comestible.

Durante un largo rato, Mariola no quiso hablar más, tiempo en que Fidel no se movió de su lado, no tocó el móvil y trató de desdramatizar la cita anulada con Lucía. El tiempo por delante era eterno para demostrar que era un tipo digno de confianza.

La breve narración de Mariola, tan escasa de detalles como impactante, le provocaba dos reacciones que iban y venían: que todo lo ocurrido no tenía en ella otro objetivo que el de mostrarle su amor, sano e insano, y que pensar en la Rota le producía un miedo helador que venía a señalarlo como un mediocre ciudadano incapaz de enfrentar el mal. La única posibilidad, a la luz de sus desengaños, era comunicarle a la policía la dirección exacta que Mariola le había pasado.

—Esa tía es peligrosa, cariño —le insistió ella.

Esa palabra, cariño, también se volvía peligrosa. Todo le daba susto a Fidel. Cada expresión amorosa de Mariola le suponía una regresión inmediata a otro hombre que ya no era él, por mucho que, de tan solo oírlo o de rozarla,

se excitara hasta la última de sus hormonas.

—Tendremos que pasarle su dirección a la policía, Mariola. Alfredo se ha puesto ya en contacto con ellos.

Ella se giró, tratando de adivinar su cara en la oscuridad.

—¿Y qué pruebas tenéis contra ella?

—Le hemos contado todo a la policía. Sus últimas llamadas a Tolo, el haber desaparecido tras quedar con Alfredo, los sobres con mensajes intimidatorios...

—No veo que haya nada ilegal, Fidel. Y quizá perdáis una oportunidad de ir más lejos. La policía no está para investigar basándose en conjeturas como esas.

—¡Esto no es México, Mariola, aquí hablamos de dos asesinatos! Ya han visto el mensaje en que amenazaban de muerte al tercer miembro de la familia, así que tienen argumentos más que de sobra para hacerle una visita.

—Ella lo negará todo. No hay pruebas. Pero le quedará claro quiénes han sido los acusadores.

—Yo no voy a jugarme la vida por una cabrona sin escrúpulos.

—¡Pudo haber matado a Róber! —gritó Mariola.

—¡Pero no va a matarme a mí! —respondió en el mismo tono de voz Fidel—. Yo estoy criado en el cariño, Mariola. Tengo todas las de perder con una matona de barrio.

—No hagas nada de momento, Fidel. Dame dos días.

—¿Para qué?

—A mí no me amenaza gratuitamente nadie, ¿entiendes?

—¿Qué quieres conseguir?

—Quiero averiguar algo más de ella, eso es todo.

—A mí ya me has impresionado con lo que has hecho, Mariola.

Ella le tomó la mano y él se la aceptó.

—Yo hago esto por ti, Fidel. Es mi forma de pedirte disculpas.

—No hay disculpas que ofrecer ya, Mariola. Yo ya soy otro hombre diferente de aquel al que dejaste.

—Lo sé. Y sé que te mereces todo mi amor.

—¡Yo no quiero tu amor!

Mariola retiró la mano y se agarró los tobillos.

—Me vuelves loco, joder. Lo sabes bien. Pero estos días me han servido para confirmar que nunca más volvería a enamorarme de ti.

—¿Tanto daño te hice?

—Enorme.

—Lo siento.

—Lo sé.

Fidel hizo por recuperar su mano, arisca entre sus piernas, y se la llevó a la boca para besarle los dedos...

—Prométeme que no irás a la policía —suplicó ella.

—No iré en dos días, Mariola.

Su tozudez la despistaba; quería ver en esos besos suaves una última rendija abierta para conquistarlo. Con la tercera cerveza, Fidel se hizo el dormido, incluso simuló ronquidos raros para forzar la marcha de Mariola sin tener que proponerlo. Al oír que la puerta se cerraba, con el cuerpo aún inmóvil en una postura incómoda, abrió los ojos.

Solo aparecía una palabra en sus pensamientos: Lucía. La llamó un par de veces a pesar de la hora y el móvil dio por dos veces señal de desconexión. Por primera vez desde la muerte de Roberto sus pesadillas no tuvieron que ver con él.

90. AGUJERO

Tener ya integrada la rutina del trabajo desde el primer día le permitía sentir la luz del sol de forma más sana al poder centrar sus pensamientos en algo más que en sus lamentos, más cuando sus compañeros de barra y cocina eran un bálsamo de afecto que él sí sabía merecer. Cuando la mañana comenzaba a colorearse de tapas y él acompañaba el penúltimo cigarrillo de Carlota en la trasera del bar, lo avisaron de que una chavalilla preguntaba por él.

—No es la primera vez que viene, Fidel —aclaró la cocinera.

Al entrar en la barra, Fidel confirmó lo que temía; Marina, la antigua chica de Tolo, con su cara de niña resabiada vacunada contra la sonrisa, se colgaba de un taburete y restregaba sus sortijas de oro por la barra metálica. Dudó acerca de cómo acercarse a ella, pero se mantuvo distante al recordar su actitud de niñata de la última vez.

—Hola, Marina.

—Hola, Fidel —contestó ella, tratando de simular con una sonrisa su nerviosismo.

—No pensaba verte más.

Incómodo por mantener una conversación audible desde las cuatro esquinas de un bar a esas horas solitario, Fidel necesitaba saber qué pretendía con esa visita.

—Me enteré de lo de tu amigo —lanzó ella, a sabiendas de la impaciencia en él.

—¿De qué te has enterado?

—De que lo lanzaron por el balcón de su casa como a un animal.

A Fidel se le cambió la expresión, se giró en redondo y vio que todos alrededor se movían compulsivamente al ser cogidos a traición escuchando las

frases desafiantes de la quinceañera.

—¿Cómo te llegó esa información?

—Estarás hecho polvo, ¿no?

—Estoy pasándolo mal, sí.

—¿Estabais liados o qué?

Fidel tiró la bayeta al fregadero, salió de la barra y abandonó el local por detrás, con la complicidad gestual de su jefe. Esperó a Marina sentado en su moto. Cargado de paciencia, esperó a que la chica saliese en su busca mientras ansiaba uno de los pitillos de Marcelo. La lucidez de no haber fumado ni bebido le permitió otear los alrededores del bloque donde se encontraba Las Cumbres para comprobar que un par de chavales, tal vez ávidos de pelea, merodeaban. Marina salió.

—Te molesta que piense que eres maricón, por lo que veo.

—¿Quién te contó lo del hermano de Tolo?

—En Sevilla acaba sabiéndose todo.

—Voy a proponerte una cosa y creo que vas a aceptarla. No vuelvas a pisar este puto bar o me encargará de reventarte tu cara bonita y a los dos desgraciados que revolotean por los alrededores.

—Qué miedo me das —ironizó ella.

—¿Tú sabes lo que es haberle perdido el miedo a la muerte?

—No me comas la cabeza.

—Si has venido aquí para chulearte, ya sabes lo que puedes esperar de mí. Si querías decirme otra cosa, aún tienes la oportunidad.

Por su cabeza gacha, los movimientos circulares del pie derecho en el cemento sucio o el tiempo que tomaba en contestar, supo que sí había algo en su mochila por soltar.

—El Cafetera no ha tenido nada que ver —afirmó en un movimiento brusco de la cabeza, como escupiendo algo que dudaba en ocultar.

—No sé quién es el Cafetera.

—El cabrón que le reventó la cabeza al Tolo.

—Sea o no sea verdad, ¿para qué vienes a defenderlo?

—Porque se os está yendo de las manos y me temo que tú puedas ser el siguiente.

—¿Y qué más te da que a mí también me tiren por un balcón?

—Me estoy jugando el tipo por venir aquí, por eso me protegen. —Miraba a su alrededor y la niñata parecía más niña que nunca.

—Vuelvo a decirte —transformó el tono en otro más suave— que no sé quién es el Cafetera, pero sí sé que a Róber, al hermano de Tolo, nadie podía querer hacerle daño.

La niña, como endemoniada, gritó al viento de los miedos de Fidel:

—¡Al Tolo lo mataron por hacerme un bombo! A ver si te enteras. *Dejaros* de drogas, de jugar a los policías, porque os van a meter una bala entre ceja y ceja. A mí me han sacado a empujones el niño que llevaba dentro y vosotros os creéis *Los hombres de Paco*. ¡*Olvidaros* ya!

Impresionado por los gritos de Marina, vio desde su moto que la chica se iba corriendo y atravesaba la SE-30 casi sin mirar.

Conmovido, Fidel se adentró en el bar y se forzó a no pedir un nuevo permiso para escapar. Todo lo que supo ingeniar fue encerrarse diez minutos en el baño para sopesar hasta qué punto había que temer, cómo de creíble era el mensaje de Marina, cuánta era la urgencia para detener los pasos de Mariola o si había que dejarla seguir con su odisea al haberse abierto una nueva espita con la llamada, ahora parecía equivocada, al teléfono de la Rota; una llamada que dio comienzo a una pesadilla que no habría existido si hubieran dejado dormir a Tolo en el infierno de los malditos.

Las cinco de la tarde llegaron siglos más tarde y Fidel olvidó hasta el casco al huir por las calles de Sevilla en busca de su agujero negro de Hombre de Piedra.

No vio la nota que Mariola le había dejado en la que le pedía perdón por los años perdidos, ni los mensajes grabados en su móvil en que Alfredo lo instaba a localizarlo con urgencia, ni las llamadas perdidas de su madre. Durante ese período lo único que lo liberaba era la luz oscura y dormir.

Cuando despertó, a la hora de la cena, buscó una luz a la que agarrarse; la encontró en la cara de Lucía riéndole sus borracheras de pitillos. Tomó el móvil sorteando los cebos puestos por otros y descartó un mensaje que no lo llevara directamente a su voz. Fueron cinco tonos lentísimos hasta que dio con

ella.

—¿Has perdonado mi *espantá* de ayer?

Lucía le dijo que no había nada que perdonar.

—¿Qué tal una cerveza ahora?

Ella aceptó siempre que fuera cerca del bar, por si la noche se le complicaba a su socio. El resto de los cantos de sirena del móvil quedó en el limbo de la mesa del salón.

91. KEROUAC

La Alameda, repleta a esas horas, le abría sus brazos de humanidad para preparar el encuentro. Acogotado a fogonazos por aquello en lo que no quería pensar, prefirió repostar una cerveza en el Chinkoa antes de llegar a San Marcos.

La vio sentada, justo en la mesa celestial de anteriores tardes, con la mente puesta en sus apuntes y las largas piernas enrolladas por los brazos. Anhelaba oír su fuerte acento castellano.

—¿Estudiando?

—Haciendo que estudio mientras te espero.

—¿Qué estudias? —preguntó, al sentarse, Fidel—. Cuéntame de qué hablan esos apuntes.

—Leo sobre los recursos periodísticos de la propaganda política. Cuanto más sutiles son, más efectivos se vuelven. Cómo convertir la información en desinformación. Hace un repaso por distintos períodos del siglo . Fascinante.

Cerró los apuntes y se levantó a por un par de cervezas.

—¿Cómo van esos primeros días de curro, Fidel?

—¡Empecé hoy! Me vendrá bien recuperar la estabilidad.

—Cuando uno está perdido, la rutina es una buena medicina.

—Joder, Lucía, vaya frase impactante. —Ella sonrió tras su cerveza—. Sí. Lo es. La rutina puede volverse nuestro refugio. —Era el momento de pasar a ella—. ¿A ti te asusta pensar en una vida así?

—Así, ¿cómo?

—Una vida con horarios, de hábitos y costumbres...

—Soy demasiado curiosa para conformarme con una vida así, creo.

—¿Cómo te imaginas tu vida? ¿Como corresponsal de guerra?

—¡Hala! No te vayas al extremo... Hay muchas formas de llevar una vida rica sin tener que jugarse el tipo.

Los dos se quedaron pensando en qué realidad futura les gustaría vivir, aprovechando que el silencio era virtud en un encuentro donde no había prisas ni normas, como todos aquellos en que el único objetivo es el otro, de lleno y sin premisas.

—Mi forma de imaginar una vida sin rutinas es pensar en un círculo muy mezclado de gente a mi alrededor —se atrevió a decir ella—. Peña que me enriquezca, que me aporte y no me castigue con historias a las que yo no quiera comprometerme.

—Querer es dar.

—Querer es dar, tú lo has dicho. Pero me subleva el personal que entiende la amistad como un contrato, que anota en una lista lo que hiciste por mí, lo que yo hice por ti... —ponía cara de asco— ¿entiendes?

—Me encanta ese punto tuyo libertario.

—Hablas muy bien para no tener estudios.

—Mi educación me la han dado las novelas clásicas, Lucía. Seguro que hablo mejor que cualquier ingeniero de tres mil euros de sueldo.

—De esos van quedando pocos. —Su sonrisa ganaba, incluso, a su discurso.

—¿Te gusta leer? —Ella lo miraba embelesada, y los dos lo sabían—. Me refiero a literatura en condiciones, no esos apuntes de facultad.

—Me gusta mucho. Claro que me gusta.

—Dime un libro. —Fidel pensaba en el suyo—. Sorpréndeme.

—*On the road*, de Jack Kerouac.

—Muy en tu línea libertaria.

—Tal vez. Sí. No lo había pensado.

Fidel se levantó a por otro par de cervezas, guiñó el ojo al socio de Lucía y comprendió, en un instante mágico imposible de alargar, que la vida era redonda.

Por una razón delicada y diferente en cada caso, estaban convencidos de que no querían dormir juntos esa noche, al tiempo que dudosos, los dos, de poder

lastimar al otro con su renuncia en ese juego vaporoso de envíos enrevesado de señales entre personas que están ajustando sus receptores a un emisor desconocido. Salió perfecto, porque la madre de Lucía llamó para decirle que acababa de bajar del tren en Santa Justa.

—Pero ¡mami! ¿Cómo no me avisas antes?

Se había escapado del trabajo para poder descansar unos días en su casa de El Palmar y así, de paso, hacer una visita relámpago a su hija emigrada al sur.

—¿Tenéis casa en El Palmar? —exagerando, Fidel, su sorpresa con las manos y el subidón de cerveza.

—Un chalecillo de pueblo, familiar, que compraron entre mi madre y sus dos hermanos.

—Joder, tú eres todo un partidazo, chavalilla...

Lucía le pidió que la acompañase hasta su barrio, camino que supieron aprovechar para tocarse, correr como críos y despedirse con dos besos largos en las mejillas delante del taxi que Fidel tomó de vuelta.

Ya en casa pudo comprobar que su móvil era un árbol de Navidad; luces, alertas y señales activadas en un concierto de atracción perversa hacia una realidad anterior a Lucía. De entre todas, le impactó aquella en que Alfredo lo urgía a que se pusiera en contacto con él.

—¿Fidel? ¿Dónde te metes?

Ante la respuesta de que se había dejado el móvil en casa, Alfredo reaccionó con rabia.

—¿Tú crees que es normal que con la que está cayendo desaparezcas durante 24 horas?

Fidel dijo sentirlo de corazón, pero Alfredo no le permitió continuar con los lamentos.

—Tengo noticias importantes, aunque no quiero dártelas por teléfono. Tenemos que vernos. Y si es posible, ya. No sé en qué historias andas metido, pero olvida todo lo hablado hasta ahora a propósito de Roberto.

Fidel pidió media hora para llegar a su casa.

—Prefiero en la calle. ¿Qué te parece tomarnos algo en el Alhucemas?

92. EMILIA

Para sorpresa de Fidel, Alfredo estaba acompañado por una chica alta, de pelo corto y ojos enormes, que parecía tener algo que ver con las urgencias de sus llamadas.

—Este hombretón es el famoso Fidel, del que te hablaba mi sobrino.

—Encantada. —Se levantó del banco. Lo superaba en varios centímetros y olía a un fuerte perfume cítrico. Lo besó—. Soy Emilia, una compañera de Róber desde hace muchos años.

—¿La gallega?

Enrojecida, asintió sonriendo.

—Me alegra saber que te habló de mí.

—No tenía forma de localizarte, Emilia. —Su cabeza, revoltijo de sentimientos, trataba de traer alguna de las descripciones que Roberto hiciera de sus citas marisqueras en Santiago, sus confidencias en la cama y la capacidad, impensable en él, de dejar a una mujer así de un mes a otro como si las cosas no pasaran—. Hay gente muy especial para Róber a la que no sabía cómo poder llegar.

—Estas noticias vuelan, Fidel, desgraciadamente. No me resultó difícil dar con la madre de Róber, y a partir de ahí vino todo rodado. —Tenía ternura en su mirada, reforzada por su suave acento melodioso—. ¿Tomas algo?

Fidel los invitó a que se sentaran mientras se daba el tiempo de reflexionar y pedía su Brugal con cola en la barra de mármol agujereado del Alhucemas. Haber retenido tantas informaciones le hacía estar confuso y no saber cuánto había de oculto en lo que él conocía y Alfredo no, en lo que habían acordado decirles a Paca y a la policía, o entre ellos mismos.

—¿Conocías Sevilla?

—¡De tiempos muy lejanos, Fidel! —Ella le escrutaba la mirada, clavaba los ojos en él—. De mi época de estudiante mochilera, en pleno agosto. Imagina el recuerdo que tenía...

—Más que de Sevilla lo tenías de Kenia o Arabia Saudí.

—Sí. —Rio—. Lo que pasa es que yo tenía la visión amable de la ciudad que me daba Róber. Hubo incluso un tiempo en que pensé pedir el traslado, un invierno eterno de lluvias de hace años.

Alfredo se levantó a por otra cerveza y les dejó espacio para que establecieran las complicidades en las que los primeros minutos son decisivos.

—¿Tuvo que ver Róber en que quisieras venirte?

Emilia asintió y dejó traslucir por vez primera un brillo líquido en la mirada, con los labios apretados.

—Yo no sabía si admiraba o detestaba la capacidad de Róber de verte cada dos meses, hacer el amor contigo y volver hablando maravillas de ti... Perdona, estoy hablando más de la cuenta.

—¡No! No te preocupes por lo que puedas decir o no. Aunque no nos conozcamos, hay confianza, Fidel.

Emilia le hizo un gesto a Alfredo con el vaso para que le pidiera otra copa y así ganar tiempo.

—Los seres humanos llegamos a acuerdos sin necesidad de pactarlos, y así era mi relación con Róber. Yo era feliz con esas visitas porque sabía que no podía haber más, y lo disfrutaba el rato que lo tenía.

—¿Por qué no podía haber más?

—Porque Róber ya había perdido la capacidad de enamorarse de nadie, Fidel.

Supo que Emilia, en cierto sentido, había dado con la clave de los últimos años de Roberto.

—Tuvo la mala suerte de ver morir a tu hermana en sus brazos después de media vida juntos, en la flor de la vida, Fidel. —Con su largo brazo le acarició la cabeza gacha, sin saberse observada en la oscura distancia de cinco metros de bar por Alfredo—. A Róber se le fue media vida con ella y el resto que le quedaba lo ha dedicado a sobrevivir, como un señor, un tío impecable, detallista, varonil, resolutivo, sensible —a duras penas no lloraba

—, pero tu querido Róber estaba sobreviviendo, centrando sus pilares en un trabajo agotador que no le permitía desvariar.

—Yo vi cómo le acariciaba la cabeza a mi hermana hasta el último día, Emilia. Yo supe lo que era el amor porque yo he crecido junto a ellos dos, novios desde que eran dos niñatillos... Y sí, quizá, nunca lo había pensado así —levantó la cabeza—, Róber estuvo el resto de su vida sobreviviendo a sus heridas. Y yo lo he seguido como un perrillo faldero desde entonces, incapaz de conseguir verlo feliz más que a ratitos.

—Eres un tío fiel donde los haya, don Fidel.

Se sonrieron y se fundieron en un abrazo de los que no se termina de salir nunca.

—Emilia no quiso llamarme por teléfono para hablar de Roberto, Fidel. — Ella asentía sin hacerlo—. Se plantó en la facultad hasta dar conmigo porque tenía especial interés en conocer los últimos días de mi sobrino. Emilia...

Le dejó la palabra, solemne, a ella.

—Yo había intentado localizarlo los últimos días, cuando corrió como un reguero de pólvora la historia de su despido.

Apoyado en la pared, Fidel la escuchaba con toda la concentración de que era capaz tras la emoción que le supuso el encuentro en carne viva de minutos antes.

—Entendí lo que suponía para él salir de esa forma de la empresa, pero en el fondo me alegraba, sabía que de ahí tenía que salir otro hombre. Róber tenía una posición desahogada, llevaba una vida austera. Era una oportunidad enorme para renacer. Así quería compartirlo con él cuando me llegó la noticia de su suicidio.

Ni Alfredo ni Fidel, como si estuviese pactado, movieron un ápice de sus respectivas efigies.

—Tardé en salir a flote unos días, aún estoy en plena travesía de mi propio desierto, pero sabía que en cuanto recuperase la figura lo primero que haría sería bajar a Sevilla para entender cómo había ocurrido todo.

—¿Por qué? —inmóvil, Fidel, quería saber.

—Porque en el fondo de mi corazón sé que él no se ha suicidado.

—Tenía motivos para hacerlo. Tú misma dices que era un superviviente cuyas únicas bases sólidas eran las del trabajo.

—Debía de ser muy buen actor entonces en sus cursos de motivación personal para ejecutivos, muy egoísta para dejar a una madre sola con un hermano recién muerto. No. Róber no era esa clase de persona. Demasiado fuerte a pesar de todos los porrazos que se ha llevado en la vida. ¿Iba a darle el gustazo a un cabrón como Honrubia de perder la vida por un despido? ¿Un tío que venía de vuelta de todo, Fidel?

Fidel no respondía y Alfredo observaba sus reacciones.

—Me cuesta admitirlo, pero pienso que el consejero delegado de mi empresa se ha deshecho de él.

De un salto, Fidel se incorporó hacia ella.

—¿Qué?

—Hace no muchas semanas, Róber, tal vez en un exceso de confianza, me confesó que la Policía Judicial lo había interrogado en el aeropuerto de Barcelona como único testigo de un delito gravísimo por parte de Honrubia, el consejero delegado...

—Me habría dicho algo, Emilia. —Turbado, no sabía qué pensar.

—No quería dar más preocupaciones a un entorno que ya estaba destrozado por lo de su hermano.

—¿Qué delito gravísimo es ese?

—Haber utilizado información privilegiada para enriquecerse en un solo día con la venta de acciones de la empresa una semana antes de que se hiciera público un informe destructivo sobre nuestra viabilidad como sociedad. Las acciones llevaban subiendo desde hacía meses, su precio estaba infladísimo.

Sin tener conocimientos de economía como para abordar detalles que aportaran credibilidad a ese relato, Fidel se interesó por la filtración en sí misma.

—¿Cuándo le contó eso a Róber?

—Hace muchos años ya, cuando lo tenía como su ojito derecho en la gestión de personal, en la época en que *el Sevillanito* estaba en boca de todos los arribistas venidos a menos. Luego Róber fue desentendiéndose de la alta dirección para centrarse en su faceta de gestor de recursos humanos y traicionó de algún modo las expectativas de Honrubia.

—¿Cómo se entera la policía de que Róber fuese testigo de nada?

—Un pinchazo telefónico. ¡Legal! Ordenado por un juez.

—Hijo de puta...

—Alfredo me contó ayer en detalle el informe de la autopsia, las investigaciones policiales... No sé qué hacer, si mi papel acaba aquí o debo denunciar algo, pero estoy convencida de que a oídos de Honrubia llegó algún chivatazo de esas cintas judiciales.

—Y con su despido —sentenció, convencido, Alfredo— tenía una excusa para justificar su posterior suicidio.

A Fidel había algo que no le cuadraba.

—No podemos ir dando tumbos, Alfredo.

—Vamos por el buen camino, Fidel.

—¿El tal Honrubia es el que está dedicándose también a comprarse el *Hola* para recortarte letras con mensajes amenazantes? ¡Seamos serios, por favor!

Emilia estaba perdida, pero no se atrevía a intervenir, confusa ante las amenazas a Alfredo de las que este no le había hablado.

—Yo no te digo que no haya que hablar con la policía para contarles todo esto, Alfredo. —Calmando el juego, Fidel—. Pero no podemos olvidar que hay un juego sucio de otra gente contra nosotros por haber intentado aclarar la muerte de Tolo.

—Tal vez no tenga nada que ver una muerte con la otra.

—Quizá, Alfredo, pero no nos dejemos llevar por un calentón.

—Estamos todos cansados. Deberíamos ir a dormir —propuso Emilia—. Tenéis todo el tiempo del mundo para meditar. Mi última intención es crearos un conflicto más con la que ya tenéis encima.

Fidel asintió y se levantó para pedir la cuenta. Se dieron un abrazo y prometieron verse al día siguiente.

93. ENTRAÑAS

A pesar de la insistencia de Alfredo, Emilia no quiso dejar su habitación de hotel.

—Me viene bien como terapia, Alfredo, para sudar mi tristeza por las calles de tu ciudad.

Resultaba cierto, a esas horas de la noche, que la aparición de Emilia había desordenado, como un ventilador un escritorio, las certezas de días pasados. Sin embargo, a pesar del embrollo que suponía ver a Roberto inmerso en unas diligencias judiciales por haber escuchado una conversación delictiva, lo que más despistado tenía a Alfredo era la actitud de Fidel, al no dar por válida la versión de la chica gallega venida expresamente para hacerlos partícipes, de forma tan arriesgada, de unas circunstancias que podían cambiarlo todo. Bien era cierto que no tenía ningún sentido que las nuevas amenazas proviniesen del círculo del tal Honrubia, una vez que Roberto era historia. Rebuscó el papel al llegar a casa:

*El viejo será el siguiente
Es más fácil de lo que imaginas*

Se lo enviaban a él, pero se referían al viejo en tercera persona, ¿qué otro viejo había salvo él en esa historia? El estrés, mezclado con el alcohol, desbordaba su fragilidad esa noche y potenciaba su sentido larvado de soledad que sabía, casi siempre, combatir con éxito. Sentado en su cama, con la espalda reposando en el cabecero y el portátil en las piernas, se introdujo por mundos de desesperación, ansioso por encontrar compañía sin desvelar sus sesenta años, jugando a ser el hermoso joven que no supo disfrutar de la

carne hasta bien llegada la madurez. Se quedó dormido tras masturbarse viendo a un chico de gimnasio tocándose para alguien que no era él.

Llegó a comisaría a primera hora de la mañana con la esperanza de que estuviese de guardia alguno de los inspectores que lo habían atendido durante los últimos días, pero no fue así y no quiso dar más información que su nombre y un número de teléfono para que lo llamasen a partir de la semana siguiente, aliviado por no haber avanzado nada sobre los interrogatorios de la Policía Judicial sin haberlo consultado con Fidel, al que podría perder de cómplice si seguía dando pasos sin su acuerdo.

Sin dejar de mirar el móvil para no perder probables llamadas de Emilia, se paseó, perezoso por lo que pudiese encontrar, hasta la casa de Paca. Charlando en la puerta de la casa con los nietos de la vecina de enfrente, ella lo recibió con sincera alegría.

—Hombre, mi cuñado favorito. —Le dio dos besos que le olieron a pasado—. ¿Vienes a acompañar a esta triste vieja un rato?

—Vengo a sacarla de paseo, doña Francisca.

—Doña Francisca está cansada.

—Y don Alfredo, también. No creas. Pero hay que salir de la guarida para tomar oxígeno, señora.

Los chavales, atentos al cruce de palabras, se alejaron a medida que Paca renunciaba con argumentos desganados a la propuesta de Alfredo.

—¿Tú crees que la Seguridad Social pagará psicólogos para mujeres ya amortizadas como yo?

—Y tanto que sí, Paca.

En vez de al salón, entraron al verdadero centro de esa casa grande, la cocina.

—¿Tú eras a quien no le gustaban las alcachofas?

—Era yo. Las odio.

—Pues a ver qué encuentro por la despensa para hacerle a mi catedrático.

—¿Te estás medicando? —Daba por supuesto que sí.

—Lo que me recetaron en el ambulatorio para poder dormir, Alfredo. Y aun así no duermo. Por eso estoy pensando en ir a explicarles cómo me

encuentro. —Comenzó a hacer acopio de verduras sobre la encimera—. ¿Le apetece una crema?

Alfredo asintió y cerró los ojos.

—Necesito que me orienten para ver cómo atacar estos últimos años que se me vienen por delante, Alfredo. Soy muy cobarde para tirarme por un barranco, que es lo único que me apetece.

—Te entiendo.

—¿Qué te voy a contar yo a ti, querido mío? Pero tú eres aún joven, tienes tus clases, tus reuniones, tus cervezas de mediodía con los compañeros y tus historias, que seguro que las tendrás, porque eres un tío listo.

—¿Qué dice de todo esto tu amor?

Como una bomba, la pregunta retumbó en la cabeza de Paca y la aturdió, se le hizo necesario apoyarse, con el cuchillo en la mano, en el mármol frío de la cocina.

—Tú eres también una mujer lista y tienes a quien se preocupa de ti. Sé que la pesadilla será para siempre interminable, pero lo tienes a él.

—¿Cómo sabes que yo...?

—Roberto no tenía secretos con su tío, Paca.

—Mi hijo Roberto no sabía nada de mi historia con Esteban.

—Pero tu hijo Bartolomé sí, Paca. Tu querido hijo pequeño también veía de vez en cuando a Roberto, no siempre para pedirle dinero, no siempre con los ojos ensangrentados... Él vivía contigo y no era tonto.

Ante su silencio enmarañado de conversaciones impensables entre sus dos hijos, Alfredo se adelantó a abrazarla.

—Sé que es de Cazalla, que tiene cinco años menos que tú, que fue profe en un instituto y que dos días a la semana coge el autobús para bajar desde la sierra a verte.

—No sé qué habría hecho estos días sin él, Alfredo —susurró con un hilo de voz aún en brazos de su cuñado.

—Mi única duda es saber cómo lo conociste.

Se separó de ella y vio en su cara una expresión triste de coquetería.

—Por el maldito Tolo, Alfredo. Uno de sus compañeros de andanza es el hijo de Esteban. Dormía aquí muchas veces. Un chaval majísimo, que afortunadamente supo salir del mundo de las drogas. Un día apareció aquí

Esteban, como un ciclón. Montó una bronca enorme, lo había estado persiguiendo desde que salió del pueblo. No sé, se creería que esto era una comuna de yonquis de esas. Y me encontró a mí. Tras calmarse lo invité a comer, pasó todo el día aquí. Los chicos se fueron y él se quedó conmigo. Hace muchos años ya de todo esto...

—¿Por qué has sido tan egoísta de no contarlo, Paca?

—Por vergüenza, no sé, por miedo a que se estropeará... Era como un juego entre los cuatro. Y sé que Bartolomé estaba muy orgulloso de haberme conseguido, él, recuperar la felicidad, que volviera a pintarme los labios, que me arreglara los días que él venía...

—Te mereces eso y más, Paca.

—Ahora me da miedo que se venga todo abajo, no saber mantener mi relación con él, con tanto dolor encerrado en esta casa. Por eso quiero ir a un psicólogo, a que me ayude a verle de nuevo sentido a las cosas, al menos una luz.

—Vete a vivir con él.

—Esteban me lo dice cada día.

—¡Vete!

—¿Y esta casa, Alfredo? Aquí está toda mi vida...

—La vida está donde tú estés. ¡Vete con él!

Las copitas de mosto adornaron la aparición de Esteban, que de no ser por las circunstancias extremas nunca habría salido del claustro emocional en que lo había refugiado Paca. Alfredo ayudó a cortar las berenjenas y calabacines en cuadraditos.

—Si al final vas a batirlo, ¿qué más da qué forma tengan?

El teléfono recibió un mensaje tranquilizador de Fidel que decía que Emilia estaba tomando una cerveza en Las Cumbres. Con los platos ya en la mesa, la radio a un volumen bajo, Paca sacó una pregunta a la que su gesto contraído no supo darle naturalidad:

—¿Ya te contó Fidel que he vaciado todos los cajones de la habitación de Bartolomé?

—¿Qué cajones? —Alfredo no supo atacar los cabos a la primera.

—Aquellos que ha ido espiando Fidel para ver qué podía encontrar.

—No sé de qué me hablas, Paca.

—Mejor así. Si algún día quieres saber de qué te hablo, me lo preguntas y yo te explico.

—¿Qué tenían esos cajones?

—Cosas personales que no quiero que vayan a ningún lado.

—Tú sabes cosas de Bartolomé que no nos cuentas, ¿verdad?

—Dejemos a los muertos descansar, Alfredo.

—Nosotros estamos intentando entender qué ha pasado con tus hijos, Paca, y esa actitud tuya, en el caso de que nos ocultes algo importante, se nos puede venir en contra.

—No hay nada entre las cosas de Bartolomé que pudiera interesaros.

—Si tú me lo dices, yo te creo. Pero que sepas que hemos llegado a situaciones de riesgo por intentar dar con las personas que le hicieron las últimas llamadas, con él ya muerto.

—¿Con la Rota?

—Por ejemplo.

—Tened cuidado.

—¿Por qué?

—Ella adoraba a mi hijo, pero será una fiera si merodeáis alrededor de ella.

—Está siéndolo.

—¿Con quién?

—Conmigo. Yo quedé con ella en la Plaza de España. Charlamos dos minutos de Bartolomé. —Paca, desconcertada, bajó la cabeza para no mostrar su sorpresa—. Solo saqué en claro que no era su novia, pero poco más. Ni siquiera me quedé con su nombre.

—Lourdes, se llama.

—¿Era algo así como la jefa de tu hijo?

—Algo así. —A Paca casi no se la entendía.

—¿Tiene algo que ver ella con su muerte?

—No —rotunda.

Se limpió con la servilleta, comenzó a retirar los platos y dio la conversación por terminada.

—¿Tú sabes que tu hijo Roberto no se suicidó, Paca?

A Paca se le cayeron los platos al suelo.

—Tu hijo Roberto cayó como un saco de patatas desde su balcón, drogado hasta el último dedo de sus pies.

—Eso es mentira.

—Tengo los informes de la autopsia y un acta policial.

—¡Eso es mentira!

—Paca...

—Me lo habría dicho la policía. ¡Soy su madre!

—Yo les supliqué que no lo hicieran.

Con el rostro iracundo, irreconocible para Alfredo, ella gritó.

—¡¿Quién eres tú para decidir lo que tiene que saber una madre?! Roberto era mi hijo. ¡De mis entrañas! —Se señaló, agresivamente, el vientre—. Algo que tú morirás sin saber lo que es.

—No me merezco esto.

—¡Vete ya, Alfredo! Ya vale por hoy. ¡No puedo más!

—Ven aquí.

—Te lo pido por favor, ¡déjame!

—No me hagas esto, demasiado estoy pasando, llevando todo para adelante...

—Alfredo, ¡¡¡vete!!!

94. TURANDOT

Impresionado por la fuerza de los gritos de Paca, Alfredo deambuló hacia ninguna parte durante media tarde, hasta que una llamada de Fidel lo sacó de sus tribulaciones.

—¿Adónde podemos llevar a esta mujer a cenar?

Alfredo no quiso decirle que no le apetecía ver a nadie.

—He pensado en el Modesto de los Jardines de Murillo, ¿qué te parece?

Le sorprendió el sí casi inaudible en Alfredo, a quien se le hacía un mundo pasar una velada con esa mujer venida del pasado más reciente de la vida íntima de Roberto.

—Sé manejarme bien a solas. —Emilia intuyó el tono de la conversación telefónica con Alfredo—. El objetivo de mi visita ya lo he cumplido.

—Mientras estés en la tierra de Róber, Emilia, estás a mi cargo —le guiñó un ojo.

—Eres un sol, Fidel. Aunque he de decirte que no me sorprende, hablaba maravillas de ti.

—¿Qué decía de mí?

—Decía tener un ángel protector que le impedía naufragar.

Fidel asentía, con la mandíbula apretada, sin querer romper con una palabra de sobra ese momento mágico. En espera de la hora de la cena, le propuso tomar un té tardío. Le apetecía sincerarse con una mujer hermosa, mundana y alejada por siempre de su día a día. Aprovecharon su paseo por Triana para entrar en la Chef-Chaouen, sentarse en cojines en un rincón apartado, no fácil de encontrar habitualmente, buscarse en gestos el bienestar en el otro.

—¿Cansada?

—No —mintió con dulzura.

—Aquí venía yo con una novia marroquí que me eché hace muchos años. Era un niña tan tímida que creo que terminé con ella por temor a que se me rompiera un día.

—¿Qué cosas dices, Fidel!

—A la gente tan sensible cualquier cosa le afecta muchísimo, y a mí eso me desbarataba...

—¿Estás con alguien ahora? —Él propiciaba la pregunta con su transparencia.

—Casi siempre estoy con alguien, Emilia. —Su risa le hizo justificarse—. No te rías, es verdad. A mí las mujeres me duran poco, pero me resulta fácil comenzar nuevas relaciones. Soy enamorado y sé enamorarlas. Pero me duran poco. La que más me duró un día se fue a México, sin decir nada, para no volver.

—¿Y cuál es tu teoría para explicarlo?

—He tenido muchas desde mi primera ruptura. ¡Son ellas las que suelen romper! No soy malo en la cama, lo sé. Soy un tipo muy sexual. Tengo temas de conversación, luego el aburrimiento en principio hay que descartarlo. De ahí que mis teorías me lleven a pensar en algo más profundo, menos evidente.

Tomaron nota de los té y las pastas mientras Fidel, ensimismado, trataba de identificar esa razón última que hacía que a sus 32 años no hubiese un nombre rotundo de amor total.

—Verás, un hecho paralelo que puede ayudarte a entenderlo. Hasta hace unas semanas no he abandonado la casa de mis padres.

—¿Cómo has podido aguantar tanto?

—Ya ves. ¿Pereza? ¿Conformismo? ¿Miedo a la soledad? ¿Falta de agallas?

—¿Cuál es la buena respuesta?

—No lo sé, Emilia. Suelen ser respuestas muy jodidas conmigo mismo.

—Inténtalo, Fidel. No me asusta nada...

—Pienso que soy un hombre a medio hacer.

—¿Qué significa un hombre a medio hacer?

—Es una de mis teorías, ya te digo, pero quizá la más fundamentada. Hablo de la marroquí hipersensible tal vez porque yo soy igual, lo veo así. Y hubo

algo determinante en mi vida, la lenta muerte de mi hermana, la persona que era para mí el modelo máximo de conducta, que me dejó a medio cocer, en la época en que cualquier tío está empezando a ligotear, a liarla con los amigos, cuando se cogen las primeras trancas en las botellonas... ahí no estaba yo. Ese capítulo me lo perdí. Luego, sí, con el tiempo he hecho de todo, lo he vivido todo. Pero forzado, por la necesidad de vivirlo, sin la naturalidad de que el propio cuerpo te lleve a ello.

—Quizá, digo quizá —Emilia levantaba las manos tratando de no molestar — teorizas demasiado sobre ti mismo.

—Las teorías las he buscado luego, sí, cuando he visto que he evolucionado de una forma diferente, que me he quedado en el nido familiar, que no han cuajado mis relaciones.

—¿Qué opinaba Roberto?

—Roberto... El Róber era un impulsor de esos cambios en mí, el que me insistía en que me buscara un piso, el que me animaba a salir más. Se sentía responsable de mí, yo era como el hermano pequeño que le habría gustado tener y no el que tenía. Y en mí veía a Clara, mi hermana, sin duda. Nuestra historia ha sido una historia de amor, Emilia. Estoy seguro de que si yo hubiera sido mujer... Roberto y yo nos habríamos casado, ¡y habríamos sido la pareja perfecta!

—¡Qué cosas dices! —volvió a repetir.

—Te advertí que mis teorías eran duras, ¿eh?

—Es hermoso cómo razonas, en todo caso.

Emilia, ensimismada, entendía del amor de Roberto por ese joven de ojos pequeños y mirada ágil, carnal, inocente, que defendía su fidelidad hacia él como el Santo Grial.

—Yo no vi jamás amor como el de ellos dos, Emilia. Siempre estuve allí, desde que se conocieron. Yo ya era un enano e iba cogido de las manos de ellos de paseo, como un juguete. Ahora solo queda el juguete. Un juguete roto, un hombre a medio hacer.

—Eres un hombre espectacular, Fidel. De los que no quedan.

Emilia alargó el brazo hasta revolverle el pelo, emocionada de saber que quedaba un rastro de Roberto en el mundo.

—¿Y ahora con quién andas? —Había que romper la tensión.

—Ando con tres al mismo tiempo.

—¿Cómo? —preguntó ella con una gran sonrisa.

—¡Lo que oyes!

—Así no me extraña que te duren poco las relaciones, ¡crápula!

Fidel no paraba de reírse, sin saber por dónde empezar para desmontar esa impresión frívola que podría hacer caer todos sus argumentos anteriores.

—Veamos. La mexicana que me abandonó hace diez años para irse a currar a una oenegé rompiendo todo tipo de comunicación, con una sangre fría demoledora, ha vuelto hace unos días.

—¿Y eso?

—La teoría dice que por la muerte de su abuela.

—¿Y el hombre experto en teorías qué dice?

—Que la tierra la llamaba. Por un lado me apetece saber por qué, conocer con detalle todo lo que vivió allí y qué es lo que realmente motivó su partida, pero por otra parte el dolor que me causó fue tan grande que no tengo capacidad para volver a pensar, ¡a pensar de lleno!, en ella.

—¿Os habéis visto?

—Sí. —Con cara de carnero degollado—. Y nos hemos acostado, como si hubiese sido ayer la última vez. De hecho, que su llegada haya coincidido con todas las últimas movidas hace que ella luce por ayudarme, aunque la muy cabrona se dé cuenta de que yo no acepto de todas todas su ayuda.

—¿Cómo se llama?

—Mariola.

—Nunca me había divertido tanto comiéndome unas pastas. —Emilia disfrutaba de la presencia de Fidel como si de una reencarnación de Roberto se tratase—. Vamos a por la segunda.

—Lucía.

—¿Sevillana?

—Burgalesa.

—Dios, un amor en cada puerto.

—¡No! —Fidel rio de nuevo, haciendo tiempo para darle un sorbo al té ya frío—. A esta chica acabo de conocerla, con Róber recién fallecido. —Tenía que acelerar el relato para que no pareciera lo que no era—. Acabé en la terraza del bar de esta chica una de las peores tardes de mi vida.

—Puedo imaginar.

—Ella estuvo impecable, a pesar de que yo andaba emborrachándome por no pensar. Luego el cuerpo me ha llevado un par de veces allí. Sabe que estoy atravesando un fuerte duelo, poco más he querido contarle. No sé, esa chica es luminosa. Estudia periodismo con unos treinta años y se ha venido a Sevilla porque no le gusta el frío. Vive con un amigo gay, al que adora, y tiene una sonrisa perenne en la cara. Necesito gente así.

—Aprovecha, porque hay poca.

—¿Otro té? El mío está congelado de tanto hablar. —Ella asintió.

—¿Conoces *Turandot*?

—¿La ópera?

—Sí. Veo que para ser camarero de barrio estás bien culturizado.

—Soy un gran lector, desde los ingredientes de los productos de limpieza mientras estoy sentado en el retrete a todos los periódicos que pasan por mis manos en el bar, y un par de novelas al mes, desde los clásicos a lo más actual. Escritor al que leo una entrevista, novela suya que me compro... No paro de hablar, no sé qué les meterán a estas pastas... ¿Por qué *Turandot*?

—Turandot es una princesa China que le hace tres preguntas a cada pretendiente.

—¿Y eso?

—Quien las acierte, se casa con ella, pero si no las acierta, le corta la cabeza.

—¿Alguno las acertó?

—Hubo un príncipe que sí, Calaf, y aun así Turandot renunció a casarse con él.

—Hija de puta, ¡así hay muchas!

Emilia se reía tapándose la boca, por temor a enseñar los dientes llenos de pasta.

—A mí me queda la tercera pregunta que hacerte.

—Si la acierto ¿qué harás conmigo?

—Invitarte algún día a que me visites a Santiago.

—Será un placer. ¿Cuál es la tercera pregunta? ¿Cuáles han sido las dos primeras?

—Toca preguntarte por la tercera mujer. Normalmente se deja lo mejor

para el final.

Fidel pensó en Elisa y temió que Emilia tuviese razón.

—De la tercera hace tiempo que no sé nada.

—¿Cuánto hace que estás con ella?

—Nunca he estado realmente. Solo hemos tenido sexo, aunque espectacular.

Emilia se quedó mirándolo, encantada con su naturalidad para hablar del sexo con una mujer.

—Ella apareció un día en mi bar, buscando a Róber.

—Este tiene pinta de ser el mejor relato de los tres.

—Y te lo cuento porque me has dicho que no te asusta nada.

—Al menos hasta el día de hoy.

—Era una mañana muy fría de invierno, de esas en que la ciudad la cubre un espeso manto de niebla de puro Guadalquivir. Ese día, muy temprano, enterramos al hermano de Róber.

—Tolo —susurró Emilia aún apenada de no haber bajado ese día.

—Yo salí del tanatorio en mi moto para incorporarme al curro, y poco después apareció ella. Era una hora muy tonta, apenas dos jubilados en el bar, y ella se sentó como una princesa en la barra, con los pelos revueltos por el casco; también venía en moto, y una mirada fija, rotunda, en mí. Ahí me secuestró para siempre. —Fidel rio su propia ocurrencia—. Me dijo que venía del tanatorio de enterrar a un familiar, yo le dije que también venía de allí. Le hablé de las circunstancias de la muerte del Tolo, de su hermano hundido... Y ella se interesó especialmente por él, incluso me dio el teléfono de una amiga que podría ayudarlo.

—Siendo yo gallega, veo brujas en esta historia.

—Yo le pasé el encargo a Róber, pero él estaba muy afectado como para atender ese tipo de peticiones extrañas. Tanto le insistí, interesado por la rubia, que acabó quedando con esa chica unas semanas más tarde.

—¿Qué le ofrecía?

—No había ninguna amiga, era la misma del bar, que me había utilizado para llegar a Róber.

—¿Tanto le puso la historia de la muerte de un hermano?

—Ella no estuvo en el tanatorio por la muerte de un familiar, sino

buscándolo a él.

—Creo que me estoy perdiendo.

—El día anterior coincidieron en un vuelo y ella se quedó impactada por el abrazo con el que lo recibió su madre en el aeropuerto. Miró sus datos en la etiqueta de la maleta y recorrió los tanatorios de Sevilla al día siguiente en busca del entierro.

—Y una cree haberlo vivido todo...

—Esto es solo el principio, Emilia. Y me temo que hemos quedado en un rato con Alfredo para cenar.

—Solo una pregunta. —Emilia buscaba su bolso entre los cojines—. ¿Cuándo se sinceró ella?

—En cuanto vio a Róber.

—¿Y cómo reaccionó él?

—Sin piedad. La mandó a freír espárragos.

—Pero, sin embargo, ella es la tercera mujer en discordia en tus devaneos amorosos.

—Ella ha vuelto a mí, me ha confesado todo después de decírselo a Róber y ha seguido jugando conmigo.

—Con tu permiso, no nos engañemos.

—Con mi permiso y mi bendición. Es una diosa en la cama.

Abriendo los ojos bien grandes, Emilia se levantó y acudió a pagar.

95. NARANJOS

El paseo hasta Santa María la Blanca fue un dulce recorrido por la memoria más cercana de Fidel mezclado con informaciones sesgadas acerca de Elisa, aún protegida en su interior de posibles interferencias en asuntos sucios. De haberle confesado a Emilia que aparecía drogada y escuálida en fotos pornográficas con el hermano de Roberto habría sido difícil sacarle de la cabeza que Elisa estaba en el centro del huracán de su caída por el balcón. Una mujer despechada que viene del inframundo donde no existen principios ni conciencia.

No era el caso. Los ladrillos del muro de defensa de la rubia fue ensamblándolos Fidel, alejando a la gallega de una complicidad sin sesgos que pudiese confortarla, que le permitiese comprender, a Emilia, sus propias dudas, razonables, acerca de la intervención del tal Honrubia en la muerte de Roberto. Eran excesivas las pistas que conducían al agujero negro de Tolo, epicentro de los trazos mortales con los que Fidel se topaba desde hacía meses, tal vez desde siempre, desde la época en que Roberto dedicó todo su amor a cuidar de una novia sin salida y pecó, seguro, de no atender los gritos insonoros de un hermano que se caía por el precipicio.

—La historia de Róber con su hermano era un canto a la impotencia — quiso compartir con Emilia su desazón.

—¿Por no haberle ayudado lo suficiente?

—No sé, Emilia. A veces pienso que si todo lo humano que fue Róber con mi hermana lo hubiese sido con Tolo, tal vez este no habría caído tan bajo, y ahora no estaríamos hablando de dos muertos.

—Si las cosas hubieran pasado de otra manera no estaríamos nosotros aquí, paseando.

—Cierto.

Emilia frenó el paso.

—Todos tenemos nuestras miserias, Fidel.

Él, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, entendió su confesión como caricia.

—Apenas hemos hablado de ti.

—No son días para hablar de mí, pero sí, es cierto que hay detalles en toda esta historia que me hacen reflexionar sobre mi propia naturaleza. Ninguno está libre de culpa en las desgracias de personas queridas, incluso si actuamos con la mejor intención.

—¿Cuál es tu lamento? —preguntó él, aún parado, frenándola.

—Yo, por ejemplo, he puesto desde muy joven mi libertad por encima de todo. La niña irreprochable, estudiante perfecta, ambiciosa, capaz, ¡ya sabes! De las que se creen que el mundo gira alrededor de una misma.

—¿Tú has sido así? —Su altura lo obligaba a mirar hacia arriba para buscar sus ojos claros.

—Yo soy así, Fidel. Y siendo así me he perdido las mejores, por mantener mi independencia, mi posición de alta ejecutiva de cuentas, mi cuerpo perfecto y no saltarme el mínimo evento cultural que hubiese en Galicia.

—Una Robertita...

—Una Robertita, sí. Los Robertitos nos juntamos entre nosotros porque no hay quien nos aguante.

—Me haces reír. —Fidel retomó el paso y miró el reloj para no llegar tarde a la cena, perturbado con las confesiones de Emilia.

—El problema es que tu Roberto sí tenía razones para crear esa esfera de insensibilidad y autosuficiencia, pero yo no. Yo no tengo un factor objetivo en mi vida que me haga ser pluscuamperfecta, de sonrisa impecable y alma hueca.

—Sabes que no tienes el alma hueca, Emilia.

Acelerando el paso sin saber bien la dirección, se mostraba aturdida.

—Oyéndote esta tarde en la tetería, Fidel, he vuelto a confirmar que soy un androide. Cuando me enfrento a ángeles como tú, que se mueven por instintos, que se enredan por ser tan imperfectos, que sufren y quieren... ¡Dejémoslo ahí! Llegamos tarde.

Alfredo no los vio llegar. El culo de cerveza demostraba que llevaba un rato esperándolos, consumido por los gritos de Paca, sus gestos feos, la mala conciencia. A Fidel le produjo un pico de emoción, si cabía esa noche, verlo en la silla de un restaurante aún medio vacío.

—¿Cómo está ese catedrático?

No podía disimular su cara de contrariedad a pesar de la sonrisa con la que se levantó para saludarlos.

—¿De paseo turístico con la guapísima gallega?

—Venimos andando tranquilos desde Triana y se nos ha echado el tiempo encima. Me acerco a por dos cervezas.

—Tranquilo. Aquí atienden rápido y bien. Sentaos.

Se miraron sonriéndose, escrutándose, despistados.

—¿Qué te ha contado este bribón?

—Toda su lista de mujeres, ¡menudo gigoló!

—¿A ti no te ha tirado los tejos?

—¡Alfredo! —Fidel se ruborizó.

—Después de todo lo que me ha contado, ni loca me enamoro yo de él.

—Es buen chico —se burló Alfredo.

—¿Y a ti qué te pasa, abuelo? ¿De dónde has sacado esa cara de cuerno?

—¿De cuerno yo?

—¿Qué me dices, Emilia? ¿No le ves la cara cogida, los músculos agarrotados? A ver... ¡di Pamplona!

—¡Pamplona!

El camarero interrumpió para tomarles nota. Tres cervezas y una bandeja de gambas blancas de Huelva.

—Estuve en casa de Paca —se animó a revelar Alfredo—. La madre de Roberto —aclaró a Emilia, que asintió—. Echamos un rato muy agradable preparando la comida —no quiso entrar en el tema de su novio de Cazalla, porque no venía a cuento y por respeto a su confidencialidad—, pero la historia acabó mal cuando le confesé que lo de Roberto no fue un suicidio.

—¿La policía no se lo había aclarado a su propia madre? —preguntó, ingenua, Emilia.

—Fui yo quien le insistió a la policía en que no lo hiciera —contestó Alfredo, sin mirarla—. Entendí que habría tiempo de contarle la verdad más

adelante, cuando supiésemos mejor qué había pasado.

—Se lo tomó muy mal, imagino —Fidel no dudaba de ello.

—Tan mal que me echó de la casa.

Ninguno abrió la boca, se oyeron las ramas de los naranjos moverse con una ráfaga de viento, Fidel le masajeó la rodilla y Emilia se planteó qué maldición recorría a esa entrañable familia.

—En esta vida lo mejor es no complicarse la existencia.

—Trata de entender su reacción, Alfredo —terció Fidel—. Yo me siento igual de culpable que tú por no habérselo contado. Creímos actuar bien por protegerla, tal vez la infravaloramos.

—Será eso. —Alfredo estaba en tensión, con las mandíbulas prietas, dolido—. Ahora, ya muerto, es cuando a su madre va a entrarle un amor enorme por Roberto. Hay que joderse... Ha tenido que morir para que se diera cuenta de que no tenía solo un hijo... —Se hizo un silencio perplejo—. ¡Perdonadme! Perdóname, Emilia. No he dicho nada.

—Deja que transcurran unos días, Alfredo —susurró Fidel alarmado por el impacto de esa reflexión que vomitaba desde muy dentro—, en unos días se le pasará el cabreo...

—Claro que sí —admitió él con nobleza.

La atmósfera estaba demasiado cargada como para hablar de otra cosa que de las impresiones de Emilia en su largo paseo matinal por la ciudad.

—Caminar por Sevilla es como hacerlo por sitios familiares, de toda la vida.

De allí pasó a su primera estancia en la ciudad y fue encadenando, con el sostén interesado de Fidel por continuar con el repaso a su vida de mujer de éxito, los tiempos de ese viaje con sus circunstancias de entonces, cuando escapó de Betanzos para estudiar en Santiago con el apoyo de una madre entusiasta con su trayectoria escolar.

—Siempre he tenido la sensación de vivir dos vidas, la mía y la que mi madre mereció. Una mujer abnegada hasta decir basta.

—¿Tú no querías ser madre? —preguntó Fidel, poniendo en su boca algo que hubiese cuestionado Alfredo de no estar en sus circunstancias.

—No tengo el mínimo instinto maternal.

—¡Qué claridad de ideas, joder!

—La vida da muchas vueltas, Fidel. Pero yo no me veo, ni me he visto nunca.

Sentía Fidel que Alfredo tenía ganas de escapar de allí y le obsesionaba retenerlo hasta verle otra cara.

—¿Tú a mí me ves con niños, Alfredo?

—Seguro, Fidel. Serás un gran padre.

—Y tú un gran abuelo.

—Gracias, Fidelillo. No lo dudes.

El viejo retiró la silla, tratando de no hacer ruido, y abrazó a Emilia en una despedida que los dos presumían definitiva. Hizo gestos de pagar él y se marchó con un beso lanzado. La noche no daba más si quería evitar complicaciones, por lo que Fidel convenció a Emilia para tomar un taxi antes de que pudiesen plantearse otras alternativas que estropeasen un día que se antojaba, con sus negruras, imborrable. Caminando, apenas tardó quince minutos en llegar a casa, obsesionado con dormir, al fin, una noche plácida.

96. PASMAROTE

La mañana en Las Cumbres fue un bálsamo de rutina añorada en que sus huesos volvían a sincronizarse. El chupito de vermú del mediodía inspiró un mensaje de cariño a Lucía que devino en invitación formal a cenar, sin decir dónde por temor a que hacerlo en casa implicara velocidades que no estaba seguro de querer acelerar. Sabía que antes de terminar la jornada pasaría por allí Emilia, a la que quería ofrecer un semblante colorido al que agarrarse en su vuelta a Santiago.

Con la energía de quien entiende que la existencia se traga todo lo que se detenga, la gallega entró a la hora de los menús. La escasez de clientela facilitó que las entregas de cada plato por Fidel fuesen un cúmulo de propósitos sinceros de verse, hablarse y no romper la cuerda.

—Tienes que quedarte con la burgalesa.

Sonreía camino de la cocina tras aclararle sus nervios en espera de una aceptación de Lucía a una cena esa noche.

—Carlota, móntale a la gallega una de tus espectaculares copas de fruta.

Tras el café, Fidel la acompañó hasta el coche, trayecto en el que ambos cambiaron el tono de voz.

—Yo tengo vía libre en la empresa de Róber y muchos contactos, Fidel. Si creéis que puedo echaros un cable desde dentro, no tienes más que hacerme una señal.

—¿No te da miedo tener el móvil pinchado?

—No lo sé. Quizá tengas razón. —Sacó una tarjeta de su bolso y se la entregó—. El correo electrónico que aparece escrito a boli es personal, nadie sabe que lo tengo.

—Mejor así.

Quedaron parados junto al coche de Emilia.

—Me consta que Róber tuvo que dejar en las oficinas su móvil de empresa —confesó ella—, ¿sabes si tenía alguno personal?

—Sí. Una patata de Samsung.

—¿Qué fue de él?

—No sé. Quizá lo tenga Alfredo. O se habrá quedado en su casa.

—Hazte con él, Fidel. Parece que la policía no tiene mucho interés en investigar, pero si alguien apareció en su casa el día de su muerte seguro que dio señales de vida días antes, horas antes... Estuve pensándolo cuando me hablasteis de la Rota, pero no quise dar más ideas delante de su tío.

Fidel quedó anulado delante de ella, quejoso con él mismo por su falta de perspicacia y asustado de pensar que volviesen a aparecer llamadas de la Rota, como una maldición, en las últimas horas de Roberto.

—Hablaré con mi tío.

—Siento dejarte con esa cara de pasmarote.

Fidel no quiso profundizar en otros anhelos que no fuesen el de abrazarla con la parte de Róber que quedaría en él mientras viviese.

Ya en el bar, contando las horas para salir, comprobó que Lucía aceptaba su cena.

La euforia de concentrarse en ese placer inmediato le trajo a la mente a Mariola y los riesgos que tomaba, tal vez equivocados, en sus escarceos con el mundo oscuro de Tolo:

Mariola, te invito a un café mañana

97. POLICÍA

Ella recibió el mensaje con un sobresalto, cuando llevaba ya cinco minutos siguiendo a la chica gorda de labios operados que acababa de abandonar el apartamento de la Rota.

Con los pelos desordenados tras un corte de peluquería que la hacía más juvenil, vaqueros rotos y una camiseta de color beis que no la hiciera destacar, Mariola aguardó más de tres horas antes de conformarse con perseguir al segundo plato de ese juego de espías en el que se había involucrado como reacción de rabia ante el maltrato que le supuso verse ultrajada en casa de Lourdes. Con paso calmado y múltiples gestos de maníaca, la mujer facilitó la persecución de Mariola, al tomar amplias avenidas que permitían visualizarla sin riesgos, en un camino que pudiera parecer espontáneo de no ser por sus miradas al reloj y la determinación del recorrido: de Menéndez Pelayo a la Puerta Jerez pasando por San Fernando, y de allí avenida arriba hasta encaminar la trasera del edificio de Correos, con un paso cada vez más resuelto, sin saberse ojeada desde el otro lado de la acera. La manera de tomar las llaves para entrar en un inmueble de Tomás de Ybarra, sin apenas mirar la cerradura, confirmó a ojos de Mariola que esa era su verdadera vivienda.

Entró en el bar de enfrente y, aunque dudó si tomar una cerveza a horas tan tempranas de la tarde por el riesgo de ver disminuidos sus reflejos, el calor de la caminata y los nervios la persuadieron, a pesar de ser la única clienta en ese bar que se estaba. Fue entonces cuando recordó haber sentido el móvil vibrar en una escena extraña para ella desde que llegase de México, con una agenda diminuta que no llegaba a diez contactos y llamadas solo provenientes de su madre. La invitación del café de Fidel, que no quiso aceptar con una

premura que la delatase, la impulsó a perseverar al acecho del portal vigilado, con la esperanza de conseguir alguna exclusiva que ofrecerle a su amor al día siguiente acerca de los juegos sucios de la Rota.

Dos cervezas y muchas aceitunas después, la mujerona salió acompañada de una chica rubia, delgadísima, de pelos desastrados, tez casi transparente, que forzaba los pasos para mantener la zancada de su compañera.

Apresurándose a pagar al hosco camarero con el que acababa de compartir la tarde, Mariola salió de un salto para encontrarse una calle vacía que le daba varias pistas de salida. Al llegar al Arco del Postigo, sin embargo, pudo comprobar que las dos mujeres enfilaban Almirantazgo abajo en busca del río. El punto de la cerveza le permitió encontrar un hueco para responder a Fidel aceptando el café del día siguiente. Los pasos de la rubia iban haciéndose más lentos conforme la tensión crecía entre las dos mujeres. La gorda de los labios inmensos se paró un par de veces, con brazos en jarra, en espera del maniquí perezoso que la seguía sin apenas fuerza. Obligadamente agazapada en su móvil en las estrecheces de la calle Dos de Mayo, Mariola suspiró porque no tomasen un taxi que las sacase de allí.

Los tropezones en el camino dieron lugar a discusiones y estas a gritos ininteligibles que Mariola no acertaba a descifrar. A la altura del antiguo edificio de Prevención, la rubia hizo intento de retroceder, atravesando la calle Santander con el semáforo en verde, lo que marcó un frenazo y varias pitadas de claxon que no gustaron a la gorda, apresurada, incómoda, furiosa. No podía sino continuar como espectadora pasiva de esa escena urbana, curiosa para los transeúntes, que se las cruzaban haciendo rodeos para evitar conflictos. Desde la lejanía pudo comprobar que algo les sorprendía al girar a la izquierda tras dejar a un lado el gran edificio de los Jardines del Cristina, tanto que cambiaron de dirección a un ritmo firme de vuelta, con la mujerona incluso despreocupada porque la flaca la escoltara. La velocidad con la que se dirigía hacia ella misma hizo a Mariola sentarse en la acera, oculta en su nuevo peinado, en tensión ante el temor de haber sido descubierta, justo hasta que sintió que los taconazos de la más grande se desviaban de nuevo hacia Correos.

En cuanto pudo, asomó la cabeza hacia el fondo del Paseo Colón, sin encontrar señales de la rubia. Recorrió los pasos que la alejaban del lugar que las hizo retroceder, para tropezar, como no podía ser de otra manera, con un vehículo de la policía local aparcado en una patrulla rutinaria. Ni rastro, sin embargo, de la chica. No debía de andar lejos, porque no transmitía fuerzas en su caminar, así que Mariola fue investigando en círculos a partir del epicentro de su desaparición. Cruzó la avenida, bajó a la altura del río, subió al otro lado del puente, cruzó los Jardines hasta el Hotel Alfonso XIII, recorrió la Puerta Jerez y volvió sobre sus pasos hacia la zona donde ya no estaba el coche policial.

Descorazonada, retomó la estrategia de aguardar en la puerta de la casa de Tomás de Ybarra, aunque antes entró en el vecino McDonald's para amortiguar el hambre de un día sin almuerzo. Ya en la cola, con el radar desconectado, cruzó la mirada, mientras dudaba entre las patatas fritas o las *deluxe*, con la rubia, esperpento de mujer con ojos sin vida que se agazapaba en una mesa alta y devoraba una hamburguesa más grande que su boca. Mariola, inquieta por no saber cómo actuar, resolvió abandonar la fila y atacar. Se dirigió directamente a ella, que parecía no advertir su presencia ni a medio metro de distancia, concentrada en una pantalla de colores con ofertas de menús.

—¿Me permite? —solicitó Mariola, al tiempo que tomaba un taburete y se sentaba frente a ella, en un ambiente escandaloso de conversaciones en varios idiomas.

—¿Quién eres?

—No se asuste. —Al oír la frase, por primera vez la miró a los ojos—. Mi nombre es Mariola. Estoy aquí para ayudarla. Soy policía secreta.

Dando un salto de su asiento, Elisa hizo por escapar, sin fuerzas ni convencimiento.

—¡Tranquila! —Mariola consiguió retenerla, calmarla y volver a sentarla—. Mis compañeros me han advertido de que estaba siendo violentada por una mujer que está fichada por el Cuerpo como peligrosa narcotraficante.

—No sé de qué me habla.

—Sí lo sabe. Pertenezco a un grupo de actuación de defensa de la mujer. —Mariola no sabía qué inventarse para hacer creíble su argumentario, aunque

notaba que iba controlando su atención—. Me han pedido una asistencia inmediata para protegerla. ¿Puedo tutearla?

—No necesito protección de nadie. ¡No entiendo nada!

El grito sonó hueco y provocó que la fila más cercana a su posición se girase para observarlas.

—No necesito nada... —susurró.

—Me llamo Mariola, ¿cómo te llamas?

—Sara —contestó Elisa, tan indignada por la situación absurda que estaba viviendo como atraída por la aureola protectora de esa joven morena con acento extraño.

—Veamos, Sara. Déjame que te explique. Esa mujer que te gritaba es una persona con antecedentes penales, acusada en varias ocasiones por conducta muy agresiva. Has tenido la suerte de estar con ella justo cuando se encuentra sometida a investigación. —Estaba segura de que ningún policía descubriría con esa transparencia expedientes confidenciales, pero veía la cara de Elisa y se confirmaba en el éxito de su jugada—. ¿Qué relación tienes con esta mujer fichada por la policía?

—Se llama Almudena. —Elisa se tapó la boca, torpe por dar pistas, falta de reflejos—. Bueno, eso ya lo sabrán si la están investigando.

—Claro. ¡Ahí llegamos! Seríamos una policía de pacotilla de no saber siquiera el nombre de nuestros objetivos.

—Ella está cuidando de mí, agente.

Elisa retomó sus patatas fritas, la cerveza y la mirada a la pantalla luminosa de los McMenús.

—Hay centros de acogida para mujeres si realmente necesitas cuidados, Sara.

—¿Qué sabrá usted de cuidados!

—Más de lo que puedas imaginar. —Mariola se creció, con la asociación de mujeres maltratadas de Huixtla en la cabeza—. Estás hasta las cejas de coca, ¿verdad?

—Quiero ver su placa.

—Has visto muchas películas, Sara. Soy secreta y no voy dando pistas por la calle enseñando placas.

—¿Quién eres?

—Salimos si quieres a hablar con mis compañeros del coche patrulla.

Ese gesto de aparente determinación, a sabiendas de que ya no había policías en la esquina del edificio, pareció convencer a Elisa.

—No he nacido ayer, señorita. Así que no me creo que usted esté aquí para protegerme.

—¿Conoces a la Rota?

—Yo no conozco a nadie que a usted le interese.

La respuesta fue todo un reconocimiento, entendió Mariola, de su relación con Lourdes.

—Tiene un labio leporino mal operado, es de Valladolid, unos cuarenta años.

—No sé de qué me habla.

—La buscamos por doble asesinato.

A Elisa la noticia, después de los últimos meses de amenaza, le provocó una reacción incontrolable del cuerpo que le hizo vomitar los últimos bocados.

—¡Sara! —Mariola se puso en pie, le colocó la mano en el cuello, sudoroso y frío—. Vamos al baño.

Elisa la apartó de un manotazo antes de irse hacia la puerta de salida, con todo el local en silencio presenciando la escena. A pesar del espectáculo del vómito, real o fingido, de Elisa, Mariola entendía que su huida era ficticia. Se había delatado lo suficiente como para no hacer por averiguar más de esas graves acusaciones de asesinato hacia la Rota, a la que Mariola quería situar en el mapa de los afectos o pesadillas de esa mujer en declive. La siguió hasta el paseo Marqués del Contadero, atenta, de forma sutil, a que no apareciese por los alrededores la figura de la mujerona a la que ya había conseguido poner nombre: Almudena.

98. CORRIENDO

Con la provocación que suponía sentarse en el muro que daba al río, pies al aire, Elisa esperó paciente a que la policía se le aproximase.

—Entiendo que te ha sorprendido descubrir que tu amiga Lourdes haya podido cometer más de un crimen —le insistió Mariola.

—No sé de qué me habla. —Elisa miraba a la calle Betis.

—Aunque te dé igual, voy a explicarte con calma cómo han sido los dos asesinatos, porque puede que eso te ayude a activar la memoria.

La sensación de plenitud en Mariola era difícilmente controlable; bastaba pensar con dos segundos de adelanto cada frase para evitar así dar más pistas de las necesarias a una mujer que podría informar de manera, quizá inmediata, a la Rota. Esas reflexiones la distrajeron lo suficiente como para perder el control de la situación y sentir, de golpe, un empujón indefendible que la precipitó tres metros por debajo, de bruces al río.

Elisa corrió en silencio, entre gritos de paseantes que alertaban de la caída de Mariola, hasta conseguir subir al paseo Colón, cruzar los semáforos en rojo y escabullirse entre el gentío de la avenida. La sensación de liberación era menos potente que la de torpeza por dejar escapar una oportunidad de saber de Lourdes sin poner su vida en peligro. Su empujón, además, implicaba volver al falso refugio de Tomás de Ybarra, prisión narcótica de repostaje obligado donde seguir en su cuesta abajo, a expensas de los delirios afectivos de Almudena.

A pesar del silencio, supo que la casa no estaba vacía cuando entró. Encerrada en su habitación, solo quedaba darle tiempo al tiempo para ver a Almudena asomarse con el desprecio de su silencio. Ya en la cama, con las ventanas echadas lo suficiente como para poder distinguir la caída de la

noche, se planteó qué fuentes de información podría haber utilizado esa mujer policía para relacionar a Almudena con Lourdes, ¿de dónde había sacado el nombre de la Rota? ¿Hasta qué punto no era a ella a la que buscaba y había utilizado el señuelo de Almu para hacerla hablar?

Necesitaba tomar algo para pensar, poder memorizar hasta cuánto se había ido de la lengua, cuánto peligro podría correr por estar su nombre en manos de investigadores de cualquier operación antidroga. Oyó pasos en el salón, lo suficientemente sigilosos como para considerar que no sería bien recibida si salía de su habitación.

—¿Almu?

En bragas y camiseta, Almudena fumaba un cigarrillo viendo la televisión, sin sonido. Elisa se sentó en el sofá de enfrente; moría por solicitarle un piquito de cocaína que la hiciese conectar hasta el día siguiente.

—¿No cenas?

—No —susurró Elisa.

—Va a costar bien poco incinerarte, serán solo cuatro huesos.

—¿No te vas a poner postre esta noche?

—Eso es lo único que te hace salir de tu cuarto, ¿verdad? —Almudena cambió como una posesa de canales antes de apagar la tele—. Pues hoy no hay postre, señora.

Enfurecida, pero con el miedo suficiente para disimularlo, Elisa le preguntó, sin querer meditar, para evitar no hacerlo:

—¿De qué conoces a Lourdes?

—¿Qué Lourdes? —respondió, preguntando, Almudena.

—Sabes perfectamente quién es Lourdes, ¡Lourdes de los Ojos! La que te pasa toda esta mierda por la que te suplico cada noche. ¿De qué la conoces?

—¿Quién eres tú para hacerme preguntas, manojito de pellejos?

—Tú no me encontraste por casualidad en plena Puerta Jerez ese día, ¿verdad?

—¡Cada día te veo peor, Elisa! —gritó, apagando el cigarro y lanzando carcajadas tan sonoras que no podían ser de verdad.

La evidencia de su reacción junto con las frases de la mujer policía le hicieron a Elisa entrar en estado de *shock*, convertida en figura de piedra. Comprobó que Almudena se levantaba y temió que se le acercase, asqueada de

compartir vida con ella en ese momento de lucidez que provocó el cruce de sus carcajadas con el recuerdo de la chica cayendo al río. Al comprobar que Almudena entraba en el baño, se concentró en esperar el ruido de la ducha para tomar un jersey, el móvil y salir corriendo de allí.

99. TORPES

Aun sabiendo que no sería recibida con entusiasmo, cerca de las diez de la noche golpeó la puerta de su casa paterna. Se alegró de ver a su padre abrirle, a pesar de su mal humor de siempre, por lo que significaba de respiro en su salud no encontrarlo acostado.

—¿Se puede saber qué te trae por aquí?

—Vengo a pedirlos asilo unos días.

—Creí que vendrías por saber cómo me encuentro —afirmó el padre, estirado, impidiéndole el paso con su presencia—. Si es que aún recuerdas que tu padre está muriéndose.

Elisa luchó con las rigideces de su padre hasta conseguir darle un beso largo en la mejilla y entrar.

—Te veo muy bien, papá.

Se paseó desde el salón hasta la cocina, olfateando los baños y habitaciones cercanas.

—¿Dónde anda mamá?

—En casa de su hermana.

—¿A estas horas?

—Quizá le venga bien escapar de esta atmósfera tan cerrada; no debe de ser agradable convivir con un moribundo.

—Papá...

Sentados frente a frente, con el silencio tremendo de casa grande que lo ha sido todo, cada uno farfullaba en su interior cómo enfrentar a un oponente respetado e incómodo.

—Tienes pinta de estar drogada. —Agustín no disparaba con balas de fogueo.

—Llevo todo el día en la calle de cervezas.

—¿Y el alcohol te hace acordarte de tu padre? Porque apostaría cualquier cosa a que te has quedado tirada una vez más.

—Creí haber hecho las paces contigo.

Elisa no soportaba la cruda realidad de sí misma que reflejaba su padre, su falta de honestidad de superviviente desequilibrada.

—Me duele verte así, tenía esperanzas en que rehicieras tu vida con el hijo de Relinque.

—Esa historia terminó. —No quiso explicarle que lo hizo con el cuerpo de Roberto reventado en una acera de la Buhaira—. Y sigo viva, papá.

—¿Qué harás cuando también te falte tu madre?

—No nos pongamos melodramáticos. Soy mayorcita.

Agustín giró la cabeza, sabiéndose observado por su hija mayor, abogada, filóloga, hermosa y automarginada de una vida ejemplar de cuyo descarrilamiento le disgustaba formar parte, aunque supiese, como quien sabe que hay un dolor interno que no identifica, que en el origen más primario de las incapacidades de su hija para ser fuerte, no ya triunfar sino sobrevivir dignamente, estaba él; su sequedad, sus complejos y vanidad, proyectados sobre ella con tanta fuerza que ahora se encontraba a un paso de que lo ingresaran como enfermo terminal, con un espantajo de hija sentada frente a él, con los ojos enrojecidos de tomar cocaína para olvidar su falta de futuro. Ya no era posible empezar de nuevo, borrar los últimos cuarenta años y cambiar los gritos por explicaciones; ya se habían agotado las posibilidades de dejarse convencer por ella acerca de su odio por el Derecho, porque Elisa le demostró con sus años perdidos que cumplir el sueño de su padre no era sino matar los suyos propios; no había forma de exponerle, con un mínimo de credibilidad, que todo lo hizo por ella, porque no habría sido verdad.

—Te veo bien, papá.

—Si tuvieras rayos X verías que estoy podrido por dentro.

—¿Tienes dolores?

—Hay días.

—Qué torpes hemos sido, ¿verdad?

—¿Torpes? No sé de qué me hablas, hija.

Tomando su agenda, Agustín se levantó con dificultad para irse a su

biblioteca mientras Elisa iba cogiendo posiciones en la trinchera de su sofá de siempre, aquel de cuando ejercía de hija ejemplar y sus sueños se hacían posibles durmiendo siestas merecidas en que imaginaba tener una casa como esa, con ruidos de niños dándole vida.

Rosa no preguntó al encontrarla dormida en el salón con las luces encendidas. Le dio un beso en la frente y le susurró que debía irse a su cuarto, como si hubiera sido ayer mismo la última vez que se hubiera quedado allí tendida con sus apuntes sobre la mesa.

100. LAVADORA

Se despertó con un ataque de felicidad tan pasajero como necesario, reconoció de primeras su habitación, en la que sabía dónde se reflejaba el sol de la mañana y revisó, con el detenimiento de quien tiene todo el tiempo del mundo, cada uno de sus objetos de entonces. No era descabellado utilizar la enfermedad de su padre para proponer, para proponerse, aparcar una vida errática por cuidar de él.

Rosa, su madre, estuvo especialmente arisca, a su pesar.

—Hay pan de molde en la despensa.

—Gracias. —Se preparaba el desayuno como si hubiese vivido allí los últimos veinte años.

—Déjalo todo recogido al terminar, por favor.

—Claro.

No le apetecía nada una conversación directa con su madre a esas horas de la mañana. De hecho, no le apetecía nunca. Todo serían reproches, más o menos sutiles, acumulados reiteradamente en el tiempo, que no estaba dispuesta a afrontar por mucha razón que tuviera, aunque decidir retornar al hogar implicase apretar los dientes y transigir con situaciones indeseables para alguien irresponsable como ella admitía ser. Antes de hacer frente al primer ataque, Elisa prefirió lanzarse con cuestiones laterales que la colocasen en una posición menos incómoda.

—Hace tiempo que no hablo con mi hermano —reconoció, cuando ya hacía semanas que Martín había emigrado a Londres.

—Está contento allí.

—¿Encontró trabajo?

—Sí, Elisa. Te lo comenté la última vez que viniste.

—Cierto. —No lo recordaba ni se atrevía a preguntar de qué.

—Algún día podrías hacer por llamarlo, escribirle un correo electrónico de esos o visitarlo...

—Para visitas estoy yo, mamá.

—Ya. Si no visitas a un padre moribundo, imagino que visitar a un hermano que está en Londres buscándose la vida es una quimera.

—Lo he pasado mal estos días.

—Siempre hay una excusa, Elisa. Siempre la ha habido para ti.

Vio cómo ponía la lavadora, seguramente sin ropa suficiente para hacerlo, pero encontró en esa acción que la obligaba a no mirarla un buen recurso para echarle en cara su egoísmo.

—¿Vienes para quedarte?

—Me gustaría.

Rosa se apoyó en el frontal de la lavadora, como si se hubiese mareado al incorporarse tras medio llenar el tambor de ropa blanca que no le corría prisa limpiar.

—¿Y te planteas si nos gustaría a tu padre y a mí?

—Imagino que no.

—Me duele decirte que no tengo ninguna confianza en ti, Elisa. Has dado pruebas más que suficientes para poder decirte a la cara que no eres una buena persona.

Elisa, sumergida en su zumo de naranja, no la miraba.

—Decir esto para una madre es dolorosísimo, pero ahora mismo mi cabeza está con tu padre, pensar en la vida que se nos escapa... No me apetece verte dando vueltas por esta casa.

—¿Me echas?

—Te digo lo que siento. Esta casa te pertenece como a mí.

Toda la tensión, focalizada sobre Elisa tras toda una vida sin recibir una avalancha de reprimendas tan descarnada, se vio interrumpida por el sonido del timbre de la casa.

101. TANGA

—Perdone, ¿está Sara?

Rosa, aún con el corazón acelerado por la impresión causada por sus propias palabras, negó con la cabeza.

—Se equivoca de casa, señorita.

—Vaya, seguro que me equivoqué de nombre, no sé dónde tengo la cabeza. Una mujer rubia, delgada. Tiene una marca aquí —Mariola se señaló la cara—, junto al ojo izquierdo.

—Perdone, no sé de qué...

—Sabemos que está aquí, señora. Pertenece al Cuerpo Nacional de Policía. No tiene nada que temer, simplemente necesitamos entrevistarnos con ella para aclarar un incidente del que ella fue testigo. Es todo. Un golpe proveniente del interior delató a Elisa, con una Rosa paralizada en la puerta sin saber qué decir.

—Pertenezco al grupo de apoyo a la mujer, señora. No tiene nada que temer.

Girándose, Rosa gritó el nombre de su hija.

—¡Elisa! ¿Puedes venir? Quieren hablar contigo, es la policía.

Se asomó desde la cocina. Elisa comprendió en ese momento que la información acerca de los asesinatos de Lourdes tenía visos de ser verdad.

—Hola, Elisa —saludó Mariola, forzando el gesto a sonrisa para demostrarle que no había rencor porque la hubiera arrojado al río horas antes.

—Voy a vestirme —susurró a lo lejos.

—Si te sientes más cómoda, podemos vernos aquí.

—Yo voy a salir ahora a la compra y su padre está dando el paseo de todas las mañanas. Podéis estar aquí, a solas —propuso Rosa.

Pensando en la posibilidad cercana, por sus pelos cortos, el oficio y su mirada, de que la mujer policía fuese lesbiana, Elisa apareció con un vestido de gasa corto de su época de estudiante, rebuscado por entre el armario de la época universitaria, perfectamente ordenado por Rosa y protegido por bolsas de plástico. Mariola, sentada en posición firme, en lo que ella entendería por actitud profesional, la esperaba convencida de estar ganando la batalla. Le quedaban apenas unas horas para el café con Fidel, cita a la que quería acudir con la cabellera de la Rota en la mano.

—Has jugado fuerte —sentenció Elisa, sonriendo—. Podrías arrestarme por haberte tirado al río, pero veo que eres una profesional nada resentida.

—Si no fuese porque tengo una misión clara, habría ido a matarte.

—¿Cómo has dado conmigo? —Elisa obviaba las amenazas.

—No era difícil. Estuvimos esperando a que salieras de la casa de Tomás de Ybarra. —Prefería hablar en plural por sentirse más protegida—. Huiste de quien yo te previne.

—No huyo de nadie, esta es mi casa.

—Ya... —Mariola no hacía concesiones.

—Si quieres amenazarme, yo no voy a asustarme. Estoy de vuelta de todo. —Se tocaba suavemente la entrepierna a través del vestido para seguir la mirada de Mariola—. Aquí donde me ves soy abogada, licenciada en Filología Inglesa y divorciada de uno de los empresarios más notables de Sevilla.

—¿Qué fue, entonces, lo que te echó a perder? —Mariola no se amilanaba.

—No permito que me hables así.

—Ayer por la tarde estabas hasta arriba de farlopa, Elisa, y seguías a duras penas los pasos de Almudena. —Mariola retenía los nombres como prueba de control—. Una mujer triunfadora no descarrila de ese modo.

—¿Qué quieres?

—Saber de la Rota.

—Para eso tienes a Almudena, yo perdí el contacto hace mucho con ella.

—No conocías a Tolo ni a Roberto Relinque, quieres decir.

—No sé de quiénes me hablas. —Elisa sintió un agujero en la tripa.

—Los dos hermanos a quienes se encargó de liquidar tu amiga Lourdes.

La mirada de Elisa hacia Mariola se transformó en ciega, blanca,

insensible.

—A uno le reventaron la cabeza con un bate de béisbol, al otro lo arrojaron por el balcón de su casa hasta las trancas de cloroformo.

De golpe todas sus neuronas cortocircuitaron pensando en Roberto, su llanto en el aeropuerto mientras consolaba a una madre maltratada por la muerte de un hijo, reventado contra el suelo desde un cuarto piso víctima de los arrebatos de maldad de Lourdes.

—Roberto... ¿era un tipo que trabajaba viajando por toda Europa?

—Sí. Un hombre joven con toda la vida por delante.

—¿Un tipo con el pelo rizado, corto, alto, de dientes muy blancos, con poco vello en el pecho y unos dedos huesudos, de piel muy morena?

—Ese era él.

—¿Y dices que Lourdes encargó que lo arrojasen por un balcón?

—Así es.

—¡Aaaaaahhhh! —El grito de rabia de Elisa resonó con toda la fuerza con que lo hacen los berridos que se lanzan sin escrúpulos.

Sorprendida por la reacción de Elisa, cuando Mariola esperaba en todo caso un enlace de ella con Tolo y en ningún caso con Roberto, trató de acercársele para consolar su desasosiego, convertido, de repente, en un carnaval de llanto y frustración.

—Ya está, Elisa. Cálmate...

—Hija de la gran puta... ¿Qué pretendía, la muy cabrona? —Los mocos y las lágrimas no le dejaban articular palabras con soltura—. ¿De quién quiere vengarse?

—Roberto investigaba la muerte de su hermano y eso implicaba rastrear todas las últimas llamadas que este tenía en el móvil. Se vería acorralada —explicó Mariola, acongojada por la reacción de Elisa—. Las últimas llamadas en el móvil de Tolo provenían de su teléfono, de ahí que se lanzaran en su búsqueda sin poder imaginar quién fuese ella.

Ágil en sus conexiones neuronales, Mariola, de golpe, enlazó los detalles de todas las conversaciones de Fidel.

—Conociste a Róber en el entierro de su hermano, en el tanatorio de la SE-30, ¿verdad?

—¿Cómo puedes...?

—La policía no es tonta, Elisa. —Tenía que acelerar en ese punto para no dejarle atar cabos—. Hay fotos que demuestran que tú te acostaste con Tolo, se te ve con los ojos enrojecidos, delgadísima. La policía no tiene dudas de tu identidad, sobre todo viendo como vi ayer y hoy vuelvo a ver esa mancha de nacimiento junto a tu ojo izquierdo. —Elisa tapaba con los brazos el frío que le provocaba sentirse tan vulnerable—. Vamos a protegerte, pero necesitamos hacerte hablar, Elisa. Hay una familia destrozada detrás de toda esta historia por la maldad de una narcotraficante de mierda.

—Una manipuladora.

—¿De qué la conoces?

—¡Qué más da! —Elisa la miró a los ojos, retadora—. ¿Quiere que yo sea la siguiente que aparezca con el cuerpo destrozado en cualquier vertedero?

—Es imposible que ella sepa que estás con la policía.

—Si tú me seguiste hasta aquí, ¿cómo no iba a hacerlo ella, que sabe perfectamente cómo localizarme?

—Te haya seguido o no, no puede saber que yo soy policía ni que estás aquí a solas conmigo.

—Me encuentro mal.

Elisa se tendió en el sofá, apoyó las piernas sobre los muslos de Mariola; de ese modo le decía que no iba a respetar ninguna autoridad.

—¿Mareada?

—Yo estaba empezando una relación con Roberto...

Sus lágrimas le parecían a Mariola de cocodrilo; su relato, poco creíble, pero fácilmente comprobable con una llamada a Fidel.

—Conocías los dos lados de la moneda.

—Sí, yo conozco el cielo y el infierno. —Elisa, con los ojos cerrados, suspiraba por unas caricias de Mariola—. Lourdes apareció cuando me separé de mi marido, quizá un poco antes, cuando veía que el chiringuito se me veía abajo.

—¿Qué chiringuito?

—El de mi vida feliz de cuento de hadas, el de mi puta vida de mierda en la que lo único que tenía sentido era el sexo con Julio.

—¿Te dejó él?

—Sí. —Elisa no abría los ojos y movía las piernas buscando el contacto de

Mariola—. En cuanto comprobó que la rubia de familia bien era una frustrada abogada que refugiaba su cobardía en alcohol y cocaína.

—¿Cuándo empezaste a tomar droga?

Mariola, por fin, tomó con la mano derecha los dedos de los pies de Elisa, excitadísima del mero contacto de su piel de mujer.

—Lo retomé tarde, ya casada. Había probado la coca en Londres, en una época irrepetible en que tenía el mundo a mis pies y fui realmente feliz. Por fin le había dado a mi padre el título de Derecho que tanto quería para su hija y ya podía yo con veintitantos años encontrar mi libertad e irme a Inglaterra a buscarme la vida con la excusa de aprender inglés y preparar algún máster que nunca hice.

—Hablas muy bonito —confesó Mariola, olvidando su papel de policía.

—En una cena de trabajo, éramos tres parejas, empecé a coquetear con la más jovencita del grupo, una chica guapísima que me hacía gestos de no soportar tan buenos modales de pijos revenidos jugando a ser importantes. Me fui con ella al baño, ¡a maquillarnos! Allí mismo sacó ella un piquito de coca. A la segunda vez en el baño ya nos metimos mano —a Elisa no le importaba mentir si con ello forzaba el juego de la seducción—, y al salir de allí la tercera vez ya no controlábamos la mandíbula y nos reíamos del más pintado.

—¿Eres bisexual?

—¡Qué más da lo que uno sea! Yo solo sé que ese fue uno de los días más divertidos que recuerdo, y sin duda el principio del fin.

Mariola comenzó a acariciarle los muslos, Elisa le tomó las manos y las dirigió hacia su cintura para hacerle jugar con los dedos entre los elásticos del tanga, justo hasta conseguir que se cruzaran los dedos de Mariola con su sexo, ya húmedo, mientras cerraba los ojos y gemía pensando en esa chica del baño imaginaria comiéndole la boca. La excitación de imaginar la entrada de sus padres en esos momentos en el salón le hacía explotar su lado más perverso mientras sentía la lengua de Mariola por todos lados.

102. COLO

Azorada, que no arrepentida, Mariola se aseó en el baño tras recolocarse la ropa, con más interrogantes en la recámara de los que había traído un rato antes.

—Quiero pensar que ahora estoy más protegida —insinuó Elisa al despedirla en la puerta.

—Lo estás, siempre que no vuelvas a la casa de Almudena ni te pasees estos días a solas por los alrededores de tu casa. —Le gustaba, a Mariola, el sobrevenido papel de mujer policía.

Elisa se duchó con el nervio de quien acaba de asaltar una frontera inesperada, aún conmovida por los dedos, la lengua y las malas palabras de Mariola. Ya frente al espejo sintió el ruido de sus padres paseándose por la casa, en unos instantes perfectos para afrontarlos, a plena luz del día, con las hormonas retozando despistadas en su cuerpo.

—¿Qué tal el paseo, papá?

Este no le respondió sino con un gruñido que podía significar cualquier cosa lejana al cariño, sin que eso impidiera que ella se abalanzara por detrás para darle un beso.

—Me ha dicho tu madre que has tenido visita.

—Sí, una antigua amiga del instituto. —Estaba segura de que, para evitarle preocupaciones, su madre no le habría nombrado la palabra policía—. Nos encontramos hace unos meses por Facebook. —Algo difícil para quien jamás lo había utilizado—. Le comenté que había vuelto a instalarme en mi casa de siempre y vino a hacerme una visita. —Con un escalofrío, comprobó los ojos de su madre mientras la escuchaba contar nuevas mentiras—. Necesito recuperar a la gente de mi época sana —lanzó, como confesión, más por ser

escuchada por una madre camuflada que no por un padre arisco que la observaba sin emoción.

—Una forma muy elegante de comunicarnos que te nos plantas aquí, en la vivienda de un enfermo terminal.

Con cierta dificultad que daba a entender dolores internos, Agustín se sentó en el gran sillón de su biblioteca, seguido por su hija.

—Necesito vuestra protección —dramatizó Elisa.

—Yo no estoy ni a favor en contra. Si a tu madre no le supones una carga, en mí no vas a encontrar problemas.

—No anda muy entusiasmada mamá con mi llegada.

—Sería un milagro que lo estuviera. Con una hija que no ha hecho otra cosa en la vida que ningunearla.

—¿Así me ves?

—Así te ve ella. —Su tono quedaba bastante lejano de mostrar un mínimo afecto, en una sutil atmósfera de acoso y derribo que la obligara a replantearse su mudanza a territorios que ya no eran suyos.

Bien sabía que las tempestades de oscuridad la espoleaban como cucaracha revolucionada, de ahí que su ánimo no se hundiera a pesar de la sequedad, casi maltrato, de las palabras de su padre, de las noticias acerca del doble asesinato de los hermanos o del chaparrón de reproches matutino de su madre. Enchufada a la gasolina de los contratiempos, Elisa solía crecerse, de ahí que Rosa, conocedora de la mala naturaleza de su hija, la esquivara por entre los rincones de la casa hasta que ella, botellín de cerveza en mano, le propusiera hacer la comida.

—Déjame haceros un plato de pasta de esos con los que vosotros flipáis.

—Hoy compré merluza para tu padre en la plaza.

—Dejamos la merluza para esta noche, ¿vale?

Con la segunda cerveza, la alegría de haber dado con suficientes ingredientes para preparar unos macarrones *all'amatriciana* y la mayor fluidez de su madre en el trato, con explicaciones de dónde encontrar cada cosa, Elisa se concentró, mientras troceaba las zanahorias, en traer a su memoria la imagen de ese Colo, Tolo o Polo con el que, según la oficial de

policía, la habían retratado en cueros, follando y hasta arriba de coca. Un chispazo de lucidez le hizo comprender que, si Roberto hubiera visto esa foto, entonces su movilización, por una vez inocente, en busca de la reparación de sus lágrimas tras el abrazo desgarrador del aeropuerto, podría haberla interpretado como una estrategia de Lourdes para llegar hasta él.

Necesitaba ir anotando sus dudas para aclararlas más tarde con la mujer policía, entender hasta qué punto Roberto la relacionaba con su hermano, cómo de auténtica había sido la última, y única, cita entre ambos, en ese restaurante de menú inacabable en que creyó volver a sentirse mujer.

—¿Voy echando la pasta?

Salida de golpe de sus incertidumbres, Elisa hizo un gesto brusco para decir que no.

—No te preocupes de la comida, mamá. Está todo bajo control.

—Tu padre acostumbra a comer a las dos en punto.

—¿Qué hora es?

—Van a ser las dos.

—Toma, ve llevándole estas berenjenas rebozadas. —Elisa vertió un poco de miel a un lado de la bandeja—. Ya mismo está la pasta.

Con el plato en la mano, Rosa preguntó por la visita policial.

—Yo tuve una historia con un tipo al que asesinaron hace poco, mamá. Andan investigando todo lo que tenga que ver con ese hombre.

—Dios mío, Elisa. Hablas de asesinatos como quien habla de multas de tráfico.

—Nada de qué preocuparse, mamá. Un colgado al que vi un día y del que ni me acuerdo.

—Pero... Si ha sido solo un día, ¿cómo es que la policía...?

—Hay fotos de esa noche, simplemente. Con mi número de teléfono apuntado por detrás, eso es todo. —Ella misma se sorprendía su tremenda habilidad para inventar historias—. De eso hace muchísimo tiempo, no te inquietes.

—Prefiero no saber más.

—Esa vida ya la dejé bien atrás, mamá. —Echaba los macarrones en el agua hirviendo, preparando el asalto final—. Por eso necesito que me cuidéis un poco, para no volver a caer en ese tipo de ambientes nunca más.

La madre le dio un beso sentido en las mejillas, acaloradas por el vapor de la pasta hirviendo, mientras ella pensaba que las claves de esas fotos las tendría que encontrar en Fidel, quien no respondía a sus llamadas pero a quien sabía dónde encontrar.

Llegó a Las Cumbres a la hora del café, lo suficientemente pronto para estar segura de que daría con Fidel, antes o después del cambio de turno. Este la recibió con cierta frialdad, que ella justificó por el trauma aún sin digerir de la muerte de Roberto.

—¿Cómo llevas el duelo de tu amigo? —preguntó nada más darse dos besos.

—Bien, Elisa. —Aprovechó para quitarse el mandil—. Ya mismo salgo, voy con prisas. ¿Qué te trae por aquí?

—No me cogías el móvil ni respondes a mis mensajes; me tenías preocupada.

—El móvil lo perdí, creo que el mismo día en que nos vimos por última vez.

—Vaya, eso me tranquiliza. Creí que no querías saber más de mí.

—No he querido saber estos días de nadie, Elisa.

—Lo imagino.

—¿Tienes ahí tu teléfono para anotar mi número? —ofreció Fidel para disipar cualquier duda.

—Sí, claro. —Ella forzaba los movimientos, lentos, para retenerlo un poco más, en tanto Fidel, incómodo, le dictaba de nuevo la forma de localizarlo—. Hoy me ha interrogado la policía.

A punto de girarse, mientras se metía el móvil en el bolsillo, Fidel se paralizó.

—¿Y eso?

—Venía por ver si tú podías explicarme algo, me relacionan con un tal Colo, Tolo...

—Tolo. Bartolomé. El hermano de Roberto. —A Fidel se le vinieron las imágenes de ellos dos follando, con la mirada perdida en el objetivo de la cámara—. ¿Cómo es que te relacionan con él?

—No sé, ¿tú puedes explicármelo? —La reacción azorada de Fidel demostraba de forma transparente que era conocedor de toda esa historia, por lo que podía lanzarse sin temor al error—. Alguien entregó unas fotos, al parecer, a la policía.

—No me mires a mí.

—No he dicho que fueses tú, pero me resulta muy desagradable tener que dar explicaciones a la policía de temas que no conozco.

A Fidel, de bruces, todas las prisas por salir de allí se le habían convertido en desasosiegos por resituarse frente a esa mujer voraz.

—Yo sigo sin saber de quién me hablan, pero me molestaría mucho que alguien me hubiese implicado en marrones que no tienen nada que ver conmigo.

—Tú conociste por primera vez a Róber en el aeropuerto, ¿no es así?

—¿Lo dudas?

—Yo dudo de todo a estas alturas, Elisa. —No le gustaba el tono en ella—. No sé de qué fotos me hablas. —Ya era tarde para confesar lo hasta entonces oculto, si no quería quedar como una persona retorcida—. Pero si realmente hubieras tenido algo que ver con Tolo me resultaría difícil pensar en que tu búsqueda de Róber por los tanatorios fuera por casualidad.

—Soy una persona mala, Fidel. Egoísta, peor hija e interesada. Pero si hay algo de lo que me siento especialmente orgullosa es de haber seguido a ese hombre a partir de un abrazo desgarrador.

Aguantándole la mirada, Fidel callaba.

—Algo bueno debe de haber en mí, ¿no? —Elisa sabía que las lágrimas estaban a punto de brotar, porque por una vez lo que expresaba tenía mucha conexión con lo que sentía—. En algún momento alguien tendrá que ver en mí una *mijita* de corazón. Sí, te utilicé para llegar a él, Fidel. Te usé porque tenía necesidad de llegar a él, porque quizá tengo un alma tan negra que me derrito con una imagen explosiva de ternura como fue ese abrazo del aeropuerto.

—Elisa...

—Yo no estaba...

Quiso decir que no estaba allí de vuelta de ningún viaje, sino que iba al aeropuerto a encontrar a cualquier ejecutivo en la zona de llegadas a quien engañar con tretas de mujer despistada sin dinero para un taxi, y así ligárselo,

follárselo, fotografiar la visa y dejarlo como un perro tirado en la cama de cualquier hotel, sucio y frustrado por haber creído en la belleza de este mundo inmisericorde.

—Yo no estaba preparada para recibir una noticia así esta mañana, creí que era una broma. Al menos ahora me voy tranquila de pensar que no eres tú quien me ha traicionado. Si hubiera sido Roberto, ya es tarde para saberlo.

Fidel se rascaba la frente pensando que bien podría haber sido su amigo, en algún arrebato de cólera, en cualquier comisaría cercana, con la foto y sus sospechas como argumentos.

—No sé si sabes que unos días antes de morir me invitó a comer, a un restaurante precioso en el que me hizo sentir como una princesa. Nos dimos apenas un beso y le conté a mi padre, emocionada, que estaba empezando una historia con un hombre maravilloso.

No había otra reacción que la mirada firme en Fidel.

—Y resulta que mi padre lo conocía, conocía a un tío suyo, ¡el gran catedrático!, y por un momento en muchos años de desprecio mi padre se sintió orgulloso de mí.

—Elisa...

—Venga, tenías prisa. Ya tengo tu móvil. Tendremos tiempo de hablar.

—Estoy seguro de que todo ha sido una confusión, ya verás...

—Vete, Fidel. Tienes prisa. Hacemos por llamarnos.

La besó en la mejilla, húmeda aún.

103. ABSORTO

En el primer semáforo compuso un mensaje a Mariola de disculpas por el retraso, mientras la escena brutal de Elisa martilleaba sus neuronas sin dejarle pensar ni sentir coherente. Le sorprendió su nuevo corte de pelo, más que el gran abrazo con el que lo recibió en la cafetería de su barrio.

—¿Cómo está mi currante? ¿Cansado?

Fidel se bebió el vaso de agua que tenía ella junto al café, del tirón y sin respirar, y se desplomó en la silla.

—Agotado, chula. ¿Qué te has hecho en la cabeza?

Ella se tocó el pelo corto con una sonrisa infantil.

—Habría quedado a otra hora, Fidel, para que descansaras...

Se adelantó hacia ella con un guiño, sin confesarle que esa noche la tenía dedicada a Lucía.

—Estoy encantado de quedar contigo, Mariola. Yo me tomo ahora un café y resucito. —Llamó al camarero y señaló el café de ella como deseo—. Me ha venido muy bien la vuelta al trabajo, ¿sabes? Aunque sé que parece raro, me da la vida.

—Claro que te entiendo, Fidelillo.

No quería decirle que, a sus ojos, llevaba una vida fácil y desmotivadora para su forma de comprender el mundo, porque tenía que calibrar mucho sus mensajes antes de destrozar cualquier posibilidad de reconocerlo como su amor de vuelta.

—También busco yo la simpleza, Fidel, para ser feliz.

Con ojos entornados él le dijo no creerla, sin hacerlo.

—¡De verdad! Tenemos una conversación pendiente sobre mis años en Chiapas, para que llegues a comprender cómo mi percepción de lo importante

y de lo menos importante ha cambiado.

—Suenan a frase hecha.

—Para quien sabe basarlo en ejemplos concretos, quizá no.

—Dime un ejemplo concreto que me convenza.

—El ejemplo concreto se llama Huguito.

—Háblame de Huguito.

—Es un niño guatemalteco al que sus padres abandonaron al atravesar la frontera con México, se supone que al ser descubiertos por la policía o como parte de un plan premeditado, nunca se sabrá.

—¿Con qué edad?

—No tenía un año cuando lo cogí por primera vez en brazos, casi nada más llegar. Lo introdujimos en una de nuestras cabañas que servían de almacén, donde montamos poco a poco un pequeño palacio de cartón para él, mientras lo veíamos crecer, sus primeras sonrisas tras pasarse semanas sin quitarse de encima la cara de terror, ¡pobre crío!

Con los puños bajo las mandíbulas, Fidel escuchaba.

—Por allí pasaron cientos de cooperantes en los diez años que yo estuve, que se dice pronto. Mariola, la viejuda del lugar.

—Ya quisieran muchas viejudas como tú... ¿Qué pasó con el niño?

—El Huguito se crio agarrado a mis faldas, contagiado del ambiente de compañerismo que teníamos entre los cooperantes. Tú sabes, la gente llega con muchas ganas y, aunque se queme pronto la mayoría, el tiempo que están lo dedican en cuerpo y alma.

—Duro...

—Mucho, Fidel. Pero cuando lo ves todo desde siempre, como ocurría con el niño, las cosas se toman con sencillez, sin dramas. Es un chaval que jamás me pidió nada, nunca.

—¿Qué es ahora de Huguito?

—Lo reclamaron desde Guatemala, su abuela. Se ve que los desgraciados de sus padres no soportaron el remordimiento del abandono. Yo hablé con ella muchas veces antes de entregarlo, viajé a su pueblecito costero, en el Pacífico, a pocos kilómetros pero a varias horas de distancia de nuestro campamento, y encontré a una viejita en plena forma, sin dientes, amabilísima, que me cuidó durante dos días y me contó la crianza de sus siete hijos, de los que solo le

sobrevivían dos. Llegamos entonces a un acuerdo, tendríamos que mantener el contacto una vez al mes, ella me prometía llevarlo cada día al colegio, yo le pasaba, le paso desde entonces, una pensión de cien euros mensuales y, cuando cumpla dieciocho años y siempre que él voluntariamente quiera, se vendrá a Sevilla, donde yo le pagaré los estudios.

—Mariola...

—Se cruzaron dos abuelas, la de Huguito que se lo llevó y la mía que se murió, para comprender que mi tiempo en México se había terminado.

—¿Lloraste mucho?

—No tanto, Fidel. —Se secaba los ojos secos pensando en Huguito—. No tanto.

Sin querer entender las razones últimas de las confesiones de Mariola ni valorar precipitadamente su calidad humana, Fidel trató de retomar la iniciativa para desmotivar el proceso obsesivo en que ella había entrado por demostrarle su amor a partir de la localización de la Rota.

—Mariola, tenemos desde hace poco otra pista quizá más fuerte que la de la Rota para explicar la muerte del Róber.

—¿Y eso? —contrariada.

—Ha bajado de Coruña una antigua colega suya para contarnos temas muy confidenciales que implicarían al presidente de Bankitel, la compañía en que trabajaba, en una posible trama para hacerlo desaparecer.

—¡Es muy fuerte lo que me cuentas! En la España que yo dejé no pasaban estas cosas.

—Nada es seguro y quizá nunca llegue a serlo, pero no quiero que te metas en más marrones.

—Ya estoy metida hasta las trancas, Fidel.

Levantó los hombros con un suspiro y apoyó la espalda contra la silla para escucharla.

—Me aposté un par de jornadas a vigilar la puerta de su casa.

—Estás loca.

—No había peligro, Fidel. Afortunadamente, el portal de su bloque da a una plaza que se abre a los Jardines de Murillo. Me hice este pelado a lo

burro para cambiar totalmente de imagen y serles irreconocible.

—¿Apareció?

—Ella no, pero sí su principal compinche, la mujer grandona que me amenazó y trató de retenerme allí.

—Me entra taquicardia solo de escucharte.

—La seguí hasta lo que debía de ser su casa, tras el edificio de Correos de la Avenida. No tuve más que esperar un rato para verla salir con otra tía, una rubia canija medio drogada a la que trataba peor que a un perro.

—¡Qué mundo!

—Hubo un momento, en medio de una bronca junto al edificio del Cristina, en que se tropezaron con la policía y se pusieron nerviosas, más bien fue la gorda la que perdió el rumbo, se alejó y perdió de vista a la otra.

—Y ahí entraste tú.

—La mujer policía.

—¿Cómo? —preguntó él sonriendo, arrojándose a ella, sintiendo un extraño cosquilleo de orgullo.

—Lo que oyes. La vi en el McDonald's, absorta, comiéndose una hamburguesa y mirando la pantalla de los menús como si le fuera la vida en ello. No era difícil entrarle con cualquier película para llevarla al huerto.

—Y tú le dijiste que eras policía...

—Venía que ni pintado, Fidel. Fue la policía la que las había dispersado y así, además, tenía autoridad para hablarle de forma directa de la otra como una delincuente.

—¿Ella confesó?

—No a la primera, estaba hasta el culo de lo que fuese, pero no era tonta. Le dije si conocía a la Rota, que si la mujer con la que se peleaba estaba fichada... Pero la cara se le cambió cuando le aseguré que la famosa Rota estaba siendo investigada por un doble asesinato, de dos hermanos.

Mariola hizo una pausa, disfrutando sin saberlo del momento de absoluta posesión que significaba tener a Fidel absorto. No entró, tal vez por pudor, en el relato de su caída al río, ni de la persecución hasta verla entrar en casa de sus padres esa misma noche, ni en el interrogatorio previo, ni, por supuesto, en el sexo sin miramientos de horas antes.

—Esa chica es la del tanatorio, Fidel.

Como en un exorcismo, el rostro de Fidel se agarrotó ante Mariola. Era imposible, para él, disimular su impresión, la avalancha de viento helado impersonal que lo golpeaba, solo a él; la sinrazón de la perversión.

—Estuve rápida para nombrarle a Tolo, su foto con él follando, su historial de yonqui... Eran tan aplastantes mis argumentos que se quedó planchada.

Arrepentido de haberle confiado informaciones a Mariola por despecho, en un pasado reciente en que no era posible imaginar una escena como la que narraba, no sabía Fidel si era conveniente decirle que no hacía ni una hora que Elisa había estado en Las Cumbres contándole todo esto desde el otro lado.

—A estas alturas, ¿ella sigue pensando que eres policía?

—Sí. —Le apetecía enormemente hablarle de cómo se la había comido entera, para terminar de excitarlo en una enredadera sin escape.

—Eso podrá venirnos bien. ¿Tienes forma de contactar con ella?

—¡Claro!

Alcoholizado por el desorden de sus reflexiones, a punto estuvo de confesarle su historia sexual con Elisa, pero siempre tendría tiempo de hacerlo.

—Eres una valiente, ¿lo sabes?

—Sí. —Se rio, satisfecha, con su mejor sonrisa de dientes blancos, engatusadora—. Me merezco alguna cena romántica, al menos.

Fidel le sonrió sin contestarle, con Lucía parpadeando a contraluz en la cabeza, sabiendo que en momentos así se toman decisiones que te marcan de por vida.

Llegaron a la primera cerveza, a la segunda e incluso consiguieron volver a hablar de anécdotas de su pasado que nada tenían que ver con los tormentosos episodios ligados a las muertes de Tolo y Roberto; planearon, seducido él por ella, retornar un fin de semana al rincón de Tarifa donde se despidieron bajo las estrellas para, así lo insinuaba Mariola, regresar al punto de partida tras una pausa necesaria para comprender, cada uno, su lugar en el mundo. Enredado en esa madeja de propósitos irreprochables, Fidel pidió clemencia para descansar. Se verían al día siguiente, con la promesa solicitada por él de no mover más hilos en ese reto personal de Mariola de acceder a la Rota.

—Mañana como con mi tío, hablaremos de la denuncia que nos hizo la gallega y decidiremos los pasos a dar. No muevas ficha, por favor. Por tu seguridad, lo primero, y por asegurar que no hacemos ninguna tontería.

Ella aceptó, sonriente, sin saber que la tercera razón para Fidel era Elisa, protegerla, no hacerla pasar más por el suplicio de recordarle que una vez bajó a los infiernos y se dejó fotografiar.

104. BULLA

Pasase lo que pasase, tras un sueño programado y una ducha, estaba Lucía. Acordó, por tanto, la hora para verse con Alfredo al día siguiente y, a pesar de que este le dijo que tenía novedades importantes, no quiso que le adelantase nada que pudiera perturbarle esa cita de adolescentes que suponía ver de nuevo a su camarera de San Marcos. Camino de la plaza, con la noche ya caída, levitaba de felicidad. Se sustrajo de todo aquello que no fuese ella, a la que encontró en su silla de siempre con la sonrisa de siempre, como si toda su vida no hubiese sido sino una búsqueda de esa mujer y ese rincón junto a la imponente iglesia mudéjar de San Marcos.

—¿Cómo está mi futura periodista?

—En la gloria, Fidel. Deseando que me saques de paseo.

Él pidió la venia de una cerveza en ese su lugar, ella aceptó a cambio de servírsela en persona.

—A ver, cuéntame tu día de hoy. —Fidel estiró los pies hasta casi tocar los suyos.

—Me he levantado a las siete para coger la bici y darme una vuelta hasta el parque del Alamillo, con el tiempo justo para ducharme, desayunar y llegar a clase a las ocho y media.

—Joder, ¿qué bicho te ha picado?

A los dos les excitaban sus respectivos acentos, pero a Fidel le motivaba aún más su risa al oír sus frases del sur.

—A este cuerpo le tengo que dar movimiento, Fidel. No te imaginas lo despierta que estoy en clase después de pegarme esa paliza en bici y tirarme quince minutos en la ducha.

—¿Estás haciendo amigos en clase?

—Hay gente maja, no creas. Pero no dejan de ser niñatillos.

—¿Qué es lo que has aprendido hoy en clase?

—Lo que más me ha interesado hoy es la teoría del conflicto realista.

—Suenan feo eso de conflicto.

—Te explico. —Se acercó a darle un sorbo a su cerveza mientras se concentraba en recordar la base del argumentario de esa teoría—. Vendría a decir que en momentos de conflictos entre estratos sociales, países, gremios o sociedades, no sé, entre cualquier grupo que puedas imaginar, pues en esos casos se tiende a reducir la visión del otro al «todos son iguales». Como se ha podido hacer históricamente con los negros, los judíos... o aquí en España con los vascos, por ejemplo.

—¿Cuál es el objeto de ese razonamiento?

—La mejor forma de educar a un periodista, o a cualquier persona, para que no caiga en estereotipos es analizar las razones por las que estos se establecen, ¿no crees?

—Lo creo. —La sonrisa de Fidel abarcaba toda la plaza.

—Eso es lo que retengo de hoy.

—Dime un estereotipo que te moleste especialmente.

—Escuchar que los gays son todos unos frívolos.

—Yo no pienso así.

—¿Tienes amigos gays?

—No. —Nunca se acordaba de Alfredo.

—Me encanta que pienses así, porque normalmente los estereotipos se difuminan cuando conoces individualmente a alguien; se te desmontan los reduccionismos.

—Yo tenía estereotipadas a las chicas de Burgos.

—Ah, ¿sí?

—Me las imaginaba estiradas, pijas y frías.

—¿Yo rompo esa visión?

—A medias.

Tras una carcajada de pasmo, Lucía preguntó por qué a medias.

—Porque tienes ese punto de finolis que arrastráis todas las castellanas.

Manteniendo el semblante serio para provocar, Lucía le dio un palmetazo fuerte en los muslos.

—¡Pero bueno!

—¿Cómo se llama tu madre?

—Se llama Inés. —Se divertía con el juego propuesto por Fidel.

—¿Es burgalesa también?

—De Lerma, un pueblo cercano.

—El duque de Lerma.

—El mismo. Nada que ver con mi madre, de una barriada popular.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es profe de secundaria.

—¿De qué da clases?

—De Historia.

—¿De España?

—De todo. Mi padre es muy listo.

—¿Con quién te quedas de tu familia?

—Con mi hermanito Jorge.

—¿Y eso? —Le hizo gestos exagerados de súplica a Lucía para que retuviera la respuesta hasta que volviese con dos nuevas cervezas, que le sirvió, con un guiño, su amigo.

—Mi hermano es una persona buena —le dijo, arrancándole la cerveza de las manos—, que es lo más hermoso que le puedes pedir a una persona.

—¿Es la bondad para ti el mayor atractivo de una persona?

—Sin duda.

—Diciendo esas cosas puedes enamorar a cualquiera.

—No pretendo enamorar a cualquiera —retadora.

—¿Cada cuánto hablas con tu hermano Jorge?

—Diariamente.

—¿Le hablaste de mí?

—Sí.

—¿Qué le dijiste que te preocupa más de mí?

—No me preocupa nada de ti.

—Así debe ser.

Se hizo un silencio hermosísimo de complicidades.

—¿Querías que te sacara de paseo?

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—¿Te fías de mí?

—Totalmente —dio un largo sorbo a su caña hasta terminarla—. No tengo imágenes estereotipadas de los sevillanos.

Caminaron hasta el Arenal atravesando por calles comerciales, desiertas a esas horas, sin tocarse, sin prisas por contarse nada, dejándose Lucía seducir por las historias que Fidel le contaba de cada rincón a base de leyendas de una ciudad experta en educar a sus hijos en ellas. A cada intento sutil, involuntario, de engancharse a su interior a través de sus recuerdos, Fidel respondía con preguntas destinadas a olvidarse de sí mismo, de saber solo de ella, cargar baterías obviando su propio agujero negro.

—En este bar se come de lujo.

En La Bulla los sentaron en una esquina asomada a dos grandes ventanales con geranios desde los que se adivinaban las Atarazanas. Quería saber más de su hermano Jorge, de las tabernas de Burgos, del barrio de su madre, de la primera vez que vio el mar, de las veces que se coló en alguna clase de su padre, de sus conciertos en el chiringuito de El Palmar, de los años muertos sin estudiar, del beso más recordado, de cuántos libros podía leer al mes, del porqué de su odio al frío, de cuántas veces viajó a París, de qué platos sabía cocinar, de si sabía lo que era el dolor en mayúsculas.

—No lo sé, Fidel. Aún no conocí ese dolor de querer morirme.

—¿Ni siquiera por amor?

—No, un dolor gigantesco... No.

—¿Piensas que la gente se hace más interesante cuando ha conocido el lado oscuro de la vida?

—Si sabe escapar de ese lado oscuro, sí. Seguro. Pero es raro no dejarse gran parte del atractivo ahí.

—Dices no conocer el dolor y hablas muy segura de él.

—Una cosa es no conocerlo y otra es no haberlo vivido de cerca. Por mucho que quieras a una persona, no puedes meterte en la piel de ella si pierde un hijo. —Dejó escapar la frase con el punto de incertidumbre de no

saber si era un mero ejemplo.

Pidieron una pierna de cordero porque a ella se le antojó, el vino lo eligió él, de Ronda. Los dos sabían que estaban jugando bien, porque aunque Fidel pareciese dar pistas para entrar en terrenos que explicasen las raíces de su duelo, no era aconsejable dejarse llevar por la inercia de lo fácil cuando el juego de los guiños y las preguntas en sentido contrario dejaban traslucir mucho más que las explicaciones en campo propio. A medida que Lucía abría sus ventanas, se ventilaban de forma antinatural, pero se ventilaban, los miedos de un Fidel incapaz de tomar iniciativas con ella que fuesen diferentes de las que practicaba haciéndole ver con su curiosidad infantil que él, algún día cercano, querría hablarle de playas, besos, viajes y cocinas, porque quizá esas respuestas en él sí venían teñidas de un dolor inmenso que ella tendría que aceptar si querría recorrer un camino largo de complicidades con él.

—¿Te cuidan en el trabajo? —preguntó Lucía, ya con el postre de crema de limón en el plato.

—Mucho.

—No era difícil imaginarlo.

Sin tratar de buscar explicaciones, los dos entendieron que aún no era tiempo de acostarse juntos, había demasiadas expectativas como para dar un mal paso. Se dieron un abrazo al montarse ella en el taxi. Fidel se acostó feliz de pensar que al día siguiente libraba y se masturbó, con la calma de quien tiene toda la noche, pensando en sus labios secos, su nariz respingona y sus ojos pequeños inyectados de placer.

105. CASABLANCA

Un desayuno largo con periódico en el café Piola, disfrutando de una ciudad en movimiento al otro lado de las cristaleras, sirvió a Fidel para recomponerse de un día cargado de laberintos. La mañana no era sino una espera radiante, a pleno pulmón, que contorneaba los precipicios de un encuentro con Alfredo. Se ofreció a recogerlo en la facultad para caminar hacia donde quisiera llevarlo, sin prisas, con el día concedido a él por completo, sin planes posteriores que condicionasen la cita y pudiesen dejar en Alfredo la sensación errónea de que Fidel no estuviese por él. Quizá por haber comenzado a remontar desde muy abajo en esas últimas horas, pero cuando lo abrazó al llegar a la universidad se lo encontró más pequeño de lo habitual.

—Tenía ganas de verte.

—Y yo a ti, Fidel, y yo a ti.

—Tendremos que organizarnos un Camino de Santiago de aquí a poco; hay una joya allí que vale más que el santo.

—No me propongas esas cosas, que luego me hago ilusiones... Esa chica se merece que cuidemos de ella.

—Alfredo, ¿no soy yo un tío de fiar? —preguntó, consciente de jugar con la escena de Lucía de la noche anterior.

—Claro que lo eres, Fidel. —Bajó la cabeza para proponer salir de allí—. ¿Cómo está yéndote en el trabajo?

—Me está viniendo incluso bien volver al mundo real.

—Sí, nos desconecta de tanto dolor.

Fidel, decelerando en sus biorritmos, comprendió que la recuperación de Alfredo quizá no llegara nunca, en esa teoría burgalesa acerca de la dificultad que suponía saber salir vivo de un proceso traumático.

—¿Dónde te invito a la primera cerveza? —propuso Fidel.

—En un sitio en que tengas donde sentarte.

—No me asustes.

En el Casablanca se estaba bien a esa hora del mediodía y, excepcionalmente, había poca gente.

—No sé cómo no se nos ocurrió hacer con el teléfono de Roberto lo mismo que hicimos con el de Bartolomé.

—¿Mirar las últimas llamadas? —Fidel comprendió que Emilia estaba en el origen de esta idea.

—Exacto.

—Lo que encontré en su casa fue un móvil muy antiguo, dudé incluso que fuese el suyo.

—El del trabajo tuvo que entregarlo en la empresa al despedirse.

—Esa debe de ser la explicación...

—Bueno, dime, ¿ya lo has visto? ¿Cuáles eran las últimas llamadas?

—No puedo saberlo. Tendríamos que saber su contraseña. Paca no tiene ni idea. Tengo la esperanza de que tú sepas averiguarla.

—¿Esa era la gran noticia que tenías que darme?

—Es un teléfono que no para de sonar.

—¿Quién llama?

—Es un número desconocido.

Por la cara descompuesta de Alfredo supo que no acababan ahí las noticias.

—Has respondido, ¿verdad?

Asintió.

—¿Quién era?

—Una mujer, con amenazas. No cabía esperar otra cosa después de todo lo que estamos sufriendo, Fidel. —Los altramuces que masticaba se le iban haciendo papilla en la boca. Dio un sorbo a su vermú—. Me hice pasar por mi sobrino, porque entendí que quien lo llamaba tan insistentemente no podría estar al tanto de su muerte.

—¿Y te descubrieron?

—¿Qué me van a descubrir, Fidel! La cabrona que llamaba estaba excitadísima y solo pretendía asustar. Que como me acercase más a ella, me destrozarían.

—¿A quién?

—¡Yo que sé! A la Rota esa, supongo.

—No tiene ningún sentido nada de lo que me dices.

A Fidel, en una reacción desconocida en su propio cuerpo, comenzó a temblarle el brazo derecho mientras trataba de dar un sorbo a la cerveza.

—Esto comienza a ser un juego macabro.

Sus reflexiones, respetadas por un Alfredo que en nada se parecía al de unos meses antes, iban en dos direcciones con un mismo punto de partida, Mariola. Por un lado tenía que advertirla de que abandonara esa búsqueda heroica de justicia centrada en la Rota; por otra, debía aprovechar esa vía de entrada en ese círculo perverso de mujeres para hacerles pasar el mensaje de que el juego había terminado, Roberto estaba muerto.

—¿Has traído el móvil?

Alfredo lo extrajo de entre los papeles de su carpeta.

—Ten cuidado.

—¿Siguen llamando?

—Esta mañana dos veces.

—¿Has vuelto a cogerlo?

—No. Espera —Alfredo sacó el cargador enrollado del móvil—. Yo quiero descansar, Fidel. Me da igual si al cruzar esa esquina lo tiras a la basura. Mi misión se ha acabado con esta entrega.

—No te preocupes ya por nada. Me encargaré de hacerles ver que esta historia está acabada y Róber muerto y enterrado.

—Ahora necesito reconciliarme con mi cuñada, retomar mi vida de catedrático universitario y tratar de encontrar rendijas por las que hallar razones para seguir.

—Espero que en mí encuentres muchas, Alfredo.

—¿Te apetece una ensaladilla?

—Claro.

Mantuvieron la conversación a base de proyectos comunes que sabían que no se cumplirían. Los lazos no eran tan sólidos como para que el paso del

tiempo no fuese alejándolos a una relación cordial de un par de abrazos al año.

—¿Qué haréis con la casa de Róber?

—Es Paca quien tendrá que decidir. Imagino que la venderá.

Todo lo que tuviera que ver con esa mujer les provocaba una pausa difícil de gestionar en su conversación.

—Mientras la vendéis o no, me gustaría tener una copia de las llaves. Imagino que solo tengo tres intentos para meter el PIN, y necesitaré rebuscar entre sus papeles para encontrarlo.

Alfredo le dio sus llaves, sin condiciones ni consejos innecesarios.

106. CAPITÁN

A pesar de la insistencia de Fidel en pasar la tarde de cafés por el centro, Alfredo volvió a la facultad. En cierta forma, el viejo teléfono de Roberto suponía el paso del testigo de una responsabilidad que ya no deseaba tener, una liberación que el cuerpo quería festejar a solas con austeridad. Volverse loco era una posibilidad lejana pero real a la que no quería dar pábulo, por lo que la decisión tajante de desconectar del pasado inmediato de sus sobrinos era una terapia preventiva para, si no garantizar, sí construir las bases de una vejez saludable en lo mental.

De Paca esperaba una llamada que daba por segura. De hecho, de elegir él, votaría por que no llegara pronto, que los dos supieran masticar sus propios duelos para reencontrarse sin precipitaciones y así evitar escupirse verdades no compartidas. A las puertas de su despacho, en la bancada de madera que lo separaba del claustro, lo esperaba un hombre a quien no supo reconocer.

—¿Alfredo?

—¿Sí? —No frenó el paso, para asegurarse de ver gente en el horizonte reducido de ese pasillo, inquieto por lo que pudiese suceder.

—¿Qué tal está? ¿Me recuerda?

—Sí, claro que sí —mentía, forzado por los nervios—. No caigo ahora mismo en el nombre.

—No nos vimos hace mucho. Me llamó usted. Vivo en Huelva.

—¡Ah!

—Alejandro...

—Sí, sí, claro. El amigo de Bartolomé.

A Alfredo se le cambió la cara, aliviado, aunque recluso de nuevo en la espiral de la que no conseguía salir, como en la película de Buñuel.

—He venido a Sevilla para visitar a la familia y quise pasarme a saludarlo.

—Entra, entra... —Alfredo le dio la mano y lo invitó a su despacho.

—¿No lo molesto? —preguntó, al tiempo que se sentaba.

—No. En este despacho nunca molesta nadie, Alejandro.

—¡Qué recuerdos, Alfredo! Ya no se acordará, pero aquí estuve una tarde entera con una amiga haciéndole un interrogatorio acerca de Kant.

—¡Emmanuel Kant! Kant merece mil interrogatorios. —Alfredo ordenaba sus papeles sin saber muy bien qué hacer con ellos, sin distinguir qué hora era ni si iba o si venía—. Y mil que me hagas tendrán mil respuestas diferentes. Me fascina la claridad mental de ese hombre, me hace sentir muy pequeñito.

—Me apetecía venir a contarle que he vuelto a reencontrarme con Hamed, ¿se acuerda que le hablé de él?

—El chico de Agadir desaparecido.

—¡Qué memoria tiene!

—En cuanto le he puesto nombre a tu cara han comenzado a llegarme imágenes de nuestra conversación.

—Toda una lección de humildad para mí ese día...

—¿Cómo es que has conseguido volver a dar con él? —Alfredo quería evitar alabanzas para las que se sentiría impermeable a esas horas de la tarde.

—Es un tipo listo, en cuanto llegó a España hizo un par de llamadas y dio conmigo en Huelva.

—¿Pasó por la cárcel?

—Digamos que por una cárcel privada de delincuentes, de la que consiguió escapar. Salió de allí roto, en todos los sentidos. No creo que vuelva a jugar más al límite.

—La vida da nuevas oportunidades cuando menos te lo esperas.

—Sí. Me hizo muy feliz verlo de nuevo. No puede imaginar.

—Sí. —Alfredo, incómodo y relajado a partes iguales, reconoció esa visita de Alejandro como un guiño del destino—. Como decía Marta Mason, «el hombre más rico del mundo no es el que conserva el primer duro que ganó, sino el que conserva el primer amigo que tuvo».

—Usted... Tú tienes grandes amigos, creo recordar. —Alejandro quería hacerle ver su estima sincera, con el culo inquieto en su asiento por no saber si sus armas eran legítimas.

—Uno cree que la vida es larga, Alejandro, y que los amigos van encontrándose indefinidamente en este camino que a veces parece interminable, pero cuando llegas a determinadas edades te das cuenta de que apenas tienes quien se interese de corazón por ti.

—Es duro lo que me dice.

—No has llegado en mi mejor momento.

—Lo sé. No es fácil perder a un sobrino en la plenitud de la vida.

—Más difícil aún es perder a dos, con pocas semanas de diferencia, y que ellos sean la única herencia carnal que uno creía dejar en este mundo.

Alejandro, cohibido, solo supo cerrar la puerta desde dentro cuando vio a Alfredo derrumbarse en su propio llanto.

El largo paseo por el parque de María Luisa fue un bálsamo para su tristeza, acompañado de cerca por un antiguo alumno que aparecía desde otros tiempos como por ensalmo.

«Quiero que seas débil, quiero que seas tan débil como yo», le decía Kundera mientras miraba sus pies camino de casa. Qué importante era elegir la debilidad y no tener que caer de bruces en ella sin remedio, en esa falta de pilares sólidos que de golpe te deja en pelotas frente a la inmensidad de una existencia rota.

Nunca pensó que pudiera echar tan en falta a Fede, sus bromas pesadas, lo pegajoso que era, los ronquidos, la dependencia de su madre, sus inseguridades, la risa tonta, sus besos en los servicios públicos. Echaba todo en falta de su gran amor, incluso la clandestinidad que supuso durante tantísimos años su relación con él. Ya no le servían sus razonamientos de haber conocido ese gran amor, en mayúsculas. El presente se arrogaba implacable y le decía «no hay tiempo para nuevos amores, Alfredo». Tu lugar en el mundo es marginal.

—Agradezco tu silencio, Alejandro.

—Para mí es muy emotivo haber podido estar ahí, en ese despacho y en ese momento. Usted... tú eres una persona admirada, de gran calidad humana. Lo que pueda hacer por ayudarte en este momento crítico, lo haré.

—Tendrías que darle un giro al mundo para que corriese hacia atrás.

—Dígame cómo hacerlo.

A pesar de su ofrecimiento para quedarse a dormir esa noche allí, que Alfredo no quiso interpretar como otra cosa que interés en cuidar de su amargura, se despidieron en los bajos de su portal tras tapear algo ligero, con mucho alcohol, en el bar de debajo de casa. Alejandro le habló de todo y nada, incapaz de distinguir cómo hacer para soslayar todo lo que pudiera hacer daño al viejo catedrático. Por ese bar y entre cervezas aparecieron los problemas con su exmujer para quedarse embarazada, la dificultad para montar una tertulia literaria en Huelva o los escasos ataques de ansiedad, pero contundentes, provocados por la añoranza de la cocaína.

—Si yo te hablo de una mujer a la que Bartolomé quería como una madre, ¿quién se te viene a la cabeza?

—Se me viene a la cabeza Lourdes —contestó, sin atisbo de duda, Alejandro.

—¿Cómo es la tal Lourdes?

—¿Físicamente? —Alfredo asintió, invitándolo a hablar—. De mediana estatura, la cara redonda y con un labio leporino mal operado, muy a pesar suyo, imagino.

—No sé cómo no acudí antes a ti.

—¿Qué pasó con ella?

—Las últimas llamadas en el teléfono de mi sobrino venían de esa tal Lourdes. Él la tenía memorizada en el móvil como la Rota.

—Será por el labio —pensó en voz alta Alejandro, desconocedor de ese sobrenombre.

— Cualquiera sabe cómo lo llamarían a él.

El silencio opaco de Alejandro parecía, esta vez sí, insano, y Alfredo captó esa mirada de vacío.

—¿Es una tía peligrosa?

—Yo no me enfrentaría a ella.

—¿Por qué?

—Vive de lo que vive, Alfredo. Y vive bien. Quien está en su círculo la adora, pero en su círculo vive poca gente. Es casi imposible salirse de él si no

quieres vivir el resto de tu existencia mirando hacia atrás.

—Tú saliste, ¿no?

—Yo nunca entré. Lo que sé de ella lo sé por Tolo. La vi un par de veces. Tu sobrino era su gatito de peluche.

Cuando menos lo esperaba, Alfredo preció atar todos los cabos.

—Y cuando el gatito quiso libertad... —insinuó a Alejandro para que él terminara la frase.

—Ella no le hubiese hecho jamás daño a Tolo.

—De una persona como la que me describes no se puede tener certeza de nada.

—Lourdes habría matado por defender a Tolo, nunca al contrario.

—¿Enamorada de él? —Alfredo, de pronto, pensaba en esas últimas tres llamadas desesperadas con su sobrino ya tirado en la calle con la cabeza destrozada.

—Difícilmente. Ella es tortillera. Lesbiana, vaya. —Alfredo hizo ver que entendía la expresión—. Tolo era como su capitán general, fiel con mayúsculas, el hijo mayor que siempre la habría defendido del enemigo.

—¿Entonces?

—Quien mató a Tolo quería hacer daño a... ¿Cómo decías que la llamaban?

—La Rota.

—Pues eso, quien lo destrozó quería destrozarla a ella.

Martilleaban las palabras de Alejandro, puntillosas, directas, agresivas, con toda la carga que da la transparencia, sin intereses cruzados que perturbasen. La ansiedad era una medicina desconocida para él, material robusto de pruebas superadas, por lo que ese respirar arrítmico de pulmones imposibles de llenar no lo dejaba dormir, necesitaba levantarse de la cama en mitad de la noche para eructar su tensión acumulada en forma de gases que apretaban haciéndole dudar de la fortaleza de su corazón. Sabía de varios compañeros que podrían echarle un cable sin necesidad de acercarse a un centro de salud para que le recetasen fármacos que le devolviesen el pulso normal. Definitivamente tenía que concentrarse en él, los circuitos comenzaban a

chispear y el desbarajuste total no era descartable. Al día siguiente le escribiría un par de mensajes a Fidel con toda esa información, para pedirle clemencia y que no ahondara más en los últimos motivos de esa sombra perversa a quien no ponía cara, aquella sombra que arrojó por el balcón a ese hijo que nunca engendró, como bien se ocupó de aclararle Paca con gestos innecesarios.

La noche diabólica dio paso a una almohada sudorosa iluminada por una mañana espléndida, el paseo hacia el trabajo fue un ataque personal en toda regla a sus ganas de huir. A través de Alejandro tenía posibilidad de llegar a la Rota, pero él no sabía cómo enfrentar una nueva conversación con ella, sin sentido. Lo que sí era necesario era hacerle saber, de una vez por todas, que Roberto había muerto y necesitaban vivir en paz. Envío un mensaje, una vez en su despacho, y trató de concentrar toda su clarividencia en una frase:

Fidel, la Rota no mató a Tolo

Si llama, hazle saber que su hermano está muerto

107. THRILLER

Apostado en la barra del bar, a sabiendas de que durante la mañana se pasaría por allí Mariola, Fidel tardó horas en leer el mensaje de Alfredo. De hecho, de haberlo leído, quizá habría cambiado el rumbo de su charla con ella.

—Ponme un café bien cargadote —le pidió a Fidel, jugando con su acento mexicano.

—¿Por dónde has entrado? Voy a pensar que eres una vampiresa...

—Entré por esa puerta de enfrente y llevo aquí sentada un par de minutos delante de ti, como un pasmarote, viéndote fregar vasos subido en tu nube.

Con una carcajada, Fidel admitió la posibilidad de que eso fuera cierto.

—La lavadora no para de dar vueltas —le dijo, señalándose la cabeza—. De lo que no me olvidaba era de que hoy te tenía para desayunar. ¿Sigues perdiendo el culo por los molletes de Antequera?

—¡Y tanto que sí!

Tras darle una tregua en la hora punta de los desayunos, con el periódico delante en una gran mesa, Mariola volvió a la barra cuando confirmó con un guiño de él la posibilidad de hablar un rato.

—¿Qué novedades tenía Alfredo?

—Pocas, la verdad. Está bastante derrotado y eso me apena —obvió el asunto del móvil.

Mariola recordó su cita con él nada más llegar de México.

—No sé si te habrá contado algo, pero nuestro encuentro de hace unas semanas fue bastante desagradable —admitió ella.

—Me cuesta creerlo conociendo a Alfredo, Mariola. —Iba y venía en tanto organizaba su zafarrancho de limpieza cerca de la esquina de la barra donde ella se situaba—. ¿Qué pasó?

—Nada grave, Fidel. Simplemente me puso en mi sitio cuando comencé a hablarle de Chiapas. Quizá tuviese razón y lo único que buscase al contarle mi experiencia como cooperante fuera su bendición.

—No creo que te lo dijese así.

—Claro que no. Ya te digo, fue hipersensibilidad mía. Esos días, justo tras aterrizar en Sevilla, me creía el centro del universo, Fidel. En el fondo, los humanos somos así, nos creemos medianamente imprescindibles, pero con el paso de los días me he dado cuenta de que a mi teléfono no llama nadie, que la gente ya ha hecho su vida y que mis charlas sobre los niños abandonados por los narcos en su huida hacia Estados Unidos no dan ni para cinco minutos de curiosidad de la gente con la que me encuentro...

—Si hay alguien que te hubiese escuchado con profundo respeto e interés, ese es Alfredo.

—Lo sé, Fidel. Lo sé. Fui egoísta, sin duda. —Creía reconocerlo de corazón—. No supe calibrar su estado de ánimo, lo que estaba pasando con la muerte de Tolo. Y ahora le viene lo de Róber, es como un *thriller*... ¿Está muy mal?

—Está abatido, sí. Pero yo confío en su fortaleza. Una persona tan preparada tiene los recursos para salir a flote.

—O no, Fidel. A veces tras una persona fuerte hay un abismo enorme, de tanto luchar a solas.

—Haz por llamarlo. Le hará bien.

—Claro.

La luz presagiaba una primavera perfecta, resaltaba los vellos de los antebrazos de Fidel, sus arrugas incipientes de hombre curtido que excitaban calmadamente a Mariola; definía, esa luz, un escenario de Hopper, colorido y mundano, perfectamente integrable en el almacén futuro de recuerdos de una mujer que no tenía la menor idea de si en veinte años Fidel sería su compañero o un episodio imborrable de juventud.

A Fidel le apetecía hablarle incluso de Lucía, embargado por esa relación renacida desde otros tiempos con Mariola, pero medía cada palabra, sin saber hasta qué punto hablarle de nada porque los acontecimientos se habían

precipitado de tal modo que no distinguía la frontera entre lo contado y lo retenido.

—Alfredo me ha dado el antiguo móvil de Róber.

—¿Y eso?

—Quiere que investigue por ver si me hago con su PIN para ver las últimas llamadas antes de morir.

—Parece buena idea. Utilizando la misma táctica que con el móvil de Tolo... Jugando fuerte.

—Me ha dejado las llaves de la casa de Róber, iré esta tarde por ver si encuentro alguna nota donde hacerme con la clave.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. —Le daba cierto pudor pensar en estar con ella a solas en espacios cerrados—. Al parecer, todos los días sigue sonando el móvil.

—¿Y quién llama?

—Una mujer que amenaza, da gritos y pide que no se moleste más a su amiga.

—¿A qué amiga? —Mariola no veía a otra persona que la Rota.

—Vete tú a saber.

—¿Puedes pasarme el número?

—La llamada es anónima, Mariola.

—Esto tiene que terminar, Fidel, vais a acabar todos locos.

—En cuanto llame, lo único que le haré saber a esa histérica hija de puta es que Róber está muerto.

Impactada por el relato, Mariola quedó en silencio y se retó a sí misma a volver en busca de ese círculo de mujeres descreídas y delincuentes que continuaban destrozando la vida de gente de bien.

108. JUZGADOS

Fidel comió en la gran cocina con Carlota, que le preparó su plato preferido de canelones, entre apesadumbrado y ausente por la conversación mantenida con Mariola.

—No pruebas bocado, mi amor... ¿Y esa me dices que era tu novia de toda la vida?

—Sí, Carlota.

—¡Qué mujer cruel! Es hermosa, la cabrona...

—Muy hermosa. —Fidel traía a su cabeza los dientes blancos de la sonrisa de Lucía.

—¿Por qué te busca? ¿Está ayudándote o volviéndote loco?

—Las dos cosas al mismo tiempo, Carlota —confesó mirando hacia ninguna parte—. Su principal intención, creo, es la de ayudarme ahora que me ve tan tocado, pero uno nunca sabe cuáles son las razones por los que una persona se mueve.

—Dile que necesitas un tiempo.

Fidel agradeció los consejos de la colombiana con una sonrisa.

—Hay momentos en que pienso que necesitaría volver a tomarme días libres de permiso y escaparme bien lejos.

—Te daría mis días de permiso si eso te ayudase, mi amor.

—Eres un sol, Carlota.

—Y tú un hombre bueno, Fidel.

Al encontrar dificultad en abrir el portal de la Buhaira, pensó que los vecinos podían haber cambiado la cerradura impactados por un posible rumor de

asesinato ligado a la muerte de Roberto. La casa estaba impecable y no quiso sentimentalizar ese instante con escenas forzadas en su cabeza. Buscó el tarro de maría, que imaginó detectado por la policía en sus investigaciones, y se preparó un pitillo con los papeles que supo encontrar en su lugar de siempre. Colocó un disco de U2, encendió el porro, se desparramó en el sillón de Roberto y le invadió una extraña sensación de bienestar en la que buceó durante un tiempo indefinido, en que se topó con secuencias infinitesimales en que llegó a visualizar las razones últimas de la existencia humana.

Durante un buen rato, a esa hora en que la luz del sol cae tan plana que los colores de los edificios se vuelven pastel, apoyó su gran nariz sobre la cristalera del balcón e imaginó el momento irreversible de la caída de Roberto. El edificio de enfrente era inmenso, costaba creer que nadie viese nada desde el otro lado de la avenida. Traer clandestinamente a Lucía cada noche a hacer el amor en la cama de Roberto sería perverso, aunque mostraría la parte de él aún marcada por la dependencia de un héroe ya destruido para siempre, algo que debería conocer ella de compartir el futuro con Fidel.

Como por embrujo, uno de los últimos rayos de atardecer se concentró en la foto brillante, de entre los estantes de la librería de Roberto, en que Tolo besaba a su hermano dormido. La tomó entre las manos, acercó la mirada a la de Tolo, que parecía retarlo desde el otro lado del tiempo fijando sus ojos enormes en él, pidiéndole tal vez también perdón o, por el contrario, gesticulando su victoria. Abrió su cartera y se la guardó, tras leer de nuevo el mensaje fraternal, una despedida premonitoria o un rapto futuro de su ídolo hacia el mundo de los muertos de quien nunca supo vivir sino de prestado.

Con la energía atenuada de escrúpulos que proporcionaba la marihuana, se sentó en el despacho de Roberto a organizar la búsqueda de sus papeles con objeto de encontrar el código de acceso a sus llamadas. Tenía correspondencia, abierta y sin abrir, amontonada, que Fidel fue leyendo, o abriendo cuando procedía, con una lentitud pasmosa, como si las explicaciones de todo estuvieran en cada una de aquellas cartas.

Hubo una que le llamó especialmente la atención.

Tenía un membrete oficial de los Juzgados de Barcelona. Solicitaban su presencia como testigo en una vista preliminar de instrucción en el caso de la venta fraudulenta de acciones de Bankitel. La fecha de la citación aún no se

había cumplido, por lo que se planteó llamar a los Juzgados para comunicar la muerte de Roberto y sembrar así la duda en un juez que tendría, de esa forma, un argumento fuerte para investigar la trayectoria del consejero-delegado como posible sospechoso de la muerte de su amigo. Se guardó la nota en el bolsillo y se prometió consultar con Emilia qué pasos dar.

A Fidel le resultaba extraño que Roberto, a pesar de la tensión a la que había estado sometido los últimos meses, no le confiara en ningún momento este caso en el que él, por lo que pudo saber a través de Emilia, no tenía nada que ocultar. Podría ser que su exceso de celo no fuese sino una disposición honesta a proteger a su antiguo jefe. Podría resultar surrealista que el presidente corrupto mandase liquidar a un subordinado que lo protegía con su silencio. Uno no sabría que el otro callaba, el otro no sabría que era el único con información privilegiada como para hacerlo caer en barrena. Y tal vez todo eso estaba grabado en escuchas telefónicas que ahora Roberto no podría certificar en un juicio.

Si, en cualquier caso, el tal Honrubia no quería que declarase contra él, lo último que tendría que haber hecho es ponérselo en contra, algo que no facilitaba su despido, a no ser que se estuviese fabricando su propio argumentario para justificar su posterior suicidio. ¿Nadie habría advertido a este hombre de que cualquier muerte violenta iba seguida de una autopsia? Quizá sí, pero con sospechas o sin ellas, el principal testigo que podría llevarlo a la cárcel ya estaba muerto.

¡Qué devastadora era la frontera con la muerte!

Encendió el Mac de Roberto, que arrancó con su pantalla en blanco y negro de aquel paseo de invierno por la calle Betis desde el Puente de Triana, abrazado a su hermana Clara, aquella foto que les hizo Fidel con su vieja cámara varios siglos atrás. Tecleó la clave para adentrarse en su territorio, volver a ver los álbumes de fotos mil veces vistos y grabarse en algún CD su colección de conciertos al aire libre de U2, y recordó con una sonrisa la emoción con la que Roberto le explicaba cómo estaba grabado ese último a través de las propias gafas de Bono. «¡Son las gafas, Fidel! ¡Son las gafas!». U2...

Un chispazo de felicidad le hizo comprender que sabía cómo acceder, desde siempre, al ordenador de Roberto. 2304. El 23 de abril del 72... Ese

era, sin duda, el código que buscaba. Apagó el ordenador, se aseguró de tener en el bolsillo la notificación de los juzgados y salió como había entrado, con la fortaleza forzada de no meter más sentimiento a esa visita.

El viejo móvil de Roberto estaba ya cargado en su mesilla de noche. Tumbarse y tomarlo entre las manos fue lo primero que hizo al llegar a casa. Como en un ritual de invocaciones al pasado, compuso en sus teclas desgastadas el día y el mes del nacimiento de Roberto, sabiendo que, aunque fuese estúpido, tenía que concentrar sus energías en no dudar de que esa era la puerta de entrada a ese mundo congelado para siempre.

Entró.

El grito de victoria de Fidel se debió de oír en todo el bloque. Tendido, decidió voltearse, colocar el móvil en el suelo y asomar la cabeza por los pies de la cama para recrearse en un viaje arriesgado en la intimidad de las últimas horas de su amigo imprescindible. Dejó para el final las llamadas perdidas y se adentró en los mensajes, escasos, debido al poco uso que le había dado a ese teléfono antes de que lo despidieran. Había mensajes de números huérfanos de nombre en que se solidarizaban con su situación tras el despido; en todos ellos se apreciaba, como no podía ser menos, un profundo afecto hacia Roberto en esas duras circunstancias. De adelante hacia atrás, llegó a un mensaje agresivo que lo perturbó tanto que tuvo que incorporarse en la cama, sentarse unos segundos y respirar.

Capullo, no vuelvas a acercarte a Elisa

Trajo su teléfono desde la entrada, volvió a tumbarse y copió con parsimonia el número desde el que procedía ese mensaje, mientras lo leía una y otra vez. Saltó, antes de finalizar, de los mensajes recibidos a los enviados, por ver si hubo alguna reacción de Roberto a ese toque amenazante. Anotó la fecha, la hora y sobrevoló por entre los mensajes enviados hasta dar de nuevo con ese número. Efectivamente, él le respondió:

Nadie me dice a quién tengo que acercarme o no

Orgullosa por su respuesta, Fidel volvió a girarse, mirando al techo, para identificar la fecha exacta en que Elisa y Roberto se vieron. No quería pensar que este mensaje hubiese sido anterior y esas citas ya se produjesen, sin él saberlo, tiempo atrás. En una primera aproximación, por lo reciente del mensaje, confirmó que sí, que ese mensaje había llegado muy poco después de su encuentro con Elisa. Volvió a la carpeta de los recibidos y ya no hubo más señales de respuesta. Quien fuese, cobarde, había lanzado el dardo envenenado y retirado la mano después. Tenía que ver si había llamadas de ese número, que no encontró. Las últimas llamadas con las que tropezó antes del fatídico día provenían de un número fijo con prefijo barcelonés: 93. La misma mañana del levantamiento del cadáver. Se levantó raudo con el móvil para acercarse al salón, encender el ordenador y colocar el teléfono en Google, por ver si el buscador le daba alguna pista.

Efectivamente, en apenas décimas de segundo apareció el nombre de Bankitel como propietario de ese teléfono. La indignación le subía sangre arriba y le inflaba el corazón, que parecía estallar. Podía llamar a Alfredo, consultar a Emilia, acudir a un juzgado de guardia, a la policía. Sin embargo, la parálisis ganaba. Todo resultaba tan complejo que no sabía qué era más conveniente hacer, sobre todo porque había una posibilidad lejana de perjudicar el nombre de su amado Roberto, algo que no podría admitir, desde el momento en que saliesen a la luz intrigas en las que él no podría defenderse contra gente sin escrúpulos. De pronto, el móvil comenzó a sonar y vibrar, como endemoniado, por encima de la mesilla de noche.

Lo tomó entre las manos y era, efectivamente, un número desconocido.

—¿Sí? —No respondía nadie—. Dígame.

Almudena colgó.

109. PINTORES

Esa no era la voz de Roberto ni del viejo que había respondido las últimas veces, y no estaba dispuesta a dar pistas. Hacía días que no salía de casa, enfurecida por la desaparición de Elisa, en un sinvivir que la torturaba, pensando dónde podría estar esa mujer. Aunque sospechase que la enfermedad del padre hubiese ido a peor, que no contestase a sus llamadas la descontrolaba. Hacía calor, se duchó, buscó un vestido ligero, con chanclas a juego y tomó el tranvía para presentarse, tras una semana sin dar noticias, en casa de Lourdes.

El silencio al entrar en la casa de la Rota, normalmente movida a esas horas del mediodía, la alertó. Fue a la cocina a beber algo y encontró la nevera perfectamente ordenada, impecable, como si una avalancha esquizofrénica de limpieza lo hubiese invadido todo. Tal era el cambio que dudó, por unos instantes, si esa era o no la casa de Lourdes. Avanzó por el pasillo hasta las habitaciones. Fue abriendo los despachos del fondo, sin encontrar nada por los suelos ni carteles colgados en las paredes. Entró hasta donde tenía su ordenador y respiró con alivio, una vez sentada, al comprobar que sus cosas continuaban allí, aunque perfectamente alineadas en función de su tamaño, de mayor a menor, fueran portavelas, tazas, fotos o bolígrafos.

—¿Sorprendida?

Almudena dio un salto, cargado de histerismo, al oír la voz de Lourdes desde la puerta.

—¡Qué susto me has dado, cabrona!

Lourdes, con un albornoz y babuchas, se acomodó con parsimonia, sin dejar de mirar, semblante irónico, a Almudena.

—Vienes vestida de veranito...

—Hoy hace un día espléndido... ¿Qué ha pasado aquí?

—A buenas horas vienes a preguntar, cariño. ¿Cuántas llamadas mías tienes de los últimos días?

—No he estado con ánimos para nada, Lourdes.

—Tu niña te ha dejado, ¿verdad?

—Dirás la tuya, Lourdes. Yo a Elisa no he hecho más que retenerla, como tú me habías ordenado. Pero el juego se acabó, lo sé.

—¿Con quién piensas que está esa furcia?

—Con el hermanísimo de tu Tolo, no hay que ser muy lista.

—Uffff... frío, frío. —La Rota se readaptó el albornoz, enseñando provocadora sus tetas y su sexo a Almudena, para volver a sentarse de nuevo, piernas cruzadas, frente a ella—. Si hubiera sabido que eres tan lela no te habría dado cancha.

—No me vaciles, Lourdes; demasiado movidón tengo ya encima.

—Al hermanísimo lo han tirado por el balcón de su casa. Ahora no es más que un nicho en el cementerio.

Descolocada, Almudena se salió de la conversación para pensar en sus últimas llamadas, tratando de relacionar la muerte de ese hombre con la suerte que pudiese correr Elisa.

—Tranquila. Tu Elisiña está bien cuidada en casa de sus papás. Esa niña no es tonta, su padre está muriéndose y sabrá utilizarlo para refugiarse allí durante unos meses.

—¿Qué tiene que ver ella...?

—Ella no es capaz de matar a una mosca, Almu... Te descalificas a ti misma.

Almudena comenzó a recoger todas sus cosas. Tomó la bolsa de basura colocada en la papelera para rellenarla, pausadamente, esperando una orden contraria, que no venía, por parte de la Rota.

—Antes de irte, mira si no tienes cosas en el ordenador que te interesen. Los correos y documentaciones comprometidas ya me he encargado de borrarlos yo.

Aturdida, Almudena se plantó.

—¿Qué pasa aquí, Lourdes? ¡Quiero saber qué pasa aquí! Tengo derecho.

—¡¡¡Aquí nadie levanta el tono de voz!!! —El grito de Lourdes sonó

inmenso, aterrador, tajante.

Con el corazón encogido, Almudena salió de allí a paso ligero, segura Lourdes de que nunca más volvería a dar con ella, sin temor a ser delatada por alguien tan torpe, expulsada sin ninguna prueba que no fuese su palabra contra la de ella, con el único equipaje de los años perversos de los que Almu no disfrutaría más.

A Lourdes, bien lo sabía, le quedaban por delante tiempos tranquilos, de depuración, lectura y paseos; aletargaría la organización hasta hacerla desaparecer, como en ocasiones pasadas, cuando el arresto del Cafetera y sus chivatazos quedaron en el olvido de la comisaría de La Ranilla.

Su hiperactividad, más circunstancial que genética, debía acomodarse al cambio. Todos habían quedado advertidos de que acababa de comenzar un período de hibernación; la única que restaba por conocer esa circunstancia era Almudena, y el haberse rezagado en contestar sus llamadas había provocado que hubiera tenido que hacerse cargo de la situación de forma fulminante.

Las deudas se saldarían como habitualmente; quien dudase de sus métodos tenía todo que perder. Cada miembro de su equipo, desde que comenzase a trabajar con cada uno de ellos, sabía que no podía poner todos los huevos de su bienestar personal en el mismo cesto; era condición indisoluble, al dinero fácil, saber que su obtención no estaba exenta de riesgos, sacrificios y períodos de sequía. Ella, Lourdes, se había ocupado además de transmitir a través de su fiel infantería, lo caros que resultaban los desvíos en el camino.

Sonó el timbre antes de la hora prevista para la llegada de los pintores. Aún no tenía hechas las maletas para escaparse a su casa de Zahara, pero ya pensaba en adelantar su marcha al solucionar tan inesperadamente rápido el tema de Almudena. Tras la puerta, un señor mayor con una carpeta entre las manos le guiñó los ojos a través de la mirilla. El gesto simpático del caballero y su sensación de libertad, con la casa higienizada de arriba abajo, la llevaron a abrir la puerta con la naturalidad de un ama de casa en horario escolar.

—¿Qué desea?

—No me lo puedo creer, eres calcadita a tu padre.

—Perdone, mi padre hace ya unos años que murió.

—Veo que no me recuerdas, Lourdes. —Él hizo el silencio para ponerla a prueba y ella negó con la cabeza—. La última vez que pudimos vernos fue en su funeral, aunque yo estaba tan afectado que ahora no sé si llegué a darte el pésame.

—Yo tampoco tengo muy claro en mi mente ese día. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Verá. Somos vecinos. Yo vivo dos portales más hacia la estación de Cádiz, bueno, hacia lo que era la estación de tren.

Lourdes, incómoda, relajó los hombros por respeto a su padre.

—Veinticinco años estuvimos en la misma línea de producción tu padre y yo. Me llamaban el Huevo, ¿no recuerdas?

—Algo me suena, sí. —Si le hubieran contado algo así, ella lo habría arrojado rápidamente al baúl de lo olvidable.

—Ya llevo tiempo jubilado y el otro día me crucé con un compañero del sindicato que me dijo que la hija del Caratorta vivía *al lado mía*. Y me emocioné pensándolo.

—¿El Caratorta?

—Ah, sí. ¿No lo sabías? A tu padre lo llamaban así por tener la cara tan...

—Sí, sí, imagino... Bueno, caballero, ha sido un placer. Si no le importa, tengo pintores en casa y salgo de viaje en un rato.

—Cualquier cosa que necesites, vivo en el 3.º A del bloque sobre la panadería. Vicente Rosales.

—Encantada, Vicente.

—¿Qué fue de tu vida? ¿Tienes críos?

—No, Vicente. La hija del Caratorta es lesbiana y ya se le pasó el arroz para tener críos. Y, para serle aún más sincera, no se siente especialmente orgullosa de su padre.

A Joaquín le dio con la puerta en las narices sin saber que, con las piernas temblándole, acababa de vivir una escena brutal de valentía inconcebible en él. No veía el momento de llegar a la facultad y cuando lo hizo, a cinco minutos para que Alfredo terminase la última clase, se apostó en su despacho

con el corazón revolucionado.

—Hombre, Joaquín. ¿Andas buscándome?

Aún con el miedo en el cuerpo, se levantó para saludarlo.

—Estoy aún temblando, Alfredo. —Este se paró en la puerta—. ¿Recuerdas que me pediste si había forma de llegar a la mujer esta, la de los mensajes amenazantes, a partir de la única información de que su padre era de Valladolid?

—Sí, claro.

—Pues ya te puedo decir dónde vive. Acabo de hablar con ella. —Alfredo sonrió, emocionado por el relato de su amigo—. Es una mujer borde como no había visto nunca. Por los datos que me había dado mi alumno *friki* de la informática, había una posibilidad sobre tres de que ella fuese la famosa Rota, pero ha dado en el clavo.

—¿Cómo es? Físicamente, quiero decir.

Joaquín se señaló el labio como descripción definitiva.

—Labio leporino, se le llama. Fue la pista por la que pude llegar a ella.

En la barra del O’Neills le explicó los detalles de la conversación.

—Alucinó con el mote de su padre. —Se reía, como nunca lo había visto Alfredo, de su temeridad—. A mi alumno le he dicho que deje la Historia y se meta en Criminología.

A ese alumno no le resultó difícil hacerse con el listado, menos extenso de lo previsto, de los operarios llegados a Sevilla desde Valladolid en una época en que los trasvases de personal entre fábricas eran habituales.

—Son gente de nuestra generación —le señaló a Alfredo.

No fue complicado quedar con uno de ellos, jubilado y ávido de aventuras, en uno de los bares cercanos a la fábrica del barrio de San Jerónimo. A partir de ahí vino todo rodado. Al Caratorta le puso apellidos, y como eran tan raros, muy castellanos, De los Ojos Hombrados, pudo llegar a localizar a su familia en el registro.

En actitud pasiva, dejó que Joaquín siguiera con la crónica de su aventura hasta llevarla a propuestas concretas movido por sus ganas de demostrarle, de demostrarse, una osadía inconcebible en él.

—¿Tienes la seguridad de que ella fue quien te dejó por debajo de la puerta esos sobres intimidatorios?

Alfredo asintió.

—No sé si con sus propias manos, pero sí, fue ella quien los redactó y quien se encargó de que me llegasen.

—Vamos a hacer lo mismo.

Con una carcajada corta de excitación, Alfredo levantó los brazos para frenar a Joaquín.

—No corremos ningún riesgo y le hacemos pasar por el mismo mal trago por el que tú has pasado.

—No tenemos edad para jugar a Starsky y Hutch, Joaquín.

—¿Quién dice que no? Esa mujer me ha transmitido tanta negrura, ha sido tan estúpida... Solo de pensar que haya tenido mínimamente algo que ver en la muerte de tus sobrinos me hace pensar a lo grande, como no lo he hecho nunca en mi vida.

—¿Lo haces por mí, Joaquín?

—Y por mí, Alfredo. Necesito pensar que... soy capaz de romper con mi vida cansina... ¡aunque sea con sesenta años!

110. HUITXLA

Descartada la idea de responder con amenazas a las amenazas, Alfredo sí quiso acercarse a comisaría para indicarle a la policía la dirección exacta, el nombre y los apellidos de la Rota. Lo recibieron, como en las dos últimas ocasiones, tras hacerlo esperar y con desgana, y esta vez se fue con la certeza de que se reían de él. Esa noche estaba invitado a una de las tertulias que organizaban los antiguos alumnos del 99, pero suspiraba por un plan alternativo donde no tuviera que disimular su cara.

El plan llegó en forma de llamada.

—¿Alfredo?

A Mariola le facilitó mucho las cosas su tono afable de respuesta.

—Creo que le debo unas disculpas.

Alfredo la invitó a acompañarlo en su paseo por los bajos de Marqués de Contadero, algo que a ella le provocó un nudo al recordar que la última vez que estuvo allí acabó siendo empujada al río.

La pausa prometida a Fidel en sus pesquisas implicaba buscar pasos alternativos que la distrajeran de la parálisis de no saber qué hacer con su vida.

Efectivamente, tal como le había narrado Fidel, encontró a Alfredo empequeñecido. No la dejó recrearse en sus disculpas y focalizó también las críticas en su falta de sensibilidad para escucharla.

—Creí que querías confrontar tu desafío personal a alguien externo y no supe calibrar el daño que pudiese causarte que yo actuase como abogado del diablo.

—Lo sé, Alfredo. No estaba, simplemente, preparada para escuchar determinadas preguntas. En el fondo, hay mucho de vanidad en mis relatos acerca de mi labor en esas comunidades indígenas.

—Poquísima gente lo abandona todo por ayudar a desconocidos.

—Lo sé también. Estoy en el mundo.

La noche era espléndida para hablar sin prisas y, por primera vez desde que llegó, consiguió hablar con calma de sus años en Huitxla sin entrar en justificaciones personales, tan solo compartir un ojo de pájaro con Alfredo de lo que allí se vivía.

—No conozco pueblo más generoso que el mexicano.

—Como decía Henry James, Mariola, hay tres cosas importantes en la vida: ser amable, ser amable y ser amable.

—Gracias por este paseo.

—Lo teníamos pendiente, ¿no?

No había más objetivo esa tarde que romper fronteras con un buen hombre, por lo que el paseo fue largo; Mariola le habló de la rutina de un día cualquiera en Chiapas, «no se distinguía un día de otro», mientras le insinuaba con metáforas la tozudez inexplicable que le hizo alargar cada mes un poco más su exilio voluntario para demostrarse que era capaz de convertirse en una mujer libre de tomar cualquier camino en su mal entendida lucha contra la previsibilidad.

—No te he dejado hablar —se lamentó, decelerando el paso.

—Disfruto oyéndote, Mariola.

Se paró, esta vez sí, en seco.

—¿Y tú? ¿Estás con algún tipo?

Alfredo, paralizado, la miró a los ojos tan de cuajo que casi se metió dentro de sí.

—¿Dije algo indebido?

—Hace tanto tiempo que nadie me pregunta tan de frente por mi vida sentimental, Mariola...

Ella no dejó de mirarlo y lo retó a seguir.

—Hace unos días mi cuñada, la madre de Roberto y Bartolomé, me dijo cosas muy feas, con gestos terribles de desprecio, que quizá no sentía, ¡pero lo hizo! Es la persona que mejor debe de conocerme, que más tiempo ha pasado a

mi lado... y, sin embargo, lleva años sin atreverse a preguntarme si quiero a alguien, si tengo ilusión por nadie.

—Entiendo...

—Yo soy un catedrático al que le queda poco para jubilarse, ¡qué te voy a contar que tú no sepas! Y esa es mi condena, querida Mariola, que soy, de cara a los demás, catedrático por encima de persona, un hombre íntegro por encima de un hombre más, un triunfador que llegó a liderar la Universidad de Sevilla al que nadie le pregunta si se siente solo por las noches, si tuvo un gran amor, si hubiese querido tener hijos... Los homosexuales, ¡muchos de nosotros!, cargamos con esa cruz de resguardar nuestras vidas personales como témpanos de hielo, porque a la mayoría de la sociedad le incomoda pensar que tenemos una vida emocional propia, se limita a tolerarnos, ¡qué verbo más feo!

—En mí tendrás a alguien con ganas de personas como tú a su lado.

Alfredo se paró y le dio un beso en la frente.

—Estoy muy emocionada, Alfredo.

—No estoy con ningún tipo, Mariola. No estoy con nadie y muero por un abrazo al llegar a casa, sentir unos pies desnudos por debajo de las sábanas rozándome en mitad de la noche.

Mariola lo frenó de nuevo y lo abrazó en toda su fragilidad.

111. GRIETAS

Al caer la noche, tras dejar a Alfredo en un taxi en la glorieta de la Barqueta, aún desorientada por la escena recién vivida, prefirió no volver a casa y orientó sus pasos hacia la de la familia de Elisa. Sin plantearse el hecho en sí ni la conversación dramática acerca de lo homosexual de hacía un rato con Alfredo, lo cierto es que reposaba latente en su piel la excitación de esos minutos durante los que le comió el cuerpo a Elisa en el inmenso salón, por mucho que desconfiara de todo; tanto era así que, de haber habido un río cerca de ese salón, en vez de subirse el vestido para ella, seguro que Elisa la habría arrojado de nuevo al agua sin miramientos. No eran horas de visitas policiales, aprovecharía la escena sexual como excusa implícita para invitarla a una cerveza y, quizá, sincerarse a medias acerca de sus intenciones. Suspiró porque no apareciera su madre al abrir la puerta, pero no tuvo suerte.

—¿Qué desea?

—Querría hablar con Elisa.

—No creo que sean horas.

—Señora, no tiene nada que temer. Estamos en plena investigación, como ya le expliqué, y la contribución de su hija es muy importante.

Rosa se adelantó y dejó la puerta encajada tras de ella.

—Dígame en qué lío se ha metido, por favor. Tengo a mi marido en fase terminal de un cáncer y no quiero pensar en tener un espectáculo en mi propia casa en sus circunstancias.

Mariola, avispada, sabía que la madre de Elisa le daba argumentos suficientes de donde tirar. Aun así, no quiso tensar la cuerda.

—Señora, le aseguro que en esta ocasión su hija está limpia.

—Ella me ha hablado de un asesinato.

—Sí, de un par de hermanos. —La tensión en Mariola venía de no saber hasta qué punto Elisa se ocultaba tras la puerta de entrada—, algo asociado a un ajuste de cuentas.

—¿Narcotráfico?

—No puedo contarle más, entiéndalo. Es un tema bajo sumario; el hermano mayor era un hombre joven, respetable, lejano a cualquier ambiente sospechoso... Tenemos que ser muy precavidos con la información que manejamos.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—Ese hombre respetable...

—Roberto.

—Lo imaginaba... —Rosa trató de recordar el apellido del catedrático admirado por su marido, última esperanza de este por ver a Elisa con una vida rehecha—. ¿Roberto Relinque?

—Exacto. ¿Usted lo conocía?

—Mi marido sí, ¿a ese chico lo han matado? —Rosa se santiguaba—. Hablaban maravillas de él. Mi marido estudió con su tío, un catedrático de Filosofía que fue rector de la universidad.

—Un hombre maravilloso al que acabo de dejar en su casa tras interrogarlo —confirmó Mariola, con una verdad a medias.

—¿Qué relación tenía mi hija con él?

—En esas estamos, señora...

—Me llamo Rosa.

—En ese punto estamos, Rosa. Su hija mantenía una estrecha relación con él, y queremos entender qué pudo pasar para que lo asesinaran.

—¿Cómo lo hicieron?

—Lo drogaron con alguna sustancia fuerte, en su propia casa, y lo arrojaron por el balcón. Un cuarto piso.

—¡Dios mío!

—¡Mamá!

Sin saber hasta qué punto su aparición era casual o había esperado el momento adecuado para entrar en escena, Elisa abrió de par en par las puertas de su casa en actitud desafiante.

—¡Esto es inaudito! Mamá, métete dentro.

—¡Elisa!

—Entra, por favor. Ya me encargo yo de hablar con esta mujer...

Mariola le hizo entender a Rosa por gestos que no tenía de qué preocuparse, y esta entró y cerró, despacio, la puerta.

—¿Puedo invitarte a una cerveza?

—¿Esas son las últimas tácticas de la policía? Invitar a cervezas en horas de servicio...

—No estoy en horas de servicio, Elisa —farfulló Mariola, que le pidió con la mirada que se alejara de la puerta para poder hablar a solas—. Necesito que me ayudes, ya es una cuestión a nivel personal.

—Tú no eres policía, ¡ya me extrañaba a mí!

—Salvo que no soy policía, todo lo demás es cierto, Elisa. —Sabía que jugaba con fuego, pero para avanzar tenía que quemar todos los muebles—. Sabía de tu relación con Róber y te busqué.

—¿Cómo que me buscaste?

—Lo sé todo de ti y tu relación con Róber. No sé si en el tanatorio solo viste el abrazo que se dio con Fidel y ya no viste más. —Sabía que esa información le impactaría y le haría bajar sus defensas—. Pero yo estuve todo el tiempo a su lado en ese mismo tanatorio, éramos uña y carne... Supe de tu aparición y le eché en cara su insensibilidad al no aceptar al menos conocerte...

—¿A qué estás jugando? Esta historia morbosa no va conmigo.

—No hay morbo ninguno. Entre Róber y yo no podía haber nada porque yo tengo muy clara mi sexualidad. —Introducía elementos complejos que, en cierta forma, hacían la historia más creíble—. Nos conocíamos desde pequeños...

Impactada por el relato, sentada en un banco de la avenida, Elisa buscaba argumentos con los que rebatir o autoafirmarse.

—Él podría tener diez años más que tú.

—Nueve.

—¿Cómo vais a conoceros desde pequeños?

—Róber se llevó media vida saliendo con mi hermana Clara. —Ahora, de golpe, Mariola suplantaba a Fidel—, la cuidó casi desde que se conocieron,

porque a mi hermana le detectaron una leucemia cuando aún era una adolescente.

—Qué jodido... No sabía hasta qué punto acababa de hacer creíble su relato, con Elisa aturdida al comprobar que era Mariola la hermana pequeña del gran amor de Roberto, muerta por leucemia.

—Yo he vivido mi infancia cogida de las manos de ellos dos, Elisa, hasta que Clara nos abandonó cruelmente tras haberlo intentado todo.

A Elisa el mundo se le revolvía por dentro. La enfermedad del padre se unía a la de esa joven desaparecida para siempre a la que Roberto quiso, causa probable de su carácter desconfiado, distante, en un hombre que parecía tener demasiado caminado como para permitirse vivir sin sangre.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero vengar su muerte.

—¿Y cómo iba a poder ayudarte yo?

—Aclarándome si la Rota es realmente la persona que decidió deshacerse de él.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Eso es lo que tienes que ayudarme a descifrar, por qué la Rota envió hasta dos mensajes amenazantes al tío de Róber cuando este hizo por acercarse a ella.

—¿Qué es lo que hizo que se acercara a ella? ¿No sabía ese tío de Róber que estaba tratando con una narco sin escrúpulos?

—Este hombre es un señor mayor que lo único que intentó es tener una charla con la persona que hizo las tres últimas llamadas a su sobrino, el hermano pequeño, cuando ya estaba muerto en medio de un polígono abandonado.

—El chico con el que yo me acosté, el famoso Colo, Tolo, Polo de los cojones...

—Ese mismo.

Mariola, tensa y vivísima, se sentó a su lado, mirando a la avenida, oyendo el ruido de neumáticos en el asfalto, adivinando la posición de la luna frente a ella entre los edificios de Nervión, pero sin dejar ni por un segundo de retener la silueta paralizada de Elisa a su lado.

—Invítame a cenar.

Mariola la llevó por su barrio, al otro lado de la línea del ferrocarril que va para Cádiz, no lejos de allí. Se bebieron la primera caña aprisa, observándose.

—Por momentos pienso que no estás jugando limpio...

—Me llamo Mariola. —La ayudó a rellenar el vacío.

—Creo que no juegas limpio, Ma-ri-o-la.

—Entiendo que en la vida te hayan dado muchos palos, Elisa, sobre todo conociendo los ambientes en los que te has metido, pero cree en mí. ¿Qué daño puedo hacerte?

—Yo no soy lesbiana.

Mirando hacia otro lado, tan sutilmente ofendida que ella misma se creía su supuesta sexualidad, Mariola guardó silencio.

—Lo del otro día fue más una provocación que otra cosa, verás. Que no me chupo el dedo. —Iban por la segunda cerveza y a Elisa, cómoda, se le soltaba la lengua—. Cuando las cosas se ponían complicadas con Lourdes, yo me la tiraba.

—¿Es bollera?

—Más que su puñetera...

—¿Qué ocurrió para que acabaseis tan mal?

—¿Qué te hace pensar...? Yo quería salir de allí... Mariola. Yo me metí en ese mundo porque soy una viciosa, porque no tengo buena naturaleza. Tenía una vida perfecta con marido perfecto y elegí la cocaína y el riesgo, creí que la vida era eterna.

—¿Sigues en contacto con él?

—¿Con Julio? Daría mi vida por recuperarlo.

—¿Sabes algo de él?

—Que es muy feliz con su mujer y sus dos niños. En Zaragoza vivía, la última vez que supe de él.

Enormemente cómoda charlando con Mariola, se le vino a la imagen lo muy a gusto que también estuvo la primera noche que pudo compartir sus intimidades con Almudena, venida de un pasado que no sabía hasta qué punto se inventó, jugando con su memoria, apolillada de consumir tanta mierda.

—No sé qué hago contándote nada de mí.

—¿Te hago sentir mal?

—Sabes que no. —Hizo gestos al camarero de querer otra cerveza, sin ganas aún de cenar nada—. Pero yo, a estas alturas, no me fio ni de mi padre. Me dice que se está muriendo, ¿sabes? Y a veces pienso que es una mentira más para hacerme huir, para desembarazarse de mí.

—Está muriéndose, Elisa. Es de lo poco que pude hablar con tu madre hace un rato...

—Sé que está muriéndose. Hablo por hablar.

Viéndola jugar con la espuma de la cerveza, cabeza gacha, Mariola descubrió en Elisa a una niña perdida de afectos rotos desde muy temprano, niña perversa que todo lo prueba, que todo lo rechaza, que todo lo niega.

—Tu padre conocía a Alfredo, el tío de Róber.

—Sí. Hacía tiempo que no le veía un brillo en los ojos en nada que tuviese que ver conmigo, pero cuando le insinué que estaba empezando una historia con el sobrino del catedrático le vi de nuevo la cara iluminada.

—¿Cuándo se la viste por última vez?

—Hace siglos, cuando Julio me pidió en matrimonio.

Había a quien una vida previsible la ahogaba y huía a México, había quien se dejaba embaucar por una droga falsamente elegante para vivir otra existencia menos encorsetada. Mariola veía en Elisa un espejo de sí misma de haber tomado un camino menos inteligente; sus propias mentiras, sin embargo, le impedían ya hablarle de Fidel, de sus diez años en México, de la alegría que le supuso saberse fuerte para escapar de un futuro marcado por el sinsabor de no aguantar su propia libertad.

—¿Qué me dices de Fidel, el amigo de Róber, que trabaja en un bar de estos de barrio? —quiso saber Elisa.

—Es un sol. —No dudó.

—Yo a ese tío me lo he tirado no sé cuántas veces, solo por tratar de llegar a tu querido Roberto.

La boca, como un fenómeno físico extraño, se le secó, los labios se le agrietaron, la columna se le congeló a Mariola al pensar en esa mujer follándose, con los ojos salidos de las órbitas, como en la foto con Tolo, a su gran amor.

—Estaba quedándose colgado de mí, por eso me aparté de él.

—No tienes ningún sentido de la ética, Elisa, por lo que puedo ver. —

Prefería adaptar su cuerpo a su indignación, para no delatarse al primer gran obstáculo.

—Cuando lo hice no tenía nada con Roberto, ni siquiera me había permitido explicarle nada acerca de mí cuando le dije que lo buscaba porque me había emocionado con un abrazo suyo en el aeropuerto.

—El famoso abrazo...

—¿Por qué dices eso, Ma-ri-o-la? —Elisa, perdida, no comprendía el cambio de rumbo que tomaba la conversación.

—Es difícil creer en una aparición natural de una mujer a la que descubren en fotos pornográficas, con un hermano recién muerto, en el propio funeral de este.

—¿Eso es lo que pensáis de mí?

—Es lo que intentamos entender de ti.

—¿Sabías lo de mi historia con Fidel?

—Sí. —Tuvo que tragarse sus miserias con más mentiras—. Puro sexo. A Fidel le habrá venido bien.

Le asqueaba pensar en ella, imaginarla en brazos de su hombre, un hombre cada vez más lejano, deseado y desconocido. Prefirió simular un cansancio sobrevenido para terminar la noche con unas tapas de ensaladilla.

—¿Cuándo me invitas tú a una cena?

—Esta rubia está sin blanca, Mariola.

—Quien dice una cena dice una cerveza.

—¿Qué quieres de mí?

—Te lo dije claramente, Elisa. Quiero que me ayudes a vengar la muerte de nuestro Roberto.

112. MANGO

Los arrepentimientos por sus malos gestos con Mariola superaban a la excitación que le provocaban sus encuentros con ella.

—Me tenías asustada, hija. —Rosa le abrió la puerta de casa—. Ya podrías haber salido con el móvil encima.

—Estábamos por aquí cerca, mamá.

—Yo no lo podía saber, Elisa. Pensé que en cualquier momento me llamaban de comisaría para decirme que estabas arrestada.

—Tú has visto muchas películas.

Entró, mirando hacia todos lados, deseando no encontrarse con su padre. Soltó la ropa de cualquier manera por su habitación y entró en el baño, bebida, para ducharse pensando en esa ingenua Juana de Arco defensora de sus amigos, heroína indignada por la falta de escrúpulos de algunas zorras al utilizar a uno de ellos para llegar a otro, sin imaginar cuán inmensa era la envidia que la zorra sentía por Fidel el bueno.

No se esforzaría por llegar a Mariola porque sabía que pronto volvería; ya tenía su teléfono, conocía el camino a casa y marcaría los ritmos. Para cuando volviera, querría ya saber más de por qué Lourdes había amedrentado a un ilustre profesor universitario, aunque le costaba imaginar a la gorda en el origen de la muerte de Roberto, porque era demasiado inteligente y egoísta para desbarrar a esos niveles con tan poco que ganar.

Apagó la luz del baño y jugó con el mango de la ducha para masturbarse con Fidel en la cabeza y Mariola en el sexo, con los brazos de Fidel en las caderas y la mirada penetrante de Roberto machacándola, con los labios de Mariola en sus labios. Todo en esa noche la llevaba a Fidel, a quien, extenuada tras la ducha, le envió un mensaje:

Tu amiga Mariola te adora

113. PUERTOLLANO

El móvil vibró en la mesilla de noche de Fidel con el mensaje de Elisa en el preciso momento en que desnudaba el cuerpo tembloroso de Lucía. Las ventanas estaban cerradas al patio pequeño, revolucionado con remolinos de frío, en esas escenas que la madurez construye con calma cuando ya han pasado los tiempos de las prisas.

Lucía creía en la risa. Todo era más sencillo.

No había vergüenzas, las curiosidades por descubrir el cuerpo del otro eran puro juego intrascendente, porque lo que importaba era pensar en el otro, ponerse en el otro, hacerlo dichoso, cortar suspiros en el aire. Fidel convertía sollozos en jadeos, abrazaba los recuerdos puntiagudos con los dedos marcados en la espalda huesuda de Lucía, visualizaba una muerte impecable imaginando el recuerdo de esa escena.

El mensaje, contundente, lo leyó mientras la burgalesa trataba de cerrar la cafetera con la leche y se quemaba con el cazo.

—¿Seguro que no quieres que te ayude?

—Vete por ahí, pesado.

«Tu amiga Mariola te adora», rezaba el mensaje provocador de Elisa. Un cruce morboso entre sus últimas mujeres que le hacía sonreír en un despertar como el que disfrutaba, aun siendo consciente de la carga emocional que conllevaba.

—¿Este pan Bimbo estará caducado?

—No lo sé.

—Viendo esas lentejas... —ironizó Lucía—, miedo me da lo que puedas

tener en la despensa.

A Fidel, en todo caso, el mensaje lo incomodaba, se introducía como fruta envenenada en ese desayuno iniciático con Lucía. Debía aprender a disociar mundos, a valorar el lugar adecuado de cada quien, de todos sus anhelos, en una cabeza como la suya, demasiado acostumbrada a batirlo todo en la misma salsa y a confundir transparencia con sensatez.

—¿Problemas? —preguntó Lucía, ya sentada en la mesa.

—¡Ninguno! ¿Qué problema podía tener yo hoy?

—¡Seductor! ¡Que no me camelas!

—Todos los sevillanos somos iguales...

—Ya quisiera el resto de los sevillanos parecerse a ti.

—¡Ole!

Con un guiño de ojos, sin sonrisas innecesarias, Lucía le mostraba su apuesta por él sin las artimañas propias de los que están de vuelta de todo.

—Es un mensaje gracioso. —Era necesario abrir puertas y refrescar, haciendo inútiles sus intentos de no ser quien era—. Mi último rollo ha conocido a la que fue mi novia de toda la vida.

—¿La que se fue a México?

—Esa misma.

—¿Y cómo ha sido que han coincidido?

—Es una larga historia.

—Pues ya me la contarás con una cerveza por delante. —Se comió en dos bocados su última tostada—. He quedado en diez minutos con mi grupo de prácticas y no puedo llegar tarde. Hacemos un reportaje en la calle.

—¿Sobre qué?

—Una idea que propuse yo. Estamos con el periodismo social, y a mí siempre me sorprendió ver a tanto negro subsahariano vendiendo clínex en los semáforos de Sevilla.

—A mí también, subsahariana —interrumpió, imitando su pronunciación de vocalización perfecta.

—Pues eso, iremos con una cámara de vídeo de la facultad, ¡a la aventura!

—Me encanta la idea.

—Ya te contaré.

Se despidió de él con un beso en la boca inimaginablemente dulce en ese

período de su vida.

Era enorme la pereza, pero debía intentar de nuevo atacar a ese teléfono de Bankitel. Averiguar de quién procedía la llamada era primordial para no descarrilar en el futuro obviando realidades presentes. Se preparó otro café, perdió unos minutos recuperando olores y sabores de Lucía inscritos en el horizonte blanco de los azulejos de la cocina y volvió a llamar a la oficina de Barcelona. Tras varios tonos, la línea pareció desviarse a otro teléfono, que fue descolgado de inmediato. Una voz de mujer susurró un «buenos días».

—Buenos días, llamo desde Sevilla. Soy familiar de Roberto Relinque. — Tenía memorizado el discurso y ahí tocaba una pausa para forzar un posicionamiento en su interlocutor, pero ni vino respuesta ni reacción al silencio—. ¿Está usted ahí?

Ella contestó que sí, pero le sorprendía, dijo, pensar en qué familiar pudiese ser, dando pruebas de conocer a Roberto más de lo que Fidel había imaginado.

—Veo que conocías la vida de Roberto —afirmó, con toda la carga de espontaneidad de que pudo hacer acopio—. Sabrás, entonces, que su gran amor murió de leucemia tras muchos años de lucha. —El silencio al otro lado solo se dejaba entorpecer por un ruido sordo de fondo.

Dijo que conocía esa historia.

—Pues yo soy el hermano pequeño de esa mujer que murió.

—Fidel —pronunció ella—. Yo soy Mercedes, la responsable de Recursos Humanos de Bankitel.

—Mercedes —balbució, Fidel, ante el misil que estaba a punto de lanzar sin conocer bien la trayectoria—. Tengo información suficiente como para presentar una demanda contra vuestra empresa relacionada con la muerte de Roberto, a la que adjuntaría el informe detallado de la autopsia que se le realizó.

Tras una pausa eterna, Mercedes Sanchís lo citó para esa misma tarde a las cuatro en la cafetería de la estación del AVE de Puertollano. «Esta noche tengo que volver sin falta a Barcelona. Tendríamos algo más de una hora para hablar».

—Ok. Allí estaré.

Su determinación era importante. Ahora no quedaba otra que llamar al Cumbres para solicitar el día de permiso cuanto antes para que el jefe se organizara, acercarse a Santa Justa para comprar el billete y despejar la cabeza para sacar el máximo provecho de esa cita inesperada, jugosa en potencia al comprobar, sin meditarlo, cómo una simple insinuación, rotunda sin duda, hacía cambiar los planes sobre la marcha de una alta ejecutiva ya curtida.

Muy al contrario de sus pretensiones, el viaje en tren fue un canto a los ojos de Lucía, a su forma suave de llevar el dominio en la cama, a su falta de pudor; todo el paisaje luminoso de olivos era ella y los ojos apostados en la ventanilla del tren solo veían fortuna, esperando inconsciente un encuentro para hablar de muerte.

Mercedes, con el portátil encendido, pelo de peluquería y una sonrisa aparentemente honesta, lo recibió en la mesa más apartada de una poco concurrida cafetería.

—¿Cómo me has reconocido? —preguntó, ingenuo, Fidel.

—Llevo veinte años trabajando en recursos humanos, Fidel, y estamos en una cafetería anónima en medio de ninguna parte. Eras tú o tú.

Lo invitó a sentarse.

—¿Un café? —La propuesta estaba hecha por alguien que sabía entablar con calma asuntos cruciales con agendas apretadas.

—Prefiero que no. Tomo muchos cuando estoy en el trabajo; para un día que no curro, prefiero tomar algo más suave. Un Nester, por ejemplo.

Rauda, Mercedes levantó la mano para pedir su refresco y un cortado para ella.

—¿Te he hecho salir antes del trabajo? Perdona, pero hoy era el día perfecto. La semana que viene tengo...

—No te preocupes. —No se planteó no tutearla—. Me deben días en el trabajo y me tratan bien.

—Eres músico, ¿no?

Fidel sonrió imaginando las explicaciones que Roberto podría haberle

dado de él, aun sin saber a ciencia cierta cuánto había de orgullo o cuánto de protección en clasificarlo como músico ante personas que sabría, erróneamente, que nunca lo conocerían.

—Soy camarero. De bar de barrio, de los que van con camisa blanca, pantalón negro y ponen tostadas.

—Roberto te adoraba.

—Y yo a él, Mercedes. —Supo, en ese instante, que se enfrentaba a una mujer inteligente, jugadora experimentada de conflictos—. Por eso estoy aquí.

—Era necesario verse en persona, lo que me comentabas por teléfono era demasiado fuerte, debes entenderlo.

—¿Temes algún pinchazo policial, que alguien nos escuchase?

—¡No! —Su cara era la perfecta combinación de sorpresa y cordialidad—. Era simple cuestión de priorizar una información que caía como una bomba de alguien a quien yo apreciaba con locura.

—Y a quien despediste, quiero recordarte.

—Fue una decisión difícil.

—Él podía no estar en su mejor momento con la muerte de su hermano Tolo, pero sabes bien que no fue por bajo rendimiento por lo que lo echasteis.

—En puestos como el suyo, Fidel, de alto nivel, no son tan sencillos los argumentos para prescindir de los servicios de alguien.

—No me hables con ese lenguaje aséptico. —Tenía que demostrar su aplomo.

—Me hablabas de una autopsia.

—¿Por qué lo llamaste la misma mañana de su muerte?

—Me había llamado.

—No lo había hecho. He revisado de arriba abajo todas las llamadas efectuadas por Róber.

—Fue por correo electrónico.

—¿Qué te decía?

—Esta conversación no puede seguir así, Fidel. Debes entenderlo.

—Te decía que alguien estaba amenazándolo para no ir al juicio de Barcelona, ¿verdad?

—No sé de qué juicio me hablas.

—Si no lo sabes, entonces no estoy hablando con la persona adecuada.

Mercedes se tumbó hacia atrás en su asiento, tomó instintivamente su Blackberry entre las manos y volvió a soltarla.

—En cuanto llegue a Sevilla comprobaré cuál es el correo electrónico del que me hablas y comprobaré hasta qué punto no sabes de qué juicio te hablo.

—Estaba asustado, ¡sí!

—¿Por qué?

—Jorge Honrubia iba a Sevilla ese mismo día.

—¿El día del asesinato? —Tenía que jugar sus bazas sin dejarle pensar.

—No me consta que fuera otra cosa que un suicidio.

—No tiene más que acercarse a cualquier comisaría de la Policía Nacional. Imagino que tendrán el expediente escaneado y en red...

—¿Por qué iban a querer matarlo?

—Para que no confirmase un pinchazo telefónico en el que el señor Honrubia le confesaba, hace años, haberse hecho de oro a base de vender sus acciones de Bankitel un día antes de su desplome en Bolsa.

El semblante en Mercedes era, esta vez sí, de perplejidad.

—¿Cómo te atreves a plantear todo eso? ¡Es muy grave!

—Róber era como un hermano.

—Roberto no te contaría algo así.

—¿Pones en duda mi palabra?

—Si lo tuvieras tan claro habrías ido ya a la policía. Al día siguiente de haber recibido esa autopsia. —Mercedes parecía crecerse de nuevo, aunque noqueada.

—Hay gente en tu empresa dispuesta a dar la cara por Roberto.

—Es Emilia quien te ha contado todo esto, seguro.

—No sé quién es Emilia... —Fidel no estaba dispuesto a meter en complicaciones a la gallega.

—¿Qué quieres de mí, Fidel?

—Lo que quería de ti ya lo tengo, Mercedes. No tengo más que volver a casa y recuperar ese correo electrónico que anuncia la llegada a Sevilla del asesino de Róber.

—Quieres destrozarme la vida, por lo que veo...

—No sé en qué puede afectarte que el juez sepa que Roberto Relinque, un día antes de recibir al consejero-delegado de la empresa que acababa de

despedirlo, expresase sus temores por escrito a la jefa de Recursos Humanos de esa misma compañía. Ya dejaré al juez que cuadre las fechas con la citación de Róber como testigo de cargo contra Honrubia.

—Honrubia es incapaz de matar.

—Mi única duda es conocer hasta qué punto estás actuando.

—¿Qué insinúas?

—O ese despido lo impuso él para justificar su posterior suicidio o bien eres partícipe de esta historia. Prefiero quedarme con la primera idea, aunque te retrate como incompetente.

—Juegas duro.

—Y más que lo haré, Mercedes. Yo soy un simple camarero de camisa blanca que pone tostadas en un barrio en medio de ninguna parte... Pero los que estamos en ninguna parte y parecemos no ser nadie estamos soñando con una oportunidad como esta para hacer justicia.

—Conmover —replicó Mercedes.

Se sacó, Fidel, cinco euros del bolsillo y se fue de la estación. Quería andarse Puertollano sin tener que compartir espacio con ella por más tiempo.

Al no trabajar hasta la tarde siguiente se planteó incluso el buscar una habitación donde dormir, lejos de Sevilla, y así huir de cualquier tentación de organizar toda una batalla personal. Tenía argumentos suficientes para ir a la policía o presentarse en los juzgados de Barcelona y que lo escucharan. El correo electrónico de Roberto que denunciaba sus temores acerca de la llegada de Honrubia era suficiente.

Necesitaba hablarlo con Emilia, solicitar su opinión para asegurar bien el tiro y no perder la razón por defectos de forma judiciales que él, a solas, no sabía controlar. Llamar a Emilia, sin embargo, podría colocarla en apuros. Buscó una cabina, con las ideas claras de darle la opción de complicarse o no en esa búsqueda de la verdad. Entró en un centro comercial donde, efectivamente, encontró un teléfono de monedas con el que hablar con Emilia.

—¿Emilia...? Siento molestarte... Sí, es importante... ¿Puedes llamarme desde un teléfono público, por tu seguridad?

Ella le pidió cinco minutos para poder salir de su despacho.

«Aquí llueve a mares», le comentó ella para allanar el camino del desasosiego que seguramente le había creado la llamada de Fidel. Este le hizo un retrato preciso de los acontecimientos desde el mismo momento en que descubrió la llamada perdida al móvil de Roberto por parte de Mercedes Sanchís hasta su despedida de un rato antes en la estación de Puertollano. Emilia le preguntó si llegó a ver ese correo electrónico.

—No.

Le insistió, «¿tienes acceso a él?».

—Pienso que sí, tengo la clave del ordenador de Róber.

La inquietud de Emilia no era otra que pensar en la falta de escrúpulos de su propia empresa.

—Estoy aún en Puertollano, pero las llaves del piso de Róber las tengo yo... Sí, imagino que Alfredo podrá hacerse con una copia en casa de su cuñada... Lo llamo ahora mismo. Sí, cojo el primer tren.

Con la mano aún temblorosa, marcó el número de teléfono de Alfredo.

114. ESTÁN AQUÍ

—¿Sí? ¿Fidel? No, me viene bien. Estaba quedándome adormilado y tengo cosas que hacer... Tengo una copia en casa, sí... Ok. Estoy allí en quince minutos, el tiempo de coger un taxi.

A pesar de los nervios de Fidel, Alfredo se sustrajo de cualquier interpretación. Tardaría en llegar poco menos de lo que lo hiciese el AVE de Puertollano a Sevilla, que sería poco. Aun así, hizo caso de Fidel y avisó a Joaquín, que se prestó de inmediato a acompañarlo y tomó una bici desde la facultad.

El piso estaba frío, a oscuras, todo parecía en su sitio. Joaquín no tardó en llegar. Un beso cordial dio paso a una charla en la cocina, mientras Alfredo buscaba entre los botes de la pequeña despensa alguna infusión con que obsequiar la fidelidad de Joaquín.

—¿Pensaste acerca de mi propuesta?

—Sí, Joaquín. No le doy vueltas a otra cosa, como comprenderás. Y no te niego que me apetece hacerle la vida imposible a esa imbécil, pero tenemos más que perder, Joaquín...

—Yo voy a hacerlo, no me cuesta nada. Es un sobre anónimo debajo de la puerta y nos damos el gustazo.

—El gustazo, a nuestra edad, Joaquín, es vivir como vivimos, sentirnos útiles, ganarnos el respeto de los alumnos, las cervezas del mediodía.

—Nunca pensé que fueras tan cagueta —replicó con una sonrisa nerviosa.

—No vas a conseguir picarme, Joaquinillo...

El timbre de la puerta, de golpe, los sorprendió.

—¿Quién puede ser? —susurró Joaquín.

Alfredo, paralizado, lo mandó callar con la mirada. Fidel no le había

explicado, con los nervios, la naturaleza del desafío. Simplemente le había solicitado que estuviese en la casa de su sobrino hasta que él llegase, en una especie de relevo en la defensa de un castillo del que no sabría exactamente qué proteger. Atinó a enviar un mensaje con el móvil a Fidel, antes de que sonara por segunda vez el timbre:

¡Están aquí!

Ya en el AVE, a la altura de Adamuz, Fidel recibió el SMS y rápidamente llamó. Alfredo cortó, con premura, el sonido incipiente del móvil, aunque temió que lo hubieran escuchado al otro lado de la puerta.

—¡Abran la puerta, policía!

Por la cara horrorizada de Alfredo, Joaquín supo que las circunstancias eran más graves de lo imaginable. El timbre de nuevo, insistente, dio paso a golpetazos en la puerta. ¿Tenía sentido llamar a la policía si era ella quien golpeaba? Joaquín se alejó unos metros de Alfredo mientras este se acercaba a abrir dando señales de vida.

—¡Voy! ¡Voy!

Dos hombres jóvenes, vestidos de paisano, entraron arrollando, con una placa de policía en alto, apoyados en una autorización judicial de registro.

—¿Puede enseñarme esa orden? —requirió Alfredo, a lo que ninguno de los dos respondió.

Rastrearon el salón, la cocina y el dormitorio. Tomaron el ordenador de Roberto tras arrancar los cables y vaciaron en bolsas de basura, que llevaban ocultas en los bolsillos, todos los documentos que encontraron en el pequeño escritorio de su sobrino. Joaquín, espectador impávido, reunió las fuerzas suficientes para efectuar un par de fotografías con su móvil en tanto Alfredo, tocándose el pecho, rabiaba de impotencia pensando en Fidel, que insistía con sus llamadas a un móvil ya sin sonido. Tal como entraron, salieron, con un fuerte portazo de despedida.

Asomados al balcón, observaron a los dos tipos salir en una moto medio cascada, lo que confirmó sus peores temores de haber sido desfalcados a plena luz del día. Con Alfredo tumbado en el sofá, Joaquín le pasó el móvil

con la enésima llamada de Fidel.

—Lo siento mucho, Fidel... no sé lo que habría en ese ordenador, pero se lo han llevado.

Este, tras gritar un «¡cabrona!» que Alfredo no supo entender, le preguntó si habían sufrido algún daño, si se encontraban bien.

—Tengo a Joaquín a mi lado, Fidel. Físicamente estamos bien, pero destrozados, muy apenados, impotentes.

Se tocaba el pulso en el cuello. Los dedos temblorosos no se lo encontraban.

—De qué poco te ha servido mi compañía, Alfredo —se lamentaba Joaquín mientras le ponía junto a la mesa baja del sofá otra infusión—. Yo hablando de enfrentarnos a una narcotraficante y no he sabido ni rechistarles a esos niños.

A Alfredo no le apetecía justificarse ante Joaquín con argumentos facilones, ni tan siquiera tenía los ánimos para comentarle a Fidel los últimos hallazgos acerca del domicilio de la Rota. Como pelele engañado por el mundo, fuera de juego, se visualizaba perdido en un escenario al que había sido arrojado por las buenas, sin la menor idea de cómo plantar cara a la maldad con mayúsculas, que le birlaba energía a raudales. Asomado al techo del apartamento de Roberto, sabiéndose observado por el fiel Joaquín, Alfredo no tocó el té.

Tras abrir la puerta, un guiño de Fidel bastó para que Joaquín se despidiese en silencio. La noche estaba cayendo; la luz, casi naranja, era la misma que días antes bañaba un salón en calma. No era necesario hablar. Apartando la taza de té frío, se sentó en la mesa junto a Alfredo, le tomó la mano.

—Lo siento...

—Shhhh...

Los dos sabían que estaban enfrentándose al más puro egoísmo humano, que se escapaba viscoso entre sus manos incapaces de tapar tantos resquicios por los que se movía la vileza, con soltura, pringándolo todo de mierda. Con aires de derrota, pasó el tiempo suficiente para que la noche se apoderase del salón a oscuras, incapaces uno y otro de adentrarse en el abismo de las preguntas sin respuesta.

—Llevo todo el día sin comer, Alfredo. ¿Puedo invitarte a unas tapas?

—Conozco un sitio por aquí, Fidel. —A Alfredo le costó trabajo sacar la
VOZ.

115. ESCRÚPULOS

La Monumental estaba tranquila a esas horas tempranas. Alfredo, aún aturdido, no dejaba de mirar a su alrededor; temía encontrarse con alguno de los falsos policías.

—¿No estaríamos mejor en otro lado?

—Lo que tenían que conseguir ya lo tienen, Alfredo. —Fidel lo tomó de los brazos por las muñecas—. Olvídate de esos cabrones.

Fidel pasó a relatarle las últimas horas hasta justo la conversación con Mercedes Sanchís.

—Mujer sin escrúpulos. Creo recordar que vino varias veces a la Feria invitada por Roberto, que la trataba como a una amiga.

—Esa mujer hace tiempo que descontroló su propio destino, Alfredo. Lo único que la mueve es el miedo. Todo a su alrededor está corrompido.

—¿La denunciarás?

—De momento, no.

—Tienen la sartén por el mango, ¿verdad?

—Sí, Alfredo. He escrito y borrado cien mensajes en el móvil amenazando o buscando la complicidad de esa cabrona de Mercedes Sanchís, pero todo lo que se me ocurre puede volverse en contra. Si le digo que tengo acceso a la cuenta de Róber vendrán a por mí, y no tengo ganas de verme electrocutado por azar en mi propia casa. Ya han perdido los escrúpulos y van a por todas.

—No pongas en juego tu vida.

—No sabía que esto iba tan a saco, Alfredo. No debí hacerte venir, no debí haberle insinuado que tenía acceso a su ordenador, no debí, quizá, haber quedado con ella.

—Las decisiones no son fáciles de calibrar cuando sus efectos aún no se

han dejado ver.

—¿Qué filósofo dijo eso?

—Alfredo Relinque.

Fidel sacó una sonrisa enorme, fruto de su tensión.

—¿Sabes que he conocido a una chica? —Una cerveza y Lucía podrían cambiar, de forma temporal, el rumbo de la noche.

—Por la cara que pones suena muy bien. ¿Cómo ha sido eso?

—En uno de mis paseos la semana que me pedí de permiso tras la muerte de Róber.

—No estarías tú muy receptivo a ligoteos en esos momentos.

—De ahí la grandeza de esta chavala.

—¿Cómo se llama?

—Lucía.

El silencio de Alfredo hizo el resto. Las defensas en Fidel estaban todas agotadas en otros asuntos, lo que facilitó, junto con el alcohol, que compartiera el desbordamiento de emociones que provocaba Lucía, hasta ahora guardado para sí mismo en una suerte de munición de combate para salir vivo de los episodios que marcaban ese su segundo encontronazo con la muerte, de lleno, a lo largo de su corta vida.

—Eres un tío bueno, Fidel.

Alfredo sabía que no era buen momento para hablarle de su último encuentro con Mariola, en ese paseo nocturno por Torneo de unas noches atrás. Entendió que no se daban las circunstancias para sacar su nombre, a pesar de que tenía la certeza de que ella aún seguía teniéndolo a él como objetivo.

—Estoy cansado, Fidel. ¿Cómo has venido?

—En moto, la dejé en Santa Justa para coger el AVE.

—¿Me acercas?

—¡Claro!

Agarrado a Fidel en su Vespa, sintiéndose joven por un instante con el fogueo que provocaba la cerveza, Alfredo se lamentó de no tener treinta años menos y poder confesarle que buscaba en Mariola a esa persona a la que también él pudiera contarle de sus amores, aunque estos no existiesen y

hubiera que inventárselos.

116. KANT

Antes de acostarse, Alfredo llamó a Joaquín para volver a agradecerle su apoyo.

—Cada día crece mi aprecio por ti.

A pesar de las circunstancias, sabía, era regla en él, cuidar los detalles que hacen de uno una persona imprescindible para quien la disfruta. El cansancio no era tan fuerte como para no permitirle dormir, en esos instantes de la noche silenciosa que él tanto presumía apreciar, cuando ya no son posibles llamadas que no asusten ni se contempla la calle como una alternativa real.

Lucía. Agradecía enormemente la inteligencia emocional de Fidel al hablarle de Lucía como colofón a una jornada destinada a pintarse en negro. Los ojos de él describiéndola eran la prueba perfecta de que la solución a todo estaba en el amor. Rechazar la opción de volver a él, aunque se haga inconscientemente, quitaba las energías precisas para superar tramos mucho menos violentos de los que estaban obligados a afrontar. Amor total, sin sucedáneos, de carne y de tú a tú, de sostener la mirada, saber dar la mano, amor de comer a besos, de reírte del mundo y de la muerte, amor del otro primero y antes que tú, accesible, recíproco, retador, exigente, pulmonar, atropellado, transparente, directo.

Fede, ¿dónde se habría metido tras todos estos años? ¿Cómo podría encontrarlo para decirle que toda su vida había sido, antes de encontrarlo y después de perderlo, una búsqueda, pasiva, de él? Lo dejó en un café perdido de Madrid, cuando los días se hacían demasiado largos para llegar a un fin de semana en que todo se volvía tensión por decirse, tocarse y reprocharse. Ni siquiera recogió sus cosas del delicioso ático de Hortaleza. Por un tiempo largo el orgullo fue más grande que el amor, se sumergió en inventos

cibernéticos hechos para otra generación, encontró gente, se sintió fuerte, guapo, embaucador y vivió sus mejores años como profesor, hasta obtener la cátedra gracias a, pretendidamente, su nueva libertad recuperada.

Un mensaje de la hermana de Fede hizo que se tambaleara, hacía ya más de quince años, la fortificación inexpugnable. Acababa de ser padre de un ruso de año y medio por el que había luchado muchísimos años antes de que naciese. Un ramo de flores de ida y un mensaje de amor de vuelta volvieron a poner los paréntesis en una ruptura demasiado amarga como para poder ser disimulada entre los cojines y almohadones de las clases magistrales, las lecturas de Kierkegaard, las cervezas en el Oriza o los paseos, con un sobrino ya inexistente, por los atardeceres de la ciudad.

¿Sabría de la muerte de Roberto?

No era, lo sabía, buena táctica utilizar lo trágico como excusa de aproximación, ni siquiera si por medio se cruzase la historia rota de un chaval con el que Fede se recorrió media provincia de Cádiz en la época en que lo destinaron como controlador al aeropuerto de Jerez; un Roberto que vivía la relación entre sus tíos con la naturalidad de quien ha visto desde pequeño a dos hombres besarse. Las preguntas eran tantas que el muro, en esa noche negra en la que Fidel le mostró la senda del amor, iba volviéndose infranqueable. Ahora estaba por encima de todo el pequeño ruso, que ya debía de estar pensando en la universidad, y Fede estaría seguramente emparejado o harto de emparejarse, o expectante de otras llamadas diferentes de la suya. ¿Qué podría proponerle él que fuese diferente a los años pasados? ¿Cómo podría replantearse de nuevo una vida al otro lado de un tren de alta velocidad? Sí, definitivamente tenía la mochila cargada de experiencias que ofrecerle. Era, lo sabía, mil veces más interesante como persona que antes. A diferencia de muchos, quizá de Fede también, él había conseguido envejecer sin proyectar los desalientos como motor de alimentación de sus deseos.

Con un gran sorbo de agua fría y la única luz del frigorífico abierto, Alfredo, tragando casi sin respirar, tuvo una llamada desde el pasado: su querida George Sand le decía: «Ama, Alfredo. Ama. Es el único bien que hay en la vida».

Despertó, tras una noche plácida en que su determinación por enlazar con Fede, muy superior al miedo lógico a fallar, no se había minado un ápice. Al no tener referencias directas, debía hacerlo a través de su hermana Magda, a la que prefería encontrar, a ser posible de forma natural, por Sevilla. Sabía dónde trabajaba y, también, que su aprecio por él siempre había sido una certeza.

Una impaciencia infantil llenó su mañana en la universidad; pensaba en cuál sería el momento preciso para pasar por la Diputación a saludarla. Aprovechó un hueco entre dos clases para tomar un taxi hasta el viejo cuartel de la Puerta de la Carne. Nada tenía que ver con la última vez que pasó por allí, en los años noventa, cuando la sede provincial se mudó allí desde su coqueto edificio de la plaza del Triunfo. Tras aclarar su escasez de tiempo y de prisas, le aseguraron que en cinco minutos bajaría Magdalena a uno de los salones de espera donde lo sentaron y lo atendieron con esmero seguramente por orden expresa de la hermana de Fede.

Sus cincuenta y pocos años aparecieron espléndidos frente a un Alfredo coqueto, atusado al máximo en el espejo del baño, nervioso, convencido de la necesidad de todo ese período de espera, con la nostalgia subiéndole por los pies y desparramándose por toda esa sala austera de paredes blancas.

—¿A qué se debe este placer? —preguntó desde la puerta con los brazos abiertos para evitar cualquier duda.

—¡Magda! Necesitaba verte.

Se dieron un abrazo largo tras los dos besos, seguramente integrando esa nueva imagen que enfrentaban.

—Ya ves, estás casi con un abuelo...

—¿Tus sobrinos por fin van a ser padres?

—No... —No podía permitir que el comentario inconscientemente inoportuno arruinara el encuentro—. Lo digo por mi edad. ¿Hace cuánto que no nos vemos?

—Estás espléndido, Alfredo. Tienes una genética especial, y no has perdido esa mirada tan juvenil.

—¿Tú no cumples años?

Ella se rio a carcajadas sin perder su mirada de vista, sin poder ocultar sus nervios por conocer qué lo había llevado hasta allí.

—¿Tu familia?

Magda le hizo ver con un gesto que todo iba bien.

—No sé si asustarme o alegrarme, Alfredo. ¿Qué te hace buscarme?

—Llevo tiempo acordándome de Fede. —No quería dar más vueltas ni buscar argumentos retorcidos—. ¿Cómo está?

Se sentó con calma y lo invitó a acompañarla.

—Está bien, Alfredo.

—¿En Madrid?

—No. Ya está aquí, en Sevilla, desde el año pasado. Lo prejubilaron.

—¿Qué suerte! —Alfredo tragó saliva con el rostro impávido.

—Ha pasado malas rachas, pero está bien. Feliz con su Nikolai. Lo lleva al colegio, le prepara de comer, hacen excursiones cada fin de semana, como en los tiempos de tu sobrino Roberto, ¿recuerdas?

—¿Sigue tirándose en paracaídas?

—Sí. —A Magda le brillaban los ojos.

A Alfredo le aterrorizaba preguntar más.

—Está solo, Alfredo.

Él no sabía decir que él también, que lo necesitaba con locura tras miles de siglos añorando volver a prepararle el desayuno.

—Nada me haría más feliz que él quiera volver a verte.

—Gracias, Magda.

—Nunca fue más feliz que a tu lado, y eres un hombre bueno. Él lo sabe.

—Tengo que irme a clase. Me toca el pensamiento crítico de Kant...

—Te envío su teléfono si él me lo autoriza, ¿ok?

—Es el mismo de siempre, Magda.

—Si no lo fuera, yo te buscaría bajo las piedras para pedírtelo.

Se irguió para no dar pruebas de apabullamiento. Fue ella quien volvió a abrazarlo.

—Reaccione como reaccione, Alfredo... Gracias por volver a él.

Camino de la universidad, mientras recordaba a Kant, se sentía indefenso ante su afirmación certera de que «la paciencia es la fortaleza del débil, y la impaciencia, la debilidad del fuerte». Había logrado ser paciente más de

veinte años para volverse, como un crío, impaciente unas horas interminables.

Su clase sobre Kant, vivida como un paseo en paracaídas sobre la bahía de Cádiz, fue un compendio de vértigos difíciles de fabricar en que vio a sus alumnos muy pequeños. Comunicó de forma casi religiosa con el filósofo alemán, en una liturgia que supo encontrar su perfección al combinar la claridad de su mente, la carne viva de su agitación, con la imagen velada de un Fede al que no sabía visualizar con cincuenta años y la catarata pura de la existencia en sus años finales, cuando uno descubre, de súbito, la incoherente congruencia del absurdo que uno había llegado a ser.

Quiso encerrarse en su despacho para asimilar en su silencio todo lo que estaba experimentando para evitar que sus alucinaciones se volvieran una bola ingobernable en las horas previas a un mensaje de Magda que sería, fuese uno u otro, desestabilizador.

Casi sin transición, consiguió introducirse de bruces en el segundo tomo de la *Crítica de la razón pura* y enlazar con rapidez con el párrafo concreto, amante de las citas, en que terminó su disertación de un rato antes y aspirar, conociendo las dificultades, a arrebatarse un nuevo aplauso, tan caros de recibir en esa facultad, en la clase del día siguiente. Solo consiguió sacarle de su retiro, sueño de cualquier kantiano, el sonido de un mensaje en el móvil, que le hizo temblar. Era, sin embargo, Mariola.

¿Una cerveza?

117. COHERENTE

Era con él con quien Mariola quería meditar los pasos a seguir con relación a la Rota. No había mejor forma de demostrar su presencia que ofreciéndose con sus incertidumbres en carne viva. Ya estaba todo bien atado para, a través de Elisa, lanzar las piedras necesarias para continuar la investigación del asesinato de Roberto, pero precisaba un guía que la orientase y que, necesariamente, no podía ser Fidel, fin último de sus pesquisas.

A Elisa no tenía prisa por verla; de hecho, la curiosidad la animaba a saber cómo reaccionaría en los días siguientes, cuál sería el primer paso que daría esa mujer inestable a la que costaba clasificar como víctima o verdugo.

Hizo cuentas para autorizarse un gimnasio con piscina en el que poder quemar sus excesos mentales en días tontos como ese en que daría cualquier cosa por tener horarios, un oficio y alguien a quien recoger a la salida del trabajo. Para recorrerse los gimnasios apuntados en una servilleta tomó una de las bicis de alquiler del ayuntamiento y planificó una ruta circular que pasara por el Porvenir, Nervión, la Cartuja y los Remedios, y se prometió completar el recorrido antes de decidirse, como una prueba más de las diarias que se marcaba para luchar contra su espíritu impaciente. Hizo un alto para asomarse, durante un rato, al portal de la Rota. La tentación de subir la aplacó con los mismos argumentos que para completar el circuito de visitas a los gimnasios de Sevilla. Hasta que no llegó al Universo Pilates de Los Remedios, no advirtió un par de llamadas perdidas de Elisa. Tras presenciar una clase completa sobre un banco de madera que prometía un dulce suplicio, y llamó a Elisa.

—¿Dónde te metes, Ma-ri-o-la?

Impaciente por narrarle su encuentro con Lourdes, Elisa no atendía a otras

circunstancias que no fueran las suyas, y en estas tenía mucho que ver Mariola, cebadora de un reencuentro que Elisa no contemplaba cercano desde que decidió escapar para siempre del influjo de la Rota.

—¿Un gimnasio con ese cuerpo? Te veo aburrida... ¿Cuándo nos vemos? Tengo noticias que darte.

Mariola preguntó de qué y ella le recordó que no quería preguntas concretas por teléfono. Paseando por calles lejanas al Arenal para evitar todo contacto azaroso con Almudena, Elisa disfrutó sabiendo que las cosas se le complicaban a Lourdes, de nuevo huida de su guarida, refugiada en la costa de Cádiz, lo que venía a representar que durante un tiempo, y siempre con precauciones, se obligaba a tener el agujijón escondido. Compró lo justo para guardarse la mitad del dinero en el bolsillo, tiró el tique por si hubiese preguntas, recaló en la cervecería Europa para observar al personal desde el púlpito de una pija más y se mojó algo la nuca antes de volver a la casa.

—¡Aquí tienes tu recadito! —gritó a la madre en una casa en sombras y se fue a la habitación.

Le preocupaba, sin excesos, la inactividad de Almudena. Conocía suficientemente a la Rota como para saber que su huida implicaba la hibernación, por las buenas o por las malas, de su entorno, pero necesitaba entender por qué. Podría ser que Mariola, a fin de cuentas, tuviera razón en su papel de falso policía y Lourdes huyese de una investigación en busca del responsable de la muerte de Roberto, pero no había que descartar cualquier chivatazo de un equipo de pringados al que cada vez le costaba más, a pesar de sus amenazas, insuflarles lealtad. Si visitaba a Almudena, se decía, lo haría acompañada de Mariola, a quien le pediría volver a su papel de mujer con placa oficial y malos modales.

—¿Te haces tú hoy de cenar? —preguntó Rosa, asomada a su habitación.

—No tengo hambre —contestó Elisa, desnudándose frente a ella, sin mirarla.

—Tu padre ha dado hoy un bajón.

La reacción exterior en Elisa fue un minúsculo tropezón de su brazo contra el cabecero de la cama al quitarse la camiseta; la íntima, en cambio, fue una quemazón inclasificable de terror.

—¿Qué le duele?

—Está en la clínica de Fátima, he venido a recoger algo de ropa y sus gafas.

Elisa, confusa, se sentó en la cama. Aunque nadie esté preparado para noticias así, ella no había hecho ni siquiera simulaciones para anticiparse.

—Me voy. Dejo cincuenta euros sobre la nevera por si los necesitas.

La puerta sonó como un gong de final de orquesta y entonces el silencio se hizo insoportable. Su único consuelo de mujer de medio pelo fue asumir que su madre comprendería que se había convertido en estatua de sal.

Quedó tumbada un tiempo indefinido hasta que el teléfono la conectó de nuevo al mundo real.

—¿Elisa?

Contestó con monosílabos a la llamada de Mariola, que se disculpaba por no poder quedar esa noche, ya comprometida con Alfredo.

—¿Estás bien?

Con un sí abrupto dio por terminada la conversación, lo que confirmó a Mariola la atormentada realidad de una mujer que se combatía entre la inmadurez y el otro lado de la línea roja. Le insistiría al día siguiente.

Ya vestida y duchada, se dio un toque de pintura en los labios, a sabiendas de que podría ser su subconsciente el que le indicara que, a través de su proyección en Alfredo, todo era una batalla directa para llegar a Fidel. Saberse útil, como sabía que llegaría a sentirse con Alfredo, con honestidad a pesar de sus intereses paralelos, le provocaba un cierto deleite que la hacía caminar aún más deprisa hacia el centro.

—¿Cómo está el señor catedrático?

Alfredo charlaba con el camarero de la barra acerca de sus turnos de trabajo, extrañado de llevar tiempo sin ver al chaval que solía atenderlo.

—¡Mariola! —Le dio dos besos y se giró hacia el tipo de la barra—. Esta es la mujer a la que esperaba. Dale recuerdos al nuevo papá —comentó, haciendo referencia a la paternidad de su camarero habitual—. ¿Para quién te vistes tú tan guapa? —le preguntó a Mariola, camino a la mesa que les habían preparado.

—Para ti, ¿no puedo tener plan mejor!

Se estudiaron los dos con sonrisas amplias de complicidad.

—¿Qué te pasa, Alfredo? ¿Y esa cara infantil?

—Estoy feliz.

—¡Cuéntame!

—Prefiero que me cuentes tú. Han ocurrido cosas hoy que me hacen creer de nuevo en el ser humano...

—¿Así vas a dejarme?

—Prometo contarte conforme las historias vayan asentándose.

Pidieron una botella de Albariño a petición de él.

—Pensé mucho en la historia que me contaste de Huguito.

—Mi niño... Tengo ya ganas de echar un rato por teléfono con él.

—¿Y el motivo de tu sonrisa? ¿Y de esos labios tan hermosos pintados?

—Quiero verme guapa.

—¿Pensando en Fidel?

—Pensando en mí.

—No quiero molestarte con mis preguntas —interrumpió, Alfredo, con sinceridad—, como la vez primera tras tu vuelta.

—No me molestas, Alfredo. Necesito gente que me dé caña con cariño.

Con el nombre de Lucía en los ojos de Fidel, Alfredo temía que Mariola no supiese de la barrera infranqueable que estaba levantándose entre ellos dos.

—¿Qué sabes de Fidel?

—Está bien, Alfredo. Recuperándose del *shock* que habéis sufrido. Tardará en sanar, y mi papel en este caso debe limitarse a estar ahí para cuando me necesite.

—¿Crees posible que vuelva el amor a una relación cortada tan de cuajo durante tantísimo tiempo? —Sin querer dramatizar, invitaba a la reflexión en Mariola usando superlativos.

—El amor no viene así por ciencia infusa cuando ya se ha compartido media vida con una persona. Hay que ganárselo.

—¿Cuál es tu plan de ataque para ganártelo?

—Ayudarle a descifrar qué ocurrió en esos últimos días de Roberto.

—Arriesgada aventura —sentenció, haciendo por simular menos conocimiento del que poseía.

—Voy dando mis pasitos...

—A ver. —Alfredo se incorporó, sin poder disimular su interés.

—Ya he tenido algún encuentro con la mujer misteriosa del labio partido, con la que te encontraste en la Plaza de España.

—¿Y eso? —preguntó, esta vez sí, preocupado.

—Poco a poco Fidel ha ido contándome... Si le unes a eso que yo tengo mucho tiempo libre y que el miedo en el cuerpo me lo dejé en las refriegas de la frontera mexicana, pues el cóctel está servido.

—¿Sabe ella quién eres tú?

—No. Sabe que no soy de su equipo, simplemente.

—No debes jugártela, Mariola. Esa mujer parece estar metida en fregados muy sucios; es peligrosa. Este tema está en manos de la policía.

—Tranquilo, Alfredo. Sé cuidarme. Me quiero mucho como para poner mi vida en riesgo. Simplemente la tengo localizada y voy a tirar un poco más del hilo.

—Deberías hablar con Fidel.

—No hasta que no tenga resultados.

Ninguno era del todo sincero, pero el diálogo ágil no les permitía adivinar por qué él no le hablaba de Honrubia ni por qué ella no le confesaba que Fidel ya estaba al tanto de su encuentro, agresivo, con la Rota.

—A veces ni las mejores armas funcionan en la búsqueda del amor, Mariola.

—Lo que no funciona, seguro, es la parálisis. Mientras esté en movimiento tendré ganas de vivir. Si lo de Fidel se queda en una amistad eterna, sabré darme por satisfecha y cambiar el rumbo. Como podrás imaginar, más cerca de los cuarenta que de los treinta y habiendo pasado tantos años fuera, sola, no voy a arrugarme por un desamor más.

—¿Hubo alguno fuerte por aquellas tierras?

—Lo hubo, Alfredo. Tan fuerte que no sé si algún día sabré explicárselo a nadie —más aún, pensó Mariola, cuando ese desamor tenía nombre de mujer.

Aún incorporado, con la copa de Albariño en las manos y el mensaje de Magda todavía caliente en el móvil, Alfredo entendió que esa mujer estaba abriendo sus defensas sin remilgos.

—Como ya te dije, aquí donde me ves, Mariola, yo no soy una persona sin necesidades afectivas, sexuales, amorosas... o como quieras llamarlo. Ten por

seguro que sabré entenderte.

—Lo sé, Alfredo.

Mariola se acostó esa noche feliz de sentirse coherente.

118. ARMAS

No había olvidado el tono seco de las respuestas del día anterior de Elisa, por lo que decidió que acudiría a buscarla tras su primera clase de pilates. Las palabras admirativas de su recién estrenado monitor acerca de su estructura abdominal enardecieron sus ganas de comerse el mundo. Llegó a Nervión en la bicicleta pública, desayunó frente a la casa de los padres de Elisa y se dirigió allí en cuanto le dio el último bocado a la tostada. Tardaron en abrir, y lo hizo Elisa.

—¿Qué quiere la mujer policía?

—Me dejaste preocupada anoche. Tenía un compromiso real y no podía quedar contigo. He venido a proponerte un paseo.

—Pasa de mí, Ma-ri-o-la. Ya tengo suficiente como para aguantar más problemas.

—¿Ha vuelto a molestarte Almudena?

—Déjame.

—Eres dura, Elisa. Ayer querías verme y no perdonas una negativa, por muy justificada que esté.

—Ayer necesitaba a alguien.

—¿Por qué?

—Mi padre está muriéndose. Se lo llevó una ambulancia.

—¡Dios mío! Lo siento, Elisa... ¿Está ingresado? ¿Tu madre está allí? ¿Quieres que vayamos?

Sin responder, Elisa se metió en su casa y dejó la puerta abierta tras de sí. Mariola la siguió, se sentó frente a ella y la observó tumbarse en el sofá y taparse la cara con un cojín, ausente.

—Entiendo que no está tu madre. —Mariola se levantó y se acercó a la

cocina—. Con tu permiso, voy a prepararte algo.

Elisa no contestó, le dejó hacer a sus anchas durante la hora y media que permaneció encerrada en su cojín para avestruces.

—La Rota tiene problemas.

Mariola, leyendo un dominical atrasado que encontró por la cocina, levantó la cabeza. Elisa no había probado bocado de su desayuno.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando tiene problemas levanta el campo y desaparece. Seguramente esté en Zahara.

—Ya... —Mariola quiso ser más inteligente, no mostrar ansiedad acerca de la información sobre la Rota—. ¿No quieres hablarme de tu padre?

Elisa seguía tumbada, mirando al respaldo del sofá, jugando a hacerse rizos en el pelo con su mano libre.

—Si te hablo de la Rota es porque no quiero hablar de mi padre.

—Ayer me llamaste para hablar de él.

—¿Además de jugar a policías y ladrones también te pone hacer de psicoanalista?

Elisa se levantó de un respingo, girando y saltando al mismo tiempo.

—Necesitaba hablar con alguien por las circunstancias, pero en ningún momento quise hablar de él. Ese cabrón es el responsable del trapo de persona en el que me he convertido.

—Es fácil razonar así. —Mariola sabía que las reacciones de Elisa podrían ser incontrolables.

—¡Razono como me place, Ma-ri-o-la!

Todo era cuestión de permanecer en silencio, pensó acertadamente. De reojo, la vio ir al baño, pasar por su dormitorio para ponerse unos vaqueros y volver.

—¿Qué sentimientos puedo tener por un hombre que ha renegado de todo lo que no haya hecho a su propio gusto? Me llevé cinco jodidos años estudiando Derecho para que él tuviese una maldita orla de su niña en el despacho. — Señaló la biblioteca a Mariola en una invitación a que la visitara.

Se la descolgó tras subirse en la mesa de su padre.

—Se te ve sonriente en la foto...

—Para que él pudiera lucirme bien.

—Quizá nos vinieran bien ahora tus conocimientos de abogada, Elisa.

—¿Para?

—Para saber cómo hacer vulnerable a la Rota.

—Te dije Derecho, no Criminología, Ma-ri-o-la. Estudié Derecho.

Mariola se rio con ganas mientras veía a Elisa, en vaqueros y sujetador, sentarse en la gran silla del padre moribundo.

—¿Qué tal si me comes el coño aquí, encima de este tapete verde?

—Va a ser que no, Elisa.

—Tiene su morbo, ¿verdad?

Comenzó a desabrocharse los pantalones tan rápido como Mariola salió de allí.

—¿Sabes lo que más me jode? —le preguntó mientras se vestía de nuevo, con la capacidad extraordinaria de persona desequilibrada y profundamente inteligente de Elisa para pivotar sin memoria—. Que Lourdes haya llegado a jugar conmigo como lo ha hecho, que me haya metido a vivir en casa de un perro de presa después de habérmela vendido como una antigua amiga del colegio. Sabe que tengo ya el cerebro destrozado de consumir tanta bazofia.

—Me sorprende que no te dieras cuenta de que estabas durmiendo con el enemigo.

—Almudena, la hija de puta —ahora se reía a carcajadas— se lo hizo bien. Se ganaría mejor la vida como actriz que como narco, la cabrona.

—Podríamos hacerle una visita. —Mariola actuaba adaptándose al discurso de Elisa.

—Veo que quieres complicarme la vida.

—Nos divertiremos. Y así te quitas otros marrones de la cabeza. —Sus propuestas no eran sino un reto intelectual de autoafirmación personal.

—No es del todo mala idea, Ma-ri-o-la... A esa tipa ha sido a la primera a la que ha dado un puntapié en el culo tu admirada Rota.

A las dos de la tarde estaban en el bar de Tomás de Ybarra. Elisa exigió una cerveza antes de atreverse a actuar, aún temerosa de la reacción de Almudena. Mariola, que prometió retomar su papel de mujer policía, picaba aceitunas con la mirada perdida en el ventanal del piso en el que había pasado Elisa las

últimas semanas.

—¿Puede tener armas? —Mariola prefería no saber, por no encontrar excusas para no actuar.

—Registré la casa un par de veces —confesó Elisa con los ojos revoltosos por el alcohol— y no encontré nada más que consoladores.

Quedaron en que fuese Elisa quien llamase a la puerta, con Mariola fuera del campo visual de la mirilla, y así hicieron. Tras varios timbrazos y aporreo de puerta, se decidieron a probar las llaves de Elisa. Entraron. Mientras Elisa se regodeaba de su huida constante en el vacío radical de su vieja habitación, Mariola fue a la cocina para comprobar si había aún vida de comidas.

—La nevera está llena de fruta fresca, por lo que esta tipa sigue aquí.

—Ahora le ha dado por hacer dieta a la muy cerda.

—Tenemos varias posibilidades, Elisa. La esperamos aquí dentro haciendo guardia, le dejamos un regalito destrozándole la casa o nos vamos como si nada y lo intentamos otro día...

—Más que la mujer policía pareces el muñeco diabólico, Ma-ri-o-la. —El miedo a pensar en cualquier alternativa la bloqueaba incluso para pronunciar su nombre con desdén.

—Ante la duda, nos quedamos.

—A mí me pondría más destrozarle el piso. —Elisa seguía excitada en su propia montaña rusa.

Mariola le dio vía libre, y Elisa no tardó un segundo en destrozarse el aparador central con un empujón contra el suelo. Sabía que Almudena no la tendría a ella como primera sospechosa, sino a la vengativa Lourdes, ahora que esta le había confirmado que, de nuevo, había hecho una pausa en su actividad delictiva.

—Esta jodida por culo —dijo balanceándose de la lámpara central— va a tener claro que conmigo no vuelve a jugar nadie.

A Mariola, en cambio, le bastó pensar en el acorralamiento despectivo que sufrió en casa de la Rota para ir tirando, uno a uno y sin perder la calma, todos los objetos de cristal o porcelana que encontró por la cocina. Sonó el timbre. Paralizadas, Elisa en pleno proceso de rajarse la funda del sofá montada a caballo sobre él y Mariola probando con la yema del dedo lo que parecía ser un tarrito de cocaína, oyeron una segunda llamada. No podía tratarse de otra

persona que un vecino, por lo que la posibilidad de una llamada a la policía se hacía más que probable, alertados por el ruido. Mariola se quitó los zapatos, se acercó a la puerta y, en cuanto vio que el joven enclenque apostado en la puerta desaparecía, le hizo señas a Elisa para escapar de allí. El ataque histérico de risa llegó cuando se entremezclaron entre la gente por la Avenida.

—Ahora nos toca lo más difícil, buscar a Lourdes. —Mariola quería aprovechar la adrenalina en punta de la rubia.

—¿Por qué esa paranoia?

A pesar de la excitación, Elisa encontraba pobre el argumento de redimir la memoria de un muerto, por muy amigo que fuese, para complicarse hasta esos límites la existencia.

—O tú no eres consciente del poderío de la Lourdes, que esta sí tiene armas de fuego, o no me estás contando toda la verdad de esta historia.

—¿En qué dudas de mí? —la retó Mariola.

—Dudo hasta de mí misma. Lo que he hecho en casa de esa imbécil era pura terapia para mí, pero yo no gano nada yendo por las malas a buscar a Lourdes. ¡Yo no soy tonta! —gritó, imitando al anuncio de la tele.

—Ve tú, por las buenas... —Elisa, apoyada en la pared del Ayuntamiento, la miraba sin verla—. Así te quitas el mal sabor de boca con que terminasteis. Sea como sea, tú no has estado presente estas últimas semanas en su vida, con lo que no tiene nada que reprocharte por lo que haya podido pasarle. Además, me dices, hablasteis de buen rollo por teléfono el otro día. Quizá, si está pasando momentos chungos, le venga bien tu compañía.

—A ella lo único que puede interesarle de mí es follarme.

—Sé inteligente.

—¿Qué gano yo?

—Enterarte, por ejemplo, de si ella está huyendo tras haber tirado a Roberto Relinque por un cuarto piso.

—No era el amor de mi vida, Ma-ri-o-la.

—No te dejó que lo fuera.

Llegaron al trato, inestable, de viajar juntas a Zahara. Mariola cogería una habitación en el hotel Almadrabetta, Elisa se camelaría un colchón calentito

junto a la Rota.

119. CHORIZO

Era de noche cuando Elisa llegó a casa de sus padres. No había luces. Llamó a su madre y apagó antes de que pudiese cogerlo, para tranquilizar su conciencia haciendo aparecer su nombre como llamada perdida. Rosa no tardó en devolvérsela, pero Elisa dejó el teléfono vibrar sobre la mesa de la cocina mientras cortaba rodajas de chorizo con ansiedad. Con un grito ahogado, de golpe, le sorprendió la luz del salón recién encendida y unos pasos que bajaban por las escaleras que daban al salón. Con el cuchillo en la mano, andando sin hacer ruido, fue asomándose, con Almudena en la cabeza.

—¡Elisa!

Bajó los brazos y cerró los ojos con un suspiro cuando vio a su hermano Martín, con cara de dormido y en pijama, bajando hasta el salón.

—¿Qué haces aquí?

Él se le acercó, le retiró el cuchillo con grasa de chorizo y le dio un beso poco correspondido por ella.

—¿Te parece una buena razón venir a ver a mi padre a la UCI?

Ella no se atrevió a preguntar por qué en la UCI.

—He venido desde Londres a verlo, pero parece que tú no lo visitarías ni viviendo en la misma manzana del hospital.

—¿Te ha reconocido?

—No lo sé, Elisa. Te mira, con todos los tubos puestos, pero no dice nada.

—No me dijo mamá que estuviese tan grave.

—Contigo hace años que perdimos todos la confianza.

El golpe era seco, pero no injusto.

—¿Qué le ha pasado?

—Al parecer tiene un tumor del tamaño de una pelota de pimpón en la

cabeza. Tuvo una parada cardiorrespiratoria ayer por la noche, de ahí que yo tomara el primer vuelo de la mañana. Tu hermana Nuria ha estado contándomelo todo en directo desde hace días.

Sin decir nada, pensando en la posible mala prensa que de ella harían Nuria y sus padres, Elisa tomó el cuchillo y volvió a la cocina. Sacó un par de cervezas.

—¿Cómo te va en Londres?

—Estás viviendo con ellos, Elisa.

—No estoy preguntándote sobre mí, sino cómo te va en Londres.

—Sé buscarme la vida, comparto casa, tengo una novieta y gano incluso para ahorrar un poco.

—Me alegro.

Martín, nervioso, bebió en un sorbo medio botellín.

—Eres egoísta, Elisa.

Ella se terminó el chorizo con calma y le dio a él el culo tras cortarle la cuerda del nudo final.

—Soy producto de una vida desestructurada, hermano mío.

—Eres demasiado inteligente para venirme con esas...

—La rubia perfecta de las dos carreras, hermana e hija soñada por cualquier familia bien.

—No me vaciles.

—¿Sabes lo que es estar hasta el culo de heroína?

Martín, impresionado, no supo mantenerle la mirada.

—Y no, no digo que tu padre me pusiera la jeringuilla en las manos.

Cuando Martín salió hacia el hospital, ella tenía aún más claro su viaje del día siguiente a Zahara. Tomó los cincuenta euros que su madre le había dejado sobre la nevera y se acostó, sabiendo que lo de dormir esa noche sería una quimera sin tener nada que meterse en el cuerpo. Le envió un SMS escueto a Mariola para pedirle que salieran en el primer tren hasta Cádiz.

Cuando recibió el mensaje, Mariola ya estaba en la cama con la reserva del hotel cerrada. Volvió a llamar al Sagrado Corazón para interesarse por la

evolución del padre de Elisa y no tardó en dormirse pensando, con toda la dulzura que el recuerdo cercano le proporcionaba, en Alfredo preguntándole por Huguito. No podía postergar más tiempo una llamada a Guatemala. Cuando el mensaje de Fidel llegó, ya estaba dormida.

120. NEGROS

Avisarla por un SMS tal vez era demasiado frío para los riesgos que Mariola estaba tomando, pero Fidel no quería sufrir el desgaste de otro encuentro con ella, aunque el motivo no fuera otro que pedirle que abandonase sus pesquisas, y los peligros asociados, alrededor de la Rota, como esa misma noche le había contado por teléfono Alfredo: «Está enredándose más de la cuenta solo por llegar a ti».

Al día siguiente trabajaba temprano, pero eso no podía impedirle una cerveza tranquila con Lucía por la Alameda. Miró de nuevo el móvil en busca de la respuesta de Mariola, que no venía, y salió a la calle.

Tras toda una tarde grabando los apartamentos-patera en que se hacinaban los jóvenes nigerianos que vendían clínex en los semáforos de Sevilla, Lucía llegó con la excitación propia de quien se ha adentrado en terrenos fascinantes.

—No se les quita la sonrisa de la boca, Fidel. —Antes incluso de sentarse ya le relataba esa tarde de entrevistas en inglés, con personas fundamentalmente satisfechas de haberse hecho un hueco, poco importaban las formas, en el mundo occidental—. Nos insistían en que grabásemos sus caras, por si las familias pudiesen verlos algún día desde sus poblados. Tampoco hemos querido quitarles esa ilusión al decirles que era solo una práctica universitaria que quedará en nada...

—No tiene por qué, Lucía. Con la fuerza que tiene internet, podrías publicarlo, subirlo a YouTube, haceros con un blog... No sé, a mí me resulta conmovedora toda esta historia.

—Tú tienes un alma sensible.

—Más gente de lo que tú piensas la tiene... —A Fidel se le vino a la mente

Mariola en los campamentos de desheredados de México y un escalofrío le atravesó la espalda.

—Más les preguntamos y más interrogantes me surgen. —A Fidel seguían gustándole sus consonantes tan castellanas—. Por ejemplo, su vida sexual. No veo mujeres por allí, siempre reunidos entre ellos, como en una comuna.

—¿Te miran con deseo?

—Quizá alguno. Está claro que será uno de mis compas quien tendrá que preguntarles por cómo hacen para tener una vida sexual medianamente normal pasando tanto tiempo con este ritmo...

—Un negro siempre será un negro. —Fidel hizo gestos con las manos acerca del tamaño de sus penes.

—¡No te permito!

No recordaba haberle visto un gesto de enfado hasta entonces.

—¿Y ese sentido del humor?

—Con ese tema, ¡no! Se me cae el alma pensando en esos chavales, Fidel.

Él se le acercó, la rodeó con los largos brazos, y tomó sus dedos con las manos y besándolos.

—Mi pequeña periodista...

—¿Qué tal tú?

—Embelesado escuchándote.

—Venga, Fidel. —Se despegaba de él sin hacer fuerza.

—¿Cuál será vuestro próximo reportaje?

Se recostó de nuevo en el banco del parque de los Perdigones con la mirada puesta en un grupo de chavales experimentando con sus *skates*; Lucía le adelantó que querían integrarse en las Tres Mil.

—¡Ni se te ocurra!

—Bueno... ¿Y ahora qué te pasa a ti?

—Eso es territorio comanche, Lucía. Allí te linchan en cuanto gires la cabeza. Además, con tu acento...

—¿Qué le pasa a mi acento?

—Verán que eres de fuera y eso lo tomarán como una debilidad más. —Ella lo miraba entre sorprendida y divertida—. Ya te busco yo otro tema sobre el que hacer prácticas. Porque lo más importante es que acabéis vivos, ¿no?

—Yo estoy estudiando por pura vocación, Fidel, no para hacer periodismo

deportivo pasando resultados de fútbol por una emisora de radio.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Es algo a lo que no aspiro con mi edad.

—Será que yo soy poco ambicioso entonces...

—Tú eres un sol.

—Un sol muy pequeñito.

—¿Por qué dices eso, Fidel?

—Tal vez fue, en su momento, mi falta de ambición la que hizo que Mariola se alejase de mí.

—Ella se lo perdió.

—Nos lo perdimos los dos, Lucía. —Ella se inquietó con su mirada—. Ya es historia pasada, en todo caso.

—¿Qué fue lo que la llevó a irse a México?

—¡Qué más da!

Fidel se cruzó de piernas sobre el banco.

—Perdona... No sé, no es un tema que consultase conmigo. Un día se fue y punto, sin más explicaciones.

—Yo nunca haría algo así.

—Lo sé. Hay mil formas de dejar a alguien con más estilo.

—Sin embargo, ella ha vuelto.

—Sí. Imagino que sería demasiado duro de soportar todo aquello. Aunque cualquiera sabe cuál es la razón última de su vuelta.

—¿Puede que el recuerdo de un sol pequeñito de Sevilla haya influido?

—No lo creo. En todo caso, ese sol pequeñito ya alumbra para otro lado.

—¿Para dónde alumbra?

—Para Burgos.

Lucía soltó una carcajada.

—El sol pequeñito quiere calentar un poco Burgos.

—Pues ten cuidado, a ver si me vas a dejar a mí congelada aquí en Sevilla...

Esa noche, de nuevo, durmieron juntos.

121. GUACAMOLE

Fidel la dejó dormida, tanteó su figura en la oscuridad y le besó las piernas desnudas a la hora en que la ciudad está aún vacía. En el trayecto en moto hacia Las Cumbres sintió la amargura de verse feliz a demasiados pocos días de la muerte de Roberto.

Tener cómplices con los que compartir emociones indebidas para el que no conoce las circunstancias más íntimas de cada uno es un placer que no resulta sencillo de conseguir. Carlota jugaba ese papel en las largas horas cuerpo a cuerpo en el trabajo, lo que liberaba a Fidel de ejercitar caras descoordinadas respecto de su cuerpo, más en situaciones como las que vivía en que todas sus certezas se confundían en un remolino de sentirse huérfano y amado, llorando una pérdida irrecuperable en brazos de una mujer seguro idealizada por el simple hecho de haber actuado sin quererlo como un ángel redentor, dulce, pródigo en sonrisas narcotizantes. Carlota, además, no hablaba, lo hacía lo justo, algo perfecto cuando no se buscan aprobaciones sino oídos solidarios.

—Me asusta sentirme tan bien con esa niña —le decía, mientras majaba con calma el guacamole—, hace que me olvide de mi tristeza.

Sin dejar de remover la bechamel, Carlota le hacía gestos para que apretara más fuerte el aguacate mientras con sus inimitables maneras tropicales lo animaba a continuar hablando.

—En cambio, Mariola sigue ahí, presente, con mensajes aparentemente inofensivos; intenta ayudarme a aclarar la muerte de Róber sin que yo se lo haya pedido, acude a Alfredo, su tío —Carlota asentía, haciéndole ver que no tenía que aclararle quién era Alfredo—, y se mete en mi vida por todas las puertas posibles.

—Y tú dejas que se meta.

No lo preguntó. Carlota lo afirmó.

—Digamos que no voy a abrirle las puertas, pero las dejo encajadas.

—Echa leche aquí, querido. —No dejaba de remover con sus manos gordas agarradas a la pala de madera—. Despacito, mi amor, en el centro de la cazuela...

—¡Me da tanta pereza afrontar nuevos dramas, Carlota! Yo no le pedí que viniese, que me buscara, que se acostara conmigo...

—Quieres conservarla, cabrón.

—No quiero perderla, Carlota.

—Difícil papeleta la tuya, corazón. La vida, lo quieras o no, es ir abandonando caminos para tomar otros.

—¡Fidel!

Lo llamaban desde la barra.

—Este guacamole está listo, mamita...

Carlota le guiñó el ojo con toda la energía que no tenía para decirle que se derrumbaba por dentro escuchando sus angustias de hombre recto.

—¿Sí?

—Este hombre mayor del fondo pregunta por ti. Parece que tiene prisa... —le susurró su jefe ocultándose la boca en un trapo.

Con una sonrisa, Fidel se limpió en su mandil los restos de aguacate para darle la mano a Joaquín.

—¿A qué se debe este placer?

—Hola, Fidel. Soy Joaquín, el compañero de universidad de Alfredo. —Aún sin haber recordado su nombre, Fidel le hizo saber con un gesto simpático que sabía quién era—. Llevo dando vueltas media hora por el barrio. —Miraba a todos lados salvo a sus ojos—. No quise preguntarle a Alfredo el sitio exacto para no delatarme.

—¿Delatarse por qué? —preguntó con una sonrisa Fidel.

—Verás... Tengo poco tiempo. Me he saltado una tutoría para plantarme aquí en taxi —carraspeó—. A ver... Digamos que tengo muy buenos contactos entre mis alumnos, incluso alguno de ellos da la casualidad de que es policía y viene a algunas clases a primera hora de la mañana.

—Un policía con sensibilidad. —Fidel quería engrasar un poco la conversación, llevada a trompicones por Joaquín.

—Les hice fotos con el móvil a los ladrones que se hicieron pasar por policías y robaron el ordenador ese del sobrino de Alfredo.

—¡Te la jugaste!

—Ellos estaban más nerviosos que nosotros y de mí casi ni se percataron.

—¿Puedo verlas?

—No hay problema, luego te las puedo pasar. Vengo simplemente para decirte que se trata de unos personajes muy peligrosos, que no tienen que ver con empresarios ni nada de eso que tú pensabas.

—¿Quién los ha reconocido?

—Están fichados. Son de Sevilla.

—¿Los has denunciado a la policía?

—No creo que me corresponda a mí, Fidel. —Joaquín apenas asomaba dos palmos por encima de la barra—. Y creo que Alfredo ya está superado por esta situación; las amenazas que ha recibido, el destrozo de haber visto morir a sus dos sobrinos... Prefiero decírtelo a ti y tú decides qué hacer con la información.

—¿Tienes el nombre de esos tipos? ¿Puedes enviarme las fotos por correo electrónico? ¿Se ve en la foto que sea la casa de Róber?

—Tranquilo. El individuo que está fichado se llama Gabriel Beltrán, y lo llaman el Cafetera.

—El Cafetera... —Fidel se quedó paralizado tratando de ordenar pensamientos.

—¿Lo conoces?

—No, ¡claro que no! —Supuso que el propio Joaquín no creía su propia negación y no quiso equivocarlo aún más—. ¿A qué viene eso de Cafetera?

—Un mote como otro cualquiera. Así lo tienen fichado.

—¿Y dices que es peligroso?

—Eso me dijo mi alumno. Ha estado implicado en varios ajustes de cuentas en las Tres Mil, pero nunca han llegado a demostrar nada ni a retenerlo más de un año en prisión.

—Hijo de puta.

—Tengo que irme, Fidel.

—¿Quieres un café? ¿Un orujo?

—Gracias, pero es imposible. Tengo una clase en menos de veinte minutos

—se miró la muñeca, sin reloj— y nunca llego tarde. Ya lo tomamos en otra ocasión.

Sacó un boli de su chaqueta, tomó una servilleta y le apuntó su teléfono y correo electrónico.

—Escríbeme y te respondo con las fotos y todos los datos. —Se quedó parado, pensando si era oportuno o no seguir interrogando—. Fidel, ¿puedo preguntarte qué iban buscando en ese ordenador?

—Unos correos electrónicos que son claves para involucrar a alguien en la muerte de Roberto.

—¡Hay que ser burros! —exclamó Joaquín mirando al suelo—. Un correo electrónico no se mete en un disco duro de un ordenador, un correo electrónico se puede ver desde cualquier sitio. ¿Tienes la dirección de correo de Roberto?

—Claro.

—Apúntala en un papel.

—Incluso puede que tenga la clave —dijo Fidel, dándose con el puño cerrado en la frente por no haber pensado antes en esa posibilidad.

—En cuanto tenga información, te la paso.

—Gracias de nuevo, Joaquín, por complicarte la vida.

—Por Alfredo, Fidel, hago lo que esté en mis manos.

Al seguirlo con la mirada desde la barra, perdido en ese barrio de bloques idénticos, lo vio avanzar en busca de un taxi y descubrió que no solo Mariola utilizaba esta historia negra de serie B como catalizador del amor. Sin embargo, Joaquín salía mucho más liviano tras dejar la carga de su pesada mochila en las espaldas de Fidel, ávido de entender la maldad en estado puro que, a sus ojos, representaba ese Cafetera al que pronto pondría cara de acné mal cuidado, ojos grises pequeños, cejas pobladísimas, rasgos angulosos y pelo al cero con cicatrices largas entre el cuello y la nuca.

Sabía, sin querer exteriorizar el pensamiento de su subconsciente, que el siguiente episodio debía ser buscar a la quinceañera Marina y pedirle el mapa mágico de la isla del tesoro que lo llevase hasta él, siempre que quisiese, puesto que con nadie había compartido esas perversas confesiones de niña embarazada en busca de no sabía muy bien qué venganza. Entró, noqueado, en la cocina.

—¿Hay más aguacate que machacar?

Un cóctel tropical de ron bebido en dos buches preparado por Carlota le sirvió para admitir ante ella la condena de su fidelidad.

—No hay nada peor que ir con miedo, mi amor.

Él asentía.

—¿Y dices que queda cerca?

—En la calle Rey Baltasar, a trescientos metros de aquí.

—Yo te sigo detrás y me coloco al final de la calle, corazón. Con esta pintota de gitana caribeña que yo tengo, las mallas rosas *apretás* con las que he venido hoy a trabajar y mi metro ochenta nadie va a decirme nada.

Fidel sonrió.

—El miedo no es buscar a esta niña, Carlota, sino qué hacer con la información que me dé. Yo soy un cagueta de cuidado, no tengo pasta para andar ajustándoles cuentas a hijos de puta chantajistas y asesinos.

—Veamos. —Carlota andaba nerviosa comprobando que ya comenzaba la hora de las tapas—. A las cinco tú me esperas. Cuando te haga una seña te lanzas a casa de esa niña, que yo ya te sigo la pista.

Tardaron una eternidad en abrirle la puerta para decirle, una mujer de cincuenta años con malos humos, que Marina ya no vivía allí.

—Necesito verla —suplicó Fidel.

—Mi nieta va a estar fuera de juego un buen tiempo, así que puedes irte a chuparla.

—¿Se ha ido con el Cafetera?

—¡A ese demonio ni me lo mientes! Mi vida daría por enterrarlo vivo.

—Quiero protegerla de él.

—¿El señor es policía? —cambió el tono la mujerona al preguntar.

—No —contestó, queriendo haber dicho sí, nervioso de pensar que había gente tras la puerta escuchando, tal vez Marina entre ellos, como la primera vez que acudió allí.

—¿Y qué cuento es ese de proteger a mi nieta? ¿Protegerla de qué?

—Al Cafetera lo busca la pasma por un par de asesinatos.

De detrás de la puerta salió una chica joven de belleza desperdiciada.

—Señor, váyase de aquí si no quiere que despierte a mis hermanos.

—Solo quiero que me digan cómo puedo localizar al Cafetera.

—Váyase de aquí le digo si no quiere problemas.

—¿Le dirán a Marina que he estado aquí? Soy Fidel. Ella tiene mi teléfono.

—¡¡¡Que se vaya, coño!!!

Andando rápido hacia donde se encontraba Carlota, que lo observaba de pie, inquieta, con sus grandes muslos apretados en rosa, sintió el móvil, insistente, vibrar en sus vaqueros. Era Mariola.

122. AVISO

—¿Fidel? —Mariola parecía impaciente.

Él le pidió llamarla más tarde y admitió con franqueza estar en un apuro.

—¿Qué te pasa? ¿De qué apuro me hablas?

—Nada grave —le contestó. Prometió telefonarla en la próxima media hora.

Con la inquietud propia de quien no espera esa respuesta, Mariola dejó el móvil cargando para evitar quedarse sin batería e inspeccionó los cajones de la habitación del hotel buscando algún bote de champú con el que ducharse. Elisa la esperaba en la playa, frente al hotel Atlanterra, para evitar cualquier posible cruce con la Rota, por lo que temía que la llamada de Fidel llegase una vez que estuviese con ella, lo que frustraría la posibilidad de hablarse sin tapujos. Remoloneó lo justo tras ducharse, pendiente del móvil, y calculó mentalmente los minutos que podría tardar en recorrer la playa de punta a punta para reencontrarse con Elisa. La vislumbró, sus piernas largas, con el levante soplando fuerte, a casi un kilómetro del punto de encuentro.

—Me tienes en ascuas —le confesó, casi sin aliento, luchando contra la ventolera.

—Ya me he bañado, para limpiarme. Con esta tía a veces me siento una muñeca hinchable.

—La vuelves loca.

—Qué pena que a mí ella me dé cada vez más asco. Podría haberme enamorado de ella y vivir como una diosa.

—¿En qué habéis quedado?

—Me ha pedido tres horas, hasta las diez.

—¿Tres horas para qué? —Mariola no entendía.

—Que me largara tres horas de su casa. Ella sabrá. Me dice que me largue y me largo. Luego me llevará a cenar a Barbate, me pondré hasta las chanclas de morrillo de atún en el Campero y seré feliz. Sus líos no me interesan.

—¿Habéis tenido tiempo de hablar?

—Sí, ya le he dicho que sospecho que ha matado a dos hermanos, que he venido con la amiga de uno de ellos y que hemos reventado la casa de Almudena...

—Vale, vale...

—Y le dije que el primer día me comiste el coño en el sofá de la casa de los carcas de mis padres.

—¡Vale ya!

—¡Por favor, Ma-ri-o-la! Un poquito de paciencia.

Mariola rio su teatralidad.

—Que hace semanas que no veo a esta narcotortillera de mis culpas.

—¿Y dices que ha reaccionado bien?

—A mí me conoce hace tantísimo tiempo que no tiene opción de desconfiar de mí. Si sospechara algo, ya no le quedaría nadie.

A pesar del latigazo de la arena en los tobillos, Mariola se dejó caer, sentada, sobre la arena.

—¿Qué sabes de tu padre?

—Mi hermano me ha dicho que es probable que lo saquen de la UCI esta misma noche.

—Me alegro.

Elisa le sonrió con una mueca exagerada, al tiempo que le sonaba el móvil con la foto de Fidel en la pantalla. Consiguió girar la muñeca a tiempo para que Elisa no lo distinguiera.

—¿Sí?

Fidel se disculpó por no haberla atendido un rato antes.

—Estaba metido en una pelea de barrio sin comerlo ni beberlo, Mariola. Ya sabes que cerca del bar se juntan pandillas de canis de vez en cuando y montan jaleo.

Las respuestas secas de Mariola lo despistaban.

—¿Puedes hablar?

Le contestó con un no, sonriente, nervioso.

—¿Metida en líos?

Le aseguró que no.

—¿Nada que ver con investigaciones extrañas?

No dijo ni sí ni no.

—Mariola, puedas hablar o no, voy a aclararte algo importante. La Rota no ha sido responsable de la muerte de Tolo ni de la de Roberto. Vente, cuando puedas, a la Alameda y te lo explico con una cerveza.

Le dijo que estaba en Zahara de los Atunes.

—¿Qué haces allí? ¿Con quién andas? ¿Elisa?

Mariola, por fin, respondió con un *ajá* que revolucionó a Fidel. Quedó en llamarla más tarde.

Con el móvil en la mano y ya en casa, echó de pronto muchísimo de menos a Roberto, irse a su casa y fumarse uno de sus pitillos, colocar a U2 en el equipo y tirarse en el sofá de enfrente, sonriéndole, sin necesidad de hablar, como siempre, con las persianas a medio echar. Metió un par de botellines en el congelador antes de ducharse, para intentar perder el sueño.

Aporrearon la puerta.

Antes de llegar a abrirla volvieron a hacerlo, con insistencia, lo que le hizo frenarse, con los pies ya desnudos, sin hacer ruido. El tener las luces apagadas facilitó el no delatarse. De nuevo comenzaron a sonar el timbre y los porrazos. El silencio que siguió a esos segundos fue aterrador, porque quienquiera que fuese seguía al otro lado de la puerta; se percibía el movimiento lento de su sombra por debajo, aunque el pánico le impedía acercarse para asomarse por la rejilla, aun siendo consciente de que esa imagen, a tan solo metro y medio de donde se encontraba paralizado, podía dar respuesta a sus incertidumbres. Notó, en ese instante, un rasguído fuerte, contra la puerta, y se le puso la carne de gallina. Sacó el valor de donde no lo tenía para acercarse, sin respirar durante segundos, aprovechando cada crujido de la madera para camuflar un paso nuevo hacia la mirilla. Aproximó a una velocidad inmóvil su cabeza contra la puerta hasta dar con la imagen de un hombre joven, con su cara deformada de tan cerca que se encontraba.

La ansiedad le subía desde los pies, quería gritar y no podía; su fragilidad,

a pocos centímetros de ese tipo, era infinita; su canguelo, inmenso.

Su rastro, como en un video clip, desapareció de golpe y se convirtió en una imagen pequeñita que no supo retener. Con todo su cuerpo arrumbado contra la puerta, buscó recuperar la respiración. Oscureció antes de que se atreviese a moverse. Tomó un cuchillo de la cocina antes de volver a la entrada y abrir la puerta, hecho a cualquier posibilidad. El mensaje, escrito con navaja, era claro:

*Seguimos
cada
paso
tuyo*

Cerró, agresivo, y sacó toda la rabia amedrentada por el terror, con la sensación de que sus días se acababan. Amenazas. Todo en esos últimos meses eran muertes y amenazas, que le hacían recordar el miedo instalado en Alfredo, receptor de mensajes inmisericordes de anónimos desquiciados. De pronto todo lo asustaba, nadie había a salvo, cualquier extremo de la calle Hombre de Piedra era una emboscada potencial.

Mientras pensaba en buscar el papel con el teléfono de Joaquín para solicitarle el envío de la foto del Cafetera, por ver si coincidían sus rasgos con la imagen deforme que atravesó la mirilla de su apartamento, tomó de nuevo el cuchillo con fuerzas, abrió la puerta sin encender luces y comenzó a rasgar las letras para hacer indescifrable el aviso intimidatorio grabado en sus narices.

No tardó Joaquín en responder. Las facciones de los dos atracadores de casa de Roberto, movidas por el pulso difícilmente controlable en esa tesitura, no carecían de nitidez y sí, sin duda correspondían al tipo que le había aporreado la puerta un rato antes. Le agradeció con un mensaje, a Joaquín, la foto y le aconsejó que no perturbara aún más a Alfredo con noticias que no podrían sino desequilibrarlo.

A pesar del riesgo real en que se sentía inmerso, desprotegido en su propia casa, decidió tomarse una cerveza y buscar algo que leer que le sirviese de anestésico. De entre sus libros viejos se decidió por viajar en el tiempo y el espacio con Dostoievski. *El jugador* lo llevaría no solo a los casinos

decimonónicos de la vieja Europa, sino a la época en la que el taller de su padre daba beneficios suficientes para pasar tres meses de verano con su familia en Mazagón, rodeado de libros, en un tiempo en que creyó que su vida sería exitosa y todos sus sueños pasaban por trabajar como corresponsal extranjero en grandes capitales europeas. Avanzó ávido de recordar por qué el impacto de esa novela en un adolescente como era aquel que comenzaba a despertar al sexo en los veranos interminables en que ya Roberto era uno más de la familia, hasta que Polina, en el capítulo V, le pregunta a Alexei:

«—¿Usted no es cobarde?

»—No sé; quizá lo sea. No sé...; hace tiempo que no he pensado en ello.

»—Si yo le dijera: “Mate a esa persona”, ¿la mataría usted?

»—¿A quién?

»—A quien yo quisiera...».

Cerró sin poder terminar el capítulo, desconcentrado por la presencia impotente de los desafíos de la existencia que él detestaba afrontar de pleno, ya desde esos años en que todo se torció; la salud de su hermana, la economía paterna, el ambiente familiar, los malos augurios que lo llevaron a bajar los brazos de sus ambiciones; esos años en que buscó simplemente sobrevivir.

Llegaban, habían llegado, los tiempos de un nuevo reto en el que mojarse; pero él se sumergía con Dostoievski en su sofá con una cerveza, esperando que amainase el temporal de los tiempos difíciles, justificando su parálisis en una honestamente asumida incapacidad para pelear una vida distinta. Unos pitidos de mensaje lo sacaron de su abstracción. Eran de Lucía e invitaban a pasear, pero la respuesta fue colocar el móvil en el pecho y meditar si realmente podía ofrecer nada a alguien desde su trinchera de dolor.

Recordó que Mariola andaba por Zahara con Elisa y le apeteció enormemente aprovechar sus dos días de descanso para pasarse por allí. Sin pensarlo dos veces, se lo propuso, obviando las contraindicaciones que la sensatez habría expuesto de escucharla, y así reencontrar a dos mujeres que eran tripas, corazón y sexo.

123. PUCELA

A Mariola le llegó el mensaje mientras sudaba, atacada por los insectos, tras el matorral en el que Elisa le había aconsejado que se escondiera en esa noche, de levante ya ausente, desde el que se observaba tan claramente el interior de la casa de la Rota que la intuitiva vulnerabilidad provocaba una tensión que hacía imposible controlar la transpiración. Por fortuna, no olvidó quitarle el sonido al móvil y el inocente mensaje de Fidel, que quería acompañarla un par de días en Zahara, no la delató ante una Lourdes que no paraba de ir y venir a la cocina. Su principal temor eran los guiños que Elisa le lanzaba en los instantes en que la Rota desaparecía de su campo visual.

Aun suspirando por pasar unos días con Fidel, era imposible ese encuentro primaveral en la playa con la desequilibrada de Elisa tan cerca, indolente ante la agonía de su padre, descarada provocadora de una narcotraficante, que se jactaba de habérselo tirado por puro despecho hacia Roberto.

Se oyó un grito en el baño y vio a Elisa salir corriendo hacia allá. Sentada en el retrete, con crema en la punta de la nariz y los pelos cogidos con varias pinzas, Lourdes lanzaba improperios a quien no tardó Elisa en identificar como Almudena.

—¡Yo te desprecio, gorda! Lo último que tengo en mente es ponerme a destrozar tu casa.

Elisa, apoyada en el quicio de la puerta del baño simulando cara de preocupación, disfrutaba con la escena. La apenaba que Mariola no la viera ni, casi seguro, pudiera oírla desde la trastienda. La dejó en el baño, colocándose las bragas mientras seguía insultando contra los lamentos que vendrían del otro lado de la línea. Ya en el incómodo sofá de mimbre, tras lanzarle una señal de despreocupación a la ventana negra donde debía de encontrarse

Mariola, entró al ataque en cuanto Lourdes, tras dar varias vueltas por el salón, al fin se sentó con un vaso de agua con limón en las manos.

—Hice bien en destrozarle la casa. —Hablaba alto y claro para tratar de, instintivamente, hacerle a la Rota hablar igual.

—No he dudado de que fueses tú.

—Eso te pasa por fichar a gente mediocre para hacer trabajos sucios, Lourdita.

—Al menos me sirvió para tenerte controlada, hija de puta. —Elisa sabía que Mariola, aunque no viese sus gestos cómicos, interpretaría bien el tono de sus frases.

—Yo soy demasiado inteligente como para hacerte ninguna jugada, Lourdes. Las veces que me alejé de ti fueron porque estaba asqueada conmigo, con la vida de mierda que llevaba. Lo mismo que haces tú cada vez que le pegas una patada a todo y te refugias durante meses en esta guarida.

—Eres cruel —sentenció, ahora sí, con tono serio, la Rota.

—¿Perdona? Alucino con la frase. ¿Yo cruel? Viniendo de ti es todo un halago.

—Mañana nos acercamos a Barbate y te entrego el dinero que te debo.

—Sabes que estoy sin blanca, pero no he venido aquí por dinero, Lourdes. Si les has sacado partido a las visas que te entregué ya tendremos tiempo de hacer cuentas. Es como una libreta de ahorros que tengo ahí contigo.

Un silencio espeso invadió la casa, tanto que Mariola desde su atalaya temía incluso tragar saliva, en una noche en que las chicharras martilleaban sibilinamente los oídos.

—¿De qué conocías a Roberto Relinque? —categórica, la Rota, destapó el tarro prohibido.

—De una noche de alcohol.

—Tú con ese tío tienes tanto que ver como yo con el Aga Khan.

—Mi familia no es tan barriobajera como la tuya, Lourdes —contraatacó Elisa—. Me basta pasar una temporada en casa de mis padres para darme cuenta de la gente tan interesante que...

—¡Vete a chuparla!

—Veo que comienzan a fallarte las fuentes de información, querida. Tengo a mi padre moribundo, pero si sale de esta podrías preguntarle la amistad

íntima que lo une a Alfredo Relinque, el viejo catedrático con el que te viste en la Plaza de España...

Lourdes lanzó con tanta fuerza el vaso de agua contra el suelo que incluso Mariola se tapó los ojos para evitar los cristales.

—Sé que te emocionaron los poemas ingenuos de tu querido Tolo...

—¡Ya basta!

Mariola, con el corazón en la boca, admiraba el intelecto de una Elisa pletórica, a la que temía, en esos instantes de indefensión entre matojos, tener como enemiga.

—Te buscaste una espía demasiado torpona, Lourdes. Esa película de Noruega... A mí me vino bien porque no tenía dónde caerme muerta, pero no hizo falta mucho tiempo para que sus historias comenzaran a hacer agua.

Lourdes, despistada, callaba.

—Nunca debiste amenazar a Alfredo Relinque, Lourdes. Hay determinadas fronteras que no se deben atravesar. Chulear a una eminencia, a un hombre coherente toda su vida, con principios...

—Una maricona vieja y amargada.

—¡Vaya! Habló la tortillera homófoba.

Pisando con cuidado el suelo con los pies descalzos, Lourdes se levantó, desapareció del escenario visible, y audible, por Mariola. Elisa, con una sonrisa incontenible en el rostro, se encogió de hombros y miró hacia el ventanuco negro. Todo era sucio. El tono de voz en la Rota reflejaba odios imposibles de entender para Mariola, sobre todo en lo que tocaba a una persona honesta como Alfredo, sin albergar dudas en ese instante crítico de noche explosiva de que fue ella quien lo amenazó. Las esperanzas de que Elisa culminase el sagaz interrogatorio la excitaban tan solo de poder contarle a Fidel, con todo lujo de detalles, los episodios previos y el desenlace fatal que había arrastrado a Roberto contra el acerado de la Buhaira. Su rabia hacia esa mujer era infinita, su emoción por ofrecerle a Fidel las claves de un futuro comprensible, también. Vio a Elisa, inquieta, salir en busca de Lourdes al tiempo que sintió unas pisadas en la hierba demasiado tarde como para saber reaccionar.

El frío del metal en el costado derecho hizo que comprendiera que la última punta de un revólver no iba a quedarse en la frontera de México con

Guatemala. Se acordó, instintivamente, de Huguito.

—Sabía que iba a volver a verte, preciosa.

No era aconsejable tratar de desembarazarse de una persona sin escrúpulos cuando la punta de un arma te hace daño en los riñones.

—Veo que eres larga. —Mariola comprobó que le temblaba la voz.

—Tu amiguita Elisa estaba demasiado alterada riéndose de mí como para controlar su mirada —argumentó Lourdes.

—¡¡¡Lourdes!!! —gritó, desde el otro lado de la casa, Elisa.

—Se ha percatado tarde, la rubia. Anda, ¡sal de aquí!, me estás haciendo rozarme contra todos estos jaramagos de mierda.

A medio camino entre el trastero y el porche, Elisa se encontró con la escena de su derrota.

—Eras tú la que me decía que nunca me fallaría, rubia. ¡Qué puta vida, joder! Eso debe de querer decir que no tengo nadie en quien confiar.

—Veníamos a confirmar si fuiste tú la que...

—¡¡¡Cállate!!!

El silencio de chicharras volvió a hacerse insoportable, mientras Elisa retrocedía hacia el interior de la casa.

—Como te dé por correr, oirás un disparo sordo que atravesará el estómago de tu amiguita la mexicana.

Andando hacia la casa, con la Rota a dos metros tras ella retorciendo su pistola en la espalda de Mariola, Elisa tuvo la perspicacia de tomar el móvil con precaución y escribirle un mensaje a Fidel, en el que solo pudo acertar a poner:

Villa Pucela Zahara Peligro

124. LEUCEMIA

Lo único que supo entender Fidel al leer el mensaje fue la última palabra. Peligro.

Si Mariola no contestaba a su mensaje, si Elisa le enviaba este último, más valía no tentar a la suerte de realizar una llamada que pudiese ponerlas en apuro. «Villa Pucela» podría significar cualquier cosa, aunque no había que ser muy avisado para enlazar Pucela con Valladolid y a esta ciudad con la Rota. ¿Era un mensaje cifrado o una casa real situada en Zahara? ¿Estaba amenazándolo Elisa o le pedía ayuda? ¿Era trampa o grito? No tenía coche a mano con el que llegar allí de inmediato, salvo que se lo pidiese a su padre o a Marcelo. Debía, en cualquier caso, responder. Darse por enterado sin dar más pistas. Tirando a un lado a Dostoievski y apurando la cerveza, Fidel volvió a tomar su móvil entre las manos, nerviosas. Confirmar su llegada podría facilitar que el enemigo, si lo había, preparase su emboscada. Respondió, por fin, tras cinco minutos eternos, a Elisa:

Leído

El móvil vibró sobre la mesa, junto al de Mariola, alineados por una Lourdes más acostumbrada a moverse en esos ambientes, aunque lenta para adelantarse al alarido insonoro que Elisa acertó a enviar hacia Hombre de Piedra antes de imponer sus normas.

—Mucho tardas —se impacientó.

—Esto es ridículo, Lourdes —protestó sin energías Elisa, animada tras sentir la llegada de la respuesta de Fidel.

La Rota apartó a Elisa para comprobar a base de tirones que los nudos eran

rígidos y Mariola era una preocupación menos, atada a la silla y a la columna central del salón.

—Ahora ¿cómo vas a atarme a mí? Necesitas las dos manos. —A pesar de las dos o tres horas presumibles que tardaría Fidel en llegar, Elisa tenía claro que no debía arrugarse y que necesitaba ganar tiempo.

—A ti no necesito atarte, de momento. Estoy deseando que te muevas para descerrajarte la cabeza.

—¡La matanza de la Rota...! Será un éxito en las pantallas dentro de unos años. Porque si me liquidas a mí luego tendrás que cargarte a la mexicanita.

Mariola, más tranquila a pesar de la situación, confiaba en Elisa.

—Y no vas a poder comértela, Lourdita... con lo rica que está. ¡La niña es torta! A mí me lo ha comido varias veces. —Elisa se levantaba la falda y se tocaba frente a Lourdes—. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Sin conseguir que entrara al saco de sus provocaciones, al menos llevar la iniciativa le servía a Elisa para hacer dudar a Lourdes, no dejarla pensar, bloquearla. La conocía desde hacía demasiados años.

—Podrías dormirme como a Roberto Relinque. Aquí no hay cuatro pisos desde donde tirarme, pero podrías arrastrarme por la arena hasta ahogarme en la orilla. ¡Qué muerte más triste!

—Eres imbécil.

—Ni mi familia daría un duro por mí, le dirían a la policía que era una hija perdida, borracha, drogadicta, que ni siquiera tuvo la decencia de acompañar a su padre moribundo junto a su cama... No me harían ni tan siquiera la autopsia que le hicieron al Relinque y que te llevará a ti, más pronto que tarde, a la trena...

—¡Sabes que no fui yo!

Mariola, espectadora inmóvil del duelo sordo entre esas dos mujeres de raíces torcidas, tomaba anotación del combate, ganado hasta entonces por la rubia, de lejos, a los puntos.

—Yo no sé nada, Lourdita...

—De esa puta familia solo quería que me dejaran en paz.

—¿Enviándoles mensajes con amenazas de muerte? —preguntó, irónica, tocándose los pechos bajo la tela suave de su traje, Elisa.

—¿Se te ocurre una forma mejor?

—Mil formas, Lourdes. Mil formas más sutiles de distanciarte de ellos, sobre todo si, como dices, no tenías intención de hacer daño.

—Ese hombrecito perfecto no merecía mucho más después de haber destrozado la vida del Tolo.

—¿De qué hablas? —terció, indignada, Mariola.

Lourdes, que ya había olvidado su presencia, se levantó de un salto y la amenazó con la culata del revólver.

—¡A ti no te ha dado nadie vela en este entierro, mexicanita!

—Roberto adoraba a su hermano —protestó, retadora, Mariola.

—Nadie va a explicarme cómo trató a Tolo su hermano pluscuamperfecto... A estas alturas, ¡no!

—Ella conocía desde siempre a Roberto —terció, a sus espaldas, Elisa, lo que desbordó a Lourdes en un diálogo desquiciado de pistola, cuerdas y sexo intuido.

—¿Tolo no te contó que su hermano Roberto se llevó media juventud cuidando de una novia que se le moría de leucemia? —Mariola sabía que había que rematar a la Rota a base de dudas, cada vez más consciente de que no fue ella quien puso el cloroformo en el pañuelo de Roberto. Lo que no podía imaginar es lo que significaba la palabra leucemia en el vocabulario de Lourdes—. ¿No te leyó acaso los poemas que le escribió a su hermano?

—A Tolo lo recogí yo de un estercolero —protestó Lourdes, conmocionada.

—Y en un estercolero lo mantuviste, Lourdes —afirmó Elisa—. Como a mí, como a tantos.

—Me adoraba... —Olvidaba la pistola en las manos.

—Eras la reina de sus negocios. —Elisa no desaceleraba—. Su eterna suministradora de material.

—¿Quién lo mató? —preguntó Mariola.

Con la mirada ausente, Lourdes no supo amortiguar los golpes.

—¡El puto Cafetera! ¿Quién iba a matarlo? ¿Qué otra forma tenía de hacerme daño?

—Ya podías haberte ido a por él —sentenció, con desprecio, Elisa—. Y no vengarte de una pobre familia destrozada enviando amenazas de mala mujer.

—El Cafetera de Valdezorras... —Mariola solo tenía esa información,

pero quiso lanzarla al aire para meter, no sabía muy bien con qué objeto, más tensión en esa casa llena de humedades junto al mar.

—¿Qué queréis de mí?

—Vengarnos por tu maldad, Lourditá. Decirte que no hay perdón para un monstruo como tú. Que puedes reventarnos la cabeza con la pistola si quieres, pero queremos hacerte ver en un espejo, manipuladora, vulgar, prepotente, coaccionadora, cruel, ¡mala víbora!

Lourdes abandonó la pistola, se abrazó a sus piernas y comenzó a sollozar, mientras Elisa se acercaba a Mariola y, sin apartar la vista de la Rota, comenzaba a desatarla.

125. CHICHARRAS

Cuando el llanto amargo de la Rota dejó paso a las chicharras, ya no había pistola sobre la mesa, Elisa y Mariola bebían sangría de bote y la tele, con interferencias, mostraba aparatos aeróbicos sin sonido ofrecidos por americanos sonrientes de caras operadísimas.

Sin querer llevar la iniciativa para evitar su repudio y un cierre en banda, Mariola esperó a que Elisa dejara de jugar con su móvil.

—¿Cómo podemos dar con el Cafetera ese?

Lourdes no respondía.

—¿Quieres venganza o no?

Consumida en su miseria, la Rota seguía sin reaccionar.

—¿Qué interés podía tener ese capullo en acabar con el famoso Tolo?

—Tú eres capaz de no acordarte siquiera de él —refunfuñó Lourdes, ante la atenta mirada de una Mariola que disfrutaba de la escena.

—Sé que me lo he tirado entre pico y pico. —Elisa no mostraba sus cartas, al menos no con el rostro—. Ya me han aclarado que circulan fotos por ahí. —Puso cara de no darle la menor importancia al asunto—. En esa época me follaba a todo bicho viviente con tal de conseguir meterme algo en vena.

—De no ser por el Tolo ahora serías un trapo.

—Soy un trapo a pesar de todo, querida.

—Fue el único que consiguió encerrarte durante semanas, aguantar tus insultos de mujer poseída, darte de comer platos que tú le tirabas a la cara...

—Mariola no podía imaginar que Elisa hubiese caído tan bajo—. Maldito Tolo, siempre condicionado por gentes de buena familia manipuladoras, capaces de hacerlo sentir pequeño.

—Parece que quieres proponerlo para un proceso de beatificación. —Elisa

aguantaba el tipo—. Tú sabes bien que cuando uno cae tan bajo no se actúa nunca con desinterés. Eres la diosa de esa forma de proceder, Lour-di-ta. Quizá sea que quieres entronizarlo en tu altar de aduladores del que yo me caí hace tiempo.

—¿Qué fue de la Elisa que venía cada noche a tomarse una cerveza al *office* del restaurante?

—Esa Elisa no tenía donde caerse muerta y conseguía dinero fácil dejándose follar por una tía acomplexada por un labio roto que nunca ha sabido qué hacer con tanta pasta y tan pocos amigos de verdad.

—Gracias —farfulló Lourdes.

Acogotada por una conversación tan desgarradora, Mariola trataba de encontrar la mirada de Elisa para suplicarle piedad hacia la Rota.

—La prueba es que cada vez que yo he querido desengancharme de la vida venenosa y fácil que tú me ofrecías, has ido a buscarme, siempre de forma sucia, para dejarme claro que no soy nadie sin ti.

—Si acabas volviendo será que no soy tan cabrona, quizá seas tú la enferma.

—¡Dejad de lanzaros mierda, por favor! —Mariola gritó, espantada. Las dos se giraron, sin apenas mostrar respuesta—. Hemos venido aquí en busca de respuestas, ¿no? —se dirigió a Elisa—, y ya las tenemos, joder. Esta mujer será mala malísima, pero ya no hay pistola de por medio, a mí se me ha olvidado que me ha tenido atada un rato y sabemos que ella no mató a nadie. —Se tocaba las muñecas, aún enrojecidas por la torpeza de Elisa haciendo nudos—. ¿Podrías ayudarnos a encontrar al Cafetera?

Lourdes la miró como si hablase otro idioma y volvió a girar la cabeza hacia Elisa, que le repitió.

—Que si sabes cómo dar con el capullo ese.

—Lo he oído, no estoy sorda.

—¿Cómo damos con él?

—Veo que queréis comer tierra antes de tiempo. ¿Qué sois ahora, Los Ángeles de Charlie?

—Solo nos faltabas tú para completar el trío, *amore*.

Mariola, fuera de la línea física que las unía, movió su silla para enfrentar a la Rota.

—Yo he vivido diez años en México, en una zona llena de gente sin escrúpulos. No es la primera vez que siento el frío de una pistola en mi cuerpo.

—Aquí nadie está libre de pecados. —Pareció gustarle a Lourdes descubrir ese pasado retorcido de Mariola.

—Si yo me hubiera caído de un guindo no me habría presentado a pecho descubierto en tu casa conociendo tu historial.

—¿Qué te hace jugarte el tipo por el capullo del hermano del Tolo? ¿Te follaba bien? ¿La tenía muy grande?

—¿No sabes hablar sin ser tan grosera?

—Habló quien le come el coño a la rubia.

—Todo lo que tú tienes es una autoestima por los suelos.

Elisa soltó una carcajada.

—¿Ahora viene una sesión de psicoterapia?

—Cuando termines de echar espuma por la boca, me avisas. Aunque no tengo intención de quedarme aquí toda la noche.

—Aquí sobras.

—¡Aquí no sobra nadie! —Elisa apoyó a Mariola.

Acorralada, Lourdes se levantó. Sabiéndose observada, bebió con calma agua fría de la nevera, con el corazón tan excitado como aturdido.

—Si yo soy una persona herida, el Cafetera es el *summum*.

—Somos especialistas en relamernos las heridas. —Elisa se autoincluía.

—¡¿Somos?! —Parecía que Lourdes llevara tiempo esperando ese posicionamiento de Elisa—. ¿Cuáles son tus heridas? ¿Que tu padre te convenciera para estudiar Derecho? ¿Son esas tus heridas? ¡No me hagas reír! —Elisa, sonriente, la esperaba, con todo el sofá para ella—. Hay quien tiene mala naturaleza y otros a los que la naturaleza nos ha hecho malos, querida rubia de los lamentos burgueses. ¡Yo no tengo una mansión en la calle Sinaí a la que salir corriendo para llorar en las faldas de mamá!

Sin querer que la escena derivase en nuevos reproches que destruyesen cualquier posibilidad de llegar a ningún lugar de encuentro, Mariola olvidó a Elisa y no quiso hacer sangre con el pasado de la Rota.

—¿Cuáles son las heridas —preguntó, acercándose a ella— que puedan justificar acabar con la vida de nadie?

—¡Nadie ha hablado de justificaciones! —seguía rehuendo Lourdes los acercamientos de Mariola, de la que apartaba la mirada—. Simplemente intento entender cómo se construye un monstruo.

—¿Por qué el nombre del Cafetera? —Mariola seguía en su línea dialogante, con Elisa tras de ella, ausente, tocándose el pelo, absorta en sus pensamientos.

—¿No eras tú la que hablaba del Cafetera de Valdezorras? Serás tú quien tenga que contarnos, ¿no, hermosa?

Hubo una décima de segundo en que Mariola se sintió deseada.

—Buscándote a ti, di con él.

—No ibas orientada, entonces.

—Se ve que no. No me falta valor —se acercaba a ella, aún en la cocina con la botella de agua en la mano y Elisa fuera de juego—, pero no sé moverme por las cloacas de Sevilla.

—¿Quién te llevó al Cafetera?

—Un *cani* de la Tres Mil que trataba de camelarme en una moto...

—Podrías haberle preguntado a tu amiga Elisa. Ella te hubiese llevado hacia mí.

Mariola se sentó en la mesa de la cocina. Se sabía apetecible con su vestido colorido de grandes escotes. Seguía tocándose los moratones provocados por las cuerdas.

—Aún no conocía a Elisa cuando me metí en Valdezorras.

—¿Diste con él?

—Di con alguien que quiso protegerme de él.

—¿Cómo se llamaba?

—Antonio.

—¿Alto...?

—Sí, de buen cuerpo, moreno, barba cerrada, unos...

—Cincuenta años.

—Algo más, diría yo. Estropeado, quizá también, por sus heridas.

—¿Quién no las tiene? —lanzó al aire la Rota.

—No lo sé. Por lo que he oído antes, parece que eres tú quien tiene la potestad para validar lo que son heridas y lo que no. —No supo si Elisa había entendido el guiño.

—Al Cafetera lo encontraron en un gallinero abandonado de Valdezorras. Un niño asalvajado de cuatro años metido en un caserío insalubre que apestaba a meados. Fue el padre de Antonio, en una época en que aún se pastaba a las afueras de Sevilla. La única prueba de vida civilizada en ese cortijo era una cafetera aún caliente cuando él llegó, del maldito cabrón que lo abandonase.

—¿Qué hicieron con él?

—Según me cuentan, se lo quedó la farmacéutica del pueblo, con la complicidad de la familia de Antonio el Liebre... Allí todos tienen sobrenombre.

—No has perdido el acento de Valladolid. —Mariola cruzó varias veces los ojos con el escote.

—Cuando la señora se dio cuenta de que convivía con una fiera, ya era tarde para recolocarlo en ningún sitio.

—¿Cómo das tú con él?

—Para eso tendría que hablarte de mí y de mis heridas, y no me da la gana de compartir mis intimidades contigo.

—¿Qué edad tiene él?

—Tendrá la tuya.

—¿Qué edad me echas?

—Treinta.

Mariola hizo gesto de asentir.

—¿Quieres saber algo de mí? —le preguntó a la Rota.

—¡Quiere saber si te la puedes tirar esta noche! —gritó, desde el sofá, Elisa—. ¡Ese es su único interés! Lo de las heridas no es más un truco para justificarse, la muy cabrona.

Mariola, enfurecida, aprovechando que Lourdes bajaba la cabeza, tal vez preparando una respuesta agresiva, se giró hacia Elisa y la mandó callar. Ella se rio mientras le hacía gestos obscenos.

—Al Cafetera acabaron integrándolo en un barrio de gitanos después de pasar no sé cuántas veces por la trena. Se ve que hizo algún buen amigo allí, algún otro canalla como él.

—¡Pobrecito...! —gritó Elisa, de nuevo al ataque.

—El Tolo cometió el delito de dejar embarazada a la pequeña de esa

familia —afirmó la Rota—. Esa fue su sentencia de muerte.

—Él sabía que Tolo y tú...

—El Cafetera admiraba a Tolo porque era mucho más noble que él, pero a mí me la tenía jurada desde que lo abandoné a su suerte en una de mis escapadas. Le reventó la cabeza cuando en realidad quería reventármela a mí.

—Lo siento.

—Era un tío sensible el puto Tolo, ¿sabes? Era un niño que quería salir del agujero, que soñaba con comprarle una tele de plasma a su madre, que quería escaparse a América para empezar de nuevo, como Cernuda. Era el único punto de bondad al que yo podía agarrarme. Nunca preguntaba nada, simplemente me escuchaba, me recitaba poemas de Lorca y me prometía que aún no era muy vieja para comenzar una vida en Nueva York, donde él encontraría una clínica que sí supiera operarme el labio y así dejase de aparecer en los retratos robot de la policía.

Mariola no quiso explicarle cuántas veces robó Tolo en casa de su madre, ni el rechazo con que siempre reaccionó a las propuestas de Roberto para un tratamiento en un centro especializado. Entendía que el prisma de la Rota era ya imposible de cambiar y que, no solo eso, era bueno para ella tener el recuerdo de haber cuidado de alguien con ese sentimiento puro que parecía una quimera poder encontrar en ella.

—Roberto le había comprado un par de billetes para Nueva York —mintió Mariola—, para este próximo verano.

Lourdes levantó la cara y por fin la miró a los ojos.

—Los metió en el ataúd el día de su funeral.

126. JARAMAGOS

Incluso para personas tan acostumbradas a vidas desordenadas como ellas, la eclosión de mentiras interesadas, odios fundamentados y gritos sin respeto las condujeron a no rasgar más, conformarse con sus respectivas desazones y dormir, cada cual en un rincón de una casa húmeda de temperatura perfecta.

Fidel esperó, desde una duna de arena fina, a que la última luz se apagara. Temía que el movimiento de figuras se prolongara hasta el amanecer, sin juego para camuflarse entre los matorrales y entender qué era el peligro en boca de Elisa. Desde su vigía distinguió a Mariola con claridad a través de un hueco de ventana. Verla desenvuelta yendo y viniendo le facilitó el no aparecer atropelladamente en escena sin saber con qué podía encontrarse. A Elisa creyó distinguirla en un instante no lo suficientemente diáfano como para confirmarlo. La otra mujer, más baja y nerviosa que ninguna, debía de ser la Rota, amenazadora inmisericorde de las inseguridades de Alfredo.

Tras abandonar los matojos, el leve crujir de ramas dejó paso al silencioso paseo por la arena en unos segundos deliciosos en que la naturaleza armonizaba con el latido de un corazón que bombeaba con energía a un hombre excitado por una situación, seguro irreversible, que no olvidaría cuando las rutinas le recordasen que vivió con dolor y furia la injusticia de haber perdido para siempre a Roberto. La arena llegaba justo hasta las puertas del Villa Pucela, en puro silencio. Las únicas luces venían bien del mar, cercanas, bien de la inmensa noche estrellada de luna nueva. Tocaba, por fin, demostrarse la capacidad de atravesar el umbral de su propia cobardía. Recuperar la respiración tras la caminata, serenar el pulso tomándosele frente al reloj y no pensar, para evitar que el análisis de los riesgos le hicieran escapar de allí y la falsa lógica lo llevara a argumentos más cómodos, tan

razonables como pensar que no corrían peligro real, que una llamada de teléfono al día siguiente bastaría...

Rodeó la casa, aislada de todo, hasta dar con el primer ventanal, abierto de par en par hacia dentro. Con más miedo que un perro chico, se asomó al interior de una habitación desordenada en la que distinguió unas piernas de mujer acostada bocabajo. Comprobar que no había nadie más, que la puerta estaba cerrada y que no tenía nada cercano que le llevase a hacer ruido lo tranquilizó tanto que asomó completamente la cabeza en un movimiento eterno, hasta asegurarse de que esa mujer, profundamente dormida, no era Mariola ni Elisa.

En cuanto sacó la cabeza de la ventana, Lourdes abrió los ojos y trató de recordar dónde había colocado la pistola. Intentando no hacer ruido, se aproximó hasta su puerta para encajarla y evitar así ruidos en caso de salir de allí. La factura del cansancio mezclada con el batiburrillo de emociones la confundía definitivamente, cuando lo único importante era encontrar el arma. Rememoraba las escenas recientes, en las que la pistola aparecía por última vez cuando metió la cabeza entre los muslos entre sollozos. Tenía claro, eso sí, que si se trataba de una redada policial reaccionaría con la tranquilidad necesaria para no añadir más argumentos a una futura condena en prisión.

Contuvo la respiración, como ella bien sabía, mientras buscaba respuestas. Fueron necesarios minutos infinitos para que el silencio de dos mujeres agotadas por el sueño se rompiese con ruidos sordos solo posibles de provocar por humanos. Sin tener idea cierta de dónde se encontraba cada cual, entendió que sería Elisa quien habría ocupado la otra habitación de la casa, de modo que el infiltrado o infiltrados tropezarían de lleno con la mexicanita, mujer provocadora de todos sus instintos.

Oyó susurros.

Su garganta seca le impedía tragar sin delatarse, desubicada en su propio refugio nunca ultrajado, sin plan alternativo para atacar ni ganas de enfrentar amenazas. Dormirse era una opción, jugar a vaciar sus pensamientos en una pesadilla incierta para amanecer con el sol brillante de un día ya sin levante en que pasear por kilómetros de arena fina en soledad frente a las costas de

África, era otra. Pero en su vida nunca funcionó el cerrar los ojos como medicina. No quitaba de su cabeza al hermano maldito introduciendo dos billetes hacia Nueva York, aun aceptando que todo podría no ser más que una mentira interesada para llevarla a su terreno.

Hablaban en el salón.

Sin entender una palabra, sí que comprendía que el tipo que había entrado lo había hecho con miedo, así como que las palabras de Mariola trataban de ejercer una función tranquilizadora. Sintió que había besos. Besos de quienes se conocían desde hacía mucho. Los muelles viejos del sofá los delataban, no con meneos sexuales, pero sí con la quietud incontrolada de quienes se desean. Le gustaba esa chica de acento indefinible que runroneaba piropos al oído de ese desconocido de aroma frágil, asustadizo sin verlo, desazonadoramente honesto por cuatro enlaces imposibles de explicar desde su sentada en el frío suelo junto al dormitorio.

Encendió la luz del salón cuando supo que el sueño volvió a invadir la noche, al grito de:

—¡¡¡Váyanse!!!

Torpes para deshacerse de sus abrazos, con el horror en el rostro de Fidel, Mariola se levantó con los brazos estirados hacia la Rota.

—Es un amigo de la familia, Lourdes.

—¡Qué familia ni qué ocho cuartos! ¡Fuera de mi casa!

—Entiendo tu cabreo, déjame que te explique...

A Mariola le tranquilizó ver a Elisa tras Lourdes, sin que esta se diera cuenta, más aún al acreditar que la única arma de la Rota era su rostro enfurecido, sus pelos alborotados y la cicatriz cada vez más abierta del labio.

—¡Esto me parece una falta absoluta de respeto! —balbució con voz potente.

—Es culpa mía, Lourdita. —Elisa se adelantó a ella y se colocó en el centro de la escena—. Conseguí enviar un mensaje a este hombre cuando vi que apuntabas con la pistola a Mariola. Es un amigo entrañable que tenemos en común.

Fidel se removió, erguido con las rodillas sobre el sofá y los vaqueros

desabrochados.

—Ya me ha explicado todo Mariola, Lourdes —tartamudeó, con un hilo de voz varonil, Fidel.

—¿Qué tenía que explicarte? ¿Invades mi casa y además exiges explicaciones?

—Tus amenazas a la familia de Roberto Relinque son un buen motivo para pedirte explicaciones. —Fidel le mantenía la mirada.

—¡Amenazas a quien me perseguía!

Elisa le pidió, con movimientos verticales de las manos, que se calmase.

—Nadie te perseguía, Lourdes —prosiguió Fidel—. Solo queríamos entender la muerte de Tolo, vengarla... Y tú eras la última persona que aparecía en su móvil, cuando él ya estaba muerto.

—No sé quién eres tú en toda esta historia, pero ya podríais haberos preocupado de Tolo mucho antes.

—¿Quién te dijo lo contrario?

—Sé lo que me digo. —Lourdes acertó a verse los pelos desordenados en los cristales de una ventana que ya traslucía un vago amanecer.

—Soy Fidel, el mejor amigo de Roberto, con la edad de su hermano pequeño.

—Os invito a que os vayáis. —La Rota no quería más conversación.

—Ya estamos convencidos de que tú lo adorabas, Lourdes. —Fidel no dejaba de sentir la mirada aguda de Elisa penetrándole, distrayéndolo, pervirtiéndolo—. Ahora, antes de irnos, déjame mostrarte un par de cosas.

Mariola agarró, en un gesto instintivo, a Fidel por los hombros, frente a los rodeos de Elisa desde la cocina con una botella de zumo en las manos, como fiera al acecho.

—Vosotros os metéis mano —dijo Elisa desde la lejanía cercana de la cocina—. ¡Vosotros os metéis mano! Ma-ri-o-la...

Fidel sacó el móvil de sus vaqueros, haciendo caso omiso a las provocaciones inoportunas de Elisa, buscó con dedos inquietos entre sus menús hasta dar con la foto del Cafetera arrancando el ordenador de casa de Roberto.

—¿Lo conoces?

Lourdes asintió, mientras Mariola le arrancaba el móvil para ponerle por

fin rostro al cabrón del Cafetera.

—Esta foto está tomada en casa de Roberto Relinque, el hermano de Tolo, con él ya muerto. El cabrón entró con violencia para hacerse con su ordenador y así evitar darle pistas a la policía sobre las verdaderas razones de su asesinato.

—¿Que eran...? —preguntó Lourdes.

—Un asesinato a sueldo contratado desde Barcelona.

—¿Por quién?

—Por un empresario corrupto.

Se hizo un silencio espeso.

—El que fue jefe de Róber... —Fidel notó, por vez primera, que no le llegaba la voz—. Mi amigo tuvo la mala suerte de convertirse en el único testigo de cargo contra él. Había que matarlo.

Flotaba la emoción brutal de Fidel como única verdad.

—No sé cómo dio con el Cafetera —reconoció.

—Su currículum está lleno de ese tipo de encargos. —La aseveración de Lourdes era aséptica, lo que la hacía ganar en credibilidad—. No imaginas las barrabasadas que llegan a contratarse por internet.

Mariola abrazó a Fidel, congelado como estatua de sal. Le besó la nuca sudada.

—¿Esta mujer no comía coños? —le preguntó, retadora, a Elisa, marcando con su desplante una actitud de fuerza.

Elisa, picoteando altramuces sentada sobre la encimera, se encogió de hombros e hizo un gesto obscuro con la lengua que Mariola no quiso ver.

—Ahora Mariola me confirma que él también estaba detrás de la muerte de Tolo... —insistía Fidel, desactivando las provocaciones de Elisa.

—Casualidades —insinuó la Rota—. Cuando uno está en el centro del huracán, es fácil que le alcancen todas.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó, irónica, Elisa—. Dos hermanos muertos con pocos meses de distancia por un mismo mamarracho...

—Sevilla es pequeña —insistió Lourdes.

—Pero no tenían nada que ver uno con otro. —Mariola tampoco veía lazos.

—¡Guarra! —le gritó Elisa.

—Sé que eran dos universos opuestos. —Lourdes se sentó y le quitó

protagonismo a la rubia.

Fidel se metió la camisa por dentro, se abrochó el cinturón y se acercó hasta la Rota para sentarse junto a ella.

—Tengo otra cosa que enseñarte.

—Este te saca la polla —entremezcló Elisa con sus carcajadas—. ¡Folla bien, el condenado!

—Estoy cansada para aguantar más tonterías —respondió Lourdes con aparente desprecio.

—Nos vamos ya, Lourdes —suplicaba Fidel—. Pero no quiero que dejes de ver esto.

Fidel rebuscó en sus bolsillos traseros hasta dar con su cartera, de la que extrajo con cuidado la foto en que Tolo besa a su hermano dormido para pedirle perdón por su vida rota. Lourdes tomó la foto, la observó sin pudor, dejó caer las lágrimas y leyó una y otra vez esa frase definitiva:

*Perdona, hermano
Tu fortaleza es mi sueño
No sé quererte
Si estás despierto*

Sabía, sin temor a equivocarse, que era de Tolo.

Pidió a Fidel que se le acercase:

—¿Fue tu hermana la que falleció de leucemia? —le susurró al oído.

Él asintió. Lourdes le pidió que se alejase, con los ojos cerrados.

—Quiero que os vayáis —suplicó, tomando la foto entre los pechos, en un gesto innegociable de quererla para ella.

Mariola, dándole un beso en la frente, que la Rota recibió con frialdad, reordenó la manta, tomó su bolso, se colocó la rebeca y salió. Avergonzada más que dolida por la actitud de Elisa, apenas la miró de soslayo. Encaró el pasaje de jaramagos consciente de haberla utilizado, pero no se arrepentía lo más mínimo. El objetivo estaba alcanzado en ese frente, Fidel la había turbado con palabras bellísimas en el machacado sofá de Lourdes, y ya no había más interés que comprobar hasta qué punto estaba haciéndose realidad otro nuevo futuro junto a un Fidel que, ralentizado por sus interpretaciones de lo ocurrido, murmuraba al oído de Elisa un gracias que esta no quiso entender. Se

desembarazó de él de malas formas, en silencio, viendo cómo se despedía con delicadeza de Lourdes, atolondrado con la información de la que ya disponía para demostrar sus agallas, o no, frente al Cafetera.

—¿Dónde puedo encontrarte? —le preguntó la Rota, evitando que Elisa los escuchase.

—En el bar Las Cumbres, por San Diego, a partir de mañana.

Esperó a que cerrase la puerta para levantarse, abrir las ventanas de par en par y decirle a Elisa, mirándola a los ojos.

—Rubia, vete al carajo tú también.

—Dame solo cinco minutos, Lourdes, para no tener que volver a encontrármelos en mi puta vida.

127. PAPAS

El paseo, de mañana fría, largo, repetido y de punta a punta de su larga playa, casi le destroza las piernas a Lourdes al meterse entre rocas sin pensar en mantener el equilibrio.

Suplicaba por que el beso envenenado de Elisa al partir fuese definitivamente el último. Sin embargo, era consciente de lo difícil que le resultaría no volver a reencontrarse con ella, cuando en algún lugar de su subconsciente existía un mecanismo que disfrutaba con la flagelación; maldecía ser experta en no cortar amarras, en insultar con falsa rabia.

Compañera perfecta de viajeros malditos.

La soledad de ese paisaje, lo había sabido anticipar, llegaba al punto temido en que lo libertario se transformaba en condena al no tener un nicho claro al que volver ni personas dependientes de ella por causas que no fuesen pecuniarias o, últimamente, de pura supervivencia. Una familia imposible de recuperar, unos afectos contruidos durante años con cómplices de lo ilegal que se tornaban vacuos, proyectos que dejaban de existir, sexo caduco en páginas de internet que ya la inhabilitaban para cualquier clase de fantasía. Sí, debía de haber un instante, una frontera de un solo sentido que, atravesada, le chuparía las ganas de vivir. Su duda era si ya estaba, o no, a ese otro lado. La única esperanza de estar aún viva de verdad, remontando la arena para entrar en casa con los pies anestesiados por el agua, era vengar a Tolo.

Sin ganas de pensar, tras asegurarse de que tenía las llaves del piso familiar en San Jerónimo, organizó una maleta liviana con cosas imprescindibles, de manera que pudiese volver o no de Sevilla en pocos días. Tuvo tiempo de un

café antes de llegar a la estación de autobuses, comprar una revista y dormir camino de vuelta. Justo antes de subir llamó a Paca, ávida de oír su voz. Sonaron varios tonos al tiempo que la imaginaba, diáfana, corriendo de la cocina al salón para coger el teléfono rosa que ella le regaló.

—¿Cómo está mi vieja preferida?

Sabía que era aconsejable dar los pasos calmados cuando cambiaba el ritmo y aun así no pudo evitar que Paca se ofreciese a recogerla a su llegada a la estación de Plaza de Armas. Más que la noche en vela, fue escuchar su voz, tan agarrada al soniquete de la de su hijo, la que la adormeció como una niña hasta que el sol la despertó en las curvas de entrada a la ciudad. Vinieron dos besos enormes y un achuchón.

—¿Otro de tus retiros espirituales, Lourdes?

—¡Qué guasa tienes, Paca!

Se miraron con ternura.

—Para otra vez que tengas problemas, no tienes más que pasarte por casa. Allí ibas a estar mejor que en ningún sitio, y ya no hay nadie que me condicione para ver a quién meto o no.

—Eres un sol.

—¡Qué me gusta tu acento, Lourdes! Qué bien habláis por Valladolid. — Emocionada y envejecida, Paca se ofreció—. Ahora vienes a casa, nos hacemos algo de comer, te pegas una buena siesta y ya me cuentas cuando estés descansada. —Lourdes asintió—. Se acabó el tiempo de tener que vernos a escondidas, la policía ya ha hecho todas las preguntas que tenía que hacer, ya han registrado un par de veces la casa, ya se acabó todo.

—He conocido a Fidel...

Paralizada por lo inesperado de la noticia, Paca abrió mucho los ojos, fijos en ella, sin mirarla.

—Tenemos mucho de lo que hablar.

La tomó por los hombros y la obligó a girarse sobre sí, pequeñita, para encaminarse con ella hacia su casa.

Sorprendida por la invitación franca a acogerla, por mucho que le diera argumentos coherentes para así hacerlo, Lourdes escuchaba su día a día de

compras camino de la casa, sus encuentros furtivos con Esteban, a quien poco a poco Paca había ido introduciendo en sus confianzas como ofrenda a cambio de permitirle Lourdes entrar en el sórdido mundo de Tolo por una puerta no del todo sucia, desde la que podía otear las vicisitudes de su hijo para escapar de la dosis diaria, aun a sabiendas de que vivía de las dosis de otros, del *marrulleo* de comerciar bajo cuerda para, siempre como promesa incumplida, encontrar el trampolín desde el que saltar al mundo de la decencia, donde el dinero no se obtuviera a cambio de polvos envenenados.

En ese doble lenguaje en que Lourdes ofrecía la imagen que Paca quería ver, llegaron a necesitarse por el simple hecho de tener a Tolo como muñeco roto, marioneta sensible de sonrisa franca, seductor de proyectos nunca firmes, que conseguía envolverlas en el halo irremediabilmente adolescente del que ellas se engancharon, para así fantasear propuestas con las que encarrilar la vida de un tipo frágil que las hacía sentir importantes.

—Fidel es un amor, Lourdes —le confesó ya en la cocina de casa, cuando ya no daba para más el evitar hablar de ello.

Tan hambrienta como interesada por oír de él, la Rota cortaba rodajas de fuet que comía casi sin respirar.

—Le daba un punto de humanidad a mi hijo Roberto que lo hacía más noble.

—¿Lo has vuelto a ver tras el...? —No sabía cómo llamar Lourdes al asesinato de Roberto Relinque, porque no sabía con qué información contaba su madre.

—Sí, claro. Muchas veces. Viene aquí a comer, me hace compañía.

—¿Es marica?

—¿Fidel? ¡No...! No, que yo sepa... —Paca sonrió, pensativa—. ¡No! Definitivamente no. Acaba de llegar la que fue su novia toda su vida, después de pasar un porrón de años en México.

—Mariola...

—Sí. Mariola. —Paca se limpió las manos en el delantal, dejó de pelar las patatas cocidas, cada vez más perdida oyendo a Lourdes hablar de otros mundos que no le pertenecían—. ¿Qué tienes que contarme, Lourdes?

—Siempre tuve la imagen de tu hijo mayor como la de un robot insensible, educado, prepotente, egoísta, cuadrulado...

—Mi Róber no era así, Lourdes.

—Es la primera vez que te escucho decir «mi Róber», Paca. No sé si eres consciente...

Sin querer hacerlo, Paca bajó la cabeza.

—Siempre fue un chico reservado, ha sufrido mucho.

—Yo tenía derecho a saberlo.

—¿Qué tenías derecho a saber?

—Lo que tu hijo había sufrido, Paca...

—¿Qué te gusta un drama! —exclamó, sonriendo y volviendo a las patatas.

—¿Es cierto que luchó durante años para que su novia no muriese de leucemia?

—Te lo he contado mil veces, Lourdes.

—Sabes que no, Paca.

—Estás cansada y hambrienta. Las papas ya mismo las aliño...

—No estoy cansada. Necesito saber. Necesito que me digáis qué hay de cierto en todo esto, por qué me habéis vendido la moto de un Tolo maltratado por un hermano pasota y egocéntrico...

—A Bartolomé no le vino nada bien estar siempre tras la estela de un hermano perfecto, Lourdes.

—Y por eso había que destrozar la perfección del hermano y alegrarme a mí los oídos diciéndome que yo era su único apoyo, que lo cuidase, que lo sacase de las drogas...

—Róber era ambicioso.

—A tu hijo Roberto lo mató el mismo cabrón que a Tolo.

Apoyándose en el fregadero, en un gesto teatral a ojos de Lourdes, Paca dijo estar mareándose.

—Casi me alegré de que Roberto muriese, Paca. Me habéis envenenado el alma haciéndome creer un hada madrina. —Rebuscó entre su monedero—. El hada madrina de este poeta.

Le mostró la foto de Roberto besado por Tolo.

—Lee la dedicatoria, firmada por Bar-to-lo-mé. —Lourdes sabía que su tiempo en esa casa había acabado también—. No todo se justifica con amor de

madre.

—Lourdes... —Paca no leyó las palabras de Tolo, porque ya las conocía.

—El amor de madre ciego es mucho peor que la indiferencia.

Recogió del baño su neceser y lo metió en la maleta.

—Por el amor de mi bendita madre, una santa que quiso proteger mi nombre, fui convirtiéndome en el monstruo que soy hoy en día.

—No digas eso, Lourdes. Deja tus cosas, yo te explico...

—Has tenido a un hijo encantador, sensato y currante cuidando de ti y solo tenías ojos para tu Tolo y lengua para repudiar al otro.

—Es injusto lo que dices, Lourdes. Se me partió el alma cuando la policía vino a decirme lo de Róber...

—A mí las explicaciones me sobran cuando contemplo las cosas con claridad. No enterré al cabrón de mi padre, ni voy a enterrar a la encubridora de mi madre.

—¡Acabo de perder a mis dos hijos, Lourdes!

—Llora tu pena, Paca. Yo soy demasiado cabrona como para empatizar con nadie que me traicione.

128. MONSTRUO

No sabía en qué calle estaba cuando salió de casa de Tolo, pero tuvo la suerte de poder tomar un taxi nada más cruzar la avenida, para huir de los lamentos de Paca.

Algo indefinible le hacía percibir una traición inmensa, más allá de sus palabras, las preguntas o actitudes forzadas; algo había en su actitud respecto a su hijo Roberto que la descalificaba cuando la contemplaba en su acepción de madre completa, tan reprochable como reconocible era su actitud protectora del pequeño; una traición superior al respeto por una señora a la que hacía tiempo había llegado a considerar todo un regalo.

Quizá fuese la frase radicalmente falsa en que afirmaba haberle contado mil veces los cuidados de Roberto a su novia con leucemia; precisamente porque sabía lo que era esa enfermedad, de la que murió su hermano pequeño, tenía la certeza absoluta de que esa información, trascendente en este caso para definir la humanidad de una persona, se la había ocultado miserablemente no ya solo por un Tolo desestructurado, defensor de su castillo edificado a partir de complejos frente a su hermano, sino de una Paca que permitió justificar todas las debilidades de su hijo pequeño en la soberbia de uno mayor que no era tal.

Harta de sentirse manipulada para conseguir dádivas para los demás, Lourdes enloquecía de rabia pensando en una tachadura más en su historial. ¿Quién quedaba? Tolo y Paca sabían de la muerte de un hermano pequeño, su único hermano, por una leucemia grado 3, ¡y no habían tenido la gallardía de hablarles del historial de Roberto!

Mezquindad.

Pidió que la acercaran a la Magdalena, a pesar de que en otras circunstancias habría hecho el trayecto a pie. No se tranquilizó hasta que no

comprobó que tenía todas las llaves consigo. Caminó hasta Tetuán, entró en la oficina central del Santander y solicitó acceso a su caja fuerte con un DNI falso. Tomó ocho mil euros en billetes de cien y cerró.

No le gustó su imagen reflejada en los gestos del cajero al mirarla.

Cuando llegó a la vieja casa de sus padres, llena de humedades pero vacía de recuerdos en sus paredes desnudas, guardó la mitad del dinero en papel aluminio en el frigorífico, encendió el termo tras comprobar que quedaba algo de butano y se duchó durante un buen rato. Hasta el día siguiente no cerraría los detalles con Fidel, por lo que tenía el tiempo justo de respirar hondo y localizar en qué lugar del mundo se encontraba el Cafetera. Tenía teléfonos que la transportarían a él directamente, pero que implicarían ponerlo sobre aviso, por lo que prefería el azote directo de una calle que hacía tiempo abandonó a favor de sus compinches. A pesar de que el sueño la atacaba, la intranquilidad machacaba su capacidad para dormir, por lo que prefirió bajar al Cristian, tomar un café y afrontar de una vez el reto que tenía marcado a fuego desde demasiados años atrás.

Acudió a la parada de autobús del centro de salud para tomar el C6 hasta Valdezorras, tras vestirse cómoda, tomar la mochila y meter en ella la pistola, por lo que pudiese ocurrir. El trayecto, atravesando el aeropuerto viejo y el Parque Alcosa, era apoyar la cabeza en un cristal de tiempos lejanos en que la rebeldía por escapar de casa la obligaba a no pensar en que el futuro sano debía llegar necesariamente en otra línea de autobús distinta a esa.

Como un autómatas desprogramado para otra cosa que no fuese llegar a la casa de Antonio el Liebre, caminó con paso firme para evitar los tiempos muertos en que añorar los paseos inútiles de la playa de Zahara. Llamó con fuerza con los nudillos y se quitó las gafas de sol.

El viejo no tardó en abrir.

—¿Qué haces aquí? —preguntó descosido por la tensión.

—¿Quién es, padre? —Se oyó lejano a Antonio, tal vez desde el baño de esa casa grande y destartalada.

—¡La hija del Caratorta!

—¿Puedo pasar? —preguntó Lourdes cuando ya estaba sentándose.

—Aquí no eres bien recibida, Lourdes.

—Lo sé. Seré breve.

—¿Qué quieres de nosotros? —El viejo no se sentaba.

—Esperaremos a que tu hijo termine sus necesidades, no me gusta repetirme.

No tardó en sonar la cadena, abrirse la puerta y aparecer, imponente como siempre, Antonio en el salón.

—¿Y tu mujer? ¿Ya se ha cansado de ti?

—¿Qué quieres? —El semblante en él no dejaba margen a preliminares.

—Saber dónde está el monstruo.

—No te cansas, Lourdes. Deja de torturarnos más. Gabriel hace años que se desentendió de nosotros, ve a buscarlo allí donde tú sabes manejarte, ¡déjanos en paz!

—Esta vez ha llegado muy lejos, necesito verlo si no queréis que la cosa vaya a mayores.

—La cosa ya no puede ir más a mayores de lo que ha ido.

—Sé lo que habéis pasado, Antonio.

—No entres ahora por ahí, Lourdes. Lo que tengas que arreglar, ya sabes con quién hacerlo.

—Soy un bicho malo, sí. Joder, pero intento salir de todo esto. He hecho mucho dinero sucio, pero también os ayudé cuando me lo pedisteis.

—Ya quisiéramos devolvértelo cuanto antes.

—¿Está en Sevilla?

El anciano se levantó para interponerse a medio camino de los viejos amigos de antaño.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Prefiero no daros detalles desagradables y aclarar las cosas directamente con él.

—A veces pienso que lo mejor es que haga una barbaridad, que lo encierren de por vida. ¡Maldito demonio!

—Hicisteis lo que estuvo en vuestra mano, y lo sabéis.

—Yo —seguía el viejo— en cierta forma estaba tranquilo cuando tú te cruzaste en su vida. Erais unos delincuentes de poca monta y, al menos, tú ponías orden.

—En toda sociedad tiene que haber gente sin escrúpulos para hacer el trabajo sucio, Antonio, para que un burguesito de mierda se tome su rayita de

coca en los baños de los restaurantes, para que un viejo verde forrado de pasta tenga un teléfono donde llamar para que le traigan a una jovencita tailandesa para que se la chupe... Habríamos sido nosotros o cualquier otro, es así de jodido.

—No nos convences —terció su hijo. Le dio un papel con varias direcciones anotadas—. Te diría que te cuidases, pero no tengo sentimientos por dos fieras heridas, Lourdes. Ojalá os matéis uno al otro y nos dejéis en paz.

—¿Tanto odio me tienes? —Arrugó el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Odio a la gente que no tiene palabra.

—¿Palabra? ¿Cuál es la palabra que no tengo yo, Antonio? Me gustaría que me explicases.

—«No dejaré que vuelva a caer»... ¿Te suena de algo?

Luchando por no gritar con rabia las circunstancias en que ese abrazo se produjo, trató de razonar.

—¿Crees que el que volviera a caer o no dependía de mí?

—Lo prometiste.

—¿Y qué has prometido tú? ¿Qué has hecho para que el monstruo deje de serlo?

—Yo no lo metí en el trapicheo, ni en la droga, ni permití que fuese un maleante... Aquí nos dedicamos a recoger a un chaval tirado en una granja abandonada y tener toda la compasión que pudimos.

—Para reemplazar vuestra esterilidad, ¡querido Antonio!

—¡Al menos nos movían buenos principios! —gritó, enrabiado, el Liebre.

Su padre trataba de apaciguar los ánimos e invitó a Lourdes con un gesto para que se marchase.

—No como a ti, que vas buscando mala calaña para tus negocios como un reptil.

—¡Qué fácil es creerse las propias mentiras! El querido Gabriel, pobre víctima recogida de las alcantarillas... —Se frenó antes de lanzarse a cantar al aire una nueva promesa rota—. Vuestro Gabriel no se llama Gabriel, ni a mí me dio por hacer turismo por este puto barrio de mierda.

Liebre padre e hijo quedaron paralizados.

—Ese puto niño nos buscó. Ese puto rubiales de sonrisa encantadora fue buscando al cabrón que lo dejó tirado como a un chucho y lo encontró en mi casa.

—¿De qué hablas...? —dijo, sin fuerza, el viejo.

—Pena que apareciera cuando mi padre estaba en el turno de noche de la fábrica, pena que yo estuviera ese día viendo la tele y mi madre en la cama. Ese cabronazo rebuscó entre vuestros papeles hasta dar con esa información que conocéis desde hace un porrón de años... ¡No vengáis a darme clases de ética!

—No sé de qué me hablas.

—Pedro De los Ojos... ¿Te dice algo?

Antonio hijo quedó callado. Lourdes se le aproximó, enfrentando su cara.

—Pedro De-los-O-jos. —Se los señalaba a sí misma con los dedos de la mano derecha en uve—. El Caratorta tenía un apellido muy castellano, ¿verdad, abuelo? —Se giró hacia este, que claudicaba con su silencio—. Pedro De los Ojos, abuelo, que poquito tiene que ver con Gabri el Liebre... Sí, un fracaso más de mi padre, putero y criminal, que daba vueltas por el mundo como un apestado. Ni pensar quiero en todo lo que pasó ese crío hasta llegar a verse en esa maldita cuadra abandonada.

Con Antonio hijo escondiendo su cabeza entre los brazos, su padre trató de mediar:

—¿Qué te habría costado decírnoslo?

Lourdes, desbaratada por su confesión, se apoyó contra la pared. Se sentía sucia, fea, derrotada.

—Yo perdí a un hermano pequeño que era la única alegría de mi casa...

Después de comprobar que la cuartilla con las posibles direcciones donde encontrar al Cafetera andaba a buen recaudo en sus bolsillos, la Rota se incorporó, ojeó el papel, asintió con la cabeza y se despidió:

—Desapareceremos más pronto que tarde, no os preocupéis.

El viejo la miró pensando que esa escena ya la había vivido mucho antes.

129. DESNORTADO

A las seis de la mañana Lourdes ya había salido andando camino de su casa del Prado para hacerse con su moto y poder así moverse con soltura durante las tremendas horas que le quedaban por vivir. Había rodeado el tanatorio, único lugar con vida a esas horas, recordando los billetes de avión metidos en un ataúd que ella veía de lejos desde los últimos asientos de la capilla, cuando el corazón le hacía odiar a un Roberto Relinque inmensamente grande que recibía condolencias junto a una diminuta Paca destrozada. Era esa una escena surrealista en la que tuvo que esconder la cabeza al ver a Elisa allí asomada, ajena al cortejo, para despedir también a un Tolo del que Lourdes pensaba que ya no se acordaba.

Llegó cansada a casa, con la idea de no parar allí nada más que para tomar las llaves de su moto y dirigirse a San Diego. Fue abrir la puerta y encontrar un gran sobre acolchado con algo de pelusa en el suelo. Inquieta, lo abrió para comprobar, con un fuerte olor a cola de pegar, que alguien componía un mensaje naíf, con recortes de letras de papel cuché, de amenaza directa:

Vengaremos

a

Bartolomé

Se rio de la escasa perspicacia que suponía copiar con exactitud sus envíos a Alfredo. Recordó al viejo compañero de su padre en la Renault y entendió, con cierta ternura, el intento de chantaje de un grupo de ancianos que defendía el territorio del amigo catedrático.

El frescor de la mañana, al recorrer la ciudad en moto hacia el norte, la

hizo sentirse viva. Cuando llegó al barrio aún era temprano incluso para desayunar. Entró en Las Cumbres tras comprobar, desde el exterior, la presencia de Fidel. Este la vio y rodeó la barra a su encuentro con expresión tensa.

—¿Qué quieres?

—Charlar contigo. —Con toda la suavidad, poca, de la que ella era capaz.

—Estoy currando, si quieres en otro momento.

—Son cuatro preguntas. Me siento aquí. —Indicó una mesa, mientras se quitaba la chaqueta para hacerle ver que no tenía intención de marcharse—. Y a cada café que me traigas me contestas a una. Vengo helada en la moto.

—No servimos desayunos en las mesas.

—Vengo a ayudarte, Fidel. —Con el rostro tenso, él mantenía el tipo—. He visto una luz y quiero ponerme a tu servicio.

—¿Qué te pongo? —Las opciones de rechazo se le hacían complejas a Fidel.

—Tráeme un papel, un boli y un expreso, bien cargado. ¡Ah! —Fidel se frenó—. ¿Cómo se llamaba la empresa para la que Roberto Relinque trabajaba?

—Bankitel. —Lourdes sonrió, en espera del café y los papeles.

En cinco viajes entre la barra y su mesa, Lourdes pudo completar varios círculos en los que aparecían Honrubia, Mercedes, Bankitel y un teléfono por un lado, anotaciones sobre un juzgado de Barcelona, una tal Emilia de quien Fidel no quería dar más datos, por otro, así como las palabras «autopsia, cloroformo, amenazas, navaja, puerta, Cafetera, facultad, Alfredo, fotos, Joaquín, sobres...».

—¿Consiguió ese amigo de tu tío acceder al correo electrónico?

—Sí.

—¿Podrías hacérmelo llegar? —Lourdes hacía dibujos en el papel, sin mirarlo más que de reojo.

—Puedes meterme en un lío.

—Te doy mi palabra. —Afirmó, con las acusaciones aún frescas de Antonio el Liebre despotricando contra su falta de lealtad.

Con la avalancha de desayunos ya finiquitada, Fidel la acompañó a la puerta.

—¿Cuáles son tus planes?

—Poner orden en todo lo que me has contado, antes de nada.

—¿Cómo pudieron juntarse los intereses de Honrubia y el Cafetera? —No tenía paciencia para esperar—. En el dinero están todas las respuestas, Fidel. Uno por salvar su fortuna y evitar la cárcel, el otro por hacerse con dinero fresco y terminar de consumir una venganza.

Lourdes se levantó para evitar preguntas que no quería responder a un Fidel bloqueado en sus reflexiones acerca de sus respuestas. Se dieron dos besos bajo un sol que apenas calentaba.

—¿Qué tal se llevaba Paca con tu amigo?

—¿La conoces? —la Rota asintió—. Era una relación algo distante, casi yo la veía más que Róber.

—¿Y eso?

—Las preocupaciones de Paca estaban con su niño chico, Lourdes. Roberto voló de casa muy joven, se enamoró perdidamente y, a veces lo pienso, su madre nunca perdonó ese abandono por otra mujer...

—Querría hacerte una pregunta... —Por primera vez serenó el gesto y lo miró de frente—. ¿Cómo se conocieron Róber y tu hermana?

Fidel, desubicado, hizo memoria.

—En Mallorca, creo que era un viaje fin de curso, de COU o algo así. Tenían la misma edad, entonces... Sí, no se llevaban más que días.

—¿Ella se llamaba...?

—Clara.

—Qué nombre más dulce... Clara... ¿Cuándo le diagnosticaron a Clara su enfermedad?

—A los veinticinco años...

—Ya llevaban tiempo juntos, entonces.

—Sí, incluso vivían ya independientes, en un ático de la calle San Luis. No podían ser más felices.

—¿De qué grado era su leucemia?

—No sé decirte... Me suena que tres.

Callada, Lourdes bajó la cabeza. Tomó su abrigo y guardó sus notas.

—Cuida de Paca, por favor. —Le dio dos besos, compungida y extraña—. Pronto tendrás noticias mías, Fidel.

Arrancó la moto, arrepentida de no confesarle que ni Tolo ni Paca le habían hablado jamás de la verdadera vida de Roberto Relinque, a pesar de que sabían que el mayor dolor de su propia existencia fue descubrir, cuando aún no sabía que existiese la línea que llevaba a Valdezorras, en los años de adolescencia en que pensaba que podría entrar en la fábrica de Renault como ingeniera, en ese período convulso en que despertaba a una sexualidad diferente y el labio no era un muro inabordable, la brutalidad de la vida al perder a su hermano pequeño. Su angelito futbolero de estampa frágil y dependiente de ella, tras años infructuosos de terapias, falsas victorias, ingresos hospitalarios y dolores, agarrado, con las uñas clavadas, a la espalda de una hermana que hacía de madre, de padre y de superhéroe combatiente de todos sus monstruos.

Desnortado, viéndola parar la moto, mirarla fijamente y seguir, Fidel rodeó el local para buscar el calor del cigarrito de Carlota en la trasera de la cocina.

130. CAFÉ SONORO

Cuando terminó de cobrar el último almuerzo, reorganizó las mesas con premura para no perder un minuto en salir de allí cuando sonasen las cinco. No recordaba con certeza el número de piso de la casa familiar de Mariola, pero necesitaba verla sin mensajes ni llamadas que desvirtuaran un encuentro natural como los de su adolescencia. Con el casco puesto, sin bajarse de la moto, recorrió los bloques de Miraflores hasta dar con el suyo. Aparcó tratando de visualizar alguna pista que le permitiese comprobar cuál era la terraza donde se daban morreos las noches de invierno mientras sus padres se adormilaban viendo la tele. Se decidió a llamarla. Tras varios tonos, sonó su voz.

—¿Mariola? ¿Estás en casa de tus padres? ¡Asómate!

Su cabeza asomada de densos pelos negros rizados le provocó un golpetazo de felicidad que intuyó definitivo.

—¿Un café?!

Una sonrisa y los cinco dedos extendidos de su mano izquierda, tal vez indicando los minutos necesarios para arreglarse, fue su respuesta. Supo colocarse el casco de nuevo en el momento en que la madre de Mariola trataba de confirmar quién era el que conseguía sacar de casa a su hija a esas horas de la siesta. Apartado del campo visual materno, Fidel esperó, con la moto arrancada y el segundo casco colgado del brazo, a que Mariola apareciese. La imposibilidad del beso dio lugar a un puñado de pellizcos en sus riñones mientras enfilaban hacia la Alameda.

—¡Llévame a un sitio que no conozca! —gritó ella, evitando así revivir espacios comunes de su pasado que condicionaran lo que él tuviera que decirle.

Fidel sabía de un rincón escondido en el Café Sonoro donde nadie los molestaría en ese bloqueo propio de no saber cómo actuar con ella.

—¡Qué fresquito!

Sus pantalones cortos o la blusa floreada de gasa en Mariola hacían presagiar los días de verano. Pidieron, animados por Fidel, dos vodkas con tónica.

—Echo de menos mis tequilas. Un día de estos te invito a una ronda de todos los combinados de los que me hice experta.

—La Rota ha estado en el bar —afirmó Fidel cuando ya estaban instalados, las copas servidas y el frescor del café les había hecho olvidar el sol de media tarde.

—Era de prever.

—Sí, podía suponerlo; me preguntó dónde trabajaba al irnos de su casa, pero no esperaba verla tan pronto.

—¿Qué quería?

—Información. Sobre Honrubia, sobre el robo del ordenador de Roberto...

—¿En qué tono te lo pidió?

—En el mejor tono, calculo, que debe de saber utilizar ella. Brusco, directo, pero sano.

—¿Te ha explicado cuáles son sus intenciones?

—No exactamente. Algo la ha conmovido en toda esta historia, pero no sé qué ha sido. Tal vez fue ver la foto del Cafetera en tu móvil; hay algo oscuro entre ellos dos. Me sentiría mal si ella acabara haciendo el trabajo sucio, Mariola.

—Tú no sabrías nunca hacerlo, Fidel.

—¿Qué tal el vodka?

—Rico... —Mariola lo miró sin saber cómo ayudarlo a soltarse frente a ella.

—¿Qué te ha llevado a meterte en este lío? —Ella, tocando con los dedos el cristal empañado de la copa de balón, se encogió de hombros—. ¿Es una forma «a la mexicana» de intentar acercarte a mí? —insistió él.

—Quizá una forma «a la mexicana» de pedir perdón por mis pecados.

—¿Cuáles son esos pecados?

—No haber valorado lo que significabas para mí.

—Desde hace algún tiempo hay una mujer en mi vida, Mariola.

Ella sonrió, sin poder controlar el impacto.

—¿Elisa?

—¡No! —Fidel se sorprendió, sin saber identificar cuánto podría haber contado la rubia de él—. No... Elisa apareció como un vendaval en la vida de Róber y en la mía. Se acostó conmigo para llegar a él en una época en que tú aún no estabas aquí.

—Hace poco, no me cuentes historias...

—Hace poco, sí.

—Pero no es esa la tipa...

—No. Es una historia reciente, sí. Una chica de Burgos que conocí no hace mucho, que no tiene nada que ver con nadie que yo conozca ni me pide explicaciones por nada.

—¡Eso es un regalo!

—Lo es.

Sonaba M-Clan y hubo al menos un silencio de dos canciones de miradas intensas, risas nerviosas y apretones de manos.

—¡Qué complicado!, ¿verdad? —Mariola se acomodó en su silla—. ¿Cómo podemos hacer para no perdernos sin hacernos daño? —Fidel bajó la cabeza, consciente de no tener respuesta sensata a esa enorme pregunta.

131. NAVAJAZO

Resuelta a no volver a casa para rumiar su desconsuelo, Mariola paseó sin rumbo tras dar, sin el aderezo de sus besos, un abrazo sincero a Fidel.

Con el pérfido entretenimiento de Elisa finiquitado, se encaminó hacia la cuarta planta de El Corte Inglés para dar con Concha, consciente de haber descuidado una amistad proclive a renacer tras su reencuentro. Le indicaron que estaba de turno de mañana y confirmó que no había alivio a las confesiones de Fidel.

La vida se mostraba despiadada, tacaña para encubrir heridas ya cicatrizadas; ni con los trabajos forzados que suponía liderar el zafarrancho a la búsqueda de la verdad en el capítulo más dramático de la existencia del que fue, y tenía que dejar de ser, el centro de sus afanes. Era imposible eliminar, no solo ya su desaparición sin explicaciones, sino sus otros amores, reales, dichosos, complejos y perecederos, los años sin pensar en él, las ganas de organizar su mundo en torno a bases que tenían a Fidel a diez mil kilómetros de distancia más allá de lo geográfico.

Todo se pagaba, las decisiones se convertían en losa, en esa vuelta al mundo de lo predecible, al calorcito de su ciudad, de los paisajes vividos desde siempre; sin embargo, no era Fidel a quien odiar al pasearse por calles que habían dejado de ser las suyas. Todo lo que debía hacer era conducirse por el amor, no encontraba otra opción para volver a encontrar su lugar en el mundo. Amor no por Fidel, sino por todo lo bueno que había en ella y demostrar, con la trabajosa paciencia de quien por fin toma un camino firme, que sí era posible una amistad, en forma de lo que fuese, honesta, con quien un día quedó atrás, sin otra opción que beberse sus propias lágrimas.

El teléfono sonó con el nombre de Fidel en pantalla, y todos los argumentos

se convirtieron en arenilla.

—¿Fidel?

Con un grito ininteligible pareció pedirle que corriera hacia su casa. Estando en La Gavidia, no le resultó complicado emprender una carrera furibunda hacia la Alameda. Aporreó la puerta, que cedió, para toparse con un Fidel aterrado, por los suelos, con la cabeza deformada a golpes, la mirada sobrecogida y las manos tapando un reguero de sangre que le salía de la boca.

—¿¿¿Qué te han hecho???

Sin fuerza para oponerse, Fidel se dejó llevar por Mariola hasta el sofá, donde ella lo tendió tras colocarle todos los cojines posibles alrededor de la cabeza. Le habían rajado el espacio entre el nacimiento de la nariz y la parte superior de los labios.

—Amor mío... —Rajado como la Rota—. ¡Hija de puta!

Él negó con la cabeza.

—¿No ha sido ella? —Negó, aún tomado por el pánico—. ¿El Cafetera?

Ahí sí vino la afirmación. Mariola corrió a su habitación, tomó la primera sábana que encontró, la rasgó a tiras de vuelta hacia el salón y se la colocó bajo la nariz como supo, anudando para que dejase de sangrar.

—¿Te llevo a Urgencias? ¿Llamo a una ambulancia? ¿Qué hago, cariño? — Él no le respondió sino apretujándola contra él.

La noche llegó entre cubitos de hielo encerrados en trapos para aliviarle las hinchazones. Ni corta ni perezosa, le desanudó los trozos de sábana para dejar a la vista las heridas, le cogió el teléfono y le hizo una foto bien cruenta del daño cometido, que no dudó en enviarle a la Rota, hija perfecta de la tormenta, inmune a navajazos, indolente especialista en amenazas.

Sonó varias veces el móvil, tanto el suyo como el de Fidel, con llamadas procedentes de Alfredo, que evitó responder por no saber qué contarle, inquieta, en espera de la ansiada respuesta que pudiera enviarle la Rota.

Consiguió meter en un taxi a un Fidel, ya más calmado, y así llevarlo al Macarena. No supo si se creyeron lo del accidente de moto, pero lo atendieron con rapidez y eficiencia sin interrogarlos en exceso. Ante las insistencias en las llamadas de Alfredo, Mariola se decidió a comunicarse con él a través de

un mensaje aséptico:

Estoy fuera

Te llamo pronto

132. MACARENA

Sin imaginar cuánto había de cierto en la respuesta de Mariola, Alfredo le respondió manifestándole sus ganas de verla. No estaban siendo fáciles esos días en que la ambigüedad en el comportamiento de Fede lo estaba confundiendo tanto que habría preferido no dar el paso de acercarse a él. Su recuerdo, la confirmación de su presencia en Sevilla o la rápida reacción de su hermana Magda lo llevaron a pensar que todo era posible, que la estabilidad se encontraba a la vuelta de la esquina, pero pasaban los días y ese encuentro que parecía inmediato se veía pospuesto una y otra vez sin obtener más explicaciones que vagas disculpas.

En cualquier caso, Alfredo asumía que toda reacción era respetable cuando se decidía a dar pasos trascendentales de forma unilateral.

Balanceándose de un extremo al otro de sus obsesiones, Alfredo, empujado por Joaquín, no hacía más que darle vueltas al correo electrónico de Honrubia, a la convocatoria del juicio al que nunca pudo ir su sobrino y toda esa información compasivamente retenida por Fidel para evitarle sobresaltos; pero, con Fede estancado en sus indecisiones, Alfredo se envalentonaba para pedir más, ofrecerse a declarar lo necesario ante un juez o denunciar a quien fuese oportuno. Emilia, desde Santiago, le hablaba en clave por miedo a verse involucrada en un escándalo que retorcía todos sus principios como ejecutiva de una empresa manchada en sangre. Quería Alfredo, en fin, hacerle ver a Fidel que su desaparición no fue sino agotamiento, terror y amargura. Insistió en llamarlo. Respondió una mujer mayor.

—¿Paca?

Esta le aclaró que no era Paca, pero que el móvil sonaba escandaloso en el hospital.

—¿Quién es? —preguntó Mariola tras tomarle, con gestos bruscos, el móvil de Fidel a la celadora—. ¡Alfredo! Verás, no quería responderte para no preocuparte. Nada... Un accidente sin importancia con la moto... En el Macarena... Pero ya mismo seguro que le dan el alta.

No hubo forma de retenerlo al teléfono.

—¿Quién era? —preguntó Fidel, con la dificultad de los vendajes y los calmantes.

—Alfredo —contestó ella, encogida de hombros.

Fidel sonrió su agradecimiento y le pidió que se escapara a comer algo.

—Aún me queda un rato para las radiografías.

—Ok. Me llevo tu móvil para que no te molesten. —Le dio un beso casi sin contacto en la frente—. Estoy aquí en un rato.

Ya en el bar del hospital, con una cerveza y un bocadillo de lomo, sonó, alborotado, el móvil de Fidel con una llamada de la Rota que Mariola, bloqueada por la excitación que la situación imponía, no se atrevió a responder.

133. PALMETE

Lourdes colgó de cuajo cuando vio salir a Gabriel del apartamento de Rochelambert. Apostada en una cafetería de la avenida de los Gavilanes, llevaba dos cervezas cuando corroboró desde su ventanal que ese era el nuevo refugio de su hermanastro. Le resultaba duro confirmar que Tolo hubiese hecho caso omiso, una vez más, de sus prevenciones contra él. No tenía dudas, en ese momento preciso, de que era allí donde Tolo había vivido sus últimos meses.

Pensó en agradecerle a Antonio el Liebre la información, pero no tenía tiempo que perder ni sabía si sería contraproducente enviarle ningún mensaje a quien no quería recibir otra noticia sobre ella más que la de su desaparición.

El Cafetera entró en la estación de metro de Amate y Lourdes lo persiguió a suficiente distancia como para no perderle la pista. Nerviosa, rebuscó monedas entre los bolsillos y tecleó en la máquina expendedora la estación más lejana posible, previendo cualquier destino en su hermanastro.

La total concentración de Gabriel en su pequeño móvil la volatilizó al otro extremo del vagón. Bajó en la estación de Cocheras. Atravesó callejuelas retorcidas de pisos bajos y paredes desconchadas hasta un bar donde el Cafetera entró con la naturalidad de quien no necesita ver los escalones ni las farolas del entorno para no tropezar con ellos. Con la imagen del labio destrozado de Fidel martilleándole la cabeza a un ritmo infernal, dudó si entrar antes de hacerlo.

No había nadie, salvo una mujer enorme de pelo rubio platino jugando con el mando a distancia del televisor al otro lado de la barra. El bar, de azulejos rotos y cuadros de santos, olor a fritanga y humedad insana, claustrofóbico, le produjo una enorme repulsión.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó a voz en grito la camarera, sin apartar la

vista de la pantalla situada al fondo del local.

—¿Dónde se ha metido Gabri? —La rubia se delató mirando a su izquierda, hacia una puerta encajada, sin letreros.

Ayudada por el efecto de las cervezas de un rato antes y la furia retenida desde que había recibido el mensaje de Fidel, Lourdes abrió la puerta sin atender a las preguntas desgastadas que la camarera le lanzaba desde el interior del local. Tropezó con una escalera de caracol en un espacio a oscuras. Subió, sin dar oportunidad a la duda, consciente de que la rabia superaba a un miedo que no era tal cuando de enfrentarse a su hermano se trataba. Manoseó en el interior de la mochila hasta dar con su pistola, que se introdujo entre la espalda y el pantalón.

Desde la planta alta se oyó un grito que preguntaba quién andaba por ahí.

—¡Soy yo! —gritó Lourdes, tras reconocer de forma diáfana la voz del Cafetera. Lo vio asomarse por una puerta nada más subir los dos pisos de escalera estrecha.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, nervioso.

—Vengo a comprarte merca... hermanito. Que me he quedado sin material.

Asomado de medio cuerpo al pasillo destartado de lo que parecía un prostíbulo, Gabriel se quedó bloqueado viendo a su hermana acercarse a él, apartarlo con un manotazo fuerte en el pecho y entrar en la habitación.

—¿Tan mal va la cosa que tienes que preparar tú mismo los paquetillos?

—¿Qué quieres, carajo?

—Quiero que saques tu puta navaja suiza y te rajes ahora mismo el labio. —Sacó su pistola de detrás sin darle opción a reaccionar, y le señaló la boca con el cañón—. Así, como el mío, así tiene que quedarte, para que la gente termine de saber que somos hermanos.

—¡Estás loca!

—¡¡¡Que saques la puta navaja!!!

El Cafetera levantó los brazos como reacción de desesperación. Como respuesta, la Rota tomó un cojín del único sofá de la habitación, lo colocó alrededor de la pistola y disparó, sin pensárselo, entre los pies de su hermano.

—¡La navaja!

—¿Cuándo vas a dejarme en paz?

Apuntó, ya sí, a la rodilla, haciendo caso omiso a los lamentos.

—La navaja o te dejo sin rodillas.

Gabriel levantó la pierna derecha para sacarse la navaja de dentro de los calcetines.

—Así me gusta. Obediente. Quiero disfrutar de este momento tan especial.

—Lourdes ocultaba su estremecimiento con las uñas clavadas en el cojín—. Venga, acércala a esa cara perfecta de hijo de puta, vamos a reventar lo único bonito que hay en ti.

—Y tú decías que eras mi única verdadera familia...

—Me conozco de memoria tus lágrimas de cocodrilo, cabronazo.

—Tú me metiste en esto, Lourdes. —Desviaba la mirada, como si esperase a alguien, mientras se rozaba la mejilla con el filo del metal—. Tú deberías sacarme...

—¿Cuánto te pagaron por lanzar al hermano de Tolo por el balcón?

—No sé de qué me hablas.

La Rota agarró de nuevo el cojín y apuntó esta vez al estómago de Gabriel.

—¡Yo no he matado a nadie!

—Tú o alguno de tus ceporros, ¡qué más da...! —Lourdes temió que la rabia la perturbase en su objetivo último de venganza—. No has tenido los huevos en tu puta vida de enfrentarte como un hombre a mí. Le reventaste la cabeza a Tolo cuando en realidad querías reventármela a mí. —Gabriel, con las mandíbulas apretadas, no respondía—. ¡Cierra la puerta!

La cerró de una patada sin mover la navaja de su rostro, tenso y revolucionado de ojos inyectados en sangre.

—¡Eres mi condena en vida! Creí que cuando enterraron a mi padre el demonio se había ido, pero bien se encargó de dejarte aquí para retorcerlo todo aún más.

—No eres ningún ángel, Lourdes. Mírate a ti misma.

—No me llames Lourdes... —Le apuntó directamente a la cara—. Rájate ese labio.

—No voy a hacerlo.

Lourdes apuntó hacia abajo y efectuó dos disparos, que silenció con el cojín, contra sus dos rodillas. El aullido de terror del Cafetera se debió de oír en todo Palmete. Reventado, retorciéndose de dolor en el suelo como un animal malherido, vio que su hermana le arrebató la navaja para hacerle la

señal del escarnio que la alejaría para siempre de Sevilla. Sus movimientos defensivos no hicieron sino agrandar el destrozo. Se oyeron gritos en la casa que no impidieron a la Rota sacar su móvil y hacerle una foto al asesino. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros de su hermano sin mirar la sangría y sacó sus llaves, su cartera y su teléfono.

Con la pistola en la mano, bajó la escalera, apartando a los dos chavales que salieron a su encuentro. La camarera se escondió tras la barra al verla salir y, una vez en la calle Guitarra, comenzó a correr lejos de allí.

134. CLANES

El móvil de Fidel se revolvió en el regazo de Mariola mientras ella observaba a Alfredo, compungido, acariciar el brazo de un Fidel dormido. De reojo pudo confirmar que ese mensaje procedía de la Rota e intuía, sin abrirlo, la carga explosiva que contendría.

—¿Puedo invitarte a cenar algo, niña? —preguntó Alfredo, mientras dejaba reposar la mano de Fidel sobre su estómago.

Mariola asintió, guardó el móvil de Fidel en su bolso y dejó pasar a un Alfredo cabizbajo hacia fuera de la habitación.

—Ha sido la Rota, ¿verdad?

—No, Alfredo. —A Mariola el rostro desencajado del viejo le imponía—. Ha sido más bien contra la Rota.

—No te entiendo.

—Suenan a venganza, a lucha de clanes, de narcos. He vivido cosas similares en México. A esta gente sin principios les encanta recrearse en el dolor del enemigo con brutalidades como estas, muy simbólicas.

Con luces a medio gas, el restaurante del hospital se vació en pocos minutos hasta que quedaron apenas dos mesas y el mismo olor aséptico que en todo el recinto.

—Quedará marcado de por vida —lamentó Alfredo.

—Dentro de lo malo, es lo mejor que ha podido ocurrirle. Podrían haberle clavado esa navaja en el corazón, no había intención de matar.

—No deberíamos haberlo dejado solo —razonó irreflexivamente Alfredo.

—No hay de qué preocuparse. El daño que se quería hacer ya se ha hecho. —Alfredo asintió sin mirarla, con un plato de ensaladilla por delante, enorme, sin empezar—. Los médicos dicen que quedará una cicatriz, poco más. Como

Joaquín Phoenix, el actor este de... *Gladiator*.

Con la tapa de espinacas a medio comer, Mariola escapó del silencio de esa cena para ir al baño. Le quemaba en las manos el mensaje de la Rota y quiso evitar nuevas incertidumbres en Alfredo ante su posible reacción.

Se encerró con pestillo, sentada sobre la taza del retrete.

Esperaba un texto a la altura del desasosiego que provocaba la imagen enviada de la cara amoratada de Fidel, pero no imaginaba otra foto como respuesta, aún más cruenta y descarnada, con la sangre fresca y el dolor reciente en los ojos deshumanizados del Cafetera.

Al horror siguió el pánico, tras plantear la posibilidad de una venganza que subiera otro escalón de crueldad hasta acabar todos muertos. Espanto. Deseaba que esos rastros de vida en la expresión de ese hombre no fueran sino los instantes previos a su muerte, para que así se cerrase el círculo de barbarie y Fidel no tuviese que sondear de por vida, al cruzar cada esquina, el rastro de esa fiera sin escrúpulos.

Algo había que responder y había que hacerlo con sus manos desde el corazón helado de un Fidel impresionado por la respuesta contundente de la Rota, inesperada, rotunda. ¿Por qué esa tremenda reacción ante el ataque a un tipo recién aparecido en su vida?

Tecleó un «gracias» que borró, un «esto tiene que acabar», un «no entiendo nada», dos «olvídame», un «la vida es una mierda» y varias expresiones de horror, pero todo lo borraba tratando de ser Fidel, interpretándolo a él en ese baño estrecho que se apagaba con su cuerpo inmóvil:

No te pedí venganza

Lourdes se sobresaltó con el sonido de su móvil, mientras terminaba de abrir los cajones del apartamento de Gabri en Amate. En su mochila metió todo papel que pudiera suponer una pista y un par de cuadernos, así como el portátil y el cargador, expectante ante un posible aporreo de puerta o unas sirenas de la policía que no llegaban.

Esa noche no podía acudir a San Jerónimo ni a su casa, ni siquiera debía dormir en Sevilla. Montó en un taxi para volver a casa de sus padres, vaciar el congelador de billetes y cambiarse de muda.

Tras una ducha rápida en que las rodillas de Gabriel se aparecían por todas partes, bajó rauda tras asegurarse por la mirilla de que no hubiese nadie en el rellano. Tiró para Santa Justa.

Alquiló un coche diésel por un par de días y, tras meditarlo con una calma que no tenía, rompió una vez más su promesa de no volver a llamar jamás a Elisa.

135. TOCADOR

La casa estaba vaciándose de familiares cuando comenzó a saltar su teléfono en la mesilla de noche.

—¿Lourdes? —El silencio al otro lado desconcertó a Elisa—. Lourdes, ¿estás bien? —Creyó oír unas lágrimas, inimaginables en ella—. No pensé que volvieses a interesarte por mí, ¿sabes? —Elisa veía una luz en ese día negro en que su padre acababa de convertirse en un tarro de cenizas—. Agradezco que me llames en un momento así. —Al otro lado se sentía la respiración de esa mujer rocosa imprescindible en sus últimos veinte años—. No me despedí de él ni he querido darle un último beso a su cuerpo... Prefiero comenzar a olvidarlo a partir de ahora. No ha sido un buen hombre. —Oyó un «lo siento» imperceptible en Lourdes y suplicó por tenerla a su lado—. Está la casa llena de familia a la que no quiero ver. Daría cualquier cosa por largarme de aquí.

Lourdes le propuso, con las llaves ya en la mano, alquilar un coche y escapar a cualquier lado, por mucho tiempo, bien lejos. Elisa dijo que «cuándo», Lourdes le respondió que «ya».

Colgó con la ilusión de haber encontrado un atajo para evitar la entrada en un túnel que se presentaba demasiado negro y de longitud impredecible. Si Lourdes huía, al menos había cierta garantía de dejar atrás la vida de siempre, aunque supusiera construir otro escenario idéntico en una ciudad por descubrir.

Se hizo con dos bolsones grandes en los que comenzó a colocar los cuatro trapos que consiguió traerse de Tomás de Ybarra, su neceser con objetos fetiches y un par de novelas de John Irving robadas de la biblioteca paterna.

Tras una pausa callada, sentada sobre la cama con las piernas cruzadas, creyó entender que por fin la casa se quedaba a solas. Se asomó al pasillo y

vio luz en la habitación de su madre. Llamó con los nudillos y entró.

—Mamá... —Rosa se miraba al espejo, sentada en su tocador—. ¿Ya se han ido todos?

—Sí, Elisa. Estoy agotada.

—Échate un rato.

—No. Tengo que aguantar despierta para poder dormir por la noche sin atiborrarme de pastillas.

—¿Hasta cuándo se quedará aquí Martín?

—Me dijo que una semana. No le han puesto muchos problemas en su trabajo.

—Podría llevarte una temporada con él a Londres.

Rosa la miró con un cierto desdén, repleto de pereza por argumentar.

—Me alegró veros de nuevo a tu hermana y a ti juntas, ¿sabes? Deberías recuperar el contacto con Nuria, Quico y los niños... Te hará mucho bien.

Se acercó por detrás a su madre, a la que tomó sus pelos largos, con los que empezó a jugar mientras ella le rehuía la mirada y se dejaba tocar.

—Voy a largarme unos días, mamá. Voy a intentar buscarme la vida por otro lado y dejaros así tranquilos.

—Vete a donde quieras.

—Si te digo que estoy perdida, mamá...

Rosa apartó las manos de su hija de su melena bien cuidada y comenzó a hablarle a su reflejo en el espejo.

—Yo siempre tuve esperanzas en ti, Elisa. Siempre te defendí ante tu padre, porque creía que ibas a comerte el mundo. —Hizo una pausa en la que solo se oía el roce de su anillo de casada moviéndose por la mesa de su tocador—. Hubo un tiempo, cuando tú eras aún una adolescente, en que tuve celos de ti. Tu piel tan suave, tu metro ochenta, tus carcajadas... Creo que lo peor que pudo pasarte es que tu padre se enamorase de ti, que se le cayese la baba viéndote, que quisiera esculpirte como una princesa. Y ya lo hemos incinerado, y ahí estás tú. Perdida...

—No soporto escuchar lo que me cuentas, mamá.

—Vete a donde quieras, Elisa. Yo bastante tengo con seguir viva.

—Deséame suerte...

Elisa se abrazó por detrás a su madre, que se dejó agarrar sin mover un

gesto, mientras veía en el espejo que su hija primogénita se despedía de ella besando sus lágrimas y oliendo su carne de vieja viuda por estrenar.

136. TRENA

Lourdes quiso comer en una venta de carretera.

—Tengo ansiedad por salir de esta puta ciudad.

Sentada en el asiento de copiloto, Elisa estuvo asomada a la ventana sin hablar hasta llegar a Antequera.

—¿Paramos a tomar algo?

Con la incertidumbre de qué habría sido de su hermano, Lourdes redujo con brusquedad en la primera salida que encontró. Con Elisa paseándose sin prisas los metros hasta la venta situada en medio de ninguna parte, ella consultó su móvil y el del Cafetera, por encontrar alguna pista que pudiera indicarle cómo iban las cosas. Aparecían tres llamadas perdidas en el teléfono de su hermanastro, de una tal Vero que no supo identificar en sus recuerdos de la época en que Gabriel trabajaba para ella. Pensó en Antonio el Liebre o en llamar a los hospitales de Sevilla desde un teléfono público que no permitiese seguirle la pista, pero decidió que era mejor concentrar sus energías en los desasosiegos de Elisa.

—Mi madre me ha dicho cosas que no sé si me han gustado o no —confesó Elisa delante de la cerveza—. Solo me apetece emborracharme, meterme una rayita y pasar del cabronazo de mi padre.

—¿Ha sido una muerte dolorosa?

—No se ha enterado de nada. Estaba hasta arriba de morfina.

Elisa daba bocados enormes a su sándwich de pollo.

—Quizá llegue un día en que lo eches de menos —reflexionó la Rota en voz alta.

—No digas tonterías, Lourdes. ¿Cuándo me has oído hablar bien de mi padre?

—Bien o mal, llevo siglos oyéndote hablar de ese cabrón. Lo tienes más presente de lo que crees y llegará un momento en que lo echés en falta.

—Teorías baratas de psicoterapia.

—Teorías basadas en la experiencia.

—No me vengas con esas tú, Lourdes, que sigues despotricando del impresentable de tu padre, que murió hace la tira.

—No te digo que no, Elisa.

—¿Y entonces? ¿Qué echas de menos de él?

—No sé. Quizá el tiempo en que lo quería.

—Aún te queda un rastro de él —insinuó Elisa, con la maldad que no sabía reprimir.

—Cualquiera sabe si realmente queda rastro.

—Me refiero al Cafetera ese de los...

—¡Sé perfectamente a lo que te refieres!

Se levantó de la silla y se fue a pagar a la barra, con medio plato de carrillada aún sin terminar.

El recorrido en coche hasta Granada fue una confesión de Lourdes, carente de emoción al fijar su mirada en la carretera, de las últimas horas desde que recibió la foto del labio cortado de Fidel. Supo, por el rabillo del ojo, lo mucho que impresionaba a Elisa todo lo sucedido.

—Desde que mataron a Tolo intenté quitarme de en medio, Elisa. Parecía que todo se rompía. Incluso tú te largaste de mi lado. Me volví loca. Sabía que el Cafetera estaba detrás de todo, pero no quería confirmarlo ni aceptarlo.

—Lo siento.

—No sientas nada. Tengo lo que me merezco, no me ando con contemplaciones. Al capullo de Gabri le dije que no volvería a contar con él nunca...

—¿Gabri?

—El Cafetera este de los cojones, el hijo de mi padre... Lo eché de mi casa a patadas. Y Tolo, que estaba allí, que había compartido piso durante años con él, no movió un dedo por defenderlo. Para más inri, había dejado embarazada a una antigua novia... No podía haber otra persona detrás del

asesinato de Tolo, pero no quise verlo. Demasiado dolor.

—¿Por qué nunca me hablaste de ese Gabri?

—Porque cuando te conocí a ti ya sabía yo que era un mierda. Pero vaya, que tú has estado en la misma mesa con él y os habéis dado hasta un morreo, Elisa. Lo que ocurre es que en esa época tú eras un trapo, o medio trapo. ¡Si hasta te tiraste al Tolo durante una semana y no te acuerdas!

—Soy lo peor... —Elisa bajó el respaldo de su asiento con gesto avergonzado.

—Gabri apareció una noche de invierno en que yo veía la tele con mi madre ya dormida y mi padre en la fábrica. Hacía años que habíamos enterrado a mi hermano, y yo entendí esa escena como una aparición divina... Él era un crío y yo no quise ver que ya era un delincuente juvenil.

—¿Cómo te encontró?

—Él me dijo que rebuscando entre los papeles de la familia que lo recogió. Lo encontraron abandonado en una antigua granja de Valdezorras. Lo encontró el que luego se lo quedó. ¡Otro que creyó en los milagros! Un tipo campechano y bueno, casado con una mujer estéril. O estéril él. Yo que sé... El caso es que al niño le fueron sacando información con cuentagotas, no tenía ni cuatro años, y acabaron descubriendo el barrio de Huelva donde vivía, y llegaron a dar con el nombre de la madre, que renunció a quedárselo, y de ahí con mi padre, el hijo de puta que lo dejó tirado en medio de ninguna parte.

Le habló entonces de la bronca con su padre, de la asunción de su responsabilidad como hermana, de su entrada en el mercadeo de la droga, de su primer amor. Rodearon una Granada de cielo estrellado camino de Almería con Lourdes pilotando el coche y la conversación, entre lamentos de oportunidades perdidas y de rencores acumulados, acaparada por la Rota.

—Él fue quien me llevó a la trena tres años con un puto chivatazo.

Elisa sí sabía de sus años en la cárcel, era su continuo argumento para justificar sus gritos, las aprensiones y su mal humor, así como el desmantelamiento de sus distintos apartamentos para huir a Zahara cada vez que alguna operación se complicaba.

—¿Crees que estará muerto?

—Ojalá... Pero no creo. Debí de haberle disparado al estómago o al corazón. Al menos no volverá a andar firme en su vida.

Estaba bien avanzada la noche cuando decidieron parar, a pocos kilómetros de Puerto Lumbreras.

—¿Qué te parece este motel?

—Espantoso —admitió Elisa.

Lourdes aprovechó que ella iba al baño para contestar al mensaje enviado por Mariola haciéndose pasar por Fidel:

La venganza era cosa mía

Tendría que haberlo hecho antes

137. COMISARÍA

Mariola recibió el mensaje para Fidel ya en casa. Huyó del hospital en cuanto sus padres aparecieron, y retuvo su teléfono consigo para evitar la posibilidad de escenas aún más escabrosas en la cabeza de su amor.

Encerrada en su habitación, jugaba con infinitas posibilidades, tantas que se bloqueaba entre enviar un mensaje a la desconocida Lucía para advertirle del ataque brutal a Fidel, llamar a Elisa para entender qué había ocurrido en las últimas horas o presentarse en los hospitales de Sevilla para buscar al cabrón del Cafetera, algo que se le antojaba sencillo enseñando la foto del móvil.

Aunque era muy tarde, decidió huir de casa en busca de Elisa. Tras varias llamadas, ya a punto de irse, abrió la puerta un hombre alto de poco más de cuarenta años.

—Perdona, estoy buscando a Elisa.

—Pues Elisa no está —aseveró Martín, con cierto toque sarcástico.

—¿Sabes cuándo vuelve?

—No creo que lo sepa ni ella, pero al parecer su intención es la de desaparecer...

—¿Tú eres el hermano que...?

—El que vive en Londres, sí. Martín.

—¿Y tú?

—Es policía, Martín —afirmó Rosa, asomándose a la puerta—. Va a tener que buscarla en otro lado. En cuanto se ha muerto su padre se ha largado.

Mariola, hecha una estatua, no supo sino decir «lo siento», hasta que vio la puerta cerrarse poco a poco en sus narices. Camino de su casa telefoneó a Elisa, un par de veces y hasta agotar la llamada. Tenía miedo, un miedo atroz.

Era como un juego macabro en que todo estaba cayéndose y, de pronto, temía por Fidel, por Alfredo y por ella misma. Existía incluso la posibilidad de que Elisa ya no fuese sino otro cadáver en el camino.

Tomó un taxi hacia Blas Infante y se presentó en comisaría. Presa de unos nervios que afloraban de pronto y sin control, no tardaron en atenderla.

—Vengo a denunciar una agresión brutal. A mi novio le han reventado la cara con una navaja.

Sabía que esa información sería inmediatamente relacionada con el Cafetera si este había acudido malherido a algún centro médico.

—¿Qué sabe usted del caso?

—Sé que eso ha ocurrido por no hacer caso a múltiples denuncias que hemos hecho durante meses.

—No la entiendo, señora. —Estaba segura de que el oficial era el de más alta graduación de esa comisaría central—. Ese hombre era un delincuente que pasó más de diez veces por la cárcel.

—¿Era?

—Sí. Claro. Tenía el cuerpo cosido a machetazos y las dos piernas destrozadas por dos disparos.

Mariola suspiró de alivio y el comisario no la entendió. Lourdes había rematado una faena digna de la mafia calabresa.

—Estoy hablándoles de otro asunto, me temo, mucho menos grave del que se traen entre manos. Disculpenme.

—Explíquenos.

Mariola, paciente y utilizando sus armas de mujer, comenzó a narrar el episodio de la muerte de Tolo desde sus orígenes, mientras notaba el móvil vibrar con una llamada insistente de Elisa.

138. ALIMANAS

Al no recibir respuesta de Mariola, Elisa se pensó durante un buen rato, sentada en un banco helado de hierro en el exterior del motel de carretera, con un cigarrillo en la boca, si era conveniente llamar a Fidel. Imaginaba su dolor y se sentía cómplice de la enorme herida, física y moral, infligida a ese hombre honesto.

No, Elisa no había empuñado ninguna navaja, pero si no se hubiera entrometido en la vida de esa familia, seguro que Fidel estaría ahora sirviendo cenas con su sonrisa abierta, los ojillos pequeños y su nariz torcida en el bar de barrio que ella nunca debió haber visitado.

Buscó con premura el nombre de Fidel antes de que apareciese Lourdes. Marcó. Daba señal. No había respuesta. No sabía qué texto componerle como mensaje.

Lourdes se sentó a su lado.

—¿No tienes frío?

—No. —Ocultó su móvil en el bolsillo de su chaqueta, demasiado fina para esas temperaturas.

—¿A quién llamabas?

—A Fidel.

—Ese hombre tiene que estar hospitalizado, Elisa. —Quizá en la misma planta que Gabriel, pensó—. ¿De dónde salió ese tipo? No hace falta ser muy larga para comprender que tuvisteis un rollo. Erais dos lobas luchando por él la otra noche en Zahara.

—Era el mejor amigo de Roberto, el hermano de Tolo. Ese al que lanzaron por el balcón.

—Ya... ¿te lo tiraste?

—Sí. Varias veces.

—¡Qué guarra eres! —exclamó Lourdes, intentando bromear—. Eres una puta viciosa. Ese chaval tiene que estar acojonado.

—Es un niño adorable... —Se agarró a la cintura de la Rota para huir del frío—. Fidel vivía en el otro lado de la frontera —proclamó, lentamente, a tiritones, gozando con dolor de cada palabra—, allí donde nosotras no volveremos jamás, Lourdes... allí donde hace sol, donde uno se enamora, donde se bebe alcohol por placer, donde uno tiene horarios y rutinas, donde hay fidelidad por los amigos e ilusión por estar vivo...

—¿Crees que nunca volverás a ese mundo?

—Ni tu ni yo, Lourdes.

La Rota le dio un beso en la frente y la animó a entrar. Elisa supo que esa noche se dejaría tocar con avaricia por los dedos y la lengua de la que, para qué negarlo, se había convertido en su mujer.

A Lourdes la despertó el claxon prolongado de un camionero y no supo identificar en los primeros diez segundos dónde estaba. Elisa dormía, desnuda, a su lado. La ausencia agresiva de decoración se ofrecía como un regalo que invitaba a no distraerse y así concentrar toda su energía en buscar una salida. Pensar en la imagen de Gabri retorciéndose en el suelo implicaba tanta emoción que el cuerpo se le movía sin criterio por apartar esa imagen que unía disfrute, horror, dolor y victoria. Tomó el móvil de su hermano tratando de no despertar a Elisa, que entrelazaba una pierna con las suyas en un contacto inconsciente de dependencia.

Volvían a aparecer mensajes de Vero y de otros tantos números desconocidos para ella. Jugó con el registro de llamadas de ese antiguo Nokia llevándolo atrás en el tiempo. Buscaba pistas de no sabía qué, hasta que dio con varias procedentes de prefijos de Barcelona, que le hacían aún más imperativo seguir viajando Mediterráneo arriba. Apartó el móvil en el colchón, a su lado, para recrearse en el amanecer lento junto al hermoso cuerpo delgado de Elisa.

Quedó adormecida junto a la rubia y así fue integrando un sueño paradisíaco de labios rotos hasta que una llamada al móvil de Elisa las

despertó. Tomó el teléfono de la mesilla y se lo pasó.

—¿Sí? —preguntó, aún dormida, Elisa. Era Mariola, aunque ella tardó en reconocer su timbre de voz—. ¡Hombre!, si es la guarra de Ma-ri-o-la... —le guiñó un ojo a Lourdes.

Tras darle el pésame por la muerte de su padre, que Elisa agradeció con un gruñido, Mariola le preguntó si estaba al tanto de la agresión a Fidel.

—Sí. Lourdes me lo contó —contestó. Se incorporó y le dio la espalda a la Rota, que se apoyó, tensa, en el frío cabecero metálico—. ¿Cómo está él? —Mariola le confirmó que triste, algo dolorido e impresionado por la foto de la Rota—. ¿Qué foto? —preguntó Elisa. La voz cadenciosa de Mariola le habló, sin poder imaginar que Elisa compartiera cama con Lourdes, de la cara rajada del Cafetera, de cómo ella fue a Comisaría a denunciarlo y de la respuesta policial acerca del ensañamiento con el que había sido acuchillado tras recibir dos tiros en las rodillas—. ¡¿Está muerto?!

La Rota saltó de la cama para acercársele, al oír la pregunta. Mariola gritó, emocionada, que al menos la pesadilla había acabado para siempre.

Elisa quiso repetir para aclarar con su pregunta a Lourdes lo que Mariola estaba narrándole.

—¿Me estás diciendo que al Cafetera ese de los cojones se lo han encontrado reventado a cuchilladas?

—Sí —le confirmó Mariola—. Tu querida Lourdes no tiene escrúpulos para llevarse por delante a quien se le meta entre ceja y ceja. ¡Ten mucho cuidado con ella!

Elisa colgó, noqueada, sin despedirse.

—¿Qué dice esa mosquita muerta?

—No me cuenta lo mismo que tú, Lourdes. —Elisa sentía frío—. El Gabri es un fiambre cosido a navajazos por todo el cuerpo. Parece que se te fue un poquillo la mano. —Lourdes se llevó el puño cerrado a la boca—. Lo encontraron anoche en un descampado junto a la carretera de Su Eminencia.

—Yo no lo maté, Elisa.

—No tienes por qué mentirme a estas alturas.

—¡No estoy mintiéndote, coño! Yo le disparé en las rodillas y le rajé la cara pensando en Fidel, pero ahí lo dejé, retorciéndose de dolor para que supiese que no tenía perdón...

—Alguien acabó tu trabajo, entonces.

—Se lanzarían como alimañas contra él, para quitarle al hijo de la gran puta unos cuantos gramos de coca. —Lourdes se tapó la cara, acongojada por mil pantallazos retorcidos en que la vida le pasaba disparada por todos lados —. Recoge tus cosas... ¡Vámonos de este antro!

139. FIERA

Mariola, aturdida por la reacción de Elisa, temió que fuera en busca de Fidel sin saber que la rubia iba camino de Barcelona en un coche alquilado por la Rota. Se dio una ducha larga y tiró para el hospital. A esas horas ya debía de haber terminado la operación de reconstrucción del labio y quería estar allí cuando Fidel se despertase.

Encontró en la habitación a una señora vestida de luto, pequeñita y entrada en carnes, a la que no acertó a reconocer.

—Soy Mariola —le dijo al darle dos besos.

—Paca, la madre de su amigo Roberto.

—Ah, no la había reconocido. ¿Se acuerda de mí? Fui novia de Fidel.

—La niña que se fue a México —afirmó Paca con media sonrisa.

—Esa misma. La niñata que lo abandonó —replicó en tono de broma—. Siento muchísimo todo lo que ha tenido que pasar estos últimos meses.

—Gracias —respondió Paca con un susurro—. Me he permitido decirle a la madre de Fidel que se fuese a descansar un rato. Llevaba toda la noche aquí... Este niño es una joya.

—Lo es. —Mariola la invitó a sentarse, mientras ella hacía lo propio sobre una esquina del colchón de Fidel.

—El mal trae al mal consigo, ¿verdad?

—Ya ha terminado la pesadilla, Paca. Parece que al que hizo esto ya le han dado su merecido.

—¿Era hombre o mujer?

—Un hombre, Paca. Un delincuente que ya había pasado varias veces por chirona, del que se sospecha que estuvo detrás de la muerte de tus dos hijos.

Con gesto inexpresivo, sin querer interrogar acerca de la fuente de

información o las certezas, Paca preguntó el nombre del asesino.

—Gabriel. Gabriel *nosequé*... La policía lo tenía fichado como *el Cafetera*.

—Ajá... —Con la boca seca, Paca tuvo que disimular el terror que le suponía saber quién era Gabriel—. ¿Y qué tenía ese Cafetera contra mi Róber?

—Eso va a averiguarlo la policía, Paca.

—¿Y qué tenía contra Fidel? ¿Por qué le rajó la cara como si quisiera hacerle un labio leporino? —Mariola entendió que le hablaba de la Rota.

—¿Usted conoció a Lourdes?

—Sí.

Con miedo a que Fidel, aparentemente dormido, pudiese escuchar algo, Mariola bajó el tono de voz.

—¿Y qué me dice de ella?

—Que es una mujer dura metida en el negocio de las drogas, pero que protegió dentro de lo que cabe a mi hijo Bartolomé.

—¿Lo protegió dándole un trabajo de camello?

Paca bajó la cabeza.

—Lo sacó del enganche a las drogas. Con ella mi hijo engordó diez kilos y dejó de pincharse, y de robarme dinero, y de aparecer como desquiciado un día sí y otro también en mi casa. Le dio un puesto de responsabilidad en su organización. Yo no quería saber más...

—Es duro tener que mirar para otro lado...

—Cuando ves a un hijo medio morir en tus brazos se mira para cualquier lado, Mariola.

—Fue la Rota quien mató al Cafetera. —Tal como lo decía, Mariola se arrepentía de hacerlo, por el miedo de convertirla en heroína cara a esa madre desgarrada—. No sé hasta qué punto tú sabías que era su hermanastro.

Paca hizo un gesto de no saberlo cerrando los ojos.

—Ya podía haberlo matado antes —concluyó Paca, tomando las manos frías de Fidel entre las suyas.

Cuando Fidel despertó, Mariola estaba comprando algo de prensa y Paca,

adormilada, entretejía pesadillas.

—¿Paca? —La mujer se incorporó con un movimiento brusco.

—Fidel, hijo, ¿cómo estás?

—Incómodo —pudo apenas decir con la boca vendada y el cuerpo aún sedado—. ¿Estás sola?

—No, tranquilo. Tus padres se han ido a descansar y Mariola ha debido de bajar a comprar algo. —Le apretó el puño, nerviosa—. No hables mucho, Fidel, que pueden reñirnos.

—¿Y Alfredo? —le preguntó, para provocar su reacción.

—No sé, Fidel, no lo he visto. —Su silencio y la mirada fija se clavaban en ella como reproche—. Tengo que ir a verlo, sí. No sé qué sabes, Fidel, pero nos reconciliaremos. Yo he estado muy nerviosa todo este tiempo y quizá lo he pagado con él. —Él no respondía—. ¿Crees que vendrá? —Fidel asintió—. Yo a Alfredo lo adoro, ¿sabes? Es un hombre de los de verdad, que siempre ha cuidado de nosotros, que me ha tratado como una princesa desde que yo comencé a salir con mi marido. Casi te diría que es el hombre a quien más he querido, porque siempre lo ha hecho todo por mí sin pedir nada a cambio. ¿Está dolido conmigo? —Fidel afirmó con un movimiento leve de cabeza—. No puedo perderlo.

Mariola entró en ese momento, tras esperar unos segundos a que Paca terminara sus lamentos.

—¿Cómo está mi niño? —Fidel sonrió con la mirada y ella le dio un beso eterno, de los de entonces, limpios y sin heridas—. Vas a ser muy feliz, ¿lo sabes? —Se observaron embelesados—. Tengo cosas que contarte.

Paca se levantó con trabajo de su asiento al entender que era momento de escapar de esa atmósfera emotiva de la que no formaba parte. Mariola se frenó, y los tiempos se hicieron lentos marcados por los movimientos torpes de la madre de los hombres muertos.

Dio enormes rodeos Mariola, quería asegurarse de que la mejoría en el ánimo de Fidel era real y que los sedantes comenzaban a perder su efecto:

—El Cafetera ha aparecido asesinado en un descampado.

El terror se reflejó en los ojos de Fidel, que no entendió la noticia como liberación, bien al contrario. Mariola, consciente de su desazón, decidió novelarle los últimos acontecimientos.

—Ha sido la Rota, Fidel. Ha sido ella. Y eso implica que ya no va a hacerte daño nadie nunca más, cariño. Esa rata ya está aniquilada para siempre.

—¿Cómo sabes...? —A Fidel le costaba mucho vocalizar.

—Le envié a esa mujer una foto de tu cara herida. Lo hice por impulso, porque era evidente que lo que ese cabronazo quería era marcarte como a ella. —Fidel gimió de impotencia—. Una nueva venganza contra la Rota, ¡por tercera vez! Se ve que esta vez se le acabó la paciencia a esa mujer y se lanzó a por él como una fiera.

—Pero...

—Elisa me lo ha confirmado. Ha sido ella. Y la policía también — corroboraba, con una sonrisa vanidosa, casi infantil, Mariola—. He estado en comisaría para contarle todo y me han confirmado que a ese hombre lo ha masacrado a navajazos por todo el cuerpo, empezando por su propia cara, a la que le ha hecho el mismo roto que... a ti, Fidel. —Giró la cabeza hacia la ventana—. A diferencia de que tú estarás como un toro dentro de una semana, con una pequeña cicatriz que va a hacerte aún más interesante...

—¿Dónde están?

—¿La Rota? Imagino que estará huyendo. No tengo interés en volver a saber más. Y quién sabe si Elisa se ha largado con ella. Fui a buscarla a su casa y ha desaparecido. Se murió su padre la otra noche y se largó.

Fidel cerró los ojos y dio por cerrada una etapa vertiginosa. Volvió a recordar a Lucía, que se colaba en sus sueños como una desconocida a la que le ocultaba sus vergüenzas. Mariola intuía que pensaba en ella y no sabía si tenía la suficiente generosidad como para nombrarla, romper la magia de ese Fidel acunado en los brazos de su fortaleza, herido y débil, lloroso, asustado, extraño, ausente de su universo, propenso a romperlo todo, indefenso frente al caos en el que ella sí sabría retenerlo.

—¿Quieres que llame a Lucía? —Él negó con la cabeza—. Debe de estar preocupada por ti. —Fidel cerró los ojos para dar por terminada la conversación.

140. GOMINOLAS

Alfredo llegó a media tarde, con un par de libros y unas gominolas.

—Estas se deshacen en la boca, Fidel. —Le dio un beso en la frente.

La cara estaba menos hinchada y la médico le había asegurado que al día siguiente dormiría en su casa, por lo que Alfredo entró con toda la energía vital que no tenía para insuflarle ánimos.

—Me he pasado por tu trabajo y les he contado lo de la moto. No hay necesidad de que conozcan los detalles de la agresión, Fidel. ¡Vaya, cómo te quieren allí!

—La cocinera sudamericana... Carlota.

—Eso, Carlota me ha dicho que está preparándote cremas de todos colores para que puedas comer durante semanas, hasta que termines de arreglarte la boca y te pongan las piezas que te faltan. Y tu jefe me dice que no te preocupes, que se han organizado los turnos para cubrir tu hueco sin problemas... ¿Cómo estás?

—Bien —susurró, sin saber sonreír con el vendaje.

—Mariola me lo ha contado todo. Hemos tenido una charla muy emotiva por los pasillos del hospital. Verás... a mí me da igual que quien haya reventado a ese asesino sea la Rota o la madre que la parió, pero ya vamos a poder dormir tranquilos. Ya lo único que me importa es que tú te recuperes.

—¿Paca?

—¿Paca qué?

—¿La viste?

—No. Ya habrá tiempo de verla, no te preocupes. Me han dicho que ha estado por aquí, ¿no?

—Sí. —Hizo gestos por incorporarse—. Te quiere mucho.

—Lo sé. Y yo a ella.

—Habla maravillas de ti.

—Tú eres el que no tiene que hablar. A ver si se te va a quedar la boca hecha un pestiño por no dejarla reposar... —La habitación era solo de ellos dos—. Alfredo... —Alfredo le tomó la mano con fuerza—. Alfredo... yo quiero ser tu hijo.

Joaquín vino a recogerlo a la hora en que terminaban las visitas, cuando la madre de Fidel había organizado su territorio para pasar allí la noche y la otra cama de la habitación volvía a estar ocupada.

Evitaron tomar el taxi previsto y caminaron hacia el centro por la calle San Luis. Tomaron una cerveza en la barra de El Contenedor, donde Alfredo le confirmó su hartazgo por los vaivenes de Fede en su intento de retomar el contacto, antes de tirar hacia la Alfalfa.

—Es absurdo complicar tanto las cosas a nuestra edad, ¿no crees?

Joaquín le hizo ver que estaba atravesando una época endiablada en que las pequeñas cosas no se calibraban de la misma manera, con lo que en cierta manera trataba de justificar ante los ojos de Alfredo la actitud de Fede, cogido a traición en su vida feliz de prejubilado asentado de nuevo en su ciudad.

—Necesitas calma, Alfredo, y ponerte en la piel de ese hombre, por mucho que lo hayas querido. Quizá lo asustas con tu ansiedad.

—¿Me ves ansioso?

—Se te ve la ansiedad a leguas. Y destaca aún más cuando sabemos que nunca has sido así. Estás desbordado y eso no te favorece. Para nada. —Joaquín, pequeñito, con las manos en los bolsillos y la mirada en el suelo, sentía que Alfredo seguía su discurso con atención—. El miedo se huele, Alfredo. La gente no quiere complicaciones por mucho que sienta algo por ti. Y más a una determinada edad. Si a ti te coge el famoso Fede hace unos meses... te lo comes con patatas.

Alfredo saludó esa certeza con unas risas.

—¿Otra cañita? —le propuso a Joaquín, temeroso de quedarse solo otra noche.

—Vamos a por ellas.

Quiso, en una noche fría de pocos paseantes, centrar toda su atención en Joaquín, que le narró sus años universitarios en Nanterre, que lo llevó a la infancia frente al espejo pronunciando eses que no silbaran afeminadas, a sus tardes de verano leyéndole Cernuda a su madre enferma, al amor verdadero que sintió por su prima-hermana, al descubrimiento del sexo en unos matorrales junto al Guadalquivir; el terrible sexo adictivo e imposible que lo repelía como un imán sucio del que se alejaba para no volver jamás, cada dos días, con hombretones casados que ocultaban su dignidad en la oscuridad de rincones abandonados.

Bebieron sin cenar, pasaron de las cervezas a los *gin-tonics*, lo que consiguieron sin adentrarse en cuestiones que atañesen a su relación en sí.

—Puedo decirte que me he convertido en una persona totalmente asexual. —Sus ojos chisporroteaban al contemplarse en la atenta mirada de Alfredo—. Me he protegido tanto de la atracción por los hombres elaborando imágenes sucias y depravadas de sus cuerpos que me he vacunado por completo de cualquier atracción sexual.

—Es duro lo que cuentas.

—Duro es el proceso hasta que lo consigues, Alfredo. Pero yo soy un hombre feliz. Estoy pasándomelo en grande, por ejemplo, aquí, contigo. Me siento necesario para ti y eso me hace vivir con ganas.

—Pero no podré ponerte un dedo encima, por lo que veo.

—¿Qué dedo vas a querer ponerme tú encima? —preguntó, con timidez.

—El que sea, Joaquín. Y como siga bebiendo así, lo mismo me apetece darte un beso o pedirte que te vengas a dormir a casa...

—Yo no quiero estropear esto, Alfredo. No necesito dormir contigo.

—¿Hace cuánto tiempo que no duermes con un hombre?

—Mil años... o dos mil.

Joaquín, tal vez asustado por el rumbo que tomaba la noche, se despidió en la plaza de San Francisco de un Alfredo al que dejó, con más alcohol del imaginable para él, a las puertas de un taxi.

A Alfredo todo le daba vueltas, hasta tal punto que le pidió al taxista que se detuviese antes de tiempo para evitar vomitar en el coche, algo que sí hizo tras un contenedor, con el estómago subiéndosele hasta la garganta para echar la poca comida del día entero, con los adoquines bailando difusos en cada

arcada.

Se duchó con agua fría y apenas pudo acertar a componer la alarma de su móvil antes de quedar dormido, reliado en su toalla, en el sofá del salón.

141. NIÑO

No tuvo otra opción que pedir un taxi al día siguiente para llegar a tiempo a la primera clase, a la que se enfrentó con un cierto toque de primerizo desde su extraña atalaya de perdedor.

Las dos horas centrales de la mañana, libres de clase, las utilizó para sumergirse en el silencio de su despacho, al que apagó la luz y en el que se encerró con llave, con el cuerpo casi en su sitio, para volar con placer hacia cada uno de sus fantasmas.

Llamaron a la puerta. Miró el reloj y, aunque estaba a más de media hora para su clase de Historia de la Filosofía Política, decidió levantarse, encender la luz y volver al mundo.

—¿Alfredo?

—Sí, soy yo. —Una chica menuda de unos treinta años lo esperaba apostada en el quicio de la puerta—. Verá, soy una estudiante de Periodismo. No me conoce.

—Presumo de conocer a todos mis estudiantes, pero doy clases de Filosofía. El Periodismo me queda lejos.

—Vengo por un tema personal. Un poco delicado. He visto que le queda aún un rato para su próxima clase. ¿Podríamos hablar?

—Claro. Ven, pasa, entra...

La chica entró y agradeció que Alfredo cerrase la puerta desde dentro.

—Me llamo Lucía. —Se presentó antes de sentarse—. Soy amiga de Fidel. Mi querido Fidel... ¿Qué puede contarme de él?

—Podría contarte cosas maravillosas, pero no me parece muy discreto sin saber el motivo de tu interés.

—Lo conozco desde hace poco. Apareció un día por el bar donde trabajo y

hemos ido viéndonos cada vez más...

—No has ido a dar con él en su mejor momento, imagino que lo sabes.

—Por eso estoy aquí. Estaba preocupada, llevo días sin saber de él, no responde a mis llamadas y me acerqué a buscarlo al bar donde trabaja. Allí me han comentado que ha tenido un accidente... —Lucía ponía a prueba las reacciones de Alfredo al observar sus gestos—. Pero cada cual me cuenta una cosa y no sé qué pensar... —Miró a Alfredo, esta vez sí, de lleno—. ¿En qué lío está metido?

—Debería explicártelo él... Lucía. Hoy mismo deben darle el alta en el hospital. ¡Llámalo de nuevo! Tenéis todo el tiempo del mundo para contaros vuestras vidas.

—Me han hablado de asesinatos, en el bar...

—Nada en lo que él tenga algo que ver. Tuvo la mala suerte de que el hermano pequeño de su mejor amigo ha sido un prenda que ha destrozado la vida a su familia, hasta que un día le reventaron la cabeza. Era mi sobrino. Se ve que hay toda una mafia detrás. Luego asesinaron a Roberto, el mejor amigo de Fidel, y terminaron de martirizarnos. Ahora esto, ya ves... Pero la policía ha encontrado muerto al culpable de todo. Parece que la pesadilla ha terminado.

Lucía, como una figura de cera, miraba al infinito en los ojos de Alfredo, con los brazos entrelazados cubriendo el frío que la historia le provocaba.

—Su novia se llama Mariola, ¿no? —se atrevió a provocar.

—Su novia se llamaba Mariola, Lucía. Ahora mismo no sé cuál es el papel de ella en su vida.

—La he visto entrar y salir continuamente del hospital, Alfredo...

—¿La conoces?

—No personalmente, pero he visto sus fotos en la casa de Fidel. Me la crucé cuando me decidí a ir a visitarlo. La vi llorosa al salir de su habitación y no me atreví a entrar.

—No sé qué decirte, Lucía... —Temía hacerla sufrir con sus intuiciones.

—Él no me ha llamado en este tiempo, ni me ha enviado un solo mensaje.

—Lucía se escondió en su cabeza gacha—. Prefiero esperar a que se decida.

—Le lanzó una sonrisa a Alfredo—. ¿Te importaría que nos pasáramos los números de teléfono?

—Claro que no.

La no aparición de Joaquín a la hora de la cerveza le hizo pensar que algo había cambiado entre ellos dos, no necesariamente para mal. Sin ganas de comer, se dio un paseo hasta Hombre de Piedra, aun sin la certeza de que Fidel ya tuviera el alta médica o hubiese preferido irse unos días a recuperarse a casa de los padres. Le abrió la puerta Mariola, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué alegría, Alfredo!

La belleza contenida de esa mujer lo transportaba a épocas felices que el cuerpo reconoció como recuperables.

—¿Ya tenemos a nuestro hombretón en casa? —preguntó, mientras miraba de reojo los navajazos en la puerta de la casa.

—¡Digo! Tu cuñada anda en la cocina preparándole unas cremas de verduras...

—¿Está aquí Paca?

—Por allí anda. Fidel está duchándose.

No quiso preguntar lo que Lucía habría deseado conocer. El tiempo iría poniendo las cosas en su lugar, aunque sospechaba que estos días traumáticos habían colocado a Mariola en una situación de privilegio. Se hizo el remolón hasta que consiguió que Mariola lo acompañase a la cocina. Paca lo acogió con un achuchón plagado de besos que no requería más explicaciones.

—Ya tenemos a nuestro niño en casa, Alfredo.

142. BANGKOK

Con Lourdes ya en el hotel, Elisa se detenía en cada escaparate para mirarse los tacones y la falda estrecha, en su lento caminar por la avenida de Roma hacia Villaroel. Las miradas de los viandantes le confirmaban el acierto en la compra de esa mañana en Armani, lo que provocaba en ella una mezcla de vanidad y nostalgia; se sabía divina para llevar esa vida imposible de alta directiva financiera.

Encontró sin dificultad la cafetería que Lourdes le indicó desde el coche la noche anterior y le hizo caso, al menos de primeras, no pidiendo nada de alcohol para mantenerse alerta. Admiraba la determinación con que la Rota solucionaba los encargos, sus múltiples contactos en la capital catalana y la claridad con que le explicó las distintas posibilidades con las que podía complicarse la tarde. «No hay ninguna prisa», le había insistido durante las horas previas.

Justo cuando dieron las seis, ni un minuto más, fue al baño e hizo la primera llamada.

—Me permito informarles de que hemos colocado un paquete-bomba en la sexta planta de su edificio.

La joven que la atendía reaccionó, con estupor, pidiendo explicaciones a gritos.

—Estallará justo en cinco minutos para llevarse por delante a todos los mangantes financieros y corruptos que habéis destrozado la vida de miles de familias...

Colgó sin dar tiempo a más reacción, tras asegurarse de que nadie la había escuchado, y volvió al enorme salón de madera desde el que se divisaba el portal de entrada de Bankitel. Con más tranquilidad de la que habría podido

imaginar, Elisa pagó el café y tomó su maletín de ejecutiva de cuentas.

Ya al cruzar la calle comprobó el revuelo de gente que bajaba, y no había llegado a la otra acera cuando sonaron, lejanas, las primeras sirenas de policía. Era necesario comenzar a gesticular de forma exagerada sus nervios antes de que apareciese Jorge Honrubia, con su traje de chaqueta gris oscuro impoluto, mucho más alto de lo esperado, con rasgos tan duros como los que las fotos de internet adelantaban.

Se colocó a unos tres metros de él, sin mirarlo en ningún momento, pero haciéndose notar lo suficiente como para que no hubiese otra opción que no fuera poner toda su atención en ella, favorecida por la escasa presencia de mujeres de su edad y de su porte.

Observó a la policía entrar, simuló varias llamadas de teléfono y, de una vez y sin preámbulos, fijó los ojos directamente en él, cazó de lleno su mirada lasciva de putero de alto *standing*.

—¿Cree que esto es una broma? —le preguntó, con la expresión justa de desasosiego.

—Hace años que no se recibe una amenaza en este edificio, señora...

Elisa saboreó con una sonrisa su primera victoria.

—Tengo mi maleta en las oficinas del despacho de abogados de la tercera planta y me temo que no voy a tener el valor de subir a por ella. ¿Trabaja usted también en Palau y Asociados?

—No, lo siento. Soy el consejero-delegado de Bankitel... —Elisa trató de no torcer el gesto ante la soberbia de su presentación—. Pero sí, conozco al señor Palau, no se preocupe; aunque seguro que en un rato la policía dejará libre el camino para volver a entrar.

—Como no sea pronto me temo que tendré que ir a comprarme una muda a alguna *boutique* de por aquí cerca. Estaban a punto de cerrar y he salido corriendo en cuanto he oído el aviso de bomba... ¡Soy muy neurótica!

—Me llamo Jorge. —Honrubia la miró con media sonrisa.

—Julieta —respondió Elisa, y le dio dos besos casi sin contacto, como había aprendido de pequeña en casa de su abuela paterna—. ¿Podría acercarme a mi hotel?

—Y tanto que sí.

—Lo tengo todo en mi maleta. ¡Estoy hasta sin dinero para el taxi! Ya me

acercaré por aquí mañana a primera hora a recoger mis cosas.

La impaciencia de Honrubia por no perder el contacto con ella jugó a favor de no esperar a que despejasen la entrada para acceder a su plaza de garaje.

—La acerco en taxi.

El camino de ida hacia el Tibidabo se antojaba corto para forzar una proposición de cama, por mucho que la intuición dijera que no habría dudas en la respuesta de él.

—¿Le apetece una cena?

—No soy de mucho comer —insinuó ella con desgana.

—¿De dónde es usted?

—Podría tutearme... Soy malagueña.

Bien claro le había dejado Lourdes que evitara a toda costa cualquier vínculo con Sevilla.

—Adoro Málaga —confesó Honrubia.

El taxi los dejó en las puertas del Gran Hotel La Florida sin haber tomado ninguna decisión y con el riesgo de que todo quedara en un amago del que arrepentirse de por vida.

—¿Se toma un cóctel en el bar mientras me aseo un poco?

Honrubia celebró la victoria con una subida de cejas, justo antes de pedirle a Elisa que esperase para abrirle la puerta del taxi desde fuera.

—Es usted... Perdona... —Elisa se sonrió con toda la tontería diplomada de pija exquisita—. Eres todo un caballero...

—Jorge.

—Jorge.

Subió con el nervio propio de alumno con los deberes hechos a que Lourdes le diera la recompensa de un beso.

—Tiene toda la imagen del cabrón este de la Gürtel, Lourdes —le decía mientras se quitaba la ropa para ducharse.

—Ya le vale.

—La putada es que tengo que irme con la misma ropa sudada, se supone que no tengo otra. —La Rota la observaba enjabonarse sentada en la taza cerrada del retrete—. Ya que es temprano, podría aprovechar para sacarle

algún vestido de Chanel... —Se asomó, con risa gamberra, a ver la reacción de Lourdes—. Se ha creído a pies juntillas la historia de mi maleta.

—No juegues demasiado con la suerte, rubia.

Con el pelo aún húmedo, Elisa recogió a Honrubia mientras este telefoneaba con un vaso ancho de *whisky* en las manos. Se dirigieron hacia el exterior, tomaron un taxi y Honrubia apartó el teléfono para pedir que los acercaran al Koy-Shunka.

Por el trato al entrar era evidente que no era su primera vez en ese restaurante y, aún más, no parecía extraño que lo hiciera con diferentes mujeres.

—Tienes Barcelona a tus pies.

—Soy buen pagador...

Con una copa de Bruno Paillard en las manos, Elisa le preguntó acerca de su familia, de forma genérica, obviando terrenos abruptos que provocasen situaciones embarazosas.

—Llevo meses divorciado, Julieta.

—¿De tu primera mujer?

—De la tercera...

—Miedo das.

—¿Eso te provoco? ¿Miedo?

—Un hombre con tu edad, tu dinero, tu planta y tres mujeres a sus espaldas provoca miedo.

—Nunca me habían dicho algo así. —Hizo gestos al camarero para que no los interrumpiese; le pidió de comer, tal vez lo de siempre—. Aquí donde me ves, soy un pedazo de pan.

—Es incompatible ser un pedazo de pan y consejero-delegado de una empresa de...

—Una consultora financiera.

—¡Peor me lo pones!

Honrubia lanzó una carcajada impostada de falta de respeto a todo el que no estuviera en el centro de su mesa.

—¿Y tú? ¿Eres igual de mala que yo?

—Aún peor, sin duda. —Elisa se sentía cómoda.

—¿Casada?

—Y divorciada.

—¿Con niños?

—Dos críos. En Málaga estos días con su padre.

—¿Y qué te trae por Barcelona?

—Palau y Asociados va a montar un bufete en Marbella, y yo voy a gestionarlo para ellos.

—¿Eres abogada?

—Sí, y licenciada en filología inglesa. La gestora perfecta para un bufete que quiere enriquecerse a base de atender los cientos de demandas judiciales de guiris británicos podridos de dinero en la Costa del Sol.

—No pareces un pedazo de pan, no...

—Al menos yo reconozco que soy mala.

—¿Y qué quieres hacer conmigo?

—Follarte.

Honrubia se acomodó en su silla, con media sonrisa y la cara desencajada.

—Nunca me había sentido un hombre objeto.

—Es mejor hablar las cosas claras... Yo quiero disfrutar de esta cena, mantener una conversación inteligente y tener sexo. No creo que tú busques otra cosa en mí.

—¡Quién sabe!

—No tengo la menor intención de convertirme en tu cuarta esposa.

Volvieron las carcajadas falsas al estrecho espacio de un salón de madera aséptico de luces tenues.

Tras renunciar al *gin tonic* para facilitar que todo fluyese, tomaron un taxi de vuelta en el que no faltaron los roces ni las manos por debajo de su falda.

Ya en la habitación del hotel, Elisa lo desnudó con agresividad, excitada, buscando tirárselo sin miramientos ante los ojos atentos de una Lourdes a la que no sabía situar en ese espacio.

—¿Qué te gusta? —le preguntaba a Honrubia mientras le comía los pezones.

—Que me dominen...

Elisa saltó de la cama y buscó su ropa. Tomó su corbata y le pidió, con la media luz del baño como único foco, las dos muñecas, que ató mientras le restregaba sus pequeñas tetas por la boca—. ¿Te gusta?

—¡Estoy subiendo al cielo! —proclamó él.

—¿Te apetece algo de coca?

Honrubia asintió. Elisa acudió al baño, donde no encontró a Lourdes. Se acercó al salón de la *suite* donde la Rota, pegada al armario, le entregó medio gramo de cocaína y un par de esposas.

—Mira lo que traigo.

Abrió a bocados el nudo de la bolsita y se esparció, con cuidado, un montoncito de polvo blanco encima de los pezones empinados, que Honrubia esnifó con ansiedad. Elisa, con calma, se dedicó a comerle lo suficiente para dejarlo a punto de correrse, para pasar después a cada uno de sus pies, hasta atarlos a las patas de la cama. Con las piernas abiertas, jugó con los dedos en su culo.

—Eres un guarrete —le decía, mientras él gemía de placer.

Fue al baño para apagar definitivamente la luz, volvió a la cama y se sentó encima de sus labios, de su lengua, mientras con sus gemidos reales daba paso a una Lourdes que, sin que él pudiera imaginarlo, terminaba de atar sus brazos al cabecero de la cama. Elisa se corrió un par de veces antes de que Lourdes encendiera de cuajo las luces y Honrubia descubriese, en décimas de segundo, lo que era el terror con mayúsculas.

—No te conviene gritar —amenazó, la Rota, con calma—. En esta planta, además, solo se encuentra esta *suite*. No tengo escrúpulos para utilizar esta pistola. Enséñale las fotos, rubia.

Elisa, vestida con un albornoz, tomó el móvil de Lourdes para mostrarle a Honrubia la cara reventada del Cafetera.

—Seguramente no lo conozcas.

—¡No sabéis con quién estáis hablando!

—¡Te he dicho que no grites! —Lo golpeó con fuerza en la frente con la culata de su pistola—. Sí sabemos con quién hablamos. Con un tipo ridículo, borracho y drogado, con las piernas abiertas y lleno de corrido al que le gusta que le den por culo.

—No, Lourdes... estás hablando con un alto ejecutivo —ironizó Elisa, sin escrúpulos—. Un alto ejecutivo que se forra en Bolsa usando información privilegiada. Un mierda de tío, vaya...

Lourdes aprovechaba el discurso de Elisa para ir llenándole la boca con

sus propios calzoncillos, ante su cara de pánico. Volvió a pedirle, con un gesto, a Elisa que le mostrara las fotos del móvil.

—Ese es el hombre al que contrataste para tirar por el balcón a Roberto. —Honrubia no movía un músculo—. Roberto Relinque... ¿te dice algo?

Él cerraba los ojos.

—¿Creías que iba a salirte gratis? —Se dirigió entonces a Elisa—. Rubia, coge la cámara y el trípode de mi bolso. Ponte a grabar. Verás. —Volvió de nuevo la mirada a Honrubia—. Mi especialidad es comenzar por reventar las rodillas con dos balazos para destrozarse por vida los meniscos. Y eso voy a hacerlo sí o sí esta noche. Tapándola con la almohada no se oye para nada el disparo. La cuestión es saber si luego seguiré con los codos, las caderas, los hombros... tú sabes. La única forma de frenar todo esto es colaborar, ¿sabes?

Jorge Honrubia lloraba aterrorizado con la cara deformada y dificultad para respirar.

—Volvamos a Relinque... ¿lo conocías? —Él no se movía—. ¿Lo conocías?! —amenazó con volver a golpearle la frente con la culata.

Honrubia asintió cerrando los ojos.

—Vamos bien... ¿Te salió muy caro contratar a un sicario?

Elisa se forzaba por encuadrar bien la imagen de Honrubia, hacía por reforzar la ridiculez de su imagen con los pies esposados a la cama.

—Tu querida Mercedes Sanchís... —La Rota comenzó a hacer uso de la información que le había proporcionado Fidel— fue la que nos llevó al Cafetera, el chico de la foto. Solo tenemos una duda... ¿por qué él? ¿Cómo supiste que hacía poco que había matado a Bartolomé, el hermano pequeño de tu querido Roberto Relinque?

Girando la cabeza a un lado, Honrubia quería despreciar el discurso de la Rota.

—Bueno, ahora es el momento en que pierdes tu primera rodilla para siempre... ¿A cuál le tienes más manía? ¿A la derecha? ¿Hay alguna que te dé especialmente problemas...? Es para cepillarme la otra y así joderte aún más.

Honrubia levantó la cabeza despavorido, pidiendo clemencia, cuando vio a Lourdes tomar la almohada y cubrir la pistola.

—¿Quieres hablar? —Él dijo que sí—. Quítale los calzoncillos de la boca, rubia.

Elisa se acercó, saludó sonriente a la cámara y le enseñó una teta antes de liberar a Honrubia de su tapón. La angustia le hizo toser violentamente al sentirse liberado. Lourdes seguía apuntando a su rodilla derecha.

—¿Qué queréis de mí?

—Que nos expliques cómo diste con el Cafetera.

—No sé de qué me habláis. ¿Cuánto dinero necesitáis?

—Este no se entera, rubia. ¡Anda, tápale la boca de nuevo al capullo este!

—¡¡¡No!!!

—¡Tápasela!

Él se retorció entre gritos lanzando mordiscos para evitar que Elisa consiguiera cerrarle la boca. Un disparo reventó su rodilla al tiempo que Elisa conseguía taponarle los aullidos de dolor. Lourdes le ordenó a Elisa un silencio absoluto. Se acercó a apagar las luces de la habitación y aproximó sus orejas a la puerta, mientras Honrubia se desangraba con un gran charco de sangre en la cama.

—Ve a por una toalla —le susurró a Elisa.

—Te estás haciendo especialista en rodillas, cabrona.

Lourdes le arrancó la toalla de las manos para hacerle un torniquete.

—Vamos a parar la sangría para que puedas seguir vivo un rato... —No lo miraba a la cara para evitar mostrarle su nerviosismo—. Todo lo que tardes en hablar es tiempo que perderás en llegar al hospital. ¿Te duele? —Honrubia aseguró que sí con grandes aspavientos de cara—. Una pesadilla, ¿verdad?

—Qué pena, porque hacía tiempo que no tenía dos orgasmos seguidos —aseveró Elisa.

—Pues imagínate a la familia Relinque... con dos hijos menos en pocos meses. No se sufre desde una sexta planta de Barcelona dando órdenes, ¿verdad? Luego uno coge a la rubia de turno y se la folla para quitarse el estrés.

Elisa rio a carcajadas.

—Dando órdenes a gente como nosotros, lo peor del reino. A bazofia que hacemos el trabajo sucio para que vosotros os peguéis la vida padre... ¡No! Eso no me gusta un pelo... Elisa, ¡coge esa carpeta y el bolígrafo! Vamos a prepararle un escritorio.

Entre enormes muestras de dolor, Honrubia escribió de su puño y letra, con

frases cortas, el proceso hasta llegar a Gabriel y reconoció ser el cerebro de esa operación que acabó con Roberto Relinque cuatro pisos abajo como muestra de suicidio.

—Usted que vive en las alturas, ¿no sabe que tras las muertes violentas se hacen siempre autopsias? —Tomó el papel firmado—. Elisa, vuelve a darle al REC. Bueno, caballero, si está usted comedido y no pega ningún grito, podrá estar en una ambulancia dentro de cinco minutos. Solo tiene que leer delante de la cámara esto mismo que ha escrito. Al mínimo grito, ya sabe. —Enarboló la pistola en las manos—. Elisa, quítale los calzoncillos y ve vistiéndote.

Honrubia no hizo el mínimo aspaviento que no tuviera que ver con su dolor físico.

—¿Podrían taparme? —suplicó.

Lourdes le pidió a Elisa que cubriera su desnudez y la carnicería de su rodilla con una manta. Tomó su móvil para tener una doble versión en vídeo.

—Yo, Jorge Honrubia —comenzó a leer con la solemnidad de quien está a punto de perderlo todo—, ante la posibilidad de ser juzgado por un delito fiscal grave, ordené la muerte de Roberto Relinque, empleado de mi empresa Bankitel y único concededor de mis prácticas delictivas. Lo despedí con idea de dar una justificación para un posterior suicidio. Unos meses antes habían reventado la cabeza a su hermano y no fue difícil investigar en los bajos fondos de Sevilla para encontrar al autor, a quien compramos para que se ocupase de matar a Roberto.

—¡Hijo de puta! —afirmó Elisa ante el descontento de Lourdes, que la mandó callar.

—Cierra la cámara y recoge tus cosas.

Sin miramientos, tomó de nuevo los calzoncillos y tapó la boca de un Honrubia destrozado.

Cerraron la puerta y acudieron a pagar a recepción. Estaba amaneciendo. Pidieron un taxi.

—Al aeropuerto de Barcelona, por favor.

Olieron su sudor durante el trayecto, mientras retransmitían por la radio un partido de fútbol americano y el taxista les hablaba de la dificultad de llegar a fin de mes con una jornada normal.

—No nos interesan nada sus problemas, caballero —dijo Elisa,

incorporándose.

Ya en la zona de facturación, Lourdes preguntó:

—¿Casablanca o Bangkok?

—Yo he estado en Casablanca, Lourdes, y allí no hay más que moros...

Con una calma que no tenía, Lourdes aprovechó las escasas dos horas anteriores al despegue para pasar el vídeo a su portátil, subirlo a la red y crear correos electrónicos falsos. Entró en los principales portales de la prensa diaria y colgó el enlace al vídeo como comentario a todos los artículos, sin ton ni son.

Justo en el momento en que llamaron para acceder al avión, tomó su móvil y le envió todos los datos a Fidel. Anexó el vídeo grabado con su móvil.

Siento el dolor

El teléfono vibró sobre la mesilla de noche de Fidel, profundamente dormido, enredado en los brazos de Mariola, que se desveló con el ruido del móvil. La hora, extraña, provocó su curiosidad. Se levantó, tomó el móvil con cuidado de no despertar a Fidel y fue al baño. Cerró con pestillo.

Vio el enlace al vídeo una primera vez, sin sonido. Con el corazón encogido volvió a verlo, profundamente afectada, para escuchar la autoinculpación de Honrubia. Tenía más de 5000 visitas. Se lo reenvió a su propio móvil y borró todo trazo de la Rota en el teléfono de Fidel.

Extremadamente conmovida, Mariola volvió a la cama, se desnudó por completo y abrazó el cuerpo de Fidel más fuerte aún de lo que se abrazan a los amores que se necesitan para siempre.

Edición en formato digital: 2017

© Salvador Navarro, 2017
© Algaida Editores, 2017
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-848-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es